

Icaria  Antrazyt


HISTORIA

Pioneras y revolucionarias. Mujeres libertarias durante la República, la Guerra Civil y el Franquismo pretende dar visibilidad a las mujeres libertarias que vivieron en esta época histórica. Gracias a una metodología renovadora, que incorpora las fuentes orales, se ha podido rescatar la memoria de estas protagonistas para solucionar diversas cuestiones todavía no resueltas por la historiografía. ¿Cómo llegaron estas mujeres a las ideas anarquistas? ¿Por qué iniciaron su militancia? ¿Qué factores influyeron en esta decisión? ¿Fueron realmente tan marginales en los sindicatos como se ha mantenido? ¿Qué tipo de actividad hicieron de forma mayoritaria? ¿Cuál fue su papel en los años treinta? ¿Cómo vivieron los largos años del Franquismo?

Las protagonistas de este libro fueron pioneras porque se rebelaron contra el papel subordinado que tenían en la esfera pública y privada, pasando a conquistar espacios negados a las jóvenes obreras hasta el momento de la República y la Guerra Civil. Fueron también revolucionarias porque quisieron abolir las injusticias del sistema social y político capitalista y porque dirigieron su militancia para construir un sistema igualitario económico, social y de género.

25/01/11
12
€23.00

memorial
democràtic

 Generalitat
de Catalunya

PVP: 23 €

ISBN 978-84-9888-289-6



346

Icaria  Antrazyt

EULÀLIA VEGA

Pioneras y revolucionarias

Mujeres libertarias durante
la República, la Guerra Civil y el Franquismo



EULÀLIA VEGA

PIONERAS
Y REVOLUCIONARIAS

MUJERES LIBERTARIAS DURANTE
LA REPÚBLICA, LA GUERRA CIVIL
Y EL FRANQUISMO


Icaria ✿ Antrazyt
HISTORIA

Este libro ha sido editado en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorin Free), para colaborar en una gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible.

Con el apoyo de:

Departament d'Universitats, Recerca i Societat de la Informació de la Generalitat de Catalunya (AGAUR).

Centre d'Història Contemporània de Catalunya.

 Departament d'Interior, relacions institucionals i participació.
Memorial Democràtic.

Diseño de la cubierta: Adriana Fàbregas

Fotografía de la cubierta: Grupo de presas en el patio de la prisión de Borriana (Castellón), antiguo Convento de la Mercè. 1940 (Archivo Gràcia Ventura)

© Las fotos provienen de los archivos particulares de las entrevistadas excepto la de «Isabel González Sugranyes, madura» que es de Eulàlia Vega.

© Eulàlia Vega

Traducción del catalán: Cristina Mondéjar

© De esta edición
Icaria editorial, s. a.
Arc de Sant Cristòfol, 11-23
08003 Barcelona
www.icariaeditorial.com

Primera edición: diciembre de 2010

ISBN: 978-84-9888-289-6
Depósito legal: B-36.071-2010

Fotocomposición: Text Gràfic

Impreso en Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain. Impreso en España. Prohibida la reproducción total o parcial.

ÍNDICE

Prólogo, *Anna Aguado* 9

Introducción 17

- I. La formación, entre la familia y el barrio 29
 - «Yo he mamado el anarquismo» 30
 - Pobreza y solidaridad en el barrio 63
- II. Mujeres militantes 77
 - La alegría de la República 77
 - La CNT, un sindicato viril 79
 - Cultura alternativa y sociabilidad: los ateneos libertarios y las escuelas racionalistas 93
 - Acción e ideología: la FAI y las Juventudes Libertarias 109
 - Feminismo de hecho 121
- III. El despertar del verano de 1936 133
 - El 19 de julio: barricadas, cuarteles y conventos 133
 - El descubrimiento de otra realidad 144
 - «Ser útiles a la revolución» 152
 - Milicianas en el frente 160
 - Colectivistas en la retaguardia 167
 - Nuevas costumbres en la vida cotidiana 178
 - La organización Mujeres Libres 193
 - Anexo fotos

IV. Del abismo de la derrota a la esperanza del retorno
(1939-1945) 221

El trauma de la guerra y de la muerte
de la revolución 221

El triunfo franquista 228

La tragedia de Francia: deportadas, encarceladas
e internadas 243

La invasión alemana 261

La venganza misógina del Franquismo: el exilio interior
y la prisión 276

V. Exilio y clandestinidad (1945-1975) 293

Desarraigadas de España 293

La actividad libertaria, entre clandestinidad
y represión 329

Anexo fotos

Conclusiones. «La revolución, una luz que se
encendió» 355

Apéndice. Perfiles biográficos de las entrevistadas 373

Bibliografía y fuentes 377

A todas las mujeres libertarias, que con su fuerza y convicción lo dieron todo, dedicando su juventud y su vida para cambiar la sociedad, haciéndola solidaria, libre e igualitaria.

A mi madre, Teresa, que pertenece a la generación de mujeres que vivieron el trauma de la guerra.

PRÓLOGO

Anna Aguado*

La historia del siglo XX tiene el privilegio de contar con una herramienta metodológica particular, que difícilmente puede ignorarse cuando los historiadores e historiadoras estudiamos períodos del siglo XX como son la Segunda República, la Guerra Civil, la dictadura franquista —con su exilio exterior e interior— o la transición a la democracia. Esta herramienta es la palabra, las fuentes orales, la atención y el análisis de la memoria como materia prima. Difícilmente podemos separar *memoria* de *historia* a la hora de profundizar en el estudio histórico de las llamadas «clases subalternas», de las clases trabajadoras, de las culturas obreras, o de la represión y resistencia antifranquista. Pero aún más difícil es separar *historia* y *memoria* para estudiar a las mujeres del siglo XX como sujetos históricos, incorporando la perspectiva de género como parte integrante y fundamental de los procesos del cambio social, o para el análisis —en clave de género— de las clases sociales, las culturas políticas o las acciones colectivas. Porque sólo a partir de esta integración es posible dar una explicación global y compleja de estos procesos, opuesta y contraria a las perspectivas excesivamente concretas y fragmentarias de las que, a veces —paradójicamente— ha sido acusada la historia de las mujeres y del género desde un absoluto desconocimiento de sus planteamientos teóricos y metodológicos.

En las últimas décadas, los trabajos realizados por historiadoras e historiadores sobre relaciones, identidades y discursos de género,

* Universitat de València.

así como sobre la presencia femenina en los diferentes procesos del cambio social, han asumido un progresivo reconocimiento y una creciente legitimidad teórica y metodológica en el debate histórico internacional. Y entre estos, destacan los análisis sobre las relaciones entre mujeres y culturas obreras, en torno a la movilización y la acción colectiva femenina. Desde estas líneas historiográficas, la historia de las mujeres ha ido evidenciando la diversidad histórica de las identidades de género, así como los diferentes *contextos* y culturas en los que las mujeres han vivido y actuado.

Con la incorporación de estas nuevas perspectivas metodológicas, la reflexión histórica sobre las interrelaciones existentes entre identidad y género, y entre historia y memoria, está avanzando paso a paso dentro del conjunto de estudios y debates de los últimos años sobre *memoria histórica*, *memoria colectiva*, *testimonios*, etc. Pero aún está pendiente el desarrollo del análisis de una memoria sin exclusiones para una historia crítica, desde el punto de vista tanto histórico como político, a partir de la recuperación de memorias subalternas, marginadas y silenciadas, frente a una supuestamente única «memoria histórica», que podría convertirse en una instancia de poder. Porque la memoria, individual y colectiva, es siempre una construcción discursiva, compuesta de elementos simbólicos, y es al mismo tiempo una herramienta indispensable para la construir la historia como disciplina crítica.

Y entre estas memorias subalternas, marginadas o silenciadas, son especialmente necesarias las memorias de las mujeres como fuentes históricas fundamentales para estudiar la formación de las identidades y analizar las acciones colectivas femeninas, precisamente por su tradicional y reiterada invisibilidad. Estas memorias permiten el estudio de las acciones protagonizadas en el siglo XX no por la minoría de mujeres de clases hegemónicas —pese a todo, las más presentes en las fuentes tradicionales— sino protagonizadas por las mujeres de las clases populares y trabajadoras, que han sido doblemente invisibilizadas. Y es sobre estas últimas sobre las que la historiadora Eulàlia Vega ha puesto su mirada en su libro *Pioneras y revolucionarias. Mujeres libertarias durante la República, la Guerra Civil y el Franquismo*; un libro que recoge la memoria y los testimonios de mujeres anarquistas, de mujeres pertenecientes a la cultura libertaria.

En la reciente historiografía contemporaneista, la reconstrucción del protagonismo de las mujeres pertenecientes a las culturas obreras y a las culturas políticas progresistas —militantes, represaliadas, resistentes, exiliadas—, ha adquirido una presencia cada vez mayor en las investigaciones dedicadas a este período. Y más particularmente, en aquellas interesadas en el análisis histórico —y no en la divulgación periodística, que es otra cosa— basado en la utilización de fuentes específicas como las memorialísticas y biográficas, tanto orales como escritas: historias de vida, entrevistas, memorias, diarios, autobiografías. En la progresiva valorización de las perspectivas metodológicas en las que lo cualitativo y el estudio de la *experiencia* se convierten en el eje, se hace particularmente necesaria la utilización de fuentes orales o escritas en las que el sujeto «toma la palabra», y desde las cuales planteamos metodológicamente la recuperación de los «nuevos sujetos», diferenciándonos por completo del individualismo metodológico.

Las metodologías cualitativas y, en concreto las historias de vida, se han convertido en instrumentos de renovación del conocimiento histórico, abriendo posibilidades de acceso, tanto a los nuevos sujetos históricos, como a las problemáticas históricas escasamente valoradas por la historia tradicional, o poco presentes en las fuentes históricas más clásicas. Un enfoque resultante de la interacción, por un lado, de elementos cualitativos, de la experiencia humana, de aquello que ha sido definido como «lo excepcional normal», y por otro, del estudio de los «nuevos sujetos» —entre los cuales algunas lecturas han incluido a las mujeres—. A todo ellos se suman las perspectivas históricas de la historia sociocultural y de la historia de las mujeres y del género: identidades, experiencias y prácticas de vida en los distintos ámbitos sociales, y relaciones de género en el espacio público y en el espacio privado.

Las fuentes orales se han convertido así en fuentes históricas necesarias para el análisis de las experiencias de las mujeres en procesos, contextos y acontecimientos, pese a que, a menudo, puedan reproducir también discursos y actitudes comunes a su cultura política de forma excesivamente lineal, discursos que también es necesario analizar históricamente. Pero constituyen fuentes privilegiadas para la historia contemporánea, dada su limitación temporal por la edad de las entrevistadas, ya que es necesario incorporarlas antes de que

sea demasiado tarde. Pero además son fuentes relevantes porque provienen de sujetos históricos, en este caso mujeres de culturas obreras, que han sido invisibilizadas y han sido inexistentes. Inexistentes no únicamente durante el régimen Franquista, ni para la inicial historiografía de la transición a la democracia, sino también por una parte de la actual historiografía especializada, que las ha ignorado como sujetos o ha minimizado su significado y sus acciones sociales. Por otro lado, es evidente la necesidad de avanzar en los estudios sobre las identidades y actuaciones de las mujeres dentro de las culturas obreras, porque históricamente, también en estas culturas, se ha dado una situación de doble invisibilidad de las mujeres: tanto por la subordinación de género existente también en las clases trabajadores, como por la extendida creencia de que ellas eran «militantes secundarias», hasta el punto de que tradicionalmente sus acciones y estrategias de resistencia han sido ignoradas.

Su identidad como trabajadoras ha estado culturalmente invisibilizada, escondida tras su condición de madres, esposas e hijas, haciendo a su vez invisibles las particulares estrategias de acción femeninas. Estrategias que han sido heterogéneas, plurales y diversas, que han construido redes tanto formales como informales, a veces de carácter espontáneo, más allá de las formas clásicas de las luchas obreras y sindicales. En consecuencia, en buena parte de la historiografía ha sido predominante la idea de que las mujeres no estaban, que no eran trabajadoras, o que no tenían conciencia de clase, a pesar de lo mucho que participaron en huelgas y manifestaciones, o de que estuvieran afiliadas a sindicatos, partidos políticos, centros culturales, ateneos, etc.

Todas estas reflexiones teóricas y metodológicas son particularmente necesarias para conocer y valorar el trabajo realizado por Eulàlia Vega en *Pioneras y revolucionarias*, un libro que constituye una nueva aportación a la historiografía ya existente sobre las relaciones entre mujeres y culturas políticas, concretamente entre mujeres, mundo del trabajo, movimiento obrero y culturas obreras.

Con la utilización de fuentes orales y su contextualización en cada período cronológico en los distintos capítulos del libro, Eulàlia Vega ha realizado una excelente articulación de los testimonios, de las experiencias y de historias de vida, tanto pública como privada, de las mujeres libertarias entrevistadas, sobre los acontecimientos polí-

ticos y sociales vividos en primera persona: desde la proclamación de la Segunda República hasta el retorno del exilio durante la transición democrática. Como se observa en sus páginas, el resultado es una importante aportación a la progresiva recuperación de las palabras de la memoria femenina para la historia. Así, en los relatos, vivencias y miradas de Antonia Fontanillas, Sara Berenguer, Gracia Ventura, Concha Liaño, etc., en sus experiencias sobre el tiempo de la Segunda República y la Guerra Civil, o sobre la dictadura y la represión franquista, el exilio y la resistencia, encontramos lenguajes, discursos, ideas y valores compartidos por esta generación y por esta cultura obrera tan presente en la España del siglo XX. Unas ideas y unos lenguajes resultantes tanto de la herencia de la tradición libertaria como del contexto histórico vivido, y que han sido sus referentes para llegar a ser mujeres y sujetos individuales, y para explicar desde ellos su propia percepción de la realidad y de «su mundo».

Estas memorias femeninas las encontramos en los testimonios relativos a las raíces familiares libertarias, presentes en la educación y formación adolescente de las protagonistas: tal como afirma una de las entrevistadas, «yo he mamado el anarquismo». Sus testimonios también muestran la inicial y minoritaria presencia femenina en el mundo asociativo anarquista, tanto en la CNT como en los grupos de afinidad, escuelas racionalistas y ateneos. Y especialmente, la aparición de *Mujeres Libres* como organización específicamente femenina y feminista *de hecho*, en el contexto de la Guerra Civil y las transformaciones que produjo en la vida cotidiana: posible cambio de costumbres, presencia inicial y puntual de las mujeres milicianas en el frente, independencia personal como en el caso de Conxa Pérez quien abandonaría la casa familiar con veinte años, el amor libre entendido como unión libre, la ley del aborto y las dificultades reales para llevarlo a cabo, etc. En la memoria de la guerra también está presente, necesariamente, todo lo que significó el sueño y la posterior frustración y desilusión de la revolución, así como la pérdida de la guerra y el inicio del exilio: el paso de los Pirineos, los sucesos del puerto de Alicante... Después, la continuación de la vida, ya en la madurez e incluso muchos años después, en el exilio exterior e interior, y su dureza. En el exilio exterior, el desarraigo, las penurias, los campos de concentración, los recursos para la supervivencia, como en muchos casos, las mujeres que trabajaban

cosiendo, la continuidad de la Guerra Civil con la Segunda Guerra Mundial, la participación en la resistencia contra el nazismo, la reconstrucción de *Mujeres Libres* en París y en Londres... En el exilio interior, la represión, las detenciones, la prisión, el hambre, las humillaciones y el activismo en la clandestinidad. En todas estas situaciones y actividades se pueden ver las formas específicas con las que las mujeres las han vivido, las han padecido y cómo han luchado por sobrevivir.

Una de las cuestiones que me resulta más interesante como historiadora, y que está presente en las historias de vida de las mujeres libertarias recogidas en el libro de Eulàlia Vega, es la posibilidad de aproximación a las formas culturales en las que ellas *se construyeron* como mujeres. La oportunidad de estudiar cómo crearon su experiencia y su identidad, a partir de su contexto histórico específico y de los elementos discursivos pertenecientes a su cultura anarquista. Sus relatos nos enseñan la interrelación que existe entre los momentos históricos —Segunda República, Franquismo, etc.—, y las formas de vivirlos e interpretarlos desde su identidad como mujeres, con sus contradicciones, aceptaciones y resistencias. Una identidad construida continuamente a partir del lenguaje, de los referentes ideológicos, de las vías de aproximación a la militancia a través de la familia, las amistades y el barrio; así como a partir de la experiencia como mujeres dentro de las organizaciones libertarias, es decir, en las múltiples reformulaciones en femenino de sus referentes ideológicos y sociológicos, que les posibilitaron construir una identidad propia, no «preexistente».

Su memoria, al igual que cualquier otra memoria, está elaborada y construida desde el recuerdo subjetivo, como se ha repetido reiteradamente para otros casos. Es la proyección de la experiencia individual y personal, y por ello, es siempre selectiva por su propio carácter, y generadora de elementos identitarios en el presente; a la vez que es el resultado de un proceso de apropiación y de reconocimiento de distintas memorias, de todo lo que otorga sentido público a las experiencias de la vida, dentro de un período histórico concreto.

En definitiva, son sus palabras las que nos permiten entender sus vidas, sus prácticas, sus identidades, y sus aproximaciones o sus distanciamientos respecto a un movimiento sociopolítico o a una

cultura política específica. De sus testimonios, que tradicionalmente no han sido incorporados a los «grandes relatos» de la historia del movimiento obrero o del antifranquismo, nos interesa especialmente —como señala acertadamente Eulàlia Vega— sus percepciones y sus experiencias, y no los acontecimientos ya conocidos por otras fuentes; nos interesan los significados de sus recuerdos y también de sus olvidos, así como su capacidad de acción social. Una capacidad de acción social que a menudo transgrede el discurso patriarcal hegemónico, y que es una característica presente en las mujeres de diferentes culturas políticas antifranquistas. Un rasgo que habría que estudiar de forma comparada con otras culturas políticas, dentro de su contexto histórico y de la común invisibilidad frente al discurso patriarcal dominante.

Finalmente, el libro de Eulàlia Vega muestra, con excelente claridad, la articulación entre historia y recuerdo, representación y autorepresentación, militancia e idealismo revolucionario, en el caso de las mujeres anarquistas. También revela muchos silencios y olvidos, que conforman la otra cara del recuerdo. Unos silencios y olvidos especialmente presentes en la memoria y la historia de las mujeres, que a veces resultan —nos resultan— necesarios para poder sobrevivir, y para continuar creyendo en un futuro más humano e igualitario.

Segart (Camp de Morvedre)
1 de septiembre de 2010

INTRODUCCIÓN

Eulàlia Vega

El proyecto de realizar un estudio sobre las mujeres libertarias, anarquistas y anarcosindicalistas, se gestó después de finalizar, y publicar en 2004 mi tesis de doctorado sobre la CNT y el anarcosindicalismo catalán en la época de la República (Vega, 2004a). Me di cuenta en este trabajo que las mujeres estaban prácticamente ausentes, aunque sabía que estas habían tenido su protagonismo. En la documentación escrita utilizada, actas de sindicatos, informes, Plenos sindicales, periódicos, etc., que fue la base de mi tesis doctoral, sólo aparecen las más importantes, por eso, se hizo necesario buscar nuevos instrumentos metodológicos para llegar a ellas y conocer sus acciones y compromisos y las causas de esta aparente falta de presencia. Solamente la historia oral, basada en la recogida de sus testimonios, me podía dar nuevas pistas para solucionar y explicar esta situación de gran relevancia para la historia social y política del anarquismo español.

En el año 2000 asistí al Congreso de la CNT de Francia, que se hacía en París, donde había unas sesiones específicas sobre la historia de la organización anarcosindicalista.¹ Quedé sorprendida de la cantidad de gente joven presente y de la vitalidad del organismo confederal francés. Un profundo debate seguía todas las sesiones y las

1. Congr s de la Confederation National du Travail (CNT), *Pour un autre futur. Coloque Internationale sur la Histoire du mouvement ouvrier revolutionnaire*. Paris, mayo de 2000.

intervenciones eran muy animadas. Una de las personas que intervino fue la militante anarcosindicalista catalana, exiliada en Francia, Antònia Fontanillas, a quien conocí en aquella ocasión y con quien he desarrollado desde aquel momento una amistad que aún dura. He visitado a Antònia en diversas ocasiones en su casa y también nos hemos encontrado en varias iniciativas en Barcelona, aparte de realizar largas llamadas telefónicas, intercambiarnos copiosas cartas y registrarle largas horas de entrevista. Antònia se entusiasmó desde el comienzo con mi proyecto y ha sido un apoyo gracias al cual he podido desarrollarlo, siendo, además, un estímulo constante para el trabajo. Ha tenido la generosidad no solamente de abrirme para la consulta su precioso archivo personal y su biblioteca, sino también de darme pistas sobre dónde localizar otras militantes anarquistas para poder entrevistar.

No todos los contactos han sido fructuosos. Conseguir entrevistar a más de una decena de mujeres libertarias cuyas edades bordean los 90 años ha sido un largo y difícil camino, realizado desde el 2005 hasta el 2008. Algunas mujeres militantes consideraban que su experiencia no tenía suficiente importancia como para ser explicada a una historiadora curiosa y, a pesar de las presentaciones telefónicas previas que Antònia Fontanillas había realizado para facilitarme el proceso, esto no se pudo superar en alguna ocasión. Otras no se encontraban bien de salud en aquel momento o tenían que superar diversos problemas personales o familiares. Yo tenía interés en conocer no únicamente las militantes más destacadas y que habían tenido una trayectoria de fuerte compromiso y protagonismo con las organizaciones libertarias, sino también las que habían tenido una relación más débil. Quería entrevistar a diversos tipos de mujeres, construir una tipología, que fuera lo más variada posible, sobre la militancia para tener representantes de todos los niveles de compromiso, desde la base, afiliadas o simpatizantes, pasando por las militantes de las organizaciones libertarias hasta llegar a las dirigentes. En mi trabajo sobre la CNT ya había entrevistado con esta idea diversificada a una veintena de militantes, hombres sobre todo, pero también a alguna mujer. En aquella ocasión, los años ochenta, tenía a mi favor que había todavía una gran cantidad de militantes vivos y activos a los que podía interrogar sin problemas. Con el nuevo trabajo, que comencé en 2005, tenía la limitación de la longevidad

vital. El período histórico que quería acotar era siempre el de los años treinta, para contrastarlo con la militancia de los hombres, que conocía tan bien. Pese a que las mujeres tienen normalmente una longevidad mayor, no existen tantas militantes libertarias para ser entrevistadas como me hubiese gustado y por tanto, todas las que podía localizar me eran de una importancia extraordinaria. Por este motivo, he perseguido con insistencia todas las referencias de mujeres libertarias que me eran sugeridas y, a partir de esta relación, he construido el relato que tiene como base la historia oral.

Gracias a Antònia visité y entrevisté a Sara Berenguer, militante de Mujeres Libres que, como la primera, vivía aún en Francia. Este contacto, iniciado en diciembre de 2006, ha sido también fundamental para mi trabajo. Su ayuda ha sido muy importante, no únicamente por ofrecerme y aclararme todo lo que le he ido pidiendo en diversas ocasiones sino también por hablarme y abrirme nuevos caminos de otras militantes que podían ser útiles para el planteamiento de mi trabajo. Como Antònia, Sara Berenguer era una mujer todavía muy activa, siendo una de las pocas mujeres libertarias militantes que había escrito sus memorias y continuaba escribiendo libros y artículos sobre las mujeres relevantes que había conocido a lo largo de su experiencia. También había desarrollado su sensibilidad escribiendo poesía, publicando y ganando diversos premios de literatura. A través de Sara Berenguer llegué a su cuñada, Concha Guillén, que vivía muy cerca de ella en Francia, y que como ella había sido una destacada militante de Mujeres Libres de Barcelona. Concha aceptó encantada que le hiciese la entrevista, pese a que sus condiciones de salud eran ya muy delicadas, murió poco después, en enero de 2008.

Con Conxa Pérez y con Pura López he tenido la facilidad de tenerlas cerca y de visitarlas siempre que he podido, al vivir ambas en Barcelona. Conxa es la más veterana de todas las personas que he entrevistado ya que cuenta con 95 años. A pesar de su edad y delicado estado de salud continúa como las anteriores siendo una persona muy activa e interesada en todo lo que la rodea y hasta hace poco iba a todos los actos y participaba encantada en todo lo que se le pedía. Pura López era el caso contrario a Conxa, en el sentido de no haber sido prácticamente nunca entrevistada. Como las demás me recibió muy bien y con ganas de transmitirme su dura

experiencia y la de toda su familia. Andaluza de origen, conservaba aún todo el acento característico de esta zona geográfica. Murió en mayo de 2007.

Gràcia Ventura era amiga y había sido vecina de Sara Berenguer cuando vivía en Francia. Regresó al Estado español después de la muerte de Franco y se instaló primero a la Vall d'Uixó (Castellón) y después en Barxeta (Valencia), donde vive parte de su familia y donde fui a visitarla. Llegar a Julia Hermosilla fue posible gracias a la insistencia de Sara Berenguer. Todavía vivía exiliada en Francia en la parte del País Vasco francés y conservaba toda su simpatía y coraje. Murió en enero de 2009. Su experiencia catalana, al haber vivido refugiada en Cataluña durante la Guerra Civil, que inicialmente me interesaba, fue ampliamente superada por la multitud de anécdotas que me explicó de su larga e intensa vida militante, unida muchas veces a su compañero Ángel Aransáez. En el mismo viaje visité a Aurora Molina, que vive en Gijón desde que volvió del exilio. Sus explicaciones realizadas con una extraordinaria memoria, llena de detalles, me hizo revivir muchos momentos transcendentales de la historia del movimiento libertario catalán y español.

Llegar a entrevistar a Joaquina Dorado y a Concha Liaño me costó un poco más. La primera porque en el momento que la conocí se estaba trasladando y dejando su piso de París, en el verano de 2006, con ocasión de la presentación del libro de Sara Berenguer en Barcelona (Berenguer, 2004). La segunda porque vive todavía exiliada en Caracas (Venezuela) y tuve que aprovechar la ocasión de su intervención en las Jornadas de Homenaje a Mujeres Libres, organizada por la CGT de Zaragoza en octubre de 2007, para poder hablar con ella. A pesar de la espera, han sido muy importantes sus testimonios para completar mi abanico de experiencias de militantes comprometidas. Ambas diferentes: la primera, J. Dorado, tuvo una vertiente más anarcosindicalista en el comienzo y después más de acción; mientras C. Liaño, siempre ha tenido más sensibilidad por el tema de la emancipación de las mujeres.

Estas diez entrevistas han sido la fuente oral principal de este trabajo. Todas han sido transcritas y contrastadas con otras fuentes. El resultado ha sido variado, ya que sus testimonios responden a diferentes tipos de compromiso frente a las organizaciones del movimiento libertario: desde las más anarcosindicalistas, militantes

de CNT de forma exclusiva; pasando por las más anarquistas, de las Juventudes Libertarias (JJLL) y de la FAI, sin dejar de pertenecer a la CNT; hasta las más feministas, partidarias de la organización específica femenina Mujeres Libres (MMLL).

Otras entrevistas realizadas en momentos diferentes, como la de Guillermina Peiró e Isabel González, y otras recogidas por otras personas, como la de Casilda Méndez, Pepita Carpena o Lola Iturbe, han completado el panorama sobre la militancia femenina en el movimiento libertario a partir de los años treinta (Fabre, 1981; VV AA, 1995; Marín, 1996; Willense, 2002; Jiménez de Aberasturi, 2009; Lorusso, 2009). Seguramente el número de entrevistadas es limitado por motivos biológicos, pero representativo e importante cualitativamente. Además, sus relatos se entrelazan muchas veces al haber puntos de conexión sobre los mismos acontecimientos, lo cual me ha sido extraordinariamente rico y clarificador para poder observarlos desde diversas ópticas. Agradezco infinitamente a todas su confianza en entregarme no solamente los recuerdos sobre su compromiso militante sino también por explicarme los momentos más íntimos de su vida privada. También agradezco su permiso para la reproducción de las fotos de este libro.

Uno de los planteamientos de mi trabajo era tener en cuenta la esfera pública y privada, ya que partía de la hipótesis que si las mujeres no habían tenido un compromiso más importante en la esfera pública en los años treinta era porque su vida cotidiana, la esfera privada, lo había impedido. La tradicional subordinación de la mujer al hombre y los clásicos roles sociales que ella había asumido con el cuidado de la casa, el marido y los hijos, al que se había de añadir su trabajo asalariado, no le dejaban tiempo para nada más. Vivía sometida a la sociedad patriarcal y al peso de sus responsabilidades domésticas. El militante masculino podía acudir al sindicato al salir del trabajo, mientras que la mujer corría hacia la casa para continuar la doble jornada, la que comenzaba en la casa al acabar la del trabajo asalariado.

Si no entendíamos la vida de la mujer obrera de la forma más amplia posible, entrelazando lo privado y lo público, solamente mostrábamos una parte de la realidad. Podíamos descubrir sus realizaciones materiales y constatar su escasa presencia en las organizaciones políticas y sindicales, pero no llegábamos al núcleo

del problema ni a entender las causas de su casi ausencia. Por ello, nos ha interesado ver en este trabajo la relación existente entre las dos esferas, para entender los motivos del papel subordinado que las mujeres han jugado en la esfera pública desde el nacimiento del capitalismo y del movimiento obrero. Este ha sido uno de los retos y uno de los planteamientos innovadores de este trabajo.

Gracias a la historia oral hemos podido constatar que muchas de las mujeres que encontramos en los espacios libertarios en los años treinta, especialmente en los ateneos, eran jóvenes y con pocos compromisos familiares. Algunas de ellas compartían parte de las tareas domésticas con la madre, mientras que el padre y los hermanos, muchas veces militantes cenetistas, no asumían ninguna de estas tareas y, por tanto, ellos podían disfrutar de un tiempo de formación, de militancia y de ocio que ellas no tenían. Las que consiguieron rebelarse de este trato diferenciado de género fueron las pocas que conquistaron un tiempo para militar, ir a los ateneos o superar su escasa formación. Romper con aquella división sexual del trabajo era más fácil para las jóvenes obreras que para las adultas, responsables plenamente de la esfera privada y de su reproducción. También era más difícil hacerlo en una familia nuclear, formada exclusivamente por la pareja y los hijos, que con una extensa, con otras presencias femeninas. Muchas veces, eran las abuelas, las tías u otras personas cercanas, las que asumían buena parte de la domesticidad dejando más tiempo libre para la militancia y para la formación a las hijas y las nietas.

Nuestras protagonistas son pioneras porque se rebelaron de su papel de subordinadas en la esfera privada y en la pública, pasando a conquistar espacios negados hasta aquellos momentos a las jóvenes obreras. También son revolucionarias porque quisieron cambiar las injusticias del sistema social y económico capitalista y construir un sistema igualitario y libertario. Ver en conjunto la totalidad de sus vidas ha sido muy enriquecedor y clarificador para conocer la raíz de las causas de la escasa presencia militante y de compromiso de las mujeres en la vida pública. Era necesario ver también cómo estas jóvenes pioneras organizaban sus vidas privadas y públicas en otras etapas de su vida, especialmente en la de adulta, normalmente con más responsabilidad en la domesticidad, es decir, formar casa propia con el compañero, decisión de tener o no hijos, asunción compartida o no de las tareas domésticas, continuidad o no de la militancia en esta etapa, etc.

He dividido el trabajo en cinco capítulos, que repasan las etapas vitales de nuestras protagonistas: el primero se refiere a la familia de origen, la infancia y adolescencia, y también la formación, que corresponde al período histórico de la Dictadura de Primo de Rivera. El segundo es el de la adolescencia y la juventud durante la etapa de la Segunda República. El tercero es su juventud con la Guerra Civil. El cuarto capítulo se refiere al comienzo de su edad adulta durante la Segunda Guerra Mundial, que es vivida como una continuidad de la propia guerra española y finalmente, el quinto capítulo se centra en su madurez a partir de 1945 durante el largo período del exilio y de la clandestinidad bajo el Franquismo. Estos capítulos repasan no solamente los aspectos biográficos sino también la trayectoria militante, entendiendo las causas de su compromiso y cómo sus decisiones fundamentales fueron marcando el perfil de sus vidas. No hay un relato biográfico lineal de cada militante, que hubiese sido más sencillo, pero que perdía aquello que se puede extraer de un entrecruce de experiencias personales. Nos ha interesado confrontar las trayectorias vitales de todas nuestras protagonistas en las diversas etapas. Ver los diversos orígenes familiares y geográficos, los oficios que escogían y las causas; las trayectorias laborales y el inicio de la militancia; su compromiso en el momento de euforia del movimiento obrero libertario durante la República y la Guerra Civil; y finalmente la decisión de exiliarse o quedarse tras la victoria del Franquismo.

La opción metodológica que he optado en este trabajo, basada fundamentalmente en la historia oral, sin menospreciar las fuentes escritas, ha sido necesaria por el planteamiento que hacíamos de género. No se puede hacer una historia de la clase obrera femenina contemporánea sin tener en cuenta la historia oral. Una metodología tradicional basada exclusivamente en la documentación escrita, institucional o del propio movimiento obrero, dejaba a la militancia de las mujeres fuera de la investigación. Únicamente podíamos conocer las actividades femeninas en la esfera pública haciendo uso de una metodología que supiese aproximarse a la gente que no figura en los documentos escritos ni de los aparatos de control del Estado, ni de los periodistas de la prensa libertaria, ni tampoco de los informes internos de la propia organización.

Mi planteamiento ha sido hacer largas entrevistas de historia de vida, donde se recogiese al máximo todo tipo de experiencias,

desde las más cotidianas de la vida privada hasta las más relevantes de la vida pública. De las largas horas de entrevista recogidas a cada protagonista durante diversos días consecutivos, he seleccionado los fragmentos que me han parecido más significativas. No me interesaba tanto lo que decía la entrevistada sino cómo lo decía. Es en el texto, en la manera de expresarse donde descubrimos el verdadero significado del mensaje que nos quiere transmitir. He seguido en este sentido, los diversos textos sobre metodología de historia oral, que se centran en valorar las palabras de los protagonistas, así como descubrir sus límites (entre otros, Passerini, 1978; M. Vilanova, 1996 y Portelli, 2009). Consecuentemente con esta idea, he dejado que sean las voces protagonistas las que guíen el relato. He dejado sus palabras tal y como ellas las utilizaron en su lengua original, con retoques mínimos para favorecer su comprensión. Es necesario tener presente que en la mayoría de los testimonios, las mujeres desde hace aproximadamente setenta años que hablan otra lengua, el francés, por lo que se solapan las estructuras gramaticales del francés con sus lenguas maternas, ya sea el catalán o el castellano.

De los muchos libros de memoria histórica que han salido últimamente, realizados muchos de ellos por periodistas, una buena parte se basa en entrevistas aunque no han tenido en cuenta la metodología de la historia oral. El hecho de utilizar entrevistas como fuente de trabajo no significa que se haga historia oral. Considero la historia oral como una metodología que crea sus propias fuentes en función de los objetivos del trabajo, los cuales, posteriormente, son complementados con otras fuentes. En esta investigación las fuentes orales han sido contrastadas siempre y he visto que a veces lo que ha quedado en la memoria del testimonio no es lo que realmente pasó. No obstante, esto no fue ningún problema ya que no he utilizado los relatos de los testimonios como una fuente de explicación concreta de los hechos históricos sino para conocer cómo estos habían sido vividos, subjetivamente, por la entrevistada. Lo que me interesaba recoger sobre todo no eran fechas ni explicaciones concretas de los acontecimientos sino las vivencias de los testimonios y encontrar las causas del porqué habían actuado como lo habían hecho. Tenía un interés muy secundario en saber el relato de los hechos, ya que otras fuentes documentales escritas nos daban esta información con mucha más precisión. Lo que no da ninguna fuente es la aproxima-

ción al ambiente de la época, a unas determinadas vivencias, a una emoción frente a un hecho concreto. Lo que diferencia un relato de memorias escritas de las fuentes orales es la creatividad y la espontaneidad de las segundas. El investigador las crea y construye sus fuentes según sus intereses, mientras que unas memorias escritas ya vienen determinadas sobre temas concretos. Además, quien escribe sus memorias tiene el tiempo y la oportunidad para dar coherencia y mejorar la presentación de sus acciones y pensamientos.

La mayoría de las entrevistas las he realizado acompañada de un equipo de profesionales expertos en el registro de audio y vídeo, ya que era mi intención realizar esta investigación con un doble resultado. Hacer un libro, que recogiese la mayoría de la documentación encontrada y también hacer un documental, que mostrase una parte de estas entrevistas y documentos. Compatibilizar, si era posible, un trabajo más amplio y profundo, dirigido a un público más especializado, como es este libro, con uno de divulgación, aprovechando el momento favorable de interés en la opinión pública hacia la recuperación de la memoria histórica. Tenía mis reticencias en este planteamiento. Siempre había utilizado la historia oral registrándola únicamente con audio, donde se establecía una complicidad inmediata con la persona entrevistada. Este método me había facilitado un intercambio personal fluido. Hacer el salto cualitativo de presentarme yo a hacer la entrevista con un equipo de dos personas, más los focos y las cámaras que ocupaban un gran espacio y se imponían con su presencia, no me fue fácil en un principio. Sin embargo, comprobé entrevista tras entrevista que después de las reservas iniciales, las protagonistas se sumergían en su relato y perdían totalmente el respeto inicial a la fuerte presencia del deslumbramiento de las luces y de los cables que giraban por todos lados. Era posible comunicar y hacer fluir el discurso igualmente, a pesar del cambio de escenario.

Finalmente, ha sido enriquecedora la experiencia al haber aprendido también técnicas que este sector utiliza y que dan importantes resultados al momento de hacer la entrevista. Agradezco al equipo de profesionales que han hecho las grabaciones, especialmente a Francesc Ríos y Mariona Roca, por su trabajo preciso y su interés demostrado ampliamente. También el trabajo de la documentalista Sònia Pomares ha sido fundamental para la investigación, tanto

por la recogida de muchas fuentes gráficas como documentación necesaria para esta investigación. Al mismo tiempo, hizo la transcripción de muchas de las largas entrevistas realizadas. Agradezco a Eli Ribas, Mercè Rovira y Alba Llobet, que también han colaborado en esta tarea.

Sin el apoyo de las instituciones públicas esta investigación no se hubiese podido llevar a cabo, ya que el coste de los desplazamientos del equipo de grabación para ir a encontrar las mujeres a entrevistar, la mayoría de las cuales vivían fuera de Barcelona y muchas en Francia, ha sido elevado. Agradezco la ayuda para la recuperación de la memoria histórica recibida en 2006 por el AGAUR, Generalitat de Catalunya, en el momento de iniciar este trabajo. Pude completarlo gracias a las ayudas del Centre d'Història Contemporània de Catalunya, en 2007 y de la Direcció General de la Memòria Democràtica, en 2008 y en 2009. También a la ayuda de la Universitat de Lleida y del Seminario Interdisciplinar d'Estudis de la Dona (SIED) de esta universidad, gracias a los cuales he podido ir avanzando con la investigación. Especialmente, a Iolanda Tortajada y a Teresa Castellà, presidenta y secretaria respectivamente del SIED, que con su actitud tranquila y alegre encontraron siempre soluciones positivas a los pequeños tropiezos que iban apareciendo en esta investigación. También la ayuda de las secretarías administrativas del SIED agilizó todos los trámites que eran necesarios para este trabajo.

Agradezco también a Cristina Borderías de la Universitat de Barcelona, investigadora principal de proyecto de investigación del CICYT «Situación y contribución de las mujeres a la vida económica en la formación de las sociedades industriales. Una perspectiva comparativa», con la que he trabajado hasta 2008, la ayuda dada en esta investigación. También a los miembros del Seminario de Historia del Trabajo, en especial a Soledad Bengoechea, Carles Enrech, Jordi Ibars y Conchi Villar, por su estímulo. Y a Anna Aguado, de la Universitat de València, su prólogo a este libro y las facilidades dadas para encontrar material que me era imprescindible.

Una larga lista de profesionales de Historia y de las Ciencias Sociales me dieron apoyo y confiaron en los resultados de esta investigación. Mi agradecimiento a todos ellos, en especial a Manuel Lladonosa de la Universitat de Lleida y a Silvia Puertas, fundadora del SIED de la misma universidad; a Pere Gabriel de la Universitat

Autònoma de Barcelona; a Ricard Vinyes y Pelai Pagès de la Universitat de Barcelona; a Montserrat Iniesta, directora del Museu de les Cultures del Vi de Catalunya; a Joan Roca, director del Museu d'Història de la ciutat de Barcelona; a Bruna Bianchi de la Università Cà'Foscari de Venècia (Italia) y a Claudio Venza de la Università degli Studi di Trieste (Italia). También a Gerard Corbella, responsable del archivo de audiovisuales del Memorial Democràtic, por la paciencia que ha demostrado en todo el proceso de elaboración de este trabajo; a María Campillo, que me sugirió contactar con Isabel González y sobre todo a Anna Monjo, la editora de este libro, por las facilidades dadas en todo momento.

Un recuerdo especial para Pilar Molina, que nos dejó voluntariamente en febrero de 2008 y a quien le hubiese gustado ver finalizada esta investigación. Con ella pude hablar y contrastar opiniones al comienzo de este trabajo. Gracias a su experiencia como documentalista y al interés por el tema de la memoria libertaria femenina, sus sugerencias me fueron muy útiles.

No quiero olvidar tampoco el trato amabilísimo del personal de todos los archivos y bibliotecas que he visitado tanto en Barcelona como en el extranjero. El personal de la Biblioteca del Pabellón de la República (UB), me facilitó mucho mi tarea, así como la Biblioteca de Catalunya, el Archivo Histórico de la delegación de Gobierno y el Archivo Histórico de la ciudad de Barcelona. Diversas personas del Instituto de Historia Social de Ámsterdam, Willeke Tijssen, Mieke Ijzermans, Kees Rodenburg y Rudolf de Jong, me hicieron mucho más agradable la estancia en esa ciudad y me facilitaron documentación y conocimientos imprescindibles para este trabajo.

Por último, es necesario nombrar y agradecer de manera particular a las personas más cercanas que han soportado las consecuencias de la dedicación inevitable que un trabajo de estas características tiene. A mi madre y a mi hermana, Carme, que han seguido con interés y comprensión todos los pormenores. Pero sobre todo a mi compañero, Claudio Venza, por su paciencia, por sus sugerencias acertadas y por su particular sentido del humor. Su apoyo ha aliviado muchas veces los esfuerzos realizados.

Barcelona, noviembre de 2009

I. LA FORMACIÓN, ENTRE LA FAMILIA Y EL BARRIO

Una de las primeras cuestiones que me he planteado es saber cómo las mujeres protagonistas de esta investigación llegaron a las ideas anarquistas y al compromiso militante.¹ Partía de la premisa de que los primeros años de vida y de formación, con la experiencia vivida en la familia y en el barrio, habían sido fundamentales para su configuración ideológica y para su militancia posterior. Para la mayoría la influencia del padre y de los hermanos, militantes de la CNT o de los grupos anarquistas, fue decisiva; para otras, una minoría, el barrio, el vecindario y los amigos fueron más importantes que la familia en su toma de posición política y social. Nos aproximaremos al ambiente de formación de los primeros años de estas mujeres de familias trabajadoras que vivieron en Cataluña durante los años treinta del siglo XX, algunas nacidas en la ciudad de Barcelona de familias catalanas o llegadas a esta ciudad en la oleada de inmigración de los años veinte o posteriormente; otras provenientes de otros lugares y vinculadas por diversos motivos, normalmente laborales, a Cataluña. Todas ellas forman parte de una generación de mujeres que rompieron moldes respecto al rol femenino tradicional y se rebelaron al destino establecido por la sociedad patriarcal.

1. Una primera versión de este capítulo fue presentado al XIII Coloquio Internacional de AEIHM «La Historia de las Mujeres: perspectivas actuales», celebrado en la Universidad de Barcelona del 19 al 21 de octubre de 2006. Quería agradecer a los presentes los comentarios y aportaciones que hicieron, en especial a Anna Aguado y a Silvia Romero.

A partir de las biografías de nuestras protagonistas, basadas principalmente en las entrevistas realizadas, contrastamos las diversas experiencias de los primeros años formativos, que son determinantes para su trayectoria militante posterior. Del conjunto de entrevistadas, hablaremos en primer lugar del grupo de mujeres militantes que llegó a las ideas anarquistas principalmente por la influencia del ambiente familiar; en este grupo están las que nacieron en Cataluña, principalmente Antònia Fontanillas, Conxa Pérez, Sara Berenguer y Aurora Molina; y las de familias de fuera de Cataluña como Concha Guillén, Pura López, Gràcia Ventura y Julia Herмосilla. Y en segundo lugar examinaremos las que llegaron al ideal libertario, por otras influencias y no las estrictamente familiares. Estas encontraron en el ambiente libertario el clima de solidaridad, compañerismo, libertad y comprensión que buscaban. Incluimos en este grupo a Joaquina Dorado, Concha Liaño e Isabel González. También, como el primer grupo, de origen geográfico diverso, catalanas y no catalanas de origen. Los perfiles de nuestras protagonistas son heterogéneos por el origen geográfico, el trabajo que realizaban, su trayectoria personal y militante, pero tienen en común que son mujeres de clase obrera, que se ven obligadas a trabajar desde su adolescencia para ayudar al sustento de la familia, que tienen una formación académica limitada y que viven uno de los momentos más convulsos del siglo XX: la República y la Guerra Civil.

«Yo he mamado el anarquismo»

Del primer grupo, las militantes que llegaron a construir su identidad ideológica gracias a la influencia familiar, destacaremos, en primer lugar, las provenientes de familias de origen catalán. Nos interesa remarcar el factor del origen geográfico respecto al anarquismo para desmentir un mito muy extendido: de que la ideología libertaria la introdujeron en Cataluña los emigrantes que llegaban de otras partes del Estado español; especialmente los provenientes de la zona de Murcia. Esta teoría fue divulgada durante los años treinta, cuando la derecha catalana hizo una fuerte campaña contra la FAI desprestigiándola por su origen «xarnego» o murciano (Marín, 2004: 125-146). Según estas interpretaciones, los obreros catalanes con sentido común, pertenecían a ideologías moderadas

y rechazaban el radicalismo faista. También en este sentido, los socialistas insistían en que el anarquismo era una ideología «obsoleta» y que correspondía a un modo de producción anterior al capitalismo y, por tanto, los trabajadores inmigrantes que procedían de zonas rurales, eran los que habían traído el anarquismo a Cataluña. A los obreros catalanes que pertenecían a la industria capitalista les competía una ideología socialista (Vega, 2004b: 363-376). En cambio, partimos de la idea que el anarquismo no es algo ajeno a los trabajadores de nuestro país y que no fue impuesto en absoluto por los recién llegados. Por el contrario, la mayoría de los inmigrantes se hicieron anarquistas en Cataluña, por encontrar en la CNT, de carácter anarcosindicalista, un sindicato que los acogió y defendió sus intereses.

Por otra parte, el papel que la inmigración había jugado en los movimientos sociales y en el anarquismo, en particular antes de la Guerra Civil, es sin duda importante en el sentido que, normalmente estos se integraban en los estratos sociales más desfavorecidos. Junto con los trabajadores catalanes, los trabajadores provenientes de Murcia o Almería, por poner un ejemplo, se fundían con los primeros al ser una pequeña minoría y formaban núcleos pequeños que les permitía adaptarse sin problemas en los diversos sectores de la sociedad catalana. «Los murcianos que llegaban antes de los años veinte [...] se integraban en un mundo de trabajo homogéneo, en una sociedad con conflictos sociales y de clase, pero nacionalmente homogénea. Y, además, se insertaban con facilidad, de tal manera que sus hijos reaccionaban exactamente igual que los hijos de los catalanes o de los valencianos» (Termes, 1999: 114). La inmigración llegaba a Cataluña, y en especial a las zonas industriales en torno a Barcelona, atraída por las posibilidades de trabajo que les ofrecía esta zona en expansión. Esto no quiere decir que trajesen el anarquismo de las zonas rurales de donde provenían, más bien absorbieron las tradiciones de la lucha obrera que existían desde la segunda mitad del siglo XIX en Cataluña y colaboraron y se integraron con sus dirigentes, la mayoría de procedencia catalana, para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Encontramos en las biografías de nuestras protagonistas ejemplos que nos ayudan a comprender, tanto las tradiciones existentes en el movimiento obrero catalán, así como el papel desempeñado por los inmigrantes y los recién llegados, y

la perfecta integración que tuvieron todas estas trabajadoras y sus familias también en los años veinte y treinta.

ANTÒNIA FONTANILLAS, la herencia del abuelo Martín y de la abuela Francisca.

De nuestras protagonistas de origen catalán destacamos, en primer lugar, a Antònia Fontanillas Borràs. Por diversas generaciones, la ideología y el compromiso de la familia Fontanillas Borràs hacia el anarquismo fue una constante. Desde la militancia del abuelo materno en la Primera Internacional hasta el compromiso de la abuela materna Saperas hacia los perseguidos, pasando por la dedicación del padre por la propaganda libertaria, llegando a Antònia que la encontramos en la CNT y en las Juventudes Libertarias. La familia constituye toda una saga llena de luchas, persecuciones y coherencia ideológica por tres generaciones sucesivas. Nos detendremos en la biografía de esta última para explicar, no solamente la causa de la ideología de Antònia, sino también para situarla en la tercera generación que comienza a mediados del siglo XIX y que llega hasta nuestros días.

Antònia Fontanillas Borràs nació en Barcelona el año 1917 y vive en la actualidad exiliada en Francia, en la ciudad de Dreux.² Entre las causas de su compromiso ideológico y de militancia, ha sido decisiva la influencia familiar, no sólo de la familia paterna, sino también de la materna; ella misma lo reconoce: «Mi tendencia por las ideas anarquistas no tiene nada de extraordinario, ya que nací en una familia libertaria; aunque es cierto que las ideas no se transmiten por herencia» (Fontanillas, 1996: 131-148).

Es interesante recorrer la historia del anarquismo catalán a través de la tradición de esta familia; sus luchas, la brutal represión a la que estuvo sometido el movimiento obrero desde el inicio con la creación de la Primera Internacional y la activa participación de las mujeres en sus actividades. Su abuela materna, Francisca Saperas Miró (Barcelona 1851-1933), fue una destacada militante compañera del también importante anarquista Martí Borràs Jover (Igualada, 1845 - Barcelona, 1894), amiga de Teresa Claramunt y de la familia Urales-Montseny

2. Entrevista a Antònia Fontanillas, Dreux, julio de 2005 y abril de 2007.

(Dalmau, 2007: 15-31). La abuela era una mujer de fuerte carácter que tuvo una vida difícil y llena de penurias (Iturbe, 1974: 57-60). Su compañero Martí Borràs, zapatero de oficio, era un dirigente de la Unión de Constructores del Calzado de la Región Española (AIT), miembro de su Comité local desde 1871 y también el primer director de la publicación anarco-comunista *Tierra y Libertad*, que se publicó a partir de 1888 en Gràcia (Barcelona) (Termes, 1977; Piqué, 1989). Las hijas de la pareja, Salud y Maria, la última madre de Antònia, repartían el periódico, casi clandestinamente, en los domicilio de los suscriptores. Tuvieron dos hijas más que también estuvieron implicadas en las luchas sociales del movimiento: Antonieta y Mercè. La quinta, Estrella, murió muy joven.

La familia tuvo que soportar penosas persecuciones, cambios de domicilio y también el exilio en Francia y México por el activismo del padre, y también por el hecho de que la casa era un centro de acogida de compañeros perseguidos por la policía y la justicia. Martí Borràs, como otros dirigentes obreros y anarquistas, fue detenido en septiembre de 1893 después del atentado realizado por Paulí Pallàs contra el general Martínez Campos. Aunque la autoría del hecho no ofrecía ninguna duda. Al dejarse atrapar Pallàs sin ofrecer resistencia, las autoridades quisieron castigar duramente al movimiento anarquista e hicieron numerosas detenciones, entre ellas, al director de la revista anarco-comunista. Borràs, aún encarcelado, se suicidó el día 9 de mayo de 1894 desesperado por las duras condiciones y los malos tratos recibidos. Previamente, escribió una carta despidiéndose de su compañera e hijas y al mismo tiempo las animaba a continuar con el mismo compromiso social. Antònia repite de memoria emocionada un fragmento de esta carta:

«Tal vez vosotras, queridas esposa e hijas, veáis tiempos mejores, donde la lucha por la vida sea menos encarnizada, siendo tal vez un hecho la fraternidad humana: trabajad para ello tanto como podáis, pero por medio del convencimiento, como lo he hecho yo; porque debéis tener entendido que el bien y la libertad, lo bueno y lo bello, cuando son impuestos por la fuerza, dejan de ser lo que son para convertirse en lo peor del mundo para los que no lo admiten». (Iturbe, 1974: 58-59)

Los sufrimientos de Francisca Saperas no terminaron con la muerte de su compañero; tres años más tarde, la familia nuevamente

se encontró en el centro de otra tragedia a partir del atentado de Canvis Nous (1896) que abrió lo que se conoce con el nombre de Proceso de Montjuïc. Fueron detenidos y torturados más de 400 militantes, entre ellos Tomàs Ascheri, el nuevo compañero de Francisca, que fue acusado de ser el autor de dicho suceso. Fue procesado, condenado y finalmente fusilado en 1897 junto a su yerno, Lluís Mas, compañero de su hija Salud. Además, madre e hija fueron detenidas, torturadas y encarceladas. Antes del fusilamiento de sus respectivos compañeros, fueron obligadas a casarse con ellos para poder recuperar a sus hijas que habían sido dadas a la beneficencia (Dalmau, 2007: 29). Después del fusilamiento y de un año de cárcel, Francisca Saperas y su hija Salud quedaron en libertad y fueron desterradas a Francia (junio de 1897). En el mismo proceso fueron detenidos los destacados militantes anarquistas Joan Montseny, «Federico Urales» y Teresa Claramunt. El sufrimiento común pasado en la prisión del castillo de Montjuïc unió fuertemente a la familia Saperas con la familias Montseny y Claramunt a partir de aquel momento.

Al cabo de un año tuvieron la autorización de regresar a Barcelona. Mientras tanto, Salud se había unido al anarquista y activista francés, Octave Jahn. Antonieta, la otra hija de Francisca, era la compañera de Joan Baptista Ollé, otro condenado y torturado en el Proceso de Montjuïc; Francisca acabará junto a Francesc Callís i Calderón, también torturado e indultado en 1900. Francesc acabó suicidándose a causas de las terribles secuelas que le provocaron el sufrimiento del encarcelamiento de Montjuïc. Como la policía continuaba persiguiendo a la familia, Francisca optó por emigrar, primero a Buenos Aires en 1912, después a Estados Unidos y finalmente a México.

De regreso en Barcelona en 1923 se relacionó nuevamente con Teresa Claramunt, la cual vivió una temporada en su casa. A finales de la década de los años veinte, su salud se deterioró por una parálisis y murió en Barcelona en 1933 a la edad de 82 años. Federica Montseny escribió su necrológica.³ Su entierro fue muy concurrido.

3. Montseny, F. (1933), «Francisca Saperas ha muerto», *Solidaridad Obrera*, 29 de agosto de 1933.

Para Federica Montseny, Francisca Saperas era una de las tres mujeres más destacadas de los primeros años del anarquismo catalán, junto con Teresa Claramunt Creus (Sabadell, 1862-Barcelona, 1931) y Caietana Griñó Llevadot (1857?-Barcelona, 1935); de esta última sabemos poco. Destacó como Francisca por su actitud solidaria con los perseguidos y con los presos de Montjuïc. También ayudó a Teresa Claramunt cuando los últimos años de su vida estaba prácticamente ciega y paralítica (Iñíguez, 2001: 286). Las tres constituían para Montseny «las vestales del ideal» ya que, como las antiguas sacerdotisas romanas, habían mantenido de manera heroica la llama del ideal anarquista.

«¡Teresa, Francisca, Cayetana! Ahora viejas ya, ruinas conmovedoras de lo que fuisteis, pasados vivientes que representáis una época gloriosa, que encarnáis al ideal en todo su heroísmo y en toda su pureza: aún sois las vestales del Ideal, que alimentáis con vuestro recuerdo y vuestro ejemplo, un fuego sagrado que prende de otras almas, que a otras almas alumbraba y abraza».⁴

Teresa Claramunt tuvo una importancia indirecta en la vida de Antònia ya que gracias a su intervención, el también anarquista, Josep Fontanillas Riñón (La Canona, Tarragona 1875-Barcelona, 1947) conoció a Maria Borràs Saperas (Barcelona, 1883-1950), la madre de nuestra protagonista, con la que se unió a los 30 años (Vicente, 2006; Pradas, 2006). La familia paterna había emigrado a Estados Unidos, Brasil y Argentina donde Josep Fontanillas perdió a su madre y a su hermana. Por este motivo, Teresa Claramunt fue una segunda madre y seguramente, la fuente de sus ideas anarquistas. De la unión de Josep y Maria nacieron cinco hijos, de los que sobrevivieron cuatro: Apol·lo, Ondina, Antònia y Martí, porque Adelfa, la cuarta, murió habiendo cumplido tan sólo un año.

El padre trabajaba en el Hotel Oriente de Barcelona. «No fue, según Antònia, una persona ni de tribuna ni de escritura, pero sí un incansable propagandista y un nexo con las publicaciones anarquistas de América». Los acontecimientos de la Semana Trágica obligaron a la familia a huir de nuevo hacia Buenos Aires donde

4. Montseny, F. (1930), «Las vestales del ideal», *La Revista Blanca*, n.º 161 (en Tavera, 2005: 29).

estuvieron hasta 1916, cuando regresaron a Barcelona. Antònia nació un año más tarde en esta ciudad, pero para el padre continuaron las persecuciones y pasó unos cuantos meses en prisión en los años veinte, en la época de los generales Arlegui, quien estaba en la Dirección General de Seguridad, y de Martínez Anido como gobernador civil de Barcelona. En 1925 la familia se marchó hacia México donde vivía la tía Salud, gracias a la cual, Josep Fontanillas encontró trabajo como conserje en la Cámara de Comercio de España. En esta ciudad, Josep entabló relación con los militantes anarquistas mexicanos, de manera especial con Rafael Quintero, gran amigo de la familia.

El padre tuvo una gran influencia en la formación ideológica de Antònia, de su mano, conoció a muchos de los principales militantes anarquistas barceloneses, como Tomàs Herreros, director del periódico barcelonés *Tierra y Libertad* y miembro del grupo anarquista del mismo nombre. En casa de Tomàs se editaba el periódico y Antònia iba a menudo con su padre (Abelló, 1988; Madrid, 2007). También la tía Salud Borràs (Barcelona, 1878 - París, 1954), hermana de la madre, fue un personaje femenino importante, junto con la ya citada abuela materna. La tía vivió unos años en Francia y en México, compañera del destacado revolucionario francés Octavio Jahn (1869-1917) que participó en la Revolución Mexicana en 1910. Volvió a Barcelona en los años treinta con el resto de su familia. Su compromiso con el anarquismo pasó, ante todo, por la solidaridad y la fraternidad como el de muchas mujeres de este movimiento. Hizo de correo entre los presos, estableció contactos con los Comités en los tiempos de la clandestinidad, ofreció su casa a los perseguidos en el propio país o en el extranjero, etc. Se exilió a Francia después de la derrota republicana.⁵ Podemos decir pues, que en el caso de Antònia la influencia de la familia materna —abuelo, abuela, tía especialmente y el padre— fueron fundamentales en su compromiso ideológico. Por diversas circunstancias ella fue la única militante anarquista de los cuatro hermanos: Apol·lo, el mayor, estaba enfermo por haber sufrido una meningitis y Martí, el menor,

5. Montseny, F. (1954), «Medio siglo de anarquismo. Salut Borràs ha muerto», *CNT*, 5 de septiembre.

era demasiado joven durante la guerra. La hermana mayor se casó y se quedó a vivir en México, y no volvió al Estado español con su familia (Martelanc, 2000; Vega, 2008).

Formación

Antònia fue a la escuela hasta la edad de ocho años, cuando junto con su madre y sus hermanos tuvo que irse a México. En ese país continuó con sus estudios primarios durante seis años más; pudo asistir a una escuela laica de calidad, cosa que en la ciudad Condal no hubiera podido ni soñar durante la Dictadura de Primo de Rivera. En aquellos años desarrolló una pasión por la lectura, especialmente de las revistas y libros que encontraba en su casa. En este sentido, tuvo mucha importancia en su formación la extensísima biblioteca sobre temas anarquistas que su padre fue recolectando en la casa familiar. Recibían las publicaciones de *La Revista Blanca*, así como también de otros editores, tales como *Estudios* o algunas que venían de Argentina y que publicaban ediciones populares de clásicos franceses o rusos. Llegaban también a la biblioteca familiar la *Novela Libre* y la *Novela Ideal* editadas por la Familia Montseny. Estas colecciones escritas con una redacción sencilla y con un argumento sentimental, concienciaban sobre los problemas sociales e incitaban a la necesidad de luchar contra la injusticia y los convencionalismos sociales (Siguan, 1981; Tavera, 2007 y Vega, 2007b). También la revista *Generación consciente y Redención*, que difundían las corrientes neomaltusianas. En ellas colaboraba el médico y escritor Félix Martí Ibáñez, que de una manera muy amena, explicaba estas teorías muy avanzadas para la época. Escribió también la novela *Yo, rebelde*, que iba dirigida a los más jóvenes;⁶ Antònia sintió un fuerte impacto con la lectura de esta novela. Su formación finalizó en 1933 cuando su familia abandonó México para regresar a Barcelona a causa de que su padre fuera expulsado por haber asistido a una reunión anarquista. De esta forma, se inicia una nueva etapa en su vida: la laboral a sus 16 años.

6. Martí Ibáñez, F. (s.a.), *Yo, rebelde: novela juvenil y de inquietudes*, Biblioteca Estudios, Valencia.

CONXA PÉREZ, «Con un martillo, quería romper la reja de la prisión en donde estaba mi padre».

Conxa Pérez Collado es otro caso de militante anarquista que se imbuje de las ideas anarquistas por la influencia de su familia, en especial su padre y su hermano mayor.

Conxa nació en el barrio de Les Corts de Barcelona en 1915. Actualmente a sus 95 años vive llena de energía y vitalidad en esta ciudad. Su padre, Joan Pérez Güell, nacido en Barcelona en el barrio de Sants, se mudó al barrio de Les Corts al casarse con su prometida, Lucila Collado Ballester. En el mismo barrio vivía toda la familia materna que provenía de Cirat, un pequeño pueblo de Castellón. La madre murió de tuberculosis en 1917 cuando Conxa tenía dos años. Esta última era la pequeña de sus tres hermanos. La mayor, Anita, tuvo meningitis y achacaba las secuelas; los dos hermanos pequeños, Pepe y Conxa, la protegían de las burlas de los otros niños del barrio. Por intermediación de la abuela materna, el padre se volvió a casar con la hermana pequeña de su compañera, que se llamaba Librada. De la nueva unión nacieron cuatro hijas más. Ambos trabajaban para conseguir alimentar a su numerosa familia. El padre era fundidor y trabajaba en el sector metalúrgico en la Casa Barret (Can Tunis) y la madre, continuando con la tradición familiar, trabaja en la fundición de vidrio de Les Corts haciendo vasos y botellas. Afortunadamente la abuela vivía al lado y los ayudaba; también la hermana mayor, Anita, hizo de madre y se encargaba de la compra y de la cocina (López i Castells, 1998; Quiñonero, 2005; Moroni, 2008; Berenguer, 2008 y Vega, 2009).

El padre era anarquista de la CNT y durante la dictadura de Primo Rivera fue tenido tres veces, estando en prisión como tantos otros militantes de la época. La madre, Librada Collado, no era creyente y simpatizaba con la CNT; sentía admiración por Joan Peiró, también vidriero de oficio, el cual alguna vez fue a la fábrica. De su infancia, Conxa recuerda las visitas al padre en la prisión, situación que la marcó profundamente, haciéndola rebelarse con lo que la rodeaba.

«Jo tenia que arribar a la força a les idees perquè el meu pare era ja un anarquista convençut, era de la CNT, [...] en el temps ja de la dictadura, [...] de Primo de Rivera i després Berenguer. I, sobretot, la de Primo de Rivera vam passar-ho molt malament a casa perquè

contínuament al meu pare l'agafaven pres. I, bueno, ja veus tu la casa amb crios petits i el meu pare a la presó. Una de les vegades va estar potser un any agafat, la meva mare ja no podia aguantar-ho i em van portar a mi a casa d'uns tios, perquè al menos treure's una boca de sobre.»

«Jo anava contínuament a veure'l a la presó, allà veia als presoners i em rebel·lava de veure als homes darrere de les reixes i que no el podies tocar. [...] I mira si estava negra quan anava jo allà que un dia em vaig emportar un martell amagat perquè volia trencar la reixa, semblava que amb un martell es podia trencar tot allò. La meva infància casi va transcorre entre presó i presó. I després a casa que venien molts amics del meu pare a visitar-lo, quan estava en Libertad. I les converses d'ells sempre eren de han deixat aquest en Libertad, ara han mort aquest que li van dir que li donaven la Libertad i li han tirat quatre tiros pel darrere i l'han mort».⁷

Junto con al hermano mayor, con quien se llevaba cuatro años, escuchaban escondidos las conversaciones que los adultos tenían en el comedor de la casa, pendientes de las noticias que llegaban de los compañeros del padre sobre la aplicación de la Ley de Fugas con los detenidos políticos durante los años de Arlegui y Martínez Anido (1920-1923). Tenían miedo de que al padre le pudiese pasar cualquier cosa. De estos años y posteriormente de los años de la República, con la perspectiva que da el tiempo, recuerda que su madre fue también una auténtica víctima de la situación, ya que la historia, únicamente, habla de militantes hombres y mujeres detenidos de la CNT pero no de los compañeros y compañeras de estos y de estas.

«La víctima de veritat era la meva mare. Perquè jo a la presó no ho vaig passar malament, estàvem allà, no ens faltava el menjar, no feiem res, allà vaig llegir bastant. El meu germà ídem de ídem a la presó, no va rebre cops ell. I el meu pare tampoc en aquesta ocasió i la meva mare anava desesperada portant paquets amb un, paquets a l'altre, cuidar els nanos, treballar, bueno, era un verdader desespo! Com aquesta dona n'hi havia pues la tira, casi totes les dones dels que agafaven presoners. I, en canvi, de tot això se n'ha parlat molt poc, eh!, bé, no se n'ha parlat gens. Ara es comença a parlar de les

7. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

dones, les altres, les que vam lluitar però d'aquestes que estaven a casa que no eren revolucionàries i feien més feina que nosaltres, no n'he sentit mai res, eh! I seria qüestió de parlar-ne una mica».⁸

Formación y barrio

Su educación se vio afectada por la situación irregular de su familia, ya que cuando el padre estuvo preso faltaba su salario, y por tanto no había suficientes ingresos en la casa para pagar la escuela a los hijos. «Agafaven al meu pare pres ens tenien que treure de l'escola, perquè en aquell temps l'escola era pagada, eren escoles particulars i allavontes no es podia pagar, si no podíem casi menjar! Ens treien de l'escola».

Asistía a la escuela cuando podía, cuando no podía hacerlo, jugaba en la calle con los otros niños, «De todas maneras tengo que decir que nunca fui una gran estudiosa, pero sí una amante de la cultura» (Moroni, 2008: 105). Como otros niños y niñas de las clases populares, fue una autodidacta ya que en la escuela apenas aprendió a leer y a escribir. Leía con su hermano la *Novela Ideal* que editaba *La Revista Blanca* de la familia Montseny y también *La Revista Blanca* que salió durante la dictadura.

«Jo, llegir, he llegit molt. Jo he après a llegir, perquè era una febrada que tenia per llegir, tot el que em queia a les mans. Bueno, en aquell temps que es feien les Novel·les Ideals i amb el meu germà les compravem. *La Revista Blanca*, aquestes segur que me les llegia totes i tot, ja et dic, tot el que queia a les meves mans. Llegir, llegia molt».

También compartió amigos y juegos con el hermano. En Les Corts encontraron poca acogida entre los niños y niñas del barrio puesto que todos sus vecinos sabían que el padre era anarquista y estaba en prisión, por lo que evitaban que sus hijos tuvieran relación con ellos. Por el contrario, fue con los hijos de los inmigrantes de la colonia Castells con los que establecieron verdaderas relaciones

de amistad y compañerismo. La colonia se construyó en los años veinte por la inmigración proveniente, especialmente, de Almería y Murcia; era una barriada exclusivamente obrera y residencial que tenía unos ochocientos habitantes (Oyón, 2003 y 2008). Con estos niños jugaban en la calle e inventaban juegos y actividades para divertirse; una de estas fue formar unos coros de coplas, las «caramellas». En diversas fiestas cantaban canciones tradicionales y pasaban por las casas pidiendo dinero. «I, amb aquests nois i noies, noies no gaires eren casi tot nois, vam intimar més, van ser aquests nois els que es van agrupar i els que van fer el coro i vam tenir una gran amistat».

En el barrio, los niños hacían vida en la calle hasta la edad de trabajar. A las niñas no se les permitía estar tanto tiempo en la calle porque, normalmente, ya de pequeñas, al trabajar su madre, tenían que asumir las responsabilidades de las tareas domésticas; por este motivo, prácticamente todas las amistades de Conxa fueron masculinas. «Les noies van tenir prohibit de que sortissin amb mi. I ens apreciàvem de veure'ns. I, mira, jo tenia que jugar amb nois pel carrer perquè les noies no les deixaven, el tros aquell nostre, eh!, no les deixaven sortir a jugar». Será, con este grupo de amigos de la infancia, con el que posteriormente iniciará la militancia anarquista y también crearán las milicias «Aguiluchos de Les Corts» al inicio de la Guerra Civil.

Las necesidades familiares hicieron que Conxa comenzase a trabajar con trece años en una fábrica de géneros de punto del barrio de Sants gracias a la intervención de una tía paterna que trabajaba ahí. El trabajo no le gustaba y además la fábrica quedaba un poco lejos del hogar familiar, por lo que al cabo de un año aproximadamente se cambió de trabajo. Muchos días su padre la iba a buscar cuando salía de la fábrica para evitar que caminara sola por las calles oscuras y por los descampados, pero con el nuevo trabajo, este problema quedó resuelto; era una imprenta en la calle París, Can Oliver, donde hacían sobres y donde ganaba más que en el anterior trabajo. Se mantuvo en el sector de la industria gráfica hasta la Guerra Civil.

Cuando comenzó a trabajar se dio cuenta de las diferencias de género que existían en la casa: cuando llegaban el padre y el hermano cansados como ella de la larga jornada de trabajo en la fábrica, podían dedicarse a otras cosas como leer, mientras que a ella, le tocaba

8. Reflexión sobre la detención del padre, del hermano y de ella misma por los sucesos de la huelga de transportes de Barcelona, que paralizó la ciudad del 25 al 27 de abril de 1933. Prácticamente estuvo encarcelada seis meses (Entrevista a Conxa Pérez, octubre de 2008) y Vega (2004a).

siempre ayudar en las tareas domésticas. Esta situación la indignaba y ella protestaba por la discriminación, además, le gustaba llevarse el trabajo a casa para sacarse un sobresueldo porque todo lo que ganaba en el taller lo tenía que dar para la casa, mientras que este extra se lo quedaba ella para sus pequeños gastos.

«Quan rentàvem els plats, de fet, un dia la meva germana i un dia jo, però no el meu germà, és aquí on em rebel·lava jo, la meva germana i jo, teníem que tornar-nos, la gran, eh!, la que estava malalta, a rentar plats i això. I a mi em deia, oh, que tens que rentar; —Home, és que tinc que treballar amb allò. —Oh, bueno, allò és a part, que els diners te'ls quedes per a tu. És dir que tenia que fer el treball extra i tenia que rentar els plats. Quan acabava el treball, tenia que fer casi dos jornades».

Conxa aprendió desde pequeña a luchar contra las diferencias de género que encontraba en su casa y en la calle, por esta razón siempre fue muy respetada, «Jo no he tingut mai dificultats ni complexos perquè, [...] els homes m'han respectat sempre».

Su caso es bastante singular dentro de la trayectoria de las mujeres entrevistadas por haber tenido una vida similar a la de su hermano, al que acompañaba a menudo en sus actividades; además tenía una hermana mayor que asumía parte del trabajo del hogar. Esta situación le permitió tener más libertad de acción que la que tenían las niñas de su edad en el barrio, lo que posteriormente le facilitó su independencia en su vida adulta, así como la capacidad de adquirir compromisos con las organizaciones libertarias.

SARA BERENGUER LAOSA, «en el trabajo de mi padre, oí cosas que no se escuchaban en casa»...

La vida de Sara Berenguer Laosa es quizás la más conocida de todas nuestras protagonistas, al ser de las pocas mujeres libertarias que, junto a Federica Montseny, ha escrito sus memorias en contraposición a la de los militantes anarquistas y anarcosindicalistas que son más numerosos (Berenguer, 1988; Vega, 2010b).

Sara Berenguer nació en Barcelona en el barrio de Poble Sec en 1919. Sus padres eran inmigrantes y analfabetos. El padre Francisco Berenguer nació en Madrid en 1894 aunque los abuelos provenían de Chelva (Valencia). Perdieron el trabajo en los molinos de aceite cuando una riada se los llevó, lo que hizo que su familia tuviera que

realizar otros trabajos hasta llegar a Barcelona. Francisco, Paco, tenía 16 o 17 años y se puso a trabajar en el sector de la construcción. Militó en la CNT desde su origen y participó en las huelgas del año 1917; estuvo detenido después de ayudar a huir a un compañero que había sido apresado por la Guardia Civil, y él mismo trató de escapar de una patada. Fue acusado de desacato a la autoridad y condenado a muerte. Los padres de su prometida, Vicenta Laosa, provenientes de Gandesa (Tarragona), estaban bien relacionados por haber trabajado como administradores de las fincas que Serrano Sunyer tenía en aquella localidad, por lo que hablaron a su favor y fue puesto en libertad después de un tiempo conmutando la pena capital. Esta situación, y el embarazo de ella, unió a la joven pareja en matrimonio después de que él le prometiera abandonar la lucha sindical.

La madre nació en Gandesa en 1897 y había llegado a Barcelona muy joven. Pertenecía a una familia tradicional venida a menos, era modista y continuó ejerciendo su profesión después del matrimonio. Tuvieron cinco hijos: Sara, la mayor, seguida de Emilia, Paquito, Vicenta y Magdalena, esta última nació nueve meses antes del alzamiento militar de 1936. La familia vivió, en un primer momento, en el barrio de Poble Sec mudándose más tarde al barrio de Les Corts, donde vivía la familia materna (Berenguer, 1988; Rodrigo, 1999; Rausa, 2000).

El padre era un buen obrero y ejercía de delegado de la CNT, por lo que era quien expresaba las demandas al contratista de obras Boixader, entre ellas, protestar por el despido de algún trabajador o pedir mejoras salariales. Debido a la negación del patrón en conceder las peticiones, el padre de Sara se peleó con él y dejó de ir al trabajo.

«Però el patró al cap de dos dies l'anava a buscar perquè tornés al treball perquè era un bon treballador. I de vegades li deia si m'ho demanessis tu això, però per aquest... i deia aquest és igual que jo, se l'ha d'ajudar, si no pot fer més, fa menys, però és un obrer».⁹ «Mi padre era un altruista, ayudaba siempre a sus compañeros de trabajo y todos lo querían» (Berenguer, 1988: 30).

9. Entrevista a Sara Berenguer, Montadý, diciembre de 2006.

Sara recuerda el ambiente en el trabajo del padre ya que a menudo le llevaba la comida, costumbre muy común en aquel tiempo, pues de esta manera, se ahorra el gasto extra de comer fuera de casa. En estos momentos Sara escuchaba atentamente las conversaciones de los compañeros de su padre mientras comían.

«Quan era joveneta anava a portar-li el menjar al treball. Al moment del dinar sempre parlaven dels companys que estaven a la presó, d'un company que tenia la dona malalta que se l'havia d'ajudar, que l'altre company que... Bueno, sempre coses així, no? Allavonses jo vaig sentir coses que no se sentien a casa».

Estas conversaciones solidarias sobre los más desfavorecidos la influenciaron y la sensibilizaron con las cuestiones sociales. Esto junto al carácter decidido del padre, un luchador anarquista desde joven y militante de la CNT, la marcaron desde muy joven. Ella misma destacaba por su fuerte voluntad, aceptando cualquier reto que se le presentase ya fuera en el trabajo o en la militancia.

Formación

Estuvo en la escuela hasta los doce años. Era un colegio privado «Colegio Cervantino» que dirigían dos hermanos, María y Juan Pacheco. Los niños y las niñas estaban separados en colegios independientes. Cursó pocos años de colegio y, además, no iba siempre ya que la madre le pedía que colaborara en las tareas domésticas por ser la hermana mayor; teniendo que ir al mercado o cuidar de los hermanos pequeños. «No hi anava sempre —a l'escola—, perquè la meva mare cosia, i se n'anava als Encants i comprava roba, i feia vestits i després els venia. Quan ella se n'anava, algú tenia que estar al cuidado dels nens, de manera que moltes vegades no anava a l'escola».

Aquellos pocos años de colegio fueron provechosos: ella tenía pasión por aprender y le hubiera gustado quedarse más tiempo, sin embargo, la madre pensaba que la tenía que ayudar en el duro trabajo doméstico, con tantos hermanos pequeños y numerosas tareas por realizar no podían permitirse que continuara yendo a la escuela. «Als 12 anys em va treure de l'escola perquè l'ajudés a casa. La vaig estar ajudant una temporada però jo a casa no em movia. Tenia ganes de veure el món, d'anar a treballar com altres companyes, com altres noies hi anaven».

A los trece años entró a trabajar de aprendiz en una carnicería del Mercat del Ninot por medio de una vecina que también trabajaba ahí. Se puso directamente de acuerdo con los propietarios sin decirle nada a la madre; entraba a la seis de la mañana y trabajaba todo el día por un salario, prácticamente, simbólico. Era un trabajo duro, tenía que cargar grandes piezas de carne hasta la cámara frigorífica por largos corredores oscuros; pero estaba contenta «más que res era la Libertad de poder anar a treballar». La primera experiencia de trabajo duró casi un año y lo dejó debido al acoso y los abusos de un joven compañero que la perseguía por los corredores oscuros cuando estaba sola para aprovecharse de ella. No le contó a nadie la verdadera causa de su marcha pero su caso ejemplifica la situación de doble abuso e impotencia en la que se encontraban las niñas y las adolescentes en el trabajo en los años treinta: por un lado, la explotación económica con salarios irrisorios y por otro, la explotación de género al recibir a menudo todo tipo de acosos sexuales.

Posteriormente, entró a trabajar en un taller de calados y bordados que había en la calle Zumalacárregui número 13. Sara lo conocía porque su madre la hacía ir a veces a llevar faldas a plisar o piezas para bordar. Para obtener este trabajo, también fue ella la que tomó la iniciativa preguntándole a la señora si le daba trabajo porque sabía bordar (había aprendido un poco en la escuela). El salario que cobraban era muy bajo y un buen día las costureras protestaron pidiendo un aumento, ella fue la única que se atrevió a hablar y también la única que obtuvo el aumento. Esta experiencia de desigualdad para con sus compañeras, la vivió de forma traumática y no volvió al taller; no podía aceptar que siendo joven y recién llegada recibiera un aumento de sueldo frente al resto de trabajadoras que llevaban años en el taller.

Ya con catorce años aprendió el oficio de corsetera en un nuevo taller. El patrón le dio trabajo para realizar en casa y consiguió independizarse a los dieciséis años. Su padre le compró una máquina de coser eléctrica para facilitarle el trabajo. El 19 de julio de 1936 Sara abandonó su trabajo para iniciar su vida revolucionaria; se abrió ante ella una nueva etapa en su vida, la de la militancia. Todas las experiencias de protesta contra las injusticias en los diversos trabajos realizados y de solidaridad vivida, tanto por ella como por su padre, la empujaron a salir del hogar poniéndose al servicio de

la revolución, del cambio social y político abierto después del alzamiento militar.

AURORA MOLINA, «Mis padres nos llevaban a la Casa del Pueblo, en Bélgica, donde se reunían todos los compañeros, Durruti y Ascaso. Teníamos mucha relación».

Aurora Molina Iturbe nació en Barcelona en el casco antiguo en 1923; de familia anarquista, tanto por parte de su madre como de su padre. Su madre fue la destacada militante anarquista Lola Iturbe Arizcuren (Barcelona, 1902 - Gijón, 1990). Su abuela materna provenía de Monreal cerca de Pamplona, pertenecía a una familia que económicamente estaba bien situada y que al enterarse que su hija estaba embarazada la echaron de la casa. Sin ningún sustento y abandonada por su prometido, decidió ir a Barcelona a buscar suerte para ella y para su futura hija. Al no poder hacerse cargo de la pequeña la dio a una familia vecina que eran de Valencia y que decidieron regresar al pueblo por las duras condiciones de vida de la clase obrera barcelonesa y por el rechazo a los ritmos de trabajo industriales de aquellos años.

Lola creció con su familia adoptiva en Cerdà cerca de Xàtiva (Valencia), creyendo que aquellos eran sus padres biológicos y que los hijos de ese matrimonio eran sus hermanos. Su confusión y desesperación fue total cuando su madre biológica apareció al cabo de siete años reclamándola; esta servía en una casa en la que los señores habían aceptado la existencia de la niña¹⁰ y se hicieron cargo, también, de su escolarización. A causa de la posterior quiebra económica de la familia donde estaban Lola y su madre, Lola tuvo que ponerse a trabajar de aprendiz de criada a la edad de nueve años y de después de pantalonera con catorce años, oficio que no abandonó en toda su vida (Fabre, 1981; Marín, 1996; Rodrigo, 1999; Torres, 2006; Vega, 2006).

Coincidiendo con la crisis económica de la familia barcelonesa donde servía la abuela, alquiló un piso grande donde puso una pensión para salir adelante. En esta pensión iban a dormir

10. Los señores se apellidaban Ponsetí, eran unos hermanos y solteros sin hijos. Habían contribuido al alumbrado de las calles de Barcelona (Torres, 2006).

muchos militantes anarcosindicalistas y libertarios y fue allí donde Lola escuchó por primera vez hablar sobre las ideas anarquistas y las persecuciones que padecían los trabajadores comprometidos entre los años diez y veinte del siglo XX. Con catorce años se afilió al Sindicato confederal del Vestido donde conoció a los más destacados militantes del momento: Ángel Pestaña, Francesc Arín, Federico Urales, Libertad Ródenas, Rosario Dulcet y a sus familias, integrándose en el movimiento de la CNT. Hasta el momento había tenido un fuerte problema de rechazo por ser hija de madre soltera, pero al empezar a frecuentar los ambientes anarquistas fue aceptada como una más y no fue discriminada por las condiciones de su nacimiento. Este acontecimiento la estimuló para comenzar a interesarse por el anarquismo y para afirmar su compromiso con la organización.

Al inicio de la década de los años veinte, con poco más de veinte años, Lola conoció al militante anarquista Juan Manuel Molina, «Juanel», el que fue su compañero de vida desde 1922 y padre de sus hijos, Aurora y Helenio. El padre biológico de Aurora fue Vidal, un militante anarquista de acción que murió asesinado cuando Aurora tenía dos años (Iñiguez, 2001: 310; Torres, 2004). Juanel (Jumilla, Murcia 1901 - Barcelona, 1984), había trabajado en el campo en la tierras de la propiedad paterna y aprendió a leer al frecuentar el Centro Obrero del pueblo. Fue detenido con dieciocho años y rehusó a hacer el servicio militar escapando con documentación falsa hacia Barcelona en 1920, donde comenzó a trabajar en la construcción y a participar en los sindicatos y en los grupos anarquistas (Fabre, 1981; Martínez de Sas, 2000: 923-924; Iñiguez, 2001: 410-411). Era la época del pistolero y había fuertes enfrentamientos armados entre los cenetistas y los sindicatos libres apoyados por la Patronal para acabar con la CNT.

«Yo nací en la calle Platería, allí detrás de lo que llaman el Casco Antiguo de Barcelona. Sé que era un sitio donde mi abuela tenía un piso y allí [...] hizo una especie de fonda [...] La gente que iba a la fonda resulta que eran todos [...] compañeros. Y delante de su casa hubo un tiroteo, que es cuando los sindicatos libres, y mataron a uno [...] Y entonces mi madre le dijo a su madre: 'Mira, hemos de sacar todo lo que hay en casa'. Que ella no lo sabía que tenía la casa llena de armas. [...] Y mi abuela, sin

preguntar nada, cogió y dijo pues 'vamos a sacarlo'. Y lo sacaron en unos bolsos». ¹¹

Juanel participó en las luchas sociales de antes de la Dictadura de Primo de Rivera y también en las posteriores, como en el asalto de los cuarteles de las atarazanas en 1924. Después la familia Molina tuvo que huir a Francia como muchos otros opositores a la Dictadura de Primo de Rivera. Primero se fue el padre y después se fueron la madre con sus hijos pequeños: Aurora de apenas cuatro años y Helenio que tenía pocos meses. «Ante esta situación tuvimos que exiliarnos. Y mi padre pasó por la montaña y nosotros también». En Francia establecieron contacto con personalidades y grupos anarquistas franceses: Sébastien Faure, Emile Armand, Han Ryner, Emilienne y Berta Faber, entre otros, y también con exiliados, al igual que ellos, Llibert Callejas, V. Orobón Fernández, B. Durruti, los Ascaso y sus compañeras. Cuando fueron expulsados de Francia se dirigieron a Bruselas (Bélgica). «Y allí mis padres nos llevaban a la Casa del Pueblo, [donde] se reunían todos los compañeros, Durruti y Ascaso. Teníamos mucha relación». Con el cambio de la situación política y la caída de la dictadura, regresaron al Estado español. Tenían escasos medios económicos, el padre trabajaba de manera esporádica debido a que el sector de la construcción entró en crisis y, afortunadamente, la madre como sastre siempre encontraba trabajo, lo cual les permitía vivir al día. Vivían en las Casas Baratas Ramon Albó del barrio de Horta, ¹² era una barrio de inmigrantes que habían llegado a Barcelona atraídos por la construcción del recinto de la Exposición Universal de 1929. Después, en el período de la República, hubo un gran porcentaje de desempleados en el barrio y en general en el sector (Oyón, 1998).

«Hicimos de ocupas, nos metimos en Horta. Los compañeros, en las Casas Baratas, pues nos metieron en una casa vacía, nos pusimos

11. Entrevista con Aurora Molina, Gijón, 2007.

12. El Patronato Municipal de la Vivienda de Barcelona construyó cuatro grupos de Casas Baratas a finales de los años veinte con 2.200 viviendas; dos en Barcelona: Ramón Albó (Horta) y Eduardo Aunós (Can Tunis) y dos en Santa Coloma de Gramanet. [*N. de la T.*] las Casas Baratas eran edificaciones destinadas a familias obreras y de escasos recursos.

allí y ya no nos echaron. [...] Las Casas Barates era una barriada completamente de la CNT, no había casa que no fueran compañeros, todos eran compañeros. [...] Y además, conocidos y militantes de verdad, y todos nada, cuando había un compañero preso, en seguida a ver lo que pasaba y a ayudar y todo eso. Que venían a registrar, que venían los guardias de asalto dos o tres, a pedradas. Ahí, mi hermano y yo, a pedradas. ¿Venían las catequistas? Jamás pudieron entrar las catequistas».

La madre escribió asimismo un relato que corrobora lo dicho por Aurora: «Del grupo de compañeros y compañeras que habitaron las Casas Baratas de Horta, se podría escribir un libro. Ni la Iglesia, que no pudo acabarse de construir, pudo ser habitada por los curas, ni el cuartel de la guardia civil. Los habitantes se opusieron y consiguieron sus deseos, viviéndose en aquella barriada sin curas y sin guardias. Se hizo la huelga perpetua de alquileres; sólo se dejaron administrar y funcionar los edificios escolares. El vecindario vivía en completa fraternidad. En las noches de verano, sentados en corros a las puertas de las casas, cantábamos canciones revolucionarias» (Iturbe, 1974: 128-129).

Respecto a las actividades que realizaban los habitantes del barrio, la mayoría pertenecían como Juanel Molina al ramo de la construcción y militaban en la CNT y en menor grado en la FAI, entre ellos Patricio Navarro del grupo *Solidaridad* (Vega, 1980: 46), Germinal Donoso, ex director de *Tierra y Libertad*, José Costa, organizador de la Columna Durruti en el barrio, Juan Valera, los hermanos Conesa, murcianos y ladrilleros de oficio del grupo anarquista *Verdad* (Marín, 2002: 187). Cerca de allí vivía Eusebi C. Carbó, proveniente de Palamós y redactor de *Solidaridad Obrera*, con su compañera Margarida Gironella y José Pros, colaborador de *Tierra y Libertad*, con su compañera Enriqueta Cuxidó, entre otros.

«El grupo de construcción, que era el más numeroso, cuando había trabajo, trabajaba, y eso, como a los otros, no les impedía al terminar la jornada asistir a reuniones sindicales, conferencias y mitines y a derribar de tanto en tanto algunas pilonas de electricidad y quemar algunos tranvías, en circunstancias excepcionales de conflictos obreros» (Iturbe, 1974: 129).

Formación

Más que jugar en el barrio con gente de su edad, a Aurora lo que le gustaba era asistir a las reuniones de los amigos y compañeros de sus padres, tanto en la casa familiar, como en los lugares de reunión fuera de ella. Desde pequeña acompañaba a sus padres a todas partes: en Bruselas iba a la Casa del Pueblo, a su regreso en Barcelona iban al bar *La Tranquilidad*, donde los amigos de sus padres se reunían a menudo. Siempre estaban los mismos tertulianos, la familia Ocaña, Llibert Callejas, este último era íntimo de su familia ya que habían coincidido también en Francia durante el exilio. Cuando Aurora estaba jugando en la calle con los otros niños y niñas y veía que alguno se dirigía hacia su casa, lo dejaba todo e iba detrás: «Veía llegar un compañero que venía pa' mi casa y yo, ¡ffff! pa' dentro. Yo nunca he jugao a nada, pero en cuanto veía un compañero, pa' casa, siempre». Recuerda también el ambiente alegre y distendido que había los domingos en su casa cuando todos los amigos y compañeros de los padres se reunían y creaban reuniones realmente estimulantes y culturales.

«Una cosa que sí que encuentro a faltar era los domingos en mi casa, no se podía entrar. Era una habitación así y allí venían todos: Llibert Callejas, Felipe Aláiz, y se hablaba de organización, pero sobre todo, cada uno [hacía alguna cosa]: una zarzuela cantaba mi padre, cantaba muy bien. Y Llibert Callejas era la poesía, pues era un sentimental, era la poesía que recitaba él, que acababa llorando y yo también. Era Santillán cuando vivía [en Barcelona] y Durruti cuando no estaba preso, venían, se juntaban allí; como Carbó estaba allí cerca de casa y Pros también, pues allí era una tertulia muy literaria y muy de todo, allí se hablaba de todo».

En el barrio no únicamente había un alto porcentaje de militantes cenetistas, sino también de anarquistas, lo que imprimía un ambiente particular, marcado por una gran solidaridad y apoyo mutuo entre los compañeros del barrio, especialmente cuando alguno era detenido o lo buscaban. También cuando recibían la visita de Miquel Badia, jefe de las fuerzas del Orden Público y de la Guardia de Asalto durante la República (Oyón, 2008: 394-395).

«Porque en aquel barrio que estábamos nosotros venía la policía, venía el Badía a registrar casa por casa ¡Eh! Y los chiquillos cuando veían los guardias de asalto, esos coches, ¿sabes que iban

así?, que los veían llegar al pueblo y venían a avisarnos por todas las casas. Venían, cuando se producía una huelga o algo así. Sí iban, claro, donde ellos sabían que podían encontrar algún conocido, algún compañero».

El ambiente familiar marcó mucho a Aurora, la casa siempre llena de gente y de militantes anarquistas, las ausencias del padre, que a menudo estaba preso, no solamente por las acciones revolucionarias en las que participaba, sino también, por el hecho de ser prófugo y de no querer hacer el servicio militar. Su padre estuvo preso diecisiete veces a lo largo de su vida durante la Dictadura de Primo de Rivera, la República y el Franquismo, por este motivo la familia vivió marcada por la clandestinidad, así como las detenciones y encarcelamientos del padre; pese a todo esto, Aurora lo vivió con bastante naturalidad.

«A mi padre lo recuerdo muchas veces en la cárcel. Era prófugo. Siempre hemos estado con nombre falso, unas veces me llamaba Ribas en la escuela, otras veces... porque él era prófugo. Y lo detuvieron y descubrieron que era prófugo, y entonces mi padre se negó a hacer el servicio militar, dijo que no. Y, bueno, estuvo en la cárcel no sé cuánto, pero salió de la cárcel y entonces le volvieron a decir que tenía que hacer el servicio militar, mi padre se opuso. Me acuerdo que estábamos en la calle y, de pronto vemos un coche militar y mi padre dijo: '¡Uii! estos vienen a por mí'. Y se metió en la cama, con todo, con la ropa y todo, y un pañuelo en la garganta y se hizo pasar por enfermo y dijo '¿Qué toma usted?' Y eran unos medicamentos que yo había tomado para el sarampión. ¡Fíjate tú! Total que lo cogieron en el coche y se lo llevaron al hospital militar. Y que no, que no, que no hacía el servicio militar».

El tema de la persecución militar, finalmente, se resolvió gracias a la intervención del comandante Enric Pérez i Farràs, opositor del dictador José Antonio Primo de Rivera, que conocía al padre y le arregló los papeles. Dentro de la militancia anarquista también se declararon prófugos los fundadores del Ateneo Racionalista de La Torrassa motivo por el cual escaparon de Barcelona durante la Dictadura de Primo de Rivera (Marín, 2002: 190-191). Al antiestatismo muy presente en las filas libertarias hay que sumarle el antimilitarismo, el rechazo a participar en el ejército, uno de los pilares del Estado.

Aurora recibió la influencia de su familia militante pero especialmente de su padre, al que admiraba profundamente y por su modo de ver las cosas estaba más próxima del padre que de la madre. «Ahhh, para mí era un héroe, él y todos los compañeros. [...] Yo estaba con ellos completamente, sí, sí.»

Su padre era muy estricto y no le gustaba que, su hija adolescente, se maquillase para salir a la calle. Aurora lo hacía a escondida para evitar discusiones. «Y si tenía que pintarme, cuando empezaba a pintarme, ya tenía quince años o así, era abajo en la portería, ¡eh!, y eso que [...] yo no era excéntrica ni nada». Cuando salía, la hacía volver a casa antes de las diez de la noche; recuerda que una vez, durante la guerra a Bellver, donde la madre estaba recuperándose de una operación, quería ir a bailar a la plaza del pueblo, y su padre no la quería dejar ir porque decía que era un lugar de prostitución; finalmente, pactaron que iría pero que tendría que volver a las diez. Aurora estaba tan concentrada bailando pasodobles porque le encantaban y los baila muy bien, que cuando se dio cuenta estaba clareando el día. Volvió corriendo a casa. «Yo subo despacito [...] y cuando había entrao un poco: ¡Paff! Con una escoba de esas me dio en la cabeza: ‘Tè dije a las diez, ¿mira qué hora es? ¡Las cinco!’», explica riéndose.

Sentía respeto por su madre, a veces, tenía más confianza en hablar de cosas íntimas con alguna de las militantes que pasaba alguna temporada en su casa, como sucedió con Amparo Poch, de Mujeres Libres, con la que tuvo una excelente relación en el período que vivió con ellos durante la guerra.

«Me entendía muy bien con ella, más que con mi madre [...] Cuando se sonreía era muy guapa, hacía aquellas carcajadas. Y conmigo se reía mucho, claro, ella tenía casi cuarenta años y yo tenía dieciséis, pues se reía de lo que hablábamos muchas veces y hablábamos de amor o de lo que fuera y se reía de mí. [...] Se tiene mucho pudor con una madre, no sé los demás, pero hay ciertas cosas que con mi madre no hubiera hablado y con ella lo hablaba ¡Eh!».

Aurora tuvo la suerte de conocer y de tratar con una multitud de militantes anarquistas que frecuentaban su casa y cuyas conversaciones fueron decisivas en su formación, jugando un papel tan importante o más que la formación escolar. El hecho de nacer en el seno de una de las familias más influyentes del ámbito libertario, con un peso similar al que tenía la familia Montseny, le hizo que

se identifique con las posiciones que su padre defendía. Con los Montseny chocaron frecuentemente por las diferencias que tenían al momento de analizar el papel de la CNT y de la FAI y de una manera muy especial, durante el exilio en 1939 cuando encabezaban dos posiciones distintas: Juanel la de los colaboracionistas y los Montseny la de los puristas. Durante la República tenían dos líneas editoriales diferentes; mientras que la familia Molina publicaba *Tierra y Libertad* de la FAI, la familia Montseny publicaba *El Luchador* o *La Revista Blanca*. Pese a las diferencias estuvieron unidos en la coyuntura republicana contra el sector moderado de la CNT, es decir, los trentistas (Vega, 1980: 118-126).

De los años de la escuela en Bruselas, a la que fue desde 1927 hasta 1930, fecha de su regreso al Estado español, recuerda su diferencia en relación al resto de sus compañeras. «Yo fui a la escuela de Bélgica. Yo era la única morena, eran todas rubias». Era un colegio laico en el que estudiaba y al que iba también su hermano, quedaba lejos de casa por lo que tenían que caminar bastante sin embargo mucho más cerca había una escuela religiosa pero sus padres decidieron evitarla.

Cuando regresó a España continuó estudiando y tenía once años cuando se produjo la proclamación de la República. Fue a la escuela Natura del Clot (Barcelona) que dirigía Joan Puig Elies y estaba en el local del Sindicato Fabril y Textil. Le gustaba mucho leer, sobre todo libros antimilitaristas como *Sin novedad en el frente* de E.M. Remarque, el que fue el primero en caer en sus manos y vio la película en la escuela Natura. También leyó *Los Miserables* de Víctor Hugo; le gustaban las biografías de personajes históricos, como Catalina de Rusia, autores como Stefan Zweig uno de los escritores más leídos en los ambientes libertarios y Blasco Ibáñez, entre otros. Nunca leyó la *Novela Ideal* que editaban la familia Montseny. «Stefan Zweig me gustaba mucho. He leído, por ejemplo, *El mundo quedó atrás*,¹³ *Brasil*, *La Confusión de sentimientos*, he leído de él bastante».

Empezó a trabajar, una vez acabada la Guerra Civil en 1939, cuando la familia tuvo que huir a Francia; tanto ella, con diecinueve

13. Seguramente se debe de referir a la novela *El mundo de ayer* (Memorias de un europeo). Novela autobiográfica publicada después de la muerte de su autor.

años, como su hermano, dos años y medio más joven tuvieron su primera experiencia laboral en la vendimia.

JULIA HERMOSILLA, «Yo he mamao el anarquismo»

Julia Hermosilla Sagredo nació en Sestao (Vizcaya, País Vasco) en el seno de una familia de anarquistas. Juan Hermosilla, su padre, trabajaba en la fábrica de cemento Ziurrena y fue un activo militante de la CNT desde su fundación en 1910. La familia de Julia, tanto por parte de padre, como de madre era oriundos de Treviana a 15 kilómetros de Haro, comunidad de La Rioja. Su madre, Carmen Sagredo fue la primera en emigrar a Sestao encontrando trabajo como criada y después de nodriza de la poderosa familia Ibarra. Más tarde emigró Juan, quien se había prometido con Carmen antes de que esta se marchara al País Vasco. En Sestao nacieron las tres hijas que tuvo el matrimonio Hermosilla-Sagredo: Luisa, Daria y la pequeña Julia. Luisa, la mayor, emigró a Buenos Aires, donde vivían dos tíos maternos, después de un desengaño amoroso y se instaló definitivamente al encontrar trabajo. Tras la partida de Luisa, la familia continuó con tres hijos por acoger y criar a un sobrino materno, llamado Bienvenido Sagredo, cuya madre murió en el parto. Julia era la más inquieta de sus hermanos y la preferida de su padre, así como, la única que siguió con sus ideales y militancia.

La familia no era rica pero no pasaba penurias ya que la madre abrió una carnicería con los corderos que sus parientes campesinos fácilmente le podían enviar de Treviana. Debido a los ideales de la madre, la carnicería tuvo que cerrar porque acumuló muchas deudas por fiar a las familias ya que no soportaba que no tuvieran qué comer. Después tuvo varios trabajos, como el de repartidora de leche que le llegaba de Santander. Al igual que su compañero, Juan, Carmen también era militante de la CNT y fue fundadora de la organización Mujeres Libres. «Mi padre era anarquista de corazón, porque no era de estos que eran capaces de ponerse en una tribuna a hablar como mi suegro. [...] Pero mi padre [...] de corazón y de nobleza, mi padre era anarquista y mi madre. Pero con quien más hablaba mi padre era conmigo».¹⁴

14. Entrevista a Julia Hermosilla, Bayona, junio de 2007.

Los hijos pasaban el verano en La Rioja, en la casa de los parientes, porque su madre pensaba que allá podrían comer mejor. En realidad, sus parientes eran campesinos y les daban de comer lo único que tenían que era alubias y chorizo mientras que en la casa comían más variado. Recuerda lo mucho que le gustaba acompañar a su madre a los mercados para abastecer al negocio de huevos, aves de corral, etc. Cuenta cómo varios carniceros acudían a hacer las compras y cuando acababan se iban a comer todos juntos a un restaurante; para Julia era como una fiesta porque disfrutaba del movimiento y de la cantidad de niños que allí se encontraban. «Me ha gustado mucho a mí el traqueteo, el ir pa'allá, pa'quí, pa'allí». Como su padre trabajaba en la fábrica de cementos con horario fijo, a ella le gustaba llevarle la comida aunque la fábrica se encontraba lejos de la casa: «Me recuerdo que los obreros se juntaban todos a comer y, como era una fábrica de cementos, llegaba a casa yo blanca porque jugaba con los niños y era todo de cemento, ¡Fíjate el polvo!». A Julia le entusiasmaba jugar en la calle, tenía mucho carácter y se escapaba de casa para juntarse con sus amigos que eran casi todos niños, debido a que para ella las niñas eran demasiado tranquilas: «Yo he sido de mucho nervio. [...] Aquí en mi barrio he aprendido yo a nadar. [...] Siempre estaba con los chavales de mi barrio [...] me gustaba estar con ellos ¡Que no me pusiera nadie la mano encima, porque lo degollaban los otros!».

Formación

Julia asistió a la escuela en Sestao hasta los quince años, edad máxima en la que se podía escolarizar en el pueblo y si se quería continuar con lo estudios había que marcharse para seguir estudiando e ir a la universidad. Como Julia no tenía tanto interés en los estudios decidió quedarse, además ya tenía novio y no quería separarse de él. Ángel Aransáez y Julia empezaron su relación siendo muy jóvenes, a los catorce años. Se conocían desde pequeños al ser sus padres militantes y estrechos colaboradores. Tanto su suegro, Saturnino Aransáez, como su suegra eran muy activos en la organización, él era un gran orador y ella se encarga de la distribución de la prensa libertaria. Ángel y Julia no se separaron nunca y siempre actuaron juntos en todas las actividades que se organizaban dándose apoyo mutuo (Orejas, 2007; Berenguer, 2008: 33-48).

La influencia que su padre y su madre tuvieron sobre Julia fue decisiva para su militancia anarquista. «Yo lo he mamao el anarquismo», confiesa. Rememora aquellas reuniones clandestinas que se hacían en su casa durante la Dictadura de Primo de Rivera, en las que ella siendo pequeña estaba rodeada de militantes cenetistas. Su unión con Ángel, su gran amor, fue un pilar que reforzó su determinación para luchar por la libertad y por la justicia dedicando todos las fuerzas en este objetivo.

CONCHA GUILLÉN, «Tenía que limpiar los zapatos de todos porque yo era mujer y ellos eran hombres».

Concha Guillén Bertolín nació en Alfondeguilla (Castellón) en 1919 y murió en Nissan les Enserunes (Francia) en enero de 2008 poco después de que le hiciéramos la entrevista. Su madre, Águeda Bertolín, era de un pequeño pueblo de Castellón llamado Pina de Montalgrao y provenía de familia campesina. Desde pequeña colaboraba con las tareas domésticas y también con las actividades del campo tales como llevar a pastar al rebaño de ovejas. No fue a la escuela pero poseía una inteligencia y una memoria extraordinaria (Berenguer, 2008: 323-337). Era creyente, lo contrario de quien sería su esposo, Eduardo Guillén, que era liberal y anticlerical. Eduardo, once años mayor con estudios de abogacía y que trabajaba en el Ayuntamiento como secretario, se sintió atraído y fascinado por la belleza de Águeda. La familia de Águeda se opuso al matrimonio de la pareja puesto que había un excesivo desnivel cultural y social. A pesar de esta oposición inicial, el matrimonio tuvo diez hijos de los cuales uno murió quedando ocho hombres y una mujer;¹⁵ Concha era la octava seguida del pequeño Antonio siete años menor que Concha. «Mi padre era rebelde, [...] no le gustaban las hipocresías y todas esas cosas. Y poco a poco, [...] se fue enfrentando con la religión, se fue enfrentado con los déspotas de los pueblos, que también los hay».

Por los enfrentamientos que el padre de Concha tenía con las autoridades locales a menudo tenía que cambiar de lugar de trabajo yendo

15. Entrevista a Concha Guillén, Nissan les Enserunes (Francia), enero de 2008. Agradezco las aclaraciones de Athenas Martínez y de Serge Rollan, hijos de Concha, así como también los de Sara Berenguer, su cuñada y amiga, en la construcción de esta biografía.

de un Ayuntamiento a otro en distintas zonas de Castellón; por esta razón los hermanos nacieron en diferentes sitios. En 1927 su padre tuvo una parálisis, enfermedad, que un año después, le ocasionó la muerte. A su entierro acudieron muchas personas de la región de Almirantazgo, lugar donde Eduardo había trabajado y donde dejó una fuerte huella por ser una persona muy apreciada y con mucho carácter.

Con la enfermedad del padre, los hermanos en edad de trabajar emigraron a Barcelona a excepción de los hermanos mayores que ya se habían casado. En Barcelona debido a los preparativos de la Exposición Internacional de 1929, les fue más fácil encontrar trabajo, al punto que no tuvieron ningún problema en encontrarlo. Se hospedaron en la casa de su tía Vicenta, hermana de su madre. Con la muerte de Eduardo, emigraron en 1929 Águeda con sus tres hijos pequeños; Concha tenía diez años. De su infancia evoca las atenciones de sus hermanos pero también las desigualdades de género y su rechazo por la discriminación de género.

«[Era] la mimada pero de todas maneras tenía que limpiar los zapatos de todos porque yo era mujer y ellos eran hombres [...] Veía que todos estaban en contra mío pero yo les decía: ¿y vosotros no podéis limpiaros los zapatos? Y... ¡Oh! Pero tú puedes hacerlo porque además las chicas lo hacen eso, en las casas las chicas limpian los zapatos. Bueno, ¿por qué lo decís vosotros? Y nos discutíamos pero bueno acababa limpiándolos, sí».

Su padre la defendía más que su madre. Así una vez, jugando con la hija del alcalde, Concha accidentalmente le hizo una herida, su madre le pegó sin preguntarle qué había pasado y su padre la defendió tajantemente: «A tu madre ya le diré yo por qué te tiene que pegar sin preguntarte nada.», le dijo, «y yo aquello se lo agradecí y me quedó en el corazón porque encuentro que es muy bonito».

Formación

Como los otros niños asistió a la escuela en Algimia de Almonacid cerca de Segorbe donde vivía la familia. Cuando murió el padre y una vez ya instalada en Barcelona, estuvo en la escuela hasta los doce años, edad en la que su puso a trabajar. Su escolarización se vio interrumpida por la muerte prematura de su padre y por las dificultades económicas que atravesaba la familia por la escasa pensión de viudedad que tenía la madre.

De la escuela de Barcelona se acuerda que la maestra las llevaba, los jueves, a la Iglesia de Les Corts en donde ayudaban al capellán a adornar la iglesia. Con su amiga Enriqueta se rebelaron contra esta tradición y denunciaron al capellán porque este las acosaba. Como las visitas a la iglesia eran obligatorias por parte del colegio, Concha les contó a sus hermanos los abusos del capellán y estos le dieron protección ante esta lamentable situación. Los hermanos de Concha y ella misma se empaparon del anticlericalismo del padre y de sus ideas sobre las instituciones y prácticas religiosas. «A la iglesia yo no iba nunca ¿eh? Yo iba los jueves con la escuela, pero yo esas costumbres no las tuve porque mi padre no me llevó nunca, no hice la comunión, no hice nada. Mi padre era muy, muy anticlerical». El diferente posicionamiento de los padres con respecto a la religión ocasionó roces en la pareja, al querer la madre llevar a sus hijos a la iglesia; el padre, por el contrario, pensaba que ellos debían ser libres en escoger lo que más les pudiera convenir cuando fuesen mayores. También trató, sin llegar a conseguirlo, de convencer a su esposa de que dejara las prácticas clericales.

«Tú porque eres ignorante, no has leído nunca nada y, claro, no sabes. [Pero] es gente [que] no vale nada. Son fariseos. Son aquí, son allá' Y mi madre decía: '¡Oí, tú! Que manía con eso' y tal y cual. No estaban muy de acuerdo».

El padre era una persona amante de la literatura y Concha recuerda con placer las lecturas de poesías y literatura que hacía cuando volvía de trabajar: «En invierno, claro, el tiempo lo lleva en sí porque hace frío y te encuentras bien al lado del fuego y claro, nos sentábamos alrededor de él y lo pasábamos bien, pero a la que más le gustaba [la poesía] era a mí y a Jesús».

De sus hermanos al que más quería, además de ser su confidente, era Jesús:¹⁶ Esta complicidad también en la edad dado que se llevaban

16. Jesús Guillén Bertolín (Montán-Castellón, 1913 - Montadý-Francia, 1999), estudió pintura y decoración en Bellas Artes en Valencia y Barcelona. Conocido también con el seudónimo artístico de Guillembert. Militante de las Juventudes Libertarias desde el inicio de la República. En 1936 formó parte del Comité Revolucionario de Les Corts. Se alistó en la 26 División donde fue herido y después en la 28 División luchando en Madrid. Compañero de Sara Berenguer (Iñiguez, 2001; Berenguer, 2008).

pocos años. «Lo quería como mi padre más por su conducta, por sus consejos. Me quería muy bien siempre, me aconsejaba muy bien». Jesús y su hermano mayor Aurelio influenciaron en la militancia de Concha al estar los dos en las Juventudes Libertarias.¹⁷ Aurelio era el más bohemio de la familia, «era una bala perdida» decía Concha riéndose al acordarse de su hermano. Trabajaba cuando le apetecía, le gustaba mucho el cante jondo e iba con los amigos a cantar y a tocar la guitarra.

El ambiente familiar, lleno de hombres, la marcó al sentirse desde pequeña discriminada por la forma como se realizaba la división del trabajo en la casa, es por esto que fue muy perceptiva a los discursos de Mujeres Libres. De su padre, Concha aprendió su rebeldía y su anticlericalismo, posicionamiento que se agudizó cuando tuvo esa experiencia desagradable con el capellán de la iglesia de Les Corts.

La familia se instaló en un piso en el barrio de Les Corts cerca de donde vivía la tía Vicenta. En la casa estaban la madre y sus cinco hijos pequeños: Amado, Aurelio, Jesús, Antonio y Concha, más adelante Amado y Aurelio se independizaron, formaron su propia familia y vivieron por su cuenta en la misma ciudad de Barcelona. Una vez pasado el auge de la demanda de mano de obra para la construcción de los recintos que albergaron la Exposición Universal, los hermanos mayores se quedaron sin trabajo y Jesús y Concha se vieron obligados a trabajar para la manutención de la familia. Para la hija, que había estado protegida por el padre y había gozado de una relativa estabilidad económica; al morir su padre, se abrió una nueva etapa dura para ella ya que con once años tuvo que empezar a trabajar.

GRÀCIA VENTURA, «A veces, daba a mi hermano una peseta para los presos».

Gràcia Ventura Fortea nació en Borriana (La Plana Baixa, Castellón) en 1918 y vive actualmente en Barxeta (Valencia). Era

17. Aurelio Guillén Bertolín era el sexto hermano y también militaba en las Juventudes Libertarias. Participó en el Comité Revolucionario de Les Corts en 1936. Fue detenido en abril de 1937 y fue sargento del Cuerpo de Trenes durante la guerra. Se exilió en Francia junto con su familia: Rosita, su compañera, sus tres hijos, su madre y su hermano pequeño (Iñiguez, 2001; Berenguer, 2008).

la más pequeña de cuatro hermanos, tres niñas y un niño. Vicente Ventura, su padre, murió cuando era muy pequeña en 1919. Ante esta situación la familia materna le puso a la madre de Gràcia, Assumpció Fortea, una tienda de víveres para que les ayudase en la economía familiar. El dinero obtenido en la tienda no bastaba y por eso Assumpció, la hermana mayor, comenzó a trabajar con doce años para el mantenimiento de la supervivencia familiar. La pérdida prematura del padre, como en el caso de los Guillén, afectó a la economía familiar volviéndola más vulnerable. «Nosaltros a casa sempre hem guanyat nostre jornal. Ma mare sempre deia, lo que m'interessa és que els meus fills siguin persones honrades i treballadores i això ho ha tingut en tots. Tots hem treballat, hem guanyat, hemos ganado el pan con el sudor de nuestra frente, com diu l'evangeli. Ningú nos ha donat res».¹⁸

La hermana mayor comenzó a trabajar en el almacén de sus tíos maternos que eran comerciantes de naranjas. Estuvo trabajando en este almacén durante el verano e invierno hasta el final de la Guerra Civil. Assumpció ayudaba a su madre con las tareas domésticas y en el cuidado de sus hermanos pequeños: Vicente de ocho años, Francisca de cinco y Gràcia de uno. Como por aquella época todas las chicas de Borriana aprendían costura, es decir, a coser y a bordar, Assumpció iba por la tarde a que le enseñasen a bordar a mano puesto que le gustaba más que coser. El hermano también se vio obligado a trabajar y comenzó haciéndolo en el horno de pan de un primo de su padre. Toda la familia paterna, tío y tía, eran panaderos y cada uno tenía su propio horno de pan. El trabajo era muy pesado, entraba a trabajar a la cuatro de la madrugada y regresaba a su casa sobre la una o dos de la tarde para descansar un poco y volver a la noche para preparar la masa y tener listos los aparejos de trabajo.

Las dos hermanas pequeñas comenzaron a trabajar de costureras a los diez años. Francisca trabajaba como costurera hasta que se casó y Gràcia continuó haciéndolo hasta el final de la guerra. Trabajaban para un sastre haciendo trajes a medida. «Pantalons, jaquetes, xalecos era lo que se portava entonces i era lo que es feia. Això era el

18. Entrevista a Gràcia Ventura, Barxeta, febrero de 2007.

treball nostre. Treball que va ser tota la meua vida. I hasta después a França era el treball en lo que nos hem guanyat sempre la vida, cosint». Durante la República ganaba diez pesetas semanales con quince años cumplidos.

Formación

Asistió a la escuela en Borriana hasta los nueve años. En total tuvo seis años de enseñanza, cinco con las monjas de la Consolación que le enseñaron sobre todo costura y un año en la escuela pública que estaba situada en el Convento de la Mercè. Las escuelas religiosas eran de pago y eran las únicas que habían en el pueblo durante la Dictadura de Primo de Rivera. En esta escuela Gràcia aprendió lo que se enseñaba la niñas en aquella época que era costura y algunas nociones para saber leer y escribir. De sus lecturas recuerda la prensa y las revistas que su hermano llevaba a casa; la revista *Estudios* y los periódicos de la CNT y de la FAI *Solidaridad Obrera* y *Tierra y Libertad*. Ella era la que más unida estaba a su hermano y colaboraba con él en sus proyectos; por ejemplo, donaba una peseta para ayudar a los presos anarquistas siempre que podía. La influencia que ejerció su hermano sobre ella fue decisiva para su posterior compromiso ideológico durante la Guerra Civil, con las Juventudes Libertarias y con la CNT.

«El meu germà era de la CNT. I ell sempre des de jovenet pues, pues se va dedicar al sindicat de la CNT. [...] I això sempre hi haurà una mica d'influència en totes estes coses i jo per això ves, no sé, era la més addicte d'ell. A vegades ell me deia: «Mira...» com ma mare sempre mos donava tot els diumenges, un tant perquè nosaltros mos ho guardarem per la setmana. O si volíem doncs lo ficaven dins la vidriola, que entonces això es guardava a les vidrioles. I a vegades, el meu germà, mira, dóna'm una pesseta que tenim que recaptar per presos i això. Bueno, pues ale, va té'. Mira, sense voler pues ja va haver una mica d'influència de la part d'ell en mi».

PURA LÓPEZ, «Yo era la rebelde de la clase. Las monjas me castigaban y me ponían un sombrero, pero yo me escapaba».

Pura López Mingorance nació en El Chorro, un pequeño pueblo de la provincia de Málaga en enero de 1920 y murió en Barcelona en mayo de 2007 con 87 años. Su familia provenía de la clase trabajadora «no éramos ricos, pero no nos faltaba nada» (Vega, 2009:

63-68).¹⁹ Era una familia numerosa, compuesta por 5 hermanos y 2 hermanas algo muy común en las zonas rurales de la España de los años treinta. No existía, según Pura, en aquellos años ningún tipo de control de la natalidad, «Cuanto más hijos se tuvieran mejor». Pura era la sexta de sus hermanos y le seguía su hermano Manuel, el más pequeño. Su padre Manuel López López (1882-1936) que trabajaba en una compañía eléctrica, fue elegido teniente alcalde socialista de la ciudad de Lanjarón (Granada) durante la República donde la familia se había trasladado a vivir en 1921. Tanto el padre, como la madre Dolores Mingorance Alonso (1882-1959), eran originarios de Lanjarón pero vivieron en diversos pueblos de Granada y Málaga y por motivos laborales del padre también vivieron en Brasil. Su madre cosía y hacía toda la ropa de la familia. Tenían un pequeño terreno a las afueras de Lanjarón donde criaban animales, cultivaban su huerto y cuidaban de sus árboles frutales.

«Mi madre y mi padre se iban todas las mañanas antes de que nosotros despertáramos, se iban con un burro que había en la casa, una burriguilla, e iban y traían la fruta, los pepinos, los tomates, todo, porque mi padre tenía la manía de decir que no le diera el sol, que antes de darle el sol se tenía que recoger todo. [Como a la madre le gustaban mucho las flores, su esposo destinaba una parte del terreno al cultivo de flores y plantas para ella.] «Y yo veía venir a mi madre [...] con un rodete que se hace aquí arriba, con una cantidad de flores alrededor. [...] Mi padre y mi madre se llevaron siempre muy bien, [...] se querían mucho».

En la casa no había mucho dinero pero nunca faltó de nada, mientras que otros vecinos más necesitados acudían a la madre para pedir ayuda: «De comer nunca nos faltó nada. Al contrario, alguna gente iba [a nuestra casa] y mi madre siempre les estaba ayudando, ¿eh? Teníamos marranos, pa'l gasto de la casa, todos los años mataban tres marranos. [...] Y luego teníamos gallinas, conejos, de todo».

Conservaba bonitos recuerdos de su infancia; las dos hermanas crecieron arropadas y mimadas por los padres y por los hermanos mayores, «todo era para nosotras, las dos niñas». Su casa era conocida como «la casa de la alegría» ya que todos eran muy alegres y trabajaban

19. Entrevista a Pura López, Barcelona, junio de 2005 y noviembre de 2006.

cantando. En el sótano de la casa dos de los hermanos, Miguel y Antonio, construyeron un taller mecánico. Félix llevaba un camión de transporte, Germinal se fue a Granada para aprender el oficio de barbero y abrir después su propia barbería. Con Germinal [1915-1945] era con quien más relación tenía y con quien estaba más próxima de edad. Seguía con atención todo lo que su hermano y los amigos de este hacían; uno ellos era Manuel Fernández oriundo de Granada y anarquista como Germinal y como Miguel, el hermano mayor, iba a menudo a visitarles. Sus amigas le decían: «¿Cuándo va a venir ese amigo de tu hermano que es tan guapo? Porque es que es verdad, era guapo, y además vestía muy bien. Yo no comprendo como ahora la gente viste de esa manera. Porque yo siempre los vi [a los anarquistas] con corbata y vestidos bien». Los dos hijos más comprometidos con la realidad social se inclinaron por el anarquismo y no por el socialismo como el padre.

Formación

Pura y su hermana Isabel, que era tres años mayor que ella, iban juntas a la única escuela que había en el pueblo de Lanjarón. Esta escuela era religiosa y estaba a cargo de unas monjas, aquí, niños y niñas estudiaban separados. A las aulas asistían indistintamente niñas mayores y menores pero muchas faltaban porque tenían que ir a trabajar al campo. A diferencia de su hermana, Pura era la rebelde de la clase y no aceptaba la disciplina que le imponían, motivo por el cual siempre la estaban regañando y avisaban a su madre de su comportamiento. Cuenta que cuando la castigaban le ponían un sombrero pero ella se escapaba y además las monjas la obligaban a ir a misa y esto a ella le molestaba porque en su casa nunca, ni su padre ni su madre, le dijeron que debía asistir a misa, de hecho, su padre era anticlerical y tenía más tolerancia con sus hijas que su esposa. De su formación externa a la escuela recuerda con ternura las lecturas que su padre hacía en voz alta de los libros que tenían en la casa. Pura fue a la escuela hasta los dieciséis años, ya que una vez acontecida la brutal sublevación militar, su vida cambió radicalmente.

Pobreza y solidaridad en el barrio

Para discernir los diferentes factores que influyeron en estas mujeres y en su militancia, hemos dividido a las que tuvieron contacto con

las ideas anarquistas por medio de la familia, de aquellas que llegan al anarquismo por la situación socioeconómica del barrio, los vecinos y los amigos. A diferencia del anterior grupo de mujeres, este nuevo grupo se distingue, por un lado, porque es minoritario y porque el proceso de construcción de sus identidades lo hicieron a través de causas externas, tales como las difíciles condiciones de vida y de trabajo que les rodeaban; situación que hará que desde muy pequeñas se rebelasen contra su situación social. Hemos incluidos en este grupo a Joaquina Dorado, Concha Liaño e Isabel González; también podríamos incluir en él a Lola Iturbe por encontrar en la CNT y en sus militantes la comprensión y aceptación que buscaba desde hacía tiempo al sentirse rechazada socialmente por ser hija de madre soltera.

JOAQUINA DORADO, «En la calle empecé yo a notar algo que no marchaba. Veía a los niños mirar mi merienda con tal hambre que se las daba».

Joaquina Dorado Pita nació en La Coruña en 1917 y en 1934 se trasladó a vivir con su familia a Barcelona (Iturbe, 1974; Berenguer, 2008). Su padre y su tía paterna trabajan en la fábrica de calzado Ángel Senra que se encontraba muy cerca de su casa. Su padre cambió de trabajo y ascendió a representante de calzado, viajando a menudo por la península. Era un republicano liberal que pertenecía a la organización republicana gallega ORGA (Organización Republicana Gallega Autónoma); su madre se dedicaba a las tareas domésticas y era católica, situación que producía algunas fricciones en la pareja, sobre todo cuando ella le pedía que la acompañase a los oficios de Semana Santa tal y como lo hacían los maridos de sus amigas.

Al ser hija única, por la muerte prematura de su hermana, su madre la cuidaba y la sobre alimentaba «acaba yo en cada momento indigestada». ²⁰ Vivían en un barrio obrero muy pobre pero no padecían miseria al contrario que los hijos de las familias de pescadores que vivían en su misma calle. Ella se avergonzaba de la situación de cierto bienestar social que tenía, sobre todo cuando estrenaba un vestido y salía a jugar con los otros niños y niñas.

20. Entrevista a Joaquina Dorado, Barcelona, julio de 2007.

«Mi madre tenía que gritarme para que saliese a la calle cuando estrenaba un vestido porque me daba vergüenza, ver aquellos niños deshilachados, descalzos, porque no tenían ni alpargatas. Y allí empecé yo a notar que algo no marchaba, era pequeña, naturalmente, pero algo no marchaba. Bajaba yo con la merienda y los veía que tenían la vista puesta en mi pan o lo que fuese. Claro, yo andaba pensando y los veía mirar con tal hambre [...] mi merienda, que se la daba. Mi madre encantada, yo volvía a casa corriendo porque no hay más merienda. [...] Bueno, la cosa es que ahí empecé yo a saber de la miseria de los demás porque yo no la pasaba».

Su madre también era solidaria con las familias del barrio.

«Había mujeres de los pescadores que me llamaban y me decían ‘Dile a tu mamá si me puede prestar una peseta hasta que mi marido llegue del mar’. Una peseta entonces, pues debía de ser bastante. La cosa es que mi madre muchas veces estaba justa también y me decía ‘Dile que esta semana no puedo’. Pero yo me ponía a llorar en un rincón de la casa y mi madre por no verme así, me daba la peseta, o las dos pesetas. Ahora, cuando llegaban del mar los hombres, en mi casa había tres o cuatro platos de pescado fresquísimo que era lo primerísimo que hacían, regalárselo a mi madre».

Cuando había huelga en la fábrica de tabacos, las trabajadoras que se manifestaban huían de la Guardia Civil bajando corriendo por su calle y su madre y las otras mujeres de las familias de los pescadores, los ayudaban: «Abrían las puertas, entraban las mujeres corriendo, cerraban los portales enseguida, y cuando llegaba a la calle la Guardia Civil, se encontraba que estaba vacía. Eso me acuerdo perfectamente, mi madre siempre ayudó esas cosas. Puede ser que haya influido también en mí mucho».

Su madre no sólo era solidaria con las penurias y dificultades que pasaban las mujeres de los trabajadores cercanos a ella, sino también, se preocupaba por las cuestiones sociales, de hecho, una vez llevó a Joaquina a una manifestación que se hizo en La Coruña a favor de Sacco y Vanzetti. ²¹ El ambiente de miseria del barrio, así

21. Los dos inmigrantes italianos anarquistas, Sacco y Vanzetti, fueron condenados y ejecutados en Massachusetts el 27 de agosto de 1927. Fue una ejecución controvertida que generó muchos actos de protesta alrededor del mundo.

como las dificultades vividas la marcaron fuertemente e influyeron en su compromiso como militante. Las diferencias sociales que existía entre sus vecinos y en relación a los niños de su misma edad la rebelaban. Podemos decir que la influencia familiar fue también decisiva en su proceso de concienciación; las acciones solidarias de la madre con los más desfavorecidos, así como las ideas laicas y el carácter abierto del padre ejercieron su peso en la formación crítica de Joaquina.

«Sí, yo creo que la influencia de mi padre [fue importante], sin hacer ninguna propaganda, sin tener ninguna conversación conmigo, solamente yo escuchaba, como era sola, era sola naturalmente, pues estaba en casa y me arreglaba yo para jugar sola. El caso es que yo escuchaba a mi padre mucho, sin hablar, sin contestarle, fue una educación silenciosa, una educación social, silenciosa, con mi padre».

Formación

Fue al colegio del Ángel de La Coruña que era religioso pero no obligaban a sus alumnos a ir a clases de religión pero Joaquina asistía porque le interesaba la historia sagrada: «Por lo demás fui una alumna corriente y moliente, más bien me molestaba ir al colegio que otra cosa, prefería naturalmente jugar».

Por motivos laborales del padre, en 1931 se trasladó junto con su familia a Vigo donde vivió tres años y continuó estudiando en el colegio de las monjas francesas; allí se convirtió en una persona atea pese a que nunca se había considerado creyente.

«Pero yo me convertí verdaderamente al ateísmo en Vigo, cuando estaba en el colegio de monjas. Porque se estaban construyendo un convento en la calle Urzaiz de Vigo y vi cómo en las aulas se celebraban rifas y cosas para ganar dinero. [...] Y, entre las cosas que se ganaban había escapularios y me tocó un escapulario a mí. Y, estando yo estudiando pues yo le daba vueltas al escapulario porque me habían dicho que dentro había una figurita de cera y no sé qué de nuestro señor Jesucristo. Pero yo, desconfiada, le estaba dando vueltas al escapulario y digo, pues voy a ver yo esa figura de cera, a ver cómo es. Cogí unas tijeras, lo abrí y era un trozo de tarjeta de visita y ahí ya se terminó, ya dije, a mí me han engañado aquí, aquí no hay ninguna figura de cera ni nada que se le parezca. Era

un trocito de tarjeta de visita. Y ahí se terminó. Ya no creí más en nada de lo que me contaron».

Estuvo en el colegio de monjas hasta que en 1934 su familia se mudó a Barcelona y ella comenzó a trabajar; tenía diecisiete años y una buena formación, superior a la de las hijas de familias obreras. En su casa leía todo lo que encontraba. De pequeña le gustaban mucho los cómics (tebeos), el *TBO*,²² *Pulgarcito*,²³ gracias a los cuales aprendió a leer sin que nadie le enseñase. Su padre no compraba muchos libros porque normalmente estaba fuera de casa, pero estaba suscrito a uno u otro periódico; así, cuando estaban en Vigo el padre compraba *El Pueblo Gallego*²⁴ cuyo director era Manuel Portela Valladares. A Joaquina le gustaba leer este periódico y disfrutaba, también leyendo las novelas por fascículos de Luis de Val que compraba su madre. Estas novelas, cuyo escenario eran las fábricas textiles catalanas, tenían como argumento el abuso que el patrón ejercía sobre alguna obrera joven y atractiva.²⁵ Le gustaba leer a Eduardo Zamacois que escribía en *Informaciones* de Madrid y que llegaba a su casa gracias a las suscripciones de su padre.²⁶ Entre los libros que le impactaron mucho están *Abd-el Krim* y *Los prisioneros* de Luis de Oteyza,²⁷ libro que explica el desastre de Annual y el abuso de los militares. Su padre compró este libro porque hizo el servicio militar en África y conocía a todos los protagonistas; Joaquina leyó este libro muchas veces. También fue importante en su formación la lectura de *Solidaridad Obrera* y de la prensa obrera, que la compraba, desde muy joven cuando todavía iba a la

22. *TBO*: revista infantil que se publicaba en Barcelona desde 1917 con una periodicidad, primero semanal y después mensual.

23. *Pulgarcito*. Periódico infantil de cuentos, historietas, aventuras, entretenimientos, etc. Se publicaba en Barcelona de manera semanal desde 1921.

24. *El Pueblo Gallego* era de corte democrático, donde colaboraban intelectuales republicanos y gallegistas. Fue fundado por Portela Valladares en 1924.

25. Luis de Val (1867-1930) fue un periodista y novelista valenciano que escribió sobre todo por entregas. Sus obras fueron publicadas a menudo como suplemento de la publicación *El Hogar y la Moda* que compraba la madre de Joaquina.

26. *Informaciones* de Madrid se publicaba desde 1922 de forma diaria excepto en festivos.

27. Oteyza, L. de (s.a.), *Abd-el-Krim y los prisioneros: una información periodística del campo enemigo*, Mundo Latino, Madrid.

escuela, sin que nadie le aconsejase. Su padre lo sabía pero nunca le dijo nada en contra.

«Iba al colegio con uniforme y compraba siempre mi periódico, *Solidaridad Obrera*. Porque en Vigo compré *Mundo Obrero* que era de los comunistas y no me gustó tanto como *Soli*, entonces pues yo seguí comprando *Soli*. Y ahí me enteraba yo de los conflictos que había y todo».

El padre también era simpatizante de la CNT y había ayudado a los obreros afiliados durante la clandestinidad de la dictadura, aunque ella se enteró mucho después. Hacía de enlace para la correspondencia entre los militantes cenetistas de los diferentes pueblos de la zona.

«De pequeña había notado una cosa, pero no sabía lo que era, naturalmente; mi padre cuando una fiesta, como viajaba él tanto, ya preparaba su itinerario y nos llevaba a tal pueblo que había una romería o lo que fuese. Y yo me extrañaba mucho que en ciertas estaciones mi padre estaba siempre en la ventanilla del tren y, de repente, venía un hombre corriendo, buscando y cuando llegaba a su altura le daba un paquetito, grande, pequeño. Y esto siempre lo recordaré. Nunca le pregunté qué era ni nada, no hablaba mucho. Pero luego supe, más tarde, que era correspondencia que se mandaban de unos pueblos a otros los obreros cenetistas. Y cuando pasaba Dorado, como era hombre muy serio, le daban el paquete para el pueblo que iba él».

CONCHA LIAÑO, «Yo nací anarquista y en el Ateneo Libertario vi que había cantidad de personas que pensaban exactamente igual que yo».

Otra de nuestras protagonistas es Concha Liaño Gil (París, 1916) que vive actualmente en Caracas (Venezuela). Su familia, al igual que la de Joaquina Dorado, provenía de fuera de Cataluña. Hija, por parte de madre, de una familia terrateniente de Albacete que que perdió la fortuna por el afán viajero y aventuro del padre, Ricardo Liaño.

Desde pequeña vivió en diversos países, sobre todo en Cuba y México. El padre pertenecía a una familia madrileña católica, tradicional y de derechas venida a menos. También era la oveja negra de la familia; de ideología radical-socialista y anarquista,

vivía dando conferencias, escribiendo en los periódicos, haciendo fotografías y también acrobacias. Había saltado desde una avioneta a otra en el aire en los años veinte en Cuba, donde se vendían sus fotografías. En México fue columnista del diario *Excelsior*, uno de los de mayor tirada del país. En Barcelona colaboraba en *Solidaridad Obrera* donde firmaba con el pseudónimo «Hermes». También abrió una tienda de cartografía en esta ciudad cerca de la Plaza Cataluña.

Concha nació en París porque el abuelo materno obligó a la joven pareja a ir allí cuando su hija Paquita Gil se casó después de quedarse embarazada (Quiñonero, 2005). Después se fueron a Cuba donde nació Ricardo, el segundo hijo y, posteriormente, a México donde nació el tercer hijo, Pedro. La familia tenía grandes oscilaciones económicas. «Mi papá tan pronto tenía un coche y estábamos con criada, como [...] nos venían a embargar todo lo que había en la casa. Esa era la vida de mi mamá al lado de mi papá».²⁸

Concha siempre se inventaba cosas para divertirse y era muy popular tanto en la escuela como en el barrio; las niñas la llamaban *la gachupina* para hacerla rabiarse. Una de las travesuras que hizo y que tuvo mayores consecuencias para su familia, fue abrir la jaula de los pájaros exóticos de su vecina que estaba en la terraza porque quería que fuesen libres.

«Esa jaula pertenecía a una pareja, ella se llamaba Rosa, mexicana. Y debido a eso, a las carreras que dieron todos los vecinos pa' recuperar los periquitos, mi papá conoció a la Rosa, y se liaron, ves. Entones mi mamá, actuaba de una manera muy violenta, y lloraba, le gritaba, regañaba. Mi papá trabajaba entonces en un periódico, y un día, salió en el periódico que el coche de Ricardo Liaño se había encontrado no sé dónde, y Ricardo Liaño no aparecía. Venía gente a la casa a preguntar. Mi mamá se preguntaba qué habría pasado con él. Yo estaba en el patio de la casa, y vi pasar a mi papá con la gabardina, con el cuello subido, y su sombrero encasquetado, y como habían dicho que había desaparecido, que había muerto, yo dije 'caramba ese es el fantasma de mi papá, que viene'. Entró en la casa, se echó en la cama, sin decir nada, mi mamá: '¿qué te ha pasado,

28. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

qué has hecho?'. Era un truco de mi papá, sabe dios por qué, por qué se había peleado con la querida o no sé qué, porque de pronto entró ella como una trompa se abalanzó sobre él: 'Ricardo, ¿dónde estabas, qué has hecho?! Rrrr', miren, que este es mi marido'. Mi papá se levantó, tal como había entrado, como un zombi salió, y ella corrió tras él, mi mamá se desmayó, yo llamé a las vecinas para que la socorrieran. Era, era un desastre, era un desastre. Debido a todo eso mi mamá decidió que se volvía a España».

Los padres se separaron en 1926. Concha con su madre y sus dos hermanos pequeños se fueron hacia España en un barco, el María Cristina, que iba a Cádiz para ser desguazado. Concha tenía diez años. El viaje en la bodega fue un infierno y además hubo una fuerte tempestad con un ciclón que los dejó tres días a la deriva; sobrevivieron de milagro. Acabada la tempestad, el capellán del barco quiso hacer un acto de agradecimiento a Dios por el hecho de seguir con vida, y esta iniciativa le provocó una gran indignación y no quiso asistir como acto de protesta.

«Y como yo oía siempre decir que una hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios, porque teníamos a Dios y a la religión en la sopa, pues, a mí me dio mucha rabia y yo dije: 'Concha, ahora les están dando gracias a un señor, a un ser, que nos ha podido evitar eso, y nos ha hecho pasar esos días de amargura'. Entonces me marché, así no, no seguí en el oficio ese».

El abuelo materno había muerto cuando llegaron a España; la madre con sus tres hijos fue a ver a sus hermanas, que no quisieron acogerles por haber liquidado el patrimonio que les habían dado hace diez años. Llegaron a la ciudad de Barcelona en 1927 donde vivía la familia Liaño esperando una mejor acogida. Finalmente, su cuñada les abrió las puertas de su casa. La casa estaba situada en la calle Valencia y vivía el abuelo con las dos hijas solteras. La convivencia no fue nada fácil con una familia tradicional y muy ordenada. «Mis tías eran muy católicas, tenían el retrato del rey y la reina, porque eran monárquicas también. Eran unas personas muy, muy retrógradas. Y a mi mamá siempre la estaban maltratando diciendo que su padre no dejaba de ser un campesino, mientras que ellos tenían sangre azul». Su madre sin ningún recurso económico, se vio obligada a trabajar en una fábrica, mientras que Concha, que era una niña muy rebelde, chocaba con la familia paterna. El precario equilibrio se rompió el día

que la madre de Concha respondió a la tía, y esta echó a los cuatro de su casa. Afortunadamente un vecino los acogió.

Poco después llegó su padre con Rosa y el hijo de esta y se instalaron en el piso de los Liaño. Era un camino sin retorno. Sin posibilidades de reconciliación, la madre alquiló una habitación pequeña donde vivieron los cuatro. Esta situación marcó a Concha quien sufrió los cambios de países, de casa, de familia y de escuela. Continuó viendo a su padre, quien quería que ella frecuentase más su casa, y conociese a sus sucesivas parejas y los hijos de estas. Después de Rosa, el padre se enamoró de una española, Juanita, con quien tuvo dos hijas «Era un ser muy simple, mi mamá. No era como mi papá. Mi papá era un aventurero, que no sé por qué se casó», dice Concha recordando las parejas del padre y los problemas sentimentales que tuvieron que enfrentar.

Formación

El padre tenía una idea precisa sobre la educación de los hijos. En un artículo que salió en *Solidaridad Obrera*, hablando de la educación que había dado a Concha, su hija, de la que se sentía orgulloso, lo explicaba de la siguiente manera:

«Es una niña que eduqué con toda la libertad en que se desarrolla el hombre. Fue libre desde sus primeros pasos. No alicorté sus actos ni puse trabas a sus sentimientos. En su ser, puse la génesis de mi amor a la humanidad, y lo demás, lo puso ella. ¡Creció como las flores! El agua con que regué la tierra donde se cultivaba, fueron sabios consejos. El palo como castigo a sus chiquilladas, lo convertí en disculpas y en cariño. Fui su amigo. Me amó, y nunca me temió ni como padre, ni como maestro».²⁹

En México fue a la escuela religiosa de Las Agustinas. A la salida la iba a buscar la señora del servicio doméstico. En Barcelona únicamente fue dos o tres años a la escuela por discrepancias entre los padres. El padre quería que estudiaran en un internado corriendo con todos los gastos pero si se quedaban con la madre, no les daría

29. *Hermes* (1932), «Aguafuertes. Flor de Libertad», *Solidaridad Obrera*, n.º 520, 24 de septiembre. Agradezco a Sònia Pomares la realización de buena parte del vaciado de prensa.

nada. La madre de Concha no quería separarse de sus hijos y prefería vivir miserablemente que estar sin ellos. Por esta razón, Concha tuvo una infancia poco satisfactoria y sufrió con las disputas de sus padres respecto a su formación y educación.

«No teníamos para comer. ¿Por qué mi mamá se comportaba así? Me podía haber dejado en la escuela. [...] Era de esas mamás que no dejan al niño enfermo, lo aprietan contra su pecho pero no lo meten en el hospital pa' no separarse de él. Esa era la mentalidad de mi mamá».

Cuando tenía once años estuvo un año internada en el colegio de las salesianas en el que la enseñanza estaba a cargo de las monjas. Su familia podía ir a visitarla los jueves. Su madre siempre fue a verla, al contrario de su padre que no fue nunca a visitarla. Concha se ponía melancólica y escribía poesía que le regalaba a su madre; todavía recuerda uno de los poemas que le escribió: «Mamá, buscando voy un lugar, donde poder desahogar esta pena que hay en mí, ¿sabes tú la causa de ella? Estar tan lejos de ti; que tristeza tan grande la mía cuando amanece el nuevo día, no ver tus ojos contemplarme con amor, y al recordarlos, más aumenta mi dolor». Del colegio de monjas recuerda la disciplina que les imponían para no transgredir las normas y caer en pecado mortal, como decían las monjas.

«Todo era pecado allí. [...] Y yo voy y le dije al cura: 'padre, yo soy mala a pesar mío, porque yo quiero ser buena, ¿por qué soy mala? ¿Por qué Dios a mí no me hace buena?' Y el cura me dijo '¡Mira mi hija, es que en tu alma se libra una batalla entre Dios y el diablo, y para desgracia tuya siempre gana el diablo'. Entonces como yo hacía cosas de niño, no hacía nada: subirme a los árboles, rezarme, y bajar por las barandas cuando se habían ido todas, así, por ella. Entonces cuando tenía mucha tentación de hacer algo, yo me ponía así a ver quién gana, a ver quién gana, si Dios o el diablo. Si la tentación era muy grande, yo decía 'lo siento, ganó el diablo, ¡bruum!' Y lo hacía. Y así pasé yo mi vida en ese colegio, por eso que no me gustaba volver, tampoco. Porque en los colegios de monjas en aquel tiempo, todo era pecado mortal. Yo llegué a estar atemorizada, de tantos pecados que tenía yo encima. Pasé una temporada que me acostaba y me decía '¡Ay! ¡Si ahora te mueres con esos pecados que tienes encima te vas derecha al infierno!', y sufría como una condenada, de miedo».

También estuvo internada con su hermano en una escuela laica que era masculina. Era la única niña y lejos de cohibirse con sus doce años, se convirtió en la capitana de toda la escuela. Después fue a la escuela francesa y allí aprendió francés, el que le sirvió mucho en su exilio en Francia.

Leía todo lo que había en casa, su madre le compraba novelas por fascículos que eran muy populares en la época a pesar de que los argumentos no eran los más adecuados para la formación de una niña.

«A mí me gustó siempre leer, y cuando yo tenía diez, once, doce años, cuando estaba con mi mamá, había semanalmente, unas hojas de novelas, de adulterios y de robos, y mi mamá me compraba una cada semana. Le costaba diez céntimos, pa' que yo leyera. Lecturas completamente inadecuadas para una niña, ¿no? pero, mi mamá ¿qué sabía? Sabía que yo leía».

Trabajo y barrio

Concha con catorce años trabajaba ayudando a su madre para la manutención de la familia; realizó diversos trabajos: cosía mangas en un taller, ayudaba a coser pijamas a su madre y era empleada en un taller de fabricación de bobinas para hilos de telares cerca de la Plaza Lesseps (Barcelona), además de realizar otras actividades.

«Bueno, yo no he trabajado así seguido. Una vez he estado en un sitio donde rebobinaban hilos, los metían en unas canillas y acababan de llenarse. Mira, cuando la guerra de Etiopía, yo estaba en un taller y cosía mangas de unos gabanes, ves.³⁰ Ganaba doce pesetas a la semana. Trabajaba esporádicamente donde me salía. Lo más que hacíamos era coser, mi mamá coser pijamas, que luego iba a entregar. [...] Yo cosía las mangas y los largos de los pantalones, y ella cosía el resto. Pasábamos el día, nos turnábamos, era una máquina a pedal».

Más que la influencia familiar o las lecturas, lo que la concienció fueron las injusticias sociales y de género que vio en el barrio del Guinardó de Barcelona donde se trasladó a vivir con su madre.

30. La guerra de Etiopía comenzó en octubre de 1935 y finalizó en mayo de 1936.

«Había una injusticia tremenda. Yo veía —donde yo vivía, por la calle Xifré, en unos sótanos, que las ventanas del sótano daban al suelo de la calle— en unos telares unas hilanderas liando, liando, todo el día. Allí me empecé a sulfurar, por qué el marido, que vivía en una planta baja, cuando salía en vez de ir a prender el fuego que era con teas, se sentaba a leer el periódico. Esperaba que llegara la mujer a prender el fuego y a que le diera de comer. Y allí empecé yo a sulfurarme, a decir bueno, ¿por qué no le tiene la comida hecha, por qué no le tiene algo hecho? Allí empecé yo».

Sentía una gran rebeldía interna: «Estaba rebelde contra todo mira, contra Dios, contra la religión, contra la familia, no había nada contra lo que yo no estuviera en contra». Se manifestaba contra las desigualdades sociales, contra la injusticia, contra la familia, contra la religión y contra las diferencias de género. No podía evitar expresar sus opiniones delante de sus tías y de su madre, quienes se escandalizaban. Su posicionamiento político contestatario lo fue construyendo desde pequeña y ya, a los catorce años de edad lo tenía prácticamente formado, fue en este momento cuando un vecino, Palmiro Aranda, la invitó al Ateneo Libertario del Clot; ahí encontró la identidad tan buscada y conoció a personas que pensaban como ella e inició su militancia.

«Yo ya había llegado a una conclusión de que el mundo estaba muy malo, y de que todo era muy feo y que había que arreglarlo. Allí ya había yo llegado. [...] A ver que eso no estaba bien, ves, a sublevarme. [...] Hablaba como un perico, y mi mamá me decía que pensara lo que creyera pero que callara, que la hacía quedar mal [...] Y en los catorce años cuando yo estaba así, con tanta revuelta dentro, me conseguí a los muchachos de las Juventudes [Libertarias], que me llevaron al ateneo, entonces allí yo vi que había cantidad de personas que pensaban exactamente igual que yo. Por eso yo creo que yo nací anarquista. [...] Y se discutían las ideas, se discutían los problemas que estaban sobre el tapete en ese momento».

Descubrió el anarquismo y se vinculó a las Juventudes Libertarias, ideología de la cual no se separó nunca. Con los jóvenes libertarios encontraba un mundo en el que se sentía reconocida y donde deseaba canalizar toda su energía. En este mundo libertario se enamoró por primera vez y conoció a su gran amiga Soledad Estorach Esterrí

(Albaràrec (Lleida), 1915- París, 1993). Soledad tenía dos años más que Concha pero compartían muchos ideales. Más tarde fundaron la agrupación *Mujeres Libres* de Cataluña siendo miembros del Comité regional (Vega, 2010a). En su caso, la influencia familiar no fue determinante en su militancia; fue ella quien encontró en los ambientes libertarios la confirmación de unas ideas que ya se había formado. Coincidió con su padre en numerosos actos que realizaba el Ateneo Libertario del barrio del Clot barcelonés durante la República y ella se enteró entonces que su padre compartía esa inquietud social.

ISABEL GONZÁLEZ, «Iba a coser ropa blanca. Y entonces fue cuando vino la guerra. Tenía 16 años cuando estalló la guerra».

Isabel González Sugranyes nació en Reus el 19 de abril de 1920. Su padre había en vivido en Tarragona y como el abuelo, fue militar de carrera. Provenían de Albacete. El abuelo fue destinado a la Casa de Cultura de Tarragona donde conoció a la abuela que era de Reus. Se casaron y se quedaron a vivir allí. El padre de Isabel no quiso continuar con la carrera militar y se dedicó a trabajar en una imprenta haciendo las maquetaciones. De ideología catalanista y republicana fue un votante de ERC. Se casó en Reus donde vivía su familia y fue aquí donde nació su primera hija, Isabel, nuestra protagonista. Después nacieron los dos hermanos pequeños de Isabel. Durante la Dictadura de Primo de Rivera hubo una crisis en el sector de la imprenta debido a que se suspendieron muchas publicaciones catalanas, motivo por el cual la familia decidió trasladarse a Barcelona en 1930 instalándose en el barrio de Sants.

Isabel fue a la escuela religiosa de la Divina Pastora de Sants (Barcelona) hasta los catorce años. Después, empezó a trabajar como costurera, oficio que le enseñó su tía materna.

«La que cosía era una germana de la meva mare, que era modista de blanc. Clar, la meva mare ja tenia aquella afició tan gran que li agradava que no hagués anat en cap lloc a treballar ni a cap taller. I anàvem a una classe particular i vaig aprendre així. Em va ensenyar a cosir. Anava a cosir de blanc. I amb això va ser quan va venir la guerra. Tenia 16 anys quan va estallar la guerra».³¹

31. Entrevista a Isabel González, junio de 2008.

Nunca se había preocupado de las cuestiones sociales ni políticas, así como tampoco, estaba sindicada; por esta razón, la guerra le cambió completamente la vida. Dejó la costura y se incorporó a la organización de MMLL, gracias a una vecina que era de esta organización. Después estudió un nuevo oficio, el de enfermera en el Instituto de Mujeres Libres de Barcelona, oficio que ejerció durante la guerra y también en la primera posguerra del Franquismo.

II. MUJERES MILITANTES

La alegría de la República

La Segunda República generó una gran expectativa entre las clases populares. Después de la represión de la Dictadura de Primo de Rivera fue un momento esperado con mucha ilusión. Algunas de nuestras entrevistadas recuerdan el ambiente de alegría y de fiesta que había en las calles de las diversas ciudades del Estado español, las cuales estaban llenas de manifestantes, hombres, mujeres y niños. En Barcelona, Aurora Molina, que por aquella época era una niña de once años, recuerda que se suspendieron las clases en su escuela, la escuela Natura, para que los niños pudieran salir a festejar: «La República fue una cosa de entusiasmo y yo recuerdo que [...] cuando vino la República salimos todos corriendo a la calle a gritar ¡Viva la República! todos los chiquillos, y algunos con pegatinas que habíamos puesto ¡Viva la República!».¹

Conxa Pérez tenía 16 años cuando se proclamó la República y trabajaba en la imprenta Can Oliver de Barcelona. Dejó su trabajo para incorporarse a la manifestación que pasaba por delante del taller; esta manifestación iba a la cárcel la Modelo, prisión que ella conocía muy bien por haber ido a visitar a su padre que estuvo preso en diversas ocasiones durante la Dictadura.

«Quan es va proclamar la República, el 14 d'abril del 31, estava treballant en aquest primer taller que deia, al carrer París i va passar

1. Entrevista a Aurora Molina, Gijón, junio de 2007.

per allà una manifestació, que anaven cridant, cantant cançons i anaven dient a la presó, a la presó, a deixar en Libertad els presos. I jo ja no m'ho vaig pensar, ja em vaig posar a la manifestació i anàvem recollint pedres pel carrer i vam arribar a la Model, vam començar a tirar pedres i de seguida van obrir les portes. Jo crec que devien rebre l'ordre de que obrissin perquè per unes pedres no haguessin obert les portes [...] i va ser una gran alegria per a mi».²

El ambiente de fiesta con música y personificación de la República se vivió con mucha animación en Borriana, una ciudad de unos 15.000 habitantes de La Plana Baixa de Castellón donde vivía otra de nuestras protagonistas. «Ai! La República! [...] Això va ser l'èxit! La proclamació de la República! Tots los xiquets si els haguessis vist corrents! I havia una xica allí en Borriana que era modista, era alta, era preciosa, era molt ben feta. I era modista. I claro, quan a la proclamació de la República va ser la que va eixir vestida de republicana, amb un vestit blau, una casaca roja, el seu gorro frigio i la bandera i tots els xiquets corrents! A vore la republicana! Va ser una cosa molt moguda. I tot el poble a eixir a veure la republicana. Sí, se va passejar per tot el poble la bandera republicana i la música tocant».³

Se nota también el entusiasmo popular tras la proclamación de la República, en los pequeños pueblos de Andalucía como Lánjarón, un pueblo de poco más de 5.000 habitantes de la provincia de Granada, donde vivía Pura López, quien aún siendo una niña recuerda el ambiente de alegría que se respiraba por las calles tras el cambio de régimen, además su padre, socialista, fue nombrado teniente alcalde durante la República.

«Yo tenía entonces 11 años. Y me acuerdo cuando a mi padre —parece que lo estoy viendo—, lo hicieron alcalde, yo sé que le dieron una vara con unas bolas allí y yo pues una niña, el entusiasmo de la gente pues gritaba: ¡Viva! y ¡Viva! y yo pues no sabía ni lo que era aquello».⁴

2. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

3. Entrevista a Gràcia Ventura, Barxeta, febrero de 2007.

4. Entrevistas a Pura López, Barcelona, junio de 2005 y noviembre de 2006.

La República generó muchas expectativas entre las clases trabajadoras que querían mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, las que se habían visto mermadas con la dictadura, ante la incapacidad de expresarse y por la persecución sistemática hacia los militantes cenetistas. Las libertades políticas y sindicales favorecieron la reorganización del sindicato anarcosindicalista, CNT, así como todas las actividades relacionadas con el movimiento libertario: propaganda oral y escrita, la apertura de los ateneos libertarios, de las escuelas racionalistas, la formación de los grupos anarquistas afines, de las Juventudes Libertarias y de la organización de mujeres, la Agrupación Cultural Femenina. A continuación veremos cómo nuestras protagonistas iniciaron su militancia en algunos o varios de estos espacios de manera simultánea.

La CNT, un sindicato viril

Los sindicatos confederales comienzan a reorganizarse por todo el Estado español ya en 1930, después de los años de clandestinidad a los que habían sido sometidos durante la Dictadura de Primo de Rivera.

Si nos dedicamos a recorrer los nombres de los miembros de las Juntas Sindicales Confederales que se sucedieron a lo largo de los años treinta, podemos ver que habían sido formadas en la práctica homogéneamente por hombres (Monjo, 2003; Vega, 2004a). Por este motivo, podemos decir que el Sindicato de Oficio fue un espacio masculino por excelencia y, aunque figuraban mujeres afiliadas, son pocas las militantes que destacaron y formaron parte de la estructura orgánica: Juntas de Sindicato y Comités. Hay una excepción como la del Sindicato Textil, sector laboral mayoritariamente femenino, donde encontramos diversas mujeres que destacaron como oradoras: Teresa Claramunt, Balbina Pi, las hermanas Dulcet, Roser y Encarnació, Lola Ferrer, entre otras. Este hecho es importante ya que rompían el papel pasivo que tenían normalmente las mujeres en el Sindicato. Sin embargo, incluso entre estas, pocas tenían responsabilidad orgánica en la CNT.

El papel de las mujeres en el anarquismo ha sido secundario respecto al que han tenido los hombres (Aguado, 1999; Espigado, 2002). De hecho, han sido pocas las militantes femeninas en la his-

toria del movimiento obrero. Este hecho no nos sorprende porque desde el inicio de la época contemporánea, las mujeres han sido marginadas de los puestos de responsabilidad en la economía, la política y la sociedad. Por este motivo solamente mujeres extraordinarias sobresalían en este contexto. Podemos distinguir tres generaciones de estas pioneras hasta la Guerra Civil. Entre las primeras podemos citar a la internacionalista andaluza Guillermina Rojas, que provenía del republicanismo (Espigado, 2005: 255-280) y la ya mencionada Teresa Claramunt, obrera textil y anarquista, activista sindical y feminista, que se comprometió en una lucha en defensa de las trabajadoras explotadas doblemente por el patrón, como obreras y como mujeres (Vicente, 2006; Pradas, 2006). Su influencia fue decisiva para la generación posterior de militantes anarquistas. Estas dos militantes se encontraron bastante aisladas como mujeres de una primera generación de militantes anarquistas. De su misma época, encontramos a Teresa Mañé (Vilanova la Geltrú, 1865-Perpinyà, 1939), Soledad Gustavo, la madre de Federica Montseny, maestra racionalista, escritora y conferenciante, amiga de Teresa Claramunt pero ajena a las luchas sindicales (Marín, 2006). Progresivamente la situación fue cambiando.

En las primeras décadas del siglo XX aparece una segunda generación formada por más mujeres interesadas en participar activamente en las luchas sociales y políticas, entre ellas la destacada militante Federica Montseny, de familia anarquista, quien conoció y admiró a Teresa Claramunt, y que cuando esta murió en 1931, prometió ocupar su lugar (Lozano, 2004; Tavera, 2005). A su lado, otras militantes de procedencia obrera, como Lola Iturbe, alias *Kinalina*, periodista y escritora, colaboradora de *Tierra y Libertad* y de *Mujeres Libres*. También Libertad Ródenas, oradora y activa propagandista, como Roser Dulcet, a quienes encontramos a menudo juntas en las campañas de propaganda de la CNT, y María Durán, oradora, militante de las Juventudes Libertarias y de la FAI, «instruida, con facilidad de palabra y escribiendo mejor», entre muchas otras (Iturbe, 1974: 86). Estas formaron la segunda generación de militantes femeninas libertarias, que pertenecían a la CNT y, algunas de ellas, también a la FAI. Son las continuadoras de la primera generación. La generación de finales del siglo XIX estuvo bastante aislada al sentir que tenían que conquistar por primera vez su espacio en la esfera pública. Muchas

veces se relacionaron y colaboraron conjuntamente con otras mujeres no exclusivamente obreras, como por ejemplo, las republicanas y librepensadoras, muy activas en aquel momento (Peñarrubia, 2006). La segunda generación continuó considerando que la mujer estaba en una situación de inferioridad y, por este motivo, algunas de ellas crearon la organización anarcofeminista *Mujeres Libres* (MMLL), al ver la necesidad de mejorar la situación específica femenina.

Los años treinta fueron un momento especialmente favorable para el reconocimiento de los derechos sociales e individuales femeninos y también para encontrar un mayor protagonismo dentro de las organizaciones políticas y sindicales (Nielfa, 1996; Vega, 2007a). No es casual que en 1931 las mujeres españolas obtuvieran el sufragio, con la posibilidad de votar y de ser elegidas, incluso antes que en Francia e Italia (Morant, 2006). Durante la Segunda República, podemos encontrar militantes femeninas activas, tanto en los sindicatos de la CNT, como en las Juventudes Libertarias y en la FAI, organización específicamente anarquista. Entre las nuevas militantes encontramos a nuestras protagonistas, quienes formaron la tercera generación gracias al entusiasmo provocado por la proclamación de la República y a la nueva legalidad.

JOAQUINA DORADO, «El obrero de la madera era un esclavo y eso determinó mi decisión de formar parte del Sindicato de la Madera (CNT)».

La familia de Joaquina Dorado llegó a Barcelona en 1934 por motivos laborales del padre que, como representante del calzado, le convenía más moverse desde esta ciudad. Se instalaron como realquilados en una casa de Poble Sec; Joaquina tenía 17 años y era una joven dinámica y decidida, dispuesta a trabajar para ayudar a su familia, al ver que el padre tenía dificultades en su trabajo. En Vigo, antes del traslado, ya había comenzado a coser con la madre, que lo hacía a máquina. Pronto se convirtió en una experta y pudo desempeñar esta labor diversas veces a lo largo de su vida, dedicándose también a la alta costura.

El primer trabajo que hizo en Barcelona fue en una fábrica de galletas, la Montes, pero no duró mucho. Después de una semana lo dejó por el malestar que le provocaba que la encargada registrase a las trabajadoras a la salida para evitar que robasen galletas para sus

casa. Por el periódico encontró una nueva oferta que la convenció más: pedían una tapicera y se presentó en el taller. No sabía nada del oficio, pero sabía coser. En el taller de tapicería trabajaban sobre todo hombres, pero siempre había una o dos mujeres que cosían las costuras con las máquinas. Comenzó como aprendiz cobrando 5 pesetas diarias, pero enseguida pasó a operaria. El taller era grande, con una cincuentena de trabajadores, y pertenecía a un propietario alemán. Estaba en el pasaje de la Mercè, al lado de la calle Gran Vía. Había barnizadores, tapiceros, ebanistas y carpinteros. El trabajo le gustaba y se quedó fija después de un tiempo. Allí se dio cuenta de las difíciles condiciones del sector. Decidió afiliarse a la CNT. Hacía años que leía la prensa confederal y por *la Soli* se enteraba de las actividades del sindicato. «El obrero de la madera era un esclavo, pero verdaderamente, pagaban poco. [Estaban] muy explotados. Y eso determinó ya mi decisión de entrar en el Sindicato de la Madera, que era el que me correspondía».⁵ Era la única mujer de su taller y la única sindicada, pero nunca se lo dijo a sus compañeros.

«Precisamente, un día, encontramos al abrir el taller, una convocatoria del sindicato. Y, después de terminar el trabajo fuimos todos a la calle Rosal, al Pueblo Seco, que era mi camino, que yo vivía allí. Y nos habló un delegado, Andrés. Él ya sabía que yo era de la CNT, que tenía el carnet. Y estuvo allí hablándoles, hablándoles y los hombres terminaron decidiendo no afiliarse a la CNT, no sindicarse [...] Yo callaba. Y, Andrés, el delegado este, ya no pudo más y estalló y dijo: ‘¿No os da vergüenza, con el patrón que tenéis y sois todos hombres y la única que está sindicada es una mujer?’. Entonces se quedaron asombradísimos y se sindicaron todos».

Había pocas mujeres en el Sindicato de la Madera, sector predominantemente masculino. A pesar de esto, Joaquina siempre se sintió bien acogida. «El ambiente era buenísimo, además, todos me tenían una consideración estupenda. Las únicas mujeres que vi en el sindicato fueron las compañeras de los militantes. No vi a nadie allí como yo, que estuviese afiliada. Afiliadas sí había muchísimas seguramente, pero que estuviesen así al tanto y se interesasen, no vi ninguna».

5. Entrevista a J. Dorado, Barcelona, julio de 2008.

Frecuentó bastante el sindicato durante aquellos años. No recuerda que hubiese biblioteca, todo estaba dedicado a la cuestión laboral y sindical. Existieron muchos conflictos con la patronal de la madera en aquel tiempo (Vega, 2004a). Solamente después de julio de 1936, comenzó a militar en las Juventudes Libertarias y a interesarse por las cuestiones más culturales. «Los militantes más cercanos tomaron mucho interés en informarme de cosas. Cosas que habían pasado, cómo les habían boicoteado, todo eso me lo explicaron en los momentos que pasé en el sindicato. Había un compañero, Tomaset, este se dedicó a explicarme cosas. Yo en el Sindicato de la Madera les estuve muy agradecida a los militantes, que la mayor parte están muertos ya. Yo aprendí mucho allí».

A pesar de la sindicación masiva de su taller, nunca fueron a la huelga ni tuvieron problemas especiales con el patrón. También eran conscientes de las dificultades que este tenía para tirar el trabajo adelante y poder pagar cada semana a los trabajadores.

«Yo lo veía apurado algunos fines de semana para pagar, quiero decir que no era un patrón de estos pudientes. Era uno de tantos que, por ejemplo, al declararse la guerra aquí ya no podían pagar, algunos estaban perdidos. A mí me lo dijeron personalmente. Después, tuve la necesidad una temporada de pedir trabajo y el patrón, me recibió muy bien y todo y me dijo: ‘Mira, me habéis dejado un taller formidable porque la semana del 19 de julio ya no podía pagar a los obreros, me habéis salvado’. Así me dijo».

CONXA PÉREZ, «Los padres no dejaban a las hijas ir al Sindicato de la CNT, porque tenían miedo que se volvieran revolucionarias».

Conxa Pérez comenzó a trabajar a los catorce años en las artes gráficas, sector que no dejó hasta el final de la Guerra Civil. Tras la reorganización del Sindicato de Artes Gráficas de la CNT, que se creó después de la proclamación de la República, ella fue en seguida a afiliarse (Vega, 2004a). Era un sindicato importante, con muchos afiliados, la mayoría hombres. A pesar de esto, ella formó parte de la Junta Sindical, durante un tiempo, como vocal.

«Jo no he tingut mai dificultat ni complex, primerament perquè els homes m’han respectat sempre. Inclús he intentat de portar alguna noia però estaven quatre dies. I se n’avenen creient que allà no hi feien res, en canvi algunes que havia portat a [L’Ateneu] Faros

sí que continuaven. Però el sindicat costava molt, era una lluita contínua, és molt difícil això, per les persones que no tenen cap idea de cap classe d'entrar en un sindicat». [...] Els sindicats era una cosa més revolucionària, anàvem de cara als conflictes. I l'altre era molt més cultural. En canvi, vaig aprendre més en el ateneu que en el sindicat».⁶

Según su punto de vista, las mujeres estaban más interesadas en las cuestiones culturales que en las sindicales. Asistían al sindicato si existía un problema laboral puntual o si se estallaba un conflicto, pero, solucionado este, ellas dejaban de frecuentarlo.

«Quan hi havia un conflicte en una fàbrica hi venia alguna noia més, perquè anaven a defensar una cosa concreta. Però sinó llavontes anàvem allà, només discutíem coses, generalment discutíem coses de les idees i demés, a moltes noies això no els hi llamaba l'atenció, no els hi agradava, no els interessava».

No podemos olvidar además, como una de las causas de ausencia femenina del sindicato, la influencia familiar y el contexto cultural de la época. Los padres, normalmente, no veían con buenos ojos que la hija se juntase con sindicalistas y se comprometiese en los conflictos laborales y sociales del momento. «Una de les causes principals és que els pares no els hi deixaven anar ni a un puesto ni a l'altre [ni al Sindicat ni a l'Ateneu], perquè tenien por que les noies es tornessin revolucionàries. Hi havia una gran por abans, eh?, en què es fessin sobretot de la FAI. La FAI era el coco, per no dir la CNT, que no hi havia més sindicats. Però que aquestes que es fessin d'algun sindicat i que lluitessin i això, no els hi agradava».

Durante la República estallaron muchos conflictos laborales, normalmente para mejorar las condiciones de trabajo. También alguna vez por el despido de algún trabajador que destacaba por su compromiso sindical o por otra causa. Este segundo caso es el que vivió Conxa en su lugar de trabajo. «Doncs, van despedir a un noi, que vam creure que era una injustícia i els deu o dotze que treballàvem, que no érem més, vam declarar huelga. I, bueno, al final, la única que va quedar en huelga vaig ser jo, totes van anar entrant a treballar i, bueno, em van despedir. Llavors el sindicat

6. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

els hi va convocar i els hi va fer una espècie de judici, diguem, per dir algo, als burgesos, que eren dos germans. [...] Llavontes van explicar el cas que havia passat, el perquè havien despedit a aquell noi. Que tenien raó, però no ho van dir als treballadors, al menos que haguessin dit, era un noi que robava. Però a nosaltres ens van dir que el despedien perquè sí. Aleshores, doncs, van obligar al dueño a readmitir-me o donar-me una quantitat. I jo ja no vaig voler tornar perquè em vaig sentir ferida i vaig preferir que em donessin la quantitat». Conxa multiplicó su compromiso social, sindical y político durante la República. No solamente militó en el sindicato de la CNT, sino también en las Juventudes Libertarias y en la FAI. Al mismo tiempo, frecuentaba el Ateneo Libertario Faros y ayudó a crear y sostener la Escuela Racionalista «Eliseu Reclús».

ANTÒNIA FONTANILLAS, «La abstracción de las ideas no ha interesado demasiado a las mujeres».

La expulsión del padre de México en 1933, por haber asistido a una reunión anarquista, causó el retorno de la familia Fontanillas a Barcelona. Se instalaron en el piso de la calle Robador número 32, en Pleno Barrio Chino, donde vivía en ese momento su tía Mercè Borràs con su marido e hija. De nuevo en Barcelona, Antònia se incorporó al mundo laboral y al de la militancia sindical. Tenía 17 años y se puso a trabajar para ayudar a la subsistencia familiar.

El padre, a través del destacado militante anarquista y amigo suyo Tomás Herreros, encontró trabajo en la administración del periódico confederal *Solidaridad Obrera*. Pero la situación de la CNT, con el Bienio Negro, distaba mucho de ser tranquila, y debido a las numerosas suspensiones de esta publicación, no existían unos ingresos estables.

Escogió trabajar en las artes gráficas, rechazando la facilidades que hubiese podido encontrar en el sector del corte y confección, en el que trabajaban sus tía Salud Borràs y sus primas. Para Antònia le era más familiar e interesante el olor de la tinta y el sonido de máquinas tipográficas dado que de pequeña había conocido la imprenta de *Tierra y Libertad* y además, tenía alguna experiencia en el sector ya que comenzó a trabajar en México en el taller de Rafael Quintero, tipógrafo, líder anarquista y amigo de su padre. Por estos

motivos, encontró trabajo sin ningún problema en la tipografía Riusset, lugar en el que se quedó hasta la Guerra Civil.

El taller era grande y trabajan ahí más de una cincuentena de trabajadores entre los cuales había litógrafos, tipógrafos, manipuladores del papel y aprendices. Antònia era manipuladora del papel y por este motivo cuando se sindicó lo hizo en la sección de encuadernación del Sindicato de Artes Gráficas. En el taller, cuando ella entró a trabajar, los trabajadores no estaban sindicados: «Perquè vegis que el meu pare no em va adocrinar mai en això, eh? El meu pare havia estat sempre sindicat però a mi no em va dir, tu sindicat a la CNT. No m'ho va dir mai. Perquè quan jo vaig entrar a treballar a Can Riusset no [...] estaven afiliats a cap sindicat».⁷

Únicamente había una sociedad corporativa que se llamaba *La Solidària* y agrupaba a los tipógrafos pero no podían entrar aprendices. Los tipógrafos tenían un buen sueldo pero las y los jóvenes aprendices, ni estaban sindicados, ni tenían ninguna protección, por este motivo, promovieron la sindicación de todos los trabajadores al Sindicato de Artes Gráficas (CNT), que daba cobijo y protección a todas las categorías laborales sin ninguna discriminación; y así se adhirieron en mayo de 1936. Se sindicaron todos los trabajadores, incluyendo también las jóvenes aprendices que eran una mayoría, unas cincuenta. Antònia fue escogida como delegada sindical de su sección.

«Van ser els nois, no vaig ser jo que vaig fer cap campanya proselitista ni res, no? Però com que no estaven sindicats enlloc, i a 'La Solidària' tampoc tenien entrada, pues allavorens van consultar amb les noies i totes, no va ser una i dos, va ser unànime, totes es van adherir a la CNT [...] Jo parlava amb les noies, jo deia que llegia de vegades la *Novela Ideal* perquè hi havia qui la llegia, hi havia qui tenia un novio que era de la CNT, l'altra que tenia el germà o l'altra que tenia no sé què, però, jo no vaig fer res de res. A mi em van nomenar delegada».

Comenzó a frecuentar el sindicato y las asambleas y vio que no existía ningún núcleo femenino. El trabajo de delegada sindical, del taller donde trabajaba, consistía, entre otras cosas, en recoger

las cuotas de los trabajadores del taller y llevarlas a la sede del sindicato. Este quedaba en la calle Riereta, cerca de la calle Sant Pau, y Antònia iba, de vez en cuando, acompañada de la alguna compañera del trabajo; no era fácil convercerlas para asistir a las asambleas ni tampoco que la acompañasen al local del sindicato.

«Jo tractava de que alguna noia m'acompanyés, per no anar sola i perquè s'interessessin també, no? De quan en quan anava a cotitzar al sindicat. I un dia, me'n recordo que vaig veure a la pissarra, perquè una mica estava en els núvols, que hi havia una assemblea de litògrafs, i vaig dir, noies, hi ha una assemblea i al menos es van interessar 10 o 12. I allí no hi havia més que homes i les úniques dones érem nosaltres».

Antònia cree que la ausencia de mujeres en el Sindicato de Artes Gráficas se debía a que las mujeres buscaban cuestiones más concretas y pragmáticas. En este sentido, recuerda que la movilización que se hizo después del 19 de julio para ir al frente, sí interesó a diversas compañeras de su trabajo y, en cambio, ellas no se sentían atraídas ni por las ideas ni tampoco por las cuestiones orgánicas del sindicato.

«La dona ha actuat en un terreny o en un altre, però potser és més pragmàtica i de coses concretes i l'abstracció de les idees no l'ha interessat massa. Perquè [...] aquelles noies, per exemple quan va estallar el moviment tanta reticència per anar [al sindicat], en canvi hi ha una sensibilitat per anar al front, eh? Aquelles noies no s'havien interessat sindicalment ni per conèixer l'organització ni per actuar. Jo mateixa, no vaig actuar dintre del sindicat, on vaig militar va ser a les Joventuts Llibertàries».

Fue en estas visitas semanales al sindicato, en las que acudía a pagar las cuotas y a recoger los sellos, cuando se puso en contacto con las Juventudes Libertarias del sector. Durante la Guerra Civil Antònia comenzó a militar en esta organización y también fue escogida como delegada para la Federación Local. En el mural de las JJLL comenzó a escribir de manera anónima, siendo estos sus primeros escritos. Más adelante, ya durante el Franquismo, continuó escribiendo y colaborando en el periódico clandestino de las JJLL, *Ruta* (Fontanillas, 1995).

Fuera del ámbito sindical, Antònia, alguna vez, acompañó a su padre a los mítines de la CNT. También le gustaba asistir a las con-

7. Entrevistas a A. Fontanillas, Dreux, julio de 2005 y abril de 2007.

ferencias que de vez en cuando se hacían en el local del sindicato o los ateneos. Recuerda una conferencia de Félix Martí Ibáñez, la cual le gustó especialmente. En estas ocasiones tuvo la oportunidad de escuchar y hablar con algunos dirigentes y oradores del movimiento libertario que eran conocidos y amigos de su padre.

JULIA HERMOSILLA, «A mí me ha gustao más la cosa de riesgo, la cosa activa, no la cosa intelectual».

La auténtica formación de Julia Hermosilla Sagrero fue en el sindicato de la CNT, al que se afilió y comenzó a frecuentarlo a partir de los 14 años de edad, cuando en 1930 comenzó a reorganizarse el sindicato anarcosindicalista de Sestao (Vizcaya), después de los años de clandestinidad ocasionados por la Dictadura de Primo de Rivera: «Casi todas las tardes estaba allí en el sindicato, que estaba allí en la calle Chávarri. Y los compañeros, ¿comprendes?, pues me mimaban. Además que he sido yo muy vivaracha, ¿sabes?, no he sido cobarde, no he sido tímida [...] y cuando había conferencias, cuando había pues algún mitin, Durruti y Ascaso, García Oliver, pues todos siempre procuraban que yo fuese. Prueba de ello que cuando venían García Oliver, Durruti y Ascaso, dormían en mi casa».⁸

Por el sindicato pasaron a dar mítines y charlas muchos de los militantes anarquistas más conocidos del Estado, entre ellos, Durruti, Ascaso, García Oliver y Federica Montseny, entre otros. Estos no solamente dormían en la casa de la familia Hermosilla, sino que además, Julia los acompañaba en su gira de propaganda por los pueblos vecinos.

Después de la proclamación de la República, hubo muchos conflictos y huelgas por todo el País Vasco. Nuestra protagonista dejó la escuela porque encontraba más estimulante seguir todas las actividades, huelgas y conflictos existentes. Recuerda una huelga que se hizo en Sestao contra el aumento del precio del pan, donde hubo también manifestaciones de protesta. Sestao era una importante localidad fabril de Vizcaya con unos 70.000 habitantes, donde dominaba la organización socialista UGT, pero donde la CNT tenía

cierta presencia con ochocientos cincuenta y cinco afiliados en 1931 (Memoria, 1976: 236).

«No podía estar cerrada en ningún sitio, aquí, allá. Además, todas las manifestaciones que se hicieron en aquella época, que había todos los días. [...] Ah, hubo una huelga, que se había subido cinco céntimos el pan en Sestao y salía [la manifestación] de la plaza Urbínaga». Julia no se perdía ninguna manifestación y se afilió a la Juventudes Libertarias como su compañero Ángel Aransáez. Ella reconoce que le atraía más el activismo que las cuestiones intelectuales; era una mujer de acción.

«Mi cosa era la cosa activa no la cosa intelectual. Hombre, que yo he sabido siempre leer y escribir, siempre ¿comprendes?, yo no he sido analfabeta nunca. Pero lo que te quiero decir que yo en la cosa intelectual no entraba. Yo en lo que entraba, como aquel que dice en la cosa bélica, de transportar pistolas de aquí allá, de ir a Eibar y estar con los compañeros y los no compañeros, robar pistolas pa' llevarlas a tal sitio. O sea que a mí me ha gustao más la cosa de riesgo».

Ángel fue detenido y apresado en Logroño, en relación a los hechos insurreccionales de enero de 1933. Julia se instaló en esa ciudad para estar cerca de él y ayudarlo. El juicio se realizó después de dos meses de haber sido detenido. Por ser menor de edad solamente le impusieron dos meses y unos días de prisión; a los pocos días fue liberado. La actividad militante de Julia estaba principalmente en la ciudad industrial de Sestao, donde se encontraba la Sociedad Baluarte, de mayoría centista. También estaba en Santurce, a pocos kilómetros de Bilbao, donde vivió la familia de Ángel durante la República y donde estaba la Sociedad Crisol. La revolución de octubre de 1934 que estalló en Asturias, también tuvo su influencia en el País Vasco (Bilbao, Baracaldo, Vizcaya y otras ciudades), aunque sin la repercusión que tuvo en Asturias. Socialistas y anarquistas unidos en una Alianza Obrera Revolucionaria proclamaron una huelga general revolucionaria que fue seguida por unanimidad. Ángel tuvo un papel muy activo en Santurce e incluso fue a las casas de los fascistas para recoger las armas que pudieran tener. En Sestao la huelga duró varios días y se saquearon los establecimientos de víveres que fueron distribuidos por toda la población (Villar, 1994: 185). El sindicato de la CNT se abasteció con armas que habían traído

8. Entrevista a Julia Hermosilla, Bayona, junio de 2007.

desde Eibar, donde las fabricaban; a diferencia de Santurce que no tenían ninguna. Julia y otra compañera transportaban las armas de un pueblo a otro.

«Y nos pusimos como una bufanda grande de estas de punta pa' atrás y nos la atábamos y por aquí pistolas y bombas. Y pasábamos de un pueblo a otro y teníamos que pasar por dos cuarteles de la guardia civil y nosotros transportábamos de un pueblo a otro las pistolas. Y esto pues lo sabían los compañeros. Que yo no he sabido lo que es miedo. Yo muchas veces lo pienso y digo 'Julia, ¡estabas loca!'. Yo no estaba normal entonces. ¡Pues que hacía cosas que cualquier mujer no hace, oye!».

Con el fracaso del movimiento, Ángel Aransáez y los otros militantes destacados tuvieron que refugiarse en unas cuevas cerca de Santurce. «Él, y otros compañeros se tuvieron que meter en las cuevas porque les hubieran poco menos que fusilao, en el 34, en la revolución de octubre del 34»; ella les llevaba la comida. Posteriormente pudieron huir hacia Francia. Julia quiso ir a su encuentro, pero se quedó en la frontera porque al ser menor de edad y no tener los papeles en regla, no la dejaron pasar. Estos acontecimientos fueron un ensayo de la revolución que, posteriormente, se concretó a partir de julio de 1936 con la sublevación militar.

CASILDA MÉNDEZ HERNÁEZ, «Las mujeres [de San Sebastián] solían ir al sindicato, a escondidas del marido. Iban allí porque encontraban un calor humano, un espíritu de solidaridad, que no se encontraba en ningún otro organismo».

También en San Sebastián existía la CNT con una presencia de setecientos cincuenta afiliados. Uno de los más destacados era Galo Díez quien fue en representación al Congreso confederal de la Comedia de 1931 (Memoria, 1976: 235). Las mujeres también tenían un espacio propio, como lo recuerda Casilda Méndez Hernández (San Sebastián, 1914 - Biarritz, 1992).

«Desde luego, sí estaba la mujer cenetista en la lucha social como el hombre. Éramos poquitas, pero poníamos todo. Al principio estábamos entregadas a lo que se llamaba la lucha o la causa. Ya luego se convirtió, además, en la lucha feminista que nada tiene que ver con la lucha sufragista. Cada vez que había una huelga en un taller —ya existían talleres que sólo ocupaban a mujeres—, porque se les

pagaba mucho menos que si fueran hombres, allí estábamos nosotras. [...] A la patronal no le gustaba que las obreras fueran a sindicarse en la CNT, por ser el coco. Y, si se afiliaban a ella, les recomendaban que rompieran el carnet cenetista; si no, las amenazaban con perder el empleo. Entonces intervenía la CNT, incluso declaraban la huelga en ese establecimiento, obligando así al patrón a reconocer esa organización, como lo hacía con la UGT. Las compañeras venían a nuestra organización porque era una época de lucha, de verdadera lucha sin cuartel, incluso para conservar un triste carnet. ¿Qué es un carnet? Para aquellos patronos cerriles, de mentalidad antediluviana, un carnet sindical significaba algo como una derrota. No obstante, algunas que se habían afiliado rompían el carnet antes de perder el puesto de trabajo, pero a pesar de todo solían ir al sindicato, a escondidas del marido. Iban allí porque encontraban un calor humano, un espíritu de solidaridad, que no se encontraba en ningún otro organismo» (Jiménez de Aberasturi, 2009: 468).

GRACIA VENTURA, «En el sector del vestir las condiciones de trabajo no mejoraron durante la República porque no había sindicatos para hacer presión. Esta es la verdad».

Borriana, en la Plana Baixa, tenía una economía fundamentalmente agrícola, especialmente del cultivo de la naranja, y una industria basada en la manipulación de cítricos. Con la República, se reorganizaron los partidos políticos y los sindicatos. En enero de 1932, en el Congreso de la CRT de Levante, la delegación de la Federación Comarcal de Borriana estuvo presente con 1.717 afiliados. Había cuatro sindicatos en la ciudad: el Sindicato de Artes Gráficas (250 afiliados), el de la Metalurgia (80 afiliados), el de la Madera (40 afiliados) y el de la Alimentación (35 afiliados) (Vega, 1987: 243-244). Más tarde, se creó el Sindicato de Campesinos (naranjeras) que es recordado por nuestra protagonista como uno de los sindicatos más activos durante la República; de hecho, este sindicato protagonizó las luchas más importantes que se llevaron a cabo en la localidad y en todas las comarcas naranjeras de Castellón y Valencia durante los años 1932 y 1933, en demanda de nuevas bases de trabajo y para el cumplimiento de la jornada laboral. La patronal infringía las bases del trabajo contratando a trabajadores de fuera del municipio por sueldos más bajos, lo que provocó un importante

conflicto en la localidad durante octubre de 1933, cuando una huelga general paralizó la ciudad (Vega, 1987: 142-144).

No existió el Sindicato del Vestir hasta el estallido de la Guerra Civil y por este motivo Gràcia no se sindicó en la CNT hasta entonces; contrariamente, su hermana mayor Assumpció, pertenecía al Sindicato de Campesinos (naranjeras) y su hermano Vicente al de la Alimentación (panaderos).

«En Borriana lo que existía era la CNT i la UGT. I, llavors estava el sindicat sobretot de les tarongeres. Sindicat de les dones de la taronja perquè la meua germana havia pertangut al sindicat de la taronja, però, sindicat de sastreria no n'hi havia, entonces. Va ser quan va començar la guerra, después va ser quan es va formar el sindicat del vestir». Entre los líderes históricos de la CNT local destacaba el dirigente Prudencio Caja, que había estado en el Congreso de la Federación Nacional de Agricultores de 1918 y era colaborador del periódico *Solidaridad Obrera* de Valencia (Íñiguez, 2001: 110).

Uno de los problemas planteados durante la República en Borriana fue la demanda del cumplimiento de la jornada laboral, es decir, trabajar ocho horas diarias. Era una demanda histórica que ya tenían consolidada muchos ramos industriales desde 1919, especialmente en Cataluña, siendo un objetivo a conseguir en el campo y también en otros sectores productivos del País valenciano.

«Perquè antes [de la guerra], la gent treballava moltes hores, i ara també treballen hores, eh? Me pareix que en ves d'anar endavant vam en darrera, en moltes coses d'estes perquè l'aspiració dels sindicats i tot era la d'aconseguir la jornada de 8 hores. I al final, la lucha tota era eixa, perquè no se volia que se treballés més i en canvi ara si dius menos de 8 hores se fiquen les mans al cap perquè tots volen treballar i tindre hores extres».

Al no haber en el ramo del vestir un sindicato que velara por sus condiciones de trabajo, este sector no mejoró mucho durante la República, a diferencia del de la naranja, donde trabajaba su hermana, en el que sí hubo una diferencia notable.

«La cosa del vestir no teníem hores. Tenien més hores la gent que treballava en els almacens estos perquè claro tenien el seu sindicat i els sindicats feien més pressió als patrons, als comerciants que eren de taronges. I això sí, els obligaven a ficar les 8 hores. I si no ficaven les 8 hores, que treballaven hores extres, eren pagades. Però

nosaltres, el vestir no, perquè no hi havia sindicats per fer pressió. Això és la veritat».

En el sector del vestir continuaron trabajando más de ocho horas diarias durante la República, incluso a veces los domingos, y no estaban contemplados como horas extras. Gràcia, con 13 años, y su hermana, con 16, destinaban buena parte de su jornada laboral y también parte de los festivos al trabajo de costura.

«Tot depenia de la temporada del treball. Perquè això, el cosir és de temporada. Hi havia temporades que el cosir sempre baixa un poquet, i entonces pues feies les vuit hores. Però quan hi havia faena, pues, igual estaves 8 que 12. A vegades entraves pel matí i si tenies que acabar anàvem els diumenges i tot. El diumenge pel matí jo anava a la sastreria. Perquè entonces teníem que tornar la faena. A vegades portar els trajes e lo que sea, anar a repartir lo que havies cosit a les cases o coses d'estes. Sí, i això se feia quasi sempre el diumenge pel matí. I la meua germana, l'altra, que era tres anys major que jo, pues si tenia que acabar de planxar, perquè ella se dedicava molt a la planxa, els pantalons i tot això, i no havia acabat el dissabte, pos el diumenge pel matí ha d'acabar de planxar. Entonces hi havia molt, molt de treball, hasta l'hora de dinar».

Finalmente se afilió a las Juventudes Libertarias durante la Guerra Civil donde estuvo hasta la caída de la ciudad en manos de los fascistas en julio de 1938. Detenida y encarcelada en Saturrarán hasta 1944; después en otras prisiones hasta 1947. Posteriormente, se fue a Francia, donde vivió exiliada hasta la muerte de Franco.

Cultura alternativa y sociabilidad: los ateneos libertarios y las escuelas racionalistas

En los años treinta existía en Barcelona, y también en otras ciudades de España, una activa cultura popular y obrera que se mantenía al margen de los partidos políticos y de los sindicatos. Esta inquietud encontraba sus canales de expresión y organización en la multitud de redes de asociaciones y agrupaciones que se crearon a nivel local y barrio. Estas redes tenían una cierta continuidad con las que ya existían desde el siglo pasado, como los casinos, los ateneos, las cooperativas y las hermandades (Gabriel, 1998: 106). Los Ateneos Libertarios, que proliferaron en los años treinta, fueron uno de los

espacios de sociabilidad obrera donde se encontraban la mayoría de los militantes anarquistas, afiliados y simpatizantes. Estas agrupaciones fueron fundamentales para articular las relaciones entre los libertarios y sus núcleos de influencia más allá de las estrictas relaciones laborales relacionadas con el sindicato confederal (Navarro, 2004).

Los Ateneos Libertarios actuaban en un espacio diferente al del sindicato que se situaba normalmente en el centro de la ciudad. Ahora el protagonista era el barrio y, gracias a la existencia de estos locales de barriada, se podían realizar múltiples actividades culturales y también, en determinados momentos, desarrollar una vida laboral y sindical ligada a este espacio. El sindicato los utilizaba a veces como auténticas sucursales sindicales, donde tenía lugar el encuentro de los trabajadores del barrio, y también se podía discutir los problemas laborales de las diferentes empresas que estaban ahí ubicadas (Monjo: 1998: 144). A estos locales de barrio acudía un público más heterogéneo que en el local sindical y de manera especial los y las jóvenes, las mujeres y los hombres interesados en la cultura, en la formación y en la necesidad de ampliar horizontes.

Una de las claves del éxito de la CNT fue el no limitarse únicamente a las cuestiones laborales y sindicales sino que agregar a su radio de acción la cultura libertaria y obrera. En las actividades de los Ateneos Libertarios del barrio encontramos destacados militantes como impulsores de una visión del mundo alternativa a la de la burguesía dominante. Impartían conferencias, participaban en debates y en las múltiples actividades que estos realizaban desde el teatro, excursionismo, y hasta las lecturas de textos donde se difundían las ideas emancipadoras y revolucionarias; era toda una serie de manifestaciones que se desarrollaban de cara a la formación de los trabajadores y también de sus familias. Estas ofertas culturales se multiplicaban en todos los barrios y localidades donde la CNT tenía una presencia. La participación era muy amplia y los ateneos daban, indudablemente, vida al barrio donde acudía toda la familia, mujeres y niños, especialmente en las funciones teatrales, muy populares en aquellos años, con el cuadro escénico formado por los mismos trabajadores y trabajadoras adheridas. Estos encuentros brindaban un sentido a la difícil y dura vida obrera otorgándoles de una cultura propia y específica.

A diferencia de los años veinte, donde había únicamente algunos ateneos organizados, durante la República existió una gran proliferación; solamente en Cataluña se habla de la existencia de más de doscientos centros culturales de carácter diverso: racionalista, libertario, naturista, excursionista, sindicalista, etc. Y de estos, setenta estaban en Barcelona y a Hospitalet del Llobregat (Solà, 1978b). No todos tuvieron una vida larga, por la represión gubernamental que sufrieron a partir de 1933, cuando el Estado republicano endureció su posición respecto a la CNT (Vega, 2004a). La mayoría de ateneos tenían una escuela racionalista y la suspensión de sus actividades afectaba también a la escolarización de muchos hijos de obreros. *Solidaridad Obrera*, el órgano regional de la CNT de Cataluña, se quejó en septiembre de 1933 que desde principio de año había entre quince y veinte Ateneos Libertarios clausurados, es decir, desde hacía nueve meses.

A pesar de esta trayectoria intermitente, el papel de los Ateneos Libertarios fue fundamental para alguna de nuestras protagonistas que vivieron intensamente estos años de relativa libertad política, incorporándose a las actividades culturales de los Ateneos Libertarios, así como a la militancia anarquista y anarcosindicalista.

«I aleshores, doncs, ens va agafar una febre de què volíem fer coses. Allavontes el meu germà, era soci d'un coro que tenien format a la barriada, que era un coro de caramelles [...] Ens vam enterar, no sé per quina raó, de què s'estaven formant ateneus a tots els barris. I vam *sapiguer* que a l'Avinguda Mistral se'n formava un.⁹ I aquest és el que ens agafava més a la vora. Nosaltres ho vam parlar amb els nois del coro, que casi tots van estar d'acord, vam anar allà tota la colla, vam preguntar com anava, ens va agradar i ens vam afiliar tots a dins de l'Ateneu».¹⁰

Dos Ateneos: Faros y Clot

Se crearon Ateneos Libertarios en todos los barrios de Barcelona y también en los principales pueblos y ciudades de Cataluña y del

9. Se refiere a la Agrupación Pro-Cultura Faros que inició su trayectoria el 10 de septiembre de 1930. Tuvo diversas sedes sociales, una de ellas estaba en la Avda. Mistral 17, 1º de Barcelona. Fue clausurada el 23 de abril de 1933 y abrió nuevamente sus puertas el 15 de septiembre de 1933. Archivo Histórico de la Delegación de Gobierno de Barcelona (AHDGB), volumen 8, expediente 14.679.

10. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

Estado español donde había grupos anarquistas y cenetistas. Eran lugares de encuentro y de socialización especialmente para los jóvenes de ambos sexos con inquietudes sociales y políticas. Conxa Pérez estuvo sindicada desde la reorganización de la CNT que se hizo en 1931. Paralelamente, también se hizo miembro de la Ateneo Faros, situado cerca de Paralelo, con todo su grupo de amigos. Gracias a esta agrupación, se puso en contacto con los grupos de las Juventudes Libertarias y de la FAI, organizaciones anarquistas interesadas también en la difusión de las ideas a través de la cultura. Sus militantes eran activos impulsores de sus actividades. Acudían también militantes de la CNT como Conxa Pérez. Asimismo, encontramos en este ámbito a muchas mujeres jóvenes que no estaban muy interesadas en la CNT, ni en las luchas sindicales pero que acudían a los ateneos para mejorar sus carencias culturales y de conocimiento asistiendo a cursos de formación, a talleres de lecturas, conferencias, debates, sesiones de teatro y sobre todo participando en las excursiones, a la montaña en invierno y a la playa en verano. Muchas jóvenes se encontraban más cómodas en este ambiente heterogéneo, también muchas familias se apuntaban, sobre todo a las actividades al aire libre, las cuales se hacían los domingos.

CONXA PÉREZ, «El Ateneo fue una verdadera escuela para mí, aquí aprendí casi todo lo poco que sé y, socialmente, muchas cosas».

«Hi havia l'Ateneu Faros, l'Ateneu de Sants,¹¹ l'Ateneu de La Torrassa,¹² del Clot. Era algo admirable, eh, lo que va passar, bueno, naixien els ateneu com les cols, per tot arreu es feien ateneus. Pues l'Ateneu [Faros] tenia varies seccions: una secció era la de cultura general, que també vaig anar a aprendre una mica, després hi havia una que feien lectures dels llibres, lectura comentada. [...] Llegíem llibres de Kropotkin, de Malatesta, també d'algun socialista, i lle-

gíem trossos i després comentàvem el que ens semblava d'una idea i una altra idea, i bé, el que ens semblava millor cadascú deia lo seu. Allò va ser una cosa admirable, eh? I, bueno, això era un cop a la setmana que ho feiem. Després teníem el quadro escènic, jo també hi pertanyia, però jo no feia funció perquè això de sortir a escena no m'ha agradat mai. Doncs hi havia noies que valien molt, [...] perquè aquí als ateneus llibertaris hi va haver un ramillet de dones, abans de les Dones Lliures, que el que van fer després les Dones Lliures, que ho trobo tot molt bé, ja ho havíem començat a fer les noies dels ateneus. No va ser cap cosa que van començar, va ser un seguiment. Aleshores aquí, hi havia la secció d'excursionisme, que cada setmana anàvem d'excursió. Les excursions també eren escoles per a nosaltres perquè a tot arreu on anàvem estudiàvem o feiem algo. [...] L'ateneu va ser una verdadera escola per mi, aquí és a on vaig aprendre jo casi tot de lo poc que sé i, socialment, doncs moltes coses».

El Ateneo Faros era uno de los más importantes de Barcelona y publicaba, además, el periódico *Nueva Humanidad*, dedicado a la difusión de la cultura y de la educación racionalista, llevaba como subtítulo «Semanario racionalista», explicitando sus intenciones. También pretendía coordinar los diversos Ateneos Libertarios y racionalistas existentes, especialmente en Cataluña.¹³ Otros centros importantes en Barcelona se ubicaban en el barrio de Gràcia, en el Clot, en La Torrassa y en Sants, entre otros.

El Ateneo Libertario del Clot se creó en junio de 1931.¹⁴ Era el heredero del Ateneo Naturista Ecléctico construido en el barrio en la década de los años veinte. Este centro fue muy activo en la difusión de las corrientes naturalistas e individualistas que habían calado en el anarquismo por influencia de los pensadores franceses, especialmente, Armand y Ryner (Díez, 2007). El grupo *Sol y Vida* había sido el promotor de esta iniciativa, así como, de la publicación de las revistas *Ética* e *Iniciales* (Díez, 2001). Esta agrupación se con-

11. El Ateneo Libertario de Sants estaba en la calle Torre Damians, 4-6 y, posteriormente, en la calle Barón de Griñón, 3.

12. El Ateneo Cultural Racionalista de La Torrassa fue dado de alta el 30 de mayo de 1931 en la calle Pujós n.º105 de Hospitalet. Fue clausurado en julio de 1933, siendo levantada la clausura en octubre del mismo año. AHDGB, volumen 9, expediente 16.507.

13. Salieron 12 números de la revista *Nueva Humanidad*, entre marzo (n.º1, 10 de marzo de 1933) y junio de 1933 (Navarro, 2002: 354).

14. El Ateneo Libertario del Clot estaba en la avenida Meridiana n.º128, cuando se dio de alta el 27 de junio de 1931. Después se trasladó a la Plaça del Mercat n.º 2. Fue clausurado en abril de 1933 hasta 25 de septiembre del mismo año. AHDGB, volumen 8, expediente 14.878.

virtió durante la República en la sección excursionista del Ateneo. En sus inicios contaba con una cincuentena de afiliados, casi todos jóvenes, pero muy pronto aumentó su número. Se constituyeron diversas secciones: la de esperanto, la excursionista, la de cultura y la de arte.¹⁵ La sección de esperanto organizaba las clases de esta lengua tres veces por semana y asistían unos 35 alumnos de ambos sexos. Una de las prácticas habituales era la de cartearse con otros jóvenes esperantistas de todo el mundo.

La sección de excursionismo era una de las más activas y, seguramente, la más popular ya que tenía una gran acogida por parte de las familias del barrio y de otros sitios indistintamente de la edad y el sexo. Se denominaba *Sol y vida* y organizaba excursiones semanales. En el mes de noviembre de 1931, con motivo de la visita de Max Nettlau a Cataluña, se organizaron dos salidas: una a Cerdaña y la otra a Sant Cugat con la asistencia de más de 1.200 personas; posteriormente, se realizaron salidas a Mollet, Vallvidrera y Sabadell con un promedio de 700 personas cada una. Esta última finalizó con una charla anticlerical al aire libre en plena naturaleza. En el invierno iban a la montaña y en verano a la playa, normalmente a El Masnou. Era muy alta la participación de la gente en estas salidas.

Concha Liaño esperaba toda la semana a que llegase el domingo para ir de excursión con el Ateneo. Allí cantaban, jugaban, leían algún texto y lo debatían, inventaban historias, en definitiva, se divertían y aprendían en aquel ambiente anarquista familiar. «Todo el Ateneo iba de excursión. [...] Todos los domingos iban familias enteras, nos juntábamos muchos en esas playas. Y era muy bonito. Nos juntábamos pero muchos, los abuelos, los tíos, los niños. Era muy bello. Y también hacían grupos que discutían siempre lo mismo, sobre las ideas. [...] Fue una época muy bella y la gente muy sana. Yo tengo unos recuerdos tan bonitos de eso. [...] Aquellos muchachos eran de verdad magníficos, tan altruistas, tan sinceros, tan anarquistas. Y eran muchos. De todas las barriadas nos juntábamos».

15. «Las instituciones culturales y educativas de nuestro movimiento. El Ateneo Libertario del Clot», *Solidaridad Obrera*, 13 de noviembre de 1931 (Navarro, 2002: 363-368).

La sección de cultura también era muy activa. Habían formado una amplia biblioteca de más de 800 volúmenes que podían ser consultados en la sala o llevárselos a casa con préstamo bibliotecario. Organizaban semanalmente ciclos de conferencias que se impartían en el mismo Ateneo y cuando había muchos asistentes, se realizaban en el cine Recreo que se encontraba cerca del local. Los vecinos seguían estas charlas con mucho interés en donde, a menudo, participaban los más destacados militantes anarcosindicalistas. El grupo también organizaba un curso de gramática para gente joven y las clases se impartían tres veces por semana.

A Concha Liaño le gustaba asistir a las conferencias que se realizaban en el Ateneo, pese a que estas acabaran un poco tarde. Su madre no estaba de acuerdo con los horarios de su hija y a menudo la reñía por considerar que esos horarios no eran adecuados para una joven de dieciséis años, y de manera imprevista, por intermediación de su padre, Concha consiguió algo que le parecía imposible: la libertad de asistir a las conferencias y volver a casa cuando estas terminaran. Un día que hubo una conferencia de Federica Montseny encontró a su padre entre el público; una vez finalizada la conferencia, su padre y ella fueron camino a casa donde la esperaba su madre, preocupada, en la puerta. Eran las once de la noche y cuando la madre protestó por los constantes horarios nocturnos de la hija, el padre intercedió diciendo que la dejase llegar a la hora que quisiera: «Déjale toda la libertad que quiera, [...] que es más inteligente que tú y que yo». Gracias a esta ayuda inesperada pudo conseguir tener la llave de su casa, cosa que era totalmente insólito en una joven de dieciséis años en los años treinta.

La sección de arte organizaba veladas teatrales y ponía en escena las obras que se habían estado trabajando. El grupo estaba compuesto por unas veinte personas, la mayoría mujeres jóvenes, que eran dirigidas por Adrián Jiménez. En el repertorio había obras de Jacinto Benavente (*Los malhechores del bien*), Pedro Gori (*El primero de mayo*), y obras de Ibsen y Mirbeau de contenido social y emancipador. Las secciones encargadas de los cuadros escénicos de los Ateneos Libertarios eran muy animadas. En el Ateneo de Sabadell destacaba la militante cenetista Balbina Pi del ramo textil de esta ciudad. Una de sus pasiones era actuar en el Ateneo Libertario, en la Cooperativa y en el Centro Republicano Federal de Sabadell,

donde había compartido escenario con actores profesionales; actuó de forma regular durante la República. No era fácil compaginar el teatro, las tareas domésticas, el trabajo en la fábrica y la actividad sindical; sin embargo, cuando existía mucho interés se sacaban horas del dormir. A veces, las hijas también participaban en las obras haciendo diversas piezas como *María Rosa*, *Terra Baixa*, *La llar apagada*, *El liri d'aigua*, *La fosca*, o *Gente bien*, la obra satírica de Santiago Rusiñol (Fàbregas, 1979; Rebull, 1999: 55). La hija, Teresa Rebull, recuerda como se divertían en estas obras en las que, a menudo, se veían obligadas a improvisar.

En el Ateneo del Clot, había también una sección femenina que agrupaba específicamente a las afiliadas que llegaron a ser más de cincuenta. En esta sección femenina se hablaba de las relaciones entre los sexos y de cómo luchar por la hermandad de la humanidad. También había un espacio destinado para el desarrollo de la cultura física, existiendo los partidarios de la gimnasia sueca y de otros ejercicios de educación física; para aquellos que querían practicar ejercicio, tenían duchas y también disponían de una terraza muy amplia adornada con plantas donde podían realizar los ejercicios al aire libre.

El Ateneo se mantenía gracias a las cuotas mensuales de sus miembros, los cuales podían escoger pagar una o dos pesetas según sus posibilidades, independientemente de esto, todos tenían los mismos derechos; quedaban exonerados de hacerlo, quienes por motivos de fuerza mayor no pudiesen hacerlo. El local era amplio, limpio y con mucha luz, siguiendo los premisas higienistas y naturistas de sus precursores. Diego Camacho, *Abel Paz*, vivía con su abuela y con su tío Diego en el barrio del Clot desde 1932; su tío era socio del Ateneo y por este motivo iba con él a cualquiera de las actividades interesantes que se hacían los fines de semana. Tenía entonces 11 años y mientras los mayores seguían las conferencias, los pequeños jugaban en su grande terraza. «Conocí nuevos amigos, cuya amistad perduró casi toda la vida, puesto que más tarde todos militamos en las Juventudes Libertarias, en la FAI o en la CNT. El Clot era entonces una barriada cien por cien libertaria. En el Clot vivían personajes como Durruti, Francisco Ascaso, Pedro Mateu, etc. A todos ellos tuve la ocasión de conocerlos allí, en el Ateneo. Nadie se encandilaba viéndoles o tratándoles. El culto a la personalidad no era el punto débil de los anarquistas» (Paz, 1994: 88-90).

CONCHA LIAÑO, «Para mí [fue] una bendición llegar al Ateneo. Había un espíritu de fraternidad, de solidaridad entre nosotros ¡tan bello!».

Concha Liaño llegó al Ateneo Libertario del Clot siendo aún una adolescente gracias a la invitación de su vecino Palmiro Aranda; allí encontró la identidad que tanto buscaba.

«Cuando yo llegué al ateneo vi que pensaban exactamente igual que yo, sobre la religión, sobre la familia, sobre el estado actual. Y eso fue para mí una bendición llegar allá». ¹⁶ Descubrió el anarquismo y se vinculó a las Juventudes Libertarias, ideología de la que no se separó nunca. Encontró con las jóvenes y los jóvenes libertarios del Ateneo un mundo, donde por primera vez en su vida, se sintió acogida y reconocida y a su vez, un lugar donde poder participar de manera entusiasta en las diversas actividades. Aquí Concha se enteró, por casualidad, que su padre Ricardo Liaño, *Hermes*, colaboraba en *Solidaridad Obrera* de Barcelona. Un día al salir del trabajo y al llegar al Ateneo, todo el mundo le comenzó a hablar sobre el artículo que su padre había escrito en el hablaba de lo orgulloso que estaba de su hija y de los ideales anarquistas que ella tenía: «¡Compañeros lectores! —decía el padre en el artículo— ¡Estoy orgulloso de mi hija! Los hijos son un pedazo de los sentimientos de los padres. Son más cultos y humanos que estos. Son flores del jardín de la vida que se abren treinta años después, que nosotros lo hicimos [...]. Tengo una hija aprendiz del Ideal, y estoy orgulloso de que un pedazo de mi ser pueda llegar a ser un granito en la cúspide del triunfo de la Fraternidad Universal». ¹⁷ El artículo generó reacciones entre los compañeros del Ateneo, tal y como lo explica Concha: «De pronto noté un cambio de actitud, y es que me dijeron que mi papá escribía en la *Soli*, y yo no lo sabía. Y que había escrito un artículo sobre mí, de su hija la anarquista».

En el Ateneo se podía encontrar gente de diferentes procedencias, los jóvenes sin ninguna diferenciación de sexo, compartían aficiones y debatían sobre la situación política del momento. Fue allí

16. Entrevista Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

17. *Hermes* (1932), «Aguafuertes. Flor de Libertad», *Solidaridad Obrera*, n.º 520, 24 de septiembre.

donde conoció a Soledad Estorach (Albatàrrec (Lleida), 1915-París, 1993), una activa militante de las Juventudes Libertarias (JJLL), con quien compartía las mismas inquietudes sobre el tema de la subordinación femenina y las maneras de superarla. Más tarde ambas fundaron la agrupación Mujeres Libres de Cataluña formando parte de los Comités regionales y locales desde donde realizaron una gran labor organizativa y de propaganda. El Ateneo fue también el lugar donde Concha conoció, a quien por un tiempo fue su compañero, Alfredo Martínez, seis años mayor a ella y dirigente de las JJLL. Él formaba parte del grupo «Cultura rebelde» (Martínez de Sas, 2001: 847).

«Nos reuníamos, comentábamos, tratábamos de leer, nos ilustrábamos, cuando nos juntábamos. Pero allí, en el Ateneo del Clot, estaban toda la gente perteneciente a la FAI, a la CNT, a las Juventudes Libertarias, todos nos reuníamos allí. Todos nos reuníamos luego en verano, en Masnou, ¡todos! Éramos una gran familia, y eso es lo que a mí me gustaba porque yo no tenía familia. Y había un espíritu de fraternidad, de solidaridad entre nosotros ¡tan bello! Éramos anarquistas de verdad. Era muy bello. Ese deseo de ayudarnos, ese amor que sentíamos por los demás, esos deseos de superarnos. Todos estábamos cortados por el mismo patrón. Los muchachos, no sé si volverá a haber una generación como esa tan bella de muchachos».

Dos escuelas: Natura y Eliseu Reclús

La mayoría de los Ateneos Libertarios funcionaban de manera similar al del Ateneo del Clot. Normalmente, tenían espacio para biblioteca y para sala de lectura. También, crearon escuelas racionalistas para los hijos de los socios y de los militantes de la CNT, las cuales podían estar ubicadas en el mismo local o en un local más grande y más adecuado del barrio. El grupo *Sol y Vida*, impulsor del Ateneo del Clot, creó en el barrio la Escuela Natura conocida popularmente como «La Farigola» y que tenía sus instalaciones al lado del Sindicato Textil y Fabril de la CNT, en la calle Municipio número 12 de Barcelona. La escuela estaba en el primer piso y el sindicato en los bajos del edificio. Funcionaba desde el año 1924, bajo la Dictadura de Primo de Rivera, y estuvo dirigida por diversos maestros racionalistas, entre ellos Josep Alberola (Solà, 1980: 190-205). En los años treinta, estuvo a cargo del pedagogo y maestro Joan Puig

Elies que años más tarde, durante la guerra, fue el presidente del CENU (Consejo de la Nueva Escuela Unificada) que se encargaba de la organización de la enseñanza en Cataluña. La escuela seguía los principios de la Escuela Moderna de Francesc Ferrer i Guàrdia, los cuales eran: laicismo, racionalismo y libre pensamiento que chocaban frontalmente con los de las escuelas religiosas que eran dominantes en el Estado español en las primeras décadas del siglo XX. Esta escuela se convirtió en uno de los centros educativos más prestigiosos del mundo libertario y muchos de los más destacados militantes anarquistas llevaban a sus hijos a esta escuela; como por ejemplo los hijos de Lola Iturbe y Juanel Molina, el hijo de Ricardo Sanz, la hija de los Ocaña, los hijos de Antonio Sarrau, el hijo de Manuel Sirvent y también Diego Camacho, llamado después *Abel Paz* (Paz, 1994: 91).

AURORA MOLINA, «La Escuela Natura estaba muy bien y el ambiente mejor».

Aurora Molina tenía diez años cuando en 1930 comenzó a ir a la Escuela Natura, asistió a sus clases hasta el final de la Guerra Civil. Recuerda que además de J. Puig Elies que era coordinador, habían otros maestros; la mayoría eran jóvenes estudiantes que hacían prácticas o que estaban acabando la carrera de magisterio. Por algún período, el también conocido pedagogo leridano Josep Torres Tribó, formó parte del equipo de la escuela. También estaba la profesora Roca, compañera de Puig, que se encargaba de los más pequeños y que hacía clases de música y canto. «Había una gran habitación, luego había un patio pequeño, y luego al otro lado [...] estaba la maestra con los pequeños y arriba había una terraza que también tenía sitio para la escuela. Claro, a mí, el ambiente, me agradó enseguida. Estábamos en unas sillas así en cuatro. Había un esqueleto y había cosas de física, aparatos».¹⁸

Se utilizaba el material didáctico elaborado por la Escuela Moderna de Ferrer i Guàrdia como las *Lecturas Instructivas* de Cels Gomis. También se hacían muchas actividades para potenciar una enseñanza donde el estudiante tuviese mucha iniciativa. «[Puig Elías]

18. Entrevista a Aurora Molina, Gijón, junio de 2007.

tenía la escuela muy organizada, nos daba para que escribiéramos de nuestra cosecha un tema, cualquiera, sobre lo que fuera, sobre cuestiones sociales o sobre lo que fuera. Y, el lunes, pues, lo leíamos todos y cada uno teníamos que dar una explicación de lo que se había leído. Para saber si se había comprendido bien. Y [...] cada uno explicaba, entonces, [...] nos preguntaba cosas, aquel artículo, en fin, que lo tenía muy bien [...] El ambiente de la escuela era muy bueno, y muy alto y muy superior. Mira, Puig Elías cuando había que presentarse para los bachilleratos, porque habían muchos que estaban estudiando —unos eran ya profesores, pero otros estaban estudiando—; y cuando llegaban los exámenes les decía: ‘Vosotros tenéis que estudiar mucho más que lo que nos van a preguntar este año porque a nosotros nos tienen ya clasificados’. Como no era una escuela oficial porque allí iban los escolapios, iban todos, empezaban los nombres: Antonio, Francisco, Pascual... y llegábamos nosotros: Llibert, Amador, Libertad... Y ya sabían de qué trataba y les apretaban más ¿comprendes? Así que, la Escuela Natura preparaba con antelación muchas cosas que no estaban en el programa por si acaso».

Los alumnos de las escuelas racionalistas se distinguían de los alumnos de las escuelas religiosas, no únicamente por los nombres de los estudiantes, sino también por una rivalidad que tenían y que quedaba patente cuando se encontraban en la calle para jugar, tal y como lo recuerda uno de los alumnos de la Escuela Natura, Diego Camacho: «Entre ellos y nosotros había siempre una rivalidad. A nosotros nos llamaban ‘los de La Farigola’ [...]. Hablar de ‘La Farigola’ quería decir algo así como chicos malditos, no bautizados ni comulgados; anarquistas, en una palabra. Pero esa rivalidad no llegaba al punto de marginarnos, en realidad eso no sucedía porque éramos la mayoría o, por lo menos, los que más gritábamos» (Paz, 1994: 96).

La escuela publicaba la revista infantil *Floreal* con la participación de los estudiantes que escribían artículos y donde era un asiduo colaborador el dibujante aragonés Ramón Acín. También se hacía cine, música, teatro, salidas al campo, entre otras actividades. «Luego teníamos un periódico, Floreal se llamaba, era como un tebeo. Y ahí, pues, cada uno escribía lo que parecía o el que sabía dibujar o pensamientos. Lo dirigía sobre todo Call que era un gran dibujante

y maestro y salía el periódico cada unos días.¹⁹ Luego teníamos una pantalla de cine, que bueno, pues, ahí cada uno ponía lo que quería en aquella pantalla. Y muchas veces nos reíamos, ¿no?, pero, en fin, estaba muy bien. Luego venía una vez por semana una pianista a tocarnos, mas lo que podíamos aprender eran notas y alguna cosa de teatro así de canto de niños. Estaba muy bien, y el ambiente mejor. Y lo que pasa es que muchas veces como éramos hijos de compañeros, pues, Puig Elías decía: ‘Pues, bueno, tenemos la mala noticia que el padre de fulano se lo han llevado preso’. Y, entonces: ¿y, por qué? Se explicaba el porqué había estado preso. Una vez vino la policía a registrar el sindicato y subieron a la escuela».

El contacto con la naturaleza era muy importante para las escuelas racionalistas y por esto se hacían salidas al campo donde se aprendían *in situ* las ciencias naturales: «Hacíamos excursiones donde se paraba la gente, porque a veces las hacíamos en conjunto con dos o tres escuelas nuestras. Había la escuela donde estaba [José] Berruezo²⁰ de maestro y otras, nos juntábamos dos o tres e íbamos de excursión cantando canciones: «El Primero de Mayo» con letra nuestra, claro y, bueno El Primero de Mayo, Pernambuco; El noveno mayo te espero. Íbamos al campo [...] cogíamos hierbas y nos explicaba el maestro qué hierbas eran; veníamos con unos ramos de flores de campo y cantando pa’ casa, encantaos. Una escuela ideal. Y, muchas cosas que se han hecho son nuestras. Porque todo eso que dicen de la novedad, de la vanguardia. No, todo eso lo hemos hecho nosotros».

El potente Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, con una comisión de tres personas, se interesaba por el funcionamiento de la Escuela Natura y por sus necesidades didácticas y económicas.²¹ Las compras del material escolar se hacían de acuerdo a las pautas de Puig Elies y se utilizaba la cantidad de dinero que el sindicato

19. Se refiere a Joan Call, maestro racionalista y dibujante, colaboró como ilustrador en la prensa libertaria del exilio (Iníiguez, 2001: 111).

20. José Berruezo Silvente (Mazarrón, 1895-Aix -en Provançe, 1990) maestro de la escuela de la Casa del Pueblo de Santa Coloma de Gramanet y de la escuela del Ateneo de Cultura Social de Sant Adrià del Besos (Berruezo, 1987: 61-65).

21. La comisión sindical estaba formada en los años treinta por Rillo, Costa y Talón (Paz, 1994: 96).

destinaba para esa finalidad. También los alumnos contribuían con los gastos dando una cuota mensual de 5 pesetas, cantidad muy reducida si la comparamos con las cuotas de otras escuelas (Solà, 1978a: 103). La Escuela tenían un pequeño museo de arqueología y minerología con piezas que se compraban o se recogían. Los mineros de Sallent llevaban piezas de las minas a la vez que les contaban a los alumnos sobre su trabajo; lo mismo hacían los campesinos, en donde estos les explicaban sobre la época de cultivos y el cambio de las estaciones. También acudían otros especialistas para ilustrarlos, como el geólogo reclusiano Alberto Carsí Lacasa, especialista del subsuelo del Pla de Barcelona o, el astrónomo Josep Comàs i Solà del Observatorio Fabra.

El prestigio de Joan Puig Elies que era considerado como el auténtico continuador de los principios de Ferrer i Guàrdia, hizo que la Escuela Natura fuese una de las escuelas racionalistas de los años treinta que más influencia tuvo. Desde los años veinte, también hubo importantes maestros racionalistas en Cataluña, Valencia, Andalucía, Asturias y Galicia; citamos como ejemplo al maestro catalán Joan Roigé, que estuvo al frente de la Escuela Llum ligada al Ateneo Racionalista de Sants. Con la Segunda República se multiplicaron el número de escuelas racionalistas también fuera de Cataluña. Según Pere Solà, solamente en Barcelona se podían contabilizar una cuarentena de instituciones pedagógicas racionalistas en la década de los años treinta (Solà, 1978a: 208-214). La proliferación de las escuelas racionalistas provocó una insuficiente atención de la CNT, obligando a estas a hacer equilibrios económicos para poder subsistir. Desde *Solidaridad Obrera* se recomendaba que los diversos ateneos se pusieran de acuerdo entre ellos para sostener una sola escuela racionalista mejor equipada y de mejor calidad en todos los sentidos.²² Se recomendaba, por tanto, menos escuelas en cantidad y más en calidad y estabilidad en las que ya existían. La coordinación entre las mismas escuelas fue una petición constante desde los diversos órganos de expresión, como por ejemplo el grupo y la revista *Nueva Humanidad*. Este grupo impulsó una Federación de Centros de Cultura Racionalista desde el año 1933, que no se

22. *Solidaridad Obrera*, 30 de agosto de 1933 (Solà, 1978a: 128).

llevó a cabo hasta después del alzamiento militar cuando comenzó a funcionar la Federación Regional de Escuelas Racionalistas de Cataluña.

Otro ejemplo de escuela racionalista durante los años de la República fue la Escuela Eliseu Reclús de Barcelona, impulsada por los cuatro hermanos Carrasquer, Félix Francisco, Josep y Presentación, *Presen*, que estaba en la calle Vallespir número 184 y que contrariamente a la Escuela Natura, no tuvo ningún apoyo del sindicato confederal.

Félix era el hermano mayor y un importante pedagogo y activista anarquista que participó a caballo entre Barcelona y Aragón. La primera experiencia pedagógica la hizo en su pueblo, Albalate de Cinca, donde organizó una escuela nocturna utilizando los métodos pedagógicos de F. Ferrer y también creó una agrupación cultural dedicada a la lectura, el teatro y las conferencias. Huyó de Aragón en 1933 con motivo de la represión gubernamental ligada a la insurrección comunista libertaria de diciembre de ese mismo año, instalándose en Cataluña con sus hermanos, primero en Lleida y después en Barcelona. Fue en 1935 cuando fundó la Escuela Reclús gracias a la ayuda del Ateneo de Les Corts, de los padres interesados y de otras personas afines que quisieron brindar su apoyo, como Conxa Pérez. Para poder llevar a cabo el proyecto, formaron una cooperativa que gestionaba sus gastos; fue la primera escuela laica que se autogestionaba de todo el Estado español. La escuela quería poner en práctica nuevos métodos pedagógicos, como los métodos de O. Decroly. Con el estallido de la Guerra Civil la escuela racionalista Eliseu Reclús cambió su ubicación, instalándose en la calle Cerdeña y abrió sus puertas en 1936. Algunos de los hermanos Carrasquer se comprometieron con otras actividades ligadas a la guerra y a la revolución, ampliando su vida pedagógica y abriéndose a otras experiencias, como la Escuela de Militantes de Aragón (Félix), yendo (Francisco) al frente de guerra con la Columna Durruti y (Josep) en la 25 División donde murió (Martínez de Sas, 2000: 336; Iñiguez, 2001: 129-130).

CONXA PÉREZ, «[En el año 1935] veía mas factible y atractivo crear una escuela racionalista que hacer la revolución».

Conxa Pérez participó entusiasmada en la creación de la escuela de los hermanos Carrasquer, porque creía importante impulsar los

métodos pedagógicos de vanguardia que ellos querían implementar en el barrio y también le gustaba la idea de formar parte de la comisión organizadora. Para llevar a cabo la creación de la escuela, buscó apoyos e incluso fue a hablar con el conocido militante J. García Oliver, que lejos de implicarse en la idea trató de disuadirlos, diciéndoles que no era el momento para crear escuelas sino prepararse para la inminente revolución. Conxa conocía a García Oliver gracias a su participación en los intentos revolucionarios acaecidos en Barcelona en enero y diciembre de 1933, los cuales fracasaron y Conxa fue detenida estando varios meses en prisión. A su salida, valoraba negativamente los intentos revolucionarios de la CNT y de la FAI por haber estado escasamente preparados. «Vaig tenir la sort de conèixer els germans Carrasquer. [...] I, un dels germans que és cec [Félix], tenia en el cap de formar una escola. I a mi això en va atreure, [...] més que fer la revolució, això ho veia més factible. I, llavors a mi se'm va ocórrer parlar amb els companys de les Corts, tota aquesta colla, de la colònia i que potser els hi agradaria aquesta idea. Vam anar a trobar-los, els vam veure i va anar estupendo, els hi va caure molt bé, que allà feia molta falta en aquesta barriada, molt bé. Llavontes ja vam quedar, vam formar una comissió i vam trobar un local al carrer Vallespir».

Todos los miembros de la comisión trabajaron para acondicionar el local de la Escuela y así abrirla lo antes posible. También colaboraron en las actividades de manera entusiasta, los padres de los niños y niñas. «Era un local destartat, [...] es van tirar tabics, però ens vam posar a treballar tots els pares dels nanos que hi pensaven anar amb una afició i unes ganes, algo de por, no era com treballar al sol, treballar allà per res, eh? Al sortir del treball o les hores que tenia, es va arreglar, es va pintar i van començar les classes. Va anar molt bé, l'escola va funcionar estupendament bé».

Una de las bases del método pedagógico era, como en la Escuela Natura, las salidas al campo para hacer clases fuera del aula. También se quería hacer partícipes a los alumnos y alumnas de la gestión de la escuela, creando una cooperativa entre ellos y enseñándoles a gestionar el presupuesto destinado para gastos en material escolar. «Tots els dies que podien sortien al camp, feien l'escola a fora. Els mateixos nens havien fet com una cooperativa, i ells es controlaven els cèntims que els hi donàvem pels gastos del material d'escola,

petites coses, per comprar, partides de llapis, algunes llibretes se les feien ells allà, els hi van ensenyar com les tenien que fer. Els nanos hi anaven encantats de la vida. Tothom deia que no havia anat mai a cap escola com aquella, els pares encantats. I es pagava [...] lo que es podia. El pare que tenia tres o quatre fills i no podia, doncs pagava la meitat, si eren cinc pessetes i en tenia que pagar vint, en pagaven deu»[...] Mira, a casa meua que eren tres, pagaven com per dos perquè no érem una família que poguéssim molt. I el que podia més pagava tot. El cas és que els mestres, que eren quatre, molts mesos se'n anaven amb el jornal d'un. Lo que cobrava un mestre s'ho tenien que partir pels quatre, i encantats, eh, encantats».

Acción e ideología: la FAI y las Juventudes Libertarias

Otra forma de sociabilidad y de organización anarquista, era el grupo de afinidad creado a partir de la vinculación personal o ideológica de los participantes. Normalmente, era un grupo pequeño, entre doce y quince personas, que se caracterizaban por un mayor compromiso e identificación con los ideales anarquistas que el de los miembros del Sindicato confederal. No eran los temas laborales, ni los profesionales los que unían al grupo, sino los ideológicos. Estos grupos podían formarse a través de la amistad, el vecindario, la escuela o la familia con el objetivo de llevar a cabo alguna actividad concreta, como la organización de un ateneo, la creación de una escuela racionalista o la edición de un periódico. También se podían reunir para preparar alguna acción concreta como por ejemplo, una protesta o un atentado. Cuando querían organizar un grupo, lo único que tenían que hacer era reunirse las personas que deseaban formar parte de él y de común acuerdo buscaban un nombre y solicitaban la entrada a la FAI.

Hay que aclarar que el grupo de afinidad no era por definición necesariamente violento; en realidad, había dos formas de entender la acción. Por un lado, los partidarios de promover una actividad cultural y propagandista desde múltiples facetas; es decir: la difusión del esperanto, del naturismo, del laicismo, del pacifismo, del feminismo, del vegetarianismo y del neomaltusianismo, entre otros. Estos grupos eran pacifistas y establecían relaciones solidarias y de fraternidad con los otros. Un ejemplo de esto era el grupo «Sol y

Vida» del barrio del Clot de Barcelona que se formó para difundir y poner en práctica el naturismo y el excursionismo. Organizó diversas actividades para acercar sus principios a la gente, por eso creó el Ateneo Naturista Ecléctico a finales de los años veinte y en los años treinta el Ateneo Libertario. Además, impulsaron las revistas naturalistas *Ética e Iniciales* (Díez, 2001; Navarro, 2002). El grupo estuvo presente en la reunión fundadora de la FAI en Valencia en 1927 y presentó un informe que fue aprobado por los asistentes, a los cuales propusieron que se incentivara «la propaganda e intercomunicación de los pueblos por medio de excursiones campestres» (Gómez Casas, 1977: 119).

Por otro lado, estaban los grupos de afinidad con objetivos más sociales y revolucionarios. Estos aceptaban la acción violenta de una minoría para conseguir mejoras inmediatas y para cambiar la sociedad capitalista, llegando así, a la futura sociedad revolucionaria. Este fue el caso del grupo «Los Solidarios», que tuvo un imperante papel durante la República, como impulsor de la táctica de la gimnasia revolucionaria que iba dirigida a preparar a los trabajadores para la llegada de la revolución, así como también, desgastar a las instituciones republicanas. Entre sus miembros estaban los conocidos militantes anarquistas Joan García Oliver, B. Durruti, F. Ascaso, entre otros (Tavera, 1993).

La duración de los grupos era variable, ya que las relaciones eran informales y por tanto podían decidir en un momento dado si constituían un nuevo grupo o si se replanteaban su continuidad ante cualquier circunstancia. Los momentos de represión gubernamental, que terminaban con la detención de la mayoría de los miembros de los grupos, traían consigo la desaparición de este. Los grupos tenían un carácter autónomo, ya fuese del Sindicato confederal como de otras agrupaciones. Sin embargo, a partir de la fundación de la FAI en 1927 existió una mayor coordinación entre los distintos núcleos. Dentro de estos, como era el caso del grupo «Verdad» de Josep Peirats, podían existir los partidarios del anarcosindicalismo y ser, simultáneamente, militantes de la CNT; los más culturalistas que lo hacían en el Ateneo y en las escuelas racionalistas y los individualistas, que no militaban ni en la CNT, ni en otros organismos culturales. Para pertenecer a un grupo no hacía falta ni homogeneidad en relación a su posicionamiento político, ni un acuerdo absoluto con las

distintas acciones que se llevaban a cabo (Peirats, 2009; Marín, 1995: 399 y ss.). Los grupos estaban formados también por mujeres, que por lo general eran las hermanas y compañeras de los miembros del grupo; también era bastante normal la presencia de otros familiares, como hermanos y primos.

Muchas veces las iniciativas culturales y de propaganda partían de los miembros más jóvenes de los grupos, ya fuesen en los Sindicatos confederales o en los Ateneos. Este hecho hizo que existiese una cierta «especialización» de las tareas. El trabajo de las JJLL se reducían al ámbito cultural y de propaganda a diferencia de los mayores que se especializaban en tareas organizativas sindicales y en la lucha económica y revolucionaria (Peirats, 1976: 277; Tiana, 1987). Esta situación fue el origen de la creación de la Juventudes Libertarias (JJLL), formalmente constituidas en 1932 en Madrid, cuando celebraron su primer congreso nacional con el objetivo de crear una organización peninsular. Las JJLL de Cataluña demostró siempre su discrepancia con esta idea, ya que nunca las consideraron como una organización autónoma, sino como filial de los sindicatos y de las federaciones anarquistas; estas ideas eran compartidas por muchos militantes de la FAI.

La creación de grupos anarquistas fue importante en los primeros años de la República bajando su influencia en los años posteriores y también por la persecución sistemática y la represión que sufrieron a partir del año 1933 en todo el Estado. En el Pleno Nacional de Regionales de la FAI reunidos a finales de enero de 1936 en Madrid había una representación de 225 grupos anarquistas catalanes, de los cuales 27 pertenecían a la ciudad de Barcelona (Gómez Casas, 1977: 190). Uno de los puntos importantes a debatir eran las relaciones que se daban entre las Juventudes Liberarias y la FAI. El Comité peninsular de las JJLL informó en esta reunión de las tensiones que existían entre los grupos de las dos organizaciones, lo que se debía evitar para no desmoralizar a los jóvenes. Estos demandaron una mayor coordinación entre la FAI y las JJLL desde los niveles locales pasando por los comarcales y regionales, siempre respetando la autonomía entre ambas organizaciones; se aplazó una decisión concreta con la intención de recoger información de todas las regionales sobre cuál debería ser su relación.

Algunas de nuestras protagonistas supieron de la existencia de los grupos anarquistas a través de los Ateneos Libertarios o a través

del sindicato cenetista, comenzando a militar en las Juventudes Libertarias, desde la República. Este es el caso de Concha Liaño y Conxa Pérez. Otras lo hicieron posteriormente con la Guerra Civil como Joaquina Dorado y Antònia Fontanillas y otras con el primer Franquismo, como Pura López.

CONCHA LIAÑO, «Lo más sobresaliente de las Juventudes Libertarias era el deseo de cultura».

Concha Liaño se afilió a las Juventudes Libertarias durante la República. Gracias al Ateneo Libertario conoció al grupo «Sol y Vida». Concha, al igual que otros jóvenes, se integró a este grupo anarquista. Nunca estuvo sindicada en la CNT. El grupo participaba activamente en todos los actos que desde el Ateneo se organizaban. Para nuestra protagonista, lo que perseguía esta organización era: «Un instinto de superación, un deseo de que hubiera justicia social. Pero sobre todo un instinto de superación. Un sentimiento muy grande de solidaridad con el resto de los mortales. Muchos deseos de hacer algo para que la situación que se vivía, de tanta desigualdad social, de tanta injusticia social, mejorara. El estar dispuestos a dar la vida para que esto se realizara. Eso eran las Juventudes Libertarias. Todos eran seres muy puros. Ya no hay muchachos como ellos».

Las ideas anarquistas modificaban a menudo la forma de relacionarse con los otros y la manera de ver y entender la vida. No era fácil adaptar la vida a las ideas de solidaridad y ponerlas en práctica en todos los ámbitos de la vida cotidiana independientemente del sexo.

«Sea hombre o sea mujer el pensamiento es ese. Un sentido de la ética y adaptar tu vida a esa ética. Evolucionar moral y espiritualmente, cultivarte, ser solidario. Para mí esa es la base del pensamiento anarquista. Luego vienen las demás: moral, un hacer de la solidaridad humana, un sentimiento esencial. Eso es para mí el anarquismo, por eso yo he ceñido mi vida a esa manera de pensar. Y yo he actuado siempre en ese sentido. Tener conciencia de la dignidad del ser humano. Respetarse uno mismo, y por ese respeto que se tiene uno mismo, no cometer actos que vayan contra la moral. Yo así defino el anarquismo, y así lo comprendí, y mis compañeros lo comprendían así.»²³

23. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

Dentro del Ateneo Libertario del Clot habían muchos militantes que pertenecían a otros grupos anarquistas, como por ejemplo Alfredo Martínez, el primer compañero sentimental de Concha Liaño, que fundó el grupo *Cultura Rebelde* en 1932. Ella formaba parte del Comité Regional de las JJLL de Cataluña. El Ateneo como punto de encuentro, era un crisol de las ideas y cultura anarquista que iba calando en las conferencias y debates que se realizaban semanalmente. «Me acuerdo de un libro *Temas subversivos*,²⁴ alguien leía una frase, se comentaba. Yo me lo llevé a mi casa también para leerlo. No entendía nada, porque yo tenía quince años. Se discutía de todo, allí se discutía de todos los temas. Alfredo Martínez estaba muy preparado. Ese era uno de nuestros ejemplos a seguir».

En el Ateneo se leían y comentaban autores que tenían preocupación e inquietudes por las cuestiones sociales, no se leían la *Novela Ideal* ni otros libros de literatura, esto lo hacían por su cuenta: «Leíamos de Jean-Jacques Rousseau, [...] de Malatesta, de Bakunin, de Tolstoi también, de Gorki, ¡hace tanto tiempo!, de Panait Istrati, que ahora no se nombra ni se sabe quién es, de [José M^a] Vargas Vila... Había mucha efervescencia por saber, por ilustrarnos. Eso era lo más sobresaliente de las Juventudes Libertarias, ese deseo de cultura. Y siempre había uno que sabía más que los demás. Los Iglesias, el padre y los hijos, nosotros hacíamos coro alrededor de él y nos hablaba».²⁵

Otros grupos de las Juventudes Libertarias salieron de los jóvenes que frecuentaban el Ateneo del Clot, como es el caso de Diego Camacho, que con quince años de edad formó un grupo llamado «Los Quijotes del Ideal». «Diego Camacho, [...] Llibert Sarrau y Federico Arcos tenían quince años, ellos eran un reflejo de lo que

24. Se refiere al libro de Sebastien Faure (s.a.), *Temas subversivos: doce conferencias pronunciadas desde el mes de noviembre de 1920 hasta febrero 1921 en París*, Vértice, Barcelona.

25. Se refiere a Jesús Iglesias y a su hijo, Abelardo Iglesias Saavedra, este último periodista y redactor en jefe de *Solidaridad Obrera* durante la Guerra Civil cuando fue director Jacinto Torroja (noviembre de 1936-mayo de 1938) (Tavera, 1992: 97). En 1934 perteneció al grupo anarquista «A» contrario de «Los Solidarios», se opuso a la colaboración anarquista durante la guerra (Martínez de Sas, 2000: 731; Iñiguez, 2001: 306).

eran la Juventudes Libertarias, porque formaron un trío y se titularon *los Quijotes del Ideal* con quince años. ¿Te das cuenta lo bello que era? Y escribían sus panfletos, [...] diciendo lo que pensaban, y a veces criticaban a nuestros dirigentes, entre comillas, llamándoles la atención. [...] Era una cosa muy linda y yo estoy muy contenta de haber vivido eso».

Mientras que Concha Liaño por su interés en el tema de la cultura y la propaganda, formó parte de un grupo anarquista dirigido a la superación personal y al sentido de la ética, Conxa Pérez formó parte de un grupo anarquista de acción implicado con los acontecimientos sociales y revolucionarios que sucedieron durante la República. Con su grupo de amigos decidieron sumarse al grupo «Sacco e Vanzetti» que formaba parte de la FAI.

CONXA PÉREZ, «La mayoría de amigos queríamos ser del mismo grupo porque nos conocíamos».

«Ens van proposar [...] que estaven formant uns grups de la FAI, i resulta que la majoria d'amics volíem ser del mateix grup perquè ens coneixíem. I vam arribar a un que es deia 'Sacco e Vanzetti', i vam arribar a ser, trenta, a la vora quaranta i vam dir, això no pot ser, [...] aquests grups aniria millor que fóssim més petits, per la forma de trobar-se, de parlar i d'entendre's, i *allavontes* vam dividir el grup en tres, en vam fer tres. I jo vaig pertànyer a un altre que es deia 'Siempre Adelante'».

Conxa Pérez pertenecía al Sindicato confederal y también a la FAI, por lo que tenía una doble militancia. Pese a que existían diferencias entre las dos organizaciones, a veces actuaban conjuntamente. La FAI agrupaba los grupos de afinidad, mientras que la CNT como Sindicato perseguía la defensa de los obreros. En la CNT había gente que no era anarquista y siendo algunos de los miembros sindicalistas o comunistas. Los grupos de la FAI estaban formados exclusivamente por anarquistas. Muchas veces, los grupos anarquistas actuaban de forma más autónoma y espontánea. Durante los intentos revolucionarios del 8 de enero de 1933 recibieron órdenes de los Comités de defensa de Cataluña, coordinados por J. García Oliver, de poner en marcha la acción insurreccional, dentro de la táctica, llamada por él de la «gimnasia revolucionaria». El ejército y las fuerzas de la policía enterados de lo que se preparaba ocuparon posiciones estratégicas en

las ciudades donde se preveían estas acciones. El movimiento fracasó en Cataluña; en Barcelona hubo choques entre los Cuadros de la defensa de algunos barrios y la policía. Una huelga general afectó al País valenciano, proclamándose el comunismo libertario en varios pueblos. También en Andalucía tuvo importancia y repercusión y en la provincia de Cádiz sucedieron los conocidos acontecimientos de Casas Viejas. La FAI reivindicó la responsabilidad de los hechos. La CNT estaba al margen y los dirigentes trentistas condenaron duramente al movimiento (Vega, 1980: 196-197). Conxa Pérez participó con su grupo de la FAI en el movimiento revolucionario en Barcelona. El 8 de enero tenían que asaltar el Cuartel de San Agustín en el centro de la ciudad.

«Els grups [de la FAI] eren grups ja més d'acció, la primera cosa que hi va haver el 8 de gener, que es deia que anàvem a fer la revolució. I, a nosaltres, aquell dia 8 de gener ens va tocar anar a assaltar a un cuartel, que estava al centre de Barcelona. I primer es van preparar unes bombes caseres, que no sabem on es van fer [...] I el grup, bueno, pues teníem que anar allà, teníem que tirar un tiro, portàvem una consigna, no?, teníem que tirar un tiro enlaire, de dintre ens tenien que respondre, després ja teníem que assaltar el cuartel, amb les bombes aquestes i tot va sortir al revés. Vam tirar el tiro, no va respondre ningú, vam tirar les bombes, les bombes no valien per res, eren bombes mal fetes que ens explotaven abans de tirar-les, algunes casi a les mans. No ens vam matar entre nosaltres per pura casualitat. Bueno, va ser un fracàs. I això va passar, ens vam anar enterant, en diferents cuartels».

Conxa Pérez y su grupo anarquista eran partidarios del uso de la violencia en un primer momento de la República, porque creían que así llegarían a alcanzar los cambios sociales que deseaban; después ella se dio cuenta que este no era el camino. Con el fracaso del movimiento del 8 de enero de 1933 comenzó a expresarse un cierto desencanto en el espíritu revolucionario de Conxa y del resto de su grupo. «A mi i a la majoria de joves ens feia mal [el fracàs], a més d'agafar molta mala reputació».

Aún tuvieron que suceder otras cosas hasta que Conxa se replantease las tácticas de la FAI y comenzase a entender la argumentación de los militantes trentistas. La siguiente actividad importante en la que participó su grupo fue actuar en la huelga general del ramo de

transporte, en solidaridad con los obreros del puerto, que paralizó Barcelona el 25 de abril de 1933. Decidieron hacer piquetes de huelga para advertir a los trabajadores de los diferentes barrios de Barcelona que aún no se habían sumado al paro.

«Al cap de poc d'això hi va haver un paro general, que em sembla que va començar al moll, i bueno, va acabar en paro general i vam formar un piquet, que ara es diuen piquets, allavontes era un grup. I vam anar a les fàbriques a fer plegar i els hi explicàvem el perquè. Vam anar a un taller, els hi vàrem dir que tenien que plegar, van dir que sí que plegarien, però ens van fer mala espina, vam pensar que no plegarien. [...] I a primeres hores de la tarda vam tornar a anar aquest puesto i estaven treballant tan tranquils. I aleshores ja no els hi vam dir res, vam anar a agafar pedres, portàvem pistoles però feiem servir les pedres i vam començar a tirar pedres, vam trencar els vidres i vam sentir crits i Que ve la policia! I venia la policia amb cavalls, i es veu que ells havien avisat. Va venir la policia, nosaltres ens en vam anar dissimulant. I un amic, que es diu Josep Arnau, em va dir: Conxa, guarda'm la pistola, jo me la vaig posar en el pit i ens en vam anar com si fóssim una parella, i que va. Sí, però la policia allà, a dalt del cavall: 'Eh ustedes, ustedes. Hagan el favor de seguir; ¿Quién, nosotros?', fent el dissimulat. 'Sí, sí, ustedes'. Van agafar tota la colla, no se'ls hi va escapar ni un».

Detuvieron a todos los miembros del grupo, incluido su hermano. Conxa lo tuvo más difícil con la policía ya que le encontraron una pistola; por este motivo tuvo que pasar cinco meses en la Prisión de mujeres de la calle Amàlia. Fue la única vez en su vida que estuvo en prisión. También, detuvieron a su padre que había actuado en otro barrio de Barcelona; afortunadamente, su padre y su hermano salieron de la prisión al poco tiempo.

«I em van registrar i després tot el *lio* era de qui era la pistola i jo, pues que me l'havia trobat [...] Ells volien que digués que era del meu germà, 'Mi hermano no sabe nada, pregúntele que no sabe, ni nadie sabe nada, esto yo me lo he encontrado'. I no em treien d'aquí. I després van anar interrogant els homes i quan va tocar l'Arnau enseguida va dir que era d'ell i ja està. Ens van detenir a tots i anava una noia, una altra noia i jo, la Pepita Granero. Vam anar a comissaria, després a *Jefatura* que ens van fitxar, després al Palau de Justícia i a la presó. I a la presó hi vaig estar uns cinc mesos. La

Pepita i els altres homes, com el meu germà, els van deixar anar als 15 dies, però nosaltres per l'assumpte de la pistola vam tenir que estar cinc mesos i després vam sortir en Llibertat provisional».

En las elecciones del 19 de noviembre de 1933 la CNT hizo una gran campaña de abstención; se protestaba por los trágicos sucesos de Casas Viejas. El lema que se extendió era «Frente a las urnas, la revolución social». Con la victoria de la derecha, la CNT preparó la segunda insurrección para el 8 de diciembre. El movimiento tuvo su fuerza en Aragón y La Rioja. En Cataluña se proclamó el comunismo libertario en Hospitalet de Llobregat y el grupo de Conxa tenía que ir a la Travessera de Les Corts, cerca de la Maternidad. La policía ya estaba sobre aviso de nuevo y los detuvieron y encarcelaron toda la noche. Cuando se aseguraron que todo estaba controlado, los dejaron ir al día siguiente. Este segundo fracaso sí provocó un efecto en Conxa cuestionando la confianza en la táctica de la «gimnasia revolucionaria» impulsada por J. García Oliver. Comenzó a valorar las teorías de la revolución de los trentistas, donde tienden a participar la mayoría de los trabajadores de forma convencida (Vega, 1980).

«Pensava que aquesta no era la manera de fer la revolució i llavontes anava pensant si no seria millor la cosa que s'havia combatut sempre, lo dels trentistes. [...] Buscar la manera, [...] que ja ho feiem a l'Ateneu, de tenir cada vegada més adeptes, anar seguint aquesta cosa així, mirant de fer-la més àmplia i no fer aquests moviments perquè no conduïen a res, la veritat».

PURA LÓPEZ, «Esperaba que mis hermanos no fueran más a la cárcel y ¡mira si fueron después con la República!».

Nacida en enero de 1920, de familia numerosa, la sexta de siete hermanos. El padre, socialista, fue nombrado durante la República teniente alcalde de Lanjarón (Granada) donde la familia se había trasladado a vivir en 1921. Dos de sus hermanos habían estado perseguidos durante la Dictadura por sus actuaciones cenetistas clandestinas, siendo después, durante la República, militantes de las Juventudes Libertarias y de la CNT. «Esperaba que mis hermanos no fueran más a la cárcel y ¡mira si fueron después con la República!».

Durante la República los dos hermanos estuvieron detenidos diversas veces por participar en las acciones del sindicato anarcosin-

dicalista, CNT. En la pequeña ciudad de Lanjarón, situado en la zona de la Alpujarra, a 45 km de la ciudad de Granada, eran militantes bien conocidos. Andalucía, como en Cataluña, era una zona de influencia anarquista desde el origen del movimiento obrero con la Primera Internacional (AIT) (Maurice, 1990). Las provincias de mayor influencia del anarquismo era, por orden: Sevilla, Córdoba, Málaga y Cádiz y, en quinto lugar, Granada, donde se concentraban especialmente en la capital y en Motril (Gutiérrez Molina, 1993 y 2002; Macarro, 2000).

En 1931 la CNT contaba con 8.244 afiliados en la provincia de Granada, principalmente concentrados en la capital. En 1936 se dio un ligero crecimiento con 8.656 adheridos, de los cuales 1.930 eran de las zonas rurales y 6.726 de las urbanas. Entre estos, los destacados militante Francisco Santamaría Fuentes, José Alcántarra García, de la ciudad de Granada y Francisco Pereira Ruíz de Lanjarón (Memoria, 1976; Alarcón Caballero, 1990; López Martínez, 1995).

Los años 1932 y 1933 fueron los de mayor potencia organizativa del anarcosindicalismo en Andalucía. Se organizaron localmente dos movimientos insurreccionales de carácter nacional: el de enero y el de diciembre de 1933 y, sobre todo, se desarrollaron un gran número de huelgas y conflictos sociales por motivos laborales y por una cierta rivalidad entre la CNT y la UGT, socialista. Estos eran los dos sindicatos principales y se enfrentaban a menudo por la hegemonía.

Las condiciones laborales de las minas de plomo del Marquesado eran de las más precarias de la clase obrera, ya fuese por los salarios reducidos que por la dureza del esfuerzo físico (Calero, 1973, Alarcón Caballero, 1990).²⁶ Los trabajadores se trasladaban cada día caminando diversos kilómetros desde la casa hasta el lugar de trabajo, se levantaban a las tres de la madrugada para poder llegar a tiempo. Explotaba las minas la compañía inglesa *The Alquife Mines*. Con la proclamación de la República, la CNT organizó numerosas huelgas reivindicativas para mejorar las condiciones de trabajo de los mineros. También Miguel, el hermano de Pura, intervino en

26. Entrevista a Pura López, Barcelona, junio de 2005 y noviembre de 2006.

defensa de los trabajadores que se enfrentaban a la Guardia Civil que pretendía evitar el conflicto. Por este motivo, fue herido en la pierna por un tiro de fusil y después detenido en Granada; estuvo cinco meses en prisión. Pura, con doce años, lo iba a visitar junto con la cuñada y el sobrino de un año.

Las campañas de propaganda por la organización del sindicato y de los grupos anarquistas fueron frecuentes en toda la provincia durante los años treinta, por este motivo, Granada registró un aumento en el número de adheridos a los grupos de afiliados anarquistas de la FAI, pasando de un grupo de 5 federados, a 5 grupos y 36 federados (Gutiérrez Molina, 1993: 50 y 162). La joven Pura participó, con su hermano Germinal y muchos otros en las giras de propaganda que organizaba el Ateneo Libertario. Recuerda cómo llegó desde Cataluña Federica Montseny para hacer una gira por Andalucía. Sin embargo, no pudo hablar en Granada por coincidir su llegada con la sublevación militar del general Sanjurjo en diciembre de 1932 (Montseny, 1994: 53 y ss.). El recuerdo de la República, vivido por la adolescente Pura López, es bastante positivo pese a las detenciones y a la prisión de sus hermanos.

Julia Hermosilla, «La FAI había sido muy radical y había hecho cosas de atracos, pero nadie se metía un duro en el bolsillo, todo era para los presos y para el trabajo de la organización [CNT]».

Julia Hermosilla tiene una trayectoria similar a la de Conxa Pérez, al ser también una mujer de acción que se afilió a las Juventudes Libertarias durante la República. Recuerda que en esta organización había muchas mujeres. Ángel Aránsaez, su compañero, era del Comité Regional de las Juventudes Libertarias, y representante en el Comité Norte, Asturias-País Vasco-Santander (Iñiguez, 2001). A diferencia de Ángel, Julia nunca perteneció a la FAI.

«La FAI había sido muy radical, había hecho cosas de atracos, pero nadie se metía un duro en el bolsillo, todo era para los presos y para el trabajo de la organización. Porque yo conocía a Ascaso, Durruti y García Oliver, que estuvieron bastante tiempo en América, cuando ya tenían pensamientos de venir pa' España y vinieron, pues cuando la República, ¿no? y antes hicieron no sé si uno o dos atracos de los gordos. Pero cuando llegaron aquí, todo el dinero, se había puesto pa' la CNT, ellos justo si tuvieron para el viaje, los tres,

porque se les llamaba *Los Mosqueteros*, siempre iban juntos, hacían una acción y lo que fuese, siempre los tres».

Ángel Aransáez fue detenido junto a Antonio Melero, también de las Juventudes Libertarias, cuando viajaban en el tren Bilbao-Logroño en relación a los actos insurreccionales de enero de 1933. Cada uno llevaba una pistola. Fueron encarcelados en Logroño y Julia se instaló en esta ciudad para estar cerca de él y ayudarlo. Sus padres le dieron todo el soporte moral y económico para hacer el viaje. En Logroño, todos los compañeros de las Juventudes Libertarias querían llevarla a su casa para facilitarle la estancia.

«Entonces cuando yo ya llegué a Logroño, que fui en tren, así de compañeros de las Juventudes esperándome todos querían llevarme a casa, todos. Y yo, pues, [quiero] ir donde Benedita Jiménez, porque la conocía más, y hacía poco había estao pasando unos días en nuestra casa, o sea, que había más confianza. Y me fui con ella y allí estuve los dos meses y no vi una mala cara, como si fuese su hija».

Al principio iba a la cárcel dos veces por semana, como el resto de los presos con las visitas, pero después el director hizo una excepción con ellos teniendo en cuenta que ella venía expresamente desde Bilbao.

«Y entre rejas nos veíamos. Pero, yo no sé lo que vio el director de la cárcel entre los dos, de la manera que hablábamos y la pena, que yo muchas veces lloraba y esas cosas y el director se dio cuenta. Y, una de las veces que fui, me llamó [el] director. Cuando entré en la oficina: ‘Siéntese, por favor. ¿Cómo se llama?’, pues fulana. ‘Y, ¿Aransáez es su novio, verdad?’ Y digo, pues sí, es mi novio, pero desde los catorce años, desde que éramos niños. ‘No, no, ya se ve, ya se ve que hay amor’. Y me dice: ‘es una excepción, una excepción, además usted ha venido de Bilbao, no es de aquí de Logroño, o sea, no está cerca, usted ha venido de Bilbao’, me dice: ‘Todos los días que usted quiera suba a ver a su novio, y usted y su novio estarán en mi oficina, para que los presos y otras personas no tengan envidia y digan pues yo también lo quiero hacer, ¿no?’. Y casi todos los días subía. Y cuando entraba ya me conocían los empleados de la cárcel y me llevaban a la oficina del director y el director decía: ‘*Bueno, hasta luego, eh*’. Pues a lo mejor nos daba media hora, o eso, pero estábamos los dos juntitos y nos decíamos cosas pues ya sabes, de dos novios que se quieren».

El juicio se llevó a cabo después de dos meses de detención, la sala estaba abarrotada de militantes de la Juventudes Libertarias, chicos y chicas. Como ambos detenidos eran menores de edad (a Ángel Aransáez le quedaban unos meses para cumplir dieciocho años) solamente les impusieron dos meses y unos días de prisión, que era lo que ya habían cumplido. A los pocos días fueron puestos en libertad.

Tanto Julia como Ángel siguieron de cerca los actos insurreccionales que se llevaron a cabo en diversas localidades de La Rioja el 7 de diciembre de 1933, ayudando a escapar a Francia a diversos campesinos implicados de aquella zona (Casanova, 1997: 122). Por otra parte, en Santurce, ambos formaron parte del grupo artístico de la *Sociedad Crisol*, donde hacían representaciones teatrales (Íñiguez, 2001). También participaron en los actos de octubre de 1934, cuando la CNT del Norte se sumó al movimiento revolucionario.

Feminismo de hecho

La Agrupación Cultural Femenina de Barcelona

La República fue una época importante para las mujeres, ya que se discutió su derecho al voto, así como también se plantearon los derechos y la igualdad de las mujeres frente a los hombres. Por primera vez en el Estado español, la República concedió derechos legales a las mujeres. Todas las organizaciones políticas y sociales comenzaron a prestar más atención a la organización femenina: en los ambientes libertarios se desarrolló un debate sobre cómo se podría facilitar la presencia y participación de las mujeres en la CNT; desde *Solidaridad Obrera* de Barcelona, Lucía Sánchez Saornil debatió con Mariano R. Vázquez, secretario de la CNT catalana y redactor de ese periódico, el papel de las mujeres dentro del movimiento anarquista. Ella denunciaba la dificultad que tenían las obreras en la participación en el movimiento anarcosindicalista en términos de igualdad con respecto a sus compañeros por las relaciones que tenían con estos en su vida privada. Según ella, los militantes eran machistas y buscaban una mujer que los atendiera y cuidara de la familia y no una que tuviese conciencia política y social; por lo que Lucía Sánchez Saornil subrayaba cómo en los hogares de las familias anarquistas, predominaban también las ideas patriarcales.

«La propaganda de atracción femenina no hemos de hacerla entre las mujeres, sino entre los mismos compañeros. Que cuando se les dice que todos los humanos somos iguales, entre los seres humanos está comprendida la mujer, aunque vegete entre las cosas del hogar confundida con las cacerolas y los animales domésticos. Hay que decirles que en la mujer existe una inteligencia como la suya y una sensibilidad aguda y una necesidad de superación; que antes de reformar la sociedad precisa de reformar su casa; que lo que él sueña para el porvenir —la igualdad y la justicia— debe de implantarlo desde hoy mismo entre los suyos; que es absurdo pedir a la mujer comprensión para los problemas de la humanidad si antes no la alumbra para que vea dentro de sí, sino procura despertar en la mujer que comparte con él la vida la conciencia de la personalidad, si antes, por fin, no la eleva a la categoría de individuo».²⁷

Las militantes catalanas, que habían comenzado a reunirse por su cuenta, compartían los mismos argumentos que la anarquista madrileña. Observaban la dificultad de las mujeres por participar y formar parte del movimiento anarcosindicalista en términos de igualdad en relación a sus compañeros; para ellas desde el Sindicato se promovía la incorporación de hombres y de mujeres en igualdad de condiciones, pero en la práctica no era así de sencillo. En palabras de Soledad Estorach:

«Para la mayoría de los hombres, [...] la situación ideal era la de tener una compañera que no se opusiera a sus ideas pero que en la vida privada fuera más o menos como las demás. Querían ser militantes las veinticuatro horas del día, y en esas condiciones, desde luego, era imposible que se diera la igualdad. Los hombres estaban tan comprometidos que las mujeres se quedaron atrás casi por necesidad. Por ejemplo, cuando encarcelaban a los hombres, las mujeres debían ocuparse de los hijos, trabajar para sacar adelante a la familia, visitarles en la prisión. En eso las compañeras eran muy

buenas, pero para nosotras no era suficiente. Eso no era militancia» (Ackelsberg, 1999: 157-158).

Al final del debate, Lucía Sánchez Saornil anunciaba un proyecto de creación de un órgano de prensa independiente exclusivamente femenino con la intención de impulsar sus propios propósitos. Y así, meses más tarde en mayo de 1936 nació en Madrid la revista *Mujeres Libres*. Según Concha Liaño: «Lucía Sanchez Saornil verdaderamente era una mujer muy inteligente, muy voluntariosa, de una energía tremenda. Ella le contestaba siempre a Mariano Vázquez, Marianet, a todo lo que escribía en la Soli; ella le contestaba y muy acertadamente. Era más inteligente que todos ellos [...]. No hay más que ver la revista que era nuestro vocero. Como contenido y como diagramación era una cosa muy novedosa».

Esta cuestión de división de roles dentro de la sociedad y dentro de las familias de los militantes cenetistas fue determinante para la decisión de crear un órgano de prensa propio y una organización específica para mujeres. Por este motivo, frente al tema de si la República podía cambiar la condición femenina de las mujeres obreras, las anarquistas coincidían con los militantes masculinos en la escasa confianza en las mejoras a través del voto femenino y de la legislación republicana. Esta era la opinión de Concha Liaño, que no vio durante la República una mejora real en las condiciones de las mujeres, pero sí en la Guerra Civil, gracias a la organización *Mujeres Libres*: «la República no cambió nada la condición de la mujer, en absoluto, nada, nada. Quien cambió un poco la situación de la mujer [...] fue *Mujeres Libres*».

Durante la República se crearon agrupaciones femeninas en el sector libertario que comenzaron a reunirse en los Ateneos y en los Sindicatos confederales. Estas actuaban de formas diversas según su fuerza y el interés que tenían sus miembros en los diversos lugares del Estado español. En Cataluña la que tuvo una mayor importancia fue la Agrupación Cultural Femenina, siendo esta organización la predecesora de *Mujeres Libres*.

La mayoría de las mujeres que hemos entrevistado coinciden en el hecho de que existía una situación diferencial de género en el ámbito público y privado de los años treinta. Esta situación, la habían experimentado también en el seno de sus propias familias, lo que provocó que se rebelaran de una forma u otra. Concha Guillén

27. Vázquez, M.R. (1935), «La mujer, factor revolucionario», *Solidaridad Obrera*, n.º 1.068, 18 de septiembre de 1935. Las respuestas a Sánchez Saornil, L. (1935), «De cara al porvenir. La cuestión femenina en nuestros medios», *Solidaridad Obrera*, n.º 1.075, 26 de septiembre de 1935 hasta n.º 1.104, 30 de octubre de 1935.

recuerda sus protestas frente a sus hermanos, a los que debía limpiar los zapatos por el hecho de ser la única mujer de la familia. También Concha Liaño se rebelaba desde pequeña cuando su madre le pedía que hiciera las tareas domésticas, como poner la mesa o zurcir los calcetines de sus hermanos mientras ellos jugaban. «Qué lo hagan ellos», replicaba ella, «no veo por qué tengo que ser la sirvienta de mis hermanos; que aprendan a valerse por sí mismos». También recuerda la terrible situación de subordinación de la mujer en los años veinte y treinta respecto al hombre, fuese este el padre, el marido o los hermanos.

Un día Concha leyó un folleto sobre cómo la mujer podía conseguir la felicidad y se indignó: todos eran consejos para atender y complacer a su marido. Lo comentó con Felisa de Castro su vecina,²⁸ que acababa de llegar a Barcelona después de emigrar unos años a Francia. Era mayor que Concha, tenía 34 años y estaba casada y tenía una hija que se llamaba Flora, dos años más joven que Concha. Pese a la diferencia de edad entre Felisa y Concha, hubo un gran entendimiento. «Tenía yo, quince años. Y no hallaba con quien comentar eso, no había conocido todavía a Soledad. Y esta muchacha, Flora, me llevó pa su casa, y conocí a Felisa de Castro que te digo, me llevaba muchos años. Y yo le dije, [...] 'mire que cosa tan estúpida que hay aquí'. Se lo enseñé. Allí ya no nos separamos más porque ella era otra rebelde».²⁹

Felisa y su hermana Apolonia creían que era necesario luchar para mejorar la situación de las mujeres. En su familia de origen padecieron una fuerte discriminación de género. Sus padres, propietarios de tierras en Berver de los Montes (Zamora) dieron educación a sus hermanos mientras que las dos hermanas se habían dedicado desde pequeñas, únicamente, a trabajar la tierra. Para los padres una mujer no necesitaba instruirse ya que no lo necesitaba a la hora de atender la casa y formar una familia. «A Apolonia y a Felisa, las mandaron a segar, y a lo hijos los mandaron a estudiar a la capital. Y Felisa decía: 'cuando

nos sentábamos a comer, trabajábamos de sol a sol con una hoz mi hermana y yo, y mi padre hacía una cruz en la hogaza del pan y decía: Gracias Dios mío por este pan que no merecemos, y yo pensaba: qué tendré yo que hacer pa' merecer este pan, ¡si trabajo de sol a sol!' Ella también estaba muy rebelde. Teníamos [...] eso, rebeldía y [...] ganas de que las mujeres comprendieran que eso no era natural, que eso no era normal. Que eran seres mayores de edad».

Comenzaron a organizar debates y conferencias de manera informal con las hermanas De Castro. Se reunían con un grupo de mujeres cenetistas y anarquistas para comentar textos relacionados con la situación de la mujer, la literatura feministas, textos escritos por mujeres de Emma Goldman, Federica Montseny, las socialistas rusas y de las pioneras de la Revolución Francesa. Les hacía falta instrucción y formación, llenar los vacíos que les había dejado la escasa escolarización recibida de pequeñas. Finalmente, decidieron crear a comienzos de 1935 la Agrupación Cultural Femenina. Necesitaban ampliar su área de influencia. La idea principal era reunir a las mujeres que pertenecían a los sindicatos de la CNT, que fuesen anarquistas y así aumentar el sentimiento de solidaridad entre ellas y potenciar un papel más activo, tanto en el sindicato como en el movimiento libertario.

Habían muchas mujeres en los sindicatos, especialmente en el Sindicato Textil y en el del Vestir, pero incluso en estos sectores las mujeres no participaban en las tareas sindicales y no intervenían para expresar sus puntos de vista. Para terminar con esta situación hicieron una llamada para que todas las mujeres del movimiento libertario se incorporasen al grupo. El núcleo inicial de la Agrupación Cultural Femenina lo formaron: Felisa y Apolonia de Castro Sampedro, Áurea Cuadrado Alberola, Pilar Grangel, María Cerdán,³⁰ Nicolasa Gutiérrez,³¹ Olimpia Gómez, Adela Carreras, Maruja Boadas y Concha Liaño. La mayoría del grupo eran militantes de la CNT y también de otros organismos libertarios como los ateneos y las Juventudes Libertarias,

28. Felisa de Castro Sampedro (Berver de los Montes (Zamora), 1898-Caracas (Venezuela), 1981) formó parte de la Agrupación Cultural Femenina desde su inicio en 1935. Después militó en Mujeres Libres junto con su hermana Apolonia. Se exilió en Francia en 1939.

29. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

30. Conocida como la «Petitona». Según Sara Berenguer no tenía instrucción pero sí mucha voluntad e inteligencia. También echaba una mano en todo lo que hiciera falta (VV AA, 1999 : 110).

31. Según Soledad Estorach, Nicolasa Gutiérrez fue quien tuvo la idea de organizar el mitin en el Teatre Gran Price de Barcelona en junio de 1936 (VV AA, 1999: 49).

este último era el caso de Concha Liaño. Soledad Estorach se unió a ellas poco después:³² «Allí, en el Ateneo [del Clot] conocí a Soledad. [...] Y nos pusimos a hablar. Entonces yo vi que pensábamos igual. Y a mí, como no tenía amigas, nada más tenía amigos, muchachos, y a mí eso me llenó de gozo». Con Soledad estudiaban la manera de acabar con aquella situación intolerable para la mujer. Leían textos y discutían, buscaban mujeres con las que compartir sus puntos de vista. Querían cambiar el mundo, que se acabase la explotación femenina y trataban de organizarse en este sentido.

«[Soledad] era muy apasionada, como yo. También estaba indignada de ver que las mujeres no se sublevaban. Por eso las dos encontramos qué hacer. Que yo encuentro que fue un privilegio para mí, porque yo que estaba hecha así que erre que erre, y de pronto me dan una cátedra pa' poder sacar todo lo que tenía dentro. Pues lo aproveché».

Las militantes de la agrupación más conocidas eran: Áurea Cuadrado (Ontiñena-Huesca, 1900-Palma de Mallorca, 1969), modista, afiliada al Sindicato del Vestir de la CNT de Barcelona desde 1916; participó en las movilizaciones contra el encarecimiento de la vida junto con Roser Dulcet o la misma Teresa Claramunt. Mujer de una gran cultura y preparación. Frecuentaba el ateneo *Faros* y *Idealistes Pràctics* de Barcelona. También formó parte de Mujeres Libres y colaboró en su revista. Dirigió la Casa de la Maternidad de Barcelona al irse al frente Félix Carrasquer. También tenía una fuerte presencia Pilar Grangel (Castellón de la Plana, 1893-Montpeller, 1987), maestra racionalista y militante de la CNT. Directora de la Academia laica *Pestalozzi*³³ con su compañero Ferrer. Fundadora del

32. Soledad Estorach (Albatàrrac, Lleida, 1915-París, 1993) formó parte de las Juventudes Libertarias durante la República y de la FL de Mujeres Libres de Barcelona durante la guerra. Desarrolló una gran actividad durante este período haciendo campañas de propaganda para esta organización (Vega, 2010a).

33. Johann Heinrich Pestalozzi (Zurich, 1746-Brugg, 1827) fue un pedagogo suizo, vinculado a las ideas de Rousseau y de Basedow, fue apresado por revolucionario. Sus ideas pedagógicas se basaban en la escuela activa que puso en práctica en una escuela para niños pobres. Fue uno de los referentes de la escuela laica Guttenberg que tenía una sede en Barcelona en la década de los años noventa del siglo XIX.

grupo anarquista «Brisas libertarias» en Sants. Madre de dos hijas, acogió a un niño con motivo de la huelga general de Zaragoza. Militó en Mujeres Libres y sustituyó a Áurea Cuadrado en la dirección de la Maternidad de Barcelona en junio de 1938. Escribió en la revista *Mujeres Libres*, también en *Esfuerzo* (1937) y *Cenit*.

«Nos constituimos en un grupo que titulamos la Agrupación Cultural Femenina para ayudar a que la mujer se liberara, pa' que la mujer comprendiera que tenía que luchar por sus derechos. Eso fue en el 35», explica Concha Liaño.

Concha Liaño y Soledad Estorach eran las más jóvenes. Pilar Grangel y Áurea Cuadrado tenían mucha más experiencia en la militancia pero también podían dedicar menos tiempo al estar absorbidas por sus compromisos en la CNT y en su trabajo. «Eran las más brillantes del grupo» según Soledad Estorach. «El resto poseía una enorme voluntad, poca instrucción y una absoluta carencia de medios económicos» (VV AA, 1999: 50). Querían un local para tener una sede social donde poder reunirse, pero la falta de medios económicos impidió que pudiesen satisfacer, de momento, esta necesidad. «Tratábamos de dar conferencias, [Tomás] Cano Ruiz dio una conferencia por nosotras. No teníamos local. Nos costaba conseguir un sitio donde dar las conferencias. No hallábamos qué hacer, en realidad, no teníamos los medios».³⁴

No pudieron convencer a algunas militantes veteranas para que se uniesen al grupo, que ocupaban un lugar destacado entre la militancia masculina, como Federica Montseny, Libertad Ródenas o Lola Itúrbe, quienes las apoyaron pero no se implicaron en las tareas organizativas de la nueva organización. Federica Montseny nunca consideró oportuna la existencia de una organización libertaria específicamente femenina, aunque colaboró con Mujeres Libres tanto escribiendo en la revista, como dando conferencias en las sedes locales o como oradora en sus mítines. Consideraba que existía un problema de emancipación general humano, que implicaba a ambos sexos y por tanto los dos tenían que estar organizados conjuntamente en el mismo organismo (Ackelsberg, 1999: 158; Nash, 1977: 21; Vega, 2007b). Libertad Ródenas y Lola Itúrbe tuvieron una mayor

34. Entrevista con Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

participación con la organización Mujeres Libres después de 1936 tras el estallido de la guerra.

Con el triunfo de la derecha en las elecciones de noviembre de 1933, las posiciones políticas se radicalizaron, lo que también afectó a la conciencia política de las mujeres del Estado español. Surgió en este momento el Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo de orientación comunista, que después cambió su nombre por el de Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA). En el otro lado del espectro político, se creó en 1934 la Sección Femenina de la Falange Española. Estas organizaciones femeninas no tenían como objetivo luchar para mejorar los derechos de las mujeres, sino, posicionarse al lado de las organizaciones masculinas de la misma ideología; en este sentido, eran muy diferentes de la organización femenina que se había creado en el ámbito libertario, la cual podemos considerarla la pionera de la lucha feminista, en sentido moderno.

La Agrupación Cultural Femenina quería liberar a la mujer trabajadora y también a las mujeres del servicio doméstico. El primer paso era sindicarse en la CNT y por este motivo, prepararon unos manifiestos dirigidos, específicamente, a las empleadas del hogar. Concha Liaño iba a repartirlos a la Iglesia de Lesseps a donde acudían en la tarde para asistir a misa.

«Inventamos [...] que se sindicaran las sirvientas, hicimos las octavillas, me mandaron a mí a repartirlas, a mí y a otra, a las sirvientas que las patronas mandaban a una iglesia por ahí por Lesseps, a un oficio nocturno. Fuimos dos veces, la tercera salieron y me quitó una señora las octavillas y me dijo: ‘si vuelves por aquí te irás pa’ la policía’. Y ya no volvimos. Estábamos llenas de ganas de hacer algo pero no teníamos los medios ni cómo. Ahora cuando estalló la guerra, pues sí ya pudimos hacer algo».³⁵

El debut en el Teatro Gran Price

Nicolasa Gutiérrez tuvo la idea de organizar un mitin en el teatro Gran Price de Barcelona en junio de 1936 con el objetivo de dar a conocer a la Agrupación y animar a las mujeres militantes a unirse

35. *Ibíd.*

al grupo. Pese a la escasa difusión de convocatoria, el mitin resultó todo un éxito de público. *Solidaridad Obrera* no le quiso dar ninguna importancia y únicamente publicó la noticia en una página secundaria.³⁶

«Sí, fíjate, los compañeros no nos hacían caso —recuerda Concha Liaño— Apenas si publicaron [del mítin] un poquito entre páginas. No nos hacían caso. Para ellos eso era superfluo. Ellos no comprendían la situación de la mujer, ¿comprendes? Y ellos eran los primeros machistas. Porque a sus compañeras no las impulsaban a que fueran al Ateneo y fueran nada, estaban muy conformes de que estuvieron allí fregando y cargándose a los niños. Tampoco te creas que eran mejor que los demás. Era ya toda una mentalidad. Un atavismo que parece que lo llevaban en la sangre».³⁷

En el mitin hablaron Roser Dulcet, Manuel Pérez y Federica Montseny. Dulcet habló de la inutilidad de los derechos políticos concedidos por la República, si en los hogares faltaba lo indispensable para vivir. M. Pérez, destacado militante anarquista de origen brasileño y redactor del periódico *Solidaridad Obrera*, insistió en la importancia del papel de las madres en la educación de sus hijos; también habló del fascismo que estaba avanzando en Europa y del peligro de la guerra después de la conquista de Abisinia por parte de los italianos. Por otro lado, F. Montseny lamentó que el teatro no estuviese completamente lleno como otras veces, lo que demostraba que los hombres no prestaban atención al tema de la emancipación femenina. Según la oradora, los anarquistas debían de unir el corazón en la lucha social (la mujer) y el cerebro (hombre) para ser invencibles en la revolución. La reunión consiguió poner las bases para una organización más extensa que la de la ciudad de Barcelona. Al llamamiento respondieron las organizaciones de la ciudad y los pueblos vecinos.

En otros CRT existieron iniciativas paralelas; por ejemplo, en el mes de junio de 1936 salió la noticia en el periódico anarquista

36. «Gran Price. Grandiosos mitin por la emancipación de la mujer y protesta contra la guerra y el fascismo organizado por la Agrupación Cultural Femenina» (1936), *Solidaridad Obrera*, n.º 1.308, 23 de junio de 1936.

37. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

barcelonés *Tierra y Libertad*, de que en San Sebastián se había creado una Agrupación Cultural Femenina con el objetivo de propagar el cambio de mentalidad entre las mujeres para que se sumaran al movimiento libertario. Casilda Méndez, en nombre de la agrupación, convocó a otras organizaciones afines para tener relación con ellas y para que «la labor resulte más fructífera».³⁸ La sede provisional de la agrupación era la Federación Local de los Sindicatos (CNT) en la calle Larramendi, 11, bajos de Sant Sebastián. Ya hemos hablado de esta activa militante vasca, una de las principales promotoras, una destacada militante de la CNT y feminista. Miembro de un grupo de mujeres muy activas, luchó durante toda la República en defensa de los conflictos y de las huelgas encabezadas por trabajadoras: «Nosotras nos lanzamos a una lucha no sólo social, sino también humana por la liberación de la mujer» (Jiménez de Aberasturi, 2009: 468). Durante la guerra se destacó por ser una de la milicianas más conocidas en Euskadi por su coraje. Militó en las Juventudes Libertarias y participó en los acontecimientos de octubre de 1934, en donde fue arrestada. Fue condenada a prisión por posesión de explosivos y no salió hasta la victoria del Frente Popular en febrero de 1936.

Mujeres Libres: revista y grupo en Madrid

Paralelamente se estaba constituyendo otro grupo femenino en Madrid sin que tuviera ninguna conexión ni con el de Barcelona, ni con otros del Estado español. Las promotoras eran Lucía Sánchez Saornil, escritora y poeta y Mercedes Comaposada, también escritora y periodista. Invitadas por el destacado militante de la CNT, Orobón Fernández, a participar en unas charlas en la Federación Local de Sindicatos de Madrid observaron la actitud retrógrada hacia la incorporación femenina en el movimiento anarquista, incluso en los militantes de la CNT.³⁹ Decidieron convocar a las mujeres anarcosindicalista en 1935 proponiéndoles la idea de crear una organización específica femenina; así surgió la Agrupación Mujeres Libres de

38. «Agrupación Cultural femenina» (1936), *Tierra y Libertad*, n.º 27, 10 de junio de 1936.

39. Comaposada, M. (1937), «Origen y actividades de la agrupación Mujeres Libres», *Tierra y Libertad*, 27 de marzo de 1937 (Nash, 1977: 69-72).

Madrid, uniéndose a ellas poco después la doctora Amparo Poch i Gascón. Las tres eran muy diferentes pero compartían los mismos objetivos para mejorar la educación de las otras mujeres obreras.

Conjuntamente a la organización se creó la revista homónima *Mujeres Libres*, anunciada por Lucía Sánchez Saornil en *Solidaridad Obrera* de Barcelona. La revista salió mensualmente a partir del mes de mayo de 1936, con el esfuerzo de las tres promotoras: Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada y Amparo Poch y sin depender de la organización confederal. Publicó tres números antes del 19 de julio de 1936, cuando cambió su orientación y formato (Montero, 2003). En total fueron 13 números, el último, de otoño de 1938. Las colaboraciones fueron exclusivamente femeninas, entre ellas: Emma Goldman, Carmen Conde, Etta Federn, Lola Iturbe («Kiralina»), con la sección «Mujeres heroicas»; Pilar Grangel, Áurea Cuadrado, Suceso Portales, Concha Liaño y Ada Martín, entre otras (VVAA, 1999: 93-99). En el primer número la editorial expresaba cuáles eran sus objetivos: *Mujeres Libres* «quiere [...] hacer oír una voz sincera, firme y desinteresada; la de la mujer; pero una voz propia, la suya, la que nace de su naturaleza íntima; la no sugerida ni aprendida en los coros teorizantes; para ello tratará de evitar que la mujer sometida ayer a la tiranía de la religión caiga [...] bajo otra tiranía [...] que ya la cerca y la codicia para instrumento de sus ambiciones: la política».⁴⁰

Al estallar la revolución y la guerra en julio de 1936, el Grupo Cultural Femenino de Barcelona, el de San Sebastián y MMLL de Madrid llevaban ya un tiempo reuniéndose de forma independiente. Entre sus objetivos estaba establecer contactos con otras mujeres militantes anarquistas para ampliar su organización y preparar a la mujer para favorecer una participación activa en la coyuntura revolucionaria que se abrió tras el alzamiento militar.

40. «Cultura y documentación social» (1936), *Mujeres Libres*, n.º 1, mayo 1936 (VVAA, 1999: 26).

III. EL DESPERTAR DEL VERANO DE 1936

El 19 de julio de 1936 marcó decisivamente la vida de nuestras protagonistas transformando su cotidianidad. Los militares se sublevaron con el apoyo de los terratenientes, la alta burguesía y la Iglesia, sosteniendo una guerra feroz y eliminando toda oposición. La clase obrera y campesina, organizada en el sindicato socialista UGT y en el anarcosindicalista CNT, aprovechó el momento del alzamiento militar para realizar un cambio revolucionario en la sociedad y en la economía. En la zona republicana supuso la incorporación de las mujeres en actividades que hasta aquel momento estaban reservadas a los hombres, gracias a la revolución que surgió en la retaguardia y al conflicto armado que se generó como consecuencia. La revolución produjo importantes cambios en la vida social, económica, política, cultural y de género. A través de nuestras protagonistas podemos ver cómo se llevaron a cabo y se vivieron estas transformaciones.

El 19 de julio: barricadas, cuarteles y conventos

La mayoría de las mujeres que ya tenían una cierta conciencia política y que fueron militantes durante la República, se incorporaron a la lucha contra la insurrección militar y por la revolución junto a sus compañeros de grupo anarquistas o del sindicato confederal. Este es el caso de la mayoría de nuestras protagonistas que estaban organizadas en la CNT, en la FAL, en las Juventudes Libertarias y en la Agrupación Cultural Femenina, como Joaquina Dorado, Conxa Pérez, Concha Liaño, Júlía Hermosilla y Aurora Molina que tuvieron

una intensa actividad desde semanas antes de la insurrección militar del 18 de julio. Las encontramos en primera línea de combate, en las barricadas que se formaron en las calles de las principales ciudades de España para resistir al golpe de Estado militar.

Desde el 17 de julio con la sublevación del ejército en Melilla, los militantes sindicales y los partidos de izquierda se pusieron alerta temiendo lo peor. La corazonada se confirmó cuando el 18 la rebelión se extendió a Marruecos, Canarias y Sevilla. La CNT pidió armas a la Generalitat, comprometiéndose a detener el golpe militar en Barcelona con 1.000 militantes armados; las negociaciones fueron inútiles, la Generalitat tenía más miedo de armar al pueblo trabajador que del alzamiento militar contra la República. A las 5 de la madrugada del 19 de julio, las tropas del cuartel del Bruc, en Pedralbes salieron para tomar posiciones estratégicas en la ciudad de Barcelona. Las sirenas de las fábricas de Poble Nou dieron el aviso llamando al combate a los trabajadores. La consigna se extendió por todos los barrios de Barcelona y también los barcos que estaban en el puerto dieron el aviso con sus sirenas. Los Comités de defensa confederales, los militantes de los sindicatos de la CNT y los grupos anarquistas, que esperaban la llamada, se sumaron a la resistencia obrera y popular contra el alzamiento militar. También lo hicieron los guardias de asalto que se mantuvieron fieles a la República haciendo frente al ejército junto al pueblo trabajador. En este enfrentamiento hombres, mujeres y jóvenes obreros y obreras arriesgaron y dieron sus vidas para evitar la victoria fascista; aquellas horas se vivieron a un ritmo frenético, como podemos recordar mediante el relato de las vivencias de nuestras protagonistas.

CONCHA LIAÑO, «Las Juventudes Libertarias fueron las que tomaron posesión de la casa Cambó y luego fue todo el resto de la organización, pero quien la abrió y quien entró fui yo».

Concha Liaño junto con sus compañeros de las Juventudes Libertarias del Clot fueron a la Plaza Sant Jaume a pedir armas a Lluís Companys, presidente de la Generalitat de Cataluña, para poder hacer frente al golpe militar que se estaba produciendo. En la plaza también estaban las militantes de la Agrupación Cultural Femenina, que llevaban días haciendo guardia en el Sindicato de la Construcción; entre ellas estaban Soledad Estorach, Maria Cer-

dán, Apolonia y Felisa de Castro (Berenguer, 1988: 218-219). «Nos fuimos a la Plaça Sant Jaume, donde había una multitud enorme pidiendo armas. De tanto en tanto se asomaba Companys y nos decía que esperaríamos, que ya habría armas para todos. Y allí se estuvieron varias horas, y yo a uno que estaba detrás de mí le oí que decía: '[...] nos tiene más miedo a nosotros que a Franco'. Dice: 'no nos van a dar armas'. Cuando ya se cansaron de estar allí se dispersaron y fueron a los barcos que tenían armas, a las armerías a conseguir armas porque no había armas».

Aquella noche, tanto ella como los otros militantes de su grupo, no pararon; pasaron la noche cruzando la ciudad de arriba a abajo. Mientras otras mujeres y jóvenes participaban en las acciones de resistencia de los diversos barrios de Barcelona, las militantes de la Agrupación Cultural Femenina, junto a los militantes del Sindicato de la Construcción y de las Juventudes Libertarias, participaron en las barricadas que se formaron en Vía Laietana a lado del Sindicato de la Construcción que tenía su sede en la calle Mercaders número 26. Decidieron tomar la casa Cambó con la intención de mejorar sus posiciones estratégicas (Guillamón, 2007: 36). El testimonio de Soledad Estorach, militante de la Agrupación Cultural Femenina, coincide con el de nuestra protagonista «Yo había estado en la Plaza de la Generalitat [...]. Por el camino había perdido parte de mi vestido [...]. Aquello era muy serio. Estaba excitadísima. En la calle se habían empezado unas barricadas, con tenedores, cuchillos y todo lo que se pillaba. Me junté a los que hacían las barricadas. El paqueo desde la Catedral se hacía más intenso. No digo el tiroteo en el Puerto y en Urquinaona [...]. Es, pues, a partir de esta situación que nos alzamos sobre la casa Cambó» (Berenguer, 1988: 219-220). Concha Liaño desempeñó un papel fundamental en esta acción en la sede del Fomento del Trabajo Nacional, organismo de la patronal, situado en Vía Laietana número 32, que fue tomado sin resistencia el mismo 19 de julio. Este edificio fue el punto más emblemático de la organización libertaria, conocido como la «Casa CNT-FAI», donde se instaló el Comité regional de la CNT y la FAI junto a las Juventudes Libertarias durante toda la guerra.

«Nosotros amanecimos así, una de las veces estábamos levantando barricadas al lao de la casa Cambó, en la Vía Laietana, pero no teníamos armas y ya teníamos levantada una barricada [...] En-

tonces yo dije aquí estamos sin armas, ¿porqué no subimos arriba con adoquines? [...] Tenía una pistolita, un 65 de nácar, y plateada muy bonita, así chiquitica, y me fui al gran portal de la casa Cambó. [...] Toqué y salió un pagès, con alpargatas y con unos pantalones de lanilla, y le digo: 'Mire, ábrame la puerta'. Dice '¡no!, no le puedo dejar entrar'. Le digo 'Sí, no tenga miedo, ábrame la puerta'. 'No, [...] y dice: 'No le puedo abrir porque usted me va a ensuciar y luego cuando los señores vengán me van a regañar'. Yo le digo: 'No se preocupe que los señores no van a volver'. '¿Cómo que no van a volver?', 'Que no van a volver', 'A no, pues yo no le abro'. Le dije: 'Bueno, pues le tiro un tiro a la cerradura y se abre, escoja'. Y entonces me abrió, y ya no volvió, desapareció. Ya no lo volvimos a ver. Yo subí a la azotea, la escalera era muy bonita, y me devolví otra vez donde estaban levantando barricadas y les digo a los muchachos: 'Miren, aquí nos van a cazar como a ratas, vamos a coger cada uno un adoquín y vamos a subir arriba, si quieren les tiraremos adoquines'. Y me hicieron caso. Largo tiempo estaban los adoquines en las escaleras, después. Así entramos en la casa Cambó. Entonces los compañeros libertarios, las Juventudes Libertarias ya no salieron de allí. Se cogieron un sitio en el primer piso, ellos fueron los que tomaron posesión de la casa Cambó, y luego fue todo el resto de la organización. [...] Pero quien la abrió y quien entró fui yo».

Concha Liaño recuerda la sorpresa que tuvo aquella misma noche del 19 de julio cuando iba con su grupo de las Juventudes Libertarias en un coche lleno de fusiles y de granadas y se encontraron con unos Guardias de Asalto fieles a la República que, cuando el conductor se identificó, les abrieron el paso «Y yo cuando los vi se me heló la sangre, dije: '¡Dios mío, con todo lo que llevamos en este coche!' Cual será mi asombro que abre uno y dice: 'CNT-FAI', y abren todo pa' que pasemos. ¡Yo me quedé! Que aún cuando me recuerdo digo, 'pero, cómo, cómo había cambiado la situación'».

El día 20 de julio de 1936, en la avenida Gaudí de Barcelona, Concha Liaño junto a Felisa de Castro, compañera de la Agrupación Cultural Femenina, viendo que los grupos de milicianos habían estado sin comer ni dormir prácticamente dos días, les prepararon comida y bebida. Tuvieron la idea de abrir por la fuerza una tienda de víveres y requisar los alimentos necesarios; de esta manera, improvisaron para resolver las necesidades del momento. En otros

barrios de Barcelona se aplicaron soluciones similares. Lo que fue una improvisación de un primer momento, se convirtió después en comedores colectivos existentes en prácticamente todos los barrios de la ciudad.

«Nos fuimos a la avenida Gaudí, a los dos días, que estaban todos los camiones llenos de muchachos con fusiles, paseaban pa' arriba y pa' abajo, y en la esquina de la avenida Gaudí, a la derecha, enfrente de la casa de Felisa había un gran colmado. Felisa y yo inventamos de abrirlo y empezar a hacer sandwichs, fuimos a casa a calentar ollas con café con leche, [...] y dárselas a los muchachos que iban en los camiones. [...] Se corrió la voz, y [...] en otro sitio, en San Martín, hicieron lo mismo».

CONXA PÉREZ, «Aquel día —el 18 de julio— estábamos en casa de [Félix] Carrasquer unos cuantos amigos reunidos que eran del grupo de la FAI».

Conxa Pérez, conocida militante de la CNT y de la FAI, sabía que se aproximaba un alzamiento militar y estaba movilizada junto con su grupo de la FAI días antes del 18 de julio de 1936.

«Ja feia uns dies que es veia venir algo. [...] I ens trobàvem a casa d'amics i [...] aquell dia estàvem a casa del [Félix] Carrasquer, uns quants amics, reunits, que eren del grup de la FAI també... Aleshores aquí ens va vindre la notícia de que [els militars] s'havien tirat al carrer, i, bueno, ja nosaltres havíem parlat que si venia algo així ens aniríem directament al bar d'Els Federals,¹ i allà veuríem lo que faríem. Així que quan vem tenir la notícia ens vam anar al bar. Va començar a venir més gent, van venir d'Esquerra Republicana, van venir del POUM, van venir companys d'altres puestos, ens vam ajuntar allà bastanta colla de gent i, bueno, esperant a veure què passava, què ens deien. Mentre, per no perdre temps, vam anar a requisar matalassos i vam buidar la sala del bar que eren tauletes, les vem posar al darrera i allà vem estirar els matalassos per si havia alguna batalla d'algo que poguéssim posar els ferits, i estirar-nos nosaltres si teníem que descansar».

1. El bar «Els Federals» estaba en la carretera de Sarrià (Berenguer, 1988: 21).

«Vam passar la nit així i a la matinada, ens ve la notícia que els militars del quartel de Pedralbes s'havien sublevat. No ens va faltar temps que agafem el camió del bar, el forrem d'aquests matalassos i ens en anem cap a Pedralbes. No ens ho vam pensar massa perquè això era una locura, no hi haguéssim anat. Ens en anem cap a Pedralbes i, pel camí, que havíem d'atravessar un bon tros de la Diagonal, ja trobàvem soldats que ens deien '¡Compañeros!', Així, molt obert, 'Venga, ¡salud compañeros!' Algú es va agregar al camió i ens van dir: 'Ir tranquilos que el fuerte de la tropa ha salido en dirección para Plaza Cataluña y allí ha quedado nada más un reducto de militares guardando el cuartel'. I vam arribar allà i ja ens havien adelantat els companys de Sants».

«Aquest quartel té dos escales [...] i jo anava pujant per una escala i els altres pujaven per una altra, i quan vam pujar despavorits per allà, ens va sortir un militar de graduació: '¿Qué queréis, armas?'. Ens va dir ell mateix; jo anava amb una pistola petita, que això era una altra història, que tenia el meu pare guardada i sempre li anava al darrere i no me la va donar fins aquests dies, bueno Ara ha arribat el moment, i me la va donar. I aquest militar em veu: '¿Dónde vas con esto? No te sirve de nada'. Em sap greu perquè aquell dia se'm va perdre la pistola i em va donar un pistolot així, una Star. Un pistolot que cada vegada que volia disparar em queia jo endarrere. Però, bueno, el que volíem eren les altres armes, '¿Dónde están...?' Ell mateix ens va acompanyar a la sala d'armes. I vam agafar totes les armes que vam voler, que vam poder, les vam posar al camió pujant i baixant aquella escala fins que vam veure que ja n'hi havia prou, ens va semblar, i ens en vam anar corrents cap el barri, repartint les armes. I quan ja vam arribar al bar, vam descarregar les armes i ens vam donar compte que no havíem agafat municions, vam tenir que tornar a buscar municions».

Con todos estos viajes al cuartel de Pedralbes en busca de armas y municiones se dieron cuenta que cada vez que pasaban delante del convento de las monjas de Loreto, que estaba en la carretera de Sarrià muy cerca del bar, los tiroteaban desde el campanar. Cuando acabaron con la recogida de las armas decidieron ir al convento. El Comité clausuró el convento, las monjas se vistieron de paisano y se marcharon sin más problemas después de ser registradas.

«I donant-nos compte que allí ens disparaven, vam dir anem a registrar a veure què passa en aquest convent. Vam entrar i ens

vam trobar les monges cagades de por. Les vam fer sortir a totes i els hi vam dir que agafessin les seves pertinençies que es vestissin de paisanes i que allò quedava clausurat. Bueno, vam passar pel bar i al bar se les va registrar, si portaven molts diners o joies ho tenien que deixar, se'ls deixava els diners per anar a on vulguessin anar. Deien que anaven a un poble o un altre, bueno, se'ls deixava els diners que creiem convenient. [...] Aquí hi va haver un percanç perquè les registrava una parella que una monja mateixa ens va dir: 'Vayan con cuidado con esta pareja porque lo que nos quitan a nosotras se lo ponen en su bolsillo'. Em van demanar per fer-ho a mi, que vaja, em feia cosa! Jo no vaig registrar a ningú. Els hi deia: Si tienen algo, sáquenlo. I elles mateixes, si tenien algo, lo que els hi semblava de valor ho deixaven allà. Es va acompanyar a unes (monges), les altres se'n van anar i es va acabar la història aquí».

Conxa Pérez formaba parte del Comité de defensa del barrio de Les Corts; con su grupo, no paró durante los primeros momentos de la resistencia armada para reducir a los militares y aquellos que les daban apoyo. Posteriormente, fueron a construir unas barricadas por la zona de la Maternidad.

JOAQUINA DORADO, «El diecinueve de julio me presento al Sindicato por la mañana y ya me habían enseñado a tirar y salí con ellos a la calle. Mi padre por un lado y yo por otro».

Joaquina Dorado participó, con los compañeros del Sindicato de Madera, en las acciones que se realizaron para detener el golpe militar. El Sindicato de la Madera, situado en la calle Rosal, en el barrio de Poble Sec, fue junto con el Sindicato del Transporte y de la Metalurgia, que tenían su sede en la Rambla de Santa Mónica, y el de la Construcción en la calle Mercaders, uno de los protagonistas importantes de la lucha armada en Barcelona. Su intervención, desde el centro de la ciudad, fue decisiva en el control de las calles por los obreros. El Sindicato de la Madera estaba en alerta semanas antes del alzamiento militar.

«Sí, sí que lo esperábamos. Fue cuando yo más frecuenté el sindicato. Ya varias semanas antes, pero tres días antes ellos se turnaban y dormían en el sindicato. Yo no. Yo quería también hacerlo, pero los hombres no me dejaron. 'Tú vas a dormir a casa, vienes mañana' y tal. Me orientaban para que no me encontrase yo sola como mu-

jer, que a mí me era igual porque eran unos hombres cultos, muy bien educados conmigo. [...] El diecinueve de julio me presento corriendo por la mañana y ya me habían enseñado a tirar, había un sótano en el sindicato y ya salí con ellos a la calle. Mi padre por un lado y yo por otro».

Los militares sublevados controlaban las Atarazanas y la fábrica de electricidad de las Tres Chimeneas, es decir, el Paseo Colón y la parte baja del Paral·lel. Para aislarlos de la Plaza España, los trabajadores del Sindicato de la Madera y el Comité de defensa del Poble Sec levantaron una gran barricada a la altura de la Brexa de Sant Pau, delante de «El Molino» y del «Bar Chicago». Los combates con el ejército duraron más de seis horas y necesitaron refuerzos cenetistas de las Ramblas para controlarlo. La actuación de Antonio Ortiz, con un pequeño grupo que tenían una ametralladora, fue decisiva; también F. Ascaso, J. García Oliver, G. Jover y R. Sanz intervinieron. El comandante Felipe Díaz Sandino, jefe de la Aviación del Prat que colaboró con los cenetistas, tuvo un importante papel en la derrota de los sublevados en Barcelona.

«Nosotros fuimos primeramente a Atarazanas por el lado de Las Tres Chimeneas. De ese lado estuvo la Madera todo el rato hasta que se tomó Atarazanas, pero era al lado contrario de donde murió Ascaso. Ascaso murió del lado de las Ramblas y nosotros estábamos del lado del Paral·lel. Allí ya habíamos hecho la barricada del [Bar] Chicago que llamaban, donde estaba El Molino. Y, bueno, pues de allí ya venían e iban mensajeros hacia capitanía que estaba [Díaz] Sandino, que quería bombardear el Gobierno Militar cuando no se rendía todavía. Sandino, era un aviador leal. Y, después, cuando se tomó Atarazanas y ya teníamos noticias de toda Barcelona que estábamos venciendo».

«Entonces subimos a pie, que entonces no había los autobuses que hay ahora, a Montjuïc, porque considerábamos que viviendo nosotros, teniendo nuestro local debajo de Montjuïc, en Poble Sec, era un sitio clave, para la defensa incluso de Barcelona. Y, allí subimos a Montjuïc y estaban todos los soldados formados en un gran patio y los jefes militares nos recibieron muy bien y allí no hubo lucha ni oposición ninguna, quedamos dueños de Montjuïc, la Madera. Cosa que después, cuando hubo el reparto del patrimonio, le tocó a Esquerra Republicana y nosotros tuvimos que desalojar Montjuïc».

AURORA MOLINA, «Sabíamos que se iban a sublevar y la prueba era que todos teníamos armas en casa, ¿eh? Y cuando estalla el movimiento hasta en la escuela, todas las clases estaban llenas de pistolas».

Aurora Molina, siendo una adolescente de dieciseis años, siguió todos los preparativos que los militantes de la CNT y de FAI hicieron días antes de la sublevación militar. Sus padres, dirigentes de la CNT y de la FAI, Juanel Molina, del Sindicato de la Construcción de la CNT y su madre, Lola Iturbe, redactora del periódico *Tierra y Libertad* y el director de la Escola Natura donde iba, Joan Puig Elies estaban informados y se preparaban para los acontecimientos.

«Pero, nosotros comprenderás que en casa lo sabíamos todos, mi padre y mi madre. Los compañeros sabíamos que se iban a sublevar y la prueba era que todos teníamos armas en casa, ¿eh? Y cuando estalla el movimiento hasta la escuela. Coincidió que en la escuela había una exposición de las obras que se hacían durante el año, ¿no? Yo con unas bragas estuve todo el año, cosiendo aquellas bragas. Pero, resulta que cuando fuimos a ver aquella exposición que había cuadros y todo, pues, había un cojín con unos bordaos y todo, muy bonito e iba con una compañera y ella coge el cojín, hace así y estaba lleno de pistolas. Puig Elías que nos vio y nos llamó, y dice: ‘Es que se están esperando acontecimientos y están todas las clases llenas de pistolas’. Y ya Puig sabía. Y, nosotros. Yo el diecisiete ya, un día antes, ya estábamos en la calle sin dormir esperando que pasara. Y, pasó el día, y luego cuando se produjo por la madrugada del sábado al domingo, pues estábamos sin dormir desde dos o tres días».

El 19 de julio Aurora Molina participó en la resistencia obrera durante el golpe militar haciendo diversas acciones; una de ellas fue la toma del cuartel de Sant Andreu. Una concentración de grupos de la CNT y de la FAI fue aumentando durante todo el día fuera del edificio. Dentro habían escasas fuerzas militares ayudados por simpatizantes de derechas y monárquicos. La aviación bombardeó y ametralló el cuartel. Finalmente, a la tarde, sus defensores abandonaron poco a poco el edificio. Ya había noticias de la derrota de la sublevación militar y de la rendición del general Goded en la Capitanía. Los Comités de defensa de diversas barriadas, como los de Sant Andreu, Horta, Santa Coloma, Sant Adrià y Poble Nou asaltaron el cuartel sin resistencia, apoderándose de todas las armas

que estaban ahí depositadas. El arsenal estaba compuesto de cerca de 30.000 fusiles (Guillamón, 2007: 37).

«Y me acuerdo que oímos las sirenas y dijimos todos: ‘¡Ya está!’ Y nos fuimos a asaltar el cuartel de San Andrés. No sé si al primer asalto había caballería. El caso es que nos volvimos pa’ atrás, y luego cuando volvimos vino el aviador ese, [Díaz] Sandino, con un par de bombas. Y ya nos lanzamos al cuartel. Cogimos las armas, Winchester y una ametralladora y cuando llegamos a Horta, resulta que no había balas, que estaban sin cerrojo. Vuelta otra vez a cogerlos, y se hizo la distribución del barrio, la ametralladora aquí, resulta que estaba puesta pero no tenía, no estaba armada, ¡que si hubieran venido! La otra, nos la pusieron ahí en la iglesia, un grupo en la iglesia, otro grupo en una bajada que iba pa’ la avenida donde había la cochera de tranvías. Así que los cuatro o cinco puntos que estaban, las Casas Baratas, completamente [defendidas], ¿no? Nos pusieron, a mí y a un compañero, en un sitio que dicen que pasaban los coches de fascistas y nos pusieron a nosotros para pedir los papeles, ¡fijate!».

«Por la madrugada yo vi la CNT-FAI y las banderas en los coches. Yo ya creí que habíamos triunfado, sí. Y, por eso yo creí en el triunfo hasta muy tarde porque como no salíamos de nuestro medio no conocíamos nada. Yo tenía tanto entusiasmo, ya te digo, estuve dos meses sin ver a mi madre, yo por ahí perdida. Ah, y me acuerdo que iba a la casa CNT-FAI, allí, y desde un tejado había pacos, esos que va y tiran un paco y yo iba por la calle y yo tenía un Winchester, que no lo dejaba ni a tiros e iba con mi Winchester. Y suena un tiro, y entonces veo a mi madre que sale de un portal, y me agarra así y me mete pa’ dentro: ‘¿Pero qué haces mamá?, ¿con un fusil y me metes aquí dentro?’. Y salí fuera.

Y [...] se acabaron las barricadas, se acabó todo... Y entonces, a mí me mandaron al Hospital San Pablo, faltaban enfermeras. Nos mandaron a todos, nos distribuyeron porque había muchas monjas que se habían ido y otras que se habían quedado. Pero a mí me dieron una sala de viejos, a cuidar viejos, sí. Yo iba a lavar a los viejos, a darles de comer y a limpiar. Y estuve ahí tres meses».

«Ah, bueno, yo iba a dormir a mi casa, sola, ahí con mi abuela iba a dormir. A comer, lo que encontraba, lo que me daban. No ves que allí, organizando las cosas daban sandwiches y eso, y yo llegaba a un sitio y había sandwich y me lo comía».

JULIA HERMOSILLA, «Estábamos Ángel y yo bailando en Santurce, y se arrima un compañero y, al oído, nos dice que se había sublevado el ejército».

En el País Vasco, donde existían importantes fuerzas tradicionales y carlistas, la rebelión militar tuvo éxito en Vitoria. Una importante guarnición militar tomó el control de la situación en esta ciudad y también, por extensión, en toda la provincia de Álava. Lo mismo pasó en Navarra pero los acontecimientos fueron diferentes en Vizcaya y Guipúzcoa. En Bilbao los obreros salieron a la calle cuando tuvieron noticias de lo que sucedía y rodearon el cuartel del ejército. Sin armas, la multitud se defendió con lo que encontraba: botellas, cuchillos, escopetas de caza, garrotes, etc. Los soldados del único regimiento existente prefirieron capitular. También en San Sebastián los trabajadores ocuparon la calle desde el primer momento. El ejército con la ayuda de los falangistas fue a reducir el local de los cenetistas que estaba en la calle Larramendi pero se encontraron con una impresionante barricada hecha con el empedrado de la calle. Al encontrarse tal resistencia abandonaron su objetivo y se replegaron en dos edificios de la ciudad. La gran concentración de obreros y población de izquierda los obligó a rendirse; mientras tanto el Partido Nacionalista Vasco estaba a la expectativa de los acontecimientos y no actuó.

«Estábamos en las fiestas del Carmen; estábamos Ángel y yo bailando en Santurce, y se arrima un compañero y, al oído, nos dice que se había sublevado el ejército. Entonces Ángel y yo, que por cierto estábamos en la plaza de la misma estación del tren, y luego al otro lao del tranvía, los dos a un tiempo. ‘Vamos a bajar a Bilbao, al sindicato que allí se sabrá más’. Que estaba en la calle Zabala, una esquina. Y, cuando ya estuvimos al sindicato, muchos habían tenido el mismo pensamiento, ¿comprendes? Y ya, desde allí nos atestiguaron casi todo. Y, entonces, ya se sabía que Vitoria lo habían cogido, ya se sabía más o menos que estábamos cortaos, que sólo teníamos las fronteras, pa’ venir aquí, además, de Vizcaya para Vitoria ya estaba todo cogido, Logroño, Navarra, todo eso ya estaba cogido. Y ya nos organizamos. Sí, en seguida».

ANTONIA FONTANILLAS, «En la calle Robador nos despertó una voz: ‘¡Compañeros! ¡La CNT y la FAI está en la calle!’ Y por todas

partes salía gente, incluso del prostíbulo y por todas partes. Toda la gente se movilizó y salió y se formó una barricada».

La calle Robador, donde vivía la familia Fontanillas en el casco antiguo de Barcelona, limitaba en un extremo con la calle Hospital y por el otro con la calle Sant Pau. Muy cerca de ahí tuvo lugar uno de los enfrentamientos más importantes entre cenetistas del Sindicato de la Madera junto con el Comité de defensa del barrio de Poble Sec contra los militares insurrectos que resistieron toda la mañana del 19 de julio. La calle Sant Pau era un lugar estratégico para unir a los militantes y trabajadores que estaban en las Ramblas y que querían reforzar las posiciones de las barricadas de Paral·lel. Muchas otras barricadas se formaron en pequeñas calles del casco antiguo gracias a la movilización de los vecinos, simpatizantes de la CNT y militantes cenetistas, impidiendo el paso del ejército. Los trabajadores pudieron demostrar su malestar contra sus condiciones de vida y su miseria, poniéndose a lado del sindicato que desde hacía décadas luchaba a su lado; al mismo tiempo, expresaron su oposición ante la insurrección militar que defendía los intereses del Capital, de la Iglesia y de los privilegiados (Diez, 2010).

«Al matí, les primeres hores, no sé quina hora era, sentim la veu del pare d'un amic del meu germà que en el carrer Robador ens va despertar: '¡Compañeros! ¡La CNT y la FAI está en la calle!'. I llavors vam sortir al balcó —que hi sortia molt poc jo al balcó perquè, allí només lo que veies era [...] prostitució i de més i veies que de tot arreu sortia gent, mateix del prostíbul i de tot arreu. Tota la gent es va mobilitzar i es va formar una barricada. Jo crec que a l'extrem del [carrer] Hospital segur, i a l'extrem del [carrer] Sant Pau segurament. Em sembla que hi havia barricades d'un costat i de l'altre».

El descubrimiento de otra realidad

Para nuestras otras entrevistas, más jóvenes o más inexpertas, la sublevación militar y los enfrentamientos que se realizaron para reducir a los golpistas supusieron un fuerte impacto, un «despertar» que trajo consigo que se incorporaran a la actividad y a la militancia a partir de julio de 1936 tal y como sucedió con Sara Berenguer, Conxa Guillén, Gràcia Ventura y Pura López.

SARA BERENGUER, «Yo pensaba si matan a mi padre cojo el fusil. [...] El 19 de julio me quedó muy grabado y cambió mi vida».

Hacia las cuatro de la madrugada del día 19 de julio el ejército de caballería ocupó la Plaza España acompañado de una escuadra de ametralladores. Los cenetistas y el Comité de defensa de Hostafrancs habían construido una barricada a la altura de la alcaldía del barrio cerrando toda la calle. Los militares dispararon un obús a la barricada causando muertos y heridos, tomando el control de la Plaza España hasta las tres de la tarde (Guillamón, 2007: 17). La Plaza España era un punto de encuentro de los que querían ir de excursión a las playas cerca de Barcelona, como podían ser las del Prat del Llobregat o Castelldefels ya que en esa plaza estaban situadas las paradas de autobuses. Lejanas de lo que estaba sucediendo, Sara Berenguer junto a su madre, hermanos pequeños, y su prometido fueron a ese lugar para tomar el bus que los llevase a la playa para bañarse en el mar y para disfrutar de un domingo de verano del mes de julio (Berenguer, 1988: 16).

«En aquella època, jo tenia 17 anys, festejava amb un mestre d'escola i aquell diumenge teníem d'anar al Prat del Llobregat a banyant-se, no? [...] Quan baixàvem pel carrer Tarragona, un home que venia en sentit contrari, en veure'ns en plan d'excursió ens va dir: No continueu que hi ha la revolució! Nosaltres el vam mirar i vam dir què li passa en aquest. I vam continuar el camí. Ja més avall, —el carrer estava desert, eh?—, més avall un altre home que venia en sentit contrari ens va dir: 'On aneu, a buscar l'autobús?' Perquè va veure que anàvem en plan d'excursió, i vam dir sí, 'anem a la Plaça d'Espanya. —'No hi aneu, hi ha els canyons que estan tirant a Hostafrancs'. Allavonses vam dir 'potser sí, no?' I ens en vam tornar endarrere. I vam passar per davant del *cuartel* Alcántara, que no estava obert ni hi havia res, i vam arribar hasta al barri altra vegada. El novio se'n va anar cap a casa seva, i ja quan arribàvem al carrer París, —vivíem carrer París cantonada Viladomat—, sentim que deien '¡Es la revolución, la revolución!' I dèiem 'qué revolució?' Vam entrar a casa. Jo vaig tornar a sortir a la porta i deien: 'Als Quatre Camins fan una barricada!' I jo tenia ganes d'anar-hi però, la meva mare: 'Nena, no et moguis!'».

El padre de Sara era un destacado militante de la CNT, del importante y potente Sindicato de la Construcción. Como otros tantos cenetistas, desapareció de su casa hasta que la situación no

estuvo totalmente controlada. A pesar de la rendición del general Goded, a las siete de la tarde del mismo 19 de julio, hubo combates aislados durante algunos días. Sara Berenguer recuerda que cerca del mediodía del 21 de julio llegaron a su casa tres milicianos armados con fusiles y uno de ellos era su padre.

«I quan va entrar a casa, ens van omplir la fachada de tiros, perquè va vindre amb tres companys, amb un sidecar, van entrar amb un fusell a l'hombro, i una fàbrica que hi havia davant d'on vivíem nosaltres al carrer París, que li deien la fàbrica dels panyos, rentaven roba pels hotels i tot això, van començar a disparar. I el meu pare va pujar al primer pis, jo me'n vaig anar darrere d'ell. I des d'allí va haver un paqueo, no? Es van tirar tiros d'un cantó a l'altre. I la meva mare des de baix pobreta estava desesperada: 'Sara baixa! Baixa! que et mataran!'. I què va!, jo pensava si maten a mon pare jo agafo el fusell. No n'havia tingut mai cap a la mà, però vaig pensar: 'no, jo em quedo al costat d'ell'. I bueno, van estar un rato, no gaire, no? I després, els altres van parar i ells també. Quan va baixar, al cantó de darrere nosaltres teníem un garatge molt gran, el meu pare em va dir 'Sara, vine aquí. Et vull ensenyar com se carga un fusell'. Va carregar el fusell, el va descarregar, em va posar les bales de dintre, i ara fes-ho tu. Jo ho vaig fer i la meva mare no feia més que cridar 'deixa'ls, que et mataran!' Però jo veia que el meu pare estava fent algo important, no? I vaig aprendre a carregar i descarregar el fusell. I se'n van anar tots tres, i ja no els vam veure a la nit ni res. [...] El 19 de juliol em va quedar molt gravat i va canviar la meva vida».

«I l'endemà el meu pare va vindre i em va cridar a part en aquest garatge que teníem, i em va dir: 'nena me'n vaig al front perquè els fascistes han agafat Saragossa i anem a defensar Saragossa'. No li diguis res a la mare, ja li diràs demà, quan ens haguem anat. Allavors li vaig dir 'però jo vull venir amb vosaltres, jo vull fer algo per la revolució'. I em va dir no, tu ets massa jove, tu queda't aquí amb la mare: 'no, no, jo vull venir amb vosaltres! O fer algo per la revolució'. Va dir: 'bueno, pues si vols fer algo per la revolució ja ho fem'. I ens en vam anar al Comitè Revolucionari».

CONCHA GUILLÉN, «Para mí aquello fue como un despertar».

La Iglesia tuvo un papel indiscutible brindando apoyo hacia los sublevados del 19 de julio. Sus edificios fueron, a menudo, lugares

de resistencia donde se atrincheraban los facciosos con la ayuda de los capellanes. Desde ahí se disparaba al pueblo y este reaccionó contra ellos, saqueando y quemando las iglesias. Hubo una dura resistencia y difícil rendición en diversos conventos e iglesias de diferentes barrios de Barcelona. El Convento de las Carmelitas fue uno de estos; ubicado en la Diagonal esquina con Roger de Llúria fue uno de los últimos reductos fascistas que no se rindió hasta el 20 de julio. La iglesia de la calle Galileu, en el barrio de Sants, no se rindió hasta la tarde del día 19 de julio. Para la rendición de esta iglesia, fue decisiva la intervención del obrero portuario Manuel Lecha, antiguo artillero que se desplazó a la iglesia del barrio de Sants con dos cañones donde se encontraban atrincherados, gracias a la ayuda de los capellanes, los fascistas que disparaban a todo aquel que se acercaba. Concha Guillén que era anticlerical, como su padre, siguió todos estos acontecimientos con especial atención; así como también, aquellos que tenían que ver con la quema y saqueo de iglesias que se hicieron donde se creía que los capellanes habían colaborado con los facciosos (Guillamón, 2007: 34; VV AA, 1937: 20-21).

«¡Ui! ¡Como una fiesta! Sí, yo tenía 17 años y no sabía de qué iba todo eso. Porque yo no estuve nunca sindicada. En la fábrica donde trabajaba, seguramente que estaban sindicados la gente, pero a mí no me dijeron nunca nadie nada y yo no me preocupé de eso. Así que claro, para mí aquello fue como un despertar. Yo dije: '¡Ui! Parece que la gente tira tiros, ¿qué pasa?'. Y se oía ¡pam!, ¡pam! y ¡bim!, ¡bim! y golpes de cañones porque en Sants, el cura, se parapetó en la iglesia y con una ametralladora mataba a todos los que querían coger la iglesia. Él desde arriba con la metralleta, los mataba. Entonces hubo uno que dijo: '¡Ui! ¡A este lo liquido yo!'. Y cogió y se marchó. Se fueron a un cuartel, a las Atarazanas o no sé dónde, cogieron un cañón, de aquellos que se arrastraban, lo pusieron delante de la iglesia, le dieron un zimbombazo, y saltó el cura con la metralleta y todo. Y todo eso claro, nosotros, porque Sants está muy cerquita de donde yo vivía, pues todo eso lo vivimos y francamente pues que ya te digo, un despertar».

GRÀCIA VENTURA, «Las chicas más jóvenes de las Juventudes nos teníamos que hacer cargo de lo que los jóvenes dejaban al ir al frente».

En Valencia, donde había una fuerte guarnición militar, se constituyó el día 20 de julio un Comité revolucionario que agrupaba a todos los partidos del Frente Popular. Paralelamente la CNT formó un Comité de huelga constituido por los militantes más destacados como Domingo Torres y Juan López, entre otros, que proclamaron una huelga general revolucionaria a la que se sumó la UGT, la cual era minoritaria en la ciudad. Se unieron las dos organizaciones y crearon el Comité Ejecutivo Popular de Levante. La población se encontraba en estado de alerta ya que esperaban un posible ataque de los militares que estaban en el cuartel de Paterna; los militares dudaron en sublevarse y el Comité no sabía si dar órdenes de asaltar los cuarteles. Finalmente, comenzaron a llegar armas enviadas por la CNT de Madrid y por la CRT catalana y el día 31 de julio los obreros decidieron lanzarse al ataque con la ayuda de algunos soldados. Los militares fueron reducidos después de quince días de tensión e incertidumbre. Fuera de Valencia, los Comités revolucionarios se constituyeron en todas las localidades variando en su composición según las fuerzas sindicales y políticas de cada lugar (Smith, 1977). En Castellón de la Plana, el Comité lo constituían 14 miembros de la CNT, 7 de la UGT, 7 del POUM y 7 republicanos. En Borriana, donde vivía Gràcia Ventura, se formó también un Comité revolucionario similar.

«El 19 de juliol pues en ahí va anar de moment bé, però tots esperant sempre lo que podria passar en València. Perquè en València ja saps que va estar entre dos aigües, hasta que la cosa se va resoldre, lo menos van passar vuit dies o més. I entonces però, en Borriana pues se va transformar. I els republicans pos van entrar un Comitè. I después del Comitè van fer una socialització. Els panaders se van socialitzar. Van fer la socialització de panaderies i tot això. Els joves se n'anaven al front i entonces pues, les altres joves que erem les xiques més joves de les Joventuts i això pues mos tenien que fer càrrec de lo que els joves deixaven de la Joventut. Que tampoc no era gran cosa però bueno, feiem el nostre paperet. I después jo també vaig cosir per les milícies com si diguerem però eren treballs voluntaris, això no era res retribuït, tot era cosa voluntària».

PURA LÓPEZ, «Los soldados llegaron a nuestra casa. Nos cogieron a todos y nos trajeron al Ayuntamiento. De allí pa' la cárcel. Vinimos

[...] por la carretera con los soldados y la gente se arrimó a ellos diciendo '¡Que los maten!, ¡Que los maten!'».

La vida de Pura López y de su familia se vio brutalmente transformada cuando se dio la sublevación militar del 18 de julio de 1936. Su experiencia es muy distinta a la del resto de nuestras protagonistas que vivieron en ciudades y en zonas donde los obreros y los republicanos pudieron controlar y reducir el alzamiento militar. En Andalucía, por el contrario, los golpistas tomaron el poder en pocos días, menos en Málaga que continuó siendo fiel a la República. En la ciudad de Granada, el ejército rebelde esperó a que llegaran órdenes desde la ciudad de Sevilla para sublevarse y por este motivo, lo hicieron el día 20 de julio (Gibson, 1978; Vega, 2009). La Guardia Civil y la Guardia de Asalto Republicana se pusieron al servicio de los militares sublevados; también lo hicieron la Falange local, los Requetés y la Legión, «los moros», tropas de Marruecos que participaron junto con el ejército en la ofensiva antirepublicana. La familia López, en su pueblo Lanjarón, pasó de ser reconocida y valorada durante la República a ser señalados como elementos peligrosos por parte de la población afín a los vencedores.

Su padre fue detenido en el Ayuntamiento por ser un conocido socialista y republicano y días más tarde fueron detenidos los dos hermanos de Pura, Antonio y Félix; ninguno de ellos tenía antecedentes políticos. Los dos hermanos pequeños, la madre y la cuñada también fueron detenidos. Miguel y Germinal, los dos hermanos libertarios no fueron localizados en la casa, ya que se estaban movilizados frente a los militares insurrectos. Germinal fue de los pocos que ofreció resistencia cuando el ejército ocupó el pueblo. Como no encontraron a Miguel y Germinal, la casa fue saqueada y el taller mecánico de la familia, destruido.

«Pues mira que mi hermano, el Germinal, fue el único que les hizo frente en el pueblo. [...] Y saltó en una calle estrecha, de un terrao a otro. Y se fue a la sierra, que lo estuvieron buscando los aviones, las avionetas y todo ¿eh? Es él que se fue a la sierra».

«Los soldados llegaron [...] a la casa. Nos cogieron a todos y nos trajeron al Ayuntamiento, y ya no vimos nada más. De allí pa' la cárcel. Vinimos [...] por la carretera con los soldados y la gente que se arrimó a ellos diciendo: '¡Que los maten!, ¡Que los maten!'. Nos trajeron al Ayuntamiento y cuando entramos allí [...] sentíamos

los golpes que le daban a mi padre. [...] Y, a mi hermana, mi madre y yo, nos metieron en una sala, donde había también más mujeres. Pero a mi padre lo tenían en otro sitio. Sentíamos [...] los golpes que le estaban dando a mi padre. Y allí pues a las 4, las 5, nos llevaron. Subieron a un camión, a mi padre lo ataron, mis dos hermanos, uno a un lado y el otro al otro, y mi hermana y yo a los pies».

«Nos llevaron hasta Granada que se hace no sé si es una hora el camino, y estuvimos lo menos 4 horas o 5 horas. Ellos fueron parando en todos los paradores, los militares se metían a beber y a todo, y nosotros [...] con todo el sol que había en aquel mes, que era [...] en julio, pues nos dejaron allí en la carretera todos atados sin agua, sin comida y sin nada. [...] Nos llevaron a nosotros, a mi hermana y a mí, y nos dejaron en el cuartel de la Guardia Civil, y a mi padre y a mis hermanos se los llevaron a la cárcel Modelo, porque entonces [...] la cárcel modelo de mujeres no estaba terminada. Y nos dejaron aquella noche en el cuartel de la Guardia Civil. Y ¡lo que pasamos aquella noche en la cuadra de los caballos!, mal, a pesar de estar de la manera que estábamos que no sabíamos lo que pasaba ni lo que nos iba a pasar; ¡la gente que vimos entrar aquella noche allí! Uno con la cabeza rota, otro echando sangre por todos los lados, que la gente que cogían en Granada, los chicos jóvenes [...] y mayores, todos los metían allí. Hasta pasarlos a la cárcel».

Pura tenía dieciséis años cuando el 11 de agosto de 1936 fusilaron a su padre Manuel López López y a sus dos hermanos Félix y Antonio. En pocos días perdió gran parte de su familia. Miguel, el hermano mayor, participó en la resistencia obrera y popular que se desarrolló en la ciudad de Granada y en sus alrededores inmediatamente después del 18 de julio. En el casco antiguo, en el Albaicín, los trabajadores prácticamente desarmados resistieron varios días. La lucha continuó en la provincia de la Alpujarra donde Miguel fue detenido y fusilado el 27 de julio en Torvizcón. Los militares estaban tomando el control en la provincia de Granada y eliminaban drásticamente a toda la oposición. Las operaciones del ejército fueron dirigidas por el general Orgaz Yoldi llegado, expresamente, de Tetuán y a las órdenes directas de Franco. Su represión y el avance de los militares rebeldes en el sur del Estado español fue brutal e implacable, ya que no se tomaban prisioneros sino que se realizaban fusilamientos sin ninguna prueba. Pura supo la noticia

del fusilamiento cuando estaba en la cárcel con su hermana Isabel y su cuñada, la esposa de Miguel. «A mis hermanos los mataron antes, iban los tres ataícos. Y a mi padre después, pa' que viera sufrir a mis hermanos bien. Y a mi padre le cortaron una oreja».

En un primer momento eran tantos los detenidos en Granada, que las dos hermanas estuvieron encarceladas en el Castillo de las Torres Bermejas y después fueron llevadas al Convento de San Gregorio, ambos en la ciudad de Granada. Las mujeres en esta última prisión, improvisada, eran más de un centenar, vigiladas por las monjas. Allí estuvieron siete meses en una situación deplorable; además, cada noche eran despertadas y llamaban a siete u ocho mujeres llevándoselas fuera y nunca más volvían. Se las llevaban a Viznar, un pueblo de la provincia de Granada, donde eran fusiladas. «Pues ya te digo, comiendo mal, mal. Sin lavarnos, sin nada, [...] Sentíamos todas las noches los camiones cuando venían a por la gente, porque todas las noches sacaban a gente. Y entonces allí en el pueblo no había carbón ninguno. Y sentíamos las mujeres hacían cola pal carbón. Desde [...] donde nosotras estábamos por aquellas rejillas se sentía lo que decían las mujeres: '¡Ya mira, ya sube el camión, ya vienen a por la gente!'. Y ya decíamos 'bueno'. Y te pasa una cosa muy grande cuando estás en ese sitio, que no piensas en lo que te puede pasar, na más que dices 'bueno mañana te tocará a ti'».

La Iglesia jugó un papel importante en el control de los detenidos y en la represión. El capellán de la prisión hacía su papel. «El cura cuando entró a confesarnos, que allí [...] te obligaba la celadora a confesar [...] y la confesión que nos hizo fue que dónde estaba mi hermano, que dónde tenían las herramientas, que dónde estaba la metralleta que llevaba, que yo en mi casa jamás vi un arma, yo no digo que no las tuvieran, pero yo en mi casa jamás las vi, ¿eh?».

A la salida de la prisión, Pura se encontraba enferma del pulmón, tenía tuberculosis debido a las malas condiciones de vida que pasó en los meses que estuvo detenida. No tenían casa ni tampoco un lugar a donde ir. Su casa de Lanjarón había sido destruida por las tropas del ejército. «Y ya cuando salimos de la cárcel, pues nos encontramos sin casa, sin familia y sin estar, nada». En aquellos momentos difíciles Pura encontró apoyo y solidaridad en otras víctimas de la represión. La hermana de una reclusa de la misma prisión, que fue fusilada, se conmovió de la situación desesperada que atravesaban y decidió

afrontar el riesgo de acoger a Pura y a su madre en su casa. «Y cuando nos vio a mi madre y a mí, porque es que no teníamos dónde estar, nos hubiéramos quedao en la calle en un escalón, pues nos vio y dijo: ‘¿dónde van ustedes a esta hora?’. Y mi madre le contestó ‘pues hija mía, a la aventura’. Dice ‘no, qué va’. Y me llevó, nos llevó a su casa y estuve 4 meses con médicos, con mi madre cuidándome, con todo lo que me hizo falta, 4 meses».

Cuando se recuperó físicamente y se puso a trabajar, estuvieron en condiciones de alquilar una habitación pequeña donde vivir. Isabel, la mayor, encontró trabajo de modista, mientras que Pura comenzó a trabajar como empleada doméstica; nunca había trabajado hasta ese momento. Pasó de la adolescencia, de ser la niña mimada por toda la familia, a la edad adulta y a enfrentarse con la dura realidad de su situación; experiencia que dejó huellas en nuestra protagonista. Su rebeldía aumentó en aquellos años y su determinación fue muy clara: resistir y comprometerse en la lucha contra los asesinos de su familia. Nunca militó antes de la guerra, su conciencia política despertó y se agudizó por su brutal experiencia familiar y personal.

«Ser útiles a la revolución»

La guerra y la revolución cambió radicalmente la vida de las mujeres y esta experiencia se concretó de forma diferente en cada una de nuestras protagonistas. Las mayores, que ya militaban durante la República, tuvieron un papel de mayor responsabilidad en la retaguardia y también en el frente; mientras que las más jóvenes «despertaron» y se incorporaron a la vida laboral, social y política participando en una multitud de actividades que transformaron para siempre su identidad. Hubo diversos grados de implicación por parte de las entrevistadas durante los tres años que duró la guerra pero lo que sí es general a todas es que quisieron ser útiles a la revolución y pusieron todo su esfuerzo para la consolidación de la revolución y la victoria de la República. Conxa Pérez califica de «revulsión» lo que sucedió en la retaguardia, en relación al cambio de valoración social que experimentaron los revolucionarios y los militantes de la CNT y de la FAI. «A veure, va ser una revulsió, que potser els va fer veure la realitat de les coses i que nosaltres,

els revolucionaris, lo que buscàvem era el bé per tots. Potser en aquest moment ho van arribar a veure i allavontes no els hi va fer por ja que les noies estiguessin amb nosaltres i una va ajudar en el Ateneu i ajudaven a fer el menjar i l'altra ajudava, totes van oferir-se, aquestes que abans no volien sapiguer res, totes es van oferir per fer algo».²

Veamos cómo se concreta este sentimiento de «revulsión» en nuestras protagonistas que nunca habían estado sindicadas y que pasaron a comprometerse en las múltiples tareas que la revolución demandaba en la retaguardia.

CONCHA GUILLÉN, «La mujer era un poco el trapo y Mujeres Libres decía que eso tenía que desaparecer».

Concha Guillén, que no había estado sindicado nunca, después de los acontecimientos ocurridos el 19 de julio decidió acudir al ateneo para afiliarse en las Juventudes Libertarias; más adelante, lo haría en la organización Mujeres Libres al coincidir plenamente con sus objetivos de mejorar el papel de las mujeres.

«Y yo, pues empecé a salir con chicos y chicas del Ateneo, y de Juventudes Libertarias y todo eso y empecé a interesarme a ir a las reuniones de las Juventudes Libertarias. Fueron pasando los días y vino una compañera de Mujeres Libres a las Juventudes de las Corts, que estaban en la calle Provenza, el local de las Juventudes.³ [...] Bueno a mí me encantó de verla hablar. Porque habló sobre todo de la libertad de la mujer, en fin valoró a la mujer, porque la mujer era un poco el trapo. Y ella pues dijo que eso tenía que desaparecer, que la mujer tenía que ganarse su puesto, pero no por ser mujer. Por lo que vale. Porque una mujer es madre, una mujer es hermana, una mujer es obrera. Una mujer es igual que un hombre, si no igual, es el complemento de un hombre. Y a mí me gustó tanto. Y yo dije: ‘¡Ui! Yo me voy a Mujeres Libres’. Y entonces me fui a la calle Gran Vía. Y ya toda la guerra la hice en Mujeres Libres».

2. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

3. La militante que participó en las charlas fue Soledad Estorach de FL de MMLL de Barcelona.

Concha Guillén fue al local del Instituto de MMLL de la Gran Vía n.º 622 de Barcelona, ahí conoció a diversas y destacadas militantes de la organización como Mercedes Comaposada, la cual tuvo una especial importancia en su formación. Más tarde sería nombrada secretaria de Propaganda de la Federación Local de Barcelona, cargo en el que estuvo hasta el final de la guerra.

SARA BERENGUER, «Iba a las Juventudes Libertarias, al Ateneo, después iba a estudiar. Después me enredé con las Mujeres Libres, y no podía llegar a todas partes, ¿eh?».

Después del 19 de julio, Sara Berenguer dejó su trabajo de costera para dedicarse a algo que fuera más útil a la revolución. Su padre, antes de irse al frente, la presentó a los militantes cenetistas del Comité de defensa del barrio de Les Corts, incorporándose inmediatamente en la secretaría del Comité Revolucionario CNT-FAI. Ella tampoco había estado sindicada hasta ese momento y comenzó a frecuentar el Ateneo de Les Corts, afiliándose poco después a las Juventudes Libertarias donde encontró a más chicas como ella. También comenzó a estudiar, formándose para poder mejorar sus tareas en el Comité. Estudió mecanografía, taquigrafía y francés. Más adelante, también se afilió a MMLL.

«Sí, a Joventuts Llibertaries hi havia un bon grup de noies. Bueno, és que el sindicat no el vaig freqüentar jo, estava sindicada, anava, pagava el meu carnet, però bueno no podia arribar a tot arreu. Anava a les Joventuts Llibertaries, a l'ateneu, després anava a estudiar quan no vaig estudiar taquigrafia, mecanografia. Després em vaig enredar amb les Dones Lliures, i no podia arribar a tot arreu, eh?».

ANTÒNIA FONTANILLAS, «Me propusieron para una cargo en el Secretariado de las Juventudes, y finalmente, como insistieron, acepté, pero de todas formas yo me encontraba muy cohibida allí».

También Antònia Fontanillas se afilió a la Juventudes Libertarias del ramo de las Artes Gráficas siendo propuesta como miembro de su secretariado. Fue mediante el Sindicato que se puso en contacto con los jóvenes que formaban parte de la organización libertaria. La secretaría estaba formada por cinco o seis miembros, ella hacía de contable; la mayoría eran hombres y ella no se sentía muy cómoda por ser la única mujer.

«I em van proposar per un càrrec en el secretariat en les Joventuts, i jo vaig dir que no. I aleshores recordo que Felipe Argueda, em va abordar i finalment, com va insistir vaig acceptar, però de totes maneres jo estava molt cohibida allí. [...] Em van donar el càrrec de comptadora i jo m'ocupava dels sellos, eh? De quan venien a cotitzar, de donar-hi els sellos i tot el d'allò».

GRÀCIA VENTURA, «Todos queríamos ser útiles a la revolución. Me acuerdo que los primeros días de la revolución le dije a mi madre: '¡Ah! Yo me voy de enfermera'».

Vicente Ventura, destacado militante de la CNT de Borriana y hermano de Gràcia Ventura, fue de voluntario al frente de Teruel para luchar contra el alzamiento militar en aquella ciudad que había caído en manos de los fascistas. La mayoría de las columnas que fueron a defenderla, eran confederales; el hermano estuvo en la Columna de Hierro, que agrupaba a jóvenes y entusiastas anarquistas. Gràcia también quería ser útil a la revolución y quería ir al frente como enfermera, pero su madre no la dejó ir diciéndole que sólo tenía 18 años y que era muy joven. Por el contrario, su hermana Assumpció sí pudo ir.

«Tots volíem ser útils a la revolució. Jo me'n recorde que los primers dies de la revolució vaig dir a ma mare: '¡Ah! Jo me vaig a ser infermera'. I ma mare me diu: 'Xica! Tu eres una mocosa! Vas a ser infermera?'. I la meua germana, l'Assumpció, diu: 'Ja aniré jo!' [...] Entonces hi havia moltes infermeres voluntàries. [...] i va anar-hi molt poquet de temps a ser infermera perquè entones totes nos apuntàvem per ser infermeres i coses d'estes».

Como en los otros casos que hemos visto, Gràcia Ventura se afilia a las Juventudes Libertarias durante la Guerra Civil donde estará hasta la toma de la ciudad a manos de los fascistas en julio de 1938. Según ella, su vida cambió con la revolución, cuando se juntó con el grupo de Juventudes Libertarias, pero tampoco fue un cambio radical ya que continuó paralelamente con su trabajo asalariado de siempre. El final de la guerra fue el cambio más drástico de su existencia.

«Jo vaig començar [a militar amb les Joventuts Llibertàries] quan la guerra. Sí, a pesar de que jo coneixia tota la gent que freqüentava, per mitjà del meu germà. Pues en els pobles tots se

coneixen. [...] Allí, en les pobles sabies que aquella era de la UGT, aquell era socialista, aquella era de la CNT o sega que en els pobles totes aquests cosetes se coneixen. [...] A mi la meua vida, bueno, la única vida que va canviar va ser eixa, que antes no anava a reunions i això i després vaig començar a freqüentar les Joventuts. Però, la meua vida només va canviar en això, freqüentar en uns amics o en uns altres. Perquè antes jo no anava a les reunions, jo tenia les meues amigues d'anar al cine, i estes coses i prou. Pero va ser a partir de la revolució que jo pues entre en contacte en tots ells. [...] Después de les hores de treball [anava a les Joventuts], perquè [...] els homes estaven al front. I nosaltros, per exemple ma casa que tot érem dones pues la faena no la podíem deixar perquè nosaltros teníem que guanyar-nos el salari per menjar. Ningú mos donava res. Vull dir jo que lo altre era voluntari. Anaves a les Joventuts a vora quines novetats n'hi havien i si podies fer alguna cosa. En les Joventuts vaig ser depositaria. Depositaria era pues anar a les cotitzacions i totes estes coses».

ISABEL GONZÁLEZ, «Una vecina que era de Mujeres Libres me dijo: 'Tu aquí en casa no haces nada y entre nosotras nos harías mucho servicio'. Me presentó y sí, les caí muy bien y empecé a hacer unos trabajos».

Isabel González tenía dieciséis años cuando estalló la insurrección militar. Vivía en Sants con su familia que eran originarios de Reus y desde los catorce años trabajaba en el ramo de la costura, gracias a su tía que era modista. Por medio de una vecina, amiga de su madre, que era de la organización MMLL, comenzó a colaborar con esta organización. Empezó como administrativa en la sede de MMLL que estaba en Plaza Cataluña, ordenando la correspondencia y haciendo recados.⁴ Poco a poco fue profundizando su contacto con la organización y conoció a Mercedes Comaposada, quien sería la persona que la fue guiando y que la ayudó a cambiar su vida. Isabel se formó como enfermera en el Instituto de MMLL y comenzó a

trabajar en diversos hospitales de Cataluña; oficio que continuó realizando a lo largo de los años.

«I un dia, parlant, va venir una veïna que era coneguda de la meua mare, una senyora gran, i aquesta senyora era de Mujeres Libres. [...] Era una senyora molt trempada, corria moltíssim i em va dir 'nena, tu aquí a casa no fas res'. Perquè hi havia molta relació. 'No fas res i tu entre nosaltres ens faries molt de servei'. 'Servei per a què?'. 'Sí, perquè avui dia necessitem molta gent perquè, escolta, tal com està la guerra, doncs necessitem les senyores, les noies que ens puguin ajudar'. Diu 'perquè sóc d'una organització que es diu Mujeres Libres'. Va ser la primera vegada que jo vaig sentir-la anomenar. I diu «que ens interessaria una nena com tu: discreta'. Bueno, això sembla que sigui com una mena d'alabança meua, no? Paraules textuals d'aquesta senyora. Una persona que no hagi viscut molt. Perquè no sortia gaire perquè a casa meua no em deixaven anar amb segons qui. Bueno, total, que em va presentar i sí, els hi vaig caure molt bé i allà a fer uns treballs».

«Estaven a la plaça Catalunya, cantonada carrer Bergara. A baix hi havia un estanc, molt gran, eh? Passat aquell xamfrà així, al primer balcó teníem la sede de Mujeres Libres, que era un pis molt gran, és clar, molt antic, requisat com tots aquells. I era on hi havia el despatx, on se feien les reunions, on se feien totes les coses. I jo, és clar, em dedicava més, diguéssim, a la cosa material: si havia d'anar a correus, si s'havia de fer quelcom, si s'havia d'anar a un recado, si s'havia de portar alguna cosa».

AURORA MOLINA, «Mi presencia estaba siempre por todos los sitios [sindicatos y ateneos], pero no, no milité. [...] Y, luego, pues nombran a mi padre [subsecretario de Defensa]. Yo iba a todas partes con mi padre».

La joven Aurora Molina debido a su gran vitalidad y a que era una persona muy activa, colaboró con todas aquellas tareas que podían ser más útiles a la revolución. Frecuentó los Ateneos y los Sindicales Confederales, especialmente el de la construcción donde militaba su padre, con quien estuvo junto siempre. Su padre fue nombrado miembro del Comité de Abastos y después subsecretario de Defensa de Cataluña, cargo que mantuvo hasta los acontecimientos de mayo del año 1937.

4. La sede central de Mujeres Libres estaba en Plaza Cataluña n.º 4, Barcelona. La organización disponía de otras sedes en los distintos barrios de la ciudad como: Les Corts, Gràcia, Sants y Poble Nou.

«Mi presencia estaba siempre por todos estos sitios [Sindicatos y Ateneos], pero no, no milité. Ah, sí, he tenido una vez un carnet, pero me parece que era de las Juventudes [Libertarias] del Carmelo. A mí me conocían, pero yo no [milité]. Y, luego, pues nombran a mi padre. Yo iba a todas partes con mi padre. Cuando fue del Comité de Abastos, fui con él por todo, por Monzón, por Barbastro, siempre fui con él. [...] Pues cuando nombraron a mi padre subsecretario de defensa pues yo por las mañanas iba a estudiar y por las tardes iba a la Capitanía General y allí hacía los pases esos de: 'Autorizo al compañero tal a que lleve la arma número tal' y esas cosas, y algún informe que no les interesaba que [nadie viese] me lo hacían hacer a mí. Y estaba allí hasta las ocho o así que me iba».

Aurora defendió las posiciones colaboracionistas de su padre y de la organización libertaria, en el sentido de participar junto a otras fuerzas políticas republicanas en la Generalitat de Cataluña y en el Gobierno Central. En contra estaban los sectores libertarios más extremistas. Para ella, la colaboración era la única manera de ocupar el espacio que correspondía al MLE y defender sus posición frente a otras opciones políticas: «[Lo] hubiéramos perdido todo, nos hubieran ganao los comunistas como hicieron al final. Entonces, claro, yo prefiero tener [...] una guerra así con un compañero al mando que no un compañero comunista. Y, ¿qué es lo que pasó al final?, que ellos [los comunistas] se fueron adueñando de todos los cargos y nos mataban gente en el frente diciendo que se habían querido fugar».

JOAQUINA DORADO, «No todos los grupos de jóvenes pertenecían a la FAI. Nosotros pertenecíamos a la específica porque quisieron tener un grupo joven para irnos preparando por lo que fuese, educándonos. [...] Y casi siempre iba yo, como delegada de grupos de la FAI».

Joaquina Dorado, sindicada en la CNT antes del 19 de julio, se afilió a las Juventudes Libertarias con el objetivo de ampliar la cultura y la instrucción de los jóvenes. Después formó parte del grupo de afinidad «Luz y Cultura», que estaba adherido a la FAI. Participaba yendo a las reuniones del grupo y de las Juventudes Libertarias y además, buscaba tiempo para asistir a los Plenos generales de la FAI en Barcelona como delegada de su grupo.

«Porque enseguida se corrió la voz de que había Juventudes Libertarias y acudían muchísimos jóvenes, que muchos padres se oponían, creían que era una cosa mala. Pero cuando llegaban a casa con libros prestados de la biblioteca y eso, pues los mismos padres los leían y se dieron cuenta de que aquello no era malo, que sus hijos se cultivaban que era nuestro objetivo, cultivarnos. Yo por lo menos les aconsejaba siempre: 'Aprender, aprender que ahora tenemos quien nos enseñe, aprendamos porque puede llegar un momento que sea clave que necesiten de nosotros y entonces hemos de estar preparados'. Y, sí, muy bien. Tomábamos nuestros acuerdos, nombrábamos delegados, íbamos a las asambleas generales de las Juventudes Libertarias de Barcelona y los contornos. Y no teníamos tiempo, bueno, por lo menos yo me lo buscaba para ir a congresos cuando me nombraban delegada o así pues yo acudía con los acuerdos de la barriada. [...] [Las] Juventudes Libertarias son diferentes al grupo de afinidad. [...] *Luz y Cultura* es un grupo de afinidad y entonces pues nos reuníamos, tomamos nuestros acuerdos, y nos apoyamos unos a otros, cuando pasa alguna cosa o hay que intervenir a lo mejor en alguna cosa grave en las Juventudes, como somos todos militantes de las Juventudes, pues intervenimos con el acuerdo que hemos tomado. [...] No todos los grupos de jóvenes pertenecían a la FAI. Nosotros somos un grupo de afinidad que pertenecíamos a la específica porque quisieron tener un grupo joven para irnos preparando por lo que fuese, educándonos. Y entonces pues nosotros entramos ahí. Nos lo propusieron y aceptamos. Y entonces, claro, pues había que mandar cuando había asambleas generales y todo eso de la FAI, pues teníamos que ir, o no ir, como quisiéramos, pero nos presentaban la hoja para discutir nuestros asuntos y tenían en cuenta nuestros acuerdos. Y casi siempre iba yo, como delegada de grupos de la FAI».

CONCHA LIAÑO, «Prefería aprovechar el momento, tan propicio, para llevar a cabo nuestro plan de ayudar a la mujer a que se liberase».

Concha Liaño decidió que su sitio era la retaguardia, continuar en Barcelona para fortalecer la Agrupación Cultural Femenina, que pronto cambiaría de nombre por el de Mujeres Libres y para ampliar su objetivo de liberar a las mujeres, organizarlas y prepararlas para las

tareas de la revolución. Fue elegida miembro del Comité Regional de MMLL para extender la organización por toda Cataluña

«Yo prefería aprovechar el momento, tan propicio, para llevar a cabo nuestro plan de ayudar a la mujer a que se liberase. Que [...] esa era nuestra manía, nuestra obsesión. Y creo que lo hacíamos bastante bien. [...] La prioridad en mi vida era organizar Mujeres Libres por los pueblos. Eso era lo que más me gustaba. Bueno, a lo que estaba yo llamada a hacer. Y me encanta pensar que lo conseguí».

Milicianas en el frente

Pasados los primeros momentos y visto que los enfrentamientos continuaban ya que los militares habían conseguido controlar una parte del territorio español, se formaron milicias entre la militancia de los diversos partidos políticos republicanos y de izquierda y también entre los sindicatos CNT-FAI y UGT. La principal tarea era reducir al ejército sublevado, que fue respaldado casi inmediatamente por los dos países fascistas europeos en sus operaciones: Italia y Alemania. Algunas mujeres anarquistas decidieron apuntarse a las milicias e ir al combate en el frente al lado de sus compañeros y familiares de forma totalmente espontánea y como respuesta natural a la agresión fascista. Las milicianas fueron una minoría y se sumaron a diversos batallones existentes de variadas adscripciones políticas antifascistas (Nash, 1991: 97-108). Fueron las pioneras en romper con el papel tradicional de la mujer de los años treinta. Su imagen tuvo un gran impacto social y fueron exaltadas como un símbolo de la guerra y de la revolución. Vestida con pantalones, como un hombre, y con un fusil, representaba una gran ruptura ya que las mujeres no habían utilizado hasta el momento otro vestuario que no fuera el femenino. Su nueva imagen fue difundida en la propaganda exaltando su coraje (Marino, 2006; Romero, 2009).

Tan sólo una minoría de mujeres anarquistas fueron al frente como combatientes; eran militantes comprometidas desde la República y habían asumido cierta independencia personal con el soporte de sus familias que normalmente también eran cenetistas. Dos de nuestras protagonistas optaron por incorporarse, desde un primer momento, en las milicias que partieron hacia el frente de sus respectivas ciudades: Conxa Pérez fue al frente de Aragón (Zaida,

Belchite) y Júlia Hermsilla lo hizo en el frente de Oxandiano (al norte de España). También Antònia Fontanillas intentó ir como enfermera, sin poder conseguirlo ante la negativa de su padre, con la columna Bayo que salía desde Barcelona hacia Mallorca que estaba en manos de las tropas franquistas. La mayoría de las veces las milicianas se limitaban a las tareas auxiliares: comida, lavar la ropa, enfermeras, cuidado de los heridos, etc. En otras ocasiones lucharon en el frente con armas, hicieron guardias y actuaron exactamente igual que cualquier hombre.

CONXA PÉREZ, «Yo iba con el grupo que pertenecía y éramos todos del grupo [anarquista]. Había mi compañero también allá [...] y éramos todos conocidos [...]. La verdad es que cuando íbamos a tirar tiros ni lo pensaba, parecía que tenías que hacer aquello y lo hacías».

Vencido el levantamiento militar en Barcelona y en toda Cataluña, los revolucionarios se organizaron para ir a Aragón donde la situación no estaba controlada y Zaragoza y Huesca habían caído en manos de los militares. Se formaron milicias para ir a combatir en el frente de Aragón y evitar el avance de las tropas franquistas hacia Cataluña. Conxa Pérez no tuvo ninguna duda a la hora de ir con su grupo de la FAI, y su compañero, en la centuria llamada «Los Aguiluchos de Les Corts», que estaba formada básicamente por los militantes anarquistas y cenetistas de su barrio. Se crearon centurias en muchos barrios de Barcelona (Oyón, 2008: 459-472), la mayoría eran jóvenes. Sin embargo, había gente de más edad, destacados cenetistas de los años veinte, como el padre de Sara Berenguer, que tenía cuarenta y dos años. Conxa iba con un fusil y vestida con un mono. La centuria se dirigió hacia Caspe, localidad situada a unos cien kilómetros de Zaragoza. Después se unió la columna Ortiz para ir a Zaida e iniciar el ataque de Belchite, donde encontró a su hermano que también era miliciano de la misma columna.

«I a nosaltres doncs ens van dir que en el cuartel de Pedralbes s'estava formant una centúria, vam anar i vam formar la centúria. Bueno, vam posar *Los Aguiluchos de les Corts*. I ens en vam anar cap al front, cap a Casp. I al arribar a les afores, un company que es deia Prades se li va posar la mania de que volia anar al seu poble a cremar aquella iglesia perquè li portava molts mals records. I vam deixar els altres companys amb la intenció de trobar-nos a Casp. I vam anar

a aquest poble que tampoc me'n recordo el nom i ja vam preparar una fogata per encendra-la i cremar-la. I, bueno, alguns del poble ens van fer comprendre que no ho féssim, perquè al costat hi havien cases, que podia passar una debacle i que no valia la pena. [...] Jo no era massa amant de cremar-ho, però en aquell moment, pues bueno, era un moment de revolució que algo es tenia que fer, anar canviant coses allavontes sí que els hi vam dir que no la cremàvem, però ja que ells ens deien això que treïessin els sants, que traïessin tot allò i es van comprometre que ho farien. I, després, nosaltres vam seguir el camí cap a Casp».

En el frente habían otras mujeres dando soporte a los milicianos, pero pocas mujeres combatían con armas como lo hacían sus compañeros milicianos.

«A nosaltres ens van enviar a la Zaida i, per tant, vam anar a la Columna Ortiz. Bueno, primer ens van dir que la columna es diria Hilario Zamora, perquè a les columnes hi havia un militar i un civil, i la nostra vam dir que hi havia Hilario Zamora, però quan vam arribar a la Zaida, això ja s'havia transformat i es deia Columna Ortiz.⁵ Ens vam quedar allà, a la Columna Ortiz. Allà hi havia moltes dones que hi anaven per cuidar els seus familiars, no eren milicianes, anaven per rentar-lis la roba, per cuidar-los. Mira, allà va pujar la germana i la mare dels Carrasquer, i com aquells molta família així, però aquestes no van tirar un tiro, anaven a aquesta cosa. [...] I com a milicianes allà a La Zaida, jo només vaig veure com set o vuit dones, en canvi, entre tot sí n'hi havien un grapat, però no eren milicianes. [...] Jo anava amb el grup que perteneixia i érem tots del grup [anarquista]. Hi havia el meu company també allà, el grup que anava jo i també el Francisco [Carrasquer], i érem tots coneguts. *Bueno*, no m'hagués agradat tirar tiros, però la veritat és que quan anàvem a tirar tiros ni ho pensava, semblava que tenies que fer allò i ho feies».

5. La Columna estava dirigida per el militant anarquista Antonio Ortíz Ramírez (Barcelona, 1907-1996). Obrero ebanista, formó parte del grupo «Los Solidarios», junto a Durruti y Ascaso. Tomó parte activa en las luchas contra la insurrección militar en Barcelona. Exiliado en Francia al final de la guerra participó en el ejército francés durante la Segunda Guerra Mundial (Martínez de Sas, 2000: 1.002-1.003).

JULIA HERMOSILLA, «¿Qué hacía?, ¿Qué coño hacer la comida! Con el pistolón arriba en el monte. [...] Estábamos arriba en el puente, dormíamos en cabañas».

Julia Hermosilla fue otro caso de mujer de acción durante la República, con una fuerte convicción revolucionaria y que se unió al grupo de las milicias libertarias que se formó en el norte de España desde los inicios de la insurrección militar. Ella, con veinte años, estuvo con el batallón Isaac Puente en el frente de Otxandiano, en Vizcaya.

«Pues mira, estalla la guerra y a los pocos días, pues ale, hay que tener una reunión. Tuvimos una reunión en el sindicato de La Casilla [Bilbao], estaba enfrente de un gran hospital. Y tuvimos una reunión, porque yo no faltaba a ninguna, ni Ángel [Aransáez]. Bueno, hay que hacer batallones, porque cuando empezó la guerra eran grupos, se llamaron centurias, lo mismo los nacionalistas que los socialistas que todo eso, todos los que se iban al frente, centurias. Hasta que ya pasaron los días y ya cada cual, pues los socialistas [pusieron sus nombres]: Meabe,⁶ Largo Caballero; y nosotros, [...] resulta, que les dije yo: 'Dejadme a mí escoger un nombre'; 'Bueno, pues sí, dilo', 'Isaac Puente'; me acordé del compañero de Vitoria. Y en ese estuve yo. [...] Qué, ¿qué hacía?, ¿Qué coño hacer la comida! Con el pistolón arriba en el monte. Bajábamos una vez al pueblo a descansar, pero estábamos arriba en el puente, dormíamos en cabañas. ¡Oh! la comida, si yo en aquellos tiempos no sabía ni hacer patatas fritas, pues si era joven, lo hacía todo mi madre. [...] El fusil y todo eso, me recuerdo, sí. Te lo ponías con una correa así, vestida de miliciana. Me cago en la mar, que pena aquellas fotografías que hice con los compañeros. Porque llevábamos un mono, nosotras las mujeres llevábamos [...] la chaqueta y el pantalón todo junto y era de color, pues como el pantalón de los hombres, de los pantalones estos tejanos de los hombres, era ese color, más fino, la tela era más fina, con unos bolsillos aquí, otros así. Y luego aquí, una insignia de la CNT».

Julia Hermosilla no tuvo que ocuparse de las comidas como si lo hicieron otras milicianas en el mismo frente del Norte, entre

6. Tomás Meabe Bilbao (Durango, 1879— Madrid, 1915), escritor y político socialista. Fue el fundador de las Juventudes Socialistas.

ellas la conocida Casilda Méndez, que era unos años mayor a Julia, tenía veintidós. Casilda combatió en el grupo Liquiniano desde el 19 de julio hasta la caída de Irún; también combatió por las calles de San Sebastián, en los cuarteles de Loyola (Martutene), en las Peñas de Aya y en el frente de San Marcial. Reconoce que durante todos aquellos meses le tocó hacer de todo; es decir, desde cocinera hasta combatiente, construyendo trincheras y parapetos de guerra. «Éramos ignorantes en el arte de la guerra. Nos ganaba la pasión enorme de creer que hacíamos un servicio ineludible, una acción indispensable para la Revolución. Y por eso estábamos allí. Éramos pocas las milicianas combatientes y las demás hacían mucho mejor servicio que lo que hacíamos nosotras con el fusil. [...] Nosotras tuvimos que improvisar todo y actuar impetuosamente. El enemigo estaba ya preparado. Había fraguado sus planes. Fue un duro aprendizaje de la guerra. Y que haya habido gente del campo republicano diciendo que las mujeres en la montaña éramos poco menos que rameras, eso es mentira, y no los perdonaré nunca. Es echar una mancha a la mujer nada más que por el hecho de disminuirla. No es nada glorioso, sino tristemente repugnante. [...] El ideal estaba por encima de todo. Era indiscutible el entusiasmo que ponía todo el mundo para defenderse del avance de los sublevados. No había tiempo para disquisiciones amorosas» (Jiménez de Aberasturi, 2009: 480-481).

En el frente Norte combatieron seis batallones cenetistas llamados Bakunin, Malatesta, El Celta, Sacco y Vanzetti, Rosa Luxemburgo y, finalmente, Isaac Puente, donde estaba Julia Hermosilla. Ángel Aransáez no combatió en el frente, su función fue política, ocupando el cargo de secretario de Orden Público, como representante de la CNT en la Junta de Defensa de Santurce y por esta razón tuvo contactos con el representante de la Gobernación de la Junta de Defensa de Guipúzcoa, el nacionalista Telesforo de Monzón (Lorenzo, 1972: 130; Chiapuso, 2009). El general Mola dirigió la ofensiva del País Vasco desde Navarra, intentando la toma de Irún, ciudad que, pese a la resistencia heroica que tuvo, cayó a comienzos de septiembre de 1936 y poco después cayó San Sebastián. Julia Hermosilla combatió hasta caer herida durante los bombardeos de Otxandiano (Vizcaya), cuando le explotó una bomba muy cerca que le perforó los tímpanos, dejándole graves secuelas en la audición.

ANTÒNIA FONTANILLAS, «Y al final pues no fui al frente. [...] Y recuerdo que había un compañero que me dijo: ‘No llores, aquí también en la retaguardia podéis ayudar’».

Pasados los primeros momentos de incertidumbre con la sublevación de los militares en Barcelona, los trabajadores volvieron al trabajo. Algunos aprendices de la empresa Riusset, donde trabajaba Antònia Fontanillas, se ausentaron del trabajo para apuntarse a las milicias que iban al frente. En agosto, Antònia y dos amigas del trabajo decidieron seguir el ejemplo. Antònia era la única de su familia que podía enrolarse y sentía ese compromiso. Su padre, con más de sesenta años y un delicado estado de salud, no podía ir al frente. Ella era la única que podía «ser útil a la revolución», defender en el frente los ideales libertarios y la libertad amenazada por los fascistas (Fontanillas, 1996: 143). Sin embargo, el padre de Antònia impidió en el último momento que ella se marchase con la expedición que iba hacia Mallorca, controlada por el ejército fascista, bajo las órdenes del militante de la CNT Juan Yagüe. Sus dos amigas fueron con la expedición como enfermeras.

«I hasta el Yagüe, que no volia sapiguer res de nosaltres, li va dir en el papa: ‘pero hombre! ¿Cómo es que tú siendo un anarquista le impides a tu hija que se marche al frente?’ ‘Si es que su madre, no, esto y tal, no?’. I a última hora pues mira, plorant, em vaig treure la brusa i tot el d’allò i me’n vaig anar. I recordo que hi havia un company que ens veia sempre sortir i entrar, un company vell de guàrdia al sindicat, i recordo que en aquell home casi bé se li saltaven també les llàgrimes i em va dir: ‘no llores, aquí también en la retaguardia podéis ayudar’. I a última hora pues no hi vaig anar, voilà».

La imagen positiva y heroica que desde la retaguardia se proyectaba de las milicianas comenzó a cambiar al cabo de pocos meses debido a una transformación de la táctica militar. Por ello, se comenzó a difundir una idea contraria de desprestigio, de ser inexpertas, de estar poco preparadas en el manejo de las armas y sobre todo de prostituirse en el frente y de ser las agentes de transmisión de enfermedades venéreas entre los combatientes. Todos los partidos políticos y los sindicatos, así como también la CNT-FAI, planteaban que las mujeres debían de retirarse del frente. Lo que comenzó siendo un cambio de actitud frente al papel que tradicionalmente se les había asignado a las mujeres fue rectificado en el mes de octubre de

1936 por el presidente del Gobierno, Largo Caballero; la consigna era «hombres al frente, mujeres a la retaguardia», que fue difundida incluso por las organizaciones femeninas y sus dirigentes, como la comunista Dolores Ibarruri. En realidad, era un replanteamiento de las tácticas de guerra y de cómo abordarla. La creciente influencia de los comunistas en el Gobierno hizo que su idea de sustituir las milicias populares espontáneas con formaciones militarizadas fuera ganando terreno. Las mujeres no tenían cabida en esta estrategia de transformación de las tropas republicanas y de creación de un ejército regular estructurado y jerárquico. No todas las mujeres estuvieron de acuerdo con las nuevas consignas, que respaldaban mucho la vieja división del trabajo. Unas se revelaron y se resistieron a la orden de abandonar el frente, como la miliciana vasca Casilda Méndez, que se incorporó al frente de Aragón, cuando cayó el Norte. Otras aceptaron dolidas el retorno, como sucedió con la catalana Conxa Pérez:

«I això ens va doldre molt, quan va arribar l'ordre de «las mujeres a la retaguardia» i donaven com a excusa que tenien més baixes d'enfermetats venèries que de tiros i això era fals completament. Jo no en vaig conèixer cap [de prostituta], allà a la Zaida i no vaig veure mai cap escàndol. Les dones érem summament respectades pels homes. Inclús el que em molestava una mica, és que tenien tanta cura de nosaltres, diguem, que quan anàvem als atacs, 'Cuidado Conxa! tira't per aquí!, tira't per allà!', perquè no em passés res, però cap classe d'abús.⁷ [...] I a mi em va doldre més que a les altres (la nova consigna), perquè precisament ho van projectar companys nostres, Ortiz, que era amic meu.(...) En Durruti, que eren companys de tota la vida, reivindicant la igualtat i en canvi en aquest punt crec que no varen estar bé. [...] Ho vaig discutir amb Ortiz, i discutíem i no tenia arguments i li deia que havien tingut la pocavergonya de fer això i es posava a riure. Però, vaja, això que varen fer, ja està bé, no? Altres companys tampoc estaven d'acord, però aleshores ens vam retirar i encara va quedar alguna [dona] en el front» (Pagès i Blanch, 2003: 230).

7. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

Colectivistas en la retaguardia

Una de las consecuencias más importantes del estallido de la Guerra Civil fueron las transformaciones económicas y sociales que se dieron y que trajeron consigo una transformación en el sector productivo y en las relaciones de propiedad. En la retaguardia se estableció la colectivización de la tierra y de las fábricas, dando el poder económico a los trabajadores de forma autogestionada. Ante la huida de los patrones, los trabajadores asumieron las tareas de producción desde el día siguiente a la derrota de los militares en las zonas donde se mantuvo la República, como pasó en Cataluña y otras zonas del Estado español (Madrid, Andalucía y Valencia).

Un proceso de colectivización más o menos espontáneo se dio en la retaguardia que lideró el sindicato anarcosindicalista CNT. En la nueva economía colectivizada hizo falta la incorporación de la mujer para sostener la nueva producción destinada a cubrir las múltiples necesidades del momento. Muchas mujeres rompieron con los trabajos y los papeles tradicionales que tenían antes de la guerra y salieron de su casa para ocupar los lugares que habían dejado los hombres en su marcha hacia el frente para defender la revolución y la República. La mayoría de nuestras protagonistas permanecieron en la retaguardia actuando de una manera muy intensa a lo largo de los tres años de guerra, ya fuese trabajando en las fábricas, centros educativos y asistenciales, y en organizaciones sociales y políticas con diversas responsabilidades.

CONXA PÉREZ, «Hubo una asamblea y me nombraron del Consejo de empresa. Y esta fábrica que era un taller pequeño que trabajaban, no sé, máximo una veintena de personas, llegamos a trabajar cerca de doscientos».

Conxa Pérez abandonó las milicias cuando se militarizaron y cuando se dio la orden a las mujeres de dejar el frente e ir a la retaguardia a trabajar. Se incorporó al trabajo en una fábrica colectivizada llamada Talleres Notario que estaba situada en Sants (Barcelona) y que se había convertido en una fábrica de munición. Había dos directores, uno de la CNT, anarquista, y el otro de la UGT, socialista. Trabajó en la sección de verificación siendo después elegida para formar parte del Consejo de Empresa donde hizo de secretaria

encargándose de escribir las actas de las reuniones. Comenzó a estudiar para suplir su falta de instrucción y poder desenvolverse en su trabajo de una manera más eficiente. Sus clases se impartían en la Casa Golferichs, en la Gran Vía y trabajó en la fábrica hasta el final de la guerra.

«Quan vaig vindre del front la segona vegada, el meu germà em va proposar d'entrar a treballar a la fàbrica que els havien ocupat. Va dir: 'fan falta dones, sobretot dones una mica convençudes. Hi tenim allà a la ex patrona que ens creiem que ens fa sabotatge'. Bueno, em va convèncer i vaig entrar a treballar. I em van posar de seguida a la secció de verificació de bales, que es a on estava la burgesa. A pesar de tot li van proposar de que marxés a casa i li pasarien el sou i que no patís que la fàbrica seguiria. Bueno, la dona es va conformar i no va passar res se'n va anar a casa i cada mes o cada setmana, no me'n recordo, li passàvem el sou. Que cobrava el sou més gran de la fàbrica, el que cobrava el director tècnic».

«Hi va haver una assemblea i em van nomenar del Consell d'empresa. I aquesta fàbrica que era un taller petit que hi treballàvem, no sé, màxim una vintena de persones, hi vam arribar a treballar a vora dos-cents. I vam anar canviant, comprant maquinària, bueno, clar, amb l'ajuda que ens feia la Generalitat, l'indústria de guerra [...] Vam fer d'un taller petit una fàbrica gran; vam fer obres, vam fer un pis a dalt que vam posar les oficines que estaven en un racó a baix; volíem fer un altre pis per posar guarderia pels nens de les dones que treballaven, que ja no ho vam poguer-ho fer, eh? [...] Vam formar una cooperativa, que les dones —dic dones, perquè eren casi tot dones les que treballaven—, no els hi va faltar mai cada setmana un paquet de menjar, perquè si es volia que es treballés també tenien que menjar. Hi havien dos o tres que la seva feina era anar pels pobles o per on fos a buscar menjar i després cada setmana feiem un paquet per cada treballador. I bueno que la cosa va tenir que canviar. Els homes estaven casi la totalitat al front i els treballs van anar a parar en mans de les dones».

Muchas fábricas en régimen de colectivización experimentaron una fuerte expansión y mejora durante el período de la guerra; un claro ejemplo de esto, fue el puesto de trabajo de Conxa Pérez ya que este tenía una importancia estratégica fundamental debido a que producía proyectiles y estos eran la materia prima imprescindible

para la guerra. La Generalitat ayudó económicamente a la transformación de mejora de la fábrica que se fue ampliando hasta hacerse muy grande. «Bueno, tot això va ser un èxit perquè d'un taller petit que no valia res van poder fer aquesta fàbrica».

JOAQUINA DORADO, «Al principio yo era la secretaria [personal] de Hernández y cuando él se marchó al frente, dimitió. La asamblea me nombró a mí secretaria [del Consejo Económico de la Madera], que sustituí a Antonio Blas, que era un militante también».

El Sindicato Único del Ramo de la Madera (CNT) de Barcelona después del 19 de julio decidió socializar el sector. Joaquina Dorado participó desde el comienzo en la colectivización del ramo de la madera donde estuvo trabajando y militando desde su llegada a Barcelona en 1934; conocía bien los problemas del ramo y creía que podía aportar soluciones. El taller donde trabajaba cerró y por este motivo pudo dedicarse en Pleno y destinar todos sus esfuerzos a la transformación y socialización del ramo de la madera. En 1936 estaban en crisis los pequeños talleres del sector, motivo por el cual los patrones se declararon insolventes por lo que no pudieron pagar los salarios a sus trabajadores; por esta razón, algunos patrones vieron con buenos ojos la colectivización del ramo. El sindicato se hizo con el local de la patronal de los madereros que se encontraba en la calle Diputación n.º 55 de Barcelona y desde allí, Manuel Hernández, presidente del Sindicato de la Madera, acompañado de un grupo de militantes, entre ellos Joaquina Dorado, comenzaron a organizar la colectivización del ramo.⁸

«Al trabajo ya no volví [después del 19 de julio]. No, porque además, el taller dio quiebra y, al quebrar, fuimos todos a la calle. Por eso yo tuve tiempo de estar en el sindicato y de muchas cosas

8. Manuel Hernández Rodríguez (Sevilla, 1898-Dreux (Francia), 1976) fue un destacado militante anarquista que desde joven fue activo en el Sindicato de la Madera ocupando cargos de responsabilidad en Andalucía, en el País Valenciano y por último, en los años veinte, en Barcelona (Poble Nou). En 1930 participó en la lucha contra la Dictadura en los Comités revolucionarios, que tanto la CNT como la FAI organizaron conjuntamente con los republicanos. Estuvo preso en varias ocasiones debido a su actividad reivindicativa, sindical y revolucionaria tanto durante la Dictadura como durante la República (Vega, 1980; Iñiguez, 2001).

porque yo me quedé sin trabajo. Y, entonces allí, en la Madera, pues el alma de la socialización fue un hombre andaluz que arrastraba a todos, a veces se imponía y los obligaba. Muchos no sabían, él les indicaba lo que había que hacer. Y ese hombre se llamaba Manuel Hernández, el alma de la socialización porque sin él quizá no hubiera habido socialización. [...] Entonces entramos ahí [en el local de la patronal], y empezó la socialización, con un contable, también se presentó Eduardo Pons Prades, entonces era un chiquillo.⁹ Y así empezó la colectivización. Se negaron los abastecedores de materias primas sobre todo de clavos y todo eso, colas y material para barnizar, se negó el dueño de un comercio al por mayor a darnos, sin dinero, material. Y ahí, sí, se arregló enseguida porque estábamos todos muy al corriente y este Manuel Hernández, que era un tipo singular, se presentó allí con la pistola y le dijo: 'Usted, ¿daba a los patronos, les vendía a sesenta días, a noventa días y a nosotros por una semana no quiere usted servirnos?'. La pistola la pone y de esto y dice: '¡Venga! O da usted el material o ahora mismo se queda usted aquí seco'. Y, claro, pues el señor lo dio».

Los militantes del Sindicato de la Madera marcaron las líneas de actuación a seguir para poder llevar a cabo la socialización del sector aprovechando el momento coyuntural, la revolución, que se estaba viviendo. En primer lugar, consideraron que lo más urgente era hacerse cargo de los pequeños talleres y racionalizar su producción dada la situación de crisis en la que se encontraban. El siguiente paso consistió en concentrar la producción cerrando los talleres pequeños y mal equipados para sustituirlos por otros más grandes y más nuevos, es decir, con una buena iluminación, ventilación, con maquinaria y un material adecuado. Se especializaron los talleres en un tipo de producción dedicándose por separado a estas actividades: embalaje, ebanistería y enchapado, entre otras (Castells, 1993: 139-154). También se tuvo en cuenta la mejora de las condi-

9. Eduard Pons Prades (Barcelona, 1920-2007) militante de la CNT, escritor y conferenciante. Su familia era del País Valenciano, su padre era un destacado militante del Sindicato Único de la Madera de Barcelona y su madre militaba en el Partido Sindicalista. Colaboró con la colectivización del Consejo Económico de la Madera socializada en 1936. Combatió después con la Quinta del Biberón (Entrevista a E. Pons Prades, Barcelona, 1978).

ciones del trabajo, tanto higiénicas y sociales, para los trabajadores y trabajadoras construyendo duchas, armarios para guardar la ropa, guarderías, bibliotecas y hasta una piscina.

«Ahí empieza la verdadera socialización: cerrar los talleres pequeños porque era una indecencia, sólo tenían como abertura las puertas de la calle, no había ni patios, ni ventanas y estaban todo el día respirando los hombres el serrín de las serradoras, de las máquinas de trabajar la madera; y esos talleres se cerraron o se les dio a otras asociaciones para que hicieran lo que quisieran, pero las maquinarias todo eso fue muy bien estudiado y se pusieron donde hacían falta. Hicimos talleres modelo. [...] Se transformaron los talleres en verdaderos talleres que los hombres tenía cada uno su armario para poner la ropa, cosa que no había antes. Incluso, el taller confederal número 33, que estaba en Sants, en la calle Galileo, fue un taller modelo, ahí se hizo hasta una piscina, cosa que no se había visto nunca. [...] Tenían salas especiales las mujeres para amamantar a sus hijos, sí. Y, además, había algunos niños allí en permanencia porque no tenían quién los cuidase. Y había salas especiales. Allí enseguida se formó una biblioteca y la piscina que fue muy apreciada porque todo obrero de la madera que quisiera ir allí, y hasta los que no eran de la Madera, podían ir a esa piscina».

La socialización del ramo se realizó rápidamente y con mucha decisión. La Madera socializada tenía en diciembre de 1936 unos 3.000 trabajadores, consiguiendo al cabo de un año duplicarlos con más de 7.000 obreros. Los antiguos patronos de los talleres fueron relegados de sus cargos pero se les ofreció trabajar en las nuevas fábricas como los demás trabajadores y bajo las mismas condiciones salariales y de horarios laborales. No se les conservaron ni los cargos ni una posición especial, como hemos visto que se hicieron en otros lugares de trabajo en donde se colectivizaron para evitar la oposición de los patronos (Castells, 1993: 140-144). En el ramo de la madera se les dio la posibilidad de incorporarse al proceso revolucionario en igualdad de condiciones como los demás trabajadores. Algunos aceptaron y otros prefirieron mantenerse al margen o incluso irse al extranjero.

«En fin, yo años después pude hablar con varios patronos y estaban contentísimos de cómo les habían trabajado. Pero luego ellos se arreglaron, los dueños, algunos se escaparon y no volvieron

nunca más, no sé por qué, pero bueno. No colaboraron. Y, no obstante, el patrón que quería colaborar tuvo siempre trabajo, todo el tiempo que nosotros estuvimos socializando. [...] Los patronos cogieron mucho miedo porque [...] nosotros no los necesitábamos para nada, son ellos los que nos necesitaban a nosotros. Entonces, los inteligentes, se adaptaron, la mayor parte de patronos pasaba la contabilidad, los que eran aptos para ello. Algunos se marcharon, no quisieron colaborar, directamente se marcharon; otros cogieron el camino del extranjero».

El funcionamiento interno de la nueva organización quedó decidido en una asamblea general extraordinaria que se celebró el 25 de abril de 1937 en el Teatro Victòria de Barcelona. Fue una socialización de abajo hacia arriba, es decir, en la base se encontraban los delegados de los diversos talleres y centros de trabajo. Los delegados se dirigían a los órganos de decisión que estaban formados por un Consejo Económico, los que podían orientar y controlar las actividades del ramo. Se conformaban en tres secciones: sección del mueble y decoración; sección de carpinteros y similares; y, sección Forestal. Los asuntos generales tenían que ser consultados y decididos en la asamblea general de las diferentes secciones.

«Y la fábrica, el taller o lo que fuese marchaba con los consejos, marchaba con un delegado con el consejo económico. Que hubo una asamblea donde se discutió la forma de llevar la socialización. Y había García Oliver que discutía, estaba Helios Gómez, el dibujante, de personajes así que acudieron a esa asamblea enorme que hubo. Y se discutió si se hacía dirigida o administrada. García Oliver, por ejemplo, quería dirigida, pero la mayoría administrada, porque era de abajo arriba. Y eso fue lo que hizo que viniesen de otros países a tomar nota de cómo marchaban los talleres y las fábricas. Impecable. Y algunas se convirtieron en talleres de guerra, en fábricas de guerra. Porque esa fábrica que era *La voz de su amo* que eran gramófonos, se convirtió en culatas de fusil, entonces ya entraba en industria de guerra. Se hicieron barcazas para atravesar el Ebro y otras tareas. Y los barracones de campaña también los hicieron la Madera socializada. Y, bueno, yo creo que prestamos un gran servicio a la guerra, además de mejorar las condiciones de los obreros».

Uno de los principales problemas que el ramo tenía antes del 19 de julio eran los intermediarios que se encargaban de la distribución

y venta de los productos, razón por la cual estos se vendían a un precio muy alto para los consumidores y además los trabajadores del ramo estaban sometidos a una fuerte situación de explotación. Con la socialización del sector se suprimió a los intermediarios ya que el Consejo Económico pasó a controlar todo el proceso productivo (explotación forestal, producción, distribución), así como también, el almacenamiento, los materiales utilizados que se compraban a las colectivizaciones agrícolas y finalmente la manufacturación del producto listo para la venta. Se realizó, por tanto, una auténtica socialización del ramo controlando los tres procesos fundamentales: las materias primas, la producción y la venta. «Ah, sí. Fue un éxito tremendo, un adelanto, era lo que se soñaba, lo que los libertarios soñaban», afirma con énfasis Joaquina Dorado.

En la colectivización del Sindicato de Madera y en todo su proceso de socialización no intervino ni el Estado ni la Generalitat. Siempre se negaron a cualquier tipo de control institucional siendo conscientes de las consecuencias que esto pudiese acarrear. Fueron autosuficientes con respecto a la financiación, a los salarios de los trabajadores y a las mejoras que implementaron en el sector. Creían que no debían depender del Estado y así poder evitar cualquier tipo de ingerencias y también porque no querían ser una carga para el conjunto del país ya que este tenía suficientes problemas económicos con el sostenimiento de la guerra.

«El ramo de la madera no hizo caso ni de decretos ni de nada. El ramo de la madera socializó, de esa forma, administrada y allí no entraba nadie a meter mano, estaba administrada por los trabajadores mismos. La Generalitat puso impedimentos para muchas cosas, no a nosotros, a todas las colectividades. Y con nosotros no pudo, no los necesitábamos para nada y además se lo decíamos: 'Aquí no necesitamos a nadie'».

Esta autonomía también fue defendida en el tema sindical. La constitución y desarrollo de la colectivización fue aplicada, íntegramente, por el Sindicato Único de la Madera (CNT) sin participación de la UGT. La posición que el sindicato quería mantener desde el comienzo fue que los acuerdos debían realizarse siempre de abajo hacia arriba por los mismos trabajadores y al margen de los sindicatos; contrariamente la UGT defendía que era necesario desarrollar las relaciones orgánicas entre los dos sindicatos para poder realizar

la transformación del sector. Al no existir un acuerdo, la CNT sola llevó adelante el proceso de colectivización y la UGT como organización quedó al margen (Castells, 1993: 149). Cabe además decir que la mayoría de los trabajadores estaban afiliados a la CNT (Vega, 2004a: 50 y 139).

«UGT había muy poquita, muy poquita. No había ningún taller que fuese CNT-UGT en la madera, fue todo CNT. Porque en un taller, por ejemplo de cincuenta hombres, que haya uno de la UGT, o termina loco o tiene que ser de la CNT igual, pues ya ellos eran suficientemente inteligentes para actuar así, como nosotros en conjunto de la CNT. Había muy poquitos comunistas, no sé de dónde les vino la consigna, bueno ya se sabe de dónde les llegó, para meterse con nosotros, para eliminarnos, pero eran muy poquitos los comunistas que había».

Como mujer dirigente de la colectivización, su trabajo no siempre tuvo la comprensión necesaria ya que la confundían a menudo como secretaria de administración y no como lo que realmente era: una auténtica militante del ramo comprometida con el proceso de transformación revolucionario. En agosto de 1938 se fueron al frente M. Hernández, presidente del Consejo Económico de la Madera socializada, y Antoni Balas, secretario del Consejo, y fueron sustituidos por Gregorio Bisa como presidente y Joaquina como secretaria del Consejo (Berenguer, 2008: 78). Joaquina tuvo que vencer las primeras reticencias, aclarar a la gente el puesto y función que ocupaba y enfrentarse a la secretaria de administración del Consejo Económico que no aceptaba que una mujer le diera órdenes.

«Mi trabajo [era] todo contabilidad y papeles necesarios para poderes y cosas propias de la implantación de la colectividad. Había mucho que escribir porque además había una secretaria que cuando me nombraron a mí para el cargo que tuve cuando se fueron los mayores al frente y quedé yo, claro, ella era mi secretaria y parece que se molestó un poquito. El caso es que se quedó y dije: 'Mira, si quieres te quedas y si no ya lo haré yo, no eres indispensable. Me descargas mucho el trabajo y todo, pero si no quieres...'. Y ella no se daba cuenta que yo era una militante y ella era una secretaria que la teníamos allí con un sueldo. Bueno, sueldo teníamos todos los que estábamos todo el día ocupados, pero ella era una empleada de allí, no tenía nada que ver con la Madera, con la militancia, nada. Lo

mismo hubiera podido estar de secretaria en una pastelería que ahí, era una empleada. Y se arregló enseguida la cosa. No fue la única oposición que encontré».

«Al principio yo era la secretaria de Hernández, una secretaria particular. Porque muchas personas se creían que yo había llegado allí a ese cargo por arte de birla birlaque y yo les decía a la gente: 'No, si yo soy de la Madera. ¡Ahh!, entonces se quedaban. Yo soy de la Madera, del Sindicato'. Porque muchos no sabían que yo era de la Madera ya desde el 34. Entonces yo aprendí todo, todo porque Hernández andaba mucho por los talleres, muy vigilante de todo y haciendo frente a muchas cosas; y yo era la que estaba al corriente de todo en el despacho. Y entonces no hubo gran cosa que hacer para la transacción de cargos. Él se marchaba al frente, dimitió, la asamblea nos nombró a nosotros a Gregorio Bisa, un viejo militante aragonés y me nombraron a mí secretaria [del Consejo Económico de la Madera Socializada], que sustituyó a Antonio Blas, que era un militante también. Y bueno, se marcharon todos al frente, se marchó uno que había también de la familia Ocaña. Y quedamos nosotros, los dos, con la secretaria esta que recibía el sueldo, y el cajero con su contabilidad. Nos quedamos solos. Y yo seguí adelante con lo que ya llevaba siempre, lo llevaba siempre porque Hernández casi nunca estaba. Así es que no hubo gran cosa para hacernos cargo de los cargos. Había un abogado continuamente que tenía un despacho al lado del mío, porque había casos que había que emplear a un abogado para lo que fuese. Y ya está, siguió la cosa así hasta el final. Seguimos. La socialización siguió igual, sin ellos».

La socialización de la madera de Barcelona pudo superar los diversos contratiempos que tuvo y consiguió grandes éxitos tanto a nivel de la producción como a nivel de la distribución de sus productos durante todo el período de la guerra. Desapareció cuando las tropas franquistas ocuparon la ciudad.

ANTÒNIA FONTANILLAS, «Se creó el Comité de Control [en la imprenta Riusset], y entonces me nombraron como delegada de las mujeres al Comité».

Antònia Fontanillas permaneció en la retaguardia participando en las transformaciones que se dieron en la imprenta Riusset donde trabajaba antes del 19 de julio. Cuando volvió a su trabajo, uno de

los delegados sindicales de la CNT, Vidal, reunió a los otros delegados sindicales en su casa y les propuso destituir al capataz, el cual era poco apreciado, y de convocar una reunión con el patrón que estaba de vacaciones en S'Agaró, en la costa catalana. En la reunión este apareció sin corbata y con el puño en alto y entró diciéndoles «Salud compañeros», después de la reunión no lo volvieron a ver más. Formaron un Comité de control que actuaba como órgano directivo de la empresa y donde estaban representadas todas las secciones: litógrafos, grabadores, manipuladores de papel, guillotinos, etc. El Consejo de Economía de la Generalitat de Cataluña, el 24 de octubre promulgó un decreto sobre las colectivizaciones y control obrero en donde legalizaba el proceso colectivista puesto en marcha de manera espontánea por los trabajadores, al ver que los patronos estaban ausentes de sus lugares de trabajo. Se calcula que fueron unas 4.500 empresas catalanas las que crearon un Comité de control y unas 2.000 las que fueron colectivizadas (Pagès, 2003: 143-153; Fontanillas, 1996: 141-146).

Antònia entró a formar parte del Comité de control como representante de las manipuladoras del papel. Este se reunía los sábados por la tarde fuera del horario laboral. Alguna vez, si había cualquier cosa urgente, se hacía la reunión un día laborable. Decidieron bajar los salarios de los empleados que eran muy altos pero sin tocar los inferiores; de esta manera, no se mejoraron los salarios de las mujeres que eran los más bajos y que eran el objeto constante de reclamación para su mejora. En algún caso se pudo arreglar siguiendo el convenio de trabajo que se basaba en la antigüedad profesional. La experiencia de Antònia en el Comité fue bastante decepcionante ya que las mejoras que se obtenían eran mínimas. Hubo otros lugares de trabajo donde los Comités de control tuvieron una acción más decidida y pudieron transformar la situación de sus empresas, pero en el caso de la empresa litográfica Riusset, las mejoras de las condiciones de trabajo fueron insignificantes.

«I allavorens, en comptes del Comitè de fàbrica, que no havia funcionat mai, es va crear el Comitè de control, i aleshores em van anomenar a mi com delegada de les dones al Comitè de control. I allavorens la delegada en el sindicat va ser una altra noia, eh?, que es va cuidar de la cotització [...]. I naturalment portava en el seno del comitè de control les reivindicacions de les dones i demés. I una

de les reivindicacions era sempre diners, perquè és clar, a l'estallar la guerra també tot es va encarir més, hi havia escasez. Al cap d'un cert temps, al principi no, però després hi havia també manca de subsistències; si, s'havien d'adquirir en un preu més elevat o no es trobaven. En fi, que la vida era més cara, no? i per lo tant els salaris arribaven a menys, i, era sempre el caballo de batalla. [...] Es van limitar a reduir els sous elevats, en lloc de pagar-li al comptable de 1.000 pessetes al mes de rebaixar-li no sé quan; però no va aprofitar als que guanyaven menys, no? allavorens les bases que es van aplicar jo crec que eren d'abans del 19 de juliol i no havien evolucionat. I el Comitè de control que podia exigir a lo millor més coses, no va exigir les nostres [demandes]. Allí em trobava jo isolada. [...] Amb la gent que constituïa el Comitè de control, jo no vaig trobar ni cap ajuda, ni cap afinitat amb el punt de vista llibertari per fer altres coses i proposar altres coses i que més aviat l'experiència és de decepció que d'entusiasme. Per què haig de dir lo contrari si és tal com ho vaig viure? eh?».

Antònia y las otras trabajadoras fueron al Consejo de Economía para ver si era posible colectivizar la empresa donde trabajaban y superar las discrepancias existentes con el Comité de Control. No fue posible ya que reunidos los trabajadores en asamblea no se llegó a un acuerdo, hubo pocos votos favorables para poder llevarla a cabo, por este motivo la empresa no pudo colectivizarse. «Vam fer lo que vam poder en aquest sentit per tractar de col·lectivitzar-ho i va fracasar».

Cansadas de la situación algunas trabajadoras decidieron dejar el trabajo, Antònia también lo hizo y se incorporó a la administración de *Solidaridad Obrera*, el diario confederal, que había sido colectivizado y donde se había implantado el salario único. Pasó de cobrar 18-21 pesetas a la semana en la imprenta Riusset a ganar 140 pesetas. En alguna fábricas de la industria de guerra también se había establecido el salario único, el mismo para todos las categorías laborales y sin distinción de sexos, alguna ex-compañera suya de la litografía pasó a cobrar como ella. De la experiencia del Comité de Control de la empresa Riusset Antònia Fontanillas salvaría un mayor entendimiento que se estableció entre los trabajadores. «Malgrat tot es va notar una millora en l'ambient del treball. El fet d'abolir-se el càrrec de capataç, que era el que controlava més la feina va

facilitar una millor comunicació entre companys, homes i dones [...] Va canviar l'ambient. Naturalment i ens sentíem més *dueños* de nosaltres mateixos, eh?

Muchas otras mujeres participaron con diferentes niveles de compromiso en los procesos de colectivización en los distintos ramos del proceso productivo catalán.

Con estos tres ejemplos de intervención, y los diversos grados de participación, queremos dejar la constancia de los cambios realizados en la economía de la retaguardia y de la importancia del papel que desempeñaron las obreras.

Nuevas costumbres en la vida cotidiana

La incorporación activa de las mujeres a las necesidades bélicas, ya fuese en el frente o en la economía y en la política desde la retaguardia, trajo consigo una modificación en los hábitos y costumbres que estas tenían en su vida cotidiana. Comenzaron a estar regidas por unos horarios diferentes, se multiplicaban para poder hacer un sinnúmero de actividades, empezaron a establecer nuevas relaciones personales, en definitiva, salían de la esfera privada para incorporarse abiertamente a la esfera pública. Será a través de nuestras protagonistas que podremos ver el cambio que hubo en los distintos aspectos de la vida cotidiana de estas mujeres a partir del 19 de julio cuando se cuestionaron los horarios y la forma de vestirse, ya que para ellas los vestidos demasiado apretados no eran útiles para una mujer que trabajaba y se movía; reflexionaron sobre sus relaciones personales, sobre ciertos valores, sobre la vida en la casa familiar, etc.

Un ritmo frenético

La revolución transformó las costumbres, gracias a las nuevas necesidades y al mayor compromiso de las mujeres con la vida en la retaguardia. Sin darse cuenta, Sara Berenguer se incorporó a las reuniones nocturnas de las Juventudes Libertarias olvidándose de la vieja norma que decía que las mujeres tenían que llegar a casa antes de las 9 de la noche.

«El mes de novembre [1936], el meu pare no havia escrit més i va vindre amb permís a Barcelona i jo havia començat a anar a les Joventuts Llibertàries, a l'Ateneu, a tot arreu. Totes aquestes coses

no les coneixia [abans del 19 de juliol], però ja les vaig conèixer aviat, eh? I una nit m'havia emportat els meus dos germans, els que em seguien, amb mi i havíem anat a una reunió de les Joventuts Llibertàries. Quan sortíem [...] que pujàvem pel carrer Entença, vaig veure el meu pare que venia de cara cap a mi. Em vaig quedar gelada, perquè era quasi bé la una de la nit i jo de jove no havia sortit a la nit, a les nou a casa. No me n'havia donat compte del canvi que havia fet tan gran i vaig pensar i ara què em dirà el meu pare, si era la una de la nit. I quan va arribar a la nostra altura em va dir 'Ja heu acabat? —Sí. —Ale, doncs, anem cap a casa'. Vaig quedar sorpresa perquè era una cosa nova, no?».¹⁰

No todas la jóvenes tuvieron la misma libertad. La madre de Antònia Fontanilles la hacía llegar a casa antes de las 10 de la noche, pese a los nuevos compromisos que Antònia había adquirido como militante de las organizaciones juveniles. De esta manera, sus horarios de llegada a casa no cambiaron, ni se modificaron con los nuevos valores que trajo la época revolucionaria.

«Un dia mateix em va invitar l'Arguedas¹¹ per anar a un Pleno que hi havia de Joventuts [Llibertàries] i jo sempre amb el meu problema de la mare. [...] I m'enviava al meu germanet, que el vaig apuntar també a les Joventuts, me l'enviava a les nou del vespre perquè anés ja cap a casa, eh? Vull dir que la Sara [Berenguer] va tenir molta Libertad, [...] perquè arribava a casa seva no sé a quines hores. Però jo, amb el problema i els sermons de la meva mare! Jo amb el meu pare no he tingut problemes, tu! Tant que diuen del machisme. Es que al meu pare no li he demanat ni permís. Amb el meu pare, jo m'anava, m'inscrivía i vaig fer lo que *vous voulez*. Amb la meva mare li tenia que escriure i anar amb compte per evitar discussions».¹²

En las calles se vivía un ambiente diferente. Los burgueses se quitaban la chaqueta y la corbata, quedándose con la camisa abierta para estar más acorde con los tiempos revolucionarios. El vestuario

10. Entrevista a Sara Berenguer, Montady, diciembre de 2006.

11. Felip Arguedas fue presidente de las Juventudes Libertarias de Artes Gráficas en 1936, cuando A. Fontanilles tenía el cargo de contable. Entrevista a Antònia Fontanillas, Dreux, abril de 2007.

12. *Ibid.*

femenino también tuvo modificaciones: los vestidos, demasiado estrechos e incómodos fueron sustituidos por la falda pantalón, que en esos momentos comenzaba a estar de moda. También desaparecían, entre los burgueses, los sombreros, sinónimo de su clase y comenzaron a ser utilizados en la clase obrera.

«És que el canvi que es viu a Barcelona és fenomenal, no? No es tracta solament dels llibertaris, [...] de tots aquells que viuen el moviment revolucionari i que volen participar. Ja et dic, aquests nanos, no es presenten ni al treball, se'n van [al front]. I aleshores és quan també, una vegada, els primers dies diguéssim de la revolució, van venir a treballar amb sombrero! Perquè com que és clar, els sombreros ja no es venien, i devien estar tirats i no hi havia cap senyoreta que portes sombrero. Van tenir l'acudit [unes companyes], de venir a treballar amb sombrero!». ¹³

Se ha descrito en diversas ocasiones, en libros de memorias y de literatura, el ambiente revolucionario de 1936 que se vivió en Barcelona. A continuación reproduciremos brevemente la impresión de Casilda Méndez, miliciana vasca, que llegó a la Ciudad Condal después de la caída de Irún en manos de los franquistas a finales de 1936: «Llegamos a Barcelona y, efectivamente, mis ojos se negaban a creer que todo era rojo y negro. Eso nos sucedía a las personas que éramos muy susceptibles. Y era verdad. Todo era rojo y negro. Estuvimos unos días en Barcelona visitando a compañeros que Félix [Liquiniano] había conocido por los presidios. Dándonos cuenta del funcionamiento de los sindicatos. Analizando las nuevas estructuras sociales que estaban organizando» (Jiménez de Aberasturi, 2009: 483).

La independencia personal

Muchas mujeres anarquistas, y también de otras organizaciones, decidieron dejar el hogar familiar para irse a vivir con su pareja, con sus amigos o con sus amigas. Los fuertes compromisos sociales y políticos adquiridos a partir del 19 de julio generaron una mayor maduración personal y con ello se comenzó a priorizar los espacios personales. Alguna militante, como Conxa Pérez, abandonó el espa-

13. Entrevista a A. Fontanillas, Dreux, abril de 2007.

cio familiar antes de la revolución de 1936 pero la mayoría lo hizo durante guerra. Hubo una transformación de la esfera privada y de los lazos con la familia, así como también, se comenzó a relativizar los roles de las mujeres como esposas y como madres.

«El dissabte teniem una funció a la nit [a l'Ateneu] i a l'endemà ens havíem d'anar d'excursió, i bueno, m'hi deixaven anar amb la condició que tenia que netejar tota la casa el dissabte a la tarda. El meu germà no tenia que netejar res, tenia que netejar-ho jo, i feiem les mateixes coses i jo cada vegada m'anava rebel·lant i, bueno, cada vegada la cosa s'anava posant més forta, hasta que un dia em vaig enfadar del tot i vaig dir: 'pues, mira, acabem-ho això, jo me'n vaig a viure sola i s'haurà acabat la discussió'. I així ho vaig fer-ho, vaig estar mirant i una ocasió que va haver-hi per una altra cosa, vaig aprofitar i vaig agafar una habitació a casa d'uns amics. Me'n vaig anar a viure sola». ¹⁴

La madre de Concha Liaño la encerraba en casa cada vez que sabía que se estaba gestando un movimiento revolucionario, ya que su intención era protegerla. La noche del 19 de julio, Concha, que ya tenía veinte años, decidió no volver a casa y comenzó a compartir piso con su amiga Soledad Estorach, militante de MMLL y con su hermana Joana Estorach, también militante de la misma organización. «Esa noche me desaparecí y ya no volví más a la casa, así de simple, ya no volví más. Entonces estábamos viviendo en la avenida Gaudí, en un tercer piso. Entonces mi mamá me rogaba: 'hija mía, siquiera ven cada día que yo sepa que estás viva'. Y yo cada día me daba una vuelta gritaba desde abajo: '¡mamá, mamá!'. Ella me veía y yo me marchaba, pa' que se tranquilizara». ¹⁵

El amor libre contra la «pantomima» de las uniones libres

Durante los años de la revolución se multiplicaron las uniones libres entre los jóvenes anarquistas, algunas de las cuales fueron legalizadas en los Ateneos libertarios y en los Sindicatos cenetistas. Estas ceremonias fueron criticadas por algunas de las militantes de MMLL por ser incongruentes con el espíritu revolucionario y liberta-

14. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

15. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

rio, opinión que compartían los militantes de la CNT. «Nos hemos pasado los años afirmando que para la unión de dos seres bastaba el libre consentimiento de ambos y que un certificado matrimonial no era otra cosa que un contrato de venta, ¿qué explicación daremos a estas absurdas ceremonias, que han comenzado a tomar carta de naturaleza en los organismos sindicales?»¹⁶

En el Sindicato de la Madera, donde se creó el Consejo Económico de la Economía Socializada, se legalizaron las uniones libres pero duraron poco tiempo porque su presidente, el anarquista Manuel Hernández no estaba de acuerdo con ellas. Joaquina Dorado, su más cercana colaboradora, lo recuerda así: «En la Madera estos matrimonios creo que duraron una semana porque Hernández era muy estricto en las ideas libertarias. Y él consideraba que eso era una comedia y lo terminó, dijo que aquello se había terminado. Yo no lo veía ni bien ni mal. Era una pareja que se unía, querían que quedase testimonio de su boda en el Sindicato de la Madera. Se hizo una semana pero aquello no se siguió por Hernández, dijo que aquello era una comedia y que aquello no se celebraba ya más en el local del sindicato».¹⁷

Lo mismo recuerda Sara Berenguer que desde la Secretaría del Comité Revolucionario del barrio de Les Corts, donde se incorporó después de julio de 1936, se legalizaron algunas de estas ceremonias dispensando la documentación correspondiente a los que la solicitaban.

«Quan estàvem al Comitè Revolucionari havien vingut parelles perquè els caséssim, i els hi dèiem 'bueno' lliure, pues amb Libertad, us uniu i ja està. 'No, no, no, perquè jo necessito un paper'. Sobretot les dones, no? Els homes encara no però, 'sí, sí, nosaltres necessitem un paper'. Allavontes buscaven dos testimonis que hi havien per allà i jo escrivia a màquina el casament, no? I el secretari firmava i els hi donava. I es va donar el cas una vegada que va tornar una parella perquè els divorciéssim. I els hi vam dir no, no, us heu unit, és l'amor

16. Sánchez Saornil, L. (1937), «La ceremonia matrimonial o la cobardía del espíritu», *Horas de Revolución*, Publicaciones MMLL, Barcelona (Nash, 1977: 178-180).

17. Entrevista a Joaquina Dorado, Barcelona, julio de 2007.

lliure, us heu unit i ja està, cada ú pel seu camí. 'No, no —ella va dir— no, aquí ens heu fet un paper que ens heu casat, pues heu de fer un paper per separar-nos. Oh! Quinze dies o tres setmanes, només, eh? Això va passar unes quantes vegades».¹⁸

Los teóricos del anarquismo del siglo XIX ya habían comenzado a hablar sobre el tema del amor libre y de la condición de subordinación femenina en la sociedad de su época (Álvarez Junco, 1976: 281-308). El amor libre era entendido como una relación afectiva estable que se daba entre personas heterosexuales sin lazos legales, civiles ni eclesiásticos y donde se aceptaba la disolución del vínculo por mutuo acuerdo. Desde entonces, la mayoría de la militancia anarquista estableció sus uniones bajo estos principios; lo que en aquellos momentos, representó un claro desafío a las instituciones negándoles el derecho de controlar y normativizar la vida privada. El amor era el único vínculo posible y cuando dejaba de existir, la unión se disolvía. Este posicionamiento y actitud denunciaba las uniones por conveniencias económicas y sociales que normalmente se daban entre las clases sociales dominantes y, por el contrario, proponían relaciones basadas en la sinceridad, la naturalidad y la atracción mutua. Esta forma de relación no cuestionaba la familia como base de la sociedad, sino únicamente, los convencionalismos sociales.

En la década de los años veinte y treinta, nuevos principios enriquecieron el debate que había en torno al amor libre, como el de la libertad sexual, bajo la influencia del anarquismo individualista francés, cuyos exponentes eran E. Armand y Han Ryner, entre otros. La liberación sexual establecía relaciones menos estables y planteaba la separación del amor y del sexo, dejando paso al pluralismo amoroso y a la promiscuidad (Marín, 1995; Díez, 2001). Los grupos anarcoindividualistas fueron una minoría entre la militancia libertaria del Estado español y durante la República y la Guerra Civil existió un fuerte debate sobre el tema del amor libre, el cual se vio enriquecido por las numerosas publicaciones periódicas y libros que hicieron eco del tema.

Después del 19 de julio y fruto del ambiente revolucionario que se vivía en todos los aspectos y niveles de la vida cotidiana,

18. Entrevista a Sara Berenguer, Montadý, diciembre de 2006.

muchas relaciones personales de conveniencia y carentes de sinceridad, como era el noviazgo de Sara Berenguer, se replantearon para dar paso a otras relaciones más auténticas y guiadas por el amor y por la atracción mutua. Durante los años treinta existían aún fuertes condicionamientos sociales en las relaciones personales ya que, a menudo, entre las clases populares se seguían realizando matrimonios según los intereses de los padres sin tener en cuenta los deseos de la pareja.

En 1936, al producirse la sublevación militar, Sara se encontraba comprometida bajo un arreglo familiar directamente acordado entre sus padres y el chico, dejando a un lado la opinión y los sentimientos que ella pudiese expresar y sentir, puesto que Sara no estaba enamorada de él. Su prometido era maestro y con una visión tradicional sobre los roles de género, por este motivo, no estaba de acuerdo con que Sara trabajara en el Comité Revolucionario del barrio de Les Corts y que quisiera participar en actividades poco femeninas como era pilotar un avión. Tampoco le gustaba que el padre de Sara fuese un revolucionario y que se hubiese ido al frente con las milicias de la CNT-FAI. Sara puso fin a esta relación que lo único que quería era controlar su vida. Se sintió libre y posteriormente, se unió con el que sería su compañero de vida, el dibujante y pintor anarquista Jesús Guillén.¹⁹

«I un dia vam anar a Cervera a visitar el convent dels capellans, no? Hi vam anar un grup del Comitè Revolucionari. I quan vam tornar em van dir: 'Mira Sara, he vist que tu no tens por de res, no t'agradaria pilotar un avió?', 'Sí, és clar, però jo no sé res de res', 'Bueno, però si estàs d'acord, el diumenge anirem al Prat i començaré a ensenyar-te les coses'. Llavonses quan vaig arribar a casa li vaig dir a la meva mare que em fes un mono, no? Jo sempre anava vestida, no vaig portar mai mono, no? I la meva mare va dir: 'Què? per què? per l'aviació? No, no t'ho vull fer!'. Però la meva mare em va fer el mono. Allavonses com que el meu germà anava a l'escola de don José, pues li va dir que volia anar a pilotar. Allavonses el mestre va venir al Comitè Revolucionari i em va cridar i hi havia un company que l'estaven afitant, i ell em va dir: 'bueno, que vengas aquí, bueno',

'com si jo fos la seva cosa, no?', 'pero que quieras ir a pilotar, eso no'. Dic: 'bueno, pues mira, que vingui aquí o que no vingui jo faré lo que tinc que fer'. Diu: 'Pues si es así hemos acabado', es pensava que em posaria de genolls. 'Pues ya hemos acabado, ya te puedes ir', 'bueno, pero no'. Em volia convèncer, però no em va convèncer. I ja quan se'n va anar aquell company que hi havia allí, que era molt conegut, em va dir: 'has contestado muy bien, compa, individuos como tu es lo que nos hacen falta!'. Això d'individuas em va arribar al cor, una individua jo?

A l'endemà, [ell] va tornar. Li vaig donar les fotos, l'anell, i va tornar una altra vegada la mateixa cerimònia que tornéssim i no, s'ha acabat. Allavonses ja havien matat el meu pare. 'Han matat el meu pare i jo tinc que reemplaçar-lo, de manera que tota la meva vida ha de ser entregada per les coses de la revolució, jo no vull sapiguer res més'. I ja no el vaig veure mai més».

Después de esta experiencia de rechazo a un matrimonio por conveniencias y sin la motivación del amor Sara Berenguer, como la mayoría de nuestras protagonistas, se muestra partidaria del amor libre, entendido como una elección libre entre dos personas y que podía romperse cuando ya no exista el acuerdo mutuo. «L'amor lliure a mi em semblava que era una cosa molt bona, perquè abans deien 'bueno tu te casaràs con fulanito', com a mi em va dir el meu pare, m'ha demanat la mà i m'havia de casar amb el meu novio, no? Però jo no l'havia triat, no? Eren circumstàncies que estàvem junts. Vull dir que m'agrada que cadascú pugui elegir la persona que estima, que no es tingui que casar per obligació, o perquè t'ho diuen».²⁰

Concha Liaño, partidaria del amor libre sin contratos legales, cree que sobre este tema ha habido muchos malos entendidos, ya que a menudo se lo ha confundido con la promiscuidad. «Porque eso del amor libre no era irse acostando con todos, era escoger una pareja, vivir con ella sin contratos, y separarse cuando les diera su gana amistosamente. Así nosotros concebíamos el amor libre. No que tuviera uno que estar por ahí complaciendo a los hombres».²¹

19. La biografía de Jesús Guillén en capítulo 1, nota 16. p. 58.

20. *Ibíd.*

21. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

Joaquina Dorado estaba comprometida y pensaban casarse pero al producirse el golpe militar, su novio se fue al frente y no volvió nunca más, como muchos hombres maduros y jóvenes que dieron su vida a la República y a las libertades. Joaquina era una joven que estaba dedicada a su trabajo y con las necesidades de la revolución no se preocupaba, en aquellos momentos, del amor libre, lo cual no quiere decir, que al igual que las otras protagonistas, no lo conciba como una unión monogámica donde existía respecto mutuo sin ninguna imposición externa.

«Bueno, pues sobre esto te diré que no he tenido yo mucho tiempo de ocuparme de este tema y quizá porque no me interesaba tampoco, porque yo tenía pretendientes como todas las mujeres jóvenes. Pero yo estaba a lo mío, a mi trabajo. Entonces, el amor libre, ¡cómo no! si mis padres mismos lo vivieron, siendo mi madre católica, entonces yo lo apruebo completamente. Yo soy partidaria del amor libre, del respeto entre el hombre y la mujer. Y estoy de acuerdo completamente».²²

Aurora Molina, hija de padres anarquistas, opina lo mismo sobre el tema del amor libre y además cree que las uniones libres deben de ser estables y duraderas, ya que no tienen por qué durar menos que un matrimonio legalizado por el Estado o por la iglesia y rechaza, al igual que Júlía Hermosilla y Concha Liaño, la idea del amor libre como promiscuidad. Muchas uniones libres de las familias anarquistas que hemos visto van a durar toda la vida, como la que establecieron los padres de Aurora, Lola Iturbe y Juanel Molina, que comenzaron a estar juntos en los años veinte y no se separaron jamás, viviendo las experiencias que la vida les deparó: diversos exilios, la República y la guerra.

«Yo he creído en el amor eterno ¿comprendes? [...] Y, claro, porque hay gente que tiene una libertad malentendida. Una cosa es que digas, bueno yo rompo esta relación por lo que sea y ya está, ¿no? Y, otra cosa es que haya engaño, ¿eh?, de que estés así con una mujer o con un hombre, y que mientras tanto también tengas una corte ¿comprendes? [...] No, ni a mis padres, ni a mí nos ha gustao, nunca».²³

22. Entrevista a Joaquina Dorado, Barcelona, julio de 2008.

23. Entrevista a Aurora Molina, Gijón, junio de 2007.

Julia Hermosilla unida a su compañero Àngel Aransaez desde los catorce años, tuvo una larga relación estable y únicamente se separaron cuando él murió. Para ella, su relación estuvo marcada y guiada por el amor y comenta que durante la República se habló mucho sobre el tema del amor libre. «Hombre, no había mucho de eso, pero había conferencias. Había conferencias del amor libre y tal, pero siempre se decía: ‘la unión es el amor, ¿eh?; es el amor el que te junta, no el amor libre mañana con uno, mañana con otra? Eso no, ¿eh?, que no se equivoque nadie. Tiene que haber amor».²⁴

Conxa Pérez es la única de nuestras protagonistas que aborda el tema desde una perspectiva diferente contemplando la posibilidad de la promiscuidad en el amor. Algún integrante de los grupos libertarios que ella conoció durante la República llevó a la práctica el hecho de tener diversas relaciones de manera simultánea. La doctora Amparo Poch i Gascón también era partidaria de esta forma de entender el amor libre desde una perspectiva más moderna. En este sentido, los anarquistas individualistas fueron los pioneros en concibir las relaciones personales y amorosas de una manera más abierta, las cuales serán después repensadas e impulsadas por el movimiento de Mayo de 1968.

«Home sí, sí, això era un dels temes, un dels temes preferits d'allà [dels Ateneus]. Perquè allavontes va ser una novetat molt gran l'amor lliure i se'n parlava molt. I, hi ha qui deia que bueno, que una dona si s'enamorava de dos podia tindre els dos novios. Que no parlaven molt si la dona podia tindre els dos novios o no, l'home podia tindre dues novies, però en canvi, lo altre ja no es tocava. Hi ha hagut sempre aquesta diferència. I, bueno, es parlava molt. I hi va haver una que ho va portar a la pràctica i, en fi, es va viure amb les agrupacions aquestes una vida complerta, eh?».²⁵

Durante la República, los Ateneos libertarios organizaron muchas conferencias acerca del amor libre y la sexualidad en donde uno de los conferenciantes más prestigiosos fue Fèlix Martí Ibáñez (Cartagena, 1913 - Nueva York, 1972). Colaboraba con la revista *Estudios* donde tenía la popular sección «Consultorio Psíquico-

24. Entrevista a Julia Hermosilla, Baiona, junio de 2007.

25. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

sexual» (Martí Ibáñez, 1975). Durante la guerra tuvo un destacado papel en la sanidad, siendo nombrado Director general de Sanidad y Asistencia Social de la Generalitat de Cataluña. En diciembre de 1936 promovió la legalización del aborto voluntario y la creación de los *Liberatorios de Prostitución*. A lo largo de los años treinta defendió la idea de que la prostitución era la consecuencia de la represión de la sexualidad hecha por la sociedad capitalista. Asimismo, postulaba a que cuando se dieran las bases para unas nuevas relaciones sexuales libres en un contexto de revolución de la vida cotidiana, se llegaría a la supresión de la prostitución y a la reconversión de las prostitutas hacia otra profesión.

«Allà [a l'Ateneu] havia vingut varius [...], el doctor Fèlix Martí Ibáñez, a donar xerrades, el doctor Serrano. I ens va anar molt bé, sobretot sobre sexualitat, que estàvem a zero en aquells temps. I ens feien unes pel·lícules de com es formava, doncs, el fetus, no?, doncs la forma, com els espermatozoides i donava tota l'explicació. I per nosaltres allò era descobrir el món, eh?, perquè no sabem res de res. I, bueno, d'aquestes xerrades en vam fer moltíssimes».²⁶

También colaboraron en esta difusión el prestigioso médico de Maeztu (Álava) Isaac Puente (Vizcaya 1896-1936) quien murió asesinado por los militares en Álava en julio de 1936. Realizó un gran trabajo de divulgación médica y social y, en concreto, de los métodos anticonceptivos y del aborto. Escribió en el boletín *El comunismo libertario*, que fue el texto base del dictamen aprobado en el Congreso de Zaragoza de la CNT en mayo de 1936. Él era partidario de la utilización de los métodos anticonceptivos y desde su consultorio difundía y también repartía preservativos entre los grupos libertarios, que en los años treinta eran los únicos que prácticamente los utilizaban y distribuían de una forma regular (Fernández, 2007).

«A Isaac Puente lo conocí cuando éramos novios Ángel y yo, que nos fuimos varios días a Vitoria, aprovechando que íbamos a alguna reunión. Ángel y yo lo conocíamos, pues resulta que le cogimos mucha más confianza mientras pasaba el tiempo. Yo he estado en casa de Isaac Puente comiendo, me regaló el aparato para

26. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

no tener hijos. Me lo regaló y él mismo me lo puso y me enseñó cómo se ponía. Es que 'sois muy jóvenes para tener hijos, sois muy jóvenes, vosotros disfrutad tranquilamente y cuando tengáis más edad, pues tenéis hijos'. O sea que yo estaba tranquila y Ángel, por eso no he caído embarazada hasta que nosotros quisimos, hasta que nos unimos. Y, lo conocíamos bastante porque además, fíjate, Isaac Puente le mandaba a mis suegros cantidades de preservativos que entonces no se usaban, sólo los usaban los anarquistas. Y allí en el País Vasco los vendía mi suegra, pero no por la calle ni nada, en el Sindicato, porque en el Sindicato los compañeros decían Josefa, trae; 'pues, ven a casa, ven a casa', decía. E iban a casa. Y fue por mediación de Isaac Puente porque los anarquistas lo han usado mucho eso, decían que no querían tener 'desgracias', porque no era el momento».²⁷

Los métodos anticonceptivos y el control de la natalidad tuvo en la época una gran difusión en los medios libertarios, especialmente, de la revista *Estudios* de Valencia. Había una amplia variedad de métodos anticonceptivos, los más populares eran el preservativo y el método Ogino, que comenzó a divulgarse en la revista a partir de 1934 y que tenía poca fiabilidad. También los médicos anarquistas, como Isaac Puente, difundían como método anticonceptivo óptimo el pesario, pese a que era aconsejado de forma prioritaria en la revista, tan sólo llegaba a una minoría de mujeres libertarias. Eran de diversos tipos y en 1934 se recomendó el pesario fermita que era un aparato de plata de lámina fina, parecido a un DIU, que tenía la función de cerrar el cuello de la matriz para impedir el acceso de los espermatozoides y evitar el embarazo (Nash, 1984: 329-340; Masjuan, 2000: 406-411). Muchas mujeres tenían un gran desconocimiento sobre el tema, ya que era tabú en la cultura tradicional española de los años treinta. MMLL daba información relativa a la anticoncepción y animaba a las mujeres durante la guerra a asistir a los programas educativos sexuales que se hacían en los hospitales. En esta línea, se ofrecieron clases de «maternidad consciente» en la Casa de la Maternidad de Barcelona cuando su directora era Áurea Cuadrado, militante de MMLL. De lo que se trataba era de informar

27. Entrevista a Júlia Hermsilla, Baiona, junio de 2007.

sobre todo del control de la natalidad, de la contracepción y de la eutanasia, es decir, del abandono del recién nacido por su madre, hecho que era bastante común en esos tiempos.

Concha Liaño confirma las afirmaciones de Julia Hermosilla sobre la utilización de preservativos en los medios libertarios catalanes, como medio contraceptivo y también el uso del método Ogino que se basaba en el ciclo menstrual de la mujer calculando los días de esterilidad y de fecundidad de dicho ciclo, evitando tener relaciones sexuales los días de fecundidad que eran antes y después de la ovulación. «Sí, utilizaban preservativos. De todas maneras creo que era el medio más eficaz que tenían, el preservativo. El de Ogino, y preservativos. [...] Estaba muy en voga en aquella época el método de Malthus, malthusiano. De eso se hablaba, nada más. Bueno, en escoger los meses del año donde no hay óvulo en la matriz para tener relaciones sexuales, tenían hecho su calendario, ves. Y yo no me acuerdo de él, creo que 8 días después de tener las reglas, y 8 días antes de tener las próximas, parece que ese momento era el propicio para que la mujer no quedara fecundada porque no había óvulo».

La revista *Estudios* tuvo una gran difusión en el mundo libertario con un tiraje entre 40.000 y 60.000 ejemplares (Navarro, 1997). Desconocemos si el esfuerzo de la revista en la divulgación de los métodos anticonceptivos fue efectivo y llevado a la práctica por parte de la población o como mínimo entre el sector libertario. Lo que queda claro es que esos dos médicos no limitaron sus escritos teóricos a ámbitos científicos, sino que se convirtieron en los propagandistas de los principios del neomalthusianismo dando conferencias en los ateneos y en otros espacios de divulgación popular y a su vez, como médicos, ayudaban y aconsejaban a sus pacientes tal y como lo hacía Isaac Puente quien regalaba pesarios cuando sabía que eran necesarios y que la paciente no podía pagarlo.

La ley y la realidad del aborto

Un método habitual de control de la natalidad, que era muy usado entre las mujeres de las clases populares, era el aborto (McLaren, 1984: 255-274). Cuando fallaban o no se utilizaba algún método anticonceptivo se recurría al aborto como solución última para evitar un embarazo no deseado. Por este motivo, tuvo tanta importancia

la legalización del aborto que se llevó a cabo gracias al director general de Sanidad y Asistencia Social, el anarquista Fèlix Martí Ibáñez, siendo una de las transformaciones legales más importantes en cuanto al tema de los derechos de las mujeres. El decreto del 25 de diciembre de 1936 sobre la Interrupción Artificial de Embarazo autorizaba a practicar abortos en dispensarios médicos y hospitales con el objetivo de acabar con la práctica de los abortos clandestinos y los riesgos que esto traía consigo. Fue una ley muy avanzada para la época, ya que autorizaba el aborto por razones terapéuticas, eugenésicas, neomalthusianas y éticas, pero no tuvo la incidencia que se esperaba (Nash, 1983b: 20-26; Masjuan, 2000: 418-420). Eso fue debido a las prioridades de la guerra que destinaba recursos sanitarios hacia otros sectores, a la falta de información de muchas mujeres y a la oposición claramente abierta de amplios sectores del cuerpo médico, lo que hizo que se continuara con las prácticas abortivas clandestinas pese a la nueva legalización.

Los testimonios de nuestras protagonistas corroboran la escasa información que la mayoría de las mujeres trabajadoras (sobre todo las de más edad, como por ejemplo sus madres) tenían sobre la nueva legislación. Producto del desconocimiento, y pese a la existencia del nuevo decreto, las mujeres durante la guerra continuaron sometándose a las prácticas abortivas clandestinas. La movilización de los hombres al frente no impidió los encuentros esporádicos amorosos cuando estos volvían de permiso y fruto de ellos se producían embarazos no deseados. Ante la situación de incertidumbre y las dificultades nutricionales, propias de la guerra, la llegada de un bebé era una carga pesada.

Entre nuestras protagonistas hubo un embarazo no deseado fruto del encuentro amoroso que tuvo con su compañero cuando este volvió de permiso. En este caso, fallaron los métodos anticonceptivos utilizados y la maternidad no era un proyecto en la joven pareja por la edad que tenían y sobre todo con un momento de tanta actividad en la retaguardia. En este caso, sí que había un conocimiento del decreto de Interrupción Artificial del Embarazo de Martí Ibáñez y por esto, nuestra protagonista fue al Hospital de la Santa Cruz y de San Pau de Barcelona para que le practicaran un aborto, avalado por el hecho que el mismo que establecía que este centro médico era uno de los cuatro hospitales de Barcelona

que tenían que realizar este servicio, con la obligación de disponer de veinte camas para poder llevar a cabo esta práctica (Nash, 1983b: 22). No le practicaron el aborto por la negativa del cuerpo médico del hospital y pese a que estaban obligados a hacerlo le boicotearon su petición. «Y yo me fui al Hospital de San Pablo, pero los médicos estaban en contra. Allí me estuve yo 8 días pero no me hacían caso, estaba muy anémica. Entonces cuando vi que no me hacían caso, porque los médicos estaban reacios a aceptar esa ley, me fui para mi casa y seguí mi maternidad. Luego estaba muy contenta cuando lo tuve. Porque lo más lindo para una mujer es cuando das a luz. Es una cosa maravillosa, no hay nada que se le compare».

Los hospitales de la Santa Cruz y de San Pau de Barcelona realizaron pocos abortos en el período del decreto y contrariamente experimentaron un aumento considerable de partos (Nash, 1983b: 25). Estos datos provienen de la reducida incidencia que el decreto tuvo y de la resistencia que los médicos ejercieron al momento de aplicar la legislación lo que provocó, como en el caso de nuestra protagonista, una nueva visita meses después para la asistencia al parto: «Porque una mentalidad no se cambia de un día para otro. [...] No puedes cambiar la mentalidad de los médicos, que la vida es sagrada, y por eso se negaban y no aceptaban. En los medios libertarios sí, todos pensábamos igual, que el hijo tenía que ser proyectado, no así que le cayera a uno del cielo y que si no podían tenerlos por x causa tenían derecho a suprimir el embarazo. Eso era pan sabido y comido entre nosotros, pero en la sociedad era otra cosa. Estaba la ley pero, ellos no te hacían caso. Y no te decían: 'no, váyase'. Pero uno se cansaba. Lo que me pasó a mí le ha debido pasar a muchas».²⁸

La organización Mujeres Libres, que daba apoyo al decreto, no se planteó facilitar a las mujeres la interrupción del embarazo haciendo valer la aplicación de la ley de diciembre de 1936, ya que la consideraban una cuestión privada, en la cual no tenían ninguna ingerencia. «Tenían derecho a abortar, eso sí se los decíamos. Pero cuando estaban embarazadas, eso era una cosa personal de ellas». Una de las militantes de MML que insistió más en el tema de la

28. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

sexualidad y en la maternidad consciente fue la doctora Amparo Poch y Gascón que entre las muchas actividades que realizó formó el grupo Ogino para divulgar los métodos anticonceptivos. También tuvo un papel importante en el Ministerio de Sanidad con F. Montseny, ocupando el cargo en la Dirección General de Sanidad e impulsando el decreto de interrupción del embarazo.

«Había muchos abortos así clandestinos que acababan muy mal. Por eso él [Félix Martí Ibáñez] promulgó esa ley. Pero nosotras en el aspecto personal, particular, no interveníamos. Interveníamos sí, en que la maternidad debía ser deseada y consciente, y que habían métodos para no quedar embarazada. En eso sí, sobre todo Amparo Poch y Gascón».²⁹

La organización Mujeres Libres

Durante la guerra se dio una importante participación femenina en la vida pública y en la política. Por primera vez aparecieron organizaciones autónomas específicas de mujeres con una afiliación importante. Estas estaban vinculadas a las diferentes alternativas ideológicas existentes. Las dos más importantes fueron: La Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA), de orientación comunista y que tenía como organizaciones afines a «Unión de Mujeres de Cataluña» y «Unión de Muchachas» que agrupaba a las jóvenes; y Mujeres Libres de influencia anarquista. Estas organizaciones que se constituyeron durante la República, tuvieron una amplia difusión durante la guerra. La AMA estaba liderada por Dolores Ibárruri y agrupó alrededor de 60.000 afiliadas con 255 agrupaciones locales. Como el Partido Comunista priorizaba la victoria de la guerra a la revolución, eran contrarias a las colectivizaciones como una nueva forma de organización social y económica y no impulsaron ninguna medida específica para la liberación femenina. Su actividad se centró en la creación de guarderías, en la asistencia de los refugiados y en la preparación de las mujeres para aumentar la producción. Todas las acciones estuvieron siempre centradas en la retaguardia que era el lugar donde, según ellas, tenía que estar la mujer para dar apoyo

29. *Ibíd.*

a la República. De esta manera, la agrupación reforzaba el papel maternal, asistencial y doméstico de las mujeres.

La otra organización que concentró a gran cantidad de mujeres fue Mujeres Libres, de influencia anarquista pero autónoma de la CNT. Reunió alrededor de 20.000 afiliadas con 170 agrupaciones locales (Nash, 1999: 128). Esta consideraba que era necesario hacer el mismo esfuerzo en la revolución que en la lucha antifascista y proponía la liberación de la mujer «de la triple esclavitud a la que ha estado y sigue sometida, esclavitud de ignorancia, esclavitud de mujer y esclavitud de productora».³⁰ «Nosotras, las que fundamos la Agrupación Cultural Femenina, Mercedes, Lucía, Amparo, todas éramos anarquistas. Sin embargo, nosotras no hacíamos ninguna labor de proselitismo entre las mujeres que se nos acercaban. Lo que hacíamos era prepararlas, las que querían hacer un oficio, pero pensábamos que como nosotros éramos anarquistas, adoptarían nuestra ideología. Pero nunca tuvimos interés ni intención en presionarlas. Ellas eran libres de escoger lo que quisieran pensar».³¹

La organización, influenciada por sus fundadoras libertarias, no tuvo nunca una definición ideológica explícita, ya que quería ir más allá de las reivindicaciones políticas. «Política es como decir poder, y donde hay poder hay esclavitud [...] Nos repugna la política, porque no entiende de problemas humanos, si no de intereses de secta o de clase. Los intereses de los pueblos no son nunca los intereses de la política».

Por este motivo, MMLL buscaba su independencia de la política. «Hay que edificar la vida nueva por procedimientos nuevos».³² Querían una organización de clase, apolítica y específicamente dirigida a la liberación de las mujeres. Con la guerra los grupos de mujeres anarquistas que estaban dispersos y que funcionaban anteriormente, terminaron unificándose y consolidándose. En Barcelona la Agrupación Cultural Femenina por medio de Pilar

30. Composada, M. (1937), «Origen y actividades de la agrupación Mujeres Libres», *Tierra y Libertad*, 27 de marzo (Nash, 1977: 70; Ackelsberg, M. A., 1999: 177).

31. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

32. «Cultura y documentación social» (1936), *Mujeres Libres*, n.º 1, mayo (VV AA, 1999: 26).

Grangel y Áurea Cuadrado consiguió que la CNT le cediese el tan deseado local, de esta forma la sede de la organización catalana se ubicó en un «magnífico» piso —según Soledad Estorach— en la calle Gran Vía de las Cortes Catalanas n.º 690 (VV AA, 1999: 50). Al nuevo local acudieron muchas militantes anarquistas y de las Juventudes Libertarias. Poco después, a finales del mes de septiembre de 1936 entraron en contacto con MMLL de Madrid, a través de su representante Mercedes Comaposada.

«Una noche se presentó Mercedes Comaposada, traía los estatutos, los carnés de lo que ellas pensaban hacer, que pensaban constituir un movimiento nacional. [...] Yo reuní a las compañeras, Mercedes nos expuso su plan, y nosotras exultábamos de felicidad, porque eso cuadraba en lo que nosotras deseábamos. Entonces allí mismo, de una manera somera, dijeron: ‘bueno, tú serás el Comité Regional, tú serás el Comité Local’ y Mercedes se encargó de la cosa Nacional. Entonces eso ya tomó forma, ves. A mí me encargaron de organizar la región catalana. Soledad [Estorach], que era la más movida, porque éramos las únicas que no teníamos ataduras familiares, disponíamos de todo nuestro tiempo, [...] se encargó, en los momentos iniciales, del Comité Local. Luego eso ya fue tomando auge».³³

MMLL fue la primera organización que expresó claramente la dualidad de acción de la mujer obrera: la emancipación de la explotación capitalista y de la opresión patriarcal. Por esta razón, esta organización se distinguió de otras organizaciones femeninas de la época, ya que fueron las pioneras del feminismo actual, pese a que sus militantes no aceptaban la denominación «feminista» porque consideraban que era una palabra con reminiscencias burguesas y sufragistas (Merighi, 2004). «No nos considerábamos feministas, en absoluto. Eso ha venido después, porque de alguna manera se tiene que bautizar ese movimiento de mujeres que buscan una liberación, pero nosotras en sí no nos considerábamos feministas. Ese vocablo pa’ nosotras no existía, así de simple. Nosotras consideramos feministas a las anteriores. A los diversos grupos de mujeres burguesas que habían aspirado a que la mujer tuviera voto, que tuviera ciertas libertades, pero nosotros no éramos movimiento

33. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

feminista, éramos movimiento de liberación femenina sin más, nada de feminismo».³⁴

La importancia y la originalidad de la organización MMLL fue precisamente en insistir que la lucha de la mujer obrera no finalizaba cuando desapareciera el sistema capitalista, sino cuando se suprimiera el patriarcado y la subordinación femenina. La contemporaneidad de sus principios no fue comprendida en la época por parte de sus compañeros ni tampoco por muchas mujeres militantes anarquistas. Tampoco lo fue por las otras organizaciones femeninas obreras que no cuestionaban el patriarcado ni impulsaban la liberación de la mujer y dependían de los partidos políticos afines.

«Porque nosotras lo que queríamos era que la mujer comprendiera que tenía que liberarse, ves. Y que los compañeros y los hombres comprendieran también que las mujeres tenían derecho a tener derechos, no a ser siempre unas menores de edad, adultas menores de edad. Y teníamos muy bien claras nuestras metas, verdad, [...] patria potestad repartida, igual trabajo igual salario, derecho de la mujer de disponer de sus bienes. Teníamos todo el esquema muy bien preparado en qué consistía la liberación de la mujer. Claro, nosotras también estábamos ayudadas por Lucia Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada, y Amparo Poch y Gascón, que ellas sí eran mujeres muy preparadas. Muy preparadas y muy inteligentes y ellas eran las que nos impulsaban».³⁵

CONCHA LIAÑO, «Mujeres Libres fue un detonador, apenas [las mujeres] vieron un caminito, porque los hombres se habían ido al frente y estaban solas, ¡vaya si se espabilaron!».

En Cataluña Concha Liaño, secretaria de la Regional Catalana y Soledad Estorach, secretaria de la Federación Local de Barcelona difundieron la nueva organización que dejó de llamarse «Agrupación Cultural Femenina» para formar parte de la Federación Nacional de MMLL: «Dejamos de ser grupos relacionados entre sí para formar parte de una organización nacional», recordaba Soledad Estorach (VV AA, 1999: 51). Concha Liaño puso todo su esfuerzo para la

34. *Ibíd.*

35. *Ibíd.*

constitución de Agrupaciones por todo el territorio catalán y las mujeres de las diversas ciudades y pueblos de Cataluña respondieron unánimemente a la llamada de MMLL. Se utilizaron las organizaciones libertarias ya creadas en la localidad: Juventudes Libertarias y CNT-FAI para poder llegar a las mujeres interesadas, tal y como sucedió en la ciudad de Lleida (Vega, 2010: 46).

«Yo escribía al Comité de la CNT o al grupo de las Juventudes Libertarias —explicaba Concha Liaño— rogándoles que si tenían compañeras militantes les entregaran el material que iba adjunto, de parte de nuestra Agrupación. ¡Y no hacía falta más! La contestación era rápida, apremiante, impaciente. Reclamaban con urgencia más orientación y contactos. En estos pueblos [...] el grupo inicial desplegaba una gran actividad para reunir un determinado día a las mujeres de la localidad y nos rogaban nuestra presencia para que les expusiéramos la necesidad de nuestro plan de lucha y nuestra organización» (VV AA, 1999: 37).

En poco tiempo se consiguieron crear 38 agrupaciones. «¡Así! [gesto de muchos]. Así venían a nosotras. Claro, las convocaban las militantes de las juventudes o los militantes de la CNT. Pero a esa llamada acudían todas, todas. O sea que yo creo que las mujeres estaban en ese estado porque no veían ninguna luz, ves. Pero apenas vieron un caminito, porque los hombres se habían ido al frente y estaban solas, ¡vaya si se espabilaron! O sea que, bueno, Mujeres Libres fue un detonador».

CONCHA GUILLÉN, «Mujeres Libres es una luz que se encendió».

Concha Guillén recuerda su juventud y falta de formación cuando pasó a formar parte de MMLL durante la guerra. Concha era una obrera que jamás estuvo sindicada y cuando comenzó a militar en MMLL su existencia cambió, se le iluminó la vida. Desempeñó algunos cargos en la nueva organización de Barcelona pese a que creía que «la mayoría de nosotras no tenía ninguna preparación» (VV AA, 1999: 70). Otras militantes recuerdan que, a excepción de las militantes más veteranas, las demás tenían «una enorme voluntad, poca instrucción y una absoluta carencia de medios económicos» (Ibíd.: 1999: 50).

«Hombre, ¡imagínate, imagínate! Yo le tengo mucho cariño a Mujeres Libres porque fue un logro. Es una luz que se encendió. [...]

Porque no hay que olvidar que en Mujeres Libres éramos todas insignificantes, la mayoría, salvo las compañeras estas, Soledad Estorach, Conchita Liaño, salvo un grupo, las demás éramos muy jóvenes. Nos metían en los cargos para entrenarnos, para acostumbrarnos, para lanzarnos, pero no sé cómo decirte, no hay que equivocarse, teníamos mucha voluntad, es lo único, pero no había base. Yo no había estado nunca en un sindicato antes de la guerra. Yo no había militado nunca en ningún sitio. Además era una niña, ¡tenía 17 años!, cuando estalló la guerra».

SARA BERENGUER, «Mujeres Libres quería dar confianza y personalidad a las mujeres».

Sara Berenguer era una joven de diecisiete años que tampoco había estado sindicada antes del estallido de la guerra. Durante el período bélico se comprometió con la Juventudes Libertarias y con MMLL llegando a tener cargos de responsabilidad en esta última organización. A lo largo de este espacio de tiempo sus actividades propagandísticas en la agrupación Mujeres Libres se multiplicaron participando en mítines y conferencias difundiendo sus principios.³⁶ «Nosaltres el que voltem era fer de la dona, no una treballadora i una ignorant sinó una dona responsable i que sapigués el que eren les idees i perquè es lluitava, o sigui donar-los confiança i donar-los personalitat, que moltes la tenien però no ho sabien, no? Allavonses es feien petites».

ISABEL GONZÁLEZ, «Mujeres Libres instaba a la mujer para que fuese valiente, para que trabajase, para que no tuviese miedo».

Isabel González era un año más joven que las dos protagonistas anteriores, con dieciséis años y sin haber oído hablar jamás del anarquismo, se incorporó a MMLL gracias a una vecina del barrio que era militante. Descubrió un nuevo mundo donde existía la solidaridad y la ayuda mutua.

«I de la vida que feiem a Mujeres Libres pos ja li dic la propaganda, conferències, instar la dona perquè sigués valenta, perquè

treballés, perquè no tingués por i no sé com explicar-me orientar la gent amb una bona idea i molta germanor i ajudar als presos, ajudar a tota la gent. Ens dedicàvem a això».

60 agrupaciones en el Pleno de Cataluña, 1938

Cuando MMLL consiguió extender su organización por todos los barrios de Barcelona y por las diversas poblaciones catalanas fue el momento para convocar un Pleno Regional de Cataluña, el cual se celebró en Barcelona desde el 15 al 18 de octubre de 1938.³⁷ Asistieron 60 agrupaciones provenientes de toda Cataluña, de: Igualada, Granollers, Terrassa, Sabadell, Castellar del Vallès, Reus, Vilanova i la Geltrú, Esparreguera, S. Sadurní d'Anoia, Poble de Lillet, Lleida, Barcelona y L'Hospitalet del Llobregat. Dos de nuestras protagonistas participaron en las actividades del Pleno, Concha Guillén asistió como representante de la Federación Local de Barcelona y Sara Berenguer como representante del barrio de Les Corts. Como muchas de las asistentes venían de fuera de Barcelona, nuestras protagonistas decidieron dormir junto con las demás delegadas en el mismo hotel, para poder así compartir con ellas la estancia en esta ciudad. Esta decisión les ocasionó algún problema. «La limpieza del hotel dejaba bastante que desear, y a los pocos días amanecemos las dos llenas de sarna. Faltas de jabón, tuvimos trabajo para sacárnosla de encima» (Berenguer, 1988: 195).

El Pleno se reunió en el salón rojo de la Casa CNT-FAI que estaba en la Vía Durruti n.º 32-34 (antigua Vía Laietana). La reunión regional puso en común la gran actividad desarrollada por las diversas Agrupaciones y ratificó la línea de actuación que estaban llevando a cabo con respecto a la guerra y a la retaguardia. Asimismo, se buscó la forma de ampliar el programa de actividades para la preparación social de la mujer en la lucha contra el fascismo internacional.³⁸ Todas las delegadas estaban ya asumiendo grandes responsabilidades desde sus lugares de procedencia, por este motivo fue complicado escoger

37. «Pleno regional de Mujeres Libres de Cataluña» (1938), *Solidaridad Obrera*, 16 de octubre.

38. «Acuerdos encaminados a dar nuevo impulso a la gran labor que desarrolla la organización libertaria femenina» (1938), *Solidaridad Obrera*, 20 de octubre.

36. Una de las conferencias de Sara Berenguer tuvo lugar en el local de MMLL del barrio de Poble Nou, el día sábado 31 de diciembre a las 19 horas. «Actividades de Mujeres Libres» (1938), *Solidaridad Obrera*, 30 de diciembre.

un Comité regional. «Ninguna de las delegaciones presentes quería aceptar cargo alguno». Finalmente, las representantes de Igualada, Terrassa y Granollers aceptaron participar en las tareas del nuevo Comité escogido en el Pleno. En el nuevo Comité regional se encontraba una de nuestras protagonistas, Sara Berenguer, representante de Barcelona, la cual se encargó de la sección de propaganda. Meses más tarde, la secretaria regional, Maria Claramunt, de Igualada se fue al frente y fue sustituida por Sara Berenguer.³⁹ Concha Liaño que ayudó a organizar el Pleno regional, no pudo asistir a las reuniones porque a su hijo Andrés, que nació a finales de septiembre, le dio una congestión pulmonar, muriendo días después con tan sólo 21 días. La enfermedad del bebé coincidió con la celebración del Pleno regional.⁴⁰

Paralelamente, el movimiento se organizó y se extendió a nivel nacional. El propio Comité Nacional de MMLL facilitó esta labor distribuyendo panfletos donde se explicaba la manera de organizar las agrupaciones y aclaraba cuáles eran sus propósitos.⁴¹ Entre los más importantes se encontraban la formación y la capacitación de las mujeres para su incorporación en la esfera pública y para un desarrollo óptimo de todas aquellas actividades para las que se las convocaba. A menudo, las mujeres tenían dificultades para incorporarse al mundo laboral por una falta de preparación, por este motivo las organizaciones femeninas tenían que acelerar los cursos técnicos y profesionales con el fin de que resolver este problema. En el Estado español se crearon diversas Agrupaciones de MMLL, entre ellas las de la región Norte, del Centro, de Madrid y de Guadalajara donde destacaba la conocida militante y colaboradora de la revista *Mujeres Libres* Suceso Portales. En la ciudad de Valencia y en toda la zona del Levante (en diversas poblaciones como Alicante, Alcoi, Játiva, Cullera, Elda y Elche, entre otras) donde desarrollaba su actividad desde 1937 la valenciana Pura Pérez. También se crearon agrupaciones en la zona de Aragón y en distintas poblaciones andaluzas como Granada y Almería.

39. Otra militante escogida fue Felicita Díaz de Igualada (vice secretaria).

40. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

41. C. N. de MMLL (1937), *Cómo organizar una agrupación de Mujeres Libres*, Publicaciones Mujeres Libres, s.l. (Nash, 1977: 75-85).

JULIA HERMOSILLA, «Mujeres Libres no eran bélicas, era más que nada cosa cultural».

Carmen Sagredo madre de Julia Hermosilla, una de nuestras protagonistas, era llamada «la riojana» porque había nacido en esta región. Emigró al País Vasco de joven para comenzar a trabajar y en los últimos años de la República fundó MMLL en Baracaldo (Vizcaya). El núcleo más activo de MMLL de la zona del norte fue San Sebastián, el cual estaba impulsado por la activa militante Casilda Méndez.

«Mi madre fue la presidenta de ellas, se hizo en Barakaldo, y fue mi madre una de las organizadoras de Mujeres Libres. Claro que había, cuando la guerra, Mujeres Libres. En la guerra no fueron muchas de Mujeres Libres porque más que nada aquella organización era ideología, ideas, no les interesaba la cosa de la guerra, no eran bélicas, era más que nada cosa cultural. Pero había gente muy buena en Mujeres Libres. En el País Vasco, había una en San Sebastián, Casilda [Méndez], que murió en Biarritz, inteligente. ¡Y de qué manera expresaban lo que era el anarquismo, las ideas anarquistas!».

CASILDA MÉNDEZ, «La formación de Mujeres Libres obtuvo [...] además una personalidad para la mujer».

Según Casilda, una de las máximas impulsoras de Mujeres Libres en San Sebastián y también de todo el norte, el movimiento femenino en el País Vasco fue consolidándose durante la República y adquirió su independencia de la CNT, como de cualquier otro organismo político. Es importante anotar, que la mayoría de las mujeres militantes provenían del movimiento libertario y feminista.

«Éramos poquitas, pero poníamos todo. Al principio estábamos entregadas a lo que entonces se llamaba la lucha o la causa. Ya luego se convirtió, además, en lucha feminista que nada tiene que ver con la lucha sufragista. [...] Las mujeres, nosotras, en Mujeres Libres, empezamos ya a organizar y a tener una cantidad de cosas que hoy, 40 años más tarde o más, no tienen las francesas ni las irlandesas, ni ningún país de la Europa del Norte. Aun siendo tan libres, no tienen lo que nosotras teníamos al final de la República. La formación de Mujeres Libres obtuvo el aborto, el divorcio y todas esas cosas, naturalmente. Pero además, una personalidad para la mujer» (Jiménez de Aberasturi, 2009: 468-469).

GRÀCIA VENTURA, «No se llegó a formar Mujeres Libres en Borriana [Castelló]».

Gràcia Ventura fue una de las promotoras de MMLL en Borriana, explica que el proceso de formación de MMLL en Borriana (Castellón) fue tardío y que se produjo por influencia de las organizaciones femeninas, ya creadas y consolidadas en Madrid y en Barcelona, que fueron a Borriana en 1937 (VV AA, 1999: 31). Las militantes interesadas decidieron crear entonces un organismo en la ciudad redactando la petición correspondiente al Gobernador Civil,⁴² sin embargo, no tuvieron tiempo a que todo ello se concretase ya que poco tiempo después, a mediados del año 1938, llegaron las tropas franquistas cerca de la ciudad y tuvieron que evacuar la zona.

«Aixina és que no n'hi va haver una actuació directament de Mujeres Libres. Perquè no vam tindre temps. Era el moment que arriben les companyes de Barcelona, lo mateix que altres de Madrid, demanant-nos per fundar Mujeres Libres i això. Pues ahí ho fem, fem la demanda, però ja és massa tard. Ja és massa tard perquè estem en l'any 38. A punt dels fatxes, cruzar el Ebro i presentar-se per Vinaròs i tot ahí i ja no va haver temps per res. Va haver temps d'evacuar i prou. Aixina és que no se van arribar a formar Mujeres Libres».

La red de capacitación

La formación y la capacitación de las mujeres fue una de las prioridades de MMLL. Para combatir la ignorancia a la que estaban sometidas, muchas eran analfabetas, era necesario organizar actividades que las ayudaran a mejorar social y culturalmente; por este motivo, MMLL decidió preparar clases, ofrecer conferencias y charlas, realizar encuentros de talleres de lecturas comentadas, etc. Además las preparaban enseñándoles algún oficio para que así pudieran insertarse, sin ningún problema, en el ámbito de la producción y en la tarea revolucionaria constructiva de la retaguardia. Se las preparaba como enfermeras, profesoras, puericultoras, químicas, conductoras de tranvías, de coches; así como también, de obreras cualificadas

42. La petición de legalización de la Agrupación de MMLL de Borriana estaba fechada el 14 de abril de 1938 y firmada por Gràcia Ventura (Alcón Sornichero, 2005: 148). Agradezco a A. Fontanillas esta información.

para desempeñarse en cualquiera de los ramos productivos. «Algo más efectivo que la sola buena voluntad llena de ignorancia».⁴³

Una de las principales promotoras de la formación y preparación fue Mercedes Comaposada, quien llegó a Barcelona a finales de septiembre de 1936 y terminó quedándose. Estableció la Sección de Cultura y Propaganda en un piso de la Plaza Cataluña y pese a su débil estado de salud, organizó unos cursos intensivos de cultura general en los que ayudaban a las alumnas a ampliar su visión del mundo y comprender el porqué de la organización. A finales de 1937 se instaló, también en Barcelona, Lucía Sánchez Saornil quien había estado participando en la organización de MMLL en Madrid y Valencia.

El papel que Mercedes Comaposada desempeñó fue fundamental para la formación de algunas de nuestras protagonistas, entre ellas, Concha Liaño, Concha Guillén, Isabel González. Mercedes se hizo cargo de los cursos de formación para las jóvenes militantes que acudían por primera vez a la organización y también preparaba cursos más específicos para las más para veteranas.

«Quien estaba al pie del cañón, y esa es la que menos se nombra es a Mercedes Comaposada. Mercedes Comaposada sí estaba al pie nuestro, dedicándonos el tiempo completo. Amparo y Lucía, desde luego que era muy valiosa su ayuda, pero no estaban al pie del cañón. [...] Mercedes [...] tenía grupos, cada día tenía un grupo de muchachas, yo no sé de qué las instruiría. A mí me cogía a parte, y a Soledad la cogía a parte. Yo le debo mucho a ella, y a Soledad también. Nos dedicaba completamente su tiempo».⁴⁴

CONCHA GUILLÉN, «Mercedes era una persona ¡de una educación, de una sabiduría! Una mujer encantadora».

Concha Guillén fue nombrada secretaria de propaganda de la Federación Local de Barcelona y por esta razón mantuvo mucho contacto con Mercedes Comaposada, que dirigía la sección de cultura y propaganda de MMLL. Concha, que no estuvo sindicada antes

43. MMLL (1937), *Estructuración. Finalidades*, Publicaciones Mujeres Libres, s.l. (Nash, 1977: 73-74).

44. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

de la guerra, se formó de la mano de Mercedes, quien le dio apoyo y le brindó confianza para que participara en las distintas actividades que se realizaban, tales como charlas en los Ateneos, en los locales sindicales y donde las Juventudes Libertarias. Concha que jamás había salido del ámbito de la fábrica se convirtió en una militante y activa propagandista de la organización femenina.⁴⁵

«Íbamos a casa de Mercedes Comaposada. Porque Mercedes Comaposada era una pedagoga de primera categoría. Y era muy buena persona, [...] Y ella, en su casa, que vivía al lao de la Pedrera en el Paseo de Gràcia, el último piso de una casa, [...] como era un piso grande, íbamos un grupo de compañeras y nos enseñaba. Y a mí me cogió mucha estima. Porque me dijo que era una persona inteligente y que si yo quería me iba a enseñar mucho. Y, sí, me enseñó. Porque hay que ver, el poco tiempo que fui con ella, las cosas que aprendí. [...] La primera de las cosas que aprendí fue a leer libros buenos. Ella me decía: 'no leas nunca novelas baratas de esas que no dicen nada. Tú cuando leas, lee siempre libros buenos y los libros buenos te enseñaran siempre'. Y, muchas cosas de ética, de moral. [...] Yo aprendí mucho de la revista de Mujeres Libres. Mercedes cogía artículos de la revista y trabajábamos en la gramática, en la redacción, en muchas cosas. Pero era una enseñanza casi particular. [...] Mercedes era deliciosa. Era una persona ¡de una educación, de una sabiduría! Una mujer encantadora. Y en aquella época yo di dos conferencias en el Sindicato de la Metalurgia de Barcelona, que estaba en la Rambla de las Flores, que me acompañó ella, porque yo tenía miedo. Yo decía: '¡Ay! ¿Sabes? me da miedo, y si me pierdo, y si hago una pifia', y me decía: 'yo estaré contigo, no te preocupes'. Y venía a acompañarme y fue deliciosa».⁴⁶

45. Las charlas eran organizadas por la F.L. de MMLL de Barcelona. Concha Guillén dio, como mínimo, tres conferencias. La primera, a comienzos de octubre de 1938, en el Sindicato de la Metalurgia que realizó conjuntamente con María Cerdán; la segunda, que se realizó el 30 de octubre en el Sindicato de la Gastronomía y la tercera, que trataba sobre «La nueva preparación de la mujer» y que la realizó el día 31 de octubre junto a Polonia de Castro en las Industrias Alimentarias. «Actividades de Mujeres Libres» (1938), *Solidaridad Obrera*, 7 de octubre y 4 de noviembre.

46. Entrevista a Concha Guillén, Nissan les Enserunes (Francia), enero de 2008.

SARA BERENGUER, «[Mercedes] me dijo de un escrito mío: 'Demasiadas florituras y demasiado largo'».

Sara Berenguer se encontraba demasiado ocupada con la cantidad de trabajo que tenía como para poder asistir a las clases formativas que Mercedes Comaposada impartía en su casa. Sin embargo asistió a diversas conferencias que ella impartió, entre ellas recuerda una realizada en el Casal de la Dona Treballadora, titulada «La educación social femenina», que le impactó muchísimo. Mercedes podía actuar con severidad y ser muy crítica, tal y como lo comprobó Sara el día en que le dio unos escritos que había realizado y los cuales tenían que ser evaluados por Mercedes y que ella, una vez leídos le dijo: «¡Toma! Demasiadas florituras y además demasiado largo». Reconoce que este reproche le afectó mucho y que durante algún tiempo «lo llevé en el corazón, frenando mi mano en la escritura» (Berenguer, 1988: 256).

ISABEL GONZÁLEZ, «[Mercedes Comaposada] era una persona muy culta y me corrigió mucho y gracias a ella hice la carrera de enfermera».

Isabel González era una joven de diecisiete años que cosía en casa, como su tía, el último año de la República, 1936. El estallido de la Guerra Civil y el hecho de haber comenzado a frecuentar Mujeres Libres, le cambió su vida completamente. No sólo su mundo de relaciones se amplió en forma radical, sino que aprendió un oficio, el de enfermera en el Instituto de Mujeres Libres de Barcelona, profesión que ejerció durante la guerra y la postguerra.

«Mercedes va ser la que es va preocupar de mi, em va corregir moltíssimes de coses. Jo en tinc un gran record perquè era una senyora de dalt a baix, eh? [...] Vaig estar molt temps treballant amb elles. Jo amb disset anys, una persona no està formada. [Ella] era una persona molt culta i em va polir molt i per ella vaig fer la carrera d'infermera. [...] La Mercedes Campoposada vivia al passeig de Gràcia, entre Consell de Cent i Aragó, pujant a la dreta. Cada dia hi anava jo, una hora o altra hi havia d'anar. Portar-li alguna cosa, anar-hi o em demanava. Sí, sí, ella estava enamorada de mi amb l'aspecte de persona, eh? Em retocava la forma de parlar, si no parlava bé el castellà. O sigui que [era] una persona amb totes les de la llei, amb una educació fantàstica. Jo això és el que recordo. Sempre era una persona magnífica, mai la

vaig veure enfadada. I el Lobo igualment.⁴⁷ Dues magnífiques persones. [...] Sí, ella era la supervisora de tot. La que controlava tot [de la revista]. Si estava correcte, tant la dicció, com l'escritura, com tot plegat. I ella era a casa seva. No venia mai a les reunions de la plaça Catalunya. Ella intervenia més en les coses diguéssim directes, en la propaganda que es feia i quan s'havia d'anar fora, que anàvem a fora per les comarques venent els diaris eh?, amb uns camions, a Lleida, a Tarragona, a Igualada a vendre els diaris de Mujeres Libres».

A finales de 1936 se creó el primer Instituto de Mujeres Libres en Barcelona que se llamó Casal de la Dona Treballadora y tenía como finalidad impartir clases a las jóvenes trabajadoras con el apoyo de una plantilla de maestros y profesores profesionales. La sede del Casal estaba al inicio en la Gran Vía de las Cortes Catalanas de Barcelona n.º 622. Se crearon otros institutos de Mujeres Libres en Madrid y Valencia con la misma intención formativa. El local del Casal de la Dona Treballadora de la Gran Vía se quedó pronto pequeño y por esto el Sindicato de la Alimentación les cedió varios pisos en la calle Pi i Margall n.º 96. Tuvieron una gran demanda y a finales de 1938 impartían clases entre a 600 y 800 trabajadoras que estaban repartidas por todos los barrios de Barcelona. Esto nos da cuenta de que las mujeres respondieron masivamente al llamamiento de MMLL.

«Compañera:

¿Quieres contribuir a ganar la guerra?

¿Quieres capacitarte para ser útil a la causa antifascista?

¿Quieres adquirir una cultura general?

¿Quieres especializarte en una profesión?

Inscríbete en el Casal de la Dona Treballadora, Pi y Margall 96 y elige la clase o cursillo que más te interesa del plan que se incluye» (Nash, 1977: 121).

Las barcelonesas pudieron escoger libremente el tipo de formación deseado dentro de un programa extenso en el que se incluían: clases básicas y elementales (como saber leer, escribir, nociones de

47. Se refiere a Baltasar Lobo (Cerecinos de Campos (Zamora), 1910— París, 1993), compañero de Mercedes, escultor y dibujante. Miembro del Comité peninsular de las JJLL en 1936 (Íñiguez, 2001: 336).

aritmética, geografía, gramática y ciencias naturales); clases de conocimientos generales (historia universal, francés, inglés, ruso, mecanografía y taquigrafía); clases profesionales (enfermería, puericultores, comercio, corte y confección, aritmética y geriatría; además de las correspondientes prácticas) y formación social (cursos de organización sindical, sociología, nociones de economía, conferencias semanales para ampliar la cultura general). Las clases se daban en el Casal de la Dona Treballadora y eran gratuitas.⁴⁸

En todos los locales de MMLL del Estado español se daban cursos y clases de formación cultural, profesional y social. El Casal de la Dona Treballadora estuvo dirigido desde diciembre de 1937 por Amparo Poch y Gascón, quien gracias al gran dinamismo y entusiasmo que tenía imprimió un nuevo aire a la oferta didáctica. «Lo más sorprendente de su personalidad fue siempre su capacidad de trabajo y esa espléndida generosidad que trascendía de su exuberante y infatigable naturaleza —explicaba Mercedes Comaposada. Una de sus características era la alegría y el optimismo que acompañaban sus diversas actividades» (Rodrigo, 2002: 195). En el Casal trabajó con M. Comaposada, quien se encargaba de la orientación pedagógica; colaboró también con la Dra. Bastard Martí quien se ocupaba de los temas profesionales y con Libertad Ródenas. La doctora Poch impartía un curso de enfermería, mientras que la doctora Martí daba uno de puericultura, esta última era «magnífica e inteligente, cuya dulzura y bondad hacía que las alumnas [...] la estimaran y la siguieran con gran atención» (Berenguer, 1988: 257-258). Las jóvenes salían preparadas para continuar sus estudios en la Universidad Obrera, siempre y cuando lo desearan. Las que aprendían un oficio, como las auxiliares de enfermería, se incorporaban directamente a los hospitales, tal y como lo hizo Isabel González, una de nuestras protagonistas.

ISABEL GONZÁLEZ, «Cuando acababa mi trabajo de allá, de las Mujeres Libres, iba a estudiar [en la Escuela de enfermería del Casal de la Dona Treballadora]. Hice toda la carrera».

48. «Actuación de Mujeres Libres» (1938), *Solidaridad Obrera*, 7 de octubre.

«Mujeres Libres van muntar una escola d'infermeria, amb una doctora que es deia Bastard Martí. Aquesta doctora en tinc un gran record perquè era una magnífica persona. [...] I allavorens quan jo plegava d'allà, de las Mujeres Libres, anava a estudiar. Vaig fer tota la carrera. [...] Una professora que ensenyava d'aquella manera i explicava les coses clares i a mi em mereixia tota la confiança. Ella ja parlava dels anticonceptius. En aquella època, 'hasta la meva germana petita els usa', explicava. Jo en vaig començar a sentir parlar quan ella va començar a donar-nos classes, però bastant endavant, eh? Quan ja parlaven de coses més profundes de medicina. [...] No va explicar com es prenien: si era un anticonceptiu exterior o era un anticonceptiu interior. Això no li puc dir. Ni quin nom tenien. Va dir que la dona tenia dret a viure la seva vida, que no era una esclava de l'home, que era una dona lliure per fer el que li dongués la gana, que no havia de menester ningú, sempre i quan es pogués ella independitzar, en el sentit de treballar o tenir una carrera. Per això va dir: 'us heu d'afanyar vosaltres i heu de saber poder-vos independitzar i tenir una cosa pròpia per no haver de dependre del company i del marit'. O sigui que a part de professora de medicina era una professora psicòloga perquè explicava les coses molt ben explicades».

Al acabar su formación de enfermera (febrero de 1937), Isabel González se puso a trabajar inmediatamente. El primer trabajo que tuvo fue en el orfanato Ribas de Barcelona (Vall d'Hebrón) donde estuvo unos cuantos meses. Se fue porque le hacían la vida imposible por ser de la organización MMLL, ya que en aquel lugar dominaba la influencia comunista. Después, en 1938 la enviaron al Hospital de La Sebinosa (Tarragona) donde llegó a ser jefa de sala. Era un hospital donde se atendía a los pacientes de urgencia y después se los destinaba hacia otros hospitales. Isabel trabajaba con el equipo de quirófano del Dr. Tortellà como ayudante de quirófano y anestesista. Estuvo trabajando una buena temporada con ellos y fue muy valorada por el desempeño de sus funciones. Cuando este equipo médico fue trasladado al frente a ella la enviaron a Reus, al Instituto Pere Mata, un centro psiquiátrico que durante la guerra hacía las funciones de hospital de primeros auxilios.

Concha Guillén también inició los cursos de enfermería, pero no ejerció nunca su profesión por no haberlos finalizado. Continuó

trabajando en la misma fábrica textil como lo había hecho durante la República. Su lugar de trabajo era la Fábrica Deu i Matas que fue colectivizada durante la guerra. «Asistí a los cursos de enfermeras que se organizaron con el fin de prestar ayuda a los combatientes. La doctora Poch, persona trabajadora y muy capacitada, era quien los dirigía. Fuimos muchas las que asistimos a dichos cursos, algunas compañeras mostraban un gran deseo de ser útiles en los hospitales, donde hacían falta enfermeras bien preparadas y en el mayor número posible» (VV AA, 1999: 71).

AURORA MOLINA, «Amparo Poch era una gran mujer».

Entre las muchas actividades que Aurora Molina desempeñó durante los años de la guerra, estaba la de asistir, de vez en cuando, a las clases que se daban en el Casal de la Dona Treballadora. Recuerda con especial interés las clases que eran impartidas por Amparo Poch:

«Una gran mujer la Amparo Poch. [...] Yo fui a la escuela esa de la Dona Treballadora y ella estaba de médica y yo allí iba a estudiar cuando no tenía nada que hacer, iba allí con ella, a las clases». ⁴⁹ «Era paciente y dulce con sus alumnas y no le importaba repetir los conceptos, con aquella clara visión que ella tenía de las cosas que explicaba. Lo que le interesaba vivamente era que hubiésemos comprendido lo esencial. En sus clases reinaba gran armonía, y esta atmósfera permitía que aprendiésemos con gusto y provecho» (Rodrigo, 2002: 200).

En Barcelona se crearon otros centros de MMLL en los distintos barrios de la ciudad. En Sants se formó un instituto nocturno de Mujeres Libres y en otros barrios se hacían clases nocturnas. Más adelante, se creó una Granja-Escuela en el Paseo de la Bonanova (Sant Gervasi) llamada «Las Tortugas», para preparar a las jóvenes que habían llegado a Barcelona hacía años para trabajar en el servicio doméstico. Se les enseñaba conocimientos prácticos de agricultura y avicultura por si querían volver a sus pueblos para participar en las colectivizaciones que se estaban dando. Se prepararon numerosas mujeres para las industrias de guerra, incorporándose en las distin-

49. Entrevista a Aurora Molina, Gijón, junio de 2007.

tas categorías que se consideraban masculinas, es decir, soldados, ensambladores, fresadores, etc. También se insertaron en sectores como el ferrocarril y la aviación. En los transportes urbanos lo hicieron como conductoras y cobradoras, tanto en tranvías como en autobuses (autocars). En el ramo de construcción también realizaron trabajos duros como construir refugios junto con obreros profesionales. Todos estos grupos dependían de las secciones de trabajo de MMLL. Lo que diferenciaba a estos cursos de capacitación de otros, impartidos por la Generalitat de Cataluña o por otros organismos, era que además de la preparación técnica se les daba también una formación social con clases que les ayudaban a desarrollar su personalidad (Ackelsberg, 1999: 185).

Los Liberadores de Prostitución

Entre las distintas actividades que realizaba MMLL hay que destacar principalmente a las campañas destinadas para la dignificación de la mujer y en contra de la prostitución; la alternativa era la creación de los «Liberadores de Prostitución», por ser conscientes que no era posible suprimir la prostitución, sin darle a las mujeres, que se dedicaban a esta actividad debido a sus escasos recursos, otra alternativa económica. La finalidad de los Liberadores de Prostitución era la educación de las prostitutas ofreciéndoles otras posibles alternativas profesionales. Los liberadores fueron impulsados paralelamente, por un lado, como proyecto de decreto oficial por F. Martí Ibáñez desde la Generalitat de Cataluña y, por otro lado, por Federica Montseny desde el Ministerio de Sanidad del Gobierno central. Para los libertarios la solución del problema de la prostitución no pasaba por mejorar las medidas del control sanitario e higiénico sino, y sobre todo, por ofrecer a las mujeres otras alternativas profesionales y también, de transformar las mentalidades y los comportamientos sexuales. Los proyectos fracasaron tanto por motivos culturales como por falta de apoyo oficial debido a las difíciles circunstancias bélicas. Pese a que los proyectos oficiales no pudieron concretarse, MMLL realizó campañas específicas dirigidas a las prostitutas para que abandonaran su profesión y se unieran al movimiento de MMLL; algunas respondieron a la llamada y se unieron a la organización anarquista para formarse en el Casal de la Dona Treballadora. Lucía Sánchez Saornil consideraban que para erradicar la prostitución había que

hacerle frente combatiendo la falta de autonomía económica de la mujeres y su explotación en el mercado de trabajo.⁵⁰ «La mujer ha de ser económicamente libre. [...] Sólo la libertad económica hace posible las demás libertades, tanto en los individuos como en los pueblos. Son necesarias una libertad y una igualdad económicas: una igualdad de salarios, una igualdad de sueldos, una igualdad de acceso a los medios trabajadores de todas clases. He aquí esto tan repetido, tan escuchado y que es la base de las acciones contra la prostitución».⁵¹

Concha Liaño tenía una especial sensibilidad por este tema, a raíz de la visita que hizo al barrio chino de Barcelona a inicios de los años treinta. Le impactó la situación de degradación que padecían muchas mujeres y por este motivo, durante la guerra y con el Casal de la Dona Treballadora en marcha, creyó que era el momento de hacer una campaña contra la prostitución. Decidió pegar carteles y repartir octavillas en el barrio chino de Barcelona. Pese a que ninguna militante de MMLL aceptó acompañarla, ella decidió hacerlo sola con un compañero de las Juventudes Libertarias que la seguía de lejos por si tenía algún problema.

CONCHA LIAÑO, «Invité a las prostitutas a que fueran a aprender un oficio pa' salir de esa vida. Una me respondió: 'yo soy puta pa' que tú puedas ser honrada'».

«Y yo, [...] les digo: 'Alguien me tiene que acompañar al barrio chino, que yo voy a repartir estos pasquines a las prostitutas e invitándolas a que vayan al Casal a que aprendan enfermería, a que aprendan algo pa' salir de esa situación'. Y no me quiso acompañar nadie. Las grandes pensarían está loca esta muchacha, y las jóvenes con esa leyenda del barrio chino nadie me quiso acompañar. Entonces yo, 'No importa, yo me voy sola'. Y cogí un pote de harina con agua y una brocha, y busqué un compañero y le dije: 'vente conmigo y tú estate a dos metros de mí'. Tenía miedo. Porque yo

50. Sánchez Saornil, L. (1935), «La cuestión femenina en nuestros medios. V», *Solidaridad Obrera*, 30 de octubre (Ackelsberg, 1999: 80).

51. «Acciones contra la prostitución» (1937), *Mujeres Libres*, n. 11 (Nash, 1977: 182).

no sabía cómo iba a reaccionar esa gente. Y llegué allí, entré, pegué un pasquín en la pared, se arremolinaron alrededor mío, pegué tres o cuatro en la pared. Luego fui por la callejuela dándoles a las mujeres, invitándolas que fueran a aprender un oficio pa' salir de esa vida. Una me dijo: 'yo soy puta pa' que tú puedas ser honrada'. Me supongo que entonces los hombres encontraban más dificultad que ahora para poder desahogar su ímpetu sexual, porque ahora todos los novios se acuestan juntos. Entonces no».

Ayuda moral a los combatientes

Otra de las actividades de MMLL fue la de organizar secciones para auxiliar y asistir a los combatientes, dado que el conflicto armado continuaba y se alargaba. En este sentido, se prepararon visitas a los frentes para animar a los milicianos y también se les facilitaba sitios donde quedarse en la ciudad para cuando estaban de permiso. Además se crearon servicios de lavandería, envío de paquetes con libros y otras cosas útiles que pidiesen. Paralelamente, se dio ayuda y cobijo a los niños de los refugiados que confluían en Barcelona creándose una residencia-escuela en el barrio de Sant Gervasi.

Sara Berenguer recuerda haber ido diversas veces al frente para pasar el día con los combatientes. Alguna vez fue con las salidas que organizaban MMLL, otras eran visitas en colaboración con el Consejo Nacional de Solidaridad Internacional Antifacista (SIA), organización de carácter internacional que brindaba ayuda orientada por militantes libertarios con el cual colaboraba. Recuerda, especialmente, una visita organizada por petición de las obreras de una fábrica de hebillas para cinturones de guerra, cuyo responsable era el destacado militante vasco Saturnino Aransaez, suegro de Julia Hermosilla, una de las nuestras protagonistas y quien también trabaja en la misma fábrica. Un grupo de estas trabajadoras simpatizantes de la CNT recolectaron dinero para comprar mercancías que fuesen útiles a los combatientes y, a su vez, querían ellas mismas llevar las mercancías a una de la brigadas de la 26 división, comandada por Ricardo Sanz, la cual se encontraba cerca de Artesa de Segre.

Para emprender el viaje, lleno de vicisitudes de toda índole, se prepararon dos autobuses llenos de mujeres. Antes de llegar, un autobús se averió y tuvieron que pasar la noche de manera improvisada durmiendo sobre la paja que fue lo más cómodo que

podieron encontrar. Reparado el camión continuaron su viaje. Al llegar al frente todas las jóvenes se encontraban cansadas y mientras Sara Berenguer y los responsables de SIA iban a advertir a los jefes de su llegada, las jóvenes tuvieron un encuentro desafortunado con algunos soldados que comenzaron a violentarlas y tras su negativa de ser toqueteadas, se alejaron diciendo que no querían saber nada de ellos porque únicamente eran simples soldados. «Y cuando volvimos —explica Sara Berenguer— vimos que las chicas salían de aquel local llorando». «Somos nosotras —les dijo consolándolas nuestra protagonista— quienes hemos de evidenciar quiénes somos y cuáles son nuestras intenciones y finalidades, dando el ejemplo con nuestro comportamiento y demostrar que no nos interesan ni los jefes ni las estrellas» (Berenguer, 1988: 174). Decidieron darles una lección a esos soldados y en grupo de tres se distribuyeron entre ellos durante la comida compartiendo su ración. Sara se unió al grupo de internacionalistas extranjeros a los que oyó criticar su llegada. Durante la comida les pudo explicar cuáles eran las intenciones que las llevaban a estar ahí y que lo que únicamente querían era «aportar un poco de bienestar moral» con su presencia «y, que si ellos luchaban en primera línea, nosotras, las mujeres, en la retaguardia colaborábamos y participábamos en todos los trabajos, que el hombre, nuestro compañero de lucha, abandonaba para incorporarse a filas, donde había que defender nuestra libertad y la República burlada y, en particular, en lo que a nosotros concernía, la Revolución».

Los debates animados y el intercambio de opiniones pusieron las cosas en su sitio y el resto de las horas que pasaron estuvieron llenas de armonía y hermandad. «Al cap de dos dies, el Comitè nacional [de SIA], en [Mateo] Baruta, em va cridar i estava tan content.⁵² Havia rebut tantes cartes satisfetes de la nostra visita, que després va ser ben rebuda, no? Però quan vam arribar vam tenir d'apetxugar lo nostre».

52. Mateo Baruta Vila fue secretario nacional de SIA durante la guerra. Viajaba con frecuencia a Francia en busca de alimentos. Lo hirieron en Barcelona durante los acontecimientos ocurridos en mayo de 1937. En 1939 se exilió a Francia, desde donde participó en la reconstrucción de la CNT y donde vivió hasta su muerte (Berenguer, 1988).

En el mismo sentido el Pleno Regional de MMLL de Cataluña, reunido en octubre de 1938, acordó enviar a los combatientes unas tarjetas acompañadas del saludo revolucionario, en donde les recordaban que tanto hombres como mujeres estaban en el mismo lugar dándolo todo en la batalla de la guerra y en la revolución. Les decían que sus objetivos como mujeres pasaban «por sostener nuestro derecho a la Libertad hasta el máximo sacrificio. Como luchadoras sociales, mantener, a medida de nuestras posibilidades, las conquistas revolucionarias ganadas».⁵³

Al final de la guerra MMLL amplió sus actividades destinadas a la ayuda y a la solidaridad. Concha Liaño y Fina Cubells fueron las encargadas de organizar la ayuda al pueblo de Madrid donde MMLL, en colaboración con SIA, envió diversos camiones con alimentos. Estos camiones volvían repletos de niños y de ancianos, que se refugiaban en Cataluña porque consideraban que era una zona más segura.

Mujeres Libres, ¿una organización separatista?

MMLL tuvo el apoyo económico de la organización cenetistas en las actividades que se realizaron en el Instituto y en el Casal de la Dona Treballadora, pero jamás fue reconocida como una agrupación autónoma, ni por esta organización ni por las Juventudes Libertarias y tampoco por la FAI; estas tres agrupaciones se agrupaban en el Movimiento Libertario Español (MLE). Hubo mucha falta de comprensión por parte de los compañeros con respecto a todo el proceso de creación de una organización femenina libertaria, así como, en la petición de formar una cuarta agrupación al lado de las organizaciones ya citadas. Ellas estaban decididas en su tarea de liberación de la mujeres y continuaron adelante pese a todas las contrariedades que se les presentaron a lo largo del camino.

SARA BERENGUER, «Mujeres Libres querían ser una rama más dentro del movimiento libertario. [...] Pero no las aceptaron nunca».

En el Pleno Nacional de MLE celebrado en Barcelona los días comprendidos del 16 al 30 de octubre de 1938, MMLL se presentó

con una delegación de 15 representantes, entre ellas estaba Suceso Portales, secretaria del subcomité nacional de MMLL y Pura Pérez, secretaria de propaganda, las cuales desde Alicante tuvieron un viaje accidentado en un mercante inglés. El viaje duró dos días porque no pudieron atracar en el puerto de Barcelona ya que justo en esos momentos lo estaban bombardeando. Continuaron hacia el norte para después volver a bajar y llegar, por fin, a la ciudad condal. El Pleno después de la discusión aceptó la presencia de MMLL en las sesiones que les concernía el tema. También fue aceptada la presencia de Emma Goldman, destacada militante anarquista americana y colaboradora de la organización de MMLL, como observadora. En la décimo octava sesión, se debatió la actuación de la Agrupación femenina, la cual fue aprobada y se decidió darle apoyo moral y material para que se pudiese poner en marcha las distintas actividades en cada regional. Las representantes presentaron al Pleno de MLE un largo informe en el que exponían su malestar por no haber sido tomadas en consideración. «Por eso acudimos hoy a este Pleno en el que al parecer no se contaba con nosotras, ya que sólo se menciona en el Orden del día ‘las tres ramas del Movimiento Libertario’. Acudimos siguiendo la línea de audacia consciente que nos hemos trazado, a exponer nuestra actuación y a valorizarnos nosotras mismas» (VV AA, 1999: 151).

Respecto a la demanda para que MMLL fuese aceptada como una cuarta agrupación del MLE, el asunto jamás fue debatido en el Pleno y por lo tanto tampoco fue rechazado, como a veces se ha dicho (Nash, 1977: 19). Lo único que se decidió fue que era necesario que se discutiera el tema de todas las regionales y que serían ellas las que deberían tomar una posición al respecto, es decir, que sería discutido y votado en un Pleno posterior. El tema quedó en suspenso ya que no se pudo celebrar ningún Pleno más debido al desenlace inmediato de la guerra (Ackelsberg, 1999: 234-241).⁵⁴

«I inclús ja al final, van fer un congrés i nosaltres vam fer un treball per presentar-lo, i vam demanar que ens acceptessin, no? en tant que rama del moviment llibertari [...] A més, els hi dèiem

53. «Acuerdos...» (1938), *Solidaridad Obrera*, 20 de octubre.

54. «Pleno nacional del MLE. Se acuerda apoyar e incrementar las Agrupaciones de Mujeres Libres» (1938), *Solidaridad Obrera*, 27 de octubre.

que les comunistes ens prenién puesto. Perquè les comunistes clar estaven al servei del seu partit, mentre que nosaltres no estàvem al servei de ningú, erem independents, sin embargo erem de la CNT totes, eh? [...] No ens van volguer acceptar. Vam presentar el treball de totes maneres, però van acceptar a la Emma Goldman. I la Emma Goldman va parlar de nosaltres i a l'últim dia van acceptar que hi anéssim i hi va haver qui va dir que no erem capaces d'estar en un puesto com aquell».⁵⁵

CONCHA GUILLÉN, «Ellos decían que con Juventudes Libertarias ya había bastante, que allí estaban mujeres y hombres».

«Yo debí ir a dar la charla a las Juventudes Libertarias de Les Cortes, porque los chavales no querían a Mujeres Libres, ¿eh? Ellos claro, ellos decían que con Juventudes Libertarias ya había bastante, que allí estaban mujeres y hombres, pero nosotras decíamos que las mujeres siempre habíamos estado relegadas por los hombres y que teníamos necesidad de formarnos, de hacernos fuertes antes de enfrentarnos. Nosotras queríamos hacernos una personalidad e ir hacia ellos ya con más fuerza. Porque si entras en una sociedad y ya te miran de lado y ya no te aceptan y no te defienden ¡malo! hay que defenderse».

JOAQUINA DORADO, «Aquí, luchamos juntos mujeres y hombres».

No solamente los militantes masculinos del movimiento libertario eran reticentes a la nueva organización femenina, también algunas mujeres militantes no veían la necesidad de MMLL, al creer que podían realizar la misma tarea dentro de las organizaciones libertarias que ya existían y, por tanto, no veían que fuese necesario constituirse como agrupación independiente. Joaquina Dorado que participó en la creación de las Juventudes Libertarias de Poble Sec de Barcelona y que militó en la CNT y en la FAI, era contraria a la creación de Mujeres Libres en su barrio:

«Y nada, empezamos allí en Juventudes Libertarias y a tener nuestras conversaciones y nuestras discusiones, incluso se presentó una delegada de Mujeres Libres queriendo poner una secretaria en nuestro local. Yo quizá hoy cambiase de opinión pero entonces les

hice frente y allí no se abrió ninguna secretaria de Mujeres Libres. Soledad Estorach me quiso convencer todavía fuera de la asamblea y yo dije: 'No, no, no insistas que aquí luchamos juntos mujeres y hombres'. Quizá no la comprendí bien. Allí en Poble Sec Mujeres Libres no hicieron nada».

CONXA PÉREZ, «Me pareció que quizás esto serviría para pelearse compañeros con compañeras».

Conxa Pérez tampoco veía necesaria a la organización MMLL. Para ella, la labor que esta organización proponía ya la estaban haciendo desde los Ateneos y desde los grupos anarquistas. Consideraba que ya existían diferencias entre los libertarios, con los moderados y los radicales, lo que llevaba a enfrentamientos por la distinta visión que se tenía de las tácticas y de las estrategias, como para acentuar los problemas y las divergencias creando una organización femenina que podía traer consigo el aumento de las tensiones y contradicciones entre los componentes del movimiento libertario.

«Van vindre una vegada, un grupet de noies, això era els últims temps d'estar a [l'Ateneu] Faros [abans de juliol del 36]. I ens van dir que s'estava formant Mujeres Libres, i ens [ho] van proposar. Jo els hi vaig dir que, de moment, m'ho pensaria, que molt bé, però que la feina que elles anaven a fer o estaven fent ja l'estàvem fent nosaltres feia anys. [...] En fin, que ja les agrupacions, els ateneus mateixos ja feiem tasca d'aquesta, no va ser una cosa nova lo de les Dones Lliures, era una cosa que ja la portàvem els anarquistes abans. I després que a mi en aquell moment, eh?, em va semblar que potser això serviria per barallar-se companys amb companyes i jo com que estava tant d'acord amb la majoria de companys que érem de totes les colles que, bueno, que m'ho tenia que pensar molt, ho veia bé que ho fessin, però que de moment no m'hi posava».

«Em sembla que van fer una bona feina, i una de les coses que els hi vaig exposar, i és veritat, és que jo ja estava en les Joventuts, estava en l'Ateneu, en el Sindicat i en els grups de la FAI i que ja no em quedava temps per més coses. Aquesta era una de les causes i, l'altra, és veritat, a mi em sabia greu perquè pensava que podia ser algo que ens podia dividir als anarquistes. I dic a veure si ara hi haurà les dones per aquí i el homes per allà i ens barallarem entre nosaltres! Ja n'hi havien prou entre els més moderats i els que no ho

55. Entrevista a Sara Berenguer, Montady, diciembre de 2006.

eren, ¿perquè ara busquem una altra història?I això va ser la cosa, perquè jo no hi he estat en contra d'elles».

ANTÒNIA FONTANILLAS, «Creí que era [una organizació para] mujeres de más de treinta años».

Durante la guerra, supo de la existencia de la organización de MMLL porque militaba su tía Salud Borràs y sus amigas, las hermanas Miranda.⁵⁶ Ella no tuvo ninguna relación con esta organización incluso conociendo sus actividades. Consideraba que las militantes de MMLL eran mujeres más maduras y que la organización juvenil era la de las Juventudes Libertarias donde comenzó a militar durante la guerra y que continuó haciéndolo durante los primeros años del Franquismo hasta su exilio en Francia en 1953.

«En aquell moment no m'ho vaig plantejar. Vaig creure que eren dones de més de trenta anys. Perquè la meva tia era una persona gran, las Miranda igual; no em vaig enterar que cap jove ho fos. Per mi, es que són dones que creen això com els altres van crear «Los de Ayer y los de Hoy». [...] [MMLL] va ser indispensable perquè era molt difícil atraure la dona! Totes ho hem viscut! Jo mateixa, vaig escriure en el tauló d'anuncis de les Joventuts, un 'llamamiento a la mujer' perquè és que era molt difícil atreure-la a les reunions i a les joventuts i als sindicats! Això també ho diu l'Estorach. Era molt difícil, és a dir, que eren molt poques les dones que s'atreuen en igualtat de condicions amb l'home. A mi no m'han fet obstacles, més aviat he trobat aquesta reticència aquí a l'exili, eh? Que no pas allà a les Joventuts, tal com ho vaig viure, eh? Vull dir que elles tampoc se sentien atretes a participar en el terreny orgànic».

GRÀCIA VENTURA, «Si las mujeres se emancipan mucho y después los hombres no las acompañan en esta emancipación pues es como si no hicieramos nada, cada uno se va por su barranco».

Gràcia Ventura, a pesar de que participó en la creación de Mujeres Libres en Borriana durante la Guerra Civil, piensa que la

organización femenina era necesaria únicamente para conseguir el mismo nivel de igualdad con respecto a los hombres, ya que durante los años treinta no existía dicha igualdad ni en el trabajo, ni en la vida privada. Considera que en la lucha por la emancipación social había que estar juntos, hombres y mujeres y no debían separarse.

«Bueno, nos tenim que ficar en la època també que les coses se formen. En eixa època tu ja saps que els homes eren els que portaven sempre la batuta de les coses. I clar, hi ha una reacció d'elles, de les dones, a dir: 'bueno, perquè tenen que ser tot els homes, nosaltros també.' Jo ho trobe molt bé. Però no pa separar-se. Sobretot en la lucha social. Lo que és la lucha social. Ara, després per escriure i tot això cada una pot expresar de la seua manera conforme voldrà les coses. Però la lucha social, jo crec que la lucha social, és dels dos. Perquè la emancipació teua, de sobre salaris, o sobre el matrimoni, o sobre lo que siga, jo crec que té que ser en combinació de l'altre. Jo estic conforme en que si l'home guanya 50 que tu guanyis 50, si l'home te dret de divorciar-se o separar-se que tu també tinguis el teu dret de divorciar-te i separar-te. Això són coses, que se cauen del seu pes. Que tenen que tindre la mateixa Libertad l'un que l'altre. Però, no per separar-se. En les coses socials jo crec que és millor que se vaya al unísono. Perquè ara mateix si les dones se emancipen molt i després els homes no els acompanyen en eixa emancipació pues és com si no ferem res, cadascú se'n va pel seu barranco».

AURORA MOLINA, «No veía por qué tenía que haber una separación de Mujeres Libres, Juventudes y la CNT».

Aurora Molina mantiene la posición ortodoxa de la CNT respecto a la existencia de la organización MMLL, posición similar a la que tenía la militante Federica Montseny y también su padre, el destacado militante de la FAI, «Juanel » Molina. Pese a todo esto, su madre, la también destacada militante Lola Iturbe, colaboró con la organización Mujeres Libres.

«Yo no veía por qué tenía que haber una separación de Mujeres Libres, Juventudes y la CNT. Yo veía más natural que las mujeres apoyásemos más, por ejemplo, la cosa sindical que la cosa estrictamente femenina. Y, además, la edad que yo tenía, pues la verdad, no me interesaba mucho. Y, no, no tuve ninguna actividad por Mujeres Libres, jamás que pues yo que iba a los actos que organizaban

⁵⁶ Francesc Miranda Concha, su padre, era hijastro de Anselmo Lorenzo, anarquista y activo militante de la CNT durante los años diez y veinte; amigo del padre de Salud Borràs, Martí Borràs Jover (Entrevista a A. Fontanillas, Dreux, abril de 2007; Iñiguez, 2001: 407).

porque fui a la escuela que organizaron, ¿no?, y eso. Pero no, como organización yo no la defendía, yo lo que he defendido siempre es que la mujer actúe en el sindicato que se atreva a hablar, a opinar. Bueno, en fin, pero no a ser una organización tan independiente como Mujeres Libres».

«Mi madre no, mi madre no opinaba lo mismo, mi madre era partidaria de que hubiera una organización independiente que se llamara Mujeres Libres porque quizás así venían por la cosa que era de mujeres, que venían con más libertad. Pero, yo, estaba de acuerdo con Federica [Montseny]. Me parecía que no era normal una organización. Y, ahora me lo parece cada vez menos. Porque, claro, ahora se ha llegado a sitios, que no hemos sido nosotras solas las que hemos defendido a la mujer. Ha habido muchas mujeres científicas, que han estado de acuerdo con la cosa esta feminista. Pero yo sigo pensando que teníamos que actuar en los mismos sitios que actúan los hombres. Y que apoyen, si tú vas a un sindicato que no hay mujeres, pues que apoyen la causa sindical porque es una causa general, tanto para el hombre como para la mujer».



Aurora Molina Iturbe (izquierda) con su madre Lola Iturbe Arizcuren. Tolosa, años 1940.



Gràcia Ventura Fortea (derecha), Prisión Saturrarán, 1942.



Conxa Pérez Collado (izquierda) con su familia, padre, madre y hermanos Pepe y Anita. Barcelona, años 1930.



Joaquina Dorado Pita con Manuel Hernández. Consejo Económico de la Madera Socializada. Barcelona, 1938.



Concha Liaño Gil (izquierda) con su hija y Felisa de Castro Sampedro. Burdeos, 1943.



Pura López Mingorance (delante a la izquierda) con su madre y sus hermanos Miguel (iz.), Antonio (dcha.), Isabel y Manolo (sentados). Lanjarón, 1930.



Julia Hermosilla Sagredo con Ángel Aransáez Caicedo. Sestao, años 1930.



Sara Berenguer Laosa, Barcelona, 1936.



Antònia Fontanillas Borràs, Barcelona, años 1940.

IV. DEL ABISMO DE LA DERROTA A LA ESPERANZA DEL RETORNO (1939-1945)



Concha Guillén Bertolín.
Auschs (Gers), 1939.



Isabel González Sugranyes,
Barcelona, años 1940.

El trauma de la guerra y de la muerte de la revolución

Este relato estaría incompleto si, únicamente, habláramos de las actividades positivas y emprendedoras que realizaron las mujeres en el momento de la guerra y de la revolución. Hacia el final de la guerra tuvieron que enfrentarse a una serie de dificultades que hicieron disminuir el entusiasmo revolucionario de los primeros meses de la guerra, es decir: la decepción, que venía muchas veces acompañada por las muertes de las personas más cercanas y admiradas en el frente y también en la retaguardia como lo fueron sus padres, sus hermanos, compañeros y líderes del movimiento libertario. El hambre que disminuía sus fuerzas, los bombardeos y sobre todo la pérdida de poder de las organizaciones libertarias, todo esto, especialmente evidente a partir de mayo de 1937.

CONCHA LIAÑO, «En ese momento sentí un alivio de que no era Madrid [el que había caído], prefería que hubiera sido mi padre».

Concha Liaño tuvo que enfrentarse a la muerte de tres personas cercanas y queridas para ella, estas fueron: la muerte en octubre de 1938 de su hijo Andrés a consecuencia de una congestión pulmonar; la de su padre Ricardo Liaño, apodado *Hermes* y, finalmente, la de su ex compañero Alfredo Martínez del Comité Regional Catalán de JJLL, a consecuencia de los acontecimientos ocurridos en mayo de 1937. Recuerda cómo se enteró de la muerte de su padre, quien estaba en el frente de Aragón como corresponsal de guerra para *Solidaridad Obrera*. Su padre desempeñaba un trabajo muy arriesgado

desde las líneas de fuego informando sobre los enfrentamientos que se daban entre los bandos. Murió a principios de noviembre de 1936 cuando desde Cataluña estaban muy pendientes de la resistencia de Madrid que se encontraba asediada por las tropas franquistas.¹ «Estaba con mi hermano, Ricardo, y era 6 o 7 de noviembre. En aquellos momentos Madrid estaba a punto de caer, y nosotros teníamos una zozobra tremenda. Eran unos momentos que vivíamos verdaderamente trágicos, porque si Madrid caía ya estaba todo perdido, ¿no? Entonces tocó a la puerta Felisa [de Castro] y traía la Soli, el periódico, y entra en el cuarto y yo me alboroto y digo: ‘¿Felisa, cayó Madrid?’ Y me dice: ‘No. Quien cayó fue tu padre’. Parece increíble pero yo sentí alivio, que no había caído Madrid. Y no lloré, y mi hermano se puso a berrear, y siempre me lo echó en cara: ‘te dijeron que tu padre había caído y tú no echaste ni una lágrima’. Pero luego sí que lloré, pero en ese momento sentí un alivio de que no era Madrid, prefería que hubiera sido mi padre. ¡Hasta qué punto siente uno las ideas!».

CONXA PÉREZ, «Cuando ví claro que no valía la pena fue cuando los Hechos de Mayo [1937]».

«[L' experiència del front] em va marcar bastant. Pensava si valia la pena tants morts, tanta cosa [...] Quan vaig veure clar que no valia la pena és quan els Fets de Maig [1937], que vaig veure que els demés anaven per una altra cosa que nosaltres. Vaig pensar: ‘al final estem lluitant, estem trinxant aquí la vida de la majoria de companys i els altres, que reben les consignes de Moscou, es faran els amos’. Quan van voler agafar la Telefònica, [vaig pensar]: ‘tindrem que lluitar contra una altra dictadura. Allò em va defraudar molt i és quan sentia més encara, si es pot dir, la caiguda dels companys, ja que pensava que potser no servia per a res’».

Conxa que tuvo el coraje de ir al frente de Aragón como miliciana y salir indemne de la experiencia, fue herida en Barcelona

durante los acontecimientos de mayo de 1937. Yendo en un coche blindado hacia el Comité regional de la CNT-FAI, en la Vía Durruti, actualmente Vía Laietana, fueron tiroteados desde los locales del PSUC y del Estat Català, todos los ocupantes resultaron heridos pero, de milagro, ninguno murió. En aquellos días, no únicamente se asesinaron a muchos militantes libertarios y comunistas disidentes del POUM, sino también «[se] asesinó la verdadera revolución social» (Berenguer, 2008: 150). La mayoría de nuestras protagonistas coinciden en esta valoración.

SARA BERENGUER, «A partir dels Hechos de Mayo se perdió la guerra [...] Pero aunque lo sentía, siempre tenía esperanza y siempre se piensa que iremos adelante».

«Aparecieron barricadas en diferentes puntos estratégicos de la ciudad y lugares donde estaban situados locales del Partido Comunista y del PSUC, y con el fusil en la manos, sus adherentes recorrían las calles de Barcelona. ¿Qué querían estos partidos, con esta acción antirevolucionaria? Lo cierto es que yo no comprendía en absoluto lo que nos ocurría. Al grito de alarma de aquel desvergonzado ataque a la Telefónica, los Comités confederados de las barriadas tuvieron una enérgica intervención. Lo que siguió aquellos días fue una lucha sangrienta. [...] Militantes de la CNT y de las Juventudes Libertarias, detenidos aisladamente, fueron maltratados y asesinados por la represión comunista. Durante cuatro días volvió a correr la sangre en la capital y la lucha tomó un giro insensato» (Berenguer, 1988: 88).

«Els Fets de Maig els vaig viure al Comitè Revolucionari ajudant als companys, muntant bombes de pinya a la nit. [...] Jo vaig passar tres dies i tres nits sense moure'm del Comitè Regional i esperant saber el que passava, no? A partir d'allavonses es va perdre la guerra. Això sempre ho he sentit a dintre meu. Però tot i sentir-ho sempre tenia esperança i sempre es pensa que anirem endavant. Però allavonses vam perdre la guerra, sí».

AURORA MOLINA, «Ya lo hemos perdido todo».

Aurora Molina vivió los acontecimientos de Mayo de 1937 en Barcelona. Hasta ese momento pensaba que la CNT-FAI junto con las otras fuerzas políticas y sindicales seguían adelante con las conqui-

1. La necrológica de Ricardo Liaño, *Hermes*, salió en *Solidaridad Obrera* el 7 de noviembre de 1936. Se pueden seguir sus artículos desde finales de septiembre de 1936. El último «Estampas trágicas de la guerra» (1936), *Solidaridad Obrera*, 7 de noviembre.

tas de la revolución, lo cual fortalecía la defensa del ejército y de las milicias en el frente. Las agresiones contra las posiciones que tenía la CNT-FAI realizadas por los comunistas y por la Generalitat, le hicieron perder toda ilusión en una posible colaboración y concordia con las otras organizaciones. Sabía a través de su padre, el destacado militante anarquista Juanel Molina, que era subsecretario de la Consejería de Defensa de la Generalitat de Cataluña, de los acontecimientos que se iban sucediendo durante aquellos años cruciales. Frente a los Hechos de Mayo, Juanel actuó con fuerza y coraje impidiendo que la organización confederal fuese arrinconada y dejada a un lado por las otras fuerzas políticas. Ante la ausencia del secretario, Francesc Isgleas tomó posesión del cargo y asegurándose de la fidelidad del ejército, reunió a todos los jefes militares del Estado Mayor para hacer frente a los graves acontecimientos que estaban ocurriendo. Según Juanel la debilidad de los dirigentes de la organización CNT-FAI, influenciados por Joan Garcia Oliver, D. Abad de Santillán y F. Montseny, ocasionó que la CNT-FAI perdiera las posiciones que tenía desde el inicio de la revolución. A pesar que Juanel se resistió, en un inicio, a abandonar la Consejería de Defensa, finalmente lo hizo por la explícita petición de la organización confederal. Pocos días después de los acontecimientos de mayo, la CNT-FAI consintió el nombramiento del general Pozas que era cercano a los comunistas. Este se hizo cargo del ejército de Cataluña pasando a ser controlado directamente por el gobierno central.² La CNT perdió la dirección de la defensa y del orden público de Cataluña lo que significó un importante retroceso de su fuerza dentro del abanico de las fuerzas antifascistas.

«A nosotros, nos mataron a varios compañeros de las Juventudes, entre ellos a Alfredo Martínez, el secretario de la organización. Y, claro, a mí aquella ilusión que había puesto yo en la concordia y eso ya desapareció completamente. Me pareció un momento muy peligroso. Y me dio esa sensación de derrota. Y de ver que todo aquello que habíamos pensado pues ya se había muerto, se había parao todo. [...] Estábamos en una encrucijada, qué hacer, o contestar o tragar. Yo le decía a mi padre: ‘Ya lo hemos perdido todo’, y claro, mi padre también, ‘Ya lo hemos perdido todo’. Pero, en fin,

2. Carta de J.M. Molina a J. Ferrer (s.d.) (IISG).

qué íbamos a pensar si armas tampoco había y la gente estaba muy desmoralizada, ¿eh? Nosotros pensábamos en las democracias, pero tampoco hicieron nada. Porque armamento había en la frontera, pero no le daban paso. Y León Blum tuvo que plegarse a lo que Churchill quiso. Claro, nosotros éramos en realidad un peligro, según su concepción, porque si para ellos eran malos los comunistas, nosotros no éramos mejores que ellos».

JOAQUINA DORADO, «De esos hechos de mayo yo he sacado la lección de que no hay que fiarse de nadie y que ha sido muy triste».

Un día al llegar a su trabajo se encontró que Manuel Hernández, presidente del Consejo Económico de la Madera socializada, estaba buscándola. Le dijo que su prometido estaba herido en el frente de Lleida y le facilitó una camioneta para que se dirigiera hacia allá. Se llamaba Josep Pérez Tomàs y era comisario de cultura de su batallón. Había nacido en 1913 y tenía cuatro años más que Joaquina. Era miembro de las Juventudes Libertarias del Poble Sec, lugar donde se habían conocido, y era militante del Sindicato de la Metalurgia de Barcelona. «Íbamos a casarnos. Era un hombre muy respetuoso y era un militante». Joaquina tuvo el tiempo justo para ir a buscar a sus hermanas y cuando llegaron al frente, se estaba muriendo, había recibido un impacto de bala en el hígado. «Naturalmente, fue un disgusto tremendo porque además se murió en mis brazos. Y me repuse, no podía instalarme en el dolor con las cosas que estaban pasando, quizá eso me ayudó a soportarlo mejor».

El militante cenetista y escritor Eduard Pons Prades, tres años más joven que Joaquina y que coincidía con ella en el local del Consejo Económico de la Madera socializada, ha dejado escrito la imagen que tenía de la joven secretaria del Consejo: «Con la menudita gallega, Joaquina Dorado Pita, dulce en el mirar, en el decir y en el obrar, frescas sus 19 primaveras, iría yo de sorpresa en sorpresa [...] ¿De dónde sacaría las energías, de dónde su inextinguible entusiasmo, de dónde su coraje? No lo descubrí nunca, porque, por encima de sus enormes cualidades, de revolucionaria de ley, Joaquina fue siempre de una modestia hermética. Y ni la muerte de su prometido, que cayó combatiendo por tierras de Aragón, con el que iba a casarse cuando empezó la contienda, logró erosionar su entereza. A veces me he preguntado si el haber llegado a realizar tantas cosas y tan

bien hechas, no se debía a una íntima decisión suya, la de asumir plenamente dos papeles a la vez, el suyo y el que correspondía a su desaparecido compañero» (Pons Prades, 1974: 137).

Otro momento muy duro y triste que Joaquina vivió fue durante los acontecimientos de Mayo de 1937. Joaquina siguió todos los sucesos desde el local de las Juventudes Libertarias de Poble Sec y desde el local del Sindicato de la Madera.

«Corrió como un reguero de pólvora la noticia. En cinco minutos Barcelona se enteró de todo y salimos todos a la calle, todas las Juventudes Libertarias a la calle. No sabíamos nada. Fue el aviso que tuvimos, y simultáneamente salimos todos a la calle, porque se trataba de defender nuestras vidas. Nos iban a buscar a nuestros domicilios. Hernández fue detenido, lo cogieron y no lo mataron no sé por qué. Cuando lo íbamos a liberar, salía él libre ya. Para mí los hechos de mayo son más tristes que el 19 de julio. Cuando pasabas por la calle y veías una barricada, no sabías si era amiga o enemiga. Nos dimos cuenta enseguida de la amplitud de la tragedia, de lo que se nos avecinaba, pero no sabíamos nada, ni de qué se trataba.»

Tuvo el coraje de salvarle la vida a un militante libertario al ver que se lo llevaban por la fuerza. Su intervención decidida fue fundamental para impedir que eso sucediera, acción que seguramente estaba a cargo de comunistas estalinistas.

«Le salvé la vida a un militante de las Juventudes porque vi que tiraban de él para dentro de un coche. Me he dado cuenta de que cuando una mujer lleva un arma en la mano, el hombre que está delante tiene más miedo de una mujer que de un hombre. Quizá porque crea que es más alocada y le va a disparar sin darle la voz de alerta. El caso es que me acerqué al coche y dije '¿qué pasa aquí?', y lo soltaron, se cayó en el suelo porque tiraban de él, estaba ya en el aire y el coche casi en marcha. Y él, *buff*, se queda sentado en el suelo y me dice: 'Oye, es que me llevaban'. Yo bien vi que se lo llevaban. Así es que fue una cosa de pura casualidad. [...] Alfredo Martínez, y doce militantes más de las Juventudes, aparecieron en la carretera de Cerdanyola, martirizados y muertos. Eso no se hace. Eran órdenes que recibían de Moscú».

«Yo, prefiero cincuenta mil veces el 19 de julio que los hechos de mayo. Porque el 19 de julio sabíamos todos quiénes éramos, hasta los que salían de sus casas sin nada, con las manos vacías, sabíamos

que iban a defender la libertad. Pero los hechos de mayo no sabíamos nada. Por eso nos quedamos sorprendidos cuando nos dicen que 'Alto al fuego', cuando nos estaban matando. Y nosotros éramos tan numerosos que dicen que perdimos. No perdimos nada, porque éramos muchísimos más que ellos y los hubiésemos vencido. [...] Pero para nosotros fue más peligroso que el 19 de julio. [...] No se hace eso de ir a buscar a la gente así y asesinarla».

Al local de las Juventudes Libertarias de Poble Sec llegó un grupo de jóvenes militantes del POUM que pedían ayuda ya que los estaban persiguiendo para matarlos. Se reunieron y Joaquina propuso que cada uno se llevase consigo a uno de estos jóvenes a sus casas o a otro lugar seguro. Ella alojó a uno durante una semana en casa de sus padres. «No sé ni cómo se llamaba. Y les dije a mis padres, como tenía que trabajar, 'a esta persona no le preguntéis ni de dónde viene ni a dónde va'. Y un día, creo que habían pasado siete u ocho días, desapareció de casa y ya no supe nada más de él. Así los salvamos de aquella situación».

Para Joaquina la situación de la retaguardia en Barcelona no volvió a ser la misma después de los sucesos de mayo de 1937. La socialización del ramo de la madera continuó sin problemas, ya que controlaban todo el ramo y los militantes cenetistas se sentían fuertes en aquel sector. «Lo único que noté es que nos habíamos reforzado en ideas y llevábamos siempre algo en el bolsillo. [...] De esos hechos de mayo yo he sacado la lección de que no hay que fiarse de nadie y que ha sido muy triste». También en su caso, la desconfianza y la desilusión sustituyeron el entusiasmo revolucionario inicial.

Hubo otro hecho que la golpeó profundamente, fue el atraco realizado al local del Consejo Económico de la Industria de la Madera socializada en el que murió el tesorero Manuel Rascón. Las penurias que la guerra traía consigo ocasionaba que a veces se cometiese algún atraco en pequeños comercios pero lo del asalto al Consejo Económico fue insólito y de graves consecuencias para la retaguardia. «Rascón era un militante de primera clase, además era una persona cultísima y les dijo: 'Yo no abro la caja, porque el dinero que hay es de los trabajadores y vosotros no os lleváis ni una perra'. La caja estaba abierta y tiraron al jefe de contabilidad y tiraron al portero que era el padre de Escorza y a una secretaria. Y yo salí por el balcón porque oí tiros y vi que salían varios individuos humeando

unas pistolas, pero no les vi la cara ni sé quiénes eran. Y, bueno llegó una ambulancia y eso y se llevaron a los heridos. Yo quise acudir al padre de Escorza. Tenía todos los tiros al vientre. Y como era el único al que yo veía mover, pues lo quise auxiliar. Y me dijo: 'A mí no, a mí no... a los otros'. Y después la ambulancia me quería llevar a mí porque tenía sangre y yo 'No, si yo no tengo nada'».

Otro hecho desagradable relacionado con los atracos fue la expulsión de dos militantes de las Juventudes Libertarias por haber estado implicados en un robo en Vic. Eran del barrio de Poble Sec y ella, como secretaria de las Juventudes del barrio, tuvo que expulsarlos por orden de la Federación Local.

«Tuve que expulsar a dos chicos que se habían metido en guardias de asalto, y estaban haciendo guardia en una banca en Vic, y hicieron un atraco, en la misma banca».

ANTÒNIA FONTANILLAS, «No comprendí porqué había este enfrentamiento».

Antònia vivió los acontecimientos de mayo desde la distancia. Vio las barricadas en las calles del centro, lugar donde vivía, cuando iba a realizar la compra al mercado de la Boquería. Pese a que muchos de los participantes eran conocidos militantes libertarios del barrio, no se sintió identificada con los que luchaban. Como explicación se refería a su temperamento pacífico: «no tenia caràcter per estar allí» en las barricadas pero también hay que considerar que se sentía desubicada porque la mayoría de los militantes que conocía estaban movilizados; por este motivo, tuvo una falta de conocimiento real de lo que estaba pasando, «potser no ho vaig comprendre perquè hi havia aquest enfrontament, pel fet que no vaig viure lo que va precedir tot allò, eh?».

El triunfo franquista

Nuestras protagonistas no fueron conscientes que el final de la guerra era inminente. Las fuerzas republicanas y franquistas eran muy desiguales, dado que estas últimas recibieron un gran apoyo por parte de los países fascistas, es decir, de Italia y Alemania. Por esta razón, lo que pudo haber sido un golpe importante del ejército republicano en la Batalla del Ebro se desvaneció a mediados de noviembre de

1938. La población civil estaba cansada y desgastada por los tres años de guerra que estaban sufriendo, años en los que hubo carestía de alimentos y constantes bombardeos. La población que se encontraba cansada física y psíquicamente no mostró ninguna resistencia frente a la invasión de Cataluña por parte del ejército fascista.

«Bueno, el último mes, ya sabíamos, pero todos nosotros estábamos conscientes de que no íbamos a ganar nunca la guerra, porque habían sacado aquel decreto de no intervención en la Guerra Civil española. [...] Nosotros sabíamos que a las potencias europeas no les interesaba que nosotros triunfáramos, ¿eh?, y por lo tanto, los únicos que nos vendían armas y a precio de oro y malas eran los rusos, y hacían una propaganda tremenda, pero los demás no nos vendían armas. Entonces en Zaragoza se pasaron todo el invierno y todos los meses esperando armas para atacar Zaragoza. Nosotros sabíamos que no ganaríamos, pero seguíamos. Se esperaba a lo mejor que el proletariado de Europa hiciera algo, reaccionara, obligara a los gobiernos, algo se estaba esperando pero nos sabíamos perdidos. [...] Yo tenía claro que el final era inminente pero yo esperaba un milagro y creo que toda la gente esperaba un milagro. Y seguíamos luchando».³ Estas palabras coinciden con las de Conxa Pérez: «No volíem veure que la guerra estava perduda. Nosaltres vam estar lluitant fins a l'últim moment, perquè esperàvem les armes de la 'no intervenció' de França».⁴

Isabel González fue destinada al hospital de La Sebinosa de Tarragona incorporándose al equipo de quirófano del Dr. Tortella como anestésista y ayudante de quirófano. En este lugar vivió momentos muy difíciles como lo fue la Batalla del Ebro. En julio de 1938 la República llevó a cabo su ofensiva después de la ocupación de Lleida por las tropas fascistas. El frente de guerra se encontraba entre los ríos Segre y el Ebro, quedando Cataluña aislada del resto del territorio republicano. El paso del Ebro fue una de las batallas más difíciles y sangrientas para las tropas republicanas, los heridos se multiplicaron y los hospitales no daban abasto.

«En la famosa passada de l'Ebre varem estar 38 hores treballant sense parar al quiròfan, ni per menjar ni per dormir. [...] Perquè allò

3. Entrevista a Concha Liaño, Barcelona, noviembre de 2007.

4. Entrevista a Conxa Pérez, Barcelona, octubre de 2008.

va ser una cosa que les pells se'm posen de gallina. O sigui que he viscut unes coses que no necessito anar-les a veure a cap pel·lícula, no, no. [...] Jo me'n recordo de les nenes de la cuina, que van ser molt maques, eh? també. Perquè elles no tenien cap obligació, però veient com estaven totes les coses, recordo que ens portaven menjar de nit, que ens portaven el pa fregit amb codonyat. I ens el donaven a la boca així i era un gran companyerisme».⁵

Otros militantes no se dieron cuenta de la gravedad de la situación hasta el último momento: «No m'ho creia [el final de la guerra]. M'ho vaig començar a creure quan vaig baixar les escales [del local del Comitè Regional de MMLL] i vaig començar a sortir de Barcelona. Me'n recordo que era al migdia i i els avions entraven per un puesto i sortien per l'altre bombardejant tot el dia, tot el dia. Allavonses vaig començar a creure que els feixistes entraven a Barcelona però [pensava] que encara aniríem a la 26 divisió, i que seríem camilleres i que ajudaríem i que faríem algo i que guanyaríem. Fins que no em vaig veure al peu de La Jonquera no ho vaig creure».⁶

Este testimonio coincide con el de Joaquina Dorado que encontrándose tan ocupada con las responsabilidades que tenía en el Consejo de Economía, en ningún momento se planteó que aquella situación pudiera tener un final. «Yo no lo pensé nunca. Ni saliendo de Barcelona hacia el exilio pensé que íbamos a perder y siempre he vivido con la esperanza de vencer al fascismo. Yo sabía que costaba y que casi todos los países los teníamos en contra, pero jamás pensé que durase la cosa cuarenta años, jamás».⁷

La huida masiva de Barcelona, Tarragona y Borriana (Castellón)

El 23 de enero de 1939 la Agrupación de MMLL de Barcelona se reunió para definir cuál sería su actuación ante la inminente entrada de las tropas fascistas a la ciudad; a su vez, los representantes de MLE se habían reunido por su cuenta y los teléfonos estaban colapsados. Unos militantes eran partidarios de defender Barcelona y otros de abandonar la ciudad para que no se produjeran más muertes, pro-

ducto de la superioridad numérica y de material bélico que las tropas fascistas tenían. MMLL decidió enviar una delegación para hablar con los miembros de los Comités de la CNT-FAI y saber cuáles eran las decisiones tomadas. Jacinta Escudero, secretaria de FL de MMLL de Barcelona, se encontraba en el local preparada para dar las órdenes pertinentes, mientras que muchas militantes estaban en el local esperando las noticias que no llegaban. En esta situación de espera, Sara Berenguer, a las 3 de la madrugada, decidió irse a su casa para descansar pensando que la situación no era muy grave pero antes pasó por el local de las Juventudes Libertarias donde también vio que había un grupo de militantes que estaban esperando las mismas noticias que los de su grupo.

CONCHA LIAÑO, «Mi hermano vino con una carretilla, y allí puse mi máquina de escribir, un gramófono de manivela y las revistas de Mujeres Libres.»

«Sabíamos que [los fascistas] estaban a pocos metros y estábamos muchas mujeres en la local, muchas, había como sesenta. Entonces, se planteó qué se hacía, entonces convinimos de ir a la CNT-FAI a preguntarles, qué se hacía. Fui yo a la Vía Laietana, eran las 6 de la mañana, me encontré con [Josep] Xena⁸ y cuando me ve me dice: 'tú estado mayor ya se fue', digo: 'no se fue completo, porque yo también soy del estado mayor y estoy aquí. Venimos a ver qué se hace, si se combate o qué se hace'. Me dice: 'se coge la carretera, camino de Francia, no hay nada a hacer, están entrando'».

Concha no estaba convencida de irse de Barcelona y pasar la frontera hacia Francia tal y como proclamó la CNT-FAI la madrugada del 24 de enero cuando se dio cuenta que era completamente inútil cualquier tipo de resistencia. Su amigo anarquista César Flores, con quien había discutido a menudo sobre lo que harían en caso de que llegasen los franquistas a Barcelona, insistía que era mejor resistir que escapar y caer en manos de los franceses y que estos no

5. Entrevista a Isabel González, Barcelona, junio de 2008.

6. Entrevista a Sara Berenguer, Barcelona, diciembre de 2006.

7. Entrevista a Joaquina Dorado, Barcelona, julio de 2008.

8. Josep Xena Torrent, maestro y militante anarquista de Hospitalet de Llobregat. Fue alcalde de esta ciudad durante la guerra. También secretario de la Regional Catalana de la FAI los últimos años de la guerra (Martínez de Sas, 2000: 1.472; Marín, 1995).

eran mejores que los fascistas.⁹ Nuestra protagonista cambió de opinión al encontrarse con Casilda Méndez y Félix Liquiniano, dos militantes vascos que se habían destacado por su coraje tanto en el frente de Irún como en el de Aragón, quienes le dijeron que se iban de Barcelona.¹⁰

[...] Y al salir de la Vía Laietana vi a la pareja que eran los héroes de Irún, Casilda y Liquiniano, sí. Y los veo con mochilas y me quedo sorprendida y digo: '¡Casilda, Liquiniano! Pero, ¿ustedes van a huir?' Y dice: y ¿qué quieres? Nos han castrado y vivos podemos seguir luchando, si nos morimos ¿qué vamos a hacer?'. Entonces me olvidé de Flores, dije: '¡Ah! pues si Liquiniano y Casilda se van yo también me puedo ir'. Y salí escapada de la Vía Laietana andando hasta donde vivía mi mamá y entré allí como una trompa y le dije: 'mete lo que sea en donde sea que nos vamos'. Y mi mamá casi le dio un ataque, y lloraba y decía que ella no se iba, y yo decía: 'te van a venir a buscar'. Al final la convencí y mi hermano vino con una carretilla, y allí puse mi máquina de escribir, un gramófono de manivela y las revistas de Mujeres Libres. Me puse unos pantalones, una boina y no agarré nada más, y por eso pude salvar la máquina y las revistas, gracias al carrito de ruedas. Y salimos una columna humana, tal como se ve en las películas ahora, en los noticieros».

La familia Liaño, la madre y los dos hermanos Ricardo que ya tenía 17 años y Pedro, el pequeño, se juntaron con la madre de Soledad Estorach. El grupo consiguió salir de Barcelona caminando por la costa catalana, pero sin Soledad ya que ella no apareció. Concha recuerda que cuando llegaron a Canet de Mar comenzaron a ser bombardeados desde los barcos que se sumaban a la destrucción que estaban efectuando los aviones. Concha decidió volver a Barcelona e ir a buscar a su amiga Soledad en un coche de SIA que se dirigía hacia la ciudad para recoger a militantes. La encontró aún en el local de Mujeres Libres junto a Jacinta Escudero a las que convenció de que tenían que irse de Barcelona inmediatamente. Así emprendieron el

viaje y se reencontraron con el grupo familiar y pudieron continuar con su huida hacia Francia, país al que consiguieron llegar pese a haber sido repetidamente bombardeadas durante su trayectoria.

SARA BERENGUER, «Ya no podíamos avanzar ni retroceder. [...] Gritos, lágrimas, dolor, [...] heridos, muchos heridos, el triste precio de la guerra».

Antes de las 7 de la mañana del 24 de enero Sara Berenguer salió de su casa para iniciar su jornada laboral. Pasó por la redacción de *Solidaridad Obrera* para recoger unas octavillas que tenían que ser repartidos entre las diversas agrupaciones de MMLL. Al pasar por el Consejo Nacional de SIA, que estaba en Passeig de Gràcia, vio que unas personas estaban recogiendo cosas, le informaron que el Consejo había abandonado Barcelona en la madrugada en dirección a Figueres y que era inminente la llegada de las tropas fascistas. Sara, incrédula, continuó hacia el Comité Regional de MMLL donde se encontró con Jacinta Escudero, quien estaba sacando todos aquellos papeles y documentación que podía comprometerles. «Las compañeras delegadas llegaron —le dijo— para informarnos de que todo estaba perdido y que debíamos abandonar todas nuestras realizaciones y cuanto habíamos organizado» (Berenguer, 1988: 291).

En ese momento Sara decidió marcharse de Barcelona con las militantes de MMLL para unirse a los combatientes de la 26 división que estaban en Figueres. No podía aceptar que se abandonen las posiciones sin hacer nada, sabía que era una decisión dura para una chica de 20 años, pero pese a esto regresó a su casa para despedirse de su madre y para recoger lo necesario para el viaje. Comenzaban a oírse voces que decían que las tropas ya estaban en la Diagonal. Cuando llegó a su casa no encontró a su madre y pensó que estaría haciendo cola para recoger comida para ella y su hermana menor Vicenta, que era la única que estaba con la madre porque los otros tres estaban en Besiers (Francia) con la tía Margarita, hermana de su madre. Como no la encontró le dejó una nota sobre unos libros, en ella le aconsejaba que después de leerla la quemase y que se iba con la 26 división. Cogió una pistola pequeña que tenía escondida, tomó ropa de abrigo y el mono que le había hecho su madre y se marchó. Volvió a pasar por el local de las Juventudes Libertarias y los conserjes le dijeron que todos los militantes se habían ido y que sólo quedaban

9. Cesar Flores tenía 65 años en 1939 y era un veterano militante de la CNT-FAI. Tuvo que exiliarse a Francia en tres ocasiones a lo largo de su vida militante. En esta trayectoria conoció muy bien las cárceles francesas (Martínez de Sas, 2000: 578; Quiñonero, 2005: 257).

10. Sobre Casilda Méndez y Félix Liquiniano véanse los capítulos 2 y 3.

ellos, quienes aún no sabían que harían. Al decirles que se iba, ellos le pidieron que se llevase a su hija pequeña, Josefina Arias de 16 años, también militante de MMLL y que quería salir de la ciudad. Sara aceptó. Con el ruido de las sirenas y de las explosiones constantes producto de los bombardeos, las dos jóvenes llegaron al Comité regional de MMLL donde se habían agrupado muchas militantes de las barriadas. No había ningún medio de transporte disponible para poder irse de la ciudad y por ese motivo Jacinta Escudero dio un discurso en donde les decía, que como sus responsabilidades en la organización eran mínimas, que era mejor que volviesen a sus casas y no hiciesen ningún tipo de manifestación, ya que así no les pasaría nada. Una vez terminado, discutieron y algunas decidieron volver a sus hogares mientras que otras salieron de la ciudad con ellas.

Hacia las dos de la tarde del 24 de enero, Sara Berenguer y un grupo de militantes de MMLL salieron de Barcelona camino hacia Figueres. Jacinta Escudero, Soledad Estorach y Concha Guillén, entre otras destacadas militantes con responsabilidades, le pidieron que esperase para irse todas juntas en algún vehículo. Como no había espacio para todas las que estaban ahí, Sara renunció a ese privilegio y decidió irse a pie con el grupo que quiso acompañarla. A media noche llegaron a Granollers donde se encontraron con dos militantes de MMLL, Anita Nogués y Paulina Ballester, que las conocía porque habían asistido al Pleno Regional. Anita y Paulina estaban terminando todos los preparativos para poder irse. Se iba un grupo muy grande, con las familias, los niños y los ancianos en un autocar y en un camión. Sara y su grupo decidieron irse con ellos. Salieron de madrugada los dos vehículo camino hacia Figueres. No pudieron llegar ya que a medio camino unidades del ejército les quitaron los vehículos y las armas que llevaban consigo, intentaron resistirse sin éxito y optaron por continuar caminando pero ahora hacia La Junquera ya que les dijeron que la 26 división había sido evacuada hacia esta frontera. «No teníamos otra solución, detrás nuestro, varias compañías de soldados iban carretera adelante. Parecía que una fuerza desconocida nos empujaba a todos. Andar, andar hacia lo desconocido, en espera de volvernos a reunir. Ya de noche, a medida que avanzábamos, camiones, coches y otros vehículos militares nos dejaban atrás. Se oían tiros, cañonazos y el incesante ronroneo de la aviación» (Berenguer, 1988: 299).

Una vez en La Junquera comenzaron a discutir sobre lo que harían, unas decidieron pasar la frontera por la montaña y otras ir por la carretera hasta llegar al paso fronterizo ya que iban con un niño pequeño de pocos meses llamado Germinal, hijo de una de ellas. Sara con veinte jóvenes militantes de MMLL partieron en este último grupo. La noche estaba muy cerrada por lo que iban en fila india para evitar perderse. Caminaron toda la noche y en la madrugada, quedaron atrapadas entre una masa humana formada por todos los grupos de personas que iban llegando. «Ya no podíamos avanzar ni retroceder. [...] Gritos, lágrimas, dolor, fotógrafos que disparaban sus objetivos sobre la muchedumbre, desde lo alto de los camiones inmovilizados en la carretera. Heridos, muchos heridos, el triste precio de la guerra» (Ibíd.: 305). La gente se amontonaba entre La Junquera y el Portús, el primer pueblo francés. Entre ellos estaba la destacada militante anarquista Federica Montseny con su familia: su madre que estaba enferma y sus hijos pequeños, Germinal de siete meses y Vida de cinco años, que esperaban pasar la frontera. La ministra de Sanidad del gobierno de Largo Caballero no pidió ningún trato a favor pese a tener el pasaporte diplomático del gobierno republicano español. También Federica dejó escrito su testimonio sobre esta experiencia «Confundida con los miles de mujeres, de niños, de viejos y de heridos, veíamos ante nosotros la frontera cerrada y defendida por los destacamentos de senegaleses con las ametralladoras en las manos» (Montseny, 1977: 4-5; Vega, 2010b). Hasta el día 27 de enero los franceses no abrieron su frontera.

CONCHA GUILLÉN, «Con aquel grupo de compañeras jóvenes y entusiastas [...] puse todo mi calor y mi tesón hasta el éxodo final».

Concha Guillén se fue de Barcelona el día 24 de enero con las militantes de Mujeres Libres. Las tropas franquistas entraron en la ciudad dos días después, el 26 de enero. Concha fue una de las últimas responsables de la organización MMLL que abandonó el local de la agrupación, con ella estaba Jacinta Escudero, secretaria de la FL. En los últimos momentos asistieron juntas a una reunión de la FAI que se hacía en Passeig de Gràcia y las dos se prestaron como voluntarias junto con los que querían quedarse para hacer resistencia a las tropas fascistas que estaban en la entrada de la ciudad. Los militantes de la FAI les decían: «¡Marchaos, marchaos! ¡No perdáis tiempo! No tene-

mos nada con que resistir. Con aquel grupo de compañeras jóvenes y entusiastas y bien dispuestas a luchar por la causa de la mujer y la humanidad entera —continúa Concha Guillén— puse todo mi calor y mi tesón hasta el éxodo final (VV AA, 1999: 72).

Concha recuerda a Jacinta Escudero de forma muy especial por haber estado con ella en la secretaría de propaganda durante toda la guerra y por ser una de las personas que la va acompañar camino al exilio. Jacinta, de unos treinta años, era una veterana militante madrileña que se incorporó a la secretaría de la FL de MMLL de Barcelona. «Estaba a todas horas detrás de su mesa, escribiendo, telefoneando o aún recibiendo a las compañeras que llegaban pidiendo información. Siempre fiel a sí misma y dispuesta a aportar al ideal toda la grandeza de su corazón (VV AA, 1999: 72). Al momento de decidir abandonar el local de MMLL e irse hacia Francia, Jacinta dijo que ella no podía irse porque su madre estaba en Madrid y no quería abandonarla, pese a ello, la lograron convencer y cruzaron la frontera por La Junquera, llegando a El Pertús desde donde fueron llevadas a un refugio en Perpiñán.

CONXA PÉREZ, «Los últimos días fueron un poco desesperados».

Conxa Pérez se resistió hasta el último momento a abandonar Barcelona, «Els últims dies van ser una mica desesperats. El meu pare no volia marxar. Es va anar a tancar a casa d'un germà, però després va decidir que se n'anava. I va estar 20 anys a França».

Finalmente, Conxa salió de Barcelona hacia el medio día del 26 de enero en dirección a Girona y en la tarde, las tropas franquistas entraron. Su madre con su hermana enferma de meningitis se quedaron en la ciudad; sus tres hermanos pequeños estaban en Francia desde 1938, con una colonia escolar. Ella decidió marcharse con un grupo de militantes y amigos, llevaban un burro con la comida y un pequeño carro. Iban caminando en medio de una multitud desesperada que escapaba hacia la frontera. Paraban de vez en cuando para evitar las metralletas que les disparaban desde los aviones y las bombas que lanzaban hacia las personas. Al llegar a Girona, el grupo se separó y dijeron que se encontrarían en Portbou. Concha quería ver a su compañero, Ramón Robles, que estaba cerca de Garriguella con su compañía del ejército. Tuvieron un fugaz encuentro y Robles le dijo que no se retirarían del combate porque esperaban las armas

que les enviarían desde Francia y la invitó a que se quedase con ellos. Conxa estaba convencida de que no había nada que hacer y lo animó a que desertará y que se uniera a su grupo. No llegaron a un acuerdo y se separaron. Cada uno siguió caminos diferentes en la retirada.

AURORA MOLINA, «El final de la guerra fue una desilusión que me marcó mucho [...] y para siempre».

El final de la guerra cogió a la familia Molina-Iturbe separados. J.M. Molina después de la experiencia de los acontecimientos de mayo de 1937 se fue al frente. Lo nombraron Comisario del Cuerpos X y XI del Ejército del Este, de los cuales era jefe Gregorio Jover. Las tropas estaban en el cuartel de la Seu de Urgell y estuvo allí hasta el final de la guerra y fue con estas compañías de soldados que cruzó la frontera. Su compañera, Lola Iturbe, se había enfermado y tuvo que ser operada. Convaleciente se fue a Bellever de Cerdaña con Aurora y Helenio, sus dos hijos, con la intención de recuperarse. Fue allí donde se enteraron de la inminente caída de Barcelona y del final de la guerra en Cataluña. Aurora fue a Barcelona a recoger a su abuela que se había quedado sola en la casa para así poder unir a toda la familia e irse hacia Francia. Se fueron a Francia el día 10 de febrero de 1939 por Llívia y cruzaron la frontera por La Tor de Querol (La Tour de Carol), la madre, su abuela paralítica y sus hermanos. «L'única cosa que em vaig endur —recuerda Lola Iturbe— va ser una màquina d'escriure» (Fabre, 1981: 22). Para Aurora lo peor que le ha pasado en su vida ha sido la pérdida de la guerra y tener que abandonar todo: su ciudad, su barrio, sus amigos y marcharse hacia el exilio.

«Lo peor de perder la guerra [fue] perder mucha gente que conocía. Yo me acuerdo de todos y de todo y no puede ser. Yo no tengo mi cabeza nunca tranquila. Estoy durmiendo, creo que duermo, pero siempre me vuelve todo. Me acuerdo de cuando fui a buscar a mi abuela, porque mi abuela se había quedao en Barcelona y nosotros estábamos en Bellver. Y yo, 'Yaia, vámonos que se oyen ya los cañones', '¡Ay! Y mis colchones'. Fíjate, los colchones. Pero me daba pena de todo, yo decía 'No veré más Barcelona'. Y fue muy triste. Eso sí, el final de la guerra fue una desilusión que me marcó mucho, porque éramos muy jovencitos. Y, para siempre, de eso ya no cabe ninguna duda».

JOAQUINA DORADO, «El recibimiento que nos hicieron en Francia fue algo horrible, [...] porque la mayor parte entraban en los campos de concentración».

Al ver que la llegada del ejército franquista a Barcelona era inminente, Joaquina quedó con los militantes de las Juventudes Libertarias de su barrio para irse con ellos, pero primero se fue a su casa a despedirse de sus padres y a coger alguna ropa de abrigo; cuando volvió al local, no encontró a ninguno, se habían marchado. Decidió dirigirse al despacho del Consejo Económico de la Madera que estaba en Passeig de Gràcia donde encontró a dos compañeros, uno era Globber de familia anarquista y militante de las JJLL y el otro era Josep Clemente de la junta del Sindicato de la Madera. Clemente volvió a España años más tarde, después de la dura experiencia vivida en los campos de concentración y buscó a Joaquina para proponerle que se casaran.

«Debía de ser hacia las diez de la mañana, se presentan dos compañeros, uno de las Juventudes y otro, un contable joven de la Madera y eran personas de toda mi confianza, como hermanos y ellos confiaban en mí. ¡Y nos vimos tan solos allí en el Passeig de Gràcia! Estaba todo vacío, no había gente. Y quedamos en que lo que fuese para uno sería para los tres, de no separarnos. Y estando hablando de esta manera ya en la calle, en el portal, se paró una camioneta y estaba llena de militantes de la Madera y me dijeron 'Sube, vente con nosotros'; y yo dije, 'Si subo yo, tienen que subir estos dos'. Y me dijeron, 'Ah, no'. Y se marcharon. Nos quedamos allí los tres. Pero al cabo de tres minutos se ve que dieron la vuelta al Passeig de Gràcia y uno, casi enfurecido dice 'Venga, subir los tres'. Y entonces ya no nos separamos».

Irse de Barcelona le costó muchísimo, sobre todo por haber tenido que dejar a sus padres y no saber si se volverían a ver. «Pues sentí mucho dolor, sobre todo por abandonar a mis padres de esa forma, separarme de ellos. Y luego, estuvimos dos años completamente ignorantes de nuestras familias, no funcionaba el correo. Durante dos años estuve sin noticias, aquello fue durísimo para mí».

La camioneta que los recogió se sumó a otra más grande donde había familiares de los militantes del Sindicato de la Madera, niños y mujeres, entre ellas Juana Rascón, hermana del contable del Consejo Económico asesinado en el atraco que se cometió contra el local

del Consejo, y la hermana de Salvador Ocaña que viajaba con dos niños. Fueron por la carretera de la costa porque querían hacer una parada en Palafrugell, donde había una colonia infantil que también se estaba preparando para la huida de todos sus miembros. La colonia estaba dirigida por Batista, un maestro anarquista aragonés, y sus dos hermanas. Al llegar a la frontera de Portbou-Cervera los guardias separaron las mujeres y los niños de los hombres.

JULIA HERMOSILLA, «Aunque me muera por el camino no me dejéis».

Julia Hermosilla vivió una segunda huida frente a la invasión de las tropas franquistas cuando tuvieron que abandonar la ciudad de Barcelona. La primera fue cuando cayó el frente del Norte, pudiendo embarcar en Santander y pasar a Francia. La segunda, fue cuando su madre, operada de urgencias por una apendicitis, se encontraba en el Hospital de Sant Pau de Barcelona, por lo que al enterarse de la llegada de las tropas franquistas, insistió en irse con ellos (aún tenía la herida abierta y estaba vendada).

«Entonces, mi pobre madre, '¡Ay, no, me dejéis!... aunque me muera por el camino, no me dejéis'. Y Ángel la metió en la furgoneta y nos la trajimos. Pero llegamos sólo hasta Gerona».

El grupo familiar formado por los padres, el suegro, su hija Vida de meses y ella misma pudieron llegar hasta Girona sin ningún problema, en una camioneta de SIA, pero luego la camioneta fue requisada por unos milicianos que la necesitaban para transportar unos heridos. Ángel se quedó en Barcelona para acabar de organizar la salida desde SIA. En Girona no tenían a donde ir y se refugiaron en una barbería abandonada. Para preparar el biberón de la pequeña, Julia fue a una iglesia que estaba abandonada y cogió lo único que se le ocurrió: unos cirios del altar, mientras los tomaba pensó: «Me hacen más falta a mí las velas que a vosotros». Pudieron salir de esta situación gracias a un encuentro casual con Ángel que realizaba diversos viajes arriba y abajo desde Barcelona y se desesperó al ver la situación en que su familia se encontraba. «Nos encontramos con Ángel y algún compañero más. ¡Ay, cuando vio que estábamos así! Con pistola en mano robaron un pequeñito autobús. Y con ese autobús —ellos se quedaron, ¿eh?— llegamos a la frontera Cèrvere-Portbou».

ISABEL GONZÁLEZ, «Fue una odisea porque de Reus a Tarragona, de Tarragona a Mataró estuvimos un día entero porque entrando y saliendo de los túneles, había los aviones que bombardeaban continuamente».

Tarragona fue ocupada por las tropas franquistas el 15 de enero de 1939. El ejército republicano se estaba retirando hacia la frontera. Isabel González se encontraba en aquel momento trabajando en el Instituto Pere Mata de Reus, que se había convertido en hospital de primeros auxilios. Ella estaba enferma de tifus como otros compañeros. Fueron evacuados en ambulancias hasta el hospital de Mataró, situado en el antiguo Colegio Valldemia de los hermanos maristas, los dejaron ahí y durante los primeros días no podían caminar a causa de la enfermedad.

«A l'agafar-me el tifus em va coincidir amb l'evacuació. Van entrar el nacionals i ens varen portar fora de Reus. Clar, pensava que ens enviarien a França, però no, ens van deixar a Mataró. Però, va ser una odisea perquè de Reus a Tarragona, de Tarragona a Mataró vam estar un dia sencer perquè entrant i sortint dels túnels, hi havia els avions que bombardejaven contínuament. [...] Ens van portar primer amb el tren, eh, després amb ambulàncies, perquè no podíem caminar. I ens van portar a Mataró en un Col·legi de Germans Maristes que es deia Valldemia. Encara existeix aquesta escola, eh? Avui dia encara és Col·legi, regentat per monges, però que totes les monges van quedar d'infermeres. Sí, que no els hi van fer res a cap».

Las monjas las cuidaron hasta que comenzaron a encontrarse mejor y fue ahí cuando se dieron cuenta de que estaban presas y que no las dejaban salir de la habitación. Hasta ese lugar habían llegado las tropas italianas y habían ocupado el edificio. Coincidiendo con otros testimonios sobre el momento final de la guerra, el ejército italiano aliado no tenía el mismo rencor y odio que las tropas franquistas hacia los republicanos (Pagès, 2003: 339). Para el grupo de enfermeras ello fue su salvación. Por este motivo, se pudieron comunicar con unos jóvenes italianos y explicarles cuál era su situación.

«Era la divisió sencera que estava allà. I aquell jovent de 18 anys com érem nosaltres, eh? clar, quan ens van començar a veure per aquelles finestres, demanaven: qui són, qui són. Fins que se'n varen assabentar que passàvem una gana de mort. Ens passaven xocolata,

ens passaven galetes, ens passaven de tot. Allavors ells van anar averiguant qui érem nosaltres. Clar, els hi van dir que érem infermeres. Es van quedar parats perquè ells no sabien que érem preses... I d'on t'erem? De Barcelona. Com és que passa això? Allavors van explicar que ens volien portar en un camp de concentració. Doncs aquells nois, jo no sé com ho van fer, però es van dividir i ens van portar totes a casa nostra».

Algunos soldados italianos se hicieron cargo de las 14 jóvenes enfermeras y las salvaron de ir a los campos de concentración llevándolas a casa de sus padres. Un total de 28 soldados se movilizaron para realizar esta operación, dos soldados acompañaban a cada enfermera detenida a su destino.

«Ens van treure a la nit i no sé les monges com no se'n van enterar. Això no ho sé, perquè no vam demanar explicacions. El cas és que ens van treure a la nit. Vam anar a agafar un tren, tal com era a Mataró, de càrrega i vàrem estar tota la nit de viatge, perquè entràvem i sortíem. I els bombardejaven contínuament perquè, clar, els últims dies van ser terribles. I ens van deixar cada una a casa nostra. [...] I van parlar amb els meus pares, perquè ells parlaven algo d'espanyol. Clar, sinó no s'haguessin pogut entendre. Perquè nosaltres l'italià res de res. Jo això no ho oblidaré mai. [...] lo que ens van fer aquells nois a nosaltres, salvant-nos la vida».

Isabel se enteró después de que muchos de los médicos y de las enfermeras con los que había estado trabajando durante la guerra, fueron fusilados por el sólo hecho de haber trabajado en hospitales del pueblo, como le sucedió al Dr. Tortellà, con quien trabajó durante mucho tiempo. Por este motivo, su reconocimiento hacia los soldados del ejército fascista italiano fue todavía mayor.

GRÀCIA VENTURA, «Esto no lo imaginábamos hasta la hora de la verdad, cuando ves que [...] te llegan las fuerzas franquistas».

La población de Borriana, y de la zona de Castellón en general, se encontraba muy pendiente de la situación del asedio de Teruel, ya que desde el comienzo de la guerra el ejército republicano de Levante había luchado en este frente. La ciudad de Teruel pudo ser conquistada por el ejército popular en enero de 1938 pero lo fue por poco tiempo, ya que los franquistas emprendieron en febrero de 1938 una gran ofensiva hacia esta ciudad, continuando la marcha

hacia Aragón y hacia el sur de Cataluña. Lo que se quería era aislar Cataluña del resto de la zona republicana, por este motivo, en abril de 1938 ocuparon Lleida después de la dura batalla del Ebro y el 14 de abril llegaron a Vinarós. Durante todo el año de 1938 estuvieron muy presentes los bombardeos en el País Valenciano lo que alteró el desarrollo de la vida cotidiana de esta zona. Era el preludio de la caída de Castellón, que se rindió en junio de 1938 (Bosch, 1983: 175). Borriana se encontraba muy cerca de donde estaba el ejército nacional, el cual llegó a esta ciudad en julio. La gente ya había comenzado a irse temiendo que en cualquier momento llegasen las tropas nacionales. La madre de Gràcia y la cuñada, que acababa de tener un niño, se fueron a la casa de los suegros que estaba en Barxeta a 14 kilómetros de Xàtiva, posteriormente, partió la hermana. Gràcia se quedó sola en Borriana sin saber que la ocupación del pueblo era cuestión de días.

«Això no ho imaginàvem fins la hora de la veritat, quan veus que passen l'Ebro i comencen a avançar cap a Vinaròs i t'arriben les forces franquistes. Jo precisament me vaig quedar a casa a soles. Perquè el meu nebodet va néixer el primer d'abril. Després, els pares de la meua cunyada, que vivien a Barxeta, van vindre i se van emportar a ella i al xiquet; i ma mare, se va vindre en ella. [...] Jo me vaig quedar a soles, això ja era en el 38, i quan ella va voler tornar, ja no et deixaven passar de València. Ja de Sagunt, quan van arribar a València ja les van dir: 'd'ací cap allà no es pot passar, perquè Sagunto està ja bloquejat, que els militars no deixen passar a ningú'».

Al ver que las tropas franquistas avanzaban, la CNT de Borriana decidió evacuar la fábrica de municiones que había creado en el pueblo, era necesario evitar que cayeran en manos de los franquistas. Gràcia ayudó en esta tarea, sin saber qué hacer, si abandonar Borriana con ellos o esperar la llegada de sus familiares.

«Es va començar a evacuar la fàbrica de municionament. I nos vam ficar a carregar camions i les màquines i tot això. Jo vaig estar ajudant-los, com nos coneixíem tots, que érem de les Joventuts, i treballàvem molts allí en la fàbrica. I quan van acabar, van dir: 'Bueno, tu què fas?'. Dic: 'Ai! Jo estic esperant a la meua germana, perquè si ve', diu: 'Tu deixa estar a la teva germana que ací t'agarraran els fascistes', ale!, i me vaig anar amb ells. I efectivament a València vam trobar-nos en ella».

Afortunadamente la convencieron de que se marchase con ellos. Su familia no podía volver debido a que las carreteras estaban cerradas y el ejército republicano no dejaba pasar a nadie hacia las zonas de inminente peligro por la ocupación franquista. Ellos fueron los últimos en evacuar el pueblo y cuando pasaron por la carretera de Sagunto hacia Valencia ya se habían cortado las vías de acceso, quedando dividido el País Valenciano en dos partes. El ejército nacional detuvo su ofensiva en Sagunto encontrando en esta ciudad la resistencia del ejército republicano. En la huida fueron bombardeados a la altura de la población de Nules, cerca de Borriana, el ataque fue desolador ya que destruyó prácticamente toda la ciudad. Los bombardeos sucedieron tal cual como pasó en otras ciudades, los fascistas no dejaron que la huida fuese ordenada, instigándoles con ataques durante todo el recorrido.

El grupo de la CNT de Borriana se instaló en Cocentaina, cerca de Xàtiva, en la provincia de Alicante donde la fábrica de municiones fue reconstruida de nuevo. Gràcia Ventura trabajó allí unos cuantos meses. «I vam anar a parar a Concenteraina i allà vam ficar la fàbrica de municionament i jo pues vaig treballar allí en la fàbrica tres o quatre mesos».

La ofensiva contra el País Valenciano no fue rápida dado que el ejército republicano preparó diversas zonas de resistencia, la línea XYZ, que obligaba a los nacionales a detenerse. Durante la primera etapa hasta finales de julio de 1938 se quedaron en la ciudad de Viver por la imposibilidad que tenían de traspasar la línea de resistencia Viver-Sogorb-Sagunt (Cardona, 2007: 331). Desde finales de enero y comienzos de febrero de 1939, al caer Cataluña en manos de los fascistas, estos iniciaron bombardeos constantes contra las zonas del País Valenciano que aún se resistía, especialmente en Valencia ciudad, Sagunto, Alicante, Denia y Alcoi. En Valencia hubo una gran resistencia y las tropas no pudieron entrar a la ciudad hasta finales de marzo de 1939, poco antes del final de la guerra (Bosch, 1983: 199-202).

La tragedia de Francia: deportadas, encarceladas e internadas

Cerca de 450.000 personas cruzaron la frontera francesa entre enero y febrero de 1939 en su intento de escapar de la represión de

los vencedores (Dreyfus-Armand, 2000; Villarroja, 2002; Canal, 2005). La salida de las ciudades catalanas fue una tragedia por la gran cantidad de población que se marchaba y por la persecución sistemática que barcos y aviones fascistas hacían a la gente que huía. Llegar a la frontera no fue fácil y no significó protección inmediata, ya que cuando llegaron esta estaba cerrada, y al cruzarla se enfrentaron a duros días en el país vecino. Muchos de los españoles que sobrevivieron al exilio en Francia, posteriormente, escribieron para denunciar las condiciones a las que se vieron enfrentados, experiencia que no hizo distinciones entre condiciones sociales y culturales, entre género y edad, entre campesinos, intelectuales, artistas, políticos, sindicalistas, soldados y sobre todo trabajadores de diversa adscripción ideológica y sindical. Estos escritos tienen un gran valor para la reconstrucción de este momento histórico ya que explican las incomprendimientos existentes entre las autoridades francesas y los republicanos españoles. En este punto, el testimonio de Federica Montseny es clarificador para poder entender esta experiencia.

«El riu humà continuava desbordant-se sobre França. Des del 27 de gener al 13 de febrer van anar entrant fugitius d'Espanya per tots els punts de la frontera pirinenca. No hi havia res previst ni preparat per a ells, és cert. Però dintre el desbordament de tota previsió que allò significava, hi hauria pogut haver més humanitat, menys refinament en les humiliacions, menys crueltat en el tracte, menys duresa en la concepció de la nostra tragèdia». Su relato es acusatorio hacia las autoridades francesas: «Hi havia ministres socialistes al Poder; hi havia una gran força d'esquerra a França. Tots, sense excepció, són responsables del que es va fer amb nosaltres. Nosaltres no érem súbdits de cap país en guerra contra França. Això no obstant, fórem tractats molt pitjor que ho foren els presoners de guerra alemanys» (Montseny, 1977: 37).

Nuestras protagonistas pasaron la frontera por puntos diferentes: el primero fue el de Portbou-Cervera por la costa. Fue el camino más usual y el que utilizaron la mayoría de nuestras militantes. El segundo fue el de La Junquera-El Pertús por la carretera de Girona hacia Perpiñán. El tercero fue el de la Guingueta d'Ix, a la Cerdaña. Los diversos pasos fronterizos fueron utilizados, conjuntamente con un cuarto camino, por el Coll d'Ares, al cual se podía acceder desde la carretera de Ripoll hacia Prats de Molló durante todos los meses

que duró el éxodo de la población de Cataluña hacia Francia. Este éxodo se hizo bajo condiciones terribles y con un invierno especialmente duro que hacía los caminos intransitables por la nieve, lo que agravó la situación de la gente, que estaba cansada, mal alimentada y muchas veces herida o enferma.

Una vez abierta la frontera se hizo una distinción de género. Las primeras en pasar fueron las mujeres y los niños y posteriormente lo hicieron los hombres y los soldados. De esta manera, se fragmentaron muchas familias y sus miembros no tuvieron contacto hasta después de transcurridos meses e incluso años. Nuestras protagonistas tuvieron un trato diferente al de sus compañeros y familiares masculinos, ya que a ellos los llevaron a todos en campos de concentración (también hubo mujeres que fueron llevadas a estos). Todas al pasar la frontera fueron identificadas, algunas dieron nombres falsos para evitar posibles detenciones y fueron puestas en trenes con destino hacia los diversos refugios que había en Francia; estos estaban vigilados por la guardia francesa, los senegaleses y se impedía a los refugiados que socializaran con los vecinos y que pudiesen ser acogidos por familias francesas. Un decreto obligaba a mantener a los refugiados juntos y controlados.

Los campos de concentración se ubicaban en las playas de Rosselló-Argelers, Sant Cebrià, El Barcarès de la región de Languedoc-Rosselló, Bram, Adge, Setfont, etc, y en los Pirineos Orientales, en Vernet y Rebasaltes. Estos lugares no tenían ninguna condición higiénica, ni alimentos; los internados eran tratados de forma denigrante y vigilados como si fuesen criminales. Únicamente se salvaron de ir a los campos de concentración aquellos que fueron reclamados por familiares, amigos o conocidos franceses, es por eso que los políticos más conocidos y los intelectuales no estuvieron por mucho tiempo en alguno de los diferentes campos de concentración, padeciendo y sufriendo. Muchos de ellos pudieron escapar a Francia y de ahí partir hacia algunos países de América Latina, como México, donde el presidente Lázaro Cárdenas brindó una gran acogida a los republicanos. Otros se dirigieron hacia Inglaterra o Estados Unidos.

CONCHA LIAÑO, «Había un gran cuartel y [...] nos iban metiendo en las caballerizas, dormíamos en la paja».

Al pasar la frontera por la costa, el grupo de mujeres y niños formado por las familias de las militantes Concha Liaño y Soledad Estorach fueron amontonados en las caballerizas de un gran cuartel, probablemente, en Perpiñán. Concha Liaño sabía francés, ya que había estudiado en la escuela francesa y además tenía un primo que vivía en París, eso facilitó mucho las cosas, sobre todo en los primeros momentos que eran los más desconcertantes. Desde el comienzo, tanto Soledad Estorach como ella, ayudaron en la organización del refugio, estableciendo orden, clasificando a los que iban llegando y también facilitando las curas a los que llegaban heridos.

«Había un gran cuartel y mientras cupo gente nos iban metiendo en las caballerizas, dormíamos en la paja, ves. Y venía mucha gente preguntando: ‘¿han visto a fulano, han visto a Sutano?’. Y Soledad y yo hicimos un censo de la gente que había allí y pusimos, —éramos muy organizadoras—, una lista en la puerta, y todo el que iba llegando lo apuntábamos allí, en la lista, ves. Y [...] ‘¿vieron a fulano, vieron a Sutano?, ¿vieron al mío? Mira los nombres, ahí’. Algunos conseguían sus familiares, otros tenían que seguir buscando, porque al entrar en Francia era una desbandada. Y entonces mi primo francés se enteró, yo no sé cómo lo puse en conocimiento de dónde estaba, y él me vino a ver y me propuso irme con él, y yo le dije que no, que yo me quedaba con mis compañeras a correr la suerte de mis compañeras». Pasados los primeros momentos de desconcierto decidió que podía ser más útil afuera que dentro del cuartel y pudo escapar saltando el muro que los separaba del mundo exterior. Tenía el dinero que su primo le había dado y pudo tomar un tren hacia París, de esta forma pudo salvar las revistas de *Mujeres Libres* que más adelante se las dio a Mercedes Comaposada. En París vivió y trabajó hasta la invasión alemana en 1940, pudiendo ayudar a Soledad y a otras militantes que no tenían la facilidad de poder pasar como ciudadana francesa de Marsella.

SARA BERENGUER, «Con el paso de la frontera francesa habíamos dejado la ilusión de un futuro lleno de promesas, la libertad, nuestra habla, nuestros paseos y jardines. Todo un ambiente que jamás volveríamos a ver».

Al abrir las fronteras el 27 de enero, los guardias senegaleses y la policía hacían pasar a la gente de uno en uno. Eran registra-

dos y cogían todo lo que querían de una manera completamente arbitraria. Llegados a El Portús, tuvieron la suerte de encontrarse con Lucía Sánchez Saornil, que con un camión de SIA recogía militantes anarquistas y se los llevaba a Perpiñán y quedaron que en el próximo viaje serían recogidas pero que evitaran ser vistas por la policía que se llevaba a la gente a los campos de concentración o las enviaban sin más hacia el norte de Francia. Finalmente, el grupo de las veinte y una militantes de MMLL pudieron llegar a Perpiñán donde las llevaron a un restaurante a comer alguna cosa y después a un antiguo hospital militar que estaba en desuso. Entraron a una gran nave donde hombres, mujeres y niños dormían sobre la paja; se colocaron en un rincón, donde sin ser molestadas pudieron descansar y dormir cosa que no lo habían podido hacer desde la salida de Barcelona, cuatro días atrás.

Agotada por la responsabilidad de conducir el grupo de jóvenes militantes y el pequeño Germinal, Sara Berenguer se quedó dormida profundamente, no sintió que venía a buscarla el secretario del Consejo Nacional de SIA, Mateo Baruta, este consiguió despertar a todas las que estaban a su lado menos a ella. A la mañana siguiente, Sara se incorporó a la secretaría de SIA en Perpiñán para ayudar a encontrar un lugar para los militantes anarquistas, hombres y mujeres, que iban llegando. A los que tenían la suerte de tener familiares y amigos que podían acogerlos se les daba dinero para el viaje, de esta manera, escapaban del control militar francés y de los campos de concentración, que en los primeros días, ni con este nombre se los podía definir, ya que eran una improvisada alambrada sobre la arena de la playa, la cual era vigilada por los destacamentos senegaleses de la Guardia Francesa.

CONCHA GUILLÉN, «Del refugio a la prisión de Nantua y de la prisión al campo de concentración».

La mayoría de las militantes de MMLL pudieron evitar en un primer momento el campo de concentración gracias a que fueron recogidas en la frontera de El Pertús y llevadas a un refugio de Perpiñán. Lucía Sánchez Saornil, llegó días antes a Francia, había viajado muy a menudo a Francia desde mayo de 1938 por su cargo de secretaria general de SIA con el objetivo de buscar alimentos. Por este motivo, pudo conseguir un refugio en Perpiñán donde colocaba

a las militantes de Mujeres Libres que consiguieron llegar y contactar con esta organización de solidaridad. Algunas militantes pasaron meses en ese lugar, otras intentaron huir como lo hizo Concha Liaño. Concha Guillén y otros militantes de MMLL intentaron escapar del refugio para irse a Tolosa pero no era fácil esconderse de los controles de la policía francesa y menos sin saber la lengua. El grupo fue detenido y los enviaron a la prisión de Nantua (departamento de Ain) donde enviaban a los refugiados que habían detenido. Allí estuvieron seis meses, de ahí pasaron a un refugio en Montrevel (del mismo departamento) donde estuvieron unos cuantos meses más y finalmente los llevaron al campo de concentración de Argeliers cerca de Perpiñán.

CONXA PÉREZ, «La entrada [en Francia] fue para ser recordada toda la vida, llorando, deshechos».

Al llegar a Portbou, Conxa Pérez y su grupo estuvieron dos días esperando bajo la lluvia a que abrieran la frontera. Dejaron pasar, únicamente, a los niños y a las mujeres. El grupo de Conxa se dividió ya que los hombres se tuvieron que quedar y esperar.

«L'entrada [a França] va ser per recordar-ho tota la vida, plorant, desfets. Vam passar cap a França, vam passar per un túnel i després en un camió, que ens va portar a un tren. Va estar dos dies per arribar a Liévin [Pas de Calais]. Ens crèiem que ens portaven a la Sibèria i menys mal que la gent dels pobles per les finestres anaven donant alguna cosa d'aliment, xocolata, aigua. I en aquest poble hi havia un alcalde que es va portar meravellosament amb nosaltres. Havien buidat la sala de taules i coses i havien posat tauletes com de bar. I allà teníem de tot per prendre calent. I tota la gent [del poble] fent cua per donant-se roba i donant-se coses. I en aquest poble hi vam estar nou mesos».

El refugio de Liévin estaba en la frontera con Bélgica y había servido para alojar a los refugiados de Alsacia-Lorena durante la Primera Guerra Mundial. Era un pueblo minero y sus habitantes, la mayoría comunistas y muy concienciados, se abocaron en ayudar a los refugiados. Algunos quisieron acogerlos en sus casas pero había una orden que dictaba que los refugiados debían permanecer juntos, motivo por el cual no se les permitió: era necesarios recordarles que eran refugiados y no personas libres. Gracias a su amiga francesa Fifi de Marsella que

había trabajado en la fábrica con ella y con quien durante ese tiempo vivió, Conxa Pérez pudo tener noticias de otros militantes; fue ahí donde se enteró que a su compañero Robles se lo habían llevado al campo de concentración de Barcarès, que su padre, sin saber dónde esconderse en Barcelona, huyó hacia Francia y que de su hermano, nadie sabía nada. Sus tres hermanos pequeños continuaban en Francia donde habían sido evacuados a unas colonias escolares durante la guerra. Ella pudo estar en el refugio de Liévin hasta septiembre de 1939 cuando estalló la Segunda Guerra Mundial.

AURORA MOLINA, «A mí me dio una pena ver a aquellos soldados cuando llegaban [a la frontera], que los veías destrozados, vencidos. [...] Estaba todo aquello... que era una tristeza».

Al llegar a la comarca de la Cerdaña, por el paso de Puigcerdà que lleva a Francia, recuerda haber visto cómo los soldados de la División 26 eran distribuidos en grupos para llevarlos a los diversos campos de concentración. «Y, a mí me dio una pena ver a aquellos soldados cuando llegaban, que los veías destrozados, vencidos. [...] Estaba todo aquello... que era una tristeza». Los soldados habían pasado por la camino de montaña, por el paso de la Guingueta d'Ix, hasta llegar a Bourg-Madame. Ella pudo hablar ellos durante un momento y entre los militares se encontró con algunos amigos de su padre, entre ellos, Josep Peirats y Domingo Belmonte.¹¹ A su familia la pusieron en un tren. Recuerda que La Cruz Roja la cogió de la mano antes de subirse al tren; no sabía muy bien qué querían hasta que escuchó a su abuela decir: «Déjeme, que yo sé escribir», pensaban que todos eran analfabetos. Durante el viaje en el tren se dieron cuenta que había realizado anteriormente diversos trayectos con refugiados y que estaba llena de piojos.

«Y estábamos allí en los vagones y, de pronto, nos llenamos de piojos, todas las costuras de la ropa que llevábamos y, bueno, un

11. Domingo Belmonte pertenecía al Sindicato de la Madera de Barcelona. Fue nombrado, en agosto de 1937, comandante de la 119 Brigada y jefe militar en Monegrillo. Al finalizar la guerra estuvo en el campo de concentración de Septfonds y también estuvo preso en el Castillo de Cotliure. Con su compañera, la militante Pilar Balduque, secretaria de Ricardo Sanz en la Columna Durriú, pudieron huir a México (Iñiguez, 2001: 84).

desastre. Y, fíjate que nosotros veníamos de cerca de la frontera. ¿Cómo sería la gente que venía andando desde no sé dónde ya? Venían destrozados, aquello hay que vivirlo».

Finalmente llegaron al pueblo de Ariège, el cual fue su lugar de acogida; tuvieron suerte. Todos hablaban bien el francés puesto que la familia Molina se había exiliado en Francia y Bélgica durante la Dictadura de Primo de Rivera y tanto ella como su hermano habían sido escolarizados en esos países. El alcalde del pueblo era socialista y los trató con respeto. El grupo estaba compuesto por mujeres militantes y niños.

«Y llegamos a un pueblo donde nos acogieron, no sabíamos dónde estaba mi padre [...] Y allí nos echaron por el suelo paja, y allí mi abuela que no podía moverse, pobre, ahí en el suelo, todos en el suelo. Y ya entonces cogimos la sarna. Piojos, sarna. Nos limpiábamos ¿eh?, que yo cuando llegué a aquel pueblo me desnudé que vi aquellas cosas... Como yo sabía francés, mi madre también y el alcalde era buena persona, pues él dijo que estábamos llenas de piojos y buscó ropa y médico. Había que lavarse y ponerse aquella cosa de azufre aquí y todo y coger a los niños y, en fin, despiojarnos. Aquello, bueno y la una llorando y la otra que estaba a punto de dar a luz y no sabía de cuánto estaba. El médico le decía: ‘¿no sabe de cuánto está?’, y empezaba ella: ‘Pues de trece meses’, ‘No, mujer, cómo va a ser de trece meses’».

Cuando estaban en el refugio del pueblo escuchó que cerca de ahí se encontraba el campo de concentración de Vernet y que allí estaban algunos militantes anarquistas amigos suyos, como Ricardo Sanz y otros. Ellas consiguieron llevar tortillas a ese campo ya que el alcalde les daba huevos, pero al llegar no las dejaron pasar y tuvieron que dejar las tortillas donde estaban los jefes con la esperanza de que alguna llegase a sus amigos. «Vam estar uns quatre o cinc mesos, tancades en uns barracons força còmodes. L'alcalde d'aquell poble —recuerda Lola Iturbe— es va portar molt bé amb nosaltres, i això li va costar la vida, perquè quan van arribar els alemanys, el van afusellar» (Fabre, 1981: 22).

SARA BERENGUER, «[Estuvimos] sin mantas, sin comida, hasta que todo empezó a organizarse. Cuántos se marcharon mar adentro, con las maletas en las manos».

«Nuestras moradas eran las playas de Argelès-sur-Mer, Saint Cyprien y otros lugares por el estilo, donde el techo era el cielo y el candil las estrellas —explica Sara Berenguer— sin mantas, sin comida, hasta que todo empezó a organizarse. Cuántos se marcharon mar adentro, con las maletas en las manos. [...] Las enfermedades, cólicos, diarreas y otros males se multiplicaron. El calvario había asumido otro disfraz, otra forma de consumir la mente humana, moral y físicamente» (Berenguer, 1988: 311).

Pasados unos días Sara Berenguer se dio cuenta de lo que significaba la nueva situación, Fue consciente que se cerraba una etapa en su vida, la de la juventud acompañada de todo su idealismo. Días después de trabajar con SIA de Perpiñán llegó un camión con ayuda para los refugiados, sobre todo ropa, que venía del Centro Español de Besiers. Se pusieron en contacto con Sara y la llevaron a casa de sus tíos que vivían en esta localidad con su hijo pequeño y sus tres hermanos menores. Su tía Margarita, que confeccionaba y vendía ropa en los mercados y en las casas, conocía a mucha gente. Fue así como pudo colocar a muchas jóvenes militantes de MLL que habían llegado con ella a Perpiñán. Desde la casa de sus tíos, Sara hizo muchas gestiones para poner en contacto unos con otros a las distintas familias, amigos y conocidos (Rodrigo, 1999: 103-118).

Al poco tiempo se encontró con Jesús Guillén, con quien se había unido en Barcelona durante la guerra. Él estuvo combatiendo hasta el último momento con la 28 división defendiendo el frente madrileño. Gracias a que tenía familia en Valencia pudo escapar caminando desde esa ciudad a Barcelona y después a Francia pasando dificultades. Fue internado, hacia finales de junio de 1939, en el campo de concentración de Agde y después fue llevado al campo de concentración de Saint Cyprien. También Germinal Esgleas, el compañero de Federica Montseny, se encontraba en el campo de Argelers. En el mes de septiembre Jesús se fue a Quarante, un pueblo pequeño cercano a Beziers, para la vendimia y ahí se pudo reunir con Sara. Mientras ella cosía para algunas familias, él se dedicaba a la vendimia. Se quedó embarazada de su hijo Germinal. La policía francesa los detuvo pero pudieron escaparse. Sara junto con su tía fueron a la maternidad para hablar con la directora, a la que pudieron convencer para que internase

a Sara hasta que ella diera a luz, dando a cambio su trabajo en el centro. El 30 de diciembre de 1940 nació su primer hijo y después nacerán sus otros tres hijos: Sara (1944), Eliseo (1947) y Helenia (1950). Decidieron irse a México para tener un futuro mejor, ya que Jesús consiguió trabajo como restaurador de arte en un museo de la ciudad de Chihuahua. En diciembre de 1940 recibieron la notificación de admisión para poder emigrar a México; por este motivo, a la espera de ser embarcados, Jesús pudo entrar al Castell de Reynarde, en Saint Menet, donde esperaban los hombres que iban hacia el continente americano. Sara no tuvo la suerte de esperar en el Castell de Montgrand, cerca de Marsella, donde esperaban las mujeres y los niños, ya que se declaró una epidemia infantil y ella para evitar cualquier problema y correr algún riesgo decidió alquilar una habitación en el pueblo.

CONCHA GUILLÉN, «La separación de las mujeres y los hombres en los campos de concentración».

Concha Guillén con otras militantes de MMLL fue deportada al campo de concentración de Argelers cerca de Perpignan donde estuvo seis meses. Concha se había unido al militante anarquista Mariano Martínez Gallego, a finales de 1938 en Barcelona.¹² Se conocieron en la Exposición Conmemorativa del II aniversario de la muerte de Durruti en noviembre de 1938 en Barcelona, evento en el que colaboró MMLL. Concha era una de las representantes de esta organización y Mariano era uno de los delegados de la columna Durruti, que organizaba la exposición y también era el encargado de la emisora de radio del frente de Aragón. Concha se enamoró de él: «Como una loca, sí. Es que era para enamorarse, era una persona buenísima. Era delicioso, nunca una discusión, nunca un grito. Siempre paz, siempre serenidad, era estupendo». Mariano Martínez pasó con la 26 División la frontera y fue llevado al campo

12. Mariano Martínez Gallego (Cartagena, 1912-Barcelona, 1993), conocido militante faista en Barcelona durante la República, trabajaba en una empresa de electricidad. Al frente con la Columna Durruti en julio de 1936. Se exilió a Francia (Iñiguez, 2001; Entrevista a Concha Guillén, Nissan les Enserunes, enero de 2008).

de concentración de Vernet. Estuvieron un año separados en campos de concentración diferentes.

JULIA HERMOSILLA, «Cuando salimos del campo de concentración Vidita ya corría».

Al llegar a la frontera de Cervera separaron a las mujeres de los hombres. A su madre, a su suegra, a ella y a la pequeña las hicieron pasar a una sala donde las obligaron a desnudarse para que se limpiasen con un líquido que era contra los piojos. Ella estaba indignada por este trato.

«Yo decía: ‘Yo no tengo ningún piojo, ¡qué coño voy a tener yo piojos!’. Y nos hacían así con un líquido pa’ matar a los piojos, desnudas. Eran mujeres, las que nos hacían eso. [...] Entonces había mucha sarna, ¿eh? La miseria y eso da mucha sarna y piojos, pero nosotros no llevábamos nada. Por fin, entramos. Y, ale, a un campo de concentración, a dormir en el suelo y en cuadras de caballos».

A los hombres los llevaron al campo de concentración de Argelers y a ellas a un campo que estaba en el otro extremo de la frontera en el departamento de Cher, donde se calcula que fueron a parar entre 2.000 a 3.500 refugiados repartidos en ocho lugares de acogida. Ellas fueron al campo de concentración de Châteaufort, las cuadras del Castillo, algunas de las cuales no tenían puerta, sirvieron como dormitorios (Dreyfus-Armand, 2000: 81-82). «Porque a la entrada del campo de concentración, estaba todo alambrao, había un castillo, por eso se llamaba el campo de concentración Châteaufort». Estas cuadras se utilizaron en 1914 para los caballos del ejército francés durante la guerra. «Por lo menos había quince cuadras de caballos largas, largas, pues no sé, a lo mejor, cabíamos doscientos, nos dieron una colchoneta y ale a dormir en el suelo».

En el campo, había un médico socialista francés que cuidaba de los enfermos y trataba las infecciones que se producían. Julia, pese a no saber francés, pudo hablar con él porque estaba preocupada por la desnutrición de la niña puesto que no tenían dinero para poder comprar algo más de comida.

«En cuanto llegamos a Francia al campo de concentración, pues yo no tenía un franco y pesetas pocas. Y, fíjate, el doctor que teníamos allí un día hablando conmigo, le vi en la solapa una insignia del Partido Socialista Francés. Y yo le dije: ‘Doctor, le voy a hacer una

pregunta, ¿usted es socialista?'. Y me dice, '¿quién te lo ha dicho?', 'Por la insignia', le dije. Y dice 'Pues sí'; dije, 'Pues yo más o menos también lo soy'. No me atrevía a decirle yo soy anarquista. Le dije más o menos también soy socialista. Entonces aquel doctor se preocupó ya por mí y por Vidita. Y a Vidita, ¿comprendes?, pues le trajeron una cunita pa' que no durmiese en el suelo o en una colchoneta; me dio bonos para la leche, o sea que me ayudó en algo».

«Estuvimos dieciocho meses en el campo de concentración. [...] A Ángel, a su padre y a su hermano los llevaron a Argelès-sûr-Mer, dice que era una playa, una playa grande. Y allí los metieron a todos, por miles, pues cerca de dos años. Porque fijate cuando salimos del campo de concentración Vidita ya corría. Pasar pasó mucho tiempo».

Durante ese tiempo se enteró que su padre, Juan Hermosilla, había sido detenido en la frontera y que se encontraba en la prisión de San Sebastián. Su madre que ya se había recuperado de la operación decidió junto con Julia volver a España para apoyar a su compañero. Las autoridades francesas facilitaban los trámites para aquellas personas que querían regresar. Tanto los franquistas como los franceses incitaban a la repatriación ya desde el año 1939. Durante el verano las repatriaciones fueron masivas cuando el Gobierno de Burgos admitió la entrada de 1.000 hombres al día por Irún y 1.500 por Portbou, El Pertús y Puigcerdà, además de 300 mujeres y niños (Ibíd.: 76).

«Y empezaron a formar grupos para marcharse a España. Cuando había cincuenta o cien los cogían y los mandaban a todos los que se apuntaban. Y entonces, mi madre se apuntó en un grupo para pasar la frontera por Irún. [...] Se volvieron muchas, las que allí habían dejao a algún hijo, el marido que estaba en la cárcel... Muchas se volvieron».

Josefa Caicedo, su suegra y su hija Vida, estuvieron en el campo de concentración de Châteaufort hasta que Saturnino y Ángel Aranzaéz salieron del campo de Argelers para ir a trabajar. Fue en este momento cuando pudieron reclamar a sus familiares; era el verano de 1940.

AURORA MOLINA, «Mi padre le dijo a mi madre Lola: 'nosotros no nos tenemos que alejar de España, porque volveremos a España'. Bueno, pues, nos quedamos allí».

Mientras estaban en el refugio del pueblo de Ariège se enteró que J.M. Molina se encontraba en el campo de concentración de Saint Cipriane. Afortunadamente estuvo poco tiempo ya que lo buscaron y pudo salir de ahí rápidamente. Fue a casa de un amigo que vivía cerca de Nimes y allá se pudieron volver a reunir. La familia que los acogió, junto a dos familias más entre ellas la del destacado militante de la CRT del Centro el madrileño Inesta, se apellidaba Dumas, «Lo sacaron enseguida a mi padre para ir a casa del que fue luego mi suegro. Ahí había muchos simpatizantes, radicales, socialistas y francomasones y eran todos los comerciantes del pueblo y cada uno cogió a tantos refugiados, los que podía». Tan pronto como se instalaron en Nimes, Juanel se puso en contacto con el presidente de la República Española y con el secretario de la CNT Mariano R. Vázquez, *Marianet*, pidiéndole ser enviado con urgencia a la zona centro-sur de España, donde aún se combatía contra Franco. Junto con Marianet organizaron un plan de actuación en España, siendo nombrado delegado del exterior del CN clandestino de CNT, del cual era secretario el catalán Pallarols, que continuaba actuando en el interior. Se enviaron grupos y enlaces, los cuales, les salvaron la vida a muchos militantes cenetistas y anarquistas. También fue nombrado delegado del Consejo General del MLE por los campos de concentración, con la misión de ir a hablar con la gente para tratar de mejorar las condiciones y la situación de los militantes libertarios. Los ponía en contacto con el SERE, organización de ayuda a los refugiados controlada por Negrín, y los que querían irse a América se les facilitaba las gestiones del viaje. A la familia Molina también se les ofreció abandonar Francia para ir a México, pero Juanel renunció a esta posibilidad porque lo consideraba «una traición a los compañeros de España».

«Nos apuntaron los primeros, el primer barco y la primera plaza era para nosotros. Y mi padre le dijo a mi madre Lola: 'nosotros no nos tenemos que alejar de España, porque volveremos a España'. Bueno, pues, nos quedamos. Pero allí, marcharon en nuestro nombre unas amigas y compañeras».

En la casa de acogida de Nimes estaba el hijo de la familia Dumas, ocho años mayor que Aurora, que ya tenía diecinueve en el momento de iniciar el exilio en 1939. Era el secretario de las Juventudes Socialistas del Departamento de Gard y se enamoró de

la bella e inquieta Aurora. Ella también se sentía atraída. «Era muy delica, muy inteligente, tenía mucha cultura, tocaba muy bien el piano y hacía mucha poesía». Se casaron al cabo de poco tiempo y tuvieron una hija en seguida, la llamaron Violeta. La unión no duró por la delicada salud del joven, él tenía tuberculosis y al cabo de un año, cuando ya había nacido la hija, tuvo que ser internado en un sanatorio. Murió al cabo de tres años. Aurora no se había planteado en aquel momento si quería la llegada de un hijo, reconoce que no lo buscó y que entonces no tenía un gran deseo por ser madre. «Lo tuve porque lo tuve, porque yo entonces tampoco conocía ningún método ni nada. Porque yo no le doo importancia, porque en el fondo tenía diecisiete años [sic]».

JOAQUINA DORADO, «¿Cómo iba una persona que está prisionera de esa forma [en los campos de concentración] y en esas condiciones no intentar la fuga?».

Los militantes del Sindicato de la Madera, que habían huido con Joaquina, se quedaron en la frontera, mientras que ellas continuaron. La policía francesa acompañó al grupo al tren y ella, que viajaba sola sin hijos, ni personas mayores a su cargo, fue hasta la última estación, Briançon, al lado de la frontera con Italia, en el Departamento de Altos Alpes. «Siempre recuerdo que por el camino, en las estaciones donde parábamos y eso, salían señoras de la Cruz Roja o de lo que fuese, con jarras de leche, barras de pan, todo, para darnos alimentos». Al final del trayecto llegaron veintiséis mujeres y niños que se autodenominaron la 26 División, recordando el nombre que tomó el Batallón Durruti.

La mayoría de los militantes confederales del Sindicato de la Madera fueron a parar a diversos campos de concentración, muchos en Adge, donde estaban algunos buenos amigos suyos.

«El recibimiento que nos hicieron en Francia fue algo horrible, porque bueno, a mí me llevaron hasta la frontera de Italia, pero la mayor parte entraban en los campos de concentración. En la arena pura, sin un trapo para poder taparse. Y ahí en esos campos murieron muchas personas mayores y muchos niños. Fue un recibimiento criminal. Claro, éramos todo un pueblo que pasábamos la frontera y los invadíamos de repente. Pero el trato que nos dieron fue horrible. Y, naturalmente, después iban a la caza de españoles por las calles

de las ciudades. ¿Cómo iba una persona que está prisionera de esa forma y en esas condiciones no intentar la fuga?».

El campo de Briançon estaba vigilado por senegaleses con los que Joaquina tuvo una fuerte disputa nada más llegar y que estuvo a punto de provocar una revuelta que de llegar a darse las hubieran masacrado: pasando por una pasillo camino de la cocina se cruzó con dos guardias senegaleses, ella se apartó pero uno de ellos se acercó y le alargó la mano, su respuesta inmediata fue darle una bofetada. El otro soldado le gritó mientras la sujetaba del brazo y ella le respondió con otra bofetada y después huyó a su barraca para protegerse. Ellos se enojaron y querían atacarlas. Los barracones tenían puertas muy endeblés y estaban a punto de derribarlas cuando Juana Rascón, que sabía francés, pidió auxilio por la ventana. Entonces llegó la compañía de la policía que evitó el desastre.

«Se armó un jaleo que no se puede describir. Y además pasamos todas mucho miedo porque eran personas, no digo que fueran malas, pero más bien primitivas, con el anillito en la nariz y eso. Y ocurrió allí en ese cuartel donde estábamos. [...] Y nosotras cuando salíamos de paseo el individuo ese me echaba besos».

Joaquina no soportaba estar encerrada y vigilada por guardias senegaleses. Al cabo de poco tiempo planeó la fuga. Fueron cuatro mujeres y dos niños, entre ellas Juana Rascón, con la ayuda de una familia socialista de Briançon, que era la que les llevaba la comida. Escaparon atando sábanas y bajando con ellas desde un segundo piso. Era arriesgado, también porque había dos niños. Pudieron coger el tren en Gap, que era la capital del Departamento de los Altos Alpes, para evitar ser reconocidas en la estación de Briançon. Dos se dirigieron a Marsella, donde se encontraban sus compañeros y dos a Montpellier. Ella pudo llegar a este último lugar donde la esperaba Felipe Alaiz, que se encontraba alojado en el Castillo de Paul Reclús, sobrino de Élisée Reclús, el famoso geógrafo libertario. El sobrino ya tenía más de ochenta años y era una reconocida eminencia en botánica, ingeniero y destacado anarquista como su tío. A las pocas semanas de estar en Francia todos los militantes anarquistas se pusieron en contacto los unos con los otros y esto facilitó la huida de Joaquina. Era la única manera de sobrevivir en aquel infierno en el que estaban metidos. Las organizaciones de solidaridad internacional, como la libertaria SIA, no daban abasto,

tampoco las que crearon los republicanos refugiados, la SERE y la JARE. Los contactos personales cubrieron las necesidades donde no llegaban las organizaciones de solidaridad con los refugiados.

«El contacto, entre unos y otros, se hizo rápidamente a las pocas semanas de entrar en Francia porque esto hay que haberlo vivido. Estar separado de su familia y tener necesidad de estrechar lazos con personas que están sufriendo como tú y que han luchado contigo. Y unos pedían la dirección de otros, y otros la pedían a otros y así íbamos poniéndonos en contacto. Y los hombres y las mujeres escaparon, mujeres pocas, pero los hombres escaparon de los campos porque empezaron a poner alambradas y a guardarlos por senegaleses y también por gendarmes y castigarlos y muchas cosas. Había que salir como fuese. Y luego por las calles veían los gendarmes un tipo un poco español y ya *'Les papiers'*. Y ya estaba otra vez a un campo de castigo».

Joaquina había tenido mucha relación y amistad con Felipe Alaiz desde que el Consejo de Economía de la Madera lo nombró director de la publicación *Hoy* durante la guerra, que era el portavoz de las colectivizaciones del ramo.¹³ Entonces ya era un reconocido periodista y escritor libertario que había dirigido durante la República *Solidaridad Obrera y Tierra y Libertad*, también había escrito diversas novelas para la colección *Novela Ideal* de la Familia Montseny, y se encontraba en su plena madurez con cincuenta años (Tavera, 1992; Martínez de Sas, 2000). Llegadas al castillo, las dos fugitivas eran las únicas mujeres entre los diversos veteranos anarquistas a los que Reclús había dado cobijo: Simón Radowsky, Llibert Callejas, Acracio Bartolomé, Marcos Alcón y Felipe Alaiz, entre otros. Gran parte de los militantes quería huir a América y escapar de la constante persecución de la policía francesa; ni con Reclús estaban seguros. La policía iba a menudo sabiendo que había refugiados españoles sin papeles de residencia para detenerlos y llevarlos a campos de concentración. Joaquina hizo un pacto con Alaiz que consistía en resistir cerca de la frontera y no marchar hacia América para continuar la lucha contra Franco.

«Sellamos los dos [el pacto] dándonos un abrazo que no nos separaríamos de la frontera de España, porque allí la gente se peleaba

13. *Hoy*. Revista mensual. Portavoz del Comité regional en Cataluña de las Industrias de la Edificación, Madera y Decoración. CNT-AIT.

por coger e irse a Marsella y embarcar para México, y para Venezuela, y para donde fuese. Él y yo nos dimos un abrazo y dijimos '¡Nosotros, aquí!'».

Joaquina estuvo varios meses en el Castillo. A veces comían las sobras de los propietarios del castillo y a veces tenían que buscar por los bosques y las viñas de los alrededores del edificio. Después de un tiempo encontró trabajo en Montpellier, en un bar céntrico muy conocido, como ayudante de camareros, que eran vascos, le tocaba lavar los vasos y copas y le pagaban muy bien; con lo que ganaba podía comprar comida. Mientras en el Castillo recibía una gran cantidad de correspondencia: «Un día el cartero me dice: 'Oiga, me puede aclarar usted, ¿qué ha sido usted en España, un ministro o alguna cosa así?'. Porque me traían una cantidad de correo, de cartas».

Pese a que en el Castillo se encontraba bien, se sentía abrigada por todos, decidió que ella también tenía que irse y encontrar otro alojamiento. «Yo me veía como si fueran mis padres, y apoyada por todos, cuidada por todos». Aceptó la oferta de hacerse pasar por sobrina de un militante de la Madera que era inválido y que estaba con su familia, la compañera y un hijo pequeño. Se encontraron en uno de los hoteles del SERE de los Pirineos Orientales transformado en residencia para el ejército republicano y los inválidos de guerra.

«Eran unos hoteles de lujo que tenían habilitados para el alto mando español y los inválidos. Y yo entré por este compañero de la Madera que me reclamó. Y estaba regentado por nosotros. Los generales y los grados españoles tenían su empleo en la oficina, en la cuestión económica y debían de recibir una cantidad de dinero. Las señoras fregaban cuando les tocaba, había una lista allí; y nosotros, los jóvenes, chicos y chicas, servíamos las mesas. Después [...] comíamos todos juntos, comida fraternal o cena o lo que fuese. Y ahí conocí también a gente muy interesante. Por ejemplo, el padre de Collar, que era el contable de la 26 División. Collar era aviador.¹⁴

14. El teniente Joaquín Collar (Figueras, 1906-desaparecido en 1933) fue un destacado piloto que realizó el primer vuelo transoceánico que tenía que llegar a Cuba, desapareció, probablemente en México. Su padre, Luis Collar, capitán de infantería retirado, se reintegró en el ejército republicano en julio de 1936, queriendo ocupar el lugar de su hijo desaparecido.

Pues el padre estaba solo e hizo mucha amistad conmigo y me recomendaba que me añadiese a una familia, porque aunque estaba reclamada por el amigo inválido, yo entré allí como persona sola. Y no, consideré que no tenía necesidad».

Allí había gente de todas las adscripciones ideológicas, desde comunistas a anarquistas y republicanos; también estaban los altos mandos de ejército republicano, como Casado. Todos esperaban salir hacia el extranjero. Había noches con veladas literarias donde se leía y comentaban textos, también se trabajaba para el ejército francés cosiendo y tejiendo ropa de lana (chaquetas, calzoncillos, jerséis, etc.). Joaquina se puso a trabajar bordando por encargo de una señora de un pueblo vecino que le pagaba una miseria pero que ella aceptaba para complementar con ese dinero la comida del hotel, que era muy escasa. Durante su estancia en el hotel seguía con los contactos de la gente del Sindicato y de las Juventudes Libertarias. Recibió una oferta de Eduard Pons Prades para ir a trabajar con contrato en el cuidado de niños en una casa de los Pirineos Orientales; aceptó y, al despedirse del SERE, le dieron un sobre con dinero y un billete para ir a Tolosa. Sin contrato no se podía salir de allí, que era lo que Joaquina deseaba: la libertad de movimiento. Una vez fuera, decidió ir a casa de unos amigos en un pueblo cerca de Tolosa y en seguida encontró trabajo de cortadora de una fábrica de piel. Esta situación duró muy poco, llamaron a todos los españoles residentes en aquella localidad para que se encontraran en la estación a primera hora de la mañana. Todos acudieron, también los amigos de la casa donde vivía. Ella escuchó por casualidad que los iban a llevar al campo de concentración de Argelers. Pudo escapar de la estación y se quedó a vivir en el centro de Tolosa, de manera clandestina, en casa de amigos franceses. Encontró un nuevo trabajo en esa ciudad, de cuidar a una niña hidrocefálica. Vivió con esa familia durante tres años. Eran carniceros y por este motivo no pasó hambre mientras estuvo en esa casa. Como la comida les sobraba, ella se las llevaba a sus amigos que pasaban hambre. Cambiar de lugar de residencia y de trabajo, no le impidió mantener el contacto con los miembros del grupo anarquista «Luz y cultura» y, de manera especial, con Josep Villegas y también de organizar una comisión que tenía como objetivo poner en contacto nuevamente a los militantes exiliados

del Sindicato de la Madera. «Yo siempre estuve en contacto con la organización, clandestina o no y ayudé en lo que pude».

La invasión alemana

La invasión alemana a Francia, tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial en septiembre de 1939, acentuó la difícil situación de los refugiados españoles en ese país, empeorando sus condiciones de vida. Algunos tuvieron la suerte de poder marcharse de Francia y emprender un nuevo rumbo, especialmente a América Latina. Los que permanecieron en territorio francés se encontraban dispersos por todas partes de la República francesa y de sus colonias, es decir, Argelia, Túnez y Marruecos. El gobierno francés decidió cambiar su política hacia los refugiados españoles y a partir de la nueva situación, estos pasaron a ser mano de obra disponible. Los campos de concentración comenzaron a vaciarse a medida que se iba aceptando la contratación laboral en la Compañía de Trabajadores Extranjeros (CTE), así como también, conforme se iban alistando en el ejército francés. También el ejército alemán utilizó la mano de obra de los refugiados que eran obligados a trabajar bajo vigilancia permanente. Algunos no aceptaron trabajar para Alemania y se comprometieron con la resistencia francesa clandestina, los maquis. Otros trabajaron obligados y actuaban contra los alemanes en el poco tiempo libre que les quedaba.

A partir del momento en el que un refugiado aceptaba un trabajo, normalmente tareas agrícolas, se le autorizaba a reunirse con sus familiares. Los que estaban inscritos en la CTE o en el ejército tenían derecho a recibir subsidios en las mismas condiciones que los franceses movilizados. El Gobierno francés había decidido que era necesario eliminar de su territorio a todos los refugiados que no fueran útiles para la economía, obligándoles a repatriarse (huérfanos, niños y niñas con padres en España, mujeres y ancianos); los únicos autorizados a quedarse eran los enfermos o los inválidos de guerra. Lo que se pretendía era eliminar, en la medida de lo posible, el «refugiado mantenido» por el Estado francés. Los que consiguieron salir de los campos de concentración encontraron diferentes condiciones de vida con un contrato individual para trabajar en la agricultura o en la industria, de los que lo hicieron colectivamente en una CTE,

puesto que estaban vigilados de forma permanente y sometidos a una estricta disciplina. También la reunificación familiar era más fácil en el primer caso, que en el segundo. Al principio el trabajo era voluntario pero según se iba desarrollando la guerra pasó a ser obligatorio. A finales de abril de 1940 había más de 100.000 refugiados españoles que trabajaban para diferentes ejércitos y ministerios, según datos oficiales; más de la mitad en la CTE (Dreyfus-Armand, 2000: 111). Se calcula también que unos 5.000 españoles murieron en los diferentes enfrentamientos que el ejército francés tuvo a la largo de la Segunda Guerra Mundial (Ibíd.: 118).

Con la ocupación alemana, muchos españoles fueron tomados prisioneros especialmente los de los departamentos de Aisne y Meuse, los Vosgos, los Doubs, entre otras zonas. Fueron deportados a los campos de concentración de Alemania a partir de agosto de 1940, siendo los primeros extranjeros que salieron del territorio francés. La mayoría provenía de las CTE capturadas por el ejército alemán, aunque también había población civil. A los antiguos combatientes «rojos» de España se les trasladó como represalia. En algunos casos, las familias que fueron detenidas se las llevaron a los campos de concentración alemanes en vagones de mercadería. A los hombres se les separaba y se les internaba en los campos de concentración, mientras que a las mujeres y a los niños menores de doce años, después de días de espera, eran llevados a la frontera española y se les obligaba a volver a España o se les internaba en campos femeninos. Familias enteras fueron divididas y mermadas. Se calcula que fueron enviados al campo de Mauthausen y al de Gusen unos 7.200 republicanos españoles, de los cuales murieron cerca de 5.000 (Pons Prades, 1995; Dreyfus-Armand, 2000: 121). En mayo de 1945 salieron los pocos supervivientes, eran los más jóvenes ya que los adultos de cierta edad murieron poco después de ser internados. Muchas mujeres fueron deportadas a Ravensbrück por haber dado apoyo a la Resistencia y también por haber participado a ella. Había miles de mujeres francesas, polacas, chechenias, catalanas y españolas. Como relato de esta experiencia nos queda el testimonio de la joven militante comunista tarragonense Neus Català (Català, 1984; Roig, 1977).

Nuestras protagonistas que se encontraban refugiadas en Francia bajo diversas circunstancias, viviendo en campos de concentración o escondidas en casas particulares, vivieron los años de la Segunda

Guerra Mundial como si fuese una extensión de la guerra de España. En la medida de sus posibilidades se implicaron en la militancia para activar la reorganización de la CNT y de las JJLL junto a los destacados militantes de estas organizaciones y también en la resistencia de los franceses contra los alemanes. La mayoría de ellas durante estos años sufrió cambios importantes en su vida personal: decidieron vivir con sus compañeros, casarse y oficializar sus uniones para evitar problemas al ser un requisito indispensable si querían ir a América; tuvieron hijos más o menos deseados, pero que las aferraban a la vida y les daban esperanza frente a ese universo lleno de penurias y desesperación. A pesar de ser diferentes las circunstancias personales de cuando militaban en España, que eran jóvenes y sin compromisos familiares ni domésticos, estos cambios no fueron ningún impedimento en aquellos momentos para la continuidad de sus actuaciones. Se enfrentaron con coraje a todas las dificultades y, si por casualidad hubiesen sido descubiertas en sus acciones contra los alemanes aliados de Franco, hubiesen tenido serios problemas: desde la deportación a los campos de exterminio hasta el retorno y repatriación a España.

CONCHA LIAÑO, «Lo peor [de mi vida] ha sido perder la guerra. Soledad y yo no podíamos asumir la derrota, es que no la podíamos asumir, ese era nuestro problema».

A partir del mes de mayo de 1940, ante la invasión alemana, franceses y republicanos españoles exiliados comenzaron a huir de París para ir hacia el sur del país. Así lo hicieron Concha Liaño y Soledad Estorach, yendo hacia Burdeos donde vivía Felisa de Castro. Allí vivieron hasta 1947 ya que, pese a que los alemanes llegaron también a esta ciudad, ella se negó a seguir huyendo. Fueron años muy difíciles donde sobrevivir era la prioridad. Concha realizó diversos trabajos, entre ellos en un taller textil, ya que sabía coser a máquina. A pesar de estar con Soledad y Felisa, compañeras y amigas de MMLL, no podía asimilar la pérdida de la guerra y de la ardua tarea que estaba haciendo en la organización femenina. Reconoce lo duro que le fue vivir en aquella desesperanza. «Lo peor [de mi vida] ha sido perder la guerra. Soledad y yo no podíamos asumir la derrota, es que no la podíamos asumir, ese era nuestro problema».

A pesar de todo, ayudó a la Resistencia francesa en diversas ocasiones y a finales de 1942 tuvo una hija, Moncha. Necesitaba

aferrarse a la vida y no hundirse. Embarazada de seis meses, hizo de contacto para la resistencia de Burdeos y la de París. Con los documentos en una carpeta, en el viaje de vuelta la obligaron a bajar del tren, que estaba lleno de alemanes; cuando volvió no encontró ni su asiento ni los documentos. Afortunadamente, al verla desconcertada su compañero de asiento, la ayudó a encontrar su sitio y sus pertenencias (Quiñonero, 2005: 276). El padre de su hija, un disidente gallego condenado a muerte, volvió a España. Ella intentó reunirse en Burdeos, sin conseguirlo, con su madre y hermanos que habían vuelto a Barcelona.

SARA BERENGUER, «Cuando nos teníamos que desplazar [para hacer una acción] siempre lo hacía yo, porque tenía más libertad».

La invasión alemana y el decreto del mariscal Pétain, que prohibía la salida del país de todos los hombres capacitados para trabajar, impidió a la familia Guillem la huida a México. La mayoría de los exiliados quedaron atrapados en la Segunda Guerra Mundial, contra el fascismo italiano y alemán, los amigos y colaboradores de Franco. Ante esta nueva coyuntura, buscaron trabajo: el hermano de Jesús, que estaba en el campo de concentración de Bram trabajando como panadero para el ejército en un pueblo cerca de Carcassona, y en el mismo pueblo encontró trabajo de obrero de la construcción. En junio de 1941, Sara Berenguer también se trasladó y se dedicó a coser, hacía pantalones con los sacos de harina que los refugiados robaban en el campo. En ese lugar se quedaron durante toda la guerra y ahí nació, el 24 de agosto de 1944, la segunda hija de la pareja, Sara. En el campo de concentración de Bram había muchos militantes libertarios refugiados, por este motivo comenzaron a reorganizar clandestinamente el movimiento libertario. El Comité departamental de la CNT, que crearon, tenía su sede en Bram por ser un número mayor que los que se encontraban en Carcassona, pese a ser la ciudad más importante de la zona. Otros Comités se habían comenzado a organizar por otros destacados militantes como J. M. Molina y Lola Iturbe en Montpellier, y Francisco Carreño en Tolosa, entre otros. Los Guillem tenían sobre todo contactos en Tolosa, donde también habían reorganizado las Juventudes Libertarias. Sara instauró paralelamente SIA, organismo con el que había tenido contacto desde sus primeros momentos en Francia. Ella era la única

mujer del reorganizado grupo de la CNT y la menos controlada por los alemanes, ya que las tropas de invasión obligaban a todos los refugiados masculinos a trabajar para el ejército alemán. «Quan ens haviem de desplaçar sempre ho feia jo, perquè tenia més llibertat, ja que ells només tenien un dia de festa al mes, però feia falta aquell dia [normalment] per anar a una reunió».

Las reuniones que celebraba en su casa no estaban exentas de peligro, especialmente por la cantidad de gente que transitaba por ahí, por lo que los vecinos empezaron a hablar. Una vecina francesa, que tenía mucha relación con Sara, ya que ella la ayudaba en la labores domésticas, le advirtió: «Senyora Guillén, a casa de vostès fan reunions. Jo vaig dir: 'Noo!', 'Sí, sí. La seva casa està vigilada', 'No, però no fem reunions', 'S'ha notat que hi ha molta gent que van a casa de vostès'. Jo dic: 'Sí, és veritat que vénen, perquè tinc una figuera al darrera i tots venen a menjar-se les figues, que les mengen totes i no me'n deixen per mi!'. I la dona em va dir: '*Fait attention!*' Allavonses, vam deixar de fer les reunions a casa i feien les reunions al camp, perquè Bram és un poble que no és gaire gran i hi ha molt camp [...] i anàvem a les afores del poble».

Al poco tiempo se dieron cuenta de que efectivamente la casa estaba vigilada, pero a pesar de eso, no dejaron de actuar. No solamente reorganizaron clandestinamente la CNT sino que también colaboraron con la resistencia francesa de los maquis. Fueron muchos los refugiados españoles que, una vez comenzada la Segunda Guerra Mundial, olvidaron el maltrato del gobierno francés y ayudaron a la resistencia de este país contra la invasión alemana. Los soldados alemanes vigilaban a los refugiados españoles y, a pesar de eso, estos multiplicaban su actividad de resistencia contra el fascismo. En otoño de 1943 Sara Berenguer realizó una misión arriesgada: salió de mañana temprano para ir al pueblo de Saissac con otro militante, Juan Alcácer, para llevar documentación a la guerrilla que estaba en la Montaña Negra.¹⁵ Con su hijo Germinal en brazos, fue llevada

15. Juan Alcácer Albert era un destacado militante anarquista de La Torrassa (Barcelona). Había militado en las Juventudes Libertarias con el grupo de Peirats. Exiliado en Francia formó parte del CN de las JJLL en 1945 y se encargó de la administración de *Ruta* (Iñiguez, 2001: 26).

por un guía hasta una casa perdida en mitad del bosque, antes de llegar, escucharon un ruido de hojas secas y pensaron que eran los alemanes que los habían descubierto. Afortunadamente, eran jabalís que buscaban bellotas. Pudieron llegar y entregar la documentación. Antes de volver, la mujer de la casa les ofreció maíz hervido, que era lo único que tenía. «He fet blat bullit per tots i menjareu aquí' Jo vaig pensar —recordava Sara—, 'blat bullit!, i el meu fill menjarà blat bullit? Pues si el blat només el mengen les gallines!'. Bueno però com que era ja aquelles hores i després havíem de tornar a travessar el bosc i anar a la carretera a agafar l'autobús per tornar. Bueno, pues sí. Vam acceptar, és clar que sí. I carai si era bo el blat bullit! La mar de bo era! I el meu Germinal se'l va menjar tot! Després vam marxar. Vaig deixar la documentació, vaig informar del que tenia d'informar i vam tornar cap a Bram».

En otra ocasión también corrió gran peligro. Era la primavera de 1944 y estaba embarazada de su hija. Necesitaban a alguien que fuera a Besiers a recoger unas consignas importantes. Nadie podía hacerlo y ella se ofreció voluntaria. Tanto Jesús como los miembros del grupo quisieron disuadirla pero era la única que podía hacerlo. Se fue con su hijo Germinal hacia aquella ciudad, recogió los papeles y se los escondió en el pecho; en el viaje de regreso iba de pie en un tren abarrotado, y sin haber comido nada, así que se desmayó sobre la gente al poco de partir. Cuando abrió los ojos tenía a dos soldados alemanes al lado y uno de ellos le estaba ofreciendo un café. «Per sort no vaig caure, perquè si hagués caigut m'haguessin obert per donar-me aire i m'haguessin trobat de seguida els papers, no? I me'n vaig salvar d'una! De manera que bueno, després vaig poder arribar fins a Bram».

No todos tuvieron la misma suerte. Antonio Rodríguez, de su grupo confederal clandestino de Bram, fue detenido por haber dado su nombre cuando fueron juntos a comprar una máquina de escribir en Carcassona. El grupo había decidido comprar una máquina de escribir para facilitar las comunicaciones entre los diversos núcleos de la CNT que se estaban formando. Al principio se comunicaban mediante manuscritos. «Ell va agafar la màquina, va pagar i ens en vam entornar. 24 hores després la Gestapo el va detenir. Segurament que aquell que ens va vendre la màquina el va delatar i com que li va fer el rebut i li va posar el nom i li va preguntar de on venia pues ja el

van detenir. El van vindre a buscar i se'l van emportar a Mathausen. I li van pegar, per a qui era la màquina i no va dir res. Però se'l van emportar a Mathausen mig mort. De manera que bueno, aquest va ser el primer que va caure del grup».

CONCHA GUILLÉN, «Yo no me paso toda esa agua para no volver nunca más a España. [...] ¡Aquí en los Pirineos puedo ir andando!».

La situación de Concha Guillén cambió con la invasión alemana a Francia. Al estallar la guerra con los alemanes, se movilizó a los franceses. Los refugiados españoles ocuparon los puestos de trabajo que estos dejaban para ir al frente, por este motivo permitieron que las familias se reuniesen con el compromiso de trabajar. Varias mujeres fueron reclamadas por sus parejas, tal es el caso de Concha, quien fue buscada por Mariano Martínez, y de sus compañeras de campo de concentración de Argelers, Libertad Ródenas y Mary Laporte, que fueron reclamadas por sus parejas, los militantes J. Viadiu y Paniagua. Concha y Mariano se reunieron en el pueblo de Gers (en el departamento de Auch), donde tenían que trabajar en el campo. Pese a las dificultades se casaron y se fueron a vivir juntos, sin separarse más hasta la muerte de él en 1993 «Y allí nos dieron una casa vieja, como gitanos. No teníamos qué ponernos, pero bueno, trabajábamos, que es lo que les interesaba. Y vivíamos y éramos felices porque éramos jóvenes y nos queríamos y mira, la vida es así».

Concha quería tener hijos con Mariano y no quería esperar a que terminase la guerra para mejorar su situación. Mariano quería quitarle esta idea de la cabeza pero le resultaba imposible reducir su entusiasmo. Concha logró su objetivo y se quedó embarazada de su primera hija, Athenas, quien nació el 30 de enero de 1941. Mariano, el segundo, llegó en 1944 y la pequeña, Concha, nació después de la guerra en 1958.

«Yo estaba loca y decía: 'Yo si no tengo hijos me moriré. Yo quiero tener hijos', y él me decía: 'Pero que loca eres. ¿Para qué tener hijos? ¿Pero tú no ves cómo estamos? ¿Qué van a comer esos hijos y de qué van a vivir?', y yo decía: '¡Ui! Eso a mí no me asusta, yo le daré el pecho'. Yo lo veía todo fácil, y así fue. ¡Y mira si están preciosos! Mis hijos fueron preciosos ¿eh?, porque Athenas era preciosa y el chico,

el Mariano era precioso. Nació y pesó 5 kilos. ¡Fue una preciosidad! ¡Eh oui! ¡Que ilusión con esos hijos!».

Hicieron la solicitud para ir a México, donde Mariano pensaba que la situación para su familia mejoraría, así también lo hicieron sus amigos Josep Viadiu y Libertad Ródenas. El permiso fue concedido a los cuatro, pero en el momento de prepararse para el viaje, Concha decidió que no podía ir, que estaba demasiado lejos, que si huían no volverían jamás a Barcelona. Mariano se desesperó cuando Concha le expresó sus dudas. Josep Viadiu y Libertad Ródenas partieron hacia México, pero Concha y Mariano se quedaron en Francia.

«Hicimos la demanda para ir a México. Y nos la aprobaron y cuando yo vi que estaba aprobado digo: ‘Yo no voy a México’, mi compañero dice: ‘¡Conchi, ya habíamos quedao en que íbamos a México!’, digo: ‘Sí, pero, ahora que me dan el pasaporte, me da miedo! Yo no me paso toda esa agua para no volver nunca más a España’. [...] Yo decía: ‘Aquí en los Pirineos puedo ir andando a España! Pero irme a América, no’. Él decía: ‘pero bueno ¿por qué no lo pensaste antes?, ¡Conchi! Pero ahora que nos dan el pasaporte, ¡ahora dices que no!’. Y digo: ‘Pues no, no quiero’. Bueno, pues mira y no fuimos.»

Mariano Martínez se puso en contacto con la resistencia francesa, primero desde Gers y después cuando los alemanes lo enviaron a Burdeos, pudieron escapar y se fueron para Bram (Departamento de Aude) donde se encontraban los dos hermanos Guillén y también Sara Berenguer. Mariano fue obligado a trabajar para el ejército alemán como panadero hasta el final de la guerra, sin embargo, paralelamente organizaba en la clandestinidad a los grupos confederales. Concha que sabía del riesgo que representaba para la familia la actuación desde la clandestinidad, ayudaba en todo lo que podía sin participación directa.

CONXA PÉREZ, «Yo quería estar lo más cerca posible de la frontera porque mi propósito era volver a España».

La situación de relativa calma que tuvieron en el refugio de Liévin se acabó con la invasión alemana a Francia, ya que los refugiados españoles tuvieron que ser evacuados hacia el sur de ese país, empeorando considerablemente su situación. Les dijeron que los llevaban hacia el Estado español y los colocaron en un tren, lo que

generó una rebelión: algunas personas que estaban desesperadas, decidieron saltar del tren haciéndose graves heridas. Finalmente, los llevaron al campo de concentración de Argelers. Su amiga Rosario, que sabía francés, fue nombrada delegada del nuevo grupo que acaba de llegar. Ella era profesora racionalista y fue directora de una escuela en Vila-Rodona. Conxa, que tenía experiencia organizativa, ayudó a Rosario preocupándose de que todos tuvieran algo de comer y de que no les faltase nada. Al comienzo, el grupo lo constituían unas 100 personas pero al cabo de unas pocas semanas, el número aumentó a 3.000 mujeres y niños.

«Al camp de concentració hi havien més de 15.000 homes i ells havien deixat lloc per nosaltres. Ja hi havia barracons, perquè com que hi havia hagut els homes durant nou mesos, els havien construït. I, allà la gent ens barallàvem per veure a quina barraca anàvem i el gendarme es va donar compte que la meva amiga [Rosario] parlava francès, ‘Bueno, pues vostè serà la jefa del camp’. Ella i jo ens vam cuidar del camp, de donar primer llet a la gent i l’endemà ja vam nomenar a uns quants d’intendència, ens van portar menjar de fora i ja vam començar a organitzar-ho una mica. I, bueno, vam estar aquí en aquest camp vora deu mesos, repartint cada dia paquets a la gent, que ens portaven els quàquers americans, la Creu Roja, de tot arreu ens en portaven».

Su compañero Ramón Robles le propuso marcharse hacia México. Decidieron, también, proponérselo a su padre y a sus tres hermanos pequeños; lo aceptaron y comenzaron a realizar los trámites para irse todo el grupo. El padre vivía en Burdeos en una situación de precariedad, escapando cada día de la policía francesa, por lo que quería tener una vida más tranquila y estable. Se enteró de la muerte de su hermano Pepe al final de la guerra cuando las tropas se estaban retirando. Tal como hemos señalado, y como sucedió en otros casos, cuando se confirmó la solicitud del viaje para México, se arrepintieron. Su padre no quería abandonar a su compañera Librada, ni a su hija Anita que estaban en Barcelona. Para Conxa marcharse era abandonar todo aquello por lo que habían luchado y rendirse y además, tampoco estaba convencida de seguir una vida junto a Robles. «Jo volia estar lo més a la vora de la frontera, perquè el meu propòsit era tornar a Espanya, un cop pogués. No volia anar lluny d’Espanya, no volia anar a Mèxic. M’atreia el venir a Espanya,

m'atreia exposar-me la vida i seguir la lluita, tot això em llamaba l'atenció. Hi havia alguna cosa que em feia pensar així que no sabia explicar. Això d'anar a Amèrica no em va atreure mai».

Frente a esta situación Robles le propuso como alternativa volver juntos al Estado español, Conxa no lo aceptó y Robles decidió volver a Barcelona clandestinamente. A partir de esa decisión se separaron para siempre.

Conxa fue reclamada, después de 10 meses, por su amiga francesa Fifi que vivía en Marsella, pudiendo de esta manera salir del campo de concentración de Argelers. Comenzó a trabajar como costurera, ayudando a coser pantalones para el ejército alemán. Más adelante, tuvo que marcharse de la casa de su amiga porque estaba vigilada por las constantes visitas que recibía de los refugiados, y en febrero de 1941 se fue al Castillo de Montgran y ahí trabajó como auxiliar de enfermería. En el castillo había muchos enfermos de tuberculosis y otros que tenían reuma, ahí conoció a Isidoro Alonso, médico, con quien comenzó una historia de amor. Trabajaron juntos durante unos meses y decidieron irse vivir juntos a un pueblo pequeño del Departamento de Saboya (en los Alpes) cerca de Italia, ya que ahí le ofrecieron trabajo. Al quedarse embarazada volvieron a Marsella. Su relación de pareja no era muy sólida puesto que querían cosas distintas, él era socialista y quería irse hacia los países del este, mientras que Conxa quería volver a España, por lo que se separaron y ella se trasladó a un refugio que había organizado los cuáqueros americanos para poder estar tranquila y esperar la llegada de su hijo Ramón, que nació el 6 de junio de 1942. Lo único que supo del padre de su hijo, a través de una carta, fue que había llegado a un pueblo del este que estaba ocupado por los alemanes, nunca más volvió a tener noticias suyas.

Cuando el niño tenía tres meses, Conxa decidió volver a Barcelona. Le escribió a su madre diciéndole que regresaba y así, en septiembre de 1942 cruzó la frontera. La Cruz Roja tenía noticias de que ella llegaría a la frontera y se hicieron cargo de Conxa y del niño, separándolos de los otros exiliados que pasaban directamente a manos de la policía española, sin ser examinada. Una vez en Barcelona, su madre y sus hermanos la esperaban en la estación. Se fue a vivir con su familia y adquirió el compromiso con la Cruz Roja de que ir periódicamente a presentarse a la policía. Lo hizo durante un año.

AURORA MOLINA, «Tenía miedo, pero si hubiera querido hacer alguna cosa, la hubiese hecho igual».

Durante la ocupación alemana, la familia Molina se trasladó a Aimargues (La Camarga) que se encontraba en la zona libre de Francia. Aurora no quiso quedarse en Nimes con sus suegros y se fue con su hija Violeta a donde vivían sus padres. Desde ahí podía ir al sanatorio donde se encontraba su marido, en la localidad de Mont-de-Marsan (Aquitania). Vivían con muchas dificultades ya que a veces no tenían que comer y cuando lo hacían, era lo que su padre cultivaba en el terreno que le dejaron, bajo un régimen *métayage*, es decir, cultivarlo a cambio de dar una parte de la producción al propietario.

«Y entonces algunas veces salía la cosecha y otras veces no salía y lo pasábamos mal. Y mi madre tampoco podía hacer nada porque aunque ella cosía, estábamos bastante separados de la ciudad y teníamos preocupaciones. Allí detuvieron una vez a mi hermano por robar un nabo y comerlo. Un día iba con una bicicleta y vio un campo de nabos, de esos dulces, y se sentó, cogió un nabo y se lo estaba comiendo y pasó la gendarmería y lo vio comiendo un nabo y lo llevaron a comisaría. Y no tuvimos pocas gestiones que hacer para sacarle del cuartelillo por haber comido un nabo, ¡ya era el colmo! En aquel pueblo nos trataban a patadas. Hasta piedras nos tiraban. Y nos hacían muchas porquerías y fuimos muy desgraciaos en aquel lugar».

Después se instalaron en una masía cerca de Montpellier, donde Aurora trabajó en el campo con la vendimia, lo que fue un trabajo muy duro. A partir de 1943, J. M. Molina se dedicó a organizar el movimiento libertario que había sido desmantelado con la ocupación del ejército alemán. En medio de muchas dificultades, se pudieron organizar y crear nueve regionales en los diferentes departamentos y además se pudieron poner en contacto con la resistencia francesa. Fue detenido en diversas ocasiones por agentes de la SS alemana pero siempre pudo salir indemne milagrosamente. Fue elegido como primer secretario de la CNT del exilio, cargo que ocupó hasta 1945 cuando se celebró el Congreso de París. Alguna vez Aurora, también hizo de enlace, llevando papeles y documentos que le daba su padre para que los diese a los diferentes contactos que tenían en los distintos departamentos. Aurora tuvo mucha suerte en estas misiones ya que no tuvo grandes problemas.

«Un día iba a Perpiñán a llevar documentos y, en esas para el tren. Habían matao a unos alemanes ahí en la vía. Pararon el tren y registraron los departamentos. Y, yo, pues no sabía cómo hacerlo. Lo metí debajo del asiento y bajé del tren y cuando miraron lo que llevábamos, nos hicieron subir otra vez. Y sufría porque pensaba que no me acordaría dónde lo había puesto, y me acordé. Pero no fueron muchas veces, dos o tres».

Vivieron muy de cerca la ocupación alemana, puesto que, la masía donde se alojaban estaba dividida en dos y una parte fue ocupada por el ejército alemán. Se instalaron allá unos meses pero terminaron marchándose porque en la zona había mucha resistencia debido a la presencia de los maquis. A su padre y a su hermano los obligaban durante la noche a controlar las vías del tren para evitar posibles sabotajes. Cerca había un aeropuerto, que era bombardeado a menudo. Por este motivo, Aurora recuerda el sufrimiento que le provocaban los bombardeos, los cuales no podían ser comparados en intensidad con los de Barcelona, mucho más flojos.

«Porque los bombardeos, ríete de los de Barcelona, sabes ¿cuándo venían doscientos aviones, ‘fortalezas volantes’, que las llamaban? Que no oías la sirena hasta mucho después que llegaban los aviones y ruum, ruum, cargao de bombas. El día que bombardearon el tren, que había un tren de tropas alemanas, hicieron casi mil muertos. Entre los del tren y los demás. Pero era un tren, que lo destrozaron todo, lleno de alemanes. Pero, a veces, tiraban las bombas fuera, cerca de casas, en el prao [...] Mi padre decía: ‘Son los nuestros’; ‘Sí, bueno, pero vas a ver lo que van a hacer’. Y empezaban: ¡Buum! Y mi abuela que era paralítica que no se podía mover se quedaba en la casa y mi madre salía con la pequeña a esconderse en unos agujeros que habían hecho los alemanes, pero aquello evitaba quizás la metralla, pero si te cogía una bomba al lao, nada. Y yo me quedaba siempre fuera, encima de la viña. Pero, ¿sabes?, ese día me desmayé. Tenía miedo, pero si hubiera querido hacer alguna cosa, la hubiese hecho igual. Es curioso que la juventud no tenga conciencia de lo que es la vida y no le importe morir muchas veces; y que cuando uno ya es viejo se agarre tanto a la vida».

JOAQUINA DORADO, «Yo me marché del campo [de Récébédou], me fugué».

Estando en Tolosa, con la ocupación alemana, fue detenida en noviembre de 1943 por la policía francesa que trabajaba junto con la policía alemana. La querían llevar al campo de Récébédou donde había hombres, mujeres y niños y estaba enfrente del campo de Noé (Departamento de Alt Garona) cerca de Tolosa, donde sólo habían hombres. En abril de 1941 el gobierno de Vichy instauró una normativa para la expulsión de los extranjeros no aptos para el trabajo, decretando que los llevaría, según su categoría, a los diferentes campos de concentración: a Ribesaltes, en caso de familias con niños menores de 18 años; a Noé y a Récébédou, ancianos, mutilados y enfermos; y a Argelers y a Gurs, en otros casos. Durante el gobierno de Vichy, los campos de concentración se fueron transformando de acuerdo a las necesidades de los nuevos ocupantes y también llegaron a ellos los judíos extranjeros, normalmente alemanes producto de la nueva política de persecución antisemita. Muchos de los que estaban en estos campos de concentración fueron deportados a los campos de concentración nazis de Alemania (Dreyfus-Armand, 2000: 125).

«Me detienen porque hacen una razia y no tengo papeles y me llevan a un campo de concentración donde tenían a los alemanes, a los judíos y era de donde se los llevaban para los campos de la muerte. Y me metieron allí porque me encontraron sin papeles y era española. Me anunciaron que me iban a acompañar a la frontera española. Y allí había una mujer francesa con un niño de nueve o diez años que, para no meterla en la cárcel, por el niño o por lo que fuese, la tenían también allí en ese campo. Y había chicas españolas allí también. No sé lo que habrá sido de ellas, pues yo me marché del campo, me fugué».

Los dos meses que pasó allí fueron suficientes para darse cuenta que las condiciones de vida de ese campo eran terribles. La comida era escasa y estaba envenenada ya que le ponían arsénico. Se encontró con un conocido del campo de Noé, que había estado con ella en el hotel de SERE, quien le daba alguna cosa de comer, como una barra de pan y mantequilla que traían del pueblo. Aparte del hambre, el frío del invierno era insostenible. Tuvo suerte ya que era difícil subsistir y vivir en esas condiciones.

«Yo me arreglaba así porque era una comida infame. Allí he visto alemanes caerse al suelo e indiferentes sus compatriotas y nosotros mismos pasar por encima. Y las alemanas que me tocaba en la mesa,

me preguntaban cuánto tiempo hacía que estaba ahí. Entonces yo pues les decía tres días, cuatro días o lo que fuera y decían: ‘¡Ah!, por eso tienes este aspecto tan humano’, porque ellas estaban derrotadas. Y, además, era un invierno horrible. Se fabricaban una especie de orejeras porque no se podía aguantar el frío que hacía. Me acuerdo que si conocía a alguien y nos cruzábamos de barraca a barraca no abríamos la boca porque los dientes dolían del frío que hacía, entonces nos hacíamos señal con la mano para saludarnos. Fue un invierno terrible».

En el campo había gente que pedía permiso y salía unas horas, siempre acompañados por un guardia armado con un fusil. Ella pidió que la dejaran salir por unas horas y aceptaron, pero no quiso que la acompañara el guardia. Estudió la situación y al cabo de tres o cuatro días, cuando se daba el cambio de guardia, se fugó y lo consiguió, era el 30 de diciembre de 1943.

«Hacía mucho frío, y yo agachada en la hierba, cerca de donde estaba el guardia. Y lo oí que maldecía [...] porque el otro guardia tardaba en venir y hacía mucho frío. Y, entonces, finalmente, ocurrió lo que yo esperaba, se cansó y se fue hacia el cuerpo de guardia. Entonces yo aproveché y despacito, despacito, levanté la última alambrada, salí a la carretera, ya por donde pasaba la gente. Les pasé por delante y nada, estaba fuera».

En esta ocasión también tuvo suerte. Uno de los policías franceses que la conocía, al darse cuenta que se había escapado del campo, cogió su ficha y se la llevó a su casa; este hombre era el tío de la niña enferma que ella cuidaba. Al acabar la guerra él le explicó lo que había hecho: «Entonces le di las gracias y le dije: ‘No ha hecho usted más que cumplir con su deber’». Transcurridos unos días desde que se fugó y viendo que todo estaba tranquilo y que nadie la buscaba, volvió de nuevo a la casa de la niña que cuidaba y continuar con ese trabajo hasta el final de la guerra. Los señores de la casa al enterarse de la difícil situación por la que atravesaba y que no tenía papeles, hablaron con un amigo obispo que tenían, el Monseñor Saliège, quien le facilitó la tan ansiada documentación de residencia. Al obispo se lo conocía también como «el obispo de la resistencia» ya que intentaba evitar que los alemanes se llevaran a los refugiados a los campos de la muerte, colocándose en la puerta del campo en señal de protesta pacífica cuando salían los detenidos.

«Pero no consiguió nunca parar ningún convoy de ninguna salida de los alemanes».

«Y entonces me daba vergüenza porque, claro, ¡Cómo explico yo eso de que me arregla los papeles un obispo! Entonces no se sabía mucho de ese obispo. Sí lo sabíamos los que estábamos metidos en ciertas cosas. Pero, tener papeles yo, cuando todos: Germinal Gràcia, [José] Villegas, nadie tenía papeles.¹⁶ Y entonces pasé mis vergüenzas, pero lo expliqué, porque era la verdad».

JULIA HERMOSILLA, «La Resistencia te dará lo que ganas en la mina [de Decazeville]».

En el Departamento de Aveyron estaban las minas de carbón de Decazeville. A los hombres de la familia Aransáez les dieron la posibilidad de irse a trabajar allá y dejar, así, el campo de concentración de Argelers. Ellos aceptaron y lograron reunirse, además, con el hermano de Saturnino, Restituto, quien vivía en ese departamento desde la guerra de 1914. La familia se reunió en la localidad de Decazeville donde comenzaron una nueva etapa bajo la ocupación alemana. Ángel se comprometió con la resistencia y fue protegido, hasta por el alcalde de esta ciudad, para la realización de su compromiso. Este valoró que era incompatible trabajar en la mina, con los horarios de diez a doce horas y de ser un activo en la Resistencia francesa.

«El mismo ayuntamiento de Decazeville lo sacó de la mina, porque el alcalde le dijo: ‘No puedes hacer las dos cosas porque no puedes salir a las dos de la tarde de la mina —era el relevo, unas veces de noche, otras veces de día— porque te vas a morir, deja la mina y la misma Resistencia te dará, porque tienes que mantener a la familia, lo que ganas en la mina’. Entonces Ángel se salió a la mina y lo mandaron a Chantal, otra región, no muy lejos».

En Aigle del Chantal había un núcleo muy activo de militantes de la CNT que se organizaron con la resistencia de los maquis. Su

16. Germinal Gracia fue militante de las JJLL de Barcelona, del grupo «Los Quijotes del Ideal» con Diego Camacho y Llibert Sarrau. Entró en contacto con José Villegas, originario de Granada, en Tolosa, quien había pertenecido al CR de las JJLL de Andalucía durante la guerra. En el período del exilio fue secretario de coordinación del CN de las JJLL en Francia hasta 1947 (Iñiguez, 2001).

misión era la de recoger el armamento que los aviones americanos lanzaban a la resistencia anti alemana. El lugar era muy favorable ya que estaba lleno de montañas y con un difícil acceso difícil para ser controlados por los alemanes. Era muy arriesgado pero también lo era trabajar en la mina, donde se dejaron la vida algunos exiliados españoles. Más adelante, fue enviado a Baiona para vigilar la frontera y hacer pasar de manera clandestina a americanos e ingleses hacia España. Gracias a su dedicación, el gobierno francés lo condecoró posteriormente en Baiona con una medalla de reconocimiento hacia su valor y coraje. Julia también ayudaba y daba apoyo en lo que podía. Para ella fue la época de menor actividad como militante puesto que estuvo dedicada a la educación y crecimiento de su hija Vida. Vivieron en Decazeville hasta el final de la guerra.

La venganza misógina del Franquismo: el exilio interior y la prisión

El relato vivido por nuestras protagonistas, que por diversas razones no se exiliaron y vivieron los primeros años del Franquismo en el Estado español, fue tanto o más duro del que hemos visto por parte de las que se exiliaron. En la península también hubo campos de concentración, la represión fue implacable y las prisiones y los fusilamientos estaban a la orden del día. España se convirtió en un país donde los hombres y las mujeres eran detenidos, confinados y apresados. Para la población femenina, la del bando de los perdedores, se añadía además las humillaciones que podían ser desde raparles el cabello, pasearles por las calles, hasta obligarles a beber purgantes, estrategias que los vencedores elaboraron para poder reforzar su poder (Alcalde, 1996). Sin embargo, la resistencia contra el Franquismo se organizó rápidamente pese a las condiciones desfavorables en las que se encontraba. La CNT, una vez terminada la guerra, se reorganizó creando los primero Comités en la clandestinidad (Herrerín, 2004).

GRÀCIA VENTURA, «Los [falangistas] del pueblo hacían y deshacían. Todos los detenidos [de campos de concentración cercanos] los llevaban hacia allá [...] La prisión se llenó, se encerró a tanta gente».

La familia Ventura, las cinco mujeres, la madre, las tres hermanas y la cuñada con el pequeño decidieron al final de la guerra volver

a la ciudad de Borriana pensando que todo había vuelto a la calma pudiendo retomar su vida y su cotidianidad en la casa familiar. Querían tener noticias del hermano y pensaban que las tendrían una vez estuvieran de nuevo en su ciudad de origen. Sin embargo, no las dejaron llegar a su casa, ya que una vez que salieron del tren se encontraron con un control y fueron detenidas y llevadas a una prisión improvisada que se había hecho en el Convento de la Mercè de la ciudad. «Allí ja n'hi havien altres dones. No n'hi havien tantes. Hi haurien unes 10 o 15». Estuvieron ahí desde el día 21 de abril de 1939 hasta finales de enero de 1940. En el convento no había nada y para comer tenían que ir al hospicio del Auxilio Social, el cual era gestionado por monjas y por falangistas. Al Auxilio Social iban a parar los niños y niñas que no tenían a donde ir ya que sus padres estaban en la prisión. Una vez en esta institución, los niños, a menudo, perdían el contacto con su familia de origen y eran educados para odiar a sus padres y la ideología de izquierdas (Vinyes, 2002b). En el hospicio había un comedor, al que podían ir, también las presas para poder comer. Pasó un tiempo hasta que la Dirección de Prisiones no se hizo cargo de la situación, ya que hasta ese momento, quienes se ocupaban de todo tipo de control eran los representantes del pueblo, los falangistas.

«Els [falangistes] del poble feien i desfeien. En els pobles els falangistes se n'anaven per ahí, per Alacant, sobretot al castell de Santa Bàrbara i al camp de concentració d'Albatera i tot això.¹⁷ Tots els detinguts els portaven cap allà. Tots els dels pobles a buscar els seus. La presó se va omplir, se va ficar a tanta gent».

El ejército republicano, que se encontraba concentrado en Alicante, no pudo escapar a diferencia de lo que pasó en Cataluña, en donde pudieron irse a Francia, por lo que fueron apresados por los franquistas y llevados a campos de concentración. Se habla de que alrededor de unos 700.000 soldados que fueron repartidos en al menos un centenar de campos de concentración improvisados, entre ellos y especialmente terrible, fue el de Albatera (Alicante) donde

17. El Castell de Santa Bàrbara está situado en el centro de la ciudad de Alicante, en la montaña rocosa de Benacantil, a más de 150 metros sobre el nivel del mar.

fueron a parar muchas de las personas que quedaron atrapadas en el puerto de Alicante. Fueron tomados como prisioneros todos los que no pudieron escapar, unas 15.000 personas, y desde el primer momento se hicieron fusilamientos. Era muy corriente la visita de los falangistas de los pueblos vecinos a los campos de concentración y a las prisiones donde hacían un reconocimiento de sus vecinos que eran de izquierdas, una vez seleccionados, se los llevaban para sus respectivos pueblos. Unos llegaban a su destino y eran detenidos y apresados, otros se quedaban por el camino, siendo fusilados de forma inmediata. Estos grupos de falangistas acudían a los campos de prisioneros de la zonas de Alicante, Albaterra, Alcoi, Orihuela y Murcia (Juliá, 1999: 278-282; Rodrigo, 2005).

«Jo, francament, quan sent el port d'Alacant i el castell de Santa Bàrbara, enseguida me ve al pensament tota la gent que se va acumular allí i que van agarrar allí. Quasi tots els fusilats de Borriana, tots van caure allí, a Alacant. Perquè els que no van anar allí, se'n va anar a Barcelona o a Saragossa o algun altre puesto, si no trobaven amb algú del poble, pues se canviaven el nom i ja estava. I els que se van salvar va ser exina. Però els que se'n van anar a Alacant per agarrar el barco, pues com a conillet van caure tots».

La familia Ventura fue detenida porque su prima hermana con la que Gràcia iba a coser, la denunció como roja, situación que supieron después. En enero de 1940 les hicieron un juicio: «Fui juzgada en Borriana por un Tribunal Militar —recuerda Gràcia Ventura—. En la sentencia hay una acusación de profanación de tumba en el cementerio de Borriana. La verdad de lo que pasó es que un grupo de las Juventudes habíamos recogido los cristos de bronce para ser fundidos. Otra de las acusaciones era la de que había asistido uniformada al entierro de Durruti. Lo del entierro es verdad, lo del uniforme, no, pues nunca llevé uniforme de ninguna clase» (Iturbe, 1974: 119-120). A Pura Ballester, su cuñada, que jamás había participado en política, le dieron 30 años de prisión. A Gràcia, pese a las acusaciones anteriores, únicamente le dieron 20 años ya que era menor de edad. De esos años cumplió cinco, cuando pudo salir bajo libertad condicional, que fue otorgada el 2 de marzo de 1944. De su época en la prisión, para ella la peor fueron los meses de inicio en la prisión de Borriana, cuando el control estaba en manos de las falangistas locales. Recuerda que había un falangista muy cruel:

«¡Aquell tio pegava més palisses! ¡Mare meua, senyor! I aquell dia, a mi és que me donaven vidre picat per menjar. Jo me'l mira així, mare meva! «Si a tu t'hagueren donat vidre picat [per menjar]. Sa panxa tindries tu ara!». Los presos que más padecieron en el pueblo fueron los hombres, de mujeres apalizadas únicamente recuerda una, en cambio en la prisión de los hombres sí que se cometían maltratos constantes para finalmente fusilarlos.

«Hi havia una sala a la part del davant del carrer que, segons nos van dir després, el veïnat del carrer se'n tenien que anar fora d'allí per no sentir els crits. I una nit, que era el 18 o 19 de juliol, va ser un escàndol. Pegaven, pegaven, oh!, sobretot als homes, els van martiritzar a tots».

«Después de juzgada permanecí en Borriana hasta el 18 de septiembre de 1940, cuando en unión de mi familia y otras presas, nos llevaron a Castellón para completar la expedición y conducirnos al penal de Saturrarán, en Guipúzcoa. La expedición la componíamos un total de 43 mujeres de distintos pueblos de la provincia: Borriana, Vall de Uxó, Almazora, Nules, Alcora, etc. Salimos de Castellón el 21 de septiembre y llegamos a Saturrarán el 25. En este penal permanecí hasta el 2 de marzo de 1944» (Iturbe, 1974: 120). La prisión de Saturrarán en el País Vasco estaba en la frontera entre Guipúzcoa y Vizcaya. En los establecimientos de la playa, los franquistas improvisaron una prisión de mujeres por donde pasaron más de 4.000 presas políticas desde 1937 hasta 1944. La prisión tenía fama de ser dura y de cometer malos tratos, donde murieron numerosas reclusas y niños debido a las difíciles condiciones de vida del lugar, el cual estaba regentado por monjas mercedarias. La prisión desapareció en 1944 pero un año antes tenía una población de más de 1.000 prisioneras (Hernández Holgado, 2003; Vinyes, 2002a). Gràcia no tiene recuerdos tan duros de los años en la prisión de Saturrarán como de los meses que estuvo en Borriana, es verdad que había una disciplina severa pero había que adaptarse. Las que no lo hacían y no seguían las normas de la cárcel eran castigadas siendo encerradas en calabozo, experiencia de la que era muy difícil olvidarse y reponerse. Durante los primeros años de la prisión las condiciones eran muy duras, pero después, con el inicio de la Segunda Guerra Mundial disminuyó la disciplina.

«Era un calabós que estava allí baix justet al costat del riu. No hi havia llum ni hi havia res. Tot humitat. I 24 hores que estigueres

allí dins eixies més blanca, com un cadàver. Quan nosaltros vam arribar a Saturrarán ja era en l'any 40 i [...] la severitat havia baixat un poc, no? [...] Estava ple, sobretot de la gent asturiana i d'estos puestos que havien caigut els primers mesos de la guerra. Elles havien passat pels calabossos estos i eren les que en parlaven, perquè encara hi havia algunes».

En ese lugar Gràcia se enteró de la muerte de su hermano Vicente, a quien asesinaron antes de que acabara la guerra, en junio de 1938: fue capturado en la defensa del frente de Teruel en enero de 1938 y llevado a Burgos donde lo mataron a garrote vil meses después de su detención. A menudo la dirección de la cárcel Saturrarán le hacían interrogatorios sobre su hermano y sobre las actividades que realizaba en el pueblo hasta que un día cansada les dijo que no le preguntasen más por él, ya que sabía que ellos lo habían matado. Su respuesta confirmó lo que la familia temía, su detención y ejecución.

En la prisión no había camas, la única que tenía una era la monja encargada de la sala, por lo que primero las mujeres de la familia Ventura durmieron en el suelo sobre el cual ponían una manta, después sobre un único colchón. Gràcia tenía una esterilla que le servía en la noche para dormir y en el día la enrollaba para sentarse.

«Allí no n'hi havia res. I nosaltros vam dormir, cinc persones, lo menos un mes, en terra pura. Teníem una manta en terra i una manta damunt per tapar-nos. Lo menos un mes, fins que ma tia, una germana de ma mare, nos va entrar un matalàs. Després nos ficàvem el matalàs així'ns a través, un matalàs d'estos de canonge que diuen, de cos i mig, el ficaven al través, ficaven una manta als peus, perquè els peus no mos tocaven en terra».

La experiencia de la prisión es lo peor que le ha pasado en su vida, no tanto por las duras condiciones de vida que tuvo que soportar, lugares inhóspitos, obligadas a dormir en el suelo y sin ninguna condición higiénica, sino por la represión dura y cruel que vivió, especialmente durante los primeros meses que estuvo en la prisión del Convento de la Merced en Borriana, poco tiempo después del final de la Guerra Civil cuando fusilaron a la mayoría de los hombres detenidos.

«Els primers mesos van ser molt roïns perquè veies que anaven entrant gent, que coneixies, a morir. Encara que no els tenies tracte,

els coneixies, pues francament això te revolvia. I pensaves 'A estos homes els mataran a tots'. [...] Ja sabies que quan te cridaven per alguna cosa era pa vore si te feien cantar o se te'n anava la llengua per alguna cosa i donaves alguna acusació».

Gràcia fue la última de su familia en salir de la prisión. Su cuñada Pura, lo hizo un mes antes. Al salir no se fue a Barxeta donde estaba parte de la familia, sino que prefirió instalarse en Valencia. Tenía libertad condicional y se tenía que presentar cada semana en la comisaría de policía. Se encontró con Assumpció, la hermana mayor, que trabajaba como empleada doméstica en una casa en Valencia. Ella realizó diversos trabajos hasta 1950 cuando decidieron irse a Barcelona. En esta ciudad se encontró con muchas amigas y compañeras de guerra y de prisión. También contactó con la familia del militante anarquista Josep Peirats, que provenía de la Vall d'Uixó, un pueblo cercano a Borriana, y fue a la casa de los padres donde vivió un tiempo. Sin conocer personalmente al hijo comenzaron a escribirse. Después de unos años de vivir en la ciudad condal, su hermana decidió irse a París en 1954 creyendo que allá podría tener más posibilidades de trabajo. Gràcia, que aún no tenía el pasaporte en regla, no la pudo acompañar, hasta finales de 1954, cuando partió también a Francia.

ANTÒNIA FONTANILLAS, «Me acuerdo que cuando pasamos delante del Instituto Libre, me saltaron las lágrimas, veía que se había perdido la revolución y que se había perdido todo».

Antònia se enteró que habían perdido la guerra en su trabajo. El día 24 de enero el redactor jefe de *Solidaridad Obrera*, Nieves Núñez les dio la noticia de la entrada inminente de las tropas franquistas y les dijo que los que querían marcharse que lo hicieran porque en la tarde salía un camión camino a la frontera. Alguna semana antes Antònia junto con su familia habían ido a ver a su hermano Apol·lo al frente, ya que este se encontraba movilizado con el ejército republicano en Navarles, cerca de Manresa. «L'efecte que em va fer era depriment, trist, tots els trens que passaven allà a l'estació, plens de ferits i tot allò i [...] em vaig emportar a primers de gener una impressió molt trista, molt decaiguda. [...] Però de totes maneres quan jo me n'assabento és el dimarts que el Nieves Nuñez ve allà al matí ens ho va dir: '¡esto está perdido! El que quiera marchar hasta

Gerona saldrá un camión esta tarde'. [...] I lo primer que vaig fer és anar-me'n a casa. Arribo a casa i dic: 'nos vamos, nos vamos, esto está perdido, nos vamos'. I el meu pare, que estava molt acabat físicament, diu: 'yo no me voy, yo me quedo'. I allavorens pues ens vam quedar tots».

La familia Fontanillas junto con la tía Salud que vivía en aquel momento con ellos, decidieron quedarse en Barcelona y afrontar los riesgos que suponían la entrada de las tropas franquistas. La cuestión de optar por el exilio la resolvió el padre, Josep Fontanillas, que tenía más de sesenta años y se encontraba enfermo. Únicamente su hermano decidió irse hacia Francia. «No hagués deixat al meu pare ni a la meva mare en aquelles condicions —explica Antònia—, i a un germà petit. Perquè el gran, sí, va marxar i no ha volgut tornar mai més a Espanya». La familia no padeció directamente la represión franquista pero tuvo que afrontar el miedo a las denuncias y por tanto las represalias de los vencedores, así como, la tristeza y el desencanto de haber perdido la guerra y la revolución. Los primeros días de la llegada del ejército franquista a Barcelona fueron muy duros y difíciles.

«Jo crec que no vaig dormir en tota la nit, perquè la visió que tenies del franquisme i de tot els horrors que havies viscut i que t'havien explicat, t'imaginaves que havien de passar casa per casa. L'únic que vam fer, dintre del desconcert, [...] és agafar [...] sacs, i vam posar tots els llibres que hi havia a casa i els vam pujar a les golfes i allí van estar [...] fins que ens vam atrevir a baixar-los, eh? Perquè no teníem cor, ni temps ni possibilitats de cremar tot allò, i no ho haguéssim fet perquè ens hagués partit també l'ànima. [...] Va ser lo que van fer, però es va quedar aquell horror, tots aquells primers dies pensant que podien passar casa per casa... Vam tenir la fortuna de que ningú ens va denunciar».

La familia también tuvo que superar muchas dificultades económicas y de organización por la situación catastrófica en la que se encontraba el país después de la guerra, el dinero de la República, no valía y comenzaron los racionamientos de alimentos que duraron hasta 1952 (Muniesa, 1996; Vega, 2008).

«L'únic que vam tenir va ser un duro [de plata] que la meva tia [Salud], que sempre havia viscut moltes coses i moltes èpoques, l'havia guardat. I li va donar a la mama, i amb això vam anar a buscar

el pa. [...] De moment no teníem absolutament res. [...] Vam canviar inclús amb unes prostitutes, no sé si li vam donar unes espardenyas i ella ens va donar lleties. L'únic que va arrebregar el Martí, que va sortir amb un amic seu, el cul [...] d'oli que vam tenir d'una garrafa. [...] I me'n recordo que el tercer dia que vam sortir amb la mama per anar a Sants a peu perquè no teníem per pagar el tramvia, lo que vaig sofrir de veure aquella Barcelona amb els tramvies, aquella algaravia [...] perquè amb l'alliberació no hi haurà guerra, i tal i qual. I me'n recordo que quan vam passar davant de l'Institut Lliure, em van saltar les llàgrimes, no? En comptes de veure aquella alegria carnavalesca i aquella gent que no tenia més que estómac i que estava contenta perquè ja no hi hauria més guerra, veia que s'havia perdut la revolució i que s'havia perdut tot».

El local del periódico anarcosindicalista *Solidaridad Obrera*, donde trabajaba Antònia durante la guerra, fue ocupado por la Falange en febrero de 1939 y transformado en la sede del diario *Solidaridad Nacional. Diario de la FET y de las JONS*. Los falangistas iniciaron su publicación con parte del personal técnico anterior. Antònia, sin trabajo, comenzó a hacer alguna sustitución en la imprenta, pasando a ser fija en la administración del diario *La Prensa*, también portavoz de la Falange y que se hacía en el mismo local de *Solidaridad Nacional*. Su hermano menor, Martí, también pudo entrar a trabajar de mensajero llevando todo tipo de encargos. Con estos trabajos pudieron ayudar económicamente a la familia.

El peor recuerdo de los primeros años del Franquismo fue la muerte de su madre en trágicas circunstancias: «L'any 40 pues va ser molt trist perquè vam perdre la meva mare d'accident. Va sortir una nit diguéssim a esperar al meu germà quan sortia del treball i allí, en la cantonada del carrer Gran Vía-Villarreal, com que era sordeta la pobre, es veu que va travessar i venia el tramvia, però [...] lo que no va veure era un cotxe que venia pel costat del tramvia, allavorens va voler retrocedir i és quan la va agafar el tramvia».

La lucha clandestina del movimiento libertario al interior del Estado español se organizó de manera inmediata. Pasados los primeros meses del final de la guerra, se creó el primer Comité Nacional de la CNT (Heine, 1983; Herrerín, 2004; Romanos, 2007).

En 1942 en Cataluña se reconstruyó el CR de la organización confederal y en febrero de 1944 la FL de los sindicatos de Barcelona.

Antònia continuó en contacto con los militantes del Sindicato de Artes Gráficas, al que había pertenecido durante los años treinta. Se los encontraba en el trabajo o en casa cuando algunos de ellos pasaban para intercambiar informaciones. Pese a que la mayoría de sus conocidos se habían exiliado, sabía que muchos de los militantes frecuentaba un bar pero ella no participó de estos encuentros. «Molts [militants] continuaven veient-se en aquell cafè que està a la Ronda de Sant Pau, *Los Pajaritos*, a lo millor encara existeix, eh? Els companys d'Arts gràfiques es reunien allí, eh? I doncs jo això no ho vaig fer-ho, però vaig tenir sempre més o menys relació amb els que venien a casa».

La época dorada de la prensa anarquista clandestina fue entre los años 1944 a 1946 coincidiendo con el final de la Segunda Guerra Mundial. Había un sentimiento ambivalente, es decir, una cierta incertidumbre por parte de los gobernantes de lo que podía pasar y un entusiasmo por parte de la oposición que confiaba en un cambio. Los militantes libertarios catalanes decidieron volver a publicar su periódico *Solidaridad Obrera* a comienzos de 1944 (Madrid, 1993). A finales de este año Josep Nieto, militante de las JJLL del Sindicato de Artes Gráficas, pidió a la familia Fontanillas si podía prestarles una habitación de su casa para imprimir el periódico a cambio de una compensación económica. En esos momentos, ninguno de los miembros de la familia militaba y por este motivo estuvieron de acuerdo. En enero de 1945 salió el primer número realizado. La experiencia duró hasta la publicación número 13, de noviembre de 1945, cuando la policía descubrió el periódico clandestino y confiscó las cajas de composición. Detuvieron a diversos militantes que se encargaban de este trabajo, entre ellos J. Domènech, Josep Lamesa y Josep Nieto, otros como Artur Benedicto y su director Mariano Casasús pudieron escapar, también Antònia y su hermano menor Martí fueron detenidos y poco después puestos en libertad sin más consecuencias.

«Va caure just el 7 de novembre de 1945. És quan ve l'Arturo Benedicto a casa, que era un dels que venia a compondre la Soli i que ens diu: 'Ha caigut en Domènech, l'estan estomacant de mala manera i segurament que acabaran per venir aquí'. Aleshores va arreglar les caixes per venir-les a buscar més tard amb uns altres companys. Se'n va anar i jo vaig anar a avisar al Nieto perquè no vingués a casa.

[...] I allavorens [...] quan vaig arribar a casa hi havia dos agents de la secreta i hi havia Lamesa que era un company bastant corpulent i tal i el meu pare allí en un raconet [...] Vaig dir que venia de casa de la meva cosina, que feia costura i tot allò [...] Bueno, total que en Lamesa i en a mi se'ns enduen a Jefatura i quan arribem allí —sense maniatar ni res, eh? parlant tranquilament— em diu aquell—, [...] 'usted' diu, 'la deixarem a les nou del vespre'».

Ella pudo volver a casa tal y como le dijeron que lo haría a las nueve de la noche en la camioneta de la policía, que volvió para llevarse la cajas de la composición de la prensa clandestina. Registraron toda la casa y vieron los libros que había en la biblioteca ya que uno de los policías quería llevarse los libros. «L'altre [...] diu: 'No, hay orden de jefatura de dejarla'. I a mi em va estranyar tant!, que encara s'anaven escala avall i els hi vaig dir: 'Escuchen, perdonen ¿es que no van a volver? —dic— porque si no, no me doy el trabajo de recojer los libros, ¿eh?'. I va quedar així la cosa, eh? I no van tornar».

Antònia continuó con su compromiso de lucha clandestina antifranquista junto a los jóvenes de las JJLL a partir del año 1946, mientras trabajaba en la imprenta donde se imprimían los periódicos falangistas. Como otros militantes anarquistas, consiguió mantener una doble vida: por la mañana trabajaba para ganarse la vida y después del trabajo, por la tarde y en la noche organizaba la oposición contra el régimen.

ISABEL GONZÁLEZ, «Lo peor de la guerra fue después, no la guerra. [...] La entrada de los nacionales fue un hundimiento total».

Isabel González no podía concebir la derrota de la guerra y vivió los primeros años de la postguerra en Barcelona con gran desesperación y miedo, como otras personas que tuvieron alguna actuación en el bando republicano. Ella no se había destacado por su militancia en MMLL pero sí que había sido una colaboradora de esta organización, además, había trabajado como enfermera en los hospitales del pueblo y se enteró de que muchos de sus compañeros y jefes habían sido fusilados por haber ayudado a los heridos y al pueblo. Estas dos causas eran más que suficientes para ser detenida y apresada, razón por la cual, intentó rehacer su vida sin hablar más de su pasado y escondiendo a sus familiares y amigos su anterior colaboración. Fueron años duros, de desencanto y de miedo, de

supervivencia y de hambre; tal y como ella reconoce: «Lo pitjor de la guerra va ser després, no la guerra. Per mi l'entrada dels nacionals va ser... ¿com li diré jo? Sap una persona que s'ensorra? Que no troba fondo? Això va ser per mi a l'acabar la guerra. Jo amb la guerra no, perquè amb la guerra teníem l'esperança i les notícies que ens donaven eren tan ideals, eren tan creïbles. Ni tan sols se'm va ocórrer mai escoltar l'altra banda com hi havia gent que escoltaven, no, no. Clar, ens va agafar sense ni cinc cèntims a casa meva, eh? L'entrada dels nacionals va ser l'ensorrament total».

El aislamiento a causa del exilio interior que provocaba el miedo de ser denunciada también fue una situación difícil de soportar. «Amb el que passar després no vaig tenir tampoc contacte amb ningú. No em vaig tampoc preocupar de ningú perquè en aquells moments conèixer la gent era molt perillós. I més, amb l'antecedent meu perquè els altres no sé si els van buscar mai».

En el barrio, la policía preguntaba por ella, los de la tienda de víveres dieron buenas referencias de toda la familia y de ella también. Se conocían de hacía muchos años y eran amigos. La policía no volvió más pero sus padres vivieron la situación con mucho miedo por lo que podía pasar. Ella no daba muchas explicaciones de lo que pensaba y de cómo se sentía, ya que no quería que sus padres sufrieran más.

«I van passar un trauma. Jo el vaig passar, però ells el van passar també, eh? Perquè ells [els pares] no dormien ni vivien [...] No ho va saber ningú [el meu passat], només aquestes persones que eren les que em van ajudar, les que tenien la botiga de comestibles, que hi va haver sempre molt bona amistat, tota la vida. Perquè ells em van respectar, però es passa molta por, eh?».

Cuando su padre cayó enfermo de tífus y había que ponerle las inyecciones de penicilina, al no haber ninguna enfermera en el barrio, ella retomó su profesión y paralelamente, y gracias a los amigos de la tienda de alimentación, comenzó a tener más encargos. Trabajando inclusive en las noches logró recibir un buen sueldo. Finalmente, el doctor del barrio, el doctor Recasens le pidió ayuda y le dio un trabajo regular, el que continuó haciendo hasta el 1946 cuando se casó con 26 años.

«El doctor Recasens va venir a casa meva i m'ho va preguntar. [...] Em va dir: 'vostè és infermera? Sí. Té el títol? Sí, el tinc. Bueno,

jo no puc ensenyar-li a vostè perquè com que el vaig entregar, a mi els de la guerra no me l'han tornat. O sigui que ha de creure la meva paraula. 'No, la seva paraula és sagrada per mi. Vostè vol treballar per mi?' Hombre, jo encantada de la vida».

PURA LÓPEZ, «Cuando se enteraron de lo que había pasado a mi familia también me echaron [del trabajo]».

Pura López, al salir de la prisión del Convento de San Gregorio donde estuvo siete meses desde su detención en julio de 1936, se quedó a vivir a Granada. La familia López Mingorance, formada en aquel momento por Dolores, la madre, las dos hermanas Isabel y Pura y el hermano menor, Manuel de 13 años, decidió no regresar a su casa en Lanjarón ya que se enteraron que había sido destruida por las tropas del ejército, por lo que se instalaron en Granada donde les sería más fácil reconstruir su vida. El padre y tres hermanos habían sido fusilados, y de José María, *Germinal*, el cuarto hermano, no supieron nada hasta que la guerra acabó. El caso de esta familia es un claro ejemplo de una persecución sistemática y de eliminación de todos los hombres adultos, algunos sin ninguno compromiso político. Asegurar la supervivencia durante estos años de guerra y primera postguerra fue una situación muy dura para la familia. Pura con 17 años, había contraído tuberculosis en la prisión y su salud era muy delicada, por este motivo sumado a las razones políticas, perdió diversos trabajos que encontró, como el cuidado de niños o limpieza de casas de familias ricas, porque sus jefes cuando se enteraban de que había estado presa y de lo que le había sucedido a su familia, la despedían.

«La mujer [de Dámaso Revéllez, agente de una fábrica de azúcar de Motril] tenía dos niñas. Me coloqué allí y ¡bueno! ¡Lo que me hizo pasar aquella mujer! Y un día me puse mala. Se ve que me dio fiebre [...] Y llamaron al médico pa' que me mirara. Yo lo comprendo que tenía dos niñas y el médico dijo que yo no podía estar allí, que tenía lo del pulmón. Y sin dar explicaciones ni nada me cogieron los dos trapos que tenía y me los pusieron en la puerta de la calle. Sin nada ¿eh? [...] Me echó a la calle sin miramiento ninguno».

Esta fue una dura experiencia en el mundo laboral, ya que antes de la guerra Pura aún iba a la escuela. Después realizó otras actividades laborales también poco exitosas.

«Ya me coloqué a trabajar. En otra casa sí. Luego de allí, cuando se enteraron lo que había pasado a mi familia también me echaron. Y me coloqué en una fábrica donde hacían muñecos. Y de allí también, estuve un tiempo y también me echaron. De un sitio a otro, cuando se iban enterando de lo que pasaba, yo no sé si era por miedo... Porque es que allí en Granada lo que hicieron fue un destrozo, la gente que mataron, ¿eh? En Andalucía es que fue fatal».

En Andalucía fue el general Queipo de Llano, el que dirigió la represión desde el cuartel mayor situado en Sevilla durante los años que duró la guerra. La represión fue brutal dejando claro desde el principio cuáles eran sus intenciones «España no podrá reconstruirse mientras no se barra a escobazos a toda la canalla política» (Juliá, 1999: 86). Pasaban a formar parte de esta categoría todos los defensores de la República, gobernadores civiles y campesinos de todas las adscripciones políticas, y su intención era poder anular todas las reivindicaciones sociales, como la reforma agraria, que se habían llevado a cabo durante la República y poder, también, hacer desaparecer a los que lideraron estas causas. La represión militar en Andalucía se caracterizó por ser una política de terror implementada para eliminar toda resistencia y favorecer la instauración del nuevo orden franquista (Cenarro, 1998: 5-22). Entre las víctimas, la más conocida fue el poeta Federico García Lorca, pero no fue el único. En Granada, los tribunales militares anunciaron 2.700 condenas de muerte de las que concretaron 2.102. Es necesario añadir a estos datos, que 3.000 personas fueron asesinadas fuera de la ciudad (Fuente Grande, Los Pozos, el barrano de Víznar, etc.) y muchas otras durante la ocupación de los pueblos vecinos. Únicamente recordar los 600 muertos en Motril, que tenía 20.500 habitantes; 400 de Órgiva; 400 de Loja, que tenía 24.000 habitantes y 480 de Lanjarón, el pueblo de la familia López Mingorance, cuya población no superaba los 5.000 habitantes (Gibson, 1978: 141).

Entre los represaliados no únicamente había hombres, también mujeres, muchas de las cuales fueron ejecutadas conjuntamente con sus familiares, otras apresadas y otras padecieron humillaciones y vejaciones por el hecho de pertenecer a una familia «roja» o considerada de izquierdas (Vinyes, 2002a; Hernández, 2003; Cuevas, 2005). La familia de Pura López Mingorance fue una de las tantas

que se rompieron con el fusilamiento y la muerte de la mayoría de sus hombres y llevadas a la quiebra económica.

Pura López no encontró ningún apoyo ni fue tratada con deferencia por parte de las diferentes familias burguesas con las que trabajó, pero sí que encontró solidaridad entre los comerciantes y dependientes de las tiendas de alimentación a las que acostumbraba a frecuentar. Fue así como durante los primeros años del Franquismo pudieron sobrevivir, pese a que pasaron mucha hambre.

«No había nada de comer. Mi madre cocía moniatos, ponía una olla de moniatos y suerte que mi madre, [...] siempre le daban... si había patatas le daban más patatas, a más de su racionamiento. Y si había aceite, que te daban un cuarto de litro de aceite por persona. ¡Fíjate lo que es un cuarto de litro de aceite! Y siempre le ayudaban, siempre. Y había una pescadería —entonces ya estaba mi hermano en la cárcel—, decían ‘Pescado de Lanjarón’, que ya ves en Lanjarón no hay pescado, pero siempre pregonaba el hombre ese, y cuando bajaba mi madre decía ‘Abuela’. Y siempre el mejor pescado que había se lo daba a mi madre: ‘Pa’ sus hijos’. Tuvo suerte, en ese sentido. Si. Lo que no querían era [...] que se supiera que le ayudaba ¿eh?».

Las preocupaciones de la familia no finalizaron con las penurias económicas. En 1940, Pura tuvo un hijo, Miguel, que no fue reconocido por su padre. El niño era una boca más que alimentar. También tuvieron noticias de dos sobrinos Dalia y Antón, hijos de Miguel su hermano mayor fusilado; sus sobrinos habían ido a parar a manos de las monjas, cuando todos los miembros de la familia, padres, hijas, hijos y cuñadas habían sido detenidos. La madre de los pequeños no pudo soportar la dura situación y perdió el juicio, siendo internada en un centro específico para enfermos mentales. La abuela pudo recuperar en 1943 al pequeño Antón de 11 años que estaba en un hospicio. No fue fácil localizarlo, ya que muchas veces les cambiaban el nombre. En las listas de los centros donde habían sido internados los hijos de las presas, los padres perdían la tutela. En 1944 había oficialmente más de 10.000 infantes repartidos en diversas instituciones por todo el Estado español (Vinyes, 2002b: 265). Lo más probable es que Antón López fuese localizado en el asilo de San Rafael, uno de los centros masculinos más grandes de Granada, donde había unos

38 niños en las mismas condiciones que él (Ibíd.: 263). Cuando fue localizado, la familia lo pudo ir a visitar los domingos, y como iba descalzo, la abuela le regaló unas sandalias, pero al domingo siguiente ya no las llevaba.

«Mi madre le compró unas sandalias con todas las penas porque estaba descalzo, y cuando fuimos al otro domingo se las habían dado a otro niño, porque [las monjas] decían que los hijos de los comunistas no tenían derecho a nada. Y le llevábamos de comer lo que podía mi madre, a lo mejor un par de pastas, y el chiquillo escondió una debajo del colchón de donde estuviera, porque escondía allí las pastas, lo sacaron [al patio] y le dieron una paliza».

Cuando pudieron recuperar al niño tuvieron que curarlo y limpiarlo a fondo, había pasado siete años viviendo con los niños de otros padres represaliados políticos y en durísimas condiciones de vida: «Teníamos que llevar un cartón y levantarle las costras que tenía en la cabeza, que todo eran por debajo piojos, ¿eh? Miseria sobre miseria. Hambre, vamos. Cuando el niño salió, a la semana de estar en la calle con poco que teníamos nosotros ya se le notaba. Fue horroroso».

A la niña no la pudieron recuperar inmediatamente, estaba interna en un convento de monjas y no dejaban que nadie la visitase. En Granada habían diferentes conventos de monjas que se quedaron con los hijos de las presas: el Sagrado Corazón que en 1944 tenía 5 niñas en estas condiciones; la Purísima Concepción que tenía 8; las Hermanas Trinitarias con 7; Santo Domingo con 2; Adoratrices con 11 niñas repartidas en dos conventos y la Presentación de Nuestra Señora con 1. En total 34 niñas (Ibíd.: 260-265). Como en otros casos, Dalia López fue educada para odiar a la familia de asesinos de la cual provenía. Ella misma fue monja y llegó a ser Madre Superiora del convento en el que había estado. Únicamente la dejaron tener contacto con su familia cuando le hizo falta dinero para poder estudiar, a sus 18 años.

«Le hicieron creer que su familia eran criminales y tenía 4 añitos. ¡Pos qué podía pensar la niña! Hasta que ya fue mayor y se fue dando cuenta. Pero de momento ni nos quería ver ni nada. Lo que las monjas le decían, ‘que éramos asesinos, que éramos criminales, que habíamos matado a monjas’, que bueno, todo lo que le quisieron decir. A ella ¡madre mía!, porque era hija de comunista. Allí

no había otras ideas más que comunistas todos. La pusieron una noche —eso me lo contó a mí una que había estado en el convento que quería ser monja y se salió— en una columna lloviendo ¿eh? Y que le pegaban. [...] Las monjas [decían después] que la perdone, de que le hiciera echar sangre hasta por los ojos, pero es que Dios lo mandaba así, que tenía que ser así, que ella era pa Dios, que no era pa’ el mundo».

Otra noticia que conmocionó a la familia, fue que al acabar la guerra, tuvieron noticias de Germinal, su hermano, que había sido detenido y que había sido secretario de las JJLL de Andalucía durante los años treinta. Él había conseguido pasar la zona republicana en 1936 para poder combatir en Almería y fue durante la resistencia en esa ciudad cuando perdió su pie al ser herido, situación que no le permitió huir como los otros soldados. Estuvo escondido en esa ciudad hasta que fue descubierto y encarcelado en Alicante y después trasladado a Granada en 1941. Ahí lo pudieron visitar Pura y el resto de la familia. Germinal fue juzgado y condenado a muerte, acusado de asesinatos que no había cometido. La familia hizo lo imposible para pedir la revisión de la sentencia y para ello necesitaban localizar declaraciones favorables de personas influyentes para que pudieran indultar las penas y, poder así, impedir la ejecución. Pura y los otros miembros de la familia trataron, inútilmente, de salvarle la vida. No lo consiguieron ya que fue fusilado en enero de 1945 en el cementerio de Granada.

«Yo fui al pueblo [de Lanjarón] porque es verdad que él no había sido pues, toda la gente me firmó ¿eh? Pa’ pedir el indulto. Pues no valió nada. Porque estuvo siete meses con pena de muerte ¿eh? Tres días sabiéndolo nosotros, y siete meses sabiéndolo él. Pues claro, se agarró a todo lo que había que agarrarse, pero no valió de nada. Lo sacaron de la cárcel a las 8 de la mañana y lo mataron a las 12 del mediodía».

Él se pudo despedir de la madre y de la familia con una carta escrita la noche del 25 de enero de 1945, a pocas horas de ser fusilado, en la que demostraba tener una gran fuerza y un ánimo esperanzado: «A todos / Amor hecho frases envío con las fotos, / por las penas vuestras mi corazón se ha roto; / siguen fuerte el alma y las ideas / porque vendrá un día, / que las desdichas vuestras sean alegría. / Honradez y lucha fue norte en mi vida, / cariño y libertad movió

mis acciones,/ que los componentes de nuestra familia / sigan mis ejemplos y mis instrucciones». ¹⁸

Después de la muerte de Germinal, el cuarto hermano fusilado por los franquistas, la madre temía por la suerte de Pura, ya que se dio cuenta de que estaba desesperada y que no podía reprimir su rebelión. La situación era muy tensa en Granada y la familia creyó que era mejor que se marchasen a Barcelona, donde había ido la familia de un militante anarquista amigo de Germinal, Manuel Fernández. La madre compartió celda durante meses en la prisión de Granada con las hermanas López. En Barcelona, Pura se puso en contacto con ella e inició su militancia en las JJLL incorporándose a la lucha clandestina libertaria contra Franco.



Antònia Fontanillas Borràs, Narbona, 1977.

18. Archivo personal de Pura López. Agradezco a su sobrina, Dolores Ortega López, las facilidades dadas para su consulta.



Aurora Molina Iturbe con su hijo Floreal, París, 1959.



Concha Guillén Bertolín (3ª izquierda) con Pepita Carpena Amat, Concha Liaño Gil y Sara Berenguer Laosa. Montady, 1996.



Conxa Pérez Collado. Mercado de Sant Antoni, Barcelona, años 1970.



Concha Liaño Gil, Caracas, 1963



Gràcia Ventura Fortea (derecha) con Sara Berenguer Laosa y Suceso Portales Casamares. Montady, 1975.



Isabel González Sugranyes, Barcelona, 2008.



Sara Berenguer Laosa, Montady, 1998.



Pura López Mingorance, Barcelona, años 1950.



Julia Hermosilla Sagredo y Ángel Aransáez Caicedo (detrás). Congreso CNT de Limoges (Francia), 1961.



Joaquina Dorado Pita (4ª izquierda de pie), Prisión de las Corts, Barcelona, 1948.

V. EXILIO Y CLANDESTINIDAD (1945-1975)

Los relatos de las organizaciones femeninas creadas en los años treinta acaban normalmente al final de la Guerra Civil. Todos sus logros parecen desaparecer con la victoria franquista, pero nos ha parecido interesante seguir la posterior trayectoria de las militantes y de sus organizaciones, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, para tener una visión más rica y más completa.

Desarraigadas de España

El final de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de la derrota de las potencias fascistas, no supuso el cambio sustancial en la situación política española que muchos exiliados republicanos esperaban. Franco continuó con el poder en el Estado español y los refugiados en el extranjero vieron que su retorno no era posible y que el exilio se alargaba. Algunos aprovecharon la apertura de las fronteras de Francia para marcharse a América, otros decidieron quedarse y continuar desde el país vecino la lucha contra Franco o simplemente organizar su vida. Tal y como ya lo hemos señalado, también entre nuestras protagonistas encontramos estas diversas alternativas.

Mientras que el período anterior había estado marcado por la supervivencia, la lucha por superar las difíciles condiciones de vida que habían encontrado en el territorio francés, a partir de 1945 los exiliados mejoraron su situación. Adquirieron el grado de refugiados políticos y después de su colaboración en la guerra con el ejército francés o desde la resistencia maquis pasaron a ser tratados con de-

ferencia y respeto. Estaban muy bien considerados como mano de obra y muchas zonas conocieron la prosperidad gracias a su trabajo. Muchos exiliados se plantearon estabilizar su situación personal, con un trabajo remunerado y una casa propia. Otros, en cambio, continuaron considerando el exilio como una situación pasajera, que acabaría pronto y por tanto su situación era provisional, tanto en el trabajo como en la vida cotidiana. Esta última visión la tenían muchos militantes libertarios comprometidos con la lucha contra Franco, objetivo que pasaba a ser la prioridad en sus vidas.

La reorganización del MLE se había llevado a cabo durante los años de la Guerra Mundial en la clandestinidad. Uno de los militantes que más esfuerzos había hecho en este sentido fue Juan M. Molina, Juanel, secretario de la CNT en aquellos difíciles momentos. En mayo de 1945, se reunieron en París legalmente por primera vez, y asistieron al Congreso del MLE 450 federaciones locales en el exilio de Francia, que sumaban unos 30.000 afiliados. Juanel no aceptó ser reelegido en el cargo, y fue sustituido por Germinal Esgleas. Despuntaron dos posiciones, la ortodoxa o purista, que representaba Esgleas, y la posibilista, encabezada por Juanel. La CNT del interior continuaba colaborando con la fuerzas democráticas para acabar con el Franquismo, posición que también defendían los posibilistas, mientras que los ortodoxos querían imponer en el interior sus puntos de vista de no colaboración (Herrerín, 2004: 59-80; Romanos, 2007). Las dos facciones se enfrentaron y meses más tarde se produjo una primera escisión que duró quince años hasta la reunificación del Congreso de Limoges, en 1960. En Francia, 22.000 afiliados dieron su apoyo a los puristas, mientras que los posibilistas contaron con 4.500 adhesiones y 3.500 se dieron de baja de la organización (Herrerín, 2004: 80).

Las disensiones no abandonaron a la organización libertaria pese a la unificación de 1960. En 1965 se produjo una nueva escisión en el Congreso de Montpellier, siendo esta ruptura la más importante del exilio. El motivo principal fue la creación del organismo de lucha Defensa Interior en 1962, impulsado por las JJLL, con el objetivo de realizar la lucha armada contra la dictadura. Los ortodoxos, que habían defendido la táctica insurreccionalista en los años cincuenta, la habían abandonado y boicotearon las acciones del nuevo organismo. En el Congreso de Montpellier desapareció la Defensa Interior tras poco tiempo de actuación y con esta decisión, defendida por la

rama ortodoxa de G. Esgleas, se inició una serie de expulsiones entre sus partidarios, que debilitaron y fraccionaron, quizá para siempre, al movimiento libertario español en el exilio (Ibíd.: 238-260).

Mujeres Libres en el exilio

Ante la reorganización del MLE en el exilio a partir de 1945, ya fuera de la CNT como de las JJLL, es interesante preguntarse qué hizo la organización Mujeres Libres, que durante la guerra y la revolución había tenido una importante presencia y había conseguido un espacio propio en el movimiento libertario. Muchas de sus dirigentes más destacadas estaban exiliadas en Francia, desde Lucía Sánchez Saornil, pasando por Amparo Poch Gastón y Mercedes Comaposada, así como muchas jóvenes militantes que se habían afiliado a la organización durante la guerra. Seguimos el testimonio escrito de Sara Berenguer, secretaria del CR de la organización MMLL de Cataluña durante la guerra, quien esclarece la situación de las militantes y de la organización de MMLL tras la pérdida de la guerra:

«En España, muchas de nuestras compañeras acabaron encarceladas, fusiladas, burladas, despreciadas. A las expatriadas o exiliadas, otros zarzales nos obstruyeron el camino, hallando ante nosotras el abismo de lo desconocido. Tras el éxodo, [...] todos los proyectos para un futuro desaparecieron, quedaron en un pozo sin fondo. Sobrevivir para atar lazos solidarios era, en tan tremenda situación, lo más urgente. La organización Mujeres Libres quedó desparramada después de la guerra. Sus ideales, sus finalidades, quedaron esparcidos entre grandes distancias y lejanos continentes. Esta situación fue un tremendo hachazo que cercenó la guía del pensamiento que debía permitir a las jóvenes que habían acudido a nuestra organización la realización de sus aspiraciones de formación y emancipación. Luego, el vendaval desencadenado por la bestia fascista, con la declaración de la guerra en Francia, dejó desamparado el deseo de luchar y de ser [...]. Algunas compañeras se vieron acosadas, cortándose de cuajo todas sus aspiraciones de lucha por la libertad. Ahora la lucha tomaba una forma distinta: tratar de conservar la vida. ¿Dónde estábamos todas nosotras? Apenas sí se conseguía poner en contacto a las familias dispersas, entre campos de concentración, refugios y otros lugares desconocidos. Las que llevábamos el fermento de la lucha nos integramos en el Movimiento Libertario Español, cuando los

hombres, en libertad controlada, lo habían organizado clandestinamente. Pocas éramos, y es que en las circunstancias en las que se vivía no era como para podernos dedicar a un ideal específicamente femenino. [...] La Segunda Guerra Mundial, el hambre, las restricciones propias que el país atravesaba y la imposibilidad de poder trabajar libremente, frenó el ímpetu de una organización en Pleno desarrollo» (VV AA, 1999: 155-156).

Dadas las condiciones adversas, tal y como explica este testimonio, las militantes de MMLL se disgregaron y ninguna de sus más destacadas personalidades, que tuvieron un papel relevante durante la guerra, lideraron las reivindicaciones femeninas ni un espacio propio organizativo en el contexto de la reconstrucción del MLE. Lucía Sánchez Saornil volvió a España clandestinamente y vivió en un exilio interior, manteniéndose alejada de la militancia. Mercedes Comaposada «se replegó en sí misma» —en palabras de Sara Berenguer—, buscando sobrevivir a tanta adversidad acercándose a los ambientes artísticos de París; y Amparo Poch vivió y trabajó como médico en Tolosa, militando siempre en el MLE y en SIA hasta el final de sus días y visitando de forma altruista, como profesional, a todos los militantes, hombres y mujeres, que estaban enfermos, entre otros muchos a Josep Peirats.

No fue hasta finales de septiembre de 1962, que un grupo de mujeres que militaban en el movimiento libertario de París comenzaron a reunirse y a formar el primer grupo de MMLL, que quedó formalmente constituido un año más tarde. La mayoría no había militado en la organización femenina de antes de la guerra. Entre ellas Elena Tamarit, secretaria, Pepita Carnicer, Luz Continente, María Juan y María Portales. Paralelamente, en diciembre de 1963, se creó en Londres la Federación de MMLL de España, la secretaria de la comisión era Suceso Portales, destacada militante desde los años treinta y la tesorera A. Vargas.¹ El grupo de exilidas en Francia desplegó una gran actividad

1. Suceso Portales Casamar (Zahínos (Badajoz), 1904-Sevilla, 1999). Militante cenetista en los años treinta en Madrid y miembro del CN de MMLL en Valencia en 1938. Hizo diversas campañas de propaganda de la organización femenina por Castilla, después pasó a Barcelona, donde organizó la Granja escuela de Sant Gervasi. Presente en el Pleno de MMLL de Barcelona en octubre de 1938. Se exilió a Londres en 1939 (Iñiguez, 2001: 489).

sobre todo en temas culturales: se reunían una vez al mes en el local parisino de la calle Saint-Denis n.º 79.² En 1964 los dos grupos hicieron varios manifiestos presentándose públicamente «A todas las mujeres», en los que se les invitaba a incorporarse a la lucha social para la conquista de una nueva sociedad (Aguado, 2001: 50-51).

Fue entonces cuando Suceso Portales, que residía en Londres, se puso en contacto con el grupo francés y les propuso editar un boletín en la capital inglesa para difundir sus ideas y agrupar a todas las militantes dispersas que estuvieran interesadas. La redacción en manos de estas militantes y salió con el título *Mujeres Libres. Portavoz de la Federación de Mujeres Libres de España en el exilio* en noviembre de 1964. La publicación, trilingüe (castellano, francés e inglés) y modesta, tuvo una amplia difusión internacional por Europa y América Latina, y tuvo una distribución de 250 ejemplares. A diferencia de la revista precedente se aceptaban colaboraciones masculinas. Entre las colaboradoras femeninas citaremos algunas de las antiguas, como Lola Iturbe, Pura Pérez, Amparo Poch, Suceso Portales, quien escribió prácticamente todos los editoriales, Sara Berenguer, Pepita Carnicer, Etta Federn y Carmen Conde; y otras nuevas como Mary Stevenson, Hortensia Martí, Gràcia Ventura y Linda Carnicer. La revista salió periódicamente hasta el número 47, que correspondió al trimestre octubre-diciembre de 1976. Fue entonces cuando la redacción decidió dejarla de publicar en el exilio dado el cambio motivado por la muerte de Franco y por la existencia de un grupo de mujeres del barrio de la Verneda de Barcelona, que asumieron la continuidad, publicándola a partir de mayo de 1977 (VV AA, 1999: 159-162; Aguado, 2001: 47-60).

Estas iniciativas que comenzaron los primeros años de la década de los sesenta eran finalmente una respuesta de género que las mujeres libertarias daban a la situación de desarraigo que comportó el exilio y que desarrollaron como una alternativa propia dentro de una intensa actividad política y cultural que venía realizando el MLE en el exilio desde diversos ámbitos (propagandístico, cultural, formativo y educativo). Como sucedió durante la República y en la guerra, no todas las mujeres comprometidas se sumaron a esta iniciativa de

2. El local era también la sede de la FL de París de la CNT de España en el exilio.

género, sino que encontramos muchas militantes que se unieron exclusivamente a las organizaciones libertarias, CNT y JJLL. Pese a todo, es importante destacar que también durante los años sesenta se creó un espacio libertario femenino propio por parte de todas aquellas militantes que estuvieron preocupadas por la situación social de la mujer y que quisieron luchar por su emancipación. El objetivo era mostrar «la necesidad cada vez más apremiante de que cada mujer se transforme, ya desde ahora, en un ser definido y definidor. [...] La mujer ha sido condenada a vivir fuera del tiempo, en el retraso del tiempo; pues bien, hay que recuperar el tiempo [...]. Hoy, en 1964, [...] después de veinticinco [años] de la imposición al pueblo español de la dictadura negra y cruel del Franquismo, la situación social de la mujer española es más desesperada y deprimente que nunca».³

De nuestras protagonistas hubo tres que asumieron estos discursos, estando de una u otra manera vinculadas a la revista, como veremos a continuación, aunque con compromisos distintos: Sara Berenguer, que se vincula a la redacción de la revista desde el n.º 9, agosto-octubre de 1966 y que posteriormente coincidiendo con el traslado de Suceso Portales a Montady (Francia), la revista se hizo en la propia casa de Sara Berenguer (desde el n.º 30, marzo-abril de 1972 hasta el n.º 47, 1976). En aquel momento se incorporó a la redacción Gràcia Ventura, que también vivía en esa localidad, asumiendo la labor de redactora y de tesorera y, por último, Concha Guillén dio su apoyo aunque no pudo comprometerse demasiado. También, aunque en la lejanía de su exilio americano, Concha Liaño estaba de acuerdo con estos discursos específicamente dirigidos a la mujer.

SARA BERENGUER, «[Ante de las divergencias confederales, quiero ser], corazón y alma de la revolución y de la justicia».

Sara Berenguer y su compañero Jesús Guillén decidieron continuar exiliados en Francia después de 1945. Ambos estaban comprometidos con el movimiento libertario español reorganizado en este país. Jesús fue elegido en 1945 secretario general del MLE de la Regional n.º 1, con sede en Montpeller, y contó siempre con

3. «Presentación» (1964), *Mujeres Libres. Portavoz de la Federación Mujeres Libres de España en el exilio*, n. 1.

la colaboración de Sara, que también militaba. Los dos vivieron momentos difíciles cuando la CNT del exilio se escindió en el Congreso de Montpeller de 1965 y fueron dados de baja por defender las acciones del DI (Defensa Interior), y de sus grupos revolucionarios antifranquistas que actuaron en el Estado español, en contra de la posición de F. Montseny y G. Esgleas. También Sara dejó de colaborar con SIA por las mismas razones. Esta situación, aunque dolorosa, no bloqueó sus actividades, pese a ser detenidos por la policía francesa que los acusó de delincuentes. En los años setenta, Sara se acercó a los grupos que hacían Frente Libertario y formó parte de su secretaría en 1973. Pese a la escisión confederal, Sara continuó ayudando a quien se lo pedía fuera cual fuera su tendencia, ya que quería estar por encima de los enfrentamientos personales y políticos. Ante las divergencias confederales quería ser «cor i ànima de la revolució i de la justícia».

La pareja vivió en diferentes ciudades francesas mientras tuvieron responsabilidades orgánicas en el CNT y en el MLE, pero al acabar la gestión se trasladaron a Besiers, donde nacieron sus otros dos hijos: Eliseo y Helenia. Sara, para sacar adelante a su familia cosía vestidos por encargo, mientras que Jesús trabajaba como pintor decorador. Pese a que sus hijos no fueron planificados, Sara reconoce que han sido una de las mejores cosas de su vida, la maternidad nunca fue un impedimento para su compromiso militante: «Els meus fills van seguir la meva trajectòria», continuó participando en el movimiento libertario y ayudando a militantes comprometidos. A sus hijos los llevaba a donde iba: a las reuniones y a las diversas acciones, aunque estas fueran arriesgadas. Muchas veces las reuniones se hacían en su casa para que ella pudiese acudir sin problemas. La división de las tareas domésticas dentro de la familia nunca fue conseguida, aunque Jesús alguna vez cocinaba.

Sara ha sido siempre una mujer acogedora, solidaria y comprensiva hasta el final de sus días.⁴ Su casa siempre estuvo abierta para los exiliados españoles y también para los grupos libertarios que entraban y salían clandestinamente del Estado español. Durante los últimos años continuó teniendo una gran actividad, pese a que su

4. Sara Berenguer murió en Montady el mes de junio de 2010.

salud estaba delicada. Gracias a sus nietos estaba al día de temas como la informática y consultaba a diario su correo electrónico. También escribió libros de memorias y de literatura, especialmente poesía, para recoger su gran sensibilidad en las diversas lenguas que usó durante su vida: catalán, castellano y francés (Maestre, 1998). Entre los más conocidos citaremos *Cardos y flores silvestres* (México, 1982), *Jardín de esencias* (Barcelona, 1986) y *El lenguaje de las flores* (Barcelona, 1992). También, colaboró con la revista *Mujeres Libres en el exilio*.

Tras la muerte de Franco, Jesús Guillén y Sara Berenguer decidieron volver al Estado español y vivieron durante unos años en el barrio de Sants de Barcelona, siguiendo la reconstrucción de la CNT, pero sin asentarse. «Ens trobàvem estrangers. El nostre barri ja no era més el nostre. Els nostres amics havien crescut, ells havien anat cap a un cantó i nosaltres cap a un altre. [...] Ja no teníem l'afinitat amb els companys que hi havia aquí. I ens trobàvem una miqueta solitaris». Regresaron a vivir a Montadý, donde murió Jesús en agosto de 1999, después de 60 años de vida compartida. Esta separación obligada fue sin duda el peor golpe de su existencia, pero pese a todo la vida le dio muchas satisfacciones como la del reconocimiento del Gobierno francés, que le otorgó la Légion d'Honneur en octubre de 1998, por sus actividades en la resistencia contra el fascismo, por sus trabajos a favor de las mujeres y por su labor en la Colonia española de Besiers. En este acto, leyó una poesía como agradecimiento que refleja bien su carácter: «Per la pau i la fraternitat, / accepto la Legió d'Honor / que m'acaben de posar a prop del cor./ [...] Altres han tingut menys sort que jo, / jo la dedico a totes les dones/ que han sofert la deportació; / aquelles devorades per les flames/assassinades per un escamot d'execució. / [...] A totes les dones/víctimes de les guerres, / de les massacres, de les violacions, / i de les misèries.../ Dones! Mares de la humanitat...».

CONCHA GUILLÉN, «Cuando volví a España otra vez, fue una emoción grandísima».

Al final de la Guerra Mundial, Concha Guillén y su compañero Mariano Martínez Gallego decidieron quedarse en Francia y colaborar con la reconstrucción de la CNT en el exilio. Él asistió como representante del departamento de Aude al Congreso confederal de 1945, celebrado en París, junto con Jesús Guillén. Se le confió la emisora de radio clandestina de la CNT situada en Pau, primero

y después en Font Romeu, junto con el militante de Igualada Joan Ferrer. Concha y sus dos hijos, Athenas y Mariano, siguieron estas misiones pese al riesgo que suponía tanto para ella como para sus pequeños. Concha recuerda que hacían festivales de teatro para recolectar dinero entre los refugiados y participaba en todas las actividades que podía. Recuerda que una vez cantaron la *Verbena de la Paloma* en Carcassona y tuvieron mucho éxito. Mariano tenía buena voz y cantaba muy bien. Ella llevaba a los niños a todas partes. Después decidieron irse a vivir a Besiers donde estaban los hermanos Guillén. Ahí Concha trabajó como costurera y Mariano en la secretaría de la sección mutualista «Socorros Mutuos», que la Colonia española de la ciudad tenía organizada desde 1889. Ambos tuvieron una fuerte unión con los militantes anarquistas que pasaban por la Colonia española de Besiers, ya que durante años trabajaron de conserjes en esta institución, que era muy frecuentada por los exiliados republicanos, pero sobre todo por los libertarios. En 1958 nació, en Besiers, su tercera hija Concha.

Concha Guillén no tuvo una militancia tan intensa en su madurez como en su juventud en MMLL. Sin embargo, colaboró en la revista *Mujeres Libres* y en la publicación del libro *Mujeres Libres. Luchadoras Libertarias* (VV AA, 1999). Era partidaria, sin saberlo, del feminismo de la diferencia más que del de la igualdad. Creía que cada uno en su vida privada, y también en la pública, debía tener tareras diferenciadas y complementarse. «El hombre es hombre y la mujer es mujer, lo que hay que hacer es complementarse ¿eh? Hay que tolerarse sobre todo, hay que quererse y hay que colaborar juntos. Hay que formar la vida. La vida es del hombre y de la mujer no es ni de la mujer sola ni del hombre solo. Yo los veo siempre juntos el hombre y la mujer». Como alguna de nuestras protagonistas, tuvo la suerte de encontrar el amor de su vida y pudo vivir con él. En esta convivencia reconoce que ella asumía la totalidad de las tareas domésticas y que puede que fuera una contradicción a sus principios. «Yo que era tan mujer libre le decía: 'No toques eso, ¡no lo toques que lo vas a romper! No, ¡que lo haré yo!', ¿cómo te lo explicas eso? Pues es así». Como muchos hombres de esta generación, su compañero no estaba acostumbrado a intervenir en los asuntos más elementales del hogar, como hacer la comida y seguramente tampoco estaba interesado en ello: «Era un zarrapastroso, para hacer la comida y todo eso. Él no la hizo nunca.

Él me decía, cuando daba luz y tenía los niños y no podía levantarme claro y estaba un par de días o tres en la cama, decía: '¿No te levantas aún Conchi? ¡Por favor! ¡Que yo no sé cómo hacer!', 'Pero ¿cómo me voy a levantar? ¡Tú no ves ¡que me voy a poner enferma, hombre!', 'Bueno, bueno ¿pero te levantarás pronto?', 'Sí, pronto, vale'. Como un niño. Y me levantaba cuando me tenía que levantar. Pero entonces venía Sara y decía: 'Mariano, ¿qué haces para comer?' y dice: '¡Ai yo no sé! Mira, díselo a Conchi'. Y yo decía: 'Pon unas patatas Sara, pon algo a cocer'. Y me ponía unas patatas a cocer o lo que fuera, y mira comíamos, como tampoco teníamos gran cosa y así andábamos».

Concha Guillén no tiene duda en responder que el mejor momento de su vida fue el nacimiento de sus hijos: «El nacimiento de mis hijos es uno de los más grandes, el más grande. Y luego, lo digo de corazón, haber conocido a mi compañero. Es así. Luego, cuando volví a España otra vez, fue una emoción grandísima».

El retorno a Barcelona fue en 1962 y lo realizaron básicamente por motivos familiares. La madre de Concha, Águeda Bertolín, de 78 años requería de la presencia de su única hija. Además de Concha tenía otros 9 hijos varones. No quería trasladarse a vivir a Francia y suplicó a su hija que volviera al Estado español. Concha añoraba Barcelona y uno de sus hermanos le ofreció empleo a Mariano en la empresa en la que él trabajaba y también un piso para que viviera toda la familia: la pareja, la abuela y los dos hijos menores, Mariano de 18 años y Concha de 4. Athenas se quedó en Francia con su marido francés, Serge. Ahí vivieron 16 años. Ese período fue muy intenso también en la organización en el interior de la CNT.

Concha continuó trabajando como costurera por encargos, que luego entregaba en el centro de Barcelona. Mariano por su lado, se puso en contacto con los compañeros de la 26 División, Antonio Turón, Francisco Piqueras, Castells y otros, que vivían en la ciudad condal.

Concha siguió la reorganización de la CNT de España antes y después de la muerte de Franco y también participó en la organización de las Jornadas Libertarias Internacionales que se celebraron en Barcelona en julio de 1977. Vivió con mucha intensidad la muerte del joven anarquista Salvador Puig Antich, ejecutado por garrote vil en marzo de 1974, y asistió a su entierro en el cementerio de Montjuïc, con muchas otras personas. Este emotivo momento Concha

lo compara con el entierro de Durruti en noviembre de 1936. Para ella el anarquismo ha tenido mucha significación en su vida. «Anarquista se nace o no se nace. El anarquismo es una cosa que se lleva dentro. Es una cosa que flota, que sale, que se vive, que se respira en todos los actos de la vida, en todas las cosas. Si no hay anarquismo, libertad, todo lo más bonito del mundo, ¿qué hay?».

Finalmente, en 1978, y por problemas con su cuñado en el trabajo, la pareja decidió volver a Besiers tras la larga estancia en Barcelona. Mariano tenía 68 años y ella 62. Nunca perdieron el contacto con los familiares y amigos del exilio. Poco después pudieron pedir la jubilación en Francia y alquilaron un piso en la ciudad, donde vivieron durante unos años. Tuvieron un acercamiento a los grupos de Presencia Confederal, organizados en Francia a partir de la escisión de 1965, por parte de los disidentes a la dirección de G. Esgleas en el MLE. Más tarde decidieron retornar a Cataluña y esta vez lo hicieron para instalarse definitivamente en Sant Feliu de Codines, localidad que conocían por haber pasado su período estival durante el primer retorno.

«Aquí [en Francia] siempre teníamos buen ambiente porque teníamos los hijos, en primer lugar. Y luego teníamos los hermanos, la familia, los compañeros de Besiers que siempre nos recibían tan bien. Y Mariano colaboraba mucho en la colonia [española], en charlas, en cosas de la juventud, en reuniones artísticas. Yo estuve muy depresiva, porque me pasaron cosas muy duras y prefiero no hablar de eso».

El peor momento en la vida de Concha fue, según ella, la muerte de su hijo Mariano. Pese a estos duros momentos personales, nuestra protagonista valoraba positivamente su vida, en su complejidad y con todas las acciones realizadas que incluyen su compromiso con el movimiento libertario tanto en el exilio como después en su retorno a Barcelona.

«He vivido mucho. He sufrido. He gozado. No sé, no estoy arrepentida de nada. Hay quien dice: '¡Ui! Yo si volviera a vivir esto no lo haría, lo otro no lo haría'. No, no, la vida es una escuela y hay que aprender. Tienes mala experiencia y hay cosas que no repites, ni las repetirías por nada, pero, de todas maneras, es así. Uno es joven, luego es más mayor, luego se hace ya viejo, luego... y hay que pasar por todas las etapas y vivirlas lo mejor posible».

Estaba enamorada de Barcelona y cuando le hice la entrevista en Francia me dijo que llevara el aire barcelonés, que le hacía tanta falta. Concha Guillén murió en enero de 2008. Pese a que sus condiciones de salud eran delicadas, contestó con ilusión y ganas a todas las preguntas que le hice, resultando ser una de las entrevistas más emotivas y apasionadas que realicé. Supo transmitirme, con un lenguaje poético e intenso, el ambiente de la época, las personas que había conocido y querido. Su personalidad fuerte y atractiva me comunicó la risa más intensa así como el llanto más emotivo. Toda una lección de vida y de historia.

GRÀCIA VENTURA, «Cuando llegamos a la estación de Francia —en agosto de 1976, después de la muerte de Franco— allí estaban todos cantándonos *Las Barricadas*».

Para Gràcia Ventura la decisión de marcharse a Francia el año 1954 fue más por motivos económicos que políticos. Hacía diez años que había abandonado las cárceles españolas y no militaba en ese momento en las organizaciones libertarias. Trataba de rehacer su vida después de los duros años de represión política y económica que sufrieron todos los miembros de su familia. Decidió irse a París donde sus primas se ganaban bien la vida cosiendo. Se detuvo en Tolosa, donde vivía en ese momento Josep Peirats, para darle un paquete de parte de su familia. Ese encuentro cambió su vida, y pese a que en ese momento se marchó a trabajar a París, la pareja acabó por unirse en el verano de 1955 y ya no se separaron hasta la muerte de él en 1989, casi 35 años más tarde.⁵

5. Josep Peirats Valls (Vall d'Uixó, 1908-1989), ladrillero de oficio, escritor, periodista y destacado militante anarcosindicalista, vivió en Barcelona desde el año 1911, cuando emigró su familia. Militante de la CNT desde el año 1922 y de las JJLL durante los años treinta. Contrario a la colaboración de la CNT en el Gobierno durante la guerra. Dirigió los periódicos *Ruta i Acràcia*, donde defendió su posición. Al finalizar la guerra se marchó a Francia, donde ingresó en los campos de concentración, pasando posteriormente a América del Sur (República Dominicana, Ecuador, Panamá y Venezuela). En 1947 volvió a Francia siendo elegido secretario general de la CNT, donde defendió la línea purista y anticolidacionista. Pasó clandestinamente varias veces a España. Estuvo en la cárcel y fue perseguido en Francia. Siguió la reorganización de la CNT en el Estado español después de la muerte de Franco, donde volvió a vivir (Peirats, 2009; Iníguez, 2001: 465-466).

En Francia, nuestra protagonista se ganó siempre la vida como costurera, tanto cuando vivía en Tolosa de Lenguadoc como cuando se trasladó a Montady, en 1971. Primero lo hizo sola y cuando Peirats dejó la dirección del periódico confederal CNT en 1959, que se hacía en Tolosa, decidieron trabajar juntos. Él aprendió a confeccionar pantalones, que para la edad que tenía, era menos duro que trabajar en la construcción. En los años cincuenta, cuando Gràcia viajaba a España a visitar a la familia, a menudo realizaba alguna misión para la organización confederal, llevando algún documento o lo que hiciera falta. Con la reunificación de la CNT en el exilio, en 1960, Peirats se fue separando progresivamente de la tendencia purista ligada a Esgleas y entró en conflicto, criticando ciertas prácticas de la dirección confederal en el exilio. En Montady, Gràcia colaboró con el lanzamiento del boletín trilingüe *Mujeres Libres del Exilio*, formando parte de su redacción y administración a partir de 1973 cuando se editó en esa población hasta la muerte de Franco. «Con todo lo que publicaba el Boletín no me sentía identificada, ni mucho menos, pero siendo nuestro principio libertario, se dejaba a cada colaboradora expresar libremente su pensamiento y que cada cual se responsabilizara ante los lectores. Las compañeras con las que tuve la suerte de compartir la dirección merecieron y merecen mi estima, mi afecto y mi respeto por el trabajo realizado, por su compañerismo y por su solidaridad, aportando con su impulso a la causa de las mujeres un trabajo digno de respeto» (VV AA, 1999: 92).

Tras la muerte de Franco volvió a España pero sin abandonar del todo Francia, ya que Gràcia aún trabajaba. Se jubiló de manera anticipada a los 60 años de edad, acogiéndose a un decreto que salió en aquel momento. Era 1978 y también Peirats, que tenía 70 años, quería volver al Estado español. El primer retorno lo hicieron junto a amigos y compañeros de Montady, como Sara Berenguer, Jesús Guillén, Marisol y Germinal Gracia y toda su familia. Era 1976 y fue muy emotivo, ya que en la Estación de Francia los estaban esperando militantes y amigos anarquistas. «Franco va morir el novembre del 75, pues devia de ser l'agost del 76. El primer viatge que vam fer va vindre el Germinal Gràcia i tota la família, les xiquetes i sa mare, van vindre tots junts. I venia la Sara, també. Quan vam arribar a l'estació de França allí estaven tots cantant-nos *Las Barricadas*».

Gràcia pràcticament no intervino con la reorganización de la CNT en el Estado español y Peirats era invitado de vez en cuando a participar en actos y mitines. En el mitin de Montjuïc, que se hizo en 1977, abordó de forma polémica el Estatuto de autonomía y defendió el internacionalismo, siendo muy criticado por esta actitud en un momento de euforia en la recuperación de las libertades en Cataluña. También intervino F. Montseny, ambos en representación de la CNT del exilio. El acto fue uno de los más importantes que organizó la CNT durante la Transición reuniendo a más de 150.000 personas.

Decidieron no quedarse en Barcelona, que ya era una ciudad muy grande, y se fueron al Valle de Uixó, pueblo del que era originaria la familia Peirats. El verano de 1978 fue el primero que pasaron allí, aunque aún tardaron unos años en instalarse definitivamente.

El encuentro con Peirats supuso para Gràcia Ventura, lo mejor que le ha pasado en la vida. Reconoce que «Pepet» no era una persona fácil, muy independiente y con mucho carácter, sin embargo su convivencia representó unos años muy importantes de comprensión y entendimiento totales. Para Gràcia la base de las relaciones es la sinceridad y la libertad. «Si hi ha sinceritat, quan hi ha un problema se planteja, si se pot solucionar se soluciona, que no se pot, pus bueno, cadascun seguim el nostre camí, la nostra ruta i així tan amics com antes i avall. El moviment llibertari m'ha ensenyat a mi tenir este concepte de la libertad». Pese a la fuerte personalidad de Peirats, Gràcia rechaza la idea de que él dominara la relación en el ámbito privado, «Quan hi havia de fer alguna cosa a casa, mos la comunicàvem i endavant». Siempre existió un buen entendimiento respecto a la división de las tareas domésticas y si bien no estaban del todo equilibradas, él participaba en algunas de ellas. Seguramente debido al hecho de que su unión se produjo a una edad relativamente avanzada —Peirats tenía 47— y se había visto obligado a encargarse solo de las tareas domésticas durante bastantes años.

«A casa, en Peirats a mi m'ajudava a fer totes les coses. Ell era un home que ho feia tot, o siga si tenia que guisar, guisava, a comprar... tot. Però jo, escriure, no estava a la capacitat d'ell [...] Mentre ell escrivia, que tenia que fer les seves coses, pues jo feia unes altres, i res més i no passava res [...] A vegades a l'hora de dinar deia: 'vols

que et faci jo l'arròs?', 'Pues ale, fes-ho'. Mentre s'anava fent l'arròs al foc jo anava fent una altra coseta. [...] I després cadascun a la seva faena. Quan eren els diumenges que havia de vegades a Tolosa molt de teatro i coses d'estes. Pues jo a lo millor deia: 'Es que volia anar al teatro' i ell me feia: 'jo no, perquè tinc que escriure. Ves-te'n i després ja aniré' Bueno. Pues jo me'n anava i quan jo eixia pues acabava la funció i ja estava ell ahí. Ja estava ell xerrant a la porta en tots los companys i tot això. Pos mos anàvem a donar una volta o a passejar o el que fos».

Gràcia no lamenta el hecho de no haber tenido hijos, ya que ambos eran conscientes de que un hijo requería de una atención que debían de estar dispuestos a darle. Con Peirats, la vida en pareja y de cada uno de forma individual fue muy plena y no hubo espacio para los hijos.

«Jo me'n recordo que ell una vegada, ja majors em diu 'a lo millor, a tu t'haguera agradat tindre fills' Jo dic: 'no passis pena que no ha sigut mai la meua preocupació'. Els fills està molt bé però quan un sap que se te que sacrificar per ells. Tindre'ls per tindre'ls no. [...] El fill sempre te lleva temps per altres coses». Nuestra protagonista está contenta con la vida que ha tenido, siempre con mucho movimiento. Una vida de militante aunque con diversos niveles de compromiso con las organizaciones sindicales y libertarias en cada momento y época. Siempre haciendo cosas para superarse, para aprender, para ayudar a los demás.

«Hi hagut de bo, hi hagut de roí, però, ha sigut una vida activa i una vida d'agitació. Més que ara que ja veus que la gent s'avorreix i fan qualsevol tonteria perquè no tenen ningun plan. Mentre que nosaltres si en teníem. Plans en el sentit de que acabaves del treball, te anaves a les Joventuts o te n'anaves al sindicat i feies treballs voluntaris i això pues sempre te ocupava el temps. O quan te n'anaves a l'escola. Jo antes de la guerra, a l'any trenta-cinc, jo ja me n'anava de prendre solfeo, eh? Quina necessitat tenia jo d'això? Però bueno, era la cosa d'ocupar la vida. He tingut la vida molt agitada, si vols, però perquè me la buscava jo».

Para Gràcia un militante anarquista lo debe demostrar en la práctica. Muchos se han denominado anarquistas pero la realidad de su vida lo contradecía, ya que no vivían bajo los principios de la solidaridad y la libertad. «Per a mi, l'anarquisme és una conducta del

ser humà [...] Molts s'ho diuen, però no ho són. Perquè l'anarquista se coneix en els seus actes. Si una persona té uns actes que correspon a la filosofia anarquista, sobre ajudes o sobre la defensa de les libertats i tot això, per a mi, sí, ho són».

Actualmente Gràcia Ventura vive con su hermana mayor, centenaria, a Barxeta, donde tienen a una familia que las atiende y visita. Ella continúa siendo una persona muy alegre y activa, risueña y nadie cree la edad que tiene. Como su enamorado, es una persona muy independiente y prefiere hacer ella misma las tareas domésticas y ocuparse de todo, sin la ayuda de su familia. Conserva a amigos y compañeros a los que escribe y con los que habla a menudo. Escribe relatos y cuentos cada día antes de desayunar, como un ejercicio que le da vitalidad y buen humor. Le gusta leer, lo hace continuamente, sobre todo Blasco Ibáñez, y también otros autores más actuales como Manuel Rivas y Arturo Pérez-Reverte. Le costó un poco recibirnos, ya que desconfía de los desconocidos, pese a que iba avalada por su amiga Sara Benguer. Estaba acostumbrada a que el protagonismo lo tuviera siempre su compañero y no ella, por ese motivo es recelosa. Sin embargo, no fue difícil romper con su desconfianza inicial y una vez nos abrió las puertas de su casa se mostró entrañable y divertida, queriendo colaborar en todo cuanto le pedí y confiándome sus experiencias.

CONCHA LIAÑO, «Yo siempre tenía el deseo de volver a España, pero [...] me fui [a Venezuela] un poco arrastrada por ellos».

Concha Liaño una vez acabada la guerra quiso reunir a su familia en Francia. Como las comunicaciones eran difíciles decidió realizar un viaje fugaz a Barcelona para visitarlos. Lo hizo clandestinamente pasando por la frontera de Irún a pie. Llevaba una lista de personas con las que debía contactar, y documentos falsos para pasar la frontera con su familia. Era el mes de junio de 1947 y coincidió con la visita de Eva Perón a Madrid. Fue detenida pero pudo salvarse milagrosamente destruyendo la lista incriminatoria y volviendo a Francia. A la policía le dijo que había venido a ver a su familia y no la sacaron de ahí. Finalmente, de vuelta en Burdeos, decidió emigrar a Venezuela a finales de ese mismo año. No era fácil conseguir el visado para una mujer sola y con una hija, pero

unos amigos que iban a ese país con contrato laboral, le facilitaron el pasaje a América. «Me cansé de estar allá [en Burdeos]. No sé, porque yo no me quería ir a América, yo siempre tenía el deseo de volver a España, pero yo dije '¡buf! Aquí qué hago, en un cuarto, en un cuartucho, en el fondo de un patio de un hotel'. Pues me fui. Fui un poco arrastrada por ellos».

Quería mejorar su existencia y la de su hija. Los largos años de su exilio en Venezuela tampoco fueron fáciles. Durante todo ese tiempo tuvo una copiosa correspondencia con compañeros y compañeras libertarios, a los que visitó alguna vez. Sin embargo, le faltaba la actividad política, la organización de Mujeres Libres. Alejada y aislada de sus amigas y compañeras sólo recibía noticias suyas por carta, que era el hilo que la unía a su antigua militancia. Se refugió a menudo en la escritura de poemas donde explicaba su situación, sus sentimientos, su aislamiento. Reproduzco su poema *Yo soy*, escrito en Caracas en 1964:

«Yo soy/una gota en vida hecha lágrima./ Yo soy/ un guijarro suelto al borde del camino,/ ese granito de arena en esta playa inmensa./ Yo soy/ una tenue llamita de anhelos sofocados./ Yo soy/ un rescoldo apagado de una gran quimera./ Yo soy/ esa hoja desprendida de un hermoso árbol./ Yo soy/ ese eco lejano de apagadas vehemencias./ Yo soy/ una tenue esperanza de ilusiones fallidas./ Yo soy/ esa ansia secreta de una humilde espera./ Yo soy/ tímida vocecita que de lejos os llama./ Yo soy/ ese sueño perdido en ilusiones vanas./ Yo soy/ ese ensueño esfumado en las brumas del alba./ Yo soy/ el fallido que a ningún sitio lleva./ Yo soy/ el sollozo rasgado de una gran remembranza./ ¡Yo soy!/ ¡Yo soy!/ ¡Yo soy!/ ...Y quizá también sea/ el suspiro postrero/de una gran esperanza» (VV AA, 1999: 179). Con Soledad Estorach intercambié poemas y cartas. Soledad quería darle ánimos con sus escritos, como en este fragmento inédito que le envió en 1985 (Quiñonero, 2005: 290):

«Nuestras alas trucadas, pero alas al fin,
son un tesoro inapreciable.
Con ellas, hasta en la noche hay luz.
La desgracia hubiera sido haberlas perdido.
O no haberlas tenido nunca».

En Venezuela realizó diversos trabajos, pero no obtuvo la estabilidad económica. Encontró un compañero, Víctor, un polaco que había huido de su país con la ocupación alemana, con quien compartió su vida durante 50 años, hasta su muerte en 2002. «Tenía una calidad humana realmente excepcional, y eso es lo que nos mantenía juntos —recuerda nuestra protagonista— Yo nunca he encontrado al hombre de mi vida, me he arreglado con lo que he encontrado. No es fácil encontrar a la pareja adecuada, es una lotería». Con Víctor no encontró al compañero con quien compartir las tareas domésticas. «Él se hacía su desayuno, algunas veces fregaba los platos. Pero yo me lo cargaba todo».

Volvió a Montady (Francia) en diciembre de 1996 para preparar, junto con sus compañeras veteranas de la organización femenina MMLL, el libro *Mujeres Libres. Luchadoras libertarias* (VV AA, 1999), en el cual participó con la redacción en dos capítulos. Actualmente Concha vive en Caracas, y pese a las dificultades de visión, no duda en ir donde la llaman para explicar su experiencia. Repasando y valorando su vida afirma que lo peor fue perder la guerra, el hecho de tener que dejar Barcelona y su actividad dentro de la organización MMLL: «Lo peor ha sido perder la guerra». En los últimos años se ha reconciliado consigo misma, gracias a saber que los principios que tanto defendió continúan y que se extienden entre las generaciones más jóvenes.

También ha recibido un importante reconocimiento por parte de las organizaciones libertarias de mujeres, que han realizado diversas conmemoraciones en honor a MMLL y la han invitado a participar en los diversos actos como pionera que es. El último fue el de las Jornadas de homenaje a MMLL, organizado por la CGT en Zaragoza en octubre de 2007, con motivo del 70 aniversario del I Congreso de esta organización. Aproveché su visita a Barcelona, coincidiendo con este viaje, para hacerle la entrevista. «Las jornadas de Zaragoza. Es lo más bello que me ha podido pasar. Me voy muy feliz, porque he visto un puñado de mujeres que están persiguiendo aquello por lo cual nosotras luchamos tanto. Eso es lo más feliz de mi vida. Porque sé que la semillita germinó, y germinó esplendorosamente, eso es lo más bonito que me ha podido pasar a mí y ha hecho que me reconcilie conmigo misma. Y he encontrado ya la paz, que no tenía».

Concha Liaño continúa llena de vitalidad y energía, pese a sus 94 años de edad. Es una mujer con una gran personalidad y magnetismo personal y se enorgullece, con razón, de la experiencia de emancipación de Mujeres Libres, la organización pionera que ayudó a las mujeres a mejorar su vida, y también a saber que son muchas las mujeres que actualmente ha recogido su enseñanza. Conocerla y poderla entrevistar ha sido una experiencia inolvidable. Con su gran naturalidad y simpatía me supo transmitir uno de los momentos fundamentales del anarquismo español, el de la creación de la organización anarcofeminista.

El desafío de las Juventudes Libertarias

JOAQUINA DORADO, «Teníamos una trayectoria marcada a seguir: luchar contra el Franquismo, sobre todo».

Joaquina vivió la liberación por parte de los aliados, al final de la Guerra, con una gran alegría. Estaba en el pueblo donde trabajaba y vio cómo los alemanes se marchaban «con la cabeza baja, como avergonzados y muertos de sueño, además». Cogió una bicicleta por primera vez en su vida y llegó con mayor o menor dificultad a Tolosa. Tenía una fuerte necesidad de encontrarse con los amigos y militantes anarquistas y celebrar la situación, la que significó además su independencia personal.

«Y, enseguida me independicé. Alquilé una habitación, como ya estaba en contacto con los compañeros y eso, ya no costó ningún trabajo nada. Ya nos reunimos en asamblea. Yo ya estaba libre, ya no dormía en casa de la niña enferma, que era donde había vivido. Ya tuve una habitación independiente. Esa fue mi primera acción para independizarme».

Con el final de la Segunda Guerra Mundial, los militantes libertarios en el exilio se reunieron en libertad y se pudieron celebrar Plenos Confederales de estas organizaciones, también las JJLL lo hicieron en Tolosa ya que muchos se encontraban viviendo en esa ciudad. El 15 de marzo de 1945 se celebró el primer Pleno nacional, en el cual se decidió organizar un Congreso un año después también en Tolosa. Se desplazaron para esta ocasión muchos de los que estaban fuera de la zona. En este Congreso eligieron un nuevo Comité nacional: Joaquina Dorado quedó en el cargo de tesorera; Germinal Gracia y Llibert Sarrau en el de cultura y propaganda; Raúl

Carballeira, delegado de relaciones y Cristobal Parra como secretario general (Berenguer, 2008: 86). Esto dio inicio a la trayectoria de las JJLL del exilio tras la clandestinidad obligada por la guerra. «Siempre estuvimos en contacto los unos con los otros y siempre trabajando para lo mismo: si no era para los franceses era para los españoles. Ahora, cuando pudimos salir a la luz, oficialmente, digamos, entonces sí, se nombraron Comités y responsables. Pero organizados, siempre lo estuvimos».

En el Congreso de 1946, se decidió contar con las JJLL del interior para coordinar las acciones; también la continuidad de la lucha contra Franco, ya que era evidente que los aliados habían decidido mantenerlo en el poder.

«El gran desbarajuste para nosotros fue el ver llegar a los aliados a la frontera española y pararse. Jamás en la vida hubiese sospechado un español que se hubiesen parado en la frontera, después del servicio que prestaron, sobre todo en la División Leclerc.⁶ Para nosotros fue horrible. Y, después, al día siguiente de la Liberación de París, Tolosa y las grandes capitales, yo vi escrito, por todas las paredes: ‘Gracias hermanos españoles’. Entonces, empezaron a requisar las armas a los resistentes y se pararon en la frontera. Ya dije ‘perdido todo’. Esas fueron las gracias a los hermanos españoles».

Estaban impacientes por cruzar la frontera y luchar contra Franco y su régimen ilegalmente constituido: «Teníamos una trayectoria marcada a seguir: luchar contra el Franquismo, sobre todo». Joaquina Dorado se incorporó al grupo «Tres de mayo» en 1946, llamado así en recuerdo de los trágicos acontecimientos de mayo de 1937. Reconoce que era un grupo de acción y también de afinidad «porque sino no valía la pena estar juntos. Teníamos todos la misma finalidad». En el grupo estaban los militantes Raúl Carballeira, Francisco Martínez, Llibert Sarrau, Josep Dot, Miguel Jiménez y Dolores Gómez, entre otros (Iturbe, 1974: 123; Sánchez Agustí, 2006: 64;

6. La compañía 9 de la división blindada de este general estaba comandada por oficiales republicanos españoles de diversas tendencias políticas. Fue la vanguardia que entró en París la noche del 23 de agosto de 1944 con diversos vehículos que llevaban los nombres de Madrid, Guernica, Teruel, Guadalajara, entre otros (Dreyfus-Armand, 2000: 119).

Berenguer, 2008: 86).⁷ El grupo protagonizó arriesgadas acciones de lucha antifranquista, pasando clandestinamente la frontera francesa, arriesgando la vida. Tanto Raúl Carballeira como Francisco Martínez perdieron la vida, el primero en 1948 y el segundo un año más tarde. Joaquina Dorado y Llibert Sarrau se fueron a Barcelona en el verano de 1946, donde vivieron difíciles años de lucha clandestina contra el Franquismo, siendo finalmente detenidos por la policía en 1948 y encarcelados. Joaquina estuvo diez años entre la cárcel y la clandestinidad, hasta que decidió volver a Francia en 1956. Llibert no salió de prisión hasta dos años después, en 1958. Él también se instaló en territorio francés tras los largos años de encarcelamiento y vivieron juntos.

Joaquina Dorado había ido a vivir a Tolosa y después a París. Su estrategia de subsistencia continuaba siendo la prioridad y lo que marcaba el lugar de residencia. Tenía a su cargo, no sólo a sus padres, sino también a Llibert. «Yo me instalé en Tolosa al llegar el 56, lo que pasa es que allí los salarios no eran tan altos como en París y yo necesitaba dinero para seguir ayudando a Llibert y para mantener a mis padres y mantenerme yo. Entonces decidí instalarme en París. Y así me pude salir bien». Trabajaba en la confección de ropa a domicilio, que entregaba planchada y acabada y que le permitía ganar un buen salario. Además continuaba en contacto con el movimiento libertario y sus militantes. Llibert aún estaba en la prisión de Burgos, de la que no salió hasta marzo de 1958. Después de dos meses en los que tenía que presentarse cada mes ante la policía, no pudo continuar con esa situación y volvió a Francia clandestinamente, (Sánchez Agustí, 2005: 69). En la frontera lo esperaba Joaquina. Ahí encontró trabajo de traductor y revisor de pruebas para la UNESCO. En 1959 Joaquina y Llibert fundaron el Movimiento Popular de Resistencia

7. Llibert Sarrau Royes (Fraga, 1920-París, 2001) fundó el grupo libertario «Los Quijotes del Ideal», con Federico Arcos y Diego Camacho. Combatió en la División 26, y fue herido en el frente del Montsec (Trempl). Sufrió los campos de concentración en Francia. Se internó en España en 1942. Fue perseguido pero consiguió huir. Se instaló en Casablanca. Volvió a Francia al final de la guerra. Su padre Antonio Sarrau Español fue fusilado inmediatamente después de acabar la guerra, en 1939, acusado de ser el director responsable de *Tierra y Libertad* (Entrevista J. Dorado, Barcelona, julio de 2008).

con el apoyo de intelectuales franceses, que tenía como objetivo continuar la resistencia contra el régimen de Franco, porque «para nosotros el Franquismo era ilegal». Con el movimiento libertario continuaban en contacto, pero no querían volver a los grupos de acción. «Teníamos una experiencia de cosas pasadas que ya había que dejarlas de lado y que nos habían aportado muchos disgustos y traiciones y inconvenientes e infiltraciones y de todo. Así es que nos andábamos todos con mucho cuidado».

Joaquina Dorado en 1962, y tras la petición de un amigo, dueño de una zapatería, dejó su trabajo de costurera y comenzó a trabajar como la encargada del negocio, al que le dedicaba muchas horas. A veces se acercaba la policía y la interrogaba, como parte de la relativa vigilancia a la que estaban sometidos. Con la muerte de Franco pudieron volver a la militancia en las organizaciones libertarias del exilio francesas: «Una vez muerto Franco, ya consideré que la militancia en el exilio no tenía razón de ser. Y, entonces, me afilié, a la CNT francesa. Y allí tuve mis actividades, sí. Incluso me nombraron como asesora para acudir al V Congreso a Madrid y fui con la delegación francesa. Mi militancia en Francia ya, casi, fue más fuerte que con la española».

La primera vez que volvió al Estado español después de la muerte de Franco fue para asistir a la Semana Confederal de Castelldefels en 1978, que reunía a los supervivientes de las columnas confederales, y donde se rendía homenaje a Durruti. Acudió con Emilienne Morin y Colette Durruti, la viuda y la hija del destacado militante asesinado en noviembre de 1936. También estaba presente Ricardo Sanz. Su estancia fue muy breve, sólo dos días. Era un retorno circunstancial, ya que junto con Llibert decidieron, por el momento, no moverse del territorio francés, hasta jubilarse de sus respectivos trabajos. Joaquina lo hizo en 1977, aprovechando una reducción por enfermedad y Llibert en 1985. A partir de 1992 decidieron vivir en Barcelona una parte del año, sin abandonar su casa en París. Pese a vivir en Francia, siguieron de cerca la reconstrucción de la CNT en España y ayudaron en lo que pudieron. Joaquina era partidaria acérrima de la unidad de la CNT y la entristeció profundamente la división de la organización confederal hecha con la Transición de 1979. No quiso vincularse con ninguno de los bandos.

«Yo lucharé siempre que pueda moverme. Estaré en pie y apoyaré a los que yo vea que son más solidarios, porque todo consiste en eso, la solidaridad. Entonces, para mí es muy triste y considero las luchas inútiles una pérdida de tiempo. [...] Tenemos muchos frentes en los que luchar. [Escindirse] está muy mal porque nos agota. Y nuestro enemigo común va a triunfar, que es el explotador, la explotación. [...] No nos han servido de nada las experiencias anteriores».

Con la vida de Joaquina Dorado se podría escribir una novela, ya que está plagada de momentos de riesgo y peligro, de decisión y coraje. Ha tenido muchos admiradores hombres que se sentían fascinados por su fuerte personalidad, pero ella prácticamente ni los miraba. «No he tenido mucho tiempo de ocuparme de este tema y quizás porque no me interesaba tampoco. Yo estaba a lo mío, a mi trabajo». Respecto a la división de las tareas domésticas entre los dos sexos, cree que aún hoy no se ha alcanzado la igualdad y que el tema avanza muy lentamente. «El hombre todavía tiene la mala costumbre de creerse el señor de la casa y que la mujer haga los trabajos y ellos en la taberna, pero no obstante, [...] depende del medio cultural en que han crecido». Respecto a lo mejor que le ha pasado en la vida no duda el decir que, en primer lugar, son sus padres: «haber nacido del hombre y de la mujer que tuve como padres, mis amores». Sus padres han estado muy presentes en todas las etapas de su vida y siempre la han apoyado. Ella correspondió esta confianza trabajando incansablemente para que no les faltase nada, incluso en los momentos difíciles de los primeros años en el exilio en Francia y durante su etapa en prisión durante los años del Franquismo. «En segundo lugar la revolución. La suerte que tuve de haber vivido en Barcelona el 19 de julio, porque entonces sí que viví la solidaridad».

Joaquina, militante comprometida, se entregó a la revolución y a los cambios sociales y económicos que se vivieron en la retaguardia en Cataluña, donde se hicieron realidad los sueños de igualdad y de solidaridad. Esta ha sido una de las grandes satisfacciones de su vida. Pero también lo peor que ha vivido tiene que ver con esta militancia y este compromiso. «Me han pasado muchas cosas malas, pero son debidas a mis alegrías y a mis ideas. Me han traído prisión, persecución, deterioro físico, la insolidaridad, el animalismo que llegó con el fascismo, para mí y para los demás. Eso es lo peor que

me ha ocurrido y que nos ha ocurrido a todos los que queremos el bienestar de todo ser humano». De su vida se siente orgullosa y contenta por la cantidad de cosas que ha vivido y de cómo lo ha hecho, conquistando en el día a día su libertad: «No hubiese querido vivir de otra manera». De los momentos vividos en la clandestinidad y de las actividades que desplegó en la lucha antifranquista tiene sus reservas y prefiere no hablar: «No se puede decir todavía hoy en España». Respecto a los hijos, no lamenta no haberlos tenido, pero cree que hay que evitar que los niños paguen las consecuencias de las guerras, la explotación y el hambre: «Quizá, yo tengo por los niños una debilidad, lo normal, los veo necesitados de todo; eso hubiese querido yo que se hubiese evitado: la infamia que han sufrido injustamente los inocentes».

Ahora Joaquina vive sola en Barcelona, pese a su delicado estado de salud, que se debe a las palizas que recibió de la policía franquista cuando fue detenida en 1948. Sin embargo, aún hoy a sus 93 años de edad, conserva energía para continuar organizando los actos de homenaje a Durruti, que se celebran cada año en el aniversario de su muerte en el cementerio de Montjuïc. Ha recibido muchos actos de reconocimiento en todas partes, de manera particular en Galicia y Portugal, donde existe el centro de Estudios Libertarios de Lisboa, que tiene una rama llamada «Círculo Joaquina Dorado y Llibert Sarrau», creada en 2005. Ha participado en actos y mesas redondas, y publicado varios textos. También recibe a un gran número de amigos y conocidos, así como de estudiantes e investigadores que quieren conocer de primera mano ese período histórico fundamental explicado por una protagonista de excepción.

JULIA HERMOSILLA, «[La escisión de la CNT] fue un golpe terrible para todos nosotros».

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, la familia Aransáez, Julia y Ángel, con los padres y el hermano Floreal, se trasladaron a vivir a Montpellier. Durante la Guerra Mundial y en clandestinidad, Ángel había sido el más activo en la reorganización de la CNT, por esta razón fue, en representación del Departamento de Aveyron, al Congreso de la CNT en el exilio celebrado en París en 1945. Defendió la primacía de la CNT clandestina del interior acercándose a las tesis posibilistas. Fue nombrado secretario del Subcomité regional

de la CNT en el Consejo consultivo vasco del exilio. Julia siempre lo acompañaba a todos los actos.

Con la escisión de la CNT del exilio se situó en el bando posibilista, pese a que lamentaba profundamente que el organismo confederal se dividiera. «Aquello fue un golpe terrible para todos nosotros. Ángel, ¡cómo lloraba! Decía: ‘¡Por unos cuantos que se destruye la organización, que tantos muertos y presos ha tenido!’... Pensaba en su padre, siete años preso por ser de la CNT. ‘¡Cuánto sacrificio! Y ahora se ha destrozao’. [...] Pues, nosotros influenciamos mucho en la CNT del País Vasco pa’ que no se rompiera. La CNT de Euskadi no se rompió».

Ellos practicaron la solidaridad con la CNT del interior y sus militantes, ya sea ayudando concretamente en cruzar la frontera, como en la recaudación de dinero, para mejorar la situación de los presos y sus familias. Esto lo hacían a través de actividades culturales organizadas por la CNT, entre ellas, presentaciones de obras de teatro de tipo social en las que los actores eran los propios militantes, actuando Ángel y Julia Hermosilla en varias oportunidades: «Y sacábamos bastante dinero, y hasta el último pa’ los presos. Porque yo muchas veces he llevado hasta cuarenta mil pesetas encima, en mi bolso, pa’ los presos. Y se lo daban al Comité pro-presos. Pero hemos mandao mucho dinero nosotros a España, porque había cantidad de presos en todas las cárceles. No se lo mandábamos a los presos, se lo mandábamos a las mujeres ¿comprendes?, pa’ los viajes, pa’ comprarles comida o ropa, o mil cosas. [...] No creo que haya habido ninguna organización tan solidaria como nosotros».

A parte de las actividades culturales la mayoría de los militantes en el exilio entregaban una parte de su salario para los presos de la organización del interior, para costear los gastos del cruce de frontera de los perseguidos y de aquellos que iban con misiones concretas.

«Nosotros hemos dao mucho dinero. Que cuando cogíamos la paga decíamos ‘Esto no es nuestro, alá’. Todos los compañeros hemos sido muy solidarios. [...] Éramos todos fieles, ¿eh? Pues miles y miles de pesetas entre todos los compañeros porque yo creo que los presos que mejor han estao —claro, sin libertad—, pero los que no les ha faltao nada, ¿comprendes?, paquetes de comida, tabaco, son los de CNT [...] Se les ha ayudado mucho a los presos, mucho».

Respecto al paso de la frontera por parte de los militantes, Ángel Aransáez fue elegido «delegado de fronteras» por el CN de la CNT del exilio. Se encargaba de hacer llegar a Francia a todos los militantes perseguidos y en sentido contrario, a aquellos que tenían que realizar alguna misión en España. Julia, trabajando conjuntamente con Ángel, realizó muchas misiones orgánicas yendo clandestinamente a España a partir de 1946.

Una de las primeras veces que Julia Herмосilla cruzó la frontera de forma clandestina fue por la enfermedad de su padre. Su familia le hizo llegar el mensaje de que a su padre le quedaban pocos meses de vida, entonces ella decidió en 1947 ir a Bilbao, pese al riesgo que suponía el viaje y logró estar en Sestao un mes cuidando a su padre. En el viaje de vuelta, también clandestino, volvió con un militante de la CNT que era perseguido. Todo salió bien y eso hizo que se animara. Después, pasó a muchos otros militantes de la CNT, así como documentación, siempre para la organización confederal. Los caminos y los medios que utilizaba eran diferentes cada vez. «Pasé los Pirineos andando por las Aldudes hasta llegar a Elizondo, siete horas de marcha. Luego, entré clandestinamente en España de distintas maneras, entre otras, por el río Bidasoa metida en el maletero de un coche que conducía un brigada de la policía; mientras la frontera estuvo cerrada» (Berenguer, 2008: 40). Nunca fue descubierta ni encarcelada. Alguna vez la Guardia Civil la detuvo y revisó, pero la dejaban seguir después. La gente confiaba en ella, por su coraje y conocimiento del lugar y las personas: «Tuve suerte. Iba a la cárcel a ver a los presos y todos me decían: 'Juli, ten cuidado Juli'; y Larrínaga: 'Juli, ten cuidado que un día te meten aquí, ten cuidado',⁸ 'Bueno, pues si me meten ya estaremos todos dentro', decía yo. Pero he sido inconsciente. Mi padre, que sabía mucho lo que hacía, me decía: 'Juli ten cuidado ¿eh? porque te la cargan, si te cogen te la cargan'. Pues no me han cogido nunca. [...] ¡Los viajes que he hecho por la montaña a traer compañeros! Pues he salvado a todos y no han cogido nunca a ninguno».

8. J.M. Larrínaga era un destacado militante de la CNT de Durango. Fue encarcelado en Pamplona como consecuencia de los hechos de octubre de 1934. Exiliado en Francia, fue elegido secretario del CR de la CNT del Norte (Iñíguez, 2001: 323).

Para pasar por la frontera la organización debía pagar mucho dinero para sobornar a la vigilancia. Sabían la hora a la que debían cruzar y a qué personas encontrarían en el puesto de control. También había contrabandistas e intermediarios, que ayudaban a cambio de dinero.

«Pasaba por el río [Bidasoa] de noche con una barca, pocas veces porque valía mucho dinero. El de la barca nos pedía mucho dinero. [...] La frontera de Hendaya no existía, pagando a los gendarmes. ¡Cuánto se han lucrado los gendarmes de aquella época! Teníamos siempre la hora y alguna consigna, pero que les dabas mucho dinero, ¿eh? a los gendarmes, a los contrabandistas. Teníamos, un contrabandista, Lucio Espelta, de San Juan de Luz, se dedicaba sólo a esto, lo mismo te pasaba a uno que te pasaba un saco de café. Y, teníamos otro en Zara, aquel era francés; Julio Azpeitia que era guipuzkoano, de muchos años, desde la guerra de 14 y unos cuantos contrabandistas más, ¿comprendes? En cuanto había un problema, pues Ángel bajaba y boca a boca, pues ya preparaban el viaje, la hora y todas estas cosas».

Ella iba a diversos sitios acordados para recoger a los perseguidos. Normalmente los recogía en San Sebastián, pero también en otros lugares del Estado español, como Madrid, Barcelona, Zaragoza y Logroño.

«Donde más he cogido yo ha sido en San Sebastián, en la parte vieja de San Sebastián, al lado de la iglesia, en un bar que se llamaba Aleas, creo que existe todavía. Me voy a un bar del barrio viejo de San Sebastián y [...] los citábamos y siempre teníamos alguna consigna o alguna cosa. [...] Y cuando me veían entrar a mí, pues yo a lo mejor llevaba algún pañuelo o algún periódico español en la mano, siempre había alguna consigna. Nunca me equivoqué ni nunca se equivocaron. Y, alá, yo tomaba un vermú o alguna cosita y hacía una señal y todos me seguían, de lejos, todos me seguían. Hasta que llegábamos a la estación de Elizondo. Uno se sentaba allí, otro allí y otro allí. Pero ellos me seguían. Yo me levantaba y me bajaba, ellos siempre detrás de mí. Si había algún cura o monja, yo me sentaba siempre allá, que me hablaban de la aparición de Lourdes, y yo: 'Pues, sí, sí... pues dicen que es muy bonita', y yo les seguía, 'He pasado cada cosa'... Ah, ¡qué chistes!».

Además del coraje, Julia tuvo intuición, pudiendo escapar de situaciones difíciles. Como la misión de llevar documentos a Joa-

quín Delgado y Francisco Granados en 1963 a Madrid. No quiso quedarse a dormir donde le dijeron, porque no se fiaba de uno de los intermediarios, que resultó ser un confidente de la policía. A los pocos días de marcharse, Delgado y Granados fueron detenidos y asesinados por garrote vil, en agosto de 1963 por el gobierno de Franco. Fueron acusados de un atentado que no habían realizado. Las campañas internacionales pidiendo clemencia no lo pudieron evitar: «Aquí [en Francia] se hicieron huelgas, muchas reuniones. Fue un mazazo pa' nosotros. [...] Además los mataron, con muy poca dignidad para ellos, como unos bandidos».

Una de las misiones más delicadas que realizó y de la que no quiso hablar en la entrevista, con la evasiva «no me acuerdo», fue la preparación del atentado para asesinar al general Franco en agosto de 1962. Su prudencia y sencillez, no le permitía explicar muchas de las actividades en las que se vio involucrada, a pesar de que habían pasado tantos años. Fue Defensa Interior (DI), el grupo que decidió organizar esta arriesgada acción aprovechando las vacaciones de la familia Franco en el Palacio de Ayete en San Sebastián. Ella estudió los alrededores del Palacio, realizando un mapa detallado que debía servir para proyectar el atentado. Posteriormente, en una reunión realizada en casa Aransáez en Bayona se acabó de planificar. Los responsables de la acción —Cipriano Mera, J. García Oliver, O. Alberola, además de la pareja Aransáez—, decidieron los detalles. El atentado fracasó al acudir en esta ocasión la familia sin Franco, lo que les desbarató los planes (Alberola, 2004).

Julia recuerda que había en la organización muchos confidentes y que se protegían de ellos y de la policía española, tanto en el interior como en el exilio, utilizando nombres falsos. También hacían servir documentación falsa a nombre de otras personas cuando debían salir para realizar alguna misión en España.

«Todos los compañeros de España, los de aquí, nunca nos hemos llamado por nuestro nombre. Yo nunca he sido Julia Hermosilla. Siempre un nombre de cualquiera, a lo mejor de una vecina. Porque falsificar, ¿comprendes?, un documento pa' las organizaciones es fácil. Y yo tenía hasta un pasaporte ilegal del consulado de Bayona. Porque resulta que había uno que era amigo de Ángel, que era de Guipúzcoa; y aquel, cuando me hacía falta pues Ángel iba a su casa, y a lo mejor me hacía un pasaporte que me llamaba Josefa o Petra o

Benita. Una vez me hizo un pasaporte a nombre de mi hermana, se lo dije yo a mi hermana, ¿eh?, dije: 'Pasa esto, ¿estás de acuerdo?', dijo: 'Sí, mujer, sí, no me va a pasar nada a mí'».

Toda esta intensa actividad la desarrolló paralelamente a la atención de sus hijos y de su casa. En 1947, cuando Vida, la hija mayor tenía diez años, tuvo gemelos. En ese momento vivía en Bayona con los suegros. En realidad no iban a buscar otro hijo, ya que no disponían de muchos medios económicos, según ella, fue un descuido a la vuelta del viaje a Bilbao, cuando murió su padre. En aquel momento, en la casa sólo laboraba Ángel como transportista de fábrica de caramelos, por lo que ella tuvo que ponerse a trabajar, ya que con un sueldo no les alcanzaba para la manutención de las siete personas que vivían en la casa.

«No me importó [quedar embarazada] porque sólo tenía la niña, entonces trabajaba Ángel. Y resulta que cuando nacieron los dos, la patrona de un restaurant grande, que había abajo, veía nuestras penurias y lo que trabajábamos. Yo me levantaba a las cinco de la mañana para hacer alpargatas, para ganar un poco de dinero porque lo que ganaba Ángel no era pa' todos. Porque teníamos a los suegros con nosotros y mi suegro no trabajaba el pobre. [...] Y mi suegra, la pobre, pues hacía lo de casa, todo eso, porque era muy limpia. Y, nada, hasta que Vidita, ¿comprendes?, fue ya mayorcita, tenía estudios y entró en una gran industria. Ganaba bastante bien y estaba soltera, pero yo no quería todo su salario, y digo: 'No hija, tú mete algo en el banco porque algún día te casarás y por lo menos que tengas para comprar la cama'. Y me daba un tanto. Ella era la que pagaba la casa, sí. Y, nada, pues ¿qué quieres?, pues nos entendíamos, teníamos que entendernos. Estábamos obligados a echar cuentas. Y, luego, cuando nacieron los niños, pues la del restaurant de abajo me dice: 'Dejadme a mí la niña —porque estaba enamorada de la niña, de Estela—, que yo os la crío hasta que podáis estar un poquitito mejor'. Y Ángel dice: 'Aunque tengamos que comer sólo patatas, yo no presto ningún hijo', 'No, no, que te lo agradecemos mucho'. De vez en cuando nos daba alguna cosita, pa' los niños».

Gracias a la ayuda de su suegra, Josefa Caicedo, que vivía con ellos, pudo realizar todas las acciones revolucionarias durante aquellos años: «Yo quería mucho a mi suegra y me ayudó mucho

porque cuando yo me marchaba me cuidaba ella [los niños]. Mis hijos la han querido tanto o más que a mí ¿comprendes? Se quedaba Ángel. Porque yo prefería ir yo a que fuese Ángel y la organización también. Porque Ángel necesitaba estar aquí para recogerlos».

Julia Hermosilla colaboró siempre con su compañero Ángel Aransáez en todas las acciones de la organización. «Los dos eran uno, la ideología y el amor del uno para el otro fueron ejemplares», dice de la pareja Arañases su amiga Sara Berenguer, con quien compartió no sólo la trayectoria de compromiso con la organización sino también a veces vacaciones. Pese a su intensa vida de militante en la organización anarquista y de sus ideales, Julia no dudó en responder a que lo mejor de su vida ha sido su familia y sus amigos y compañeros: «Lo mejor de mi vida son mi familia, mis hijos, mis nietos, hasta mi nuera. Luego tengo amigos que daría la sangre por ellos, compañeros, empezando por Sarita, porque nos queremos mucho los compañeros. Porque es desinteresado, solamente amor, cariño». Julia tuvo que soportar la muerte de sus seres queridos, la de su hija Estela cuando era pequeña, la de su compañero Ángel, en noviembre de 2002, la de su hija Vida en febrero de 2004, cuando tenía 67 años. Por ese motivo considera que lo peor que le ha pasado en la vida es «ver morir a mis seres queridos».

Puede que lo único que le hubiera gustado cambiar de su vida es ser más culta. Formar parte de la organización anarquista con sus principios éticos fue de gran importancia en su vida, por colaborar con el objetivo de ser más humanos, más solidarios, con más estima por los demás. Para ella el anarquismo «es una cosa como el viento que no lo puedes coger». Cuando entrevisté a Julia Hermosilla tenía 91 años y aún vivía sola, pese a que su hijo Nayarín y sus nietos la visitaban continuamente. Conservaba intacto su sentido del humor y la alegría de vivir.

Siguiendo la explicación de las múltiples anécdotas de su vida me hizo pasar horas inolvidables, además me ayudó a entender muchos de los episodios de la historia del anarquismo y de la CNT poco conocidos y sólo recuperables a través de testimonios orales. Como era lógico tenía cierta reserva a la hora de explicar algunas de sus acciones, al igual que otras militantes de acción entrevistadas. Murió en enero de 2009, cuando aún no había cumplido

los 93 años. Su vida fue plena e intensa y en su caso, como en otros de nuestras entrevistadas, se podría hacer una película. Fue una mujer de una gran personalidad y con una gran capacidad de decisión. Estuvo al lado de otro gran militante, Ángel Aransáez, pero nunca estuvo por detrás de él. En su vida hubo mucho amor junto a sacrificio y entrega a los ideales. Como le dijo a su amiga Sara Berenguer, con la que se escribía hasta el final de sus días: «Recordar el pasado es para no olvidar esa época tan gloriosa para estas mujeres libertarias; fuimos conscientes de lo que hacíamos y hoy tengo los nietos que pueden hacerme bisabuela. No me arrepiento de nada de lo que hice y este sacrificio ha servido para que la identificación de la mujer sea un hecho» (Berenguer, 2008: 47). Antes de morir, tuvo la satisfacción de asistir a diversos homenajes que le hicieron en el País Vasco, organizados tanto por el Gobierno Vasco como por la CNT y otras organizaciones de recuperación de la memoria histórica.

Mujeres en familias militantes

AURORA MOLINA, «No comprábamos ni platos, porque no hacía falta comprar nada, que nos íbamos a ir enseguida y, pensando en eso, pues pasaban los años».

Tras la liberación, al acabar la Segunda Guerra Mundial, la familia Molina se instaló en Tolosa. En esta ciudad, Juanel tenía mayor contacto con la organización cenetista y a Lola Iturbe le era más fácil conseguir trabajo y encargos. Él dirigió la CNT del exilio hasta 1945, desde su secretaría, consiguiendo agrupar a más de 30.000 adheridos pese a las dificultades de la clandestinidad con la ocupación alemana. Favorable a las tesis colaboracionistas que dominaban en el Estado español, se enfrentó al sector purista. Al escindirse la organización en 1945, por la expulsión de los colaboracionistas, se acercó al Subcomité Nacional de la CNT de Francia, organismo creado por los expulsados que aceptaban las directrices del CN de la CNT del interior. El nuevo organismo lo nombró delegado en España (Herrerín, 2004: 59-80).⁹

9. Molina, J. M. (s.d.), *Carta personal a J. Ferrer*, Fondo Ramón Álvarez, IISG.

Aurora conoció al destacado militante asturiano Ramón Álvarez, que era amigo de su padre y que los visitaba a menudo en Tolosa.¹⁰ Defendía las tesis colaboracionistas y también había participado intensamente en la reorganización de la CNT de Francia después de 1939, asistiendo al famoso Congreso de 1945 como delegado de Chartres, donde vivía. Tenía siete años más que Aurora y se había quedado viudo, al morir su compañera en el parto de su hija. Se enamoraron y decidieron vivir juntos. Para Aurora su nuevo compañero significó «un amor muy fuerte. Éramos de carácter muy diferente, pero coincidíamos en muchas cosas». Primero buscaron trabajo en Tolosa, donde vivía la familia Molina y después al no encontrarlo se trasladaron a París, donde estaba la familia Álvarez. Ramón encontró trabajo de planchador manipulando grandes maquinarias. Pese a sus dificultades con la aguja, en París aprendió a coser y se dedicó al oficio de la confección: «Mi madre era sastra, pero yo jamás había cogido la aguja. A mi hermano le enseñó el oficio y él fue sastre. Y conmigo no pudo, yo no pude aprender, era un desastre». Si bien ambos trabajaban, ella cosiendo en un taller y Ramón planchando, las tareas domésticas nunca estuvieron repartidas: «Fui trabajando en la confección y Ramón en la plancha, que se le ponían las piernas con unas varices al pobre. Llegaba a casa cansao. Cómo iba a ser feminista y decirle: ‘Pues, ahora ponte tú a hacer la cena, ¿eh?’». Porque, aunque yo llegara cansada, el trabajo no era lo mismo. De estar él de pie con aquella plancha pesada y aquellos sudores y hacer ver que sabía planchar». Debido a la dureza del trabajo, él buscó empleo en otros oficios que ya había realizado y que prefería, como el de panadero o chocolatero, pero no encontró nada, por lo que terminó planchando hasta su jubilación.

Ramón no era muy partidario de tener más hijos, consideraba que con las hijas que cada uno había tenido con sus parejas anteriores era suficiente. Sin embargo, sus respectivas hijas no vivían con ellos,

10. Ramón Álvarez Palomo (Gijón, 1913-2003), Ramonín, destacado militante confederal de Asturias. Durante la República defendió la Alianza con la UGT. Se refugió en Francia después de los hechos de octubre de 1934, perseguido por su participación. Activo durante la guerra, se desempeñó en diversos cargos. Pasó a Francia en 1939, donde colaboró en la reorganización de la CNT del exilio (VV AA, 2002).

por las dificultades laborales iniciales y la falta de recursos que los obligaba a vivir en un espacio muy reducido. La hija de Ramón vivió con su abuela y sus tías; y Violeta, la hija de Aurora, se quedó con Lola Iturbe en Tolosa. Aurora, años después, y con un trabajo más estable, quiso tener hijos con Ramón: «Pasaron dieciocho años cuando tuve el primero. Ramón no era muy partidario de los hijos. Pero yo sí, a mí me han gustao siempre los niños y quizás ahora más que antes. [...] Y, efectivamente, quedé embarazada de Dalia. Y al poco tiempo de Floreal. Yo los tuve muy feliz y Ramón también, una vez que llegaron. Sobre todo el chico, porque todo eran chicas lo que había en la familia [...]. Él estaba muy feliz y muy contento siempre que no le afectara a su manera de ser y yo, pues, igual. Y, por ejemplo, si él tenía una reunión, yo ya podía estar con cuarenta de fiebre o los niños, que él tenía que ir a la reunión. No puedo decir que no los quisiera, porque los adoraba. Pero él quería que se hicieran a su imagen y que fueran gente, pero sin tener él que ocuparse».

La situación familiar estaba lejos de estabilizarse por el compromiso militante del padre y compañero. Juanel volvió a España en 1946 enviado por la organización y empezó a actuar como secretario de Defensa del Comité Nacional de la CNT y también dentro de la Alianza Nacional de Fuerzas democráticas (ANFD). No pudo realizar una gran labor porque pronto, en abril de 1946, fue detenido junto a 27 militantes cenetistas más, juzgado por un Tribunal militar y condenado a 15 años de cárcel. Cumplió 7 años en distintos penales. Lola no podía ir España para apoyarlo, ya que perdería el estatus de refugiada, además del peligro que corría de ser detenida. Continuó trabajando confeccionando pantalones en Tolosa, enviando a su compañero todo el dinero que podía. Sin embargo, le dijo a su hija: «si yo no puedo ir, vas tú». Aurora era francesa, por tener doble nacionalidad al haber estado casada con un ciudadano francés, marchó hacia el Estado español. Al pedir el pasaporte le dijeron que si se metía en problemas políticos, le aplicarían la ley española, pese a su doble nacionalidad. Su padre estaba en Buitrago, en la Sierra madrileña, haciendo trabajos forzados. Su llegada la recuerda como algo emocionante.

«Llegué allí y estaban todos los compañeros esperándome, todos abrazándome, claro, que venía de fuera, qué noticias traía [de la organización] y todo. Y, yo no les podía decir: ‘pues mira, ahora

se va a arreglar enseguida', ni nada [...] Yo no quería engañarlos, la verdad. Y estuve allí unos días, haciéndoles la comida, en fin, lo que había, patatas y cosas así. E iba al pueblo, y en esas que había el cuartel de la guardia civil y enseguida me dieron el ojo, y me dice la guardia civil: 'Bueno, bueno, señorita ¿vuelve usted a España?'. Digo: 'sí, vengo de visita, vengo a ver a mi padre que está preso'. '¿Ah! está preso su padre. Bueno, ¿y qué le ha parecido España?', digo: 'Desde luego, da mucha tristeza ir por España, porque he leído, he visto por ahí a los presos haciendo piedra y la guardia civil detrás y da muy mala impresión'. Y dice: 'Sí, sí, es verdad. Bueno, ya verá usted cómo cambiará'. Y estuve en el campo allí pues tres o cuatro días. Y mi padre quería fugarse y nosotros le aconsejábamos que por lo que le podía quedar de condena, que no hacía falta que se expusiera, en fin, que resistiera lo que fuera».

También Ramón Álvarez realizó diversos viajes a España enviado por la organización, al ser secretario del Subcomité Nacional de la CNT escindida. En algún viaje fue acompañado por Aurora. Una vez en Barcelona, tuvieron problemas al encontrarse con conocidos que gritaban el nombre de Ramón, sin saber que viajaba con documentación falsa, y evidentemente, con otra identidad. De vez en cuando Aurora lo acompañaba a las reuniones y asambleas, pero su papel no era relevante: «ni pinchaba ni cortaba. No tenía ninguna intervención», aunque estaba de acuerdo con las tesis colaboracionistas, e incluso iba más allá que Ramón, al creer positivo la creación de un Partido Libertario para participar con más fuerza al lado de las otras fuerzas políticas.¹¹ También Violeta, la hija de Aurora, fue en diversas ocasiones a España enviada por las Juventudes Libertarias, que la habían contactado cuando daba clases de francés en los locales del Sindicato confederal en París. Realizaba misiones encargadas por la rama purista. La familia Molina lo supo posteriormente y protestó por no haber sido avisados. Ramón fue detenido varias veces en Francia en batidas contra el MLE. Mantuvo siempre contactos con la CNT asturiana y también intervino directamente en su reorganización tras la muerte de Fran-

11. La formación de un Partido Libertario fue promovida por Horacio Martínez Prieto a partir del final de la Segunda Guerra Mundial (Herrerín, 2004: 72).

co. Al escindirse de la CNT de España, se inclinó por los escindidos, donde ocupó diversos cargos.

Con el cambio en la situación política en el Estado español en 1975, la familia Álvarez con sus dos hijos volvió a Gijón, donde se instalaron. Los largos años del exilio siempre los vivieron como una situación provisional: «No comprábamos ni platos, porque no hacía falta comprar nada, que nos íbamos a ir enseguida y, pensando en eso, pues pasaban los años».

Para Aurora, pese a que su retorno a España fue emocionante, ya que había sido muy esperado, pasar de los primeros momentos de euforia a acostumbrarse a la nueva realidad fue duro y difícil. La adaptación tampoco fue fácil para los hijos, que estaban estudiando y que ya no eran tan niños, sobre todo para Floreal, el pequeño, que tenía quince años: «Para mí fue como otro exilio, ¿eh? sufrí mucho. Cuando pasé pa' Francia, lo pasé muy mal, pero, claro, luego me acostumbré, que fueron treinta y ocho, cuarenta años. Y volver aquí, además que no era mi tierra, por decirlo así, pues para mí fue otro exilio [...]. Me encontraba sola, toda la vida con gente del movimiento y ahora no tenía con quién hablar, ¿porque de qué iba a hablar con la gente que me rodeaba?». No fueron muchos los libertarios que volvieron a España, después de tantos años de exilio. En la mayoría de los casos los hijos, que ya se habían casado en el país de acogida, y los nuevos intereses inclinaron la balanza hacia la continuidad y cancelaron la idea del retorno. Pese a esto, tanto la familia Álvarez como la familia Molina-Iturbe lo hicieron por principios, por coherencia, a pesar de las adversidades. Los segundos volvieron en 1979 a Barcelona, su ciudad de origen. También para ellos fue difícil el retorno y echaban de menos a sus compañeros y las reuniones dominicales donde se encontraban y bromeaban. Ninguno de ellos pudo superar nunca la pérdida de la guerra, la desilusión y la desmoralización por este hecho los acompañó durante toda su vida, a pesar que en el exilio y con el paso de los años consiguieron construir un ambiente afectivo, una nueva solidaridad y una unión frente a un objetivo común: la derrota de Franco.

Con la nueva realidad española, Aurora se dio cuenta de que tenía otros intereses respecto a la gente que la rodeaba en Gijón. Pese a que sus hijos son lo mejor de su vida, las tareas domésticas nunca le gustaron: «A mí las cosas de la casa siempre me aburrían,

por eso me gustaba trabajar fuera. [...] Que me reñía a lo mejor con Ramón, me arreglaba e iba allí al trabajo. Ahí estábamos todas las mujeres y nos reíamos de las cosas que pasaban y ya se pasaba el día, porque había gente muy particular». Una de las cosas que le hubiera gustado en la vida es «ser algo más útil, más independiente». A Aurora le ha faltado no haber tenido una identidad propia. «Me hubiera gustado ser algo, lo que fuera. Quiero decir, algo que pudiera decir, pues mira soy pintora, soy escritora, algo que pudiera decir, soy algo. Y eso sí que lo pienso muchas veces. Yo digo, bueno que soy una ama de casa, pero bueno y qué utilidad tiene vivir, que has nacido y tienes que vivir, nada más». No era fácil para las mujeres de los años treinta construirse una personalidad y una identidad propia, sin renunciar a su vida familiar. También Lola Iturbe, madre de Aurora, era consciente de las dificultades de este deseo en una generación de hombres y compañeros que no estaban dispuestos a compartir ni la vida cotidiana doméstica, ni la familiar: «Toda nuestra vida ha sido el imposible afán de armonizar la lucha con un cierto orden en nuestra vida familiar» (Torres, 2006: 104).

Aunque Aurora Molina no ha tenido un gran compromiso militante en las organizaciones libertarias, su identificación de cara a las ideas anarquistas es más que evidente: «Yo tengo los sentimientos [anarquistas] y pienso que la finalidad es esa. Lo que creo es que ni yo, ni mis hijos, ni mis nietos lo verán. Primero habría que educar mucho a la gente y eso cuesta mucho en sola una generación». Actuó dando apoyo a los dos militantes más cercanos, su padre y su compañero, Ramón Álvarez. Así, participó en misiones relevantes, en las que su apoyo era decisivo para la buena marcha de la organización cenetista, como era pasar documentación, visitas clave, pasos de la frontera de forma clandestina, etc., sin embargo, ella le quita importancia a estas acciones por modestia personal.

Aurora continúa siendo encantadora, habladora y acogedora, pese a los problemas inevitables de salud que tiene. Pasé con ella y con su familia, que la cuida y rodea, unos días maravillosos. Vive sola pese a que le gusta el movimiento y la gente, especialmente después de la muerte de Ramón, ocurrida en 2003, cuando él tenía 93 años. Hecho que le dejó un importante vacío. Recuerda con placer todos los momentos intensos que ha vivido y la larga lista de amigos y compañeros con los que ha compartido partes importantes de su

vida. Hacerme partícipe de tantas vivencias y comunicarme todas sus sensaciones, ha sido un placer y un gran honor.

La actividad libertaria, entre clandestinidad y represión

Con el final de la Guerra Mundial y la victoria de los aliados, el régimen franquista redujo ligeramente la brutal represión que había practicado hasta el momento en España. Fueron unos años de activa reorganización del movimiento libertario. Sin embargo, esta actitud no tuvo una gran continuidad, ya que con la Guerra Fría y el cambio en la política de los países occidentales en relación con el Estado español se inició de nuevo una dura política represiva. Muchos grupos de acción libertarios, coordinados por el Comité de Defensa, fueron diezados a partir de 1947 hasta principios de los años cincuenta, cuando prácticamente desaparecieron. Muchos perdieron la vida en enfrentamientos armados, otros detenidos y fusilados y otros encarcelados.

CONXA PÉREZ, «Vivíamos vigilados, atemorizados de verdad. El disimulo y el silencio estaban a la orden del día».

La madre de Conxa trabajaba en la fábrica de vidrio, como había hecho toda su vida para sacar adelante a su numerosa familia. Con la llegada de Conxa a Barcelona, su salario debía cubrir sus gastos, más los de las cinco hijas y el pequeño. Vivían todos en una habitación, ya que la familia había perdido el piso donde vivían antes de la guerra. Conxa buscaba trabajo pero no lo encontraba. Finalmente, cuando el niño tuvo 10 meses tomó la decisión de dejarlo en la Maternidad y trabajar como empleada doméstica para salir del paso. En cuanto encontró alojamiento y trabajo estable fue a buscar al niño, que acababa de cumplir un año. «El trobo mig mort, perquè allà els tractaven fatal». La Maternidad colectivizada, que había sido dirigida por su amigo Carrasquer y por la militante de MMLL Àurea Cuadrado, ¿donde ella había trabajado!, le quedaba muy lejos, y dejar su hijo a las monjas las que se habían hecho cargo de la institución, le significó una decisión muy difícil y dolorosa.

Un día, en 1943, en plena represión, de camino al trabajo se cruzó con un antiguo miembro del Ateneo Faros, Maurici Palau. Los dos se saludaron y alegraron de verse: «Si me encontraba con alguna

persona conocida —explica Conxa— lo normal era no saludar, no sabías qué había pasado con su vida, si te comprometías tú o lo comprometías por acercarte a preguntarle cómo le iba. Vivíamos vigilados, atemorizados de verdad. El disimulo y el silencio estaban a la orden del día» (Quiñonero, 2005: 153-154). Pero con Maurici fue diferente, la alegría del encuentro fue más fuerte que la prudencia y el miedo. Continuaron frecuentándose y finalmente decidieron unir sus vidas. Estuvieron casi 30 años viviendo juntos, hasta la muerte de él, en diciembre de 1972. Este encuentro es para Conxa una de las mejores cosas de su vida. Cuando todo era tan difícil y el futuro se veía tan negro esta unión le dió un vuelco a su vida y la ayudó a ver las cosas con un poco más de optimismo. «Ens va semblar que el món s'obria. I ja poca cosa bona et puc dir més, eh?». En cuanto a la distribución de labores, las tareas domésticas del hogar recaían en Conxa: «Pero no peleamos nunca por eso. Y yo muchas veces me callaba porque, aunque me tenía que ocupar yo de la cocina y de las compras para la casa, no tuve nunca que llamar a un electricista, ¡ni a un fontanero, ni a un pintor! [...] Siempre entre nosotros existió respeto y cariño. Nunca ha sido uno de estos compañeros que son capaces de decir: '¡Cállate! ¿Tú qué sabes?'. ¡Por favor! Uno así conmigo, ¡no hubiera tenido mucho futuro! Él hacía todo lo contrario: siempre preguntaba mi opinión y le daba mucha importancia. Ha querido mucho a mi hijo y ¡mira que no era suyo! Para mí ha sido una persona muy importante [...] y ha sido una época muy feliz» (Moroni, 2008: 111-112).

La vida de Conxa no ha sido fácil y sin embargo conserva un ánimo y una vitalidad envidiables, y mantiene fuertes convicciones, en las ideas anarquistas «Jo de petita no vaig conèixer més que l'anarquisme i ja em va seduir i tota la vida fins ara he sigut anarquista [...] A mi la idea [anarquista] no me n'ha proporcionat cap benefici, tot han sigut dificultats, però a pesar de tot segueixo amb la mateixa, perquè la tinc molt arrelada i crec que la societat no té altre camí que aquest».

La situación de su padre, el veterano militante cenetista Joan Pérez Güell, fue una fuente de preocupación para toda la familia. No podía volver a España ya que los franquistas lo buscaban por haber participado en las Patrullas de control y eso se pagaba con el fusilamiento. Por ese motivo, estuvo más de 20 años viviendo cerca

de la frontera esperando que acabara el Franquismo para poder volver y reunirse con sus seres queridos. Como la situación se alargaba, la madre con los hijos intentaron pasar la frontera para irse a vivir con él pero la Guardia Civil lo impidió, fueron detenidos en la frontera y obligados a volver sobre sus pasos. Desesperado el padre, quien no quería morir solo en Francia, trató de pasar clandestinamente a España en 1958, pero fue detenido y encarcelado, primero en Figueres y después en Barcelona. Cuando salió en libertad en 1959, su salud había empeorado y había perdido la memoria. Murió a los pocos meses. Entre detenciones, prisiones, persecuciones, represión y sufrimiento, tuvo poco tiempo de tranquilidad en su vida de comprometido anarquista.

Con el retorno a España, Conxa se puso en contacto con el movimiento libertario. «Vaig participar en la vida clandestina de l'organització i més d'una vegada vaig estar a punt de ficar-me en un embolic. La veritat es que van ser anys molt, molt durs; la repressió tombava Comitè rere Comitè i encara s'afusellava molt». Tener una parada en el mercado de Sant Antoni, además de una estabilidad laboral, le dio muchas satisfacciones tanto económicas como por ser un punto de reunión y apoyo para muchos militantes libertarios. En un primer momento vendía retales de tela, después, calzoncillos, que confeccionaba y que vestía la militancia anarquista de Barcelona y luego vendió bisutería. Tuvo la parada durante más de 50 años y sólo la dejó cuando tras una caída debió ser ingresada en el hospital: «sinó encara hi seria ara», dice riendo esta joven de 90 años. La actividad ha sido una constante en su vida. En los años sesenta colaboró con la Asociación de vecinos del Raval, donde residía, y con la reorganización de la CNT, y tras la muerte de Franco impulsó un Sindicato cenetista del Comercio. En 1999 participó en el proyecto de la Agrupación «Mujeres del 36», con otras mujeres de diversas adscripciones políticas (Olesti, 2005).

Conxa ha sido siempre una mujer muy decidida, con coraje y resuelta, personalidad que la hizo destacar entre las otras jóvenes de la época: «Su forma de ser era diferente a la de otras jóvenes —dice de ella Sara Berenguer que la conoció durante la guerra—. Conxa tenía un aura en torno de su persona. Yo no sabía el porqué, pero sí me daba cuenta que los compañeros le tenían respeto y la trataban con deferencia» (Berenguer, 2008: 144). Es indudable que Conxa,

así como el resto de miembros de su familia, incluida su madre, ha tenido una vida llena de sacrificios y renunciaciones y ha vivido momentos dramáticos, que ha ido superando pese a todo con sencillez y naturalidad.

JOAQUINA DORADO, «En la cárcel no hubo malos tratos. Vivíamos mal todas las presas, pero nos ayudábamos las unas a las otras».

En agosto de 1946, Joaquina llegó a Barcelona clandestinamente con la misión de ayudar a la reconstrucción de las JJLL y de relanzar su publicación. «La veo con mucha necesidad y con mucho miedo. La gente asustada, pasando hambre y desentendiéndose de lo esencial que es la solidaridad entre los hombres. [...] Pero al mismo tiempo lo comprendí fácilmente por el régimen que los aterrorizaba».

La CNT del exilio se acababa de escindir y por ese motivo las JJLL tuvieron muchos problemas y tropiezos que superar, habiendo fuertes tensiones entre ellas. Además, la vida en la clandestinidad era muy dura y arriesgada. Joaquina vio poco a sus padres, ya que no los quería comprometer. Tampoco podía ver a amigos y conocidos de la guerra por temor a ser denunciada y para evitar cualquier riesgo. Al caer Amador Franco y Antonio López, que fueron fusilados poco después, fue la encargada de entregar un dinero a la familia del primero.¹² Ella fue con otro compañero, pero la familia de Amador la quiso agredir, estaban convencidos de que su hermano había sido denunciado y traicionado por el Comité confederal del exilio. Tuvo que defenderse para salir de aquella desagradable situación.

«Y hubo mucha pelea antes que nosotros llegásemos y cayésemos. Muchos Comités cayeron. Hubo mucha lucha inútil, además. Lo cual es una gran pena que muriese tanto joven salido de allí, de Tolosa. Porque esto sí que no se puede ocultar y se debe decir. En Tolosa, los cargos de los Comités eran retribuidos y había un miedo

horrible a quedarse parado en la calle. Tenían sus hojas de paga y su retiro asegurado. Y eso era lo que les retenía y lo que les impedía ayudarnos en nuestra lucha».

El grupo «Tres de mayo» dio su apoyo a la publicación clandestina de las JJLL que se hacía en Barcelona con el nombre de *Ruta*. Algunos, como Llibert Sarrau y Raúl Carballeira, escribían en la publicación, otros ayudaban a la distribución, o en la impresión. Llibert Sarrau y Joaquina Dorado fueron detenidos al ser delatados el 24 de febrero de 1948. Estuvieron 18 días en la Jefatura de policía donde recibieron palizas y torturas: a Joaquina le destrozaron los riñones a golpes y Llibert tuvo que ser trasladado de urgencia a la enfermería de la Modelo porque estaba deshecho físicamente. A Llibert lo acusaban de ser responsable de un depósito de armas, que habían encontrado en un descampado cerca de Barcelona y lo condenaron a veinte años y un día. Joaquina fue acusada de actividades clandestinas y condenada a quince años primero y a doce después. Ambos pasaron a la prisión: Llibert a la Modelo, que era la cárcel de los hombres y ella a la de mujeres que estaba en Les Corts. Joaquina tenía 31 años, la edad media de las presas políticas allí encarceladas (Vinyes, 2002: 144).

En la cárcel provincial de mujeres de Barcelona, las presas políticas, anarquistas y comunistas, la estaban esperando. Entre otras estaban Montserrat Elías; Pepita Subirats; Francisca Abellanet, madre del militante Domenech de las JJLL de La Torrassa, y que fue fusilado; Esperança Moreno; Enriqueta Milà, hija de Tomasa de Sants; y Maria Pujarols. Todas ellas fueron condenadas a muerte y más tarde se les conmutó la pena (Iturbe, 1974: 123). Al entrar encontró un muy buen ambiente y solidaridad. «En la cárcel no hubo malos tratos. Vivíamos mal todas las presas, pero nos ayudábamos las unas a las otras».

En las cárceles de mujeres del Estado español se trabajaba sin parar. A veces de acuerdo a la dirección de la prisión, con el objetivo de explotar una fuerza laboral indefensa y barata, a cambio de redención de penas y de algún dinero. Otras de forma privada. La mayoría de las presas no tenía a nadie que las mantuviera al estar sus familiares también en prisión o fusilados, por lo que trabajar formaba parte de las estrategias de subsistencia tanto a nivel personal como familiar. En la prisión de Les Corts, las mujeres trabajaban la

12. Amador Franco era el pseudónimo de Diego Franco Cazorla (Barcelona, 1920-San Sebastián, 1947) había nacido en el barrio de La Torrassa y se había afiliado a las JJLL a la edad de 13 años. Activo durante la guerra pasó a Francia, donde estuvo en los campos de concentración. Después militó en la reconstrucción del MLE en el exilio. Volvió al interior de forma repetida, también con Raúl Carballeira. Fue detenido en Irún y fusilado en la prisión de Ondarreta (Iñiguez, 2001; Marín, 2002).

tierra, en un gran huerto construido por ellas o en la costura (Vinyes, 2002: 146-147). En la época de internamiento de Joaquina, las labores se dividían entre las que cosían ropa, calzoncillos, área que estaba muy mal remunerada; y las que bordaban paños, que era mucho más laborioso, pero estaba mejor pagado. Ella se incorporó a este último. Era un trabajo que le gustaba, que realizaba con cinco agujas y que le salía muy bien. «La cárcel de mujeres de Les Corts —explica Joaquina— era una verdadera fábrica de paños». Sacaba un buen salario con el que podía complementar el escaso alimento que les daban y también ayudar a sus padres y a Llibert. En las prisiones de hombres no existía la posibilidad de trabajar y por tanto las mujeres les tenían que pasar dinero a sus compañeros y familiares encarcelados (Hernández Holgado, 2003: 295).

Su padre iba a visitarla dos veces por semana, que era la frecuencia y horario establecido para las visitas: «Eran poquísimas las que disponían de un marido, o un padre, o un hijo que pudiera atenderles. Las mujeres no tenían hombres en la calle, porque los hombres de las mujeres estaban o en la cárcel o los habían fusilado, o se habían exiliado».¹³ También pudo comunicarse con Llibert, a través de las monjas, cuando fue trasladado a la prisión de Segovia. Se escribían cartas y poesías y fue mediante esa correspondencia como decidieron vivir juntos cuando saliesen: «Tengo unas cartas que son una maravilla porque era sobre todo él que estaba enamorado. Y, tengo postales, poesías, muy bueno todo, y además sabía escribir. Y bueno, pues hemos debido estar juntos, pues, descontando los diez años de cárcel, unos cuarenta y cinco años».

En enero de 1949 salieron en libertad condicional y pudieron irse a vivir juntos. Vivieron en la clandestinidad, escondidos durante dos meses y después decidieron marcharse a Francia. No lo consiguieron, fueron detenidos en Ripoll y llevados a Barcelona. De nuevo en la prisión, Joaquina empezó a tener problemas de riñón, a consecuencia de las palizas recibidas y como en la prisión de Les Corts no tenían medios para solucionarlo fue internada en el Hospital Clínico en diciembre de 1950. Allí también formó un

escándalo «por no querer confesar ni comulgar». Tenía fiebre y por las analíticas se veía que tenía una gran infección y que no le funcionaban los riñones. La penicilina que le pusieron en el hospital la compraba de estraperlo al Sindicato confederal clandestino Fabril y Tèxtil. Tuvo que ser operada de urgencia para extraerle un riñón y sobrevivió gracias a eso y a los cuidados del doctor naturista Ferrándiz, aunque pasó momentos al límite, por peligro de gangrena y por las dificultades para orinar. Al salir del Hospital fue a casa de una compañera de las Juventudes Libertarias en La Torrassa, quien le hacía las curaciones naturistas noche y día, hasta que el cuerpo respondió y pudo salvarse: «Muchas personas intervinieron para que volviese a vivir».

En agosto de 1952 fue condenada a doce años, pero a los dos años salió de prisión con libertad condicional (julio de 1954). Entonces volvió a la clandestinidad y vivió oculta hasta junio de 1956: «Pues vuelvo [a la clandestinidad] porque me piden ayuda. Y yo, ante una situación que creía razonable y bien, no podía negarme». Estando aún convalesciente del riñón, regresó clandestinamente a Francia, en esa ocasión acompañada de Quico Sabaté, con quien tuvo un viaje muy accidentado (Sánchez Agustí, 2005: 68 y 178). Decidió quedarse en Francia. Había vivido los diez años más difíciles de su vida, muchos de sus amigos no pudieron volver. «Regreso para estar tranquila ya y dejar la clandestinidad. Tenía que hacerlo a la fuerza si quería sobrevivir».

ANTÒNIA FONTANILLAS, «Vivíamos entorno a esta clandestinidad [de las JJLL] y de todos los presos y de más».

Antònia Fontanillas entró en contacto con las JJLL en el año 1946. Siempre trabajó en la tipografía donde se imprimían los periódicos falangistas y vivió con incerteza el final de la Segunda Guerra Mundial, que generó entre los directivos de prensa dudas sobre la posible continuidad del régimen franquista. Nuestra protagonista escuchaba estas conversaciones. «En el 45 la cosa no estaba molt clara de com aniria. [...] Vaig sorprendre la conversa d'ells dos, no sé si li donaven més d'un any de vida [al franquisme]. Va haver-hi un moment en que aquest aspecte psicològic no va ser aprofitat ni per l'exili ni per res. Tot Déu esperava un canvi i nosaltres també».

13. Entrevista con Josefina Amalia Villa, Madrid (Hernández Holgado, 2003: 295).

Algunos compañeros de trabajo ante esta situación hablaban entre ellos tranquilos, con franqueza y perdiendo el miedo y expresaban su ideología. «Una vegada vam tenir una conversa amb el que era el jefe del cierre i un altre que estava en el magatzem, eh? això en els anys 44 o al principi del 45 i que em deien que ells cotitzaven a la CNT clandestina. [...] Quan se'n va, li diu la Teresa: 'I nosaltres que creus que som?' 'Vosaltres sou roges'. I sortint, que ja se'n anava cap a la sortida i tot això, em diu l'Arturo: 'Apa Antònia, si canvia la truita ja em faràs un aval!'»

Como otros militantes anarquistas, nuestra protagonista consiguió mantener tras la Segunda Guerra Mundial, con mayor o menor fortuna, una vida de militancia clandestina. Fue un momento de gran actividad en las JJLL, sobre todo cuando pasaron diversos grupos desde Francia para ayudar a la reorganización libertaria contra el régimen. Entre ellos estaban los partidarios de acciones violentas armadas para manifestar su oposición concreta y decidida al régimen franquista. Sin embargo, no todos los jóvenes afiliados a las JJLL estaban de acuerdo con la lucha armada y por lo tanto no todos participaban en esta estrategia. Antònia Fontanillas, por ejemplo, era contraria a este tipo de acciones considerándolas ineficaces y con un alto coste humano. «Yo fui siempre reticente al empleo de la violencia y en el seno de las FIJJL, y más en aquellos años, fui contestataria de la línea de acción desencadenada por los jóvenes 'activistas' quienes, para alentar a la opinión pública contra la dictadura franquista, recurrieron a acciones espectaculares, arriesgadas y de resultados imprevisibles, que nos podían llevar al desastre. Cuando salía bien, todo era entusiasmo; pero fueron muchas las vidas que se perdieron o los años de encierro que sufrieron otros» (Fontanillas, 1993: 10).

Uno de los objetivos de las JJLL era la creación de un órgano de propaganda, pero no había muchos medios técnicos ni económicos. Para ponerlo en marcha se combinaron esfuerzos de las JJLL de Cataluña, del cual era secretario el andaluz Manuel Fernández, con las JJLL del exilio, que enviaron a Barcelona a dos representantes del CN, Raúl Carballeira y Diego Franco, más conocido como «Amador Franco». Los esfuerzos comunes hicieron posible la salida del primer número de *Ruta*. *Órgano de las JJLL de Cataluña y Baleares. Portavoz de la FIJJL*, el 15 de junio de 1946. La impresión se hacía en un local

alquilado de la calle Fuente del barrio del Carmelo de Barcelona, con una tirada de 5.000 ejemplares.¹⁴ Antònia fue, durante un período, la encargada de llevar el periódico semanal a Sabadell. La publicación era distribuida por diversos grupos cenetistas y juveniles de Zaragoza Madrid, Valencia, Sevilla y Granada (Madrid, 1993; Téllez, 1995).

Nuestra protagonista colaboró en *Ruta* escribiendo artículos desde julio de 1946 hasta el último número de la primera época, que salió en mayo de 1948.¹⁵ Dos jóvenes de las JJLL la animaron a escribir, Miguel Jiménez y Raúl Carballeira, con los que estableció una fuerte amistad. Escribió utilizando diversos pseudónimos como el de «una joven libertaria», «Toña» o «Tonia» (Fontanillas, 1995: 21-25). La revista tuvo diversas suspensiones relacionadas con las detenciones de los militantes anarquistas y la localización de la tipografía por la policía.

Paralelamente, Antònia se reunía en algunas ocasiones con los jóvenes libertarios del grupo «Tres de mayo». Recuerda dos reuniones, una en el Tibidabo y otra en la calle Carders (Barcelona). En la primera Raúl Carballeira les pidió, a Miguel Jiménez y a ella, si querían pertenecer al grupo. Ambos aceptaron. A partir de ese momento encontró a otros militantes como Jaume Amorós, Germinal Gràcia, Llibert Sarrau, Josep Dot, y también las hermanas Pajerols, Maria y Laia. En las reuniones se hablaba de cómo subsistir y continuar la lucha. Algunos decidieron irse a Madrid, otros hacia Francia para encontrar los medios económicos necesarios. Antònia frecuentó con asiduidad a algunos miembros del grupo, especialmente a Raúl Carballeira. Extrañamente, y seguramente debido al hecho de vivir en el barrio chino de Barcelona, con un gran movimiento de hombres y jóvenes por aquellas calles día y noche a causa de la prostitución, la afluencia de militantes libertarios a su casa pasó desapercibida para la policía. En el piso de la calle Robador, dormían y comían

14. El responsable de la composición era Mediavilla, del Sindicato de Artes Gráficas, y los encargados de la impresión los andaluces Pura López Mingorance y Francisco López Ibáñez. Entrevista a Pura López, Barcelona, octubre 2005 y noviembre 2006.

15. *Ruta* tuvo una segunda época de junio de 1955 hasta mayo de 1957.

muchos miembros de las JJLL cuando salían de la cárcel o buscaban refugio por encontrarse con alguna misión en Barcelona. Incluso celebraron juntos diversas festividades, como la Navidad de 1947. Antònia vivió intensamente esos años realizando diversas tareas (como miembro del grupo, asistiendo a las reuniones y participando en ciertas acciones, de apoyo, de acompañante a aquellos que no sabían moverse por la ciudad condal, de solidaridad con los presos, y también, escribiendo y colaborando en la publicación libertaria). 1947 fue también un año muy importante a nivel familiar debido a la muerte de su padre a la edad de 72 años.

«També frequenta la nostra casa [...] els que surten en llibertat: l'Alcácer que era l'administrador,¹⁶ ve el Pujol¹⁷ i tot una sèrie de gent a casa i passem les festes de Nadal [...] d'una forma molt, molt maca, no? Tots junts i cantant i hi ha tot una relació i interacció entre uns i altres. Pues vivim a l'entorn d'aquesta clandestinitat i de tots els presos i de més. [...] Quan surten de la presó, també fem una festa. Surten de la presó al cap de 7 o 8 mesos en llibertat provisional, perquè allavorens ja era factible a través d'una fiança i surten en llibertat el Jaime [Amorós], el Germinal [Gràcia], el Miguel [Jiménez] [...] i venen a casa i ens reunim i fem festes celebrant totes aquestes coses, comprens? I tot això passa en el curs de dos anys, que venen i tornen [de França]».

La desaparición definitiva del semanario *Ruta* en su primera época fue inevitable tras los trágicos acontecimientos de junio de 1948, cuando los integrantes de grupo «Tres de mayo», Raúl Carballeira, Germinal Gracia, Ramón González y Juan Cazorla cayeron en la trampa que les preparó la policía, que disparó y mató a Ramón González, mientras los otros miembros lograron

escapar. G. Gràcia se refugió en el Tibidabo y pasó a Francia poco después, mientras que R. Carballeira, escondido en Montjuïc, fue descubierto y asesinado por la policía. La propia Antònia tuvo que trasladarse a un pequeño pueblo a las afueras de Barcelona, por miedo a ser detenida.

Después del retorno a la ciudad, nuestra entrevistada fue la encargada por designio de las JJLL de hacer el enlace entre los jóvenes libertarios de la Modelo de Barcelona y el abogado que los asistía y defendía, Ramón Viladàs. De esta forma, Antònia conoció a *Ricardo Santany*, pseudónimo de Diego Camacho, delegado de los presos de la sexta galería para la comunicación exterior, entre los cuales hubo una historia de amor, llegando a ser su posteriormente su compañero y padre de su hijo.¹⁸ Cuando salió en libertad condicional, en abril de 1952, después de buscar trabajo sin resultados, decidieron conjuntamente marcharse a Francia. Diego lo hizo primero pasando clandestinamente la frontera.

Antònia se marchó de Barcelona en tren en noviembre de 1953, junto con Laia Pajerols, compañera de Emili Vilardaga, militante anarquista de Gironella, que había estado diez años en la cárcel de la Modelo de Barcelona por tráfico de armas y fue puesto en libertad en 1952 (Iñíguez, 2001: 631). Ambos compañeros se encontraban en Francia al pasar la frontera clandestinamente. Ninguna de las mujeres tenía antecedentes penales por lo que pudieron obtener el pasaporte. Para Antònia era el inicio de una nueva etapa de su vida. Con 36 años debía buscar un nuevo empleo y un lugar para vivir con su compañero. Para poder vivir en el país vecino debía pedir que se reconociera su situación de refugiada, que consiguió en 1954, y para facilitar su permanencia en Francia legalizó su unión con Diego. En Clermont-Ferrand, donde la pareja se trasladó a vivir, había más posibilidades de trabajo. Antònia comenzó a trabajar en la

16. Juan Alcácer Albert, pertenecía al grupo anarquista «Los Irreductibles», donde también estaba Peirats. Se exilió a Francia, formando parte en 1945 del CN de las JJLL del exilio. En marzo de 1946, se encargó de la administración de *Ruta*. En 1946 fue detenido cuando pasaba la frontera. Pudo marcharse de nuevo a Francia en 1948 después de unos años de prisión (Iñíguez, 2001).

17. Josep Pujol Grúa, médico y militante de la CNT, exiliado en Francia donde intervino activamente tanto en la reconstrucción de la CNT como en los grupos de acción, especialmente con Faceries. Marchó con misiones orgánicas a Cataluña, siendo detenido y encarcelado hasta 1947. Vivió escondido en Barcelona hasta que un comando lo pudo ayudar a pasar a Francia (Iñíguez, 2001).

18. Diego Camacho Escámez, «Abel Paz» (Almería, 1921-Barcelona, 2009), se trasladó a Barcelona en 1927, donde vivió con su abuela y con su tío. Se adhirió a la CNT y a las JJLL en 1936. Exiliado a Francia después de la guerra, volvió a España en 1942, donde fue miembro del CN de las JJLL. Fue detenido y encarcelado hasta 1952. Se exilió de nuevo a Francia en 1953 donde militó activamente en la CNT, las JJLL y en la FAI. Volvió a Barcelona en 1977 (Iñíguez, 2001).

costura, oficio que había aprendido de su tía Salud y de sus primas y también militante en las JJLL en el exilio. Se dedicó a las tareas culturales, organizando numerosas conferencias y debates, siendo la coordinadora y animadora de estas iniciativas.

Dos hechos familiares hicieron que su militancia disminuyera durante un corto período. Por un lado, el nacimiento de su hijo Ariel, en enero de 1956 y por otro, la enfermedad de su compañero que contrajo la tuberculosis en las cárceles franquistas, y que lo obligó a recuperarse en el sanatorio de Clemencel. Ella retomó la actividad en las JJLL en 1957, encargándose de la redacción del boletín interno y también formando parte del CR, y ocupándose de la contabilidad. Por su parte Diego, continuó en contacto con la CNT del interior y pasó la frontera de forma clandestina en diversas ocasiones. Antònia sufría por estas acciones tan arriesgadas: «Son tragos amargos que se compensan con el regreso y que demuestran, una vez más, cuán ligados han estado en nosotros exilio e interior, cuando no físicamente en nuestras ilusiones y en nuestro laborar» (Fontanillas, 1993: 6).

El mes de mayo de 1958, Diego y Antònia se separaron. Diego se trasladó a vivir a París y Antònia y su hijo a Dreux, donde estaban diversos amigos, entre ellos Laia Pajeros. En esta ciudad reconstruyó su vida. La responsabilidad de tener un hijo exclusivamente a su cargo la llevó a cambiar de trabajo a uno mejor remunerado y de jornada completa en la empresa Comasec. Esta producía elementos de protección personal para trabajar (guantes, delantales, chándals de plástico, de amianto, etc.), y permaneció ahí hasta su jubilación en 1977. Trabajaban más de un centenar de obreros y obreras. Durante este largo período laboral, casi 20 años, estuvo sindicada en la CNT, participando en el FL de Dreux, y también fue elegida delegada del personal y del Comité de empresa en la fábrica Comasec, en representación del sindicato comunista francés CGT. Su formación libertaria fue siempre un apoyo psicológico decisivo para defender su dignidad como persona y como trabajadora, especialmente en momentos de conflicto en la empresa. También se presentó, por petición de unos jóvenes trabajadores, a delegada sindical por la empresa representante en la Federación del Vestir de la FL (CGT) de la ciudad de Dreux. Ella se hacía cargo de las cotizaciones y de las liquidaciones, realizadas normalmente en las oficinas sindicales de

Chartres y París. «Considero que nuestra base de formación libertaria nos daba fuerza y dignidad y materia de argumentación para saber defendernos ante los patronos, aún en dificultades con el idioma, mejor de como lo hacían los franceses que, sin razón valedera, aceptaban sin más el despido, contentándose con la semana o el mes de preaviso. Para mí era cuestión de dignidad no aceptarlo, y en dos ocasiones hicieron marcha atrás» (Ibíd.).

Esta experiencia de militancia en el sindicato francés no la animó a involucrarse más, por no estar de acuerdo ni con el funcionamiento ni con su sistema de delegaciones. Acostumbrada a la estructura federalista de la CNT y con los objetivos finales de esta encontró a la CGT decepcionante. Es interesante remarcar la participación de los exiliados republicanos españoles en las organizaciones políticas y sindicales francesas. Desde la Resistencia en el momento de la Segunda Guerra Mundial, se dieron fuertes lazos de unión entre refugiados y diversos sectores de la sociedad civil y política del país de acogida, que favoreció sin duda su arraigo e integración (Dreyfus-Armand, 2000: 315).

Desde 1960, Antònia vivió con su nuevo compañero, Antonio Cañete, también militante anarquista.¹⁹ Juntos comenzaron un intenso trabajo de organización de las JJLL en Dreux, tratando de acercarse a los inmigrantes españoles por motivos económicos. Allí mantuvieron una intensa actividad cultural y orgánica. También publicaron el boletín *Surco*. Antònia sufrió durante tres años el encarcelamiento de su compañero, que se vio comprometido en una acción en España, siendo descubierto y detenido por la policía en 1966. Con él continuó viviendo en Francia hasta su muerte en 1979. Ante las divisiones de la CNT del exilio, Antònia consiguió mantenerse bastante al margen y siempre ha defendido un criterio independiente y crítico.

19. Antonio Cañete Rodríguez (Granada, 1912-Dreux, 1979), de familia anarquista. Militante de las JJLL en Granada durante la República, sufrió prisión por su actividad. Detenido y encarcelado por los franquistas. Actuó en la clandestinidad ocupando cargos en la CNT hasta que pasó a Francia en 1948. Militó entonces con las JJLL del exilio y ocupó cargos en la FL de la CNT de Roanne y de Dreux. De misión en España en 1966 fue detenido y acusado de pertenecer al grupo «Primero de Mayo». Al salir de prisión en 1969 volvió a Francia, y se apartó del sector ortodoxo por su sectarismo, acercándose a los moderados (Iñiguez, 2001).

También ha considerado que era necesario un acercamiento de las diversas tendencias haciendo lo posible para evitar los enfrentamientos. Como consecuencia, ha seguido en contacto con las diversas facciones libertarias. Los viajes al país vecino se volvieron más frecuentes a partir del cambio de régimen en el Estado español, en noviembre de 1975, tras la muerte de Franco, asistiendo a Congresos y Jornadas organizadas por la CNT y por los escindidos de la CGT española. Sin embargo, como muchos otros libertarios, decidió no volver a España definitivamente. Los compromisos familiares, con su hijo y sus nietos, y su amplia biblioteca y archivo han sido ataduras demasiado fuertes como para dejar su residencia de Dreux.

Respecto a la convivencia con las diversas parejas no ha sido fácil para ella en ninguno de los dos casos, debido tanto al carácter fuerte de sus compañeros, como a su militancia, que le dejaba poco tiempo para dedicarse a la casa. También en los temas domésticos reconoce que era difícil su colaboración. «Però els homes estan acostumats [a no fer res]. D'això tenen la culpa les dones, han estat servits i és molt difícil de fer-los canviar de formes de ser». Encontrar una relación igualitaria en una pareja es prácticamente imposible según su punto de vista. «Sempre en el interior d'una convivència, ja sigui entre homes, entre dones o no importa amb qui, sempre hi ha un que per la seva forma de ser té més llibertat de realitzar-se que l'altre, i l'altre, involuntàriament està més sotmès, sense voler-ho aquell».

Pese a las dificultades de la convivencia, Antònia considera que el motor de la vida es el amor. «El motor essencial de l'home i de la dona jo crec que és l'amor. [...] Però el meu concepte, és que la vida, si no existís l'amor, no valdria la pena de ser viscuda. I jo no entenc l'amor per la relació sexual solament, si no amb algo molt més superior. Crec que l'amor és singular i que necessitem sentint-nos estimats d'una forma singular i no l'amor a la *humanidad* [que] a mi, no em satisfà». Té la sort d'haver trobat aquest motor en la seva vida. «O al menos en certa època he cregut haver-lo trobat. I allò m'ha omplert i allò és fantàstic. [...] I lo desGràciat és que allò desapareix, no? [...] però val la pena encara que s'hagi viscut d'una forma efímera».

A parte del amor, una de las mejores cosas de su vida ha sido conocer los idearios libertarios y su militancia. Para ella, una luchadora sindicalista, los sindicatos han sido muy necesarios y útiles, pero se siente más identificada con el anarquismo.

«[L'anarquisme] és una actitud davant de la vida i és un humanisme. És un concepte de la vida no solament ètic sinó humà. És la llibertat de l'home i de la dona de realitzar-se de una forma harmoniosa i justa. [...] L'anarquia, per mi, és una aspiració a la llibertat que no es pot definir ni amb regles úniques, perquè els homes i les dones pensen diferent [...] Lo que podem aspirar és a defensar el nostre dret de ser diferents i de lluitar contra lo que considerem injust».

Los objetivos de buscar la libertad y la justicia, bases del anarquismo, ha dado una dimensión diferente a su vida.

«A mi m'interessa perquè això m'ha donat forces per continuar [...] i per donar un objectiu a la meva vida. L'ideal anarquista jo trobo que és un dels millors. [...] És molt difícil potser realitzar-lo. Però s'ha de continuar, diguéssim, lluitant per fer-lo conèixer perquè al fi i al cap, és la millor garantia de la transformació de la societat, amb un clima, diguéssim, de justícia, de llibertat i d'harmonia [...] i que val la pena de lluitar per ell».

Respecto a lo peor que le ha pasado en la vida, Antònia valora que: «la vida és goig i és pena. I considero que he tingut un temperament que he anat superant totes aquestes coses, els desastres. Des de *luego* que les decepcions amoroses et marquen molt. Potser és una de les coses que et marquen més, eh? segons el grau d'ideal que tu has posat en això».

Antònia Fontanillas es una mujer aún muy activa a sus 93 años, pese a los diversos problemas de salud inevitables en una persona que ha vivido tantos años difíciles. Queda bien lejos aquella chica tímida de 17 años que se sentía incómoda en las reuniones de las JJLL, por encontrarse en minoría respecto a los chicos. Con el paso de los años ha ido adquiriendo una sólida fuerza y tozudez en sus convicciones, que difícilmente cambia. Es alegre y transmite su sentido del humor y su pasión por los boleros, que canta con frecuencia. Vive sola en Dreux (Francia) acompañada de sus libros y documentos, y escribiendo libros y artículos sobre personajes y acontecimientos del anarquismo ibérico. Destacan las antologías de Luce Fabbri y de Lola Iturbe, y la introducción biográfica del libro de Armand Guerra, sobre la experiencia de este director de cine en el frente español en 1936.²⁰ Todo un ejemplo de coraje y superación personal.

PURA LÓPEZ, «Yo no tengo odio ni rencor, pero ni perdono ni puedo olvidar».

Pura López llegó a Barcelona poco después del fusilamiento de su hermano. No fue fácil para ella tomar esta decisión. Había tenido que dejar a su hijo Miguel, de cuatro años, a cargo de su madre y hermanos, y con 25 años empezar una nueva vida independiente y autónoma en la ciudad condal. Además, en Granada, había tenido que dejar a Andrés López Ibáñez, *Paco*, amigo de su hermano Germinal, con el que había estado hasta el final y con quien había comenzado una relación amorosa.²¹ El motivo de tanta precipitación fue su desesperación. Tras la muerte de Germinal, su hermano más cercano, Pura no podía reprimir su rebelión y su madre temiendo por ella le aconsejó que dejara Granada, donde la situación aún era muy tensa: «Yo vine en el 45, el mismo año que mataron a mi hermano. A mi hermano lo mataron el día 25. Y yo me vine a últimos de mes. Sí, en enero del 45. Porque claro era cuando mi madre tenía más miedo porque era cuando yo más rabieta tenía y cuando no me podía contener».

Gracias a los contactos que había hecho en prisión, supo que la familia de Manuel Fernández y otros compañeros y compañeras de Granada²² se habían establecido en Barcelona. Una amiga de la cárcel la puso en contacto con el propietario de un bar en la calle

Joaquín Costa, donde se reunían muchos libertarios andaluces, para que pudiera empezar a trabajar y obtener ingresos. Necesitaban una persona de confianza y estuvo allí durante un tiempo. Su amiga también la había acompañado a la casa de Manuel Fernández, que militaba en la CNT clandestina así como en las JJLL, y a través de aquellos contactos comenzó a comprometerse con el movimiento libertario. Además vivió en casa de los Fernández durante unos meses. «Y vino ella conmigo a la casa de Manolo y allí es donde nos introducimos [en el movimiento libertario]. Que ya Manolo hablaba con el marido de ella, que también había sido de la CNT, también había estado en la cárcel con mi hermano y allí fue donde yo me introduje».

Pura conocía a Manuel Fernández desde joven, cuando durante la República iba a Lanjarón para las reuniones de las JJLL en las que debatía con su hermano Germinal también militante de las JJLL. La vida hizo que durante los años de clandestinidad barceloneses coincidieran y que Pura comenzara a colaborar con las JJLL y también participara en diversas acciones en las que Manuel Fernández, como secretario del CR de las JJLL, estaba involucrado. Posteriormente, a la vuelta del exilio de él, en 1982, comenzaron una relación amorosa que duró más de veinte años, hasta su muerte en 2003. Entre las misiones que Pura López realizó destacaron la de llevar dinero, que provenía del Comité pro-presos y de las afiliaciones clandestinas de la CNT, a los familiares de los presos. «Yo iba a llevarle dinero a gente que estaba en la cárcel, a las familias. En un sitio que eran descampaos, de familias que vivían allí que tenían los maridos en la cárcel, que serían de la CNT claro, porque yo le llevaba dinero». Hacía de enlace llevando dinero o documentos en los diversos puntos acordados. Ella prefería saber lo menos posible para evitar problemas posteriores con la policía.

«En esas cosas mientras menos sepas mejor, porque si te cogen, el cuerpo humano no sabes lo que puede resistir. Si te dan un par de hostias pues a lo mejor cantas todo lo que es y lo que no es, para que te dejen. Porque no es el primero que lo ha hecho, ¿eh? Yo no sabía ni quien era ni dónde. Me decían a tal sitio, a tal casa y a fulana de tal. Llévale este sobre. Un sobre con dinero».

También empezó a colaborar con la creación del periódico de las JJLL, *Ruta*, cuando Paco López Ibáñez llegó de Granada y se fueron

20. Fabbri, L. (1998), *La libertad entre la historia i la utopía*, Barcelona; Guerra, A. (2005), *A través de la metralla. Escenas vividas en los frentes y en la retaguardia*, Malatesta, Madrid; Torres Planells, S; Fontanillas Borrás, A. (2006), *Lola Iturbe Arizcuren. Vida e ideal de una luchadora anarquista*, Virus, Barcelona.

21. Andrés López Ibáñez, *Paco*, militante anarquista de Granada. Era muy joven cuando se unió a los libertarios, haciendo de corneta en el ejército durante la guerra. Militó en las JJLL de Barcelona a partir de 1946, siendo detenido y encarcelado durante varios años.

22. Manuel Fernández Rodríguez (Granada, 1917-Barcelona, 2003), de familia libertaria. Activo militante de las JJLL durante los años treinta. Luchó en el frente de Baza y Almería hasta el final de la guerra. Detenido en Barcelona en octubre de 1939 y puesto en libertad en febrero de 1942. En noviembre de 1945 en el CR de las JJLL de Cataluña preparó la salida de *Ruta* y el CR de CNT en 1946. En ese mismo año fue apresado nuevamente y salió en 1947 con unas deplorables condiciones físicas. Se exilió a Francia y a América. (Entrevista a Pura López, junio de 2005 y noviembre de 2007).

a vivir juntos. En 1946 alquilaron una planta baja en el barrio del Carmelo, donde vivían e imprimían el periódico. Lo hacían de noche, cuando llegaba el delegado del Sindicato de Artes Gráficas, Mediavilla, que trabajaba en una imprenta por la mañana. El primer número salió en junio de 1946. También Manuel Fernández colaboraba sobre todo en la redacción de los primeros números. Como hemos visto anteriormente el periódico era distribuido por todo el territorio español. Otra de las misiones de Pura López era llevar los ejemplares a Correos y desde donde los enviaban a otras poblaciones.

«Cuando estaban hechas, se mandaban a muchos sitios. A Sevilla las mandaban, ¿eh? Y yo pa' evitar que me cogieran, pues ponía un cesto, ponía las revistas abajo y encima pues una sartén o cualquier cacharro pa' que vieran que yo no llevaba nada. Porque tenía que coger el tranvía. Y me iba a Correos y esperaba un compañero que yo no sabía quién era, entonces él, —porque había mucha policía por allí, todo eso estaba lleno de policías—, cuando veía el momento pues las cogía y él era quien las mandaba».

Los compañeros encargados del periódico llamaban a la puerta con una contraseña. Una noche del mes de diciembre de 1946 alguien la dio y ellos abrieron. Estaban imprimiendo un número y tenían todas las manos llenas de tinta. Era la policía. Venían con un militante que había sido detenido y que los había denunciado.

«Cuando abrimos la puerta y vimos el camión [de la policía] allí, se nos cayó toda Barcelona encima. Y cuando lo vimos a él a dentro todavía más, porque dijimos: 'este hijo puta los ha traído aquí' [...] Le cogieron las llaves y dijo que eran de casa de la novia. Fueron a casa de la novia y las llaves no eran de allí. Dicen que le pegaron. Yo no sé si le pegaron o no le pegaron, el caso es que cogió y los llevó allí. Él salió en seguida de la cárcel. Por chivato, se salió en seguida».

Detuvieron a siete u ocho personas, entre ellos a Paco López, su compañero. Pura era la única mujer. Estuvo detenida un mes en la Comisaría de la policía de Vía Laietana, pese a que era ilegal pasar allí tanto tiempo. Afortunadamente no la torturaron ni maltrataron. Era interrogada y le hacían reconocer gente. Después la dejaron en libertad.

«Me sacaban un libro [de fotos] a ver si yo conocía a alguno de los que había allí. Claro que los conocía, [pero repetía]: '¿Que no!'».

Además todos los compañeros dijeron que yo no sabía nada, que me habían colocado allí sin saber lo que era aquello [...] [No me hicieron] nada, a mí, nada. Ni darme de comer, ni nada. Que me vino la regla y tuve que decirle a un guardia que me comprara una toalla. No allí no dan na' más que el desayuno por la mañana. Agua negra. No daban na' más que eso. Los primeros días los pasamos mal porque como no sabía nadie que estábamos allí. Y ya cuando se fueron enterando, la madre de Manolo fue comunicando a todas las familias que estábamos allí. Y ella pues llevaba de comer y ya todas llevaban de comer algo, pero [...] en la Comisaría no dan de comer».

El resto de los detenidos pasaron a prisión, donde fueron condenados a unos años de internamiento. Manuel Fernández había sido detenido poco tiempo antes, en agosto de 1946, pero por otro motivo. «A Manolo lo detuvieron que iba a llevar dinero a un bar que había, porque a él lo cogieron con dinero en el bolsillo. [...] En la calle San Pablo que al final hay el cuartel de la Guardia Civil. Pues al lado hay un bar que se ve que se reunían también. Y entonces allí a Manolo vendría alguien de Francia a darle dinero, y cuando salió lo cogieron. Porque ya eso se ve que había algún chivato entre ellos. Porque fue salir de allí y lo cogieron».

Los detenidos pudieron salir al cabo de tres años gracias a las fianzas que pagó la organización confederal. A Pura le dieron dinero para pagar la fianza de su compañero, Paco López. «Salieron con libertad provisional. A mí me mandaron dinero de un pueblecito de aquí, que eran 3.000 pesetas, que pedían por cada uno. Y a mí me las mandaron pa' que saliera Paco». Ella no la hubiera podido pagar. Durante ese tiempo pudo sobrevivir gracias a pequeños trabajos que le iban saliendo. «Trabajando y de una casa a la otra, porque yo no tenía nada. Trabajando, haciendo escaleras, bancos, en lo que pillaba».

Cuando Paco salió de la cárcel se fueron a vivir juntos en una habitación realquilada, de un piso de la calle Escudellers de Barcelona, junto a la Plaza Real, en el casco antiguo. Estando allí le salió un trabajo fijo en un taller mecánico próximo a la casa. Estaba especializado en hacer sacapuntas. Entró a trabajar en 1949, pensando que sería un trabajo provisional y no quiso ni asegurarse para ganar más, y en cambio estuvo más de treinta años. Paco trabajaba en un taller de estuches de cubiertos de mesa.

«Y yo un día estaba sentada allí en un banco [de la Plaza Real] y me dijo un señor que había: ‘¿usted quiere trabajar?’. Digo: ‘claro hombre ¿cómo no voy a querer trabajar?’. Dice: ‘pues véngase mañana y va a trabajar usted.’ Y había un taller de mecánico en la Plaza Real, que hoy ya no está. Y entonces fui allí, y sí, me colocaron. Y allí he estao treinta y tantos años trabajando. [Era] un taller de matrices y cuchillas. Allí había muchísimas chicas, pero todas sin asegurarse ¿eh? Que todas hacían trampas, cuando venía el tío del seguro [...] había un pasillo y estaba la casa. A todas las mandaban a la casa, solamente había una asegurada».

Con la vivienda y el trabajo asegurados, Pura le pidió a su madre que enviara a su hijo Miguel, que ya tenía nueve años. Habían pasado cuatro desde que había dejado Granada. Con el niño, ella dejó el compromiso y la colaboración con la organización libertaria clandestina. Manuel Fernández se marchó a Francia, en cuanto salió de la cárcel en malas condiciones de salud y de ahí se marchó a Brasil. No supo nada más durante muchos años. Contrariamente, Paco sí que continuó militando en el movimiento libertario y por ese motivo fue encarcelado varias veces más. Fue en marzo de 1952 cuando lo juzgaron mediante un Tribunal militar. Ella siempre lo sostuvo cuando iba a la cárcel, visitándolo y llevándole comida.

En el taller trabajaban una docena de mujeres y en el piso de encima estaba los hombres. Trabajaban con unas máquinas que funcionaban con petróleo y muchas veces por la noche. Con su jefe siempre tuvo una buena relación hasta el punto que se llevaba a Miguel, su niño a todas partes. Lo llevaba a la playa y de excursión. También había muy buen ambiente entre los trabajadres y trabajadoras. Cuando su hijo tuvo 14 años empezó a trabajar. A Pura le hubiera gustado que fuera mecánico como sus tíos y sobrinos, pero él prefirió entrar de aprendiz en una joyería. El trabajo de joyero ha sido el que ha hecho toda su vida. Ha tenido una buena relación con su hijo y lo ayudó siempre que fue necesario, «pero aquella cosa de madre e hijo, no existe», reconocía la protagonista. El hijo pensaba que Paco López era su padre y de hecho desempeñó este papel desde que se unió a su madre, cuando él era pequeño. Cuando Pura le dijo la verdad, durante una discusión entre ellos, el hijo que ya era mayor, la hizo escoger entre ambos. «Mamá, si no es mi padre ni tu marido yo aquí no lo quiero. No te digo que lo dejes, si tú quieres

seguir con él, pero yo me voy. Y yo claro, tiré por mi hijo, como era natural», recordaba Pura. Era el año 1962, Pura tenía 42 y Miguel 22. Había estado junto a Paco casi 20 años.

Nuestra protagonista entendía las relaciones de pareja de una forma libertaria, es decir, uniones cuyo único lazo era la propia voluntad de los dos miembros. No consideraba que el Estado ni nadie tuviera que intervenir en cuestiones amorosas de pareja. No se casó ni con Paco ni después con Manolo, al que se unió en 1982.

«¿Por un papel voy a ser yo más feliz, o yo lo voy a querer más o menos? No, yo papeles no quiero. Bastantes papeles me han hecho hacer ya en la vida. [...] Yo soy partidaria de que mientras un hombre esté con una mujer se respeten. Y el día que te canses o que no quieras por lo que sea que se hable y se diga: ‘mira, tú por un lao y yo por otro’. Pero faltarle no. No soy partidaria de eso. De hoy con uno, mañana con el otro y luego con el mismo, no, eso no. Yo soy partidaria de estar con un hombre, estés un día o estés veinte años, o estés treinta, pero que no le faltes».

Pura López consideraba que el Estado y la Iglesia no debían intervenir en la vida privada. «Yo ni quise bautizar a mi hijo, ¿eh? Pero a mi hijo me lo bautizaron sin estar yo, y claro porque mi madre tenía razón porque no lo querían en la escuela si no estaba bautizado. Lo tuvo que bautizar pa entrar en la escuela. [...] Yo no soy partidaria de las herencias ni de nada de eso, que es pa lo que sirven los papeles».

Tenía muy claro el papel de la Iglesia tras la actuación de esta institución en Lanjarón posicionándose del lado de los militares insurrectos en julio de 1936. Además su padre era republicano, socialista y laico, por lo que nunca tuvo relación alguna con los sacerdotes. Pura era profunda y declaradamente anticlerical y hacía afirmaciones rotundas contra esta institución y su jerarquía.

«Yo todo lo mal que se puede opinar. Malos recuerdos y que es mala gente. Yo no digo que dentro de ella habrá alguno que tenga buena fe, pero la mayoría ¡madre mía de mi vida! [...]. Yo con la Iglesia nada. Cuando pequeña me hicieron ir a misa, cuando estaba en el colegio que te obligaban ir a misa. Pero una vez que salimos del colegio, yo, jamás. Mi madre cuando se casó fue a misa, y nunca más... Confesó pa irse a casarse ¿sabes lo que nos contaba que le había dicho el cura? Que qué le había hecho mi padre, que qué le

había tocao. Fíjate ¡con los años que hace de esto que mi madre se casó! Pues esa pregunta. Y mi madre dijo ‘se acabó’. Sí, ella ni nos obligó nunca a ir a misa».

También era coherente con el tema de la política y las votaciones. No votaba por desconfianza a los gobiernos y a los políticos.

«Yo no tengo por qué votar a nadie. Es que como yo no creo en los gobiernos, en ninguno, yo ¿por qué voy a votar a un gobierno? [...] Yo no he votado nunca a nadie. Voté pa que no entráramos en la OTAN y entramos, así que mira, pa qué votar otra vez. Fue la única vez que votamos, fuimos Manolo y yo. Que Manolo nunca había votado tampoco, dice: ‘vamos a votar, a ver si conseguimos que no entre en la OTAN’. Y mira lo que hicieron».

Nuestra protagonista no se definía como anarquista pese a sus convicciones. Se consideraba «una aspirante anarquista» y creía que «el anarquismo es una cosa sublime». En una carta a su madre le decía: «Como verás en mi larga vida me ha tocado sufrir mucho y tener muchos contratiempos pero estoy orgullosa de haber seguido los pasos de mis hermanos Miguel y Germinal, pues tenía bien claro que había que luchar por un mundo mejor en libertad e igualdad para todos». ²³ En otro escrito expresaba cuáles eran sus ideales y cómo estos contrastaban con lo que estaba viviendo en la sociedad actual. «Me hubiera gustado vivir en un mundo sin fronteras, un idioma universal, un mundo en libertad, armonía y paz, donde todos los seres humanos sin distinción de raza y de color lucháramos por conservar la naturaleza, el reino animal y la especie humana. La igualdad entre todos, pues por el solo hecho de nacer tienen derecho a ser cuidados mientras son pequeños y cuando van siendo mayorcitos a recibir una buena educación respetando a todos sus semejantes, sin olvidar que la libertad de uno termina cuando empieza la del otro. Y estoy viviendo todo lo contrario que soñé en mi juventud» (Ibíd.).

Al pedirle a Pura que me dijera qué había sido lo mejor de su vida, le costó encontrar la respuesta, había tenido que soportar tanto dolor a lo largo de su vida por el desmoronamiento de su familia

23. Archivo particular de Pura López. Agradezco a su sobrina Dolores Ortega López las facilidades para su consulta.

a causa de la represión franquista. Finalmente dijo que los años vividos con la persona que quiso desde que tenía 14 años, Manuel Fernández, con el que vivió los últimos 20 años de su vida.

«El haber vivido con Manolo los años que he vivido. Nada más. Porque hasta tener mi hijo no lo tenía que haber tenido. No por nada, porque mi madre a mí me ayudó, mi madre, mis hermanos, si mira, se quedaron con mi hijo y me lo han criado hasta los 9 años. Pero mi madre decía: ‘en la situación que estamos, con las desgracias que tenemos encima, que tu hermano, qué le puede pasar’. Y todo aquello fue lo que a ellos les dolió. Y yo no lo pensé, mira. Era muy joven, 19 años. Pero más que joven eran las circunstancias que me encontré. Que no tenía dónde estar, que no tenía qué comer, que no teníamos nada de nada».

La vida de Pura quedó marcada por la guerra y por la represión sufrida tanto por ella como por su familia. No pudo superarlo nunca, en sus palabras: «Yo no tengo odio ni rencor, pero ni perdono ni puedo olvidar». Tuvo mucho interés en que hubiera un reconocimiento público de los hechos que ocurrieron a su familia desde la muerte de Franco en 1975, considera que es necesario dejar constancia de lo sucedido en el pasado. «Les tengo dicho a mi familia que cueste lo que cueste, antes de que yo me muera, quiero que pongan allí la lápida esa grande con los nombres de mis hermanos y mi padre diciendo ‘Fusilados por el Franquismo’». Con Manuel Fernández asistió a la reconstrucción de la CNT después del Franquismo yendo a los Sindicatos. También asistió emocionada al acto de Tarrasa que organizó la CNT en reconocimiento de los veteranos militantes confederados en julio de 2004.

Pura López era una persona muy generosa. Su casa había estado abierta para todos los compañeros anarquistas desde que se instaló en el piso del barrio de Horta en 1963. Pese a su delicado estado de salud, cuidó a su compañero Manuel Fernández con amor y dedicación durante todos los años que estuvo enfermo a causa de las palizas recibidas en sus diversas detenciones. Era solidaria y encontraba que estos valores tan importantes se han perdido en el momento actual. En los últimos años de su vida, cuando la conocí, le gustaba vivir sola con sus recuerdos y su perrito, que le daba muchas alegrías. Tenía mucha fuerza en sus ideas y las defendía con pasión, por ese motivo chocaba con algunas personas más convencionales.

Su bondad y autenticidad hacían que fuera muy querida por sus familiares y amigos que la rodeaban. Como muchos supervivientes de la represión franquista en Andalucía, le tocó vivir una vida difícil en la que tuvo que superar duras pruebas pero lo hizo con coraje y convicción. Recoger su memoria y la de la familia López Mingorance es casi una deuda moral.

ISABEL GONZÁLEZ, «Soy anarquista porque respeto la opinión de cada persona. O sea que esta es mi forma de vivir y vivo tranquila y en paz, eh?».

Isabel González no volvió a militar en ninguna organización política ni en ningún grupo sindical durante el Franquismo. Las convicciones éticas y sociales que había defendido durante la guerra no cambiaron, pese no comunicar a nadie cuáles eran. Con su familia, que sufría por su situación, no podía hablar, tampoco lo hizo con amigos y amigas de la guerra, a los que nunca se atrevió a buscar. El miedo y la represión estaban a la orden del día y ella es un ejemplo de las muchas mujeres y hombres que vivieron esta situación los primeros años del Franquismo. Fueron duros momentos de silencio y de exilio interior.

Pese a todo, Isabel González fue reaciendo su vida. Sin duda, su trabajo como enfermera la ayudó mucho. También el hecho de salir los fines de semana con una amiga e ir a una sala de fiestas donde juntarse con gente de su edad. Ella tenía 25 años cuando conoció al que sería su marido, Francisco Gómez Asensio, en el local «Danubi Blau» de la calle Mayor de Gràcia. Era viudo y tenía una niña de siete años. Se enamoraron. «Allavors el meu marit quan va saber que era infermera i que treballava, escolti, allò va ser Troia». Ella decidió dejar de trabajar y casarse con él, esta decisión la tomó en contra de la voluntad de sus padres, pero ella, de fuertes convicciones no lo dudó. «Jo vaig ser molt criticada pels pares perquè és clar, primera que era vidu, tenia una filleta i segona jo deixava una cosa molt segura. Clar, a casa meva estaven en contra». Reconoce que esta decisión se oponía a los ideales que había defendido durante la guerra en MMLL favorables a la independencia económica de las mujeres.

«El meu marit va viure 25 anys però 25 anys que vam viure feliços. No eren milionaris però érem dues persones que podíem viure tranquil·lament, ens podíem donar un estiu anant a fora [...]

I no me n'he pogut *arrepentir* mai perquè era una gran persona. És clar que no vaig ser fidel a la idea meva. Entén el sentit? Però jo li explico la realitat tal com és. No puc dir cap mentida. Jo vaig deixar de ser infermera per això».

Isabel González no duda en definirse como anarquista cuando le pregunto que me explique qué es para ella esta ideología.

«L'anarquisme és el respecte mutu al cent per cent. Respectar les lleis de tothom. [...] Respectar la vida de les persones per mi és lo primordial i respectar el pensament, sempre i quan el pensament sigui un pensament que no sigui criminal. Aquesta és la meva forma de pensar i la meva forma d'actuar, eh? Jo he sigut sempre així, respectar els drets dels demás i que em respectin la meva. Ara jo anar-me a posar en la vida d'altra gent i d'allò, no. De proselitisme potser tampoc no n'he fet mai i menys després de la guerra, amb el meu problema [...] Sóc anarquista perquè respecto el parer de cadascú. O sigui que aquesta és la meva forma de viure i visc tranquil·la i en pau, eh?».

También piensa que una persona puede ser creyente y al mismo tiempo ser anarquista, como en su caso.

«Jo sóc anarquista de pensament, però crec, eh? Jo crec molt profundament, jo no practico, no sóc practicant però en el fons hi ha creença i m'estimula a mi, m'ajuda [...] Perquè per molt anarquista que sigui si té un una creença l'ha de respectar, perquè no sabem el que hi ha després. Això no ho sap ningú. [...] Com que no ho sabem, jo ho tinc arraigat això. Potser perquè em vaig educar a les monges o no ho sé perquè.²⁴ A casa meva no eren practicants, eh? A casa meva, els meus pares eren creients però no eren practicants. O sigui que a mi no em van obligar mai a anar a missa ni res. [...] Jo faig les meves oracions quan les haig de fer i és la meva forma de viure. Ajudar a qui pugui, sempre que he pogut, procurar no destorbar mai a la gent».

Siempre ha vivido de forma coherente con los principios de solidaridad y respeto hacia los demás. No se arrepiente de nada en su vida y pese a que ha encontrado cosas buenas y cosas malas, no cambiaría nada.

«Lo millor de la meva vida és tot. M'he casat a gust, he tingut una família magnífica, estic enamorada de la meva família, Déu m'ha donat no una opulència però dintre de tot un benestar. [...] No sé

que podria demanar més. La meva filla i el meu gendre em tracten a més no poder. La meva altra filla: 'mama tot el que sigui'. Que puc dir més jo? Tinc un gran record del meu marit. Els meus pares els vaig poder assistir fins que van morir tots dos. Van morir amb mi. No vam tenir mai cap problema. Tota la meva vida la tornaria a viure igual. No canviaria res».

Isabel González me recibió para hacerle la entrevista con ganas, pese a que se estaba recuperando de una operación delicada y estaba viviendo en casa de su hija Genoveva. Después de tantos años de silencio, tenía ganas de contar su experiencia en MMLL y en los difíciles años que tanto ella como su familia vivieron durante el primer Franquismo. Sólo había sido entrevistada en una ocasión, hacía treinta años, y por ese motivo su discurso era espontáneo y natural. Le agradecí la sinceridad al explicarme sus vivencias. En algunas de ellas, como la decisión de casarse, en la que había tenido que decidir entre su ideología y su corazón, optó por este último y no se arrepintió. Su experiencia en MMLL, especialmente comprometida entre 1936 y principios de 1937, cambió su existencia y la manera de ver el mundo y después de tanto tiempo recuerda orgullosa aquellos años.

CONCLUSIONES. «LA REVOLUCIÓN, UNA LUZ QUE SE ENCENDIÓ»

Durante la Guerra Civil española, y gracias a que la revolución se produjo en la retaguardia, las mujeres tuvieron un papel activo rompiendo muchos moldes establecidos por la sociedad patriarcal. Acudieron a las organizaciones políticas y sindicales, ocuparon puestos de trabajo que los hombres habían dejado libres para ir al frente, tomaron posesión de puestos de responsabilidad tanto en la sociedad, la economía y la política, como en la guerra. En esta investigación he querido centrarme en el papel que tuvieron las mujeres libertarias, acercándome a este colectivo fundamentalmente a través de la historia oral y también de sus memorias. He querido escuchar su voz, que ellas mismas valorasen lo sucedido, cómo lo habían vivido, qué emociones las despertaban y cuál había sido su aportación. Todas las militantes de esta adscripción ideológica quisieron ser «útiles» a la revolución y colaboraron, esforzándose por conseguir una sociedad más igualitaria, más justa y más libre. No querían protagonismo, sólo participar en la creación de un sueño, la revolución social, que el movimiento libertario había estado esperando durante décadas.

«Se había puesto en marcha una sociedad más fraterna. Todo componente tenía una responsabilidad. De este modo su personalidad crecía. Mi satisfacción era completa. Aquel estado de cosas movido por principios éticos, por conceptos de emancipación, era tan grande. Y me encontraba completamente fusionada con él. Yo no tenía una ilusión personal, sino que participaba en la ilusión general, como un cero, como un cero más. No pretendía otra cosa.

[...] Mi actividad no tenía más importancia que las de los otros. Está en mi carácter el hecho de no presentarme en primer plano. Eso es instintivo en mí. No tengo ninguna pretensión de pertenecer a lo que hoy se llama ejecutivos» (Jiménez de Aberasturi, 2009: 485 y 489).

Estas palabras de Casilda Méndez, la conocida miliciana anarquista del País Vasco y también destacada militante de MMLL, podrían ser compartidas por todas las protagonistas de esta publicación. La siguiente cita de Sara Berenguer, militante de la misma organización libertaria en Barcelona, va en el mismo sentido: «Mi combate en la revolución ni fue ni singular ni pomposo. Fui algo así como una hormiga que va haciendo camino entre los matorrales, en los que a cada instante pasa la hoz. Llenando vacíos aquí y allá, para evitar, donde me encontraba, que alguien o algo pudiera fallar» (Berenguer, 1988: 13).

La muestra utilizada, más de una decena de militantes anarquistas entrevistadas, a las que habría que añadir otras recogidas por diversas personas, además de conversaciones informales que he mantenido con otras, me han servido para profundizar cualitativamente en sus vivencias e inquietudes, y para contrastar sus relatos con otras fuentes documentales. En todos los relatos de las entrevistadas existe el mismo sentido de querer huir de todo protagonismo y personalismo pese a que sus acciones durante los años de la guerra habían sido en muchas ocasiones relevantes. Las mujeres participaron en esa coyuntura con la intención de hacer su aportación a la revolución colectiva que era muy esperada y que estaba transformando sus vidas (Mangini, 1997).

Vivieron los hechos acaecidos en la revolución y en la Guerra Civil intensamente y reaccionaron a las situaciones extremas de este período de la mejor manera que pudieron. Algunas, las más mayores, ya habían tenido una experiencia militante durante la República, las otras iniciaron un «despertar» de su conciencia social y política en el momento de la guerra y la revolución. He querido caracterizar la investigación en el colectivo libertario femenino. Saber quiénes eran, de dónde venían, por qué se habían hecho anarquistas, cómo habían concretado sus ideales y vivido los hechos positivos y negativos de la coyuntura revolucionaria y qué hicieron después de la guerra.

La inmensa mayoría eran obreras, provenían de la clase trabajadora. Empezaron a trabajar muy jóvenes, para ayudar a la subsistencia familiar. Algunas eran las hermanas mayores y por ese motivo se pusieron a trabajar antes. Sin embargo, en sus inicios laborales siguieron la tónica general de las mujeres de clases populares, a la edad de 14 o 15 años, o incluso antes (Oyón, 2008). Tuvieron una adolescencia muy corta, ya que el trabajo les robó el tiempo que podían dedicar a formarse o a jugar. Una vez comenzaban a trabajar, entraban directamente en la edad adulta y de las responsabilidades. También sufrieron de primera mano las discriminaciones y el abuso de género, tanto en el ámbito salarial como en el sexual. Si los aprendices masculinos tenían que soportar los abusos de los oficiales en la mayoría de trabajos (desde bromas pesadas hasta auténticas torturas psicológicas y agresiones físicas) en el caso de las mujeres estas debían sumar las discriminaciones salariales y sexuales. En el primer lugar, sus salarios eran simbólicos en la mayoría de los casos, ya que teóricamente se les tenía que enseñar el oficio, contrariamente hacían el trabajo que nadie quería hacer y no se las instruía en absoluto, como la mayoría comprobaba después de un tiempo. Por ese motivo, al cabo de poco tiempo buscaban otro taller o casa donde poder aprender algo más y cobrar mejor. Otras cambiaban de trabajo para evitar las humillaciones psicológicas, como ser registradas a la salida de la jornada para comprobar que no robaran nada (en el caso de una fábrica de galletas) o ser perseguidas por los chicos del trabajo o por el patrón (Frader, 1999; Arbaiza, 2001).

La mayoría de nuestras protagonistas realizaron una labor considerada normalmente como femenina: la costura o el trabajo en una fábrica textil, ocupaciones que daban empleo a la mayoría de mujeres de la clase trabajadora (Núñez, 1989; Borderías, 1994). Sin embargo, no todas siguieron esta tendencia. De nuestra muestra, una ligera mayoría realizó un trabajo tradicionalmente femenino y el resto se dedicaron a otras labores. Algunas prueban en la costura y como ven que no es un trabajo que les convenga, por sus aspiraciones, o por el salario excesivamente reducido, o por no resultarles interesante; escogieron trabajar, por ejemplo, en el ramo de las artes gráficas y tipográficas. El ruido de las máquinas de las imprentas y de los libros o periódicos que se editaban lo encontraban más sugestivo que estar en casa cosiendo. También otras prefirieron salir de casa

para ir a las fábricas, talleres y cooperativas del vidrio, donde podían socializar con compañeras y compañeros.

Tuvieron una instrucción elemental y reducida en la mayoría de los casos. Sus padres pertenecía a una generación en la que ambos eran prácticamente analfabetos, pero sobre todo sus madres (Capel, 1982). No todas las familias obreras podían pagar la escuela de sus hijos, que no era estatal si no privada. Con la República se abrieron escuelas estatales para contrarrestar la influencia de las escuelas religiosas. También se multiplicaron las escuelas racionalistas, que dependían de los Ateneos y de los sindicatos confederales. A la mayoría de nuestras protagonistas por edad, le correspondió ir a la escuela durante la Dictadura, ya que en el momento de proclamación de la República ya tenían edad para comenzar a trabajar y algunas de ellas ya lo hacían.

La situación de los militantes cenetistas y de sus familias fue muy difícil durante la Dictadura de Primo de Rivera, al estar los militantes perseguidos y a menudo encarcelados. Por ese motivo, los hijos e hijas debían abandonar la escuela, ya que la familia debía hacer malabarismos para subsistir y la instrucción pasaba a ser un tema secundario. Las más jóvenes o las que se vieron obligadas a exiliarse fueron las más afortunadas en el tema de la formación. Las primeras porque pudieron disfrutar de escuelas racionalistas que se multiplicaron durante los años treinta y de las que se acuerdan con placer por el ambiente y la formación recibida. Las que se exiliaron en los años veinte, en Francia o en América, recuerdan haber asistido a escuelas laicas de calidad, inexistentes para aquel momento en el Estado español donde la Iglesia dominaba prácticamente todo el panorama escolar.

Respecto a su procedencia geográfica, encontramos militantes femeninas nacidas en Cataluña e inmigradas indistintamente. Esta ha sido una cuestión en la que hemos querido insistir ya que en ciertos ambientes continúa el tópico de que el anarquismo lo introdujeron en Cataluña inmigrantes andaluces o murcianos. La idea de que el radicalismo de la FAI no se aviene con el talante ni con las esencias del movimiento obrero catalán, es un tema que dominó entre políticos, intelectuales y periodistas de los años treinta. Era más fácil acusar a la inmigración de todos los males sociales existentes que plantearse objetivamente el tema de las grandes desigualdades

sociales y económicas que existían en aquel momento y encontrar soluciones. Hemos comprobado también en este trabajo la existencia de tendencias en el movimiento obrero cenetista catalán, los más radicales pertenecían a la FAI y a las Juventudes Libertarias, y los más moderados, denominados durante el período republicano «trentistas». Dentro de las dos tendencias había inmigrantes y catalanes (Vega, 2004b). Lo mismo sucede entre nuestras protagonistas. Tenemos catalanas de la FAI, que participaron en movimientos insurreccionales durante la República, como Conxa Pérez y también inmigrantes, partidarias de preparar el cambio revolucionario a través de la educación en los Ateneos, las escuelas racionalistas y la formación, como Concha Liaño.

Otro tema que hemos querido evidenciar es el de las causas de la militancia anarquista de nuestras protagonistas, cómo llegaron a las ideas y a su compromiso. En la mayoría de los casos, crecieron en familias anarquistas, donde el padre normalmente y la madre en algunas ocasiones lo eran. La influencia paterna o a veces de un hermano mayor fue decisiva en su militancia. Muy a menudo acompañaron a su padre o hermano a los mítines y conferencias que se organizaban en teatros, sindicatos y centros políticos. También lo hicieron en las salidas al campo y excursiones que organizaban los ateneos para difundir las ideas libertarias de manera informal. Normalmente existía un ambiente abierto en la casa familiar, donde el padre cenetista o republicano apoyaba las iniciativas que tenía la joven, y normalmente en contra de la madre, que quería evitar que rompiera excesivamente con las ideas patriarcales dominantes en los años treinta y con lo que se esperaba de una joven. Eran mujeres muy avanzadas para su época, educadas para tener una mayor independencia y criterio propio. Contrariamente las mujeres de la época eran educadas para encontrar pareja y formar una familia y no se les permitían ciertas libertades, como la de llegar a casa más tarde de las 10 de la noche. El hecho de tener una familia más permisiva en algunas costumbres era un factor necesario, pero no obligatorio, para que la joven tuviera un compromiso social. Me refiero a que en muchas de estas familias anarquistas había otras hijas, hermanas o primas de nuestras protagonistas, que no fueron militantes y que no destacaron por una vida dedicada a las ideas libertarias. El hecho de tener un ambiente favorable podía ayudar a la joven a comprometerse

en las actividades del movimiento libertario pero también podía tener el efecto contrario. El haber conocido en el seno de la propia familia la represión y las dificultades durante los difíciles años de la Dictadura de Primo de Rivera podía provocar que la joven aspirase a tener una vida futura tranquila en pareja, lejos de los ambientes sindicales y políticos.

La existencia de una familia anarquista, pese a ser importante, no actúa como factor decisivo en todos los casos. En una minoría de nuestros testimonios existieron otros elementos que consideramos decisivos en su militancia. Por ejemplo, la influencia del barrio y las difíciles condiciones de vida que vivían a su alrededor. Observar las injusticias sociales, como podía ser el hambre de sus amigos de juegos en la calle, que no podían permitirse merendar por las tardes o la explotación de la mujer trabajando todo el día en unos bajos sin ventilación, fueron determinantes en el compromiso de algunas protagonistas. El impacto de estos hechos hizo que se decidieran a comprometerse a cambiar esa situación y no permitir su continuidad. También gracias a los amigos del barrio y a las vecinas algunas mujeres entrevistadas llegaron a la militancia. La sociabilidad en los barrios y en las casas era mucho más grande en los años treinta de lo que es hoy, existiendo mucha solidaridad y ayuda mutua. Los grupos de amigos y amigas eran determinantes en el compromiso de las chicas, ya que si el grupo decidía ir al Ateneo Libertario y participar en sus actividades, ellas también lo hacían. Muchas empezaron a asistir a las conferencias de los ateneos con 14 o 15 años y otras incluso antes de la mano de algún familiar. De manera progresiva, existía una implicación en las actividades y en los grupos organizadores que pertenecían normalmente a las Juventudes Libertarias o a la FAI.

Nuestras protagonistas se comprometieron con una militancia anarquista a través de diversas plataformas: una, era la del Sindicato confederal, otra, la del Ateneo Libertario y por último la de las diversas organizaciones libertarias: JJLL, FAI y MMLL. El primer grupo, estaba formado por las anarcosindicalistas, que empezaron su militancia en el sindicato del ramo en el que trabajaban, y por ese motivo, estaban más comprometidas con la problemática del trabajo y con las injusticias sociales. Algunas estaban afiliadas a la CNT pero no tenían una auténtica vida militante ya que se limitaban a cotizar. Otras, con

diversos grados, se implicaron con cargos, aceptando ser delegadas de la fábrica o taller e incluso participando en la junta del sindicato. Por último, otras, formaron parte del grupo de militantes que discutían en el sindicato la problemática del sector y también la forma de cambiar la sociedad capitalista. Podemos, por lo tanto, establecer una tipología con diversos grados de compromiso: primero, las militantes anarcosindicalistas, que iban al sindicato cuando salían del trabajo y participaban en toda su problemática (las más comprometidas, una minoría); en segundo lugar las militantes de la empresa, que habían sido elegidas en el trabajo para recoger las cotizaciones o para cualquier tarea representativa del sindicato. Este compromiso les suponía ir periódicamente al sindicato y liquidar las cuentas; y finalmente las afiliadas que se limitaban a cotizar y no tenían ningún tipo de relación con el sindicato. Normalmente, apoyaban a la delegada del sindicato de empresa y se dirigían a ella si tenían algún problema laboral. La tipología establecida por la militancia masculina no se corresponde en su totalidad a la femenina (Monjo, 1986: 99-104 y 2003). Son muy pocas las mujeres que tuvieron un compromiso con el sindicato confederal ya que, pese a ser afiliadas, evitaban frecuentarlo por ser un espacio masculino. Las entrevistadas que iban coinciden al decir que siempre se sentían solas como mujeres militantes. Que las pocas que había eran las compañeras de los militantes, y que las trabajadoras sindicadas del ramo no iban excepto en el caso de solucionar algún problema concreto (despido, tema salarial, etc.). Por otra parte, también los trabajadores masculinos consideraban que la asociación obrera no era cosa de mujeres y cuando hacían campañas de propaganda sólo era dirigida a los hombres, argumentando a menudo la virilidad con tal de activar la defensa de los propios intereses laborales y la adhesión al sindicato (Villar, 2007: 166-174).

Desde el sindicato también se podía llegar al grupo anarquista, pero no fue la vía más utilizada por las entrevistadas. Con la guerra se crearon en muchos sindicatos de ramo las Juventudes Libertarias. Algunas de nuestras protagonistas llegaron a las JJLL gracias a frecuentar el sindicato y asistir a las reuniones. Posteriormente, eran invitadas a participar también en las de las Juventudes Libertarias.

La explicación de que sólo una minoría de mujeres libertarias acudía al sindicato tiene también relación con el tema de la subordinación de la mujer en el modelo patriarcal. No estaba bien visto por

la burguesía ni tampoco por buena parte de los medios populares que una mujer se preocupara por la problemática laboral, sindical y política, y que pudiera acabar siendo una revolucionaria. Este hecho la excluía del modelo de domesticidad tradicional de la época. El testimonio de Casilda Méndez es claro en este aspecto. En el País Vasco las mujeres que iban al sindicato lo hacían a escondidas del marido y de sus padres. También Conxa Pérez de Barcelona, en el mismo sentido, nos explica que las familias no las dejaban acudir al sindicato y que algunas amigas del barrio dejaron de frecuentarla al considerarla excesivamente revolucionaria. El testimonio de Antònia Fontanillas también es revelador. La escasa formación de sus compañeras de trabajo les impedía tener mayor interés hacia la problemática sindical y política y por tanto se resistían a frecuentar el sindicato.

El segundo grupo lo formaban las mujeres obreras que iban al Ateneo Libertario en los años treinta. Mientras el sindicato era un espacio masculino, frecuentado sólo por una minoría femenina, el Ateneo era mixto, donde asistían tanto hombres como mujeres con familias enteras. Gracias a este trabajo, hemos visto, como apuntaban otros autores, que no podemos comprender la importancia y funcionamiento del movimiento libertario sin tener en cuenta además otro espacio diferente al del sindicato: el Ateneo Libertario y también el barrio, el espacio urbano donde este se ubicaba (Gabriel, 1998; Monjo, 1998; Oyón, 2008). Las causas del arraigo del anarquismo catalán recaen no solamente en la efectividad del funcionamiento de los sindicatos sino también en el control del barrio a través de las actividades del Ateneo Libertario. En estas agrupaciones se manifestaba además una gran afluencia de mujeres en sus diversas secciones, desde el excursionismo a las clases de alfabetización, pasando por las conferencias, participaban y a menudo eran más numerosas que los hombres. Jóvenes de ambos sexos podían socializar, formarse, discutir, participar como actores y actrices en el teatro y realizar salidas al aire libre por un precio módico. Muchas de nuestras protagonistas reconocen la importancia que esta plataforma cultural y de sociabilidad tuvo en su formación y sus relaciones sociales. Las lecturas comentadas y las conferencias abrían la mente de las jóvenes que no habían tenido prácticamente ninguna formación en las escuelas, donde tan sólo habían aprendido a leer y a escribir. La

ideología anarquista y anarcosindicalista impulsaba la formación como elemento imprescindible para poder participar en la futura revolución. Esta no podía ser llevada a cabo por analfabetos. Por ese motivo a lo largo de su trayectoria, se promovieron los Ateneos libertarios y las escuelas racionalistas como plataformas necesarias para llenar las lagunas intelectuales existentes en la clase trabajadora (Navarro, 2002 y 2004; Aisa, 2006).

A través de la implicación en las actividades de los Ateneos, las jóvenes se ponían en contacto con grupos de afinidad anarquista y a menudo empezaban su militancia en las Juventudes Libertarias. La constitución del grupo se hacía a veces con el grupo de amigos que ya se tenían previamente o con nuevos hechos en el Ateneo. Las amistades creadas desde pequeños en las escuelas racionalistas eran otra plataforma de conexión y de afinidad que servía para crear un grupo. Algunas de nuestras protagonistas que asistieron a las actividades de los Ateneos, militaron también en las Juventudes Libertarias y se diferencian del primer grupo por no tener carnet sindical. El tema laboral, como hemos visto, interesaba menos que el cultural, donde ponían toda su pasión y energía.

El tercer grupo es el formado por las entrevistadas que militaban en la CNT en la FAI o en las Juventudes Libertarias y en Mujeres Libres y asistían también regularmente a los Ateneos. Existieron durante la República militantes que desarrollaron una gran actividad y que se encontraban en todas las diferentes plataformas libertarias creadas durante la República. A quienes denominamos dirigentes de la CNT, como J. García Oliver o B. Durruti, tenían esta triple actividad militante. Además de encontrarse en el sindicato, podían asistir a los mitines de propaganda de la organización, así como a conferencias y charlas de los Ateneos y tener además un grupo de afinidad adherido a la FAI o a las JJLL (Casanova, 1997; Ealham, 2005). Distinguir estos diversos niveles de militancia ayuda a esclarecer el compromiso de las mujeres en relación con el anarquismo. Por los motivos anteriormente mencionados, había muchas más mujeres participando en los Ateneos y en sus actividades, excursionismo y teatro especialmente, que en la CNT. También eran una minoría las que militaban en MMLL, las que se dedicaban específicamente a las cuestiones de género además de las de clase.

La guerra cambió la vida de las mujeres, con más intensidad la de las jóvenes que la de las mujeres en edad adulta. La mayoría de

las jóvenes de clase trabajadora se comprometieron a realizar diversas acciones, relacionadas con los cambios revolucionarios de la retaguardia, lo que transformó su existencia presente y futura. Era necesario ocupar puestos productivos que habían quedado vacantes al incorporarse los hombres al frente y también realizar tareas inéditas y desconocidas para una mujer como consecuencia a las necesidades extremas de aquella coyuntura. Las mujeres de la clase trabajadora, con escasa formación y preparación, tuvieron que reciclarse si querían realizar las nuevas tareas con un mínimo de éxito. Por ese motivo, se crearon por toda la zona republicana institutos y escuelas de MMLL, específicamente para ellas, donde podían estudiar y capacitarse para los nuevos trabajos. Unas se formaban en los Institutos de MMLL y aprendían un oficio, que pasaban a realizar de manera inmediata, como hemos visto en el caso de Isabel González, que de costurera a domicilio pasó a ejercer de enfermera, gracias a la formación y el estímulo recibido en la organización MMLL, oficio que la acompañó toda su vida. Otras se comprometieron de manera más o menos directa con el movimiento libertario sin que antes tuviera ninguna relación, como Sara Berenguer, que pasó de ser corsetera sin ninguna afiliación a ejercer de secretaria administrativa del Comité Revolucionario de la barriada barcelonesa de Las Corts y a formar parte de las JJLL, del Consejo Nacional de SIA y del secretariado del CR catalán de MMLL. El mismo caso fue el de Concha Guillén, que no había estado nunca sindicada ni había militado en ninguna organización política y pasó a ser secretaria de propaganda de la organización MMLL y miembro de las JJLL. Realizó una gran actividad, organizando charlas para los Sindicatos e interviniendo en programas de radio. Además dedicó todo el tiempo libre que le dejaba su trabajo en la fábrica para formarse, con la ilusión de llegar a ser enfermera en el futuro. También fuera de Cataluña, en el País Vasco y el País Valenciano, se vivían casos similares. Gràcia Ventura que nunca había militado se inscribió en las Juventudes Libertarias de Borriana y tomó parte activa en sus acciones. Este hecho no le dejaba tiempo para relacionarse con el grupo de amigas con el que salía antes de la guerra. No son hechos aislados, sino representativos, que corresponden al ambiente de cambio y transformación que se vivió en la retaguardia.

Nuestras protagonistas, que ya militaban durante la República, reafirmaron su compromiso durante la guerra multiplicando sus

actividades y responsabilidades. Conxa Pérez y Julia Hermsilla marcharon hacia el frente como milicianas junto a sus compañeros de grupo de las JJLL. Más adelante, la primera pasó a dirigir una colectivización, mientras que la segunda tuvo una hija en octubre de 1937, Vida, lo que no supuso ningún impedimento para trabajar en un fábrica de ropa militar para el ejército republicano. También a Joaquina Dorado la experiencia de la revolución la cambió, militando además de en la CNT en las JJLL y en la FAI con cargos de responsabilidad. Al mismo tiempo, pasó a dirigir la socialización del ramo de la madera, conjuntamente con los militantes del sector, llegando a ser secretaria del Consejo de Economía de la Madera socializada. Este organismo controlaba todas las empresas y talleres del ramo y todo el proceso de producción desde el bosque hasta la comercialización del mueble. También Antònia Fontanillas empezó a militar además de en la CNT en las JJLL del ramo de las Artes Gráficas, con las que contactó en el sindicato, formando parte de su Junta. También se reafirmó en la empresa de Artes Gráficas Riusset, donde trabajaba antes de la guerra, pasando a formar parte de su Comité de Control. Al ver los pocos cambios que se podían hacer en aquel lugar de trabajo lo abandonó para incorporarse en la administración de *Solidaridad Obrera*, el periódico confederal catalán.

Por su parte, Concha Liaño, militante de la Agrupación Cultural femenina de Barcelona, que fundó MMLL durante la guerra, formó parte del CR de esta organización, ocupándose de extenderla por todo el territorio catalán. Su esfuerzo se vio recompensado cuando se pudo celebrar el primer Pleno regional de MMLL de Cataluña en octubre de 1938 con más de 60 agrupaciones de fuera de la ciudad de Barcelona.

El hecho de que todas las entrevistadas fueran jóvenes y casi sin compromisos familiares fue determinante para esta multiplicación de actividades y responsabilidades hacia la esfera pública en el momento de la revolución. Fueron especialmente las mujeres de esta franja de edad, independientemente de la adscripción ideológica, las que tuvieron un mayor compromiso en todos los niveles, disfrutando de una libertad que no habían conocido hasta ese momento. La mayoría podían ir a las reuniones por la noche y llegar a casa de madrugada, para levantarse al cabo de pocas horas y de buena mañana encargarse de sus tareas productivas.

El esfuerzo por la construcción revolucionaria de la retaguardia ha quedado en su memoria como uno de los mejores momentos de sus vidas. El ambiente de solidaridad y hermandad vivido, la superación personal que supuso hacer realidad sus sueños, la libertad y la independencia con la salida de la casa familiar en algunos casos supuso un cambio radical. Muchas conocieron la responsabilidad del trabajo, otras organizaron cursos para elevar la cultura de la mujeres, mejorando su participación y la de sus compañeras. Otras fueron al frente como milicianas confederales, conociendo la aventura, el riesgo y a veces también el peligro de la muerte. También a nivel personal sufrieron transformaciones, rompiendo con relaciones de noviazgo obsoletas y conociendo entonces a sus compañeros a los que se unieron. En algún caso hasta tuvieron al primer hijo. Durante este período dieron lo mejor de sí mismas. Ayudaron en todo lo que pudieron para que la vida en la retaguardia continuara a pesar de que los hombres se hubieran ido al frente: en la producción, en los hospitales, en los comedores colectivos, en los talleres de costura. La actividad que desarrollaron fue muy intensa y agotadora pero también muy gratificante. Las mujeres libertarias invadieron el espacio público y esta experiencia marcó sus vidas.

Gracias a otros trabajos de historia oral, que han podido entrevistar mujeres que eran adultas en el momento de la revolución, sabemos que su percepción del momento revolucionario fue diferente. Las anarquistas adultas, con responsabilidades domésticas e hijos pequeños, tuvieron otra vivencia. Ellas recuerdan de su experiencia revolucionaria el hecho de encargarse solas de las tareas domésticas, del huerto y de sus hijos, como hacían la mayoría de las mujeres de su edad en la zona de las colectivizaciones de Aragón. Mientras sus compañeros y otras familiares femeninas más jóvenes iban a las reuniones que se hacían en el pueblo cada noche. «Cada noche otra reunión.» Para ellas el período de la revolución social «aportó bien pocos cambios en su vida y en la de las mujeres de su edad, pero sí que cambió la vida de las jóvenes, y la de los hombres aún más» (Willemse, 2002: 324-325).

Otro hecho que también hay que remarcar es la importantísima labor que la organización femenina MMLL hizo por la superación y capacitación personal de las mujeres de los años treinta. Como muchas entrevistadas han recordado, la mujer de la época era

prácticamente analfabeta, socialmente no contaba prácticamente nada, «Como cualquier animal doméstico utilizable», nos dice Casilda Méndez, era un ser «no solamente utilitario sino también marginal». Esta valoración de la subordinación del papel de las mujeres en la sociedad patriarcal de los años treinta, coincide con las declaraciones de nuestras entrevistadas: «Era como un trapo» dice Conxa Guillén, «Era la esclava del hombre» confirma Concha Liaño. La labor de MMLL fue fundamental para intentar cambiar radicalmente esa situación. Uno de los objetivos de la organización, para Sara Berenguer, era concienciar a la mujer, que supiera que era una persona, dotarla de una personalidad. También Suceso Portales recuerda que cuando iba por los pueblos de Castilla organizando a las mujeres en agrupaciones de MMLL, la mayoría de ellas no sabían ni leer ni escribir. No encontraban a ninguna que pudiera ser secretaria de actas. Por tanto, lo primero que hacía la organización MMLL era abrir escuelas de capacitación por todos los pueblos y en las ciudades grandes como Valencia, Barcelona y Madrid, crear Institutos de MMLL (Ackelsberg, 1999).

En este contexto, el objetivo de MMLL de formar y capacitar a las mujeres era totalmente emancipador y revolucionario. La primera tarea de la organización libertaria pasaba por hacerles entender que tenían que romper con la sumisión secular y que comprendieran que tenían derechos, no sólo en su entorno cotidiano sino sobre su propia vida. Por ese motivo, esta organización fue mucho más allá que cualquier otra organización femenina de otras adscripciones políticas que surgiera durante la guerra, como por ejemplo la comunista Agrupación de Mujeres Antifascistas (AMA) o la catalana Unió de Dones de Catalunya (UDC) (Nash, 1977 y 1999). Quería emancipar a las mujeres sometidas por la sociedad patriarcal y al mismo tiempo luchar por la desaparición de la explotación capitalista.

Para todas ellas la pérdida de la guerra y la entrada de las tropas franquistas en sus pueblos y ciudades fue uno de los peores momentos de la vida. La incertidumbre, el tener que dejar atrás todas sus realizaciones y sueños, el miedo a ser perseguidas, humilladas, maltratadas, encarceladas y hasta fusiladas por el mero hecho de tener una identidad ideológica fue muy duro. También lo fue tener que afrontar el exilio, los campos de concentración franceses, las dificultades para encontrar trabajo, el hambre y una nueva guerra

en el territorio francés. El hecho de verse obligadas a escapar de la represión y vivir un exilio forzoso rompió y marcó sus vidas. La tristeza por los proyectos perdidos y el desarraigo estuvieron presentes durante los primeros años del exilio. Muchas se comprometieron en la resistencia contra los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial y mantuvieron la esperanza de que la situación en España cambiase. Después de 1945, con el final de la guerra, algunas de nuestras protagonistas continuaron con su militancia cenetista y libertaria formando parte de la resistencia contra el Franquismo (Yuste, 2005). Otras disminuyeron la militancia y priorizaron la subsistencia y la estabilidad familiar, instalándose en el Estado español, en el país vecino o en el exilio americano, aunque siempre estuvieron abiertas a la solidaridad y no abandonaron nunca su identidad ideológica anarquista.

A veces, en las entrevistas, había una interferencia entre el presente y sus valores y lo que había sucedido en el pasado. Uno de los temas delicados era el de la resistencia antifranquista y el de la formación de los grupos de acción. Aún hoy es un tema donde predomina la prudencia y se evita hablar de ello. La relación entre presente y pasado se debe entender dentro del relato de los testimonios y tener muy claro que lo que explican está determinado por el momento actual. No hubiera sido la misma entrevista si esta se hubiera realizado en el momento de la muerte de Franco que ahora que ha pasado tanto tiempo y se encuentran al final de sus vidas. Debemos contextualizar el discurso de los testimonios y también los olvidos y vacíos explicativos, ya que si no se hace de esta manera corremos el riesgo de confundirnos. Lo que antes podían explicar con orgullo, como algo importante con el paso del tiempo puede dejar de tener valor y querer evitarlo. El tema de la violencia y de su uso es muy claro en este sentido. Todas las militantes comprometidas afirman que llevaban pistola y que sabían usarla, como era lógico en un contexto de guerra, pero la mayoría de las veces evitan referirse a acciones concretas donde su uso fue necesario.

También era importante reflexionar sobre el tema de las relaciones entre la esfera pública y la privada de nuestras protagonistas (Borderías, 1993). Todas rompieron moldes en el ámbito público, con su actividad y militancia, pero no pudieron hacer lo mismo en su vida privada. Seguramente, sacrificaron un ámbito para que el

otro no fuera cuestionado. Sus compañeros podían aceptar mejor la actuación militante de su compañera si en casa todo estaba en orden y funcionando. La mayoría de nuestras protagonistas han sido bastante tradicionales desde el punto de vista doméstico y de vida cotidiana. En este sentido, no hay diferencia entre las más feministas, que militaron en Mujeres Libres, y las que no lo hicieron. En general, podemos decir que siguen un modelo tradicional patriarcal de relación y de división de las esferas: tuvieron un compañero que fue el amor de su vida y convivieron con él a lo largo de su vida, tuvieron hijos, no siempre deseados y planificados por ellas y se ocuparon casi de forma exclusiva de la casa y de la familia. Las que continuaron militando en la edad adulta, que no fueron todas, lo hicieron con un gran esfuerzo para asegurar la domesticidad: llevaron con ellas a sus hijos en las acciones y aceptando la ayuda de otras mujeres más mayores —madres y suegras— que se hacían cargo de la organización de la casa en su ausencia; promovían las reuniones y preparaban las acciones en casa, desde donde podían también cumplir Paralelamente con las obligaciones domésticas, entre otras soluciones. Pese a toda la búsqueda de equilibrios que tuvieron que realizar, como consecuencia de su militancia, para la mayoría su compañero y sus hijos han sido una de las mejores cosas de su vida.

También hemos visto, gracias a la historia oral, que pese a que su identidad estaba íntimamente ligada a sus ideas y al compromiso militante, el motor de sus acciones era casi siempre el amor, el afecto hacia sus familiares, compañeros y amigos. Aunque no es aplicable a todos los casos, tiene relación con el tema de las causas de su militancia, en algunas ocasiones se aceptaban misiones arriesgadas, en los momentos de la clandestinidad durante el Franquismo, por amor a su compañero o familiar, al considerar que ellas arriesgaban menos y que si eran descubiertas las consecuencias no serían tan graves ni para el familiar ni para el movimiento libertario. De esta manera protegían a su amado para que pudiese continuar con su militancia y compromiso y ocupaban su lugar si este estaba en prisión o había muerto. También podía darse el caso de que se implicaran en una acción muy difícil para facilitar el éxito de la empresa en la que estaba su amigo o compañero. Como, por ejemplo, asegurando un punto de apoyo decisivo cuando una acción debía realizarse (desde asegurar la cobertura de la huida, hasta facilitar el descanso,

la nutrición que hacía falta antes y después de la acción, realizar la vigilancia o acompañamiento necesario y hasta inspeccionar el lugar de la acción con anterioridad para tener información detallada sobre la situación y movimientos del objetivo). Esto no quiere decir que ellas no asumieran por decisión propia las ideas y el compromiso con el movimiento libertario, sino que se manifestaron más decididas en sus acciones y misiones gracias al motor que suponía el amor al amigo, prometido, hermano o padre, los cuales habían dado la vida o la arriesgaban por las mismas ideas. Entre el grupo de mujeres militantes que llegaron a su compromiso gracias a sus familiares podemos decir que efectivamente existe una cierta subordinación y que no consiguieron en este sentido ser consideradas por el movimiento con total autonomía. No dejaron de ser vistas por muchos como la «hija de» o la «compañera de» un destacado militante determinado, y fueron valoradas como una unidad con este. Sólo gracias a la continuidad vital de su compromiso militante, una vez los compañeros o familiares estaban muertos, podían pasar a ser consideradas y valoradas como personas autónomas y con personalidad propia. Mientras que el grupo de las militantes que llegaron a las ideas por otros motivos que los familiares consiguieron antes esta consideración individual.

Para finalizar, es necesario insistir en que la militancia y el compromiso ideológico ha sido importante en nuestras protagonistas y ha condicionado sus vidas y su identidad (Aguado, 2001; Borderías, 2002). Sin una identidad muy firme no hubieran soportado ni marcharse de España ni la dureza del exilio tanto el interior como el exterior. En toda la trayectoria vital de las militantes entrevistadas, el compromiso militante y el ideal ha estado siempre presente. No existió renuncia a sus ideas en ninguno de los momentos históricos que vivieron, aunque sufrieran pena de cárcel o de exilio, sino que ha habido una continuidad. En su juventud, en el momento de la construcción de su identidad, en su madurez, con sus compañeros e hijos. Para algunas la etapa de madurez significó menos compromiso con el movimiento libertario que el que tuvieron en su juventud, pero nunca ha disminuido la fuerza de sus ideas. Aún ahora, en la vejez, no han perdido las ilusiones y continúan activas y viven para difundir las ideas y experiencias a las nuevas generaciones. Siempre han valorado su compromiso ideológico por encima de otros temas,

como el trabajo, que era considerado importante para vivir pero podía cambiarse y adaptarse a necesidades tan propias como la organización libertaria. Especialmente en períodos de clandestinidad bajo el Franquismo, el compromiso con el movimiento pasaba a un primer plano y se renunciaba en aquellos momentos a la vida privada y familiar.

La intención del presente trabajo ha sido la de recoger la memoria de las militantes anarquistas que vivieron los años de la República, la Guerra Civil y el Franquismo, sumándome al esfuerzo colectivo que se está llevando a cabo por evitar el olvido de los vencidos. Estas militantes idealistas dedicaron los mejores años de su vida al esfuerzo revolucionario y a la construcción de una sociedad y un mundo más humano y más libre, más justo e igualitario. Como nos dijo una de nuestras protagonistas, Concha Guillén, llorando al final de la entrevista, recordando a las compañeras de Mujeres Libres: «Esas mujeres que han muerto, no se pueden silenciar. Ni nosotras que moriremos, no. ¡Hemos luchao con demasiada fe! [...] Y eso no se puede borrar. Y hay que hacer justicia. Las personas que luchamos de buena fe tenemos que ser reconocidas». ¹ A ellas, las mujeres protagonistas de esta historia que merecen ser reconocidas y comprendidas, dedico este libro.

1. Entrevista a Concha Guillén, Nissan les Enserunes, enero de 2008.

APÉNDICE. PERFILES BIOGRÁFICOS DE LAS ENTREVISTADAS

SARA BERENGUER LAOSA. Nacida en el barrio de Poble Sec de Barcelona en 1919. Su padre era militante de la CNT. Al estallar la Guerra Civil participó en el Comité Revolucionario CNT-FAI del barrio de Las Corts y después en el Comité regional de las Industrias de la Madera y la Decoración y en SIA (Solidaridad Internacional Antifascista). Formó parte de Mujeres Libres y de la secretaría del Comité Regional catalán de esta organización. Exiliada en Francia participó en la reorganización del MLE en el exilio y en la publicación de *Mujeres Libres de España en el Exilio*. Murió en Montady (Francia) en junio de 2010.

JOAQUINA DORADO PITA. Nacida en La Coruña en 1917. Se trasladó a Barcelona con su familia en 1934. Trabajó en un taller de maderas y se afilió al Sindicato de la Madera de la CNT, participando muy activamente. Durante la Guerra luchó contrar la sublevación militar y fue miembro del Comité de Defensa de Barcelona. Activa en el Consejo de Economía socializada de la Industria de la Madera de Cataluña. Se afilió a las Juventudes Libertarias de Pueblo Seco. Exiliada en Francia volvió a España en 1948 y fue detenida, sufriendo pena de prisión durante tres años, de la que consiguió salir con unas condiciones de salud muy precarias. Nuevamente exiliada a Francia. Actualmente vive en Barcelona.

ANTÒNIA FONTANILLAS BORRÁS. Nacida en Barcelona en 1917, de familia anarquista. Emigraron a México en 1925 y volvieron a Barcelona en 1934. Empezó a trabajar en la industria gráfica

y se afilió al Sindicato de las Industrias Gráficas de la CNT y a las Juventudes Libertarias en mayo de 1936. Durante la Guerra trabajó en la imprenta del periódico confederal *Solidaridad Obrera*. Activa contra el Franquismo en la clandestinidad hasta 1953, cuando se marchó a Francia. Participó en las JJLL y en la CNT del exilio. Vive desde entonces en ese país.

ISABEL GONZÁLEZ SUGRANYES. Nacida en Reus en 1920. Su familia llegó a Barcelona en 1930 y se instaló en el barrio de Sants. A partir de los 14 años comenzó a trabajar en el ramo de la costura, oficio al que se dedicaba su tía. Se afilió a MMLL en 1936, por una vecina. Estudió enfermería en el Instituto de MMLL de Barcelona y comenzó a ejercer en 1937 en diversos hospitales de Barcelona, Tarragona y Reus. Con el Franquismo vivió un exilio interior, silenciando su militancia anterior. Actualmente reside en Barcelona.

CONCHA GUILLÉN BERTOLÍN. Nacida en Alfondegulla (Castellón) en 1919. La familia emigró a Barcelona cuando ella era muy pequeña, tras la muerte de su padre. Trabajó en el ramo del téxtil y nunca estuvo sindicada antes de la Guerra. Después se afilió a las Juventudes Libertarias y se unió a Mujeres Libres, llegando a ser secretaria de propaganda de la Federación Local de Barcelona. Fue delegada de esta organización en la exposición con motivo del Aniversario de Durruti en 1938. Exiliada en Francia volvió a vivir en España al final del Franquismo. Murió en Nissan les Enserunes (Francia) en enero de 2008.

JULIA HERMOSILLA SAGREDO. Nacida en Sestao (Vizcaya, País Vasco) en 1916, de familia anarquista. Se afilió a la organización confederal con 14 años y vendía la prensa confederal. Formó parte del grupo artístico de la CNT de Santurce. Participó en los hechos acaecidos en octubre de 1934 en esta localidad. Con la Guerra, se alistó como miliciana para ir al frente Oxandiano, donde fue herida en un fuerte bombardeo que le dejó graves problemas de audición. Con su compañero Ángel Aransáez, se refugió en Barcelona, al caer el Frente del Norte y posteriormente se fue exiliada a Francia. Murió en Bayona en enero de 2009.

PURA LÓPEZ MINGORANCE. Nacida en El Chorro (provincia de Málaga) en enero de 1920. De familia numerosa era la sexta de siete hermanos. Su padre era teniente de alcalde socialista en

Lanjarón (Granada) durante la República, donde la familia se había trasladado en 1921. Dos de sus hermanos estaban afiliados a las Juventudes Libertarias. Con la sublevación militar toda la familia fue detenida, excepto la madre y el hermano pequeño, y su padre y sus cuatro hermanos mayores fueron fusilados. Ella y su hermana fueron encarceladas en Granada. En 1945 se marchó a Barcelona donde participó con las Juventudes Libertarias en la lucha contra el Franquismo. Murió en Barcelona en 2007.

CONCHA LIAÑO GIL. Nacida en París en 1916. De pequeña vivió en varios países: Francia, Cuba y México. Al separarse sus padres, llegó a Barcelona en 1927 con su madre y sus dos hermanos. Ella era la hermana mayor y se puso a trabajar en el ramo textil para ayudar a la supervivencia de la familia. Con la República frecuentó el Ateneo del Clot y se afilió a las Juventudes Libertarias. Con la Guerra, fundó Mujeres Libres de Cataluña y formó parte de su Comité Regional. Exiliada a Francia y posteriormente a Caracas (Venezuela), donde vive actualmente.

AURORA MOLINA ITURBE. Nacida en Barcelona en 1920. De familia anarquista por parte de padre y madre. Fue a la escuela racionalista Natura del Clot, dirigida por J. Puig Elías. Durante la guerra, participaba activamente con su padre, J. M. Molina, Juanel, desde la Consejería de Defensa de la Generalitat y colaboraba donde podía ser útil. Exiliada en Francia, siguió la reorganización de la CNT en el exilio. Volvió a España, a Gijón, tras la muerte de Franco con su compañero, Ramón Álvarez, donde vive actualmente.

CONXA PÉREZ COLLADO. Nacida en el barrio de Les Corts, en Barcelona, en 1915. De familia anarquista. Trabajó en la industria gráfica y se afilió al Sindicato de la Industria Gráfica de la CNT y también de la FAI. Participó en los diversos movimientos de carácter insurreccional que se hicieron durante la República. Durante la Guerra Civil se fue al frente de Aragón como miliciana, después participó en una industria de guerra colectivizada en Barcelona. Exiliada en Francia unos años, después volvió a Barcelona, donde vive actualmente. Es una de las fundadoras de la Asociación Mujeres del 36.

GRÀCIA VENTURA FORTEA. Nacida en Borriana (Castellón) en 1918. Su hermano militaba en la CNT. Ella se afilió a las Ju-

ventudes Libertarias durante la Guerra Civil, donde militaba hasta que la ciudad cayó en manos de los franquistas, en julio de 1938. Fue detenida y encarcelada en Saturrarán hasta 1947. En la década de los cincuenta vivió en Barcelona, después se marchó a Francia, donde vivió exiliada hasta la muerte de Franco, cuando regresó junto con su compañero Josep Peirats. Actualmente vive en Barxeta (Valencia).

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

Archivos y bibliotecas consultadas

Archivo Histórico Nacional, Salamanca (AHNS).
Arxiu de l'Administració Pública, Barcelona.
Arxiu de la Diputació, Barcelona.
Arxiu Històric de la Ciutat, Barcelona.
Arxiu Històric de la Delegació de Govern, Barcelona (AHDGB).
Biblioteca de Catalunya, Barcelona.
Biblioteca del Pavelló de la República, Barcelona.
International Institut of Social History, Amsterdam (IISG).

Archivos particulares

Ramon Álvarez Palomo (IISG).
CNT del Interior (IISG).
Federación Anarquista Ibérica. Comité Peninsular (IISG).
Fernando Gómez Paláez (IISG).
Antònia Fontanillas.
Pura López.
José Peirats Valls (IISG).
Llibert Sarrau-Joaquina Dorado (IISG).

Fuentes utilizadas

Fuentes estadísticas

Anuari Estadístic de la Ciutat de Barcelona, 1918-1920, Barcelona, 1923.

Censo de la Población de España de 1930, Madrid, 1932.
Padró de Població de Barcelona, 1930.
Generalitat de Catalunya, Població de Catalunya, 1936, s.l., 1937.

Publicaciones periódicas

Federación de Mujeres Libres de España en el Exilio, Londres-Montady, 1966-1976.
Generación Consciente, 1923-1925.
Estudios, 1936-1937.
Mujeres Libres, Madrid-Barcelona, 1936-1938.
Ruta, 1936-1938.
Solidaridad Obrera, Barcelona, 1931-1939.
Tiempos Nuevos, 1937.
Tierra y Libertad, Barcelona, 1930-1938.

Testimonios orales y escritos

- Sara Berenguer (Barcelona, 1919-Montady, junio de 2010), Montady (Francia).
- Diego Camacho (Abel Paz), (Almería, 1921-Barcelona, 2009), Barcelona.
- Enric Casañas, (Barcelona, 1920), Barcelona.
- Joaquina Dorado (La Coruña, 1917), Barcelona.
- Antònia Fontanillas (Barcelona, 1917), Dreux (Francia).
- Isabel González (Barcelona, 1920), Barcelona.
- Conxa Guillen (Alfondeguilla, Castellón, 1919-Nissan les Enserunes, enero de 2008), Nissan les Enserunes (Francia).
- Julia Hermosilla (Sestao, 1916-Anglet, Baiona, enero de 2009 (Francia), Baiona (Francia).
- Concha Liaño (París, 1917), Barcelona.
- Pura López, (El Chorro, Málaga, 1920-Barcelona, mayo de 2007), Barcelona.
- Aurora Molina, (Barcelona, 1924), Gijón.
- Conxa Pérez, (Barcelona, 1915), Barcelona.
- Eduard Pons Prades, (Barcelona, 1921-2007), Barcelona.
- Guillermina Peiró (Mataró, 1924), Mataró.
- Antonio Téllez (Tarragona, 1921-Perpinyà 2005), Perpinyà (Francia).
- Gràcia Ventura (Borriana, 1918), Barxeta (Valencia).

Bibliografía

- ABAD BUIL, I. (2006), «Las ‘mujeres de los presos políticos’ en Aragón», *Rolde. Revista de Estudios Aragoneses*, n. 116, abril-junio.
- ABELLÓ, T. (1988), «Prensa anarquista», *L’Avenç*, n. 121.
- ACKELSBERG, M.A. (1999), *Mujeres Libres. El anarquismo y la lucha por la emancipación de las mujeres*, Virus, Barcelona.
- AGUADO, A. (1999), «Trabajo, género y clase: ideología y experiencia en el primer socialismo» en Aguado, A. (ed.), *Las mujeres entre la historia y la sociedad contemporánea*, Generalitat Valenciana, Valencia.
- MAESTRE, R. (2001), «Mujeres Libres en el exilio. Identidad femenina y cultura libertaria» en *Lexili cultural de 1939. Seixanta anys després*, Actas del I Congreso Internacional, Valencia, 2001, Universitat-Biblioteca Valenciana, Valencia.
- AISA, F. (2006), *La cultura anarquista a Catalunya*, Edicions de 1984, Barcelona.
- ALARCÓN CABALLERO, J. A. (1990), *El movimiento obrero en Granada en la II República (1931-1936)*, Diputación Provincial, Granada.
- ALBEROLA, O.; GRANSAC, A. (2004), *El anarquismo español y la acción revolucionaria (1961-1974)*, Virus, Barcelona.
- ALCALDE, C. (1996), *Mujeres en el Franquismo. Exiliadas, nacionalistas y opositoras*, Flor del Viento, Barcelona.
- ALCÓN SORNICHERO, E.; NÚÑEZ SILVESTRE, A. A. (2005), *Las mujeres de la República en las comarcas de Castellón (1931-1939): identidad femenina, sociabilidad y acción política*, Ayuntamiento, Onda (Castellón).
- ÁLVAREZ JUNCO, J. (1976), *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Siglo XXI, Madrid.
- ARBAIZA VILLALONGA, M. (2001), «La ‘cuestión social’ como cuestión de género. Feminidad y trabajo en España (1860-1936)», *Historia Contemporánea*, n. 21, II.
- BERENGUER, S. (2008), *Mujeres de temple*, L’Eixam, València.
- (1988), *Entre el sol y la tormenta. Treinta y dos meses de guerra (1936-1939)*, Seuba, Calella. (2ª edición corregida y aumentada, 2004, L’Eixam, Valencia).
- BERRUEZO SILVENTE, J. (1987), *Por el sendero de mis recuerdos*.

- Veinte años de militancia libertaria en Santa Coloma de Gramanet (1920-1939)*, Grupo de Estudios Históricos-Sociales, Santa Coloma de Gramanet.
- BORDERIAS, C. (1993), *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España contemporánea. La Compañía Telefónica, 1924-1980*, Icaria, Barcelona.
- (2002) (ed.), *Les dones i la Història al Baix Llobregat*, Abadia de Montserrat, Barcelona.
- CARRASCO, C.; ALEMANY, C. (1994), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Fuhem-Icaria, Barcelona.
- BOSCH SÁNCHEZ, A. (1983), *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el País Valenciano, 1936-1939*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia.
- CALERO, A. M^a (1973), *Historia del movimiento obrero en Granada (1909-1923)*, Tecnos, Madrid.
- CANAL, J.; CHARLON, A.; PIGENET, Ph. (dirs.) (2005), *Les exilis catalans en France*, Presse Université, París.
- CAPEL, R.M. (1982), *La educación y el trabajo de la mujer en España, 1900-1930*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- CARDONA, G. (2007), «Les operacions militars als Països Catalans» en Pagès i Blanch, P. (dir.), *La guerra civil als Països Catalans (1936-1939)*, Universitat, Valencia.
- CASANOVA, J. (1997), *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España, 1931-1939*, Crítica, Barcelona.
- CASTELLS DURAN, A. (1993), *Les col·lectivitzacions a Barcelona, 1936-1939*, Hacer, Barcelona.
- CATALÀ, N. (2000), *De la resistència y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas*, Península, Barcelona.
- CENARRO, A. (1998), «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del 'Nuevo Estado'», *Historia Social*, n. 30.
- CUEVAS, T. (2005), *Presas. Mujeres en las cárceles franquistas*, Icaria, Barcelona.
- CHIAPUSO, M; JIMÉNEZ DE ABERASTURI, L.M. (2009), *Los anarquistas y la guerra en Euskadi*, Txertoa, Donostia.
- DALMAU I RIBALTA, A. (2007), «Retrats d'anarquistes igualadins i anoiencs. Martí Borràs i Jover (1845-1984) o el primer comunismo llibertari», *Revista d'Igualada*, n. 26.
- DÍEZ, X. (2010), *Venjança de classe. Causes profundes de la violència revolucionària a Catalunya el 1936*, Virus, Barcelona.
- (2007), *El anarquismo individualista en España (1923-1938)*, Virus, Barcelona.
- (2001), *Utopia sexual a la premsa anarquista de Catalunya. La revista Ètica-Iniciales (1927-1937)*, Pagès, Lleida.
- DREYFUS-ARMAND, G. (2000), *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco*, Crítica, Barcelona.
- EALHAM, C. (2005), *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Alianza Editorial, Madrid.
- ESPIGADO TOCINO, G. (2005), «Experiencia e identidad de una internacionalista: trazos biográficos de Guillermina Rojas Orjís», *Arenal*, n. 12: 2.
- (2002), «Las mujeres en el anarquismo español (1869-1939)», *Ayer*, n. 45.
- FABRE, J.; HUERTAS, J.M^a (1981), «Juanel i Lola Iturbe, una vida d'amor i d'anarquia. D'un temps, d'una FAI», *L'Avenç*, n. 39.
- FÀBREGAS, X. (1979), «El teatre anarquista a Catalunya», *L'Avenç*, n. 22.
- FERNÁNDEZ DE MENDIOLA, F. (2007), *Isaac Puente, el médico anarquista*, Txalaparta, Tafalla.
- FONTANILLAS, A. (1996), «Sognando Maiorca» en «Spagna 1936. L'Utopia è storia», *Volontà. Laboratorio di ricerche anarchiche*, n. 50, 2.
- (1995), «Ma collaboration à Ruta» en el monográfico «Clandestinité libertaire en Espagne I. La presse», en *Bulletin du CIRA*, n. 36-37.
- (1993), «Desde uno y otro lado de los Pirineos. Relato autobiográfico» en *Coloquio sobre el exilio libertario en Francia (1939-1975) a través la Historia oral*, Fundación Salvador Seguí, Valencia.
- FRADER, LL; ROSE, S. (1999), «Gènere i reconstrucció de la història de la classe treballadora europea», *Afers*, n. 33/34.
- GABRIEL, P. (1998), «Sociabilitat de les classes treballadores a la Barcelona d'entreguerres, 1918-1936» en Oyón, J. L. (ed.), *Vida obrera en la Barcelona de entreguerres, 1918-1936*, Centre de Cultura Contemporània, Barcelona.

- GIBSON, I. (1978), *La muerte de García Lorca. La represión nacionalista de Granada en 1936*, Ruedo Ibérico, Barcelona.
- GÓMEZ CASAS, J. (1977), *Historia de la FAI*, Zero, Madrid.
- GUILLAMÓN, A. (2007), *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937*, Espartaco Internacional, Barcelona.
- GUTIÉRREZ MOLINA, J.L. (2002), «Andalucía y el anarquismo (1868-1936)» en Tavera, S. (ed.), *El anarquismo español, Ayer*, n. 45.
- (1993), *La idea revolucionaria. El anarquismo organizado en Andalucía y Cádiz durante los años treinta*, Madre Tierra, Madrid.
- HEINE, H. (1983), *La oposición política al Franquismo, 1939-1952*, Crítica, Barcelona.
- HERNÁNDEZ HOLGADO, F. (2003), *Mujeres encarceladas. La prisión de Ventas: de la República al Franquismo, 1931-1941*, Marcial Pons, Madrid.
- HERRERÍN LÓPEZ, A. (2004): *La CNT durante el Franquismo. Clandestinidad y exilio (1939-1975)*. Siglo XXI, Madrid.
- INÍGUEZ, M. (2001), *Esbozo de una enciclopedia histórica del anarquismo español*. Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid.
- ITURBE, L. (1974), *La mujer en la lucha social y la Guerra Civil de España*, Mexicanos Unidos, México.
- JIMÉNEZ DE ABERASTURI, L.M^a. (2009), «Casilda, Miliciana. Historia de un sentimiento» en Chiapuso, M; Jiménez de Aberasturi, L.M. (2009), *Los anarquistas y la guerra en Euskadi*, Txertoa, Donostia.
- JULIÁ, S. (coord.) (1999), *Víctimas de la Guerra Civil*, Temas de Hoy, Madrid.
- LÓPEZ, M.; CASTELLS, A. (1998), «Concha Pérez. Dona, treballadora i llibertària», *Espai de Libertat*, n. 10.
- LÓPEZ MARTÍNEZ, M. (1995), *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*, Ediciones Libertarias-Ayuntamiento, Córdoba.
- LORENZO, C.M. (1972), *Los anarquistas españoles y el poder, 1868-1969*, Ruedo Ibérico, París.
- LORUSSO, I. (2009), *Voci del POUm*, Aracne, Bolonia.
- LOZANO, I. (2004), *Federica Montseny. Una anarquista en el poder*, Ed. Espasa Calpe, Madrid.
- MACARRO VERA, J.M. (2000), *Socialismo, República y revolución en Andalucía (1931-1936)*, Universidad, Sevilla.
- MADRID SANTOS, F. (2007), *Solidaridad Obrera y el periodismo de raíz àcrata*, Ed. Solidaridad Obrera, Badalona.
- (1993), «La prensa clandestina libertaria» en *La oposición libertaria al régimen de Franco, 1936-1975*, Fundación Salvador Seguí, Madrid.
- MAESTRE, R. (1998), «La cultura del exilio en Francia vista a través de dos libertarios: Sara Berenguer (poetisa) y Jesús Guillén (pintor y ilustrador)» en Alted Vigil, A.; Aznar Soler, M. (eds.), *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*, Aemic-Gexel, Salamanca.
- MANGINI, S. (1997), *Recuerdos de la resistencia. La voz de las mujeres de la Guerra Civil española*, Península, Barcelona.
- Marín Silvestre, D. (2006), *Els Montseny Mañé: un laboratori d'idees*, Arxiu Municipal, Reus.
- (2004), «Anarquistas y sindicalistas en l'Hospitalet. La creación de un proyecto de autodidactismo obrero», en Oyón, J.L.; Gallardo, J.J. (eds.), *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Carena, Barcelona.
- (2002), *Clandestinos. El Maquis contra el Franquismo, 1934-1975*. Plaza y Janés, Barcelona.
- (1996), «Las libertarias. Lola Iturbe, escribir para no olvidar» en I. Strobl, *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)*, Virus, Barcelona.
- (1995), *De la Libertad per conèixer, al coneixement de la Libertad. L'adquisició de cultura en la tradició llibertària catalana durant la Dictadura de Primo de Rivera i la Segona República espanyola*, Tesis doctoral, Universitat, Barcelona.
- MARINO, I. (2006), «Iconografie femminile nella cartellonistica della Guerra Civile spagnola», *Studi Storici*, n. 3.
- MARTELANC, N. (2000), *Per una «storia di vita» di un'anarchica spagnola. Il caso di Antònia Fontanillas*. Tesis de Laurea. Università, Trieste.
- MARTÍ IBÁÑEZ, F. (1975), *Consultorio psíquico-sexual*, selección y prólogo de Ignacio Vidal, Tusquets, Barcelona.
- MARTÍNEZ DE SAS, M.T.; PAGÈS I BLANCH, P. (2000), *Diccionari*

- biogràfic del moviment obrer als països catalans*, Universitat-Abadía de Montserrat, Barcelona.
- MASJUAN, E. (2000), *La ecología humana en el anarquismo ibérico. Urbanismo «orgánico» o ecológico, neomalthusianismo y naturismo social*, Icaria, Barcelona.
- MAURICE, J. (1990), *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Crítica, Barcelona.
- MCLAREN, A. (1984), «El trabajo de la mujer y la regulación del tamaño de la familia: la cuestión del aborto en el siglo XIX» en Nash, M. (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Serbal, Barcelona.
- «Memoria del Congreso del Conservatorio, 1931» (1976), *Revista del Trabajo*, n. 53.
- MERIGHI, R. (2004), *Mujeres Libres. Un'esperienza di femminismo libertario*, D&R, Turín.
- MONJO, A. (2003), *Militants. Participació i democràcia a la CNT als anys trenta*, Laertes, Barcelona.
- (1998), «Barrio y militancia en los años treinta» en Oyón, J.L. (ed.), *Vida obrera en la Barcelona de entreguerras, 1918-1936*, Centre de Cultura Contemporània, Barcelona.
- (1986), «Militantes y afiliados cenetistas en los años treinta» en Vilanova, M. (ed), *El poder en la sociedad. Historia y fuente oral*, Antoni Bosch, Barcelona.
- MONTERO BARRADO, J.M^a (2003), *Anarcofeminismo en España. La revista Mujeres Libres antes de la Guerra Civil*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid.
- MONTSENY, F. (1994), *Un encuentro: Federica Montseny en Andalucía. Verano de 1932*, La Siete Entidades, Sevilla.
- (1977), *Cent dies de la vida d'una dona*, Galba, Barcelona (1a edició, Tolosa, 1949).
- MORANT, I. (dir.) (2006), *Historia de las mujeres en España y América Latina*, Cátedra, Madrid, vol. IV.
- MORONI, S. (2008), «Concha Pérez Collado: anarquista, miliciana en la Guerra Civil española», *Germinal*, n. 5, abril.
- MUNIESA, B. (1996), *Dictadura y monarquía en España. De 1939 hasta la actualidad*, Ariel, Barcelona.
- NASH, M. (1999), *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Taurus, Madrid.
- (1991), «La miliciana: otra opción de combatividad femenina antifascista» en VV AA, *Las mujeres y la Guerra Civil española*, Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Mujer, Madrid.
- (1984), «El neomalthusianismo anarquista y los conocimientos populares sobre el control de natalidad en España» en Nash, M. (ed.), *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*, Serbal, Barcelona.
- (1983), «L'avortament legal a Catalunya. Una experiència fracassada», *L'Avenç*, n. 58.
- (1981), *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*. Fontamara, Barcelona.
- (1977), «*Mujeres Libres*»: *España, 1936-1939*, Tusquets, Barcelona.
- NAVARRO NAVARRO, J. (2004), *A la revolución por la cultura. Prácticas culturales y sociabilidad libertarias en el País Valenciano*, Universitat, Valencia.
- (2002), *Ateneos y Grupos ácratas. Vida y actividad cultural de las asociaciones anarquistas valencianas durante la Segunda República y la Guerra civil*, Biblioteca Valenciana, Valencia.
- (1997), «*El paraíso de la razón*». *La revista Estudios (1928-1937) y el mundo cultural anarquista*, Alfons el Magnànim, Valencia.
- NIELFA CRISTÓBAL, G. (1996), «Trabajo femenino, legislación laboral y sindicalismo». En *Sindicalismo y vida obrera en España*, Centro de Estudios Históricos de UGT, Madrid.
- NÚÑEZ, G. (1989), *Trabajadoras en la Segunda República*, Ministerio de Trabajo, Madrid.
- OLESTI, I. (2005), *Nou dones i una guerra. Les dones del 36*, Edicions 62, Barcelona.
- OREJAS, I. (2007), «Julia Hermosilla Sagredo. Pasión y arrojo por el ideal», *CNT Gipuzkoa*, n. 330, enero.
- OYÓN, J.L. (2008), *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona d'entreguerras, 1914-1936*, Serbal, Barcelona.
- et al. (2003), *Un suburbi obrer en la Barcelona d'entreguerres. La Colònia Castells de les Corts, 1923-1936*, Ajuntament, Barcelona.
- PASSERINI, L. (a cura di) (1978), *Storia orale. Vita quotidiana e cultura materiale delle classi subalterne*, Rosenberg & Sellier, Torí.

- PAGÈS I BLANCH, P.; PÉREZ PUYAL, A. (2003), *Aquella guerra tan llunyana i tan propera (1936-1939). Testimonis i records de la Guerra Civil a Catalunya*, Pagès, Lleida.
- PAZ, A. (1994), *Chumberas y alacranes (1921-1936)*, EA, Barcelona.
- PEIRATS, J. (2009), *De mi paso por la vida: memorias*, Flor del Viento, Barcelona.
- (1976), *Los anarquistas en la Guerra civil española*, Júcar, Madrid.
- PEÑARRUBIA, I. (2006), *Entre la ploma i la tribuna. Els orígens del primer feminisme (Mallorca, 1869-1890)*, Abadia de Montserrat, Barcelona.
- PIQUÉ, J. (1989), *Anarco-col.lectivisme i anarco-comunisme. L'oposició de dues postures en el moviment anarquista català (1881-1891)*, Abadia de Montserrat, Barcelona.
- PONS PRADES, E. (1995), *Morir por la libertad. Españoles en los campos de exterminio nazis*, Vosa, Madrid.
- (1974), *Un soldado de la República. Memorias de la guerra civil española, 1936-1939*, G. del Toro, Madrid.
- PORTELLI, A. (2009), *Històries orals. Relat, imaginació, diàleg*, Generalitat de Catalunya-Memorial Democràtic, Barcelona.
- PRADAS BAENA, M. A. (2006), *Teresa Claramunt, la virgen roja barcelonesa. Biografia y escritos*, Virus, Barcelona.
- QUIÑONERO, L. (2005), *Nosotras que perdimos la paz*, Foca, Barcelona.
- RAUSA, J. (2000), *Sara Berenguer*, Alternative Libertaire, Bruseles.
- REBULL, T. (1999), *Tot cantant*, Columna, Barcelona.
- RODRIGO, A. (2002), *Una mujer libre. Amparo Poch y Gascón, médica y anarquista*, Flor del Viento, Barcelona.
- (1999), *Mujer y exilio. 1939*, Compañía Literaria, Madrid.
- RODRIGO, J. (2005), *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936-1947*, Crítica, Barcelona.
- ROIG, M. (1977), *Els catalans als camps nazis*, Ed. 62, Barcelona.
- ROMANOS FRAILE, E. (2007), *Ideología libertaria y movilización clandestina. El anarquismo español durante el Franquismo (1939-1975)*, Tesi doctoral, European University Institute, Florencia.
- ROMERO, S. (2009), «Donne reali, donne immaginarie e donne immaginate, le figure femminili nella iconografia libertaria, 1936-1939» en M. Puppini; C. Venza (eds.), *Tres frentes de lucha. Società e cultura nella guerra civile spagnola (1936-1939)*, Kappa Vu, Udine.
- SÁNCHEZ AGUSTÍ, F. (2006), *El maquis anarquista. De Tolosa a Barcelona por los Pirineos*, Milenio, Lleida.
- SIGUAN, M. (1981), *Literatura popular libertaria. Trece años de «La Novela Ideal» (1925-1938)*, Península, Barcelona.
- SMYTH, T. M. (1977), *La CNT al País Valencià, 1936-1937*, Eliseu Climent, València.
- SOLÀ, P. (1980), *Educació i moviment llibertari a Catalunya (1901-1939)*, Ed. 62, Barcelona.
- (1978a), *Las escuelas racionalistas en Cataluña (1909-1939)*, Tusquets, Barcelona.
- (1978b), «L'Ateneisme àcrata durant la Segona República», *L'Avenç*, n.11, diciembre.
- STROBL, I. (1996), *Partisanas. La mujer en la resistencia armada contra el fascismo y la ocupación alemana (1936-1945)*, Virus, Barcelona.
- TAVERA, S. (2007), *Fons La Revista Blanca: Federica Montseny i la dona nova, 1923-1931*, Afers-Centre d'Estudis Històrics Internacionals, Catarroja-Barcelona.
- (2005), *Federica Montseny. La indomable (1905-1994)*. Temas de Hoy, Madrid.
- (1992), *Solidaridad Obrera. El fer-se i desfer-se d'un diari anarcosindicalista (1915-1939)*, Diputació, Barcelona.
- TAVERA, S.; UCELAY DE CAL, E. (1993), «Grupos de afinidad, disciplina bélica y periodismo libertario, 1936-1938», *Historia Contemporánea*, n. 9.
- TÉLLEZ, A. (1995), «Ruta», vie e mort d'una publicació clandestine sous le franquisme» en «Clandestinité libertaire en Espagne. I. La presse», *Bulletin du CIRA*, n. 36-37.
- TERMES, J. (1999), «Immigració i qüestió nacional» en *Les arrels populars del catalanisme*, Empúries, Barcelona.
- (1977), *Anarquismo y sindicalismo en España. La Primera Internacional (1864-1881)*, Crítica, Barcelona.
- TIANA FERRER, A. (1987), *Educación libertaria y revolución social (España, 1936-1939)*, Uned, Madrid.
- TORRES PLANELLS, S.; FONTANILLAS BORRÁS, A. (2006), *Lola*

- Iturbe Arizcuren. Vida e ideal de una luchadora anarquista*, Virus, Barcelona.
- VEGA, E. (2010a), «L'organització femenina Mujeres Libres a Lleida. Soledad Estorach», en VV AA, *Dones de Lleida. De la restauració a la Guerra civil*, Alfazeta, Lleida.
- (2010b) (en premsa), «Gènere i memòria de l'exili llibertari català a França (1939-1945)» en Patricio Rigobon (ed.), *La Catalogna in Europa. L'Europa in Catalogna. Transiti, passaggi, traduzioni*. AISC, Venècia.
- (2009), «Rivoluzione e guerra nella memoria delle donne anarchiche» en M. Puppini; C. Venza (eds.), *Tres frentes de lucha. Società e cultura nella guerra civile spagnola (1936-1939)*, Kappa Vu, Udine.
- (2008), «L'esilio francès de Antònia Fontanillas, militant anarquica». *DEP, revista telemàtica de estudi sulla memoria femminile*, n. 8.
- (2007a), «Mujeres y asociaciones obreras frente al seguro obligatorio de maternidad durante la Segunda República» en Borderías, C. (ed.), *Gènere y políticas del trabajo en la España contemporánea, 1836-1936*, Icaria-Publicacions UB, Barcelona.
- (2007b), «La «Novela Ideal» de Federica Montseny. Una moderna experiència d'emancipació femenina» a Neus Real (ed.), *Gènere i modernitat a la Catalunya contemporània: escriptors republicanes*, Universitat Autònoma, Barcelona.
- (2006), «La identidad individual y colectiva de las mujeres militantes anarcosindicalistas en Cataluña», *XIII Coloquio internacional. La Historia de las mujeres: perspectivas actuales*. Barcelona.
- (2004a), *Entre revolució i reforma. La CNT a Catalunya (1930-1936)*, Pagès Editors, Lleida.
- (2004b), «Radicals i moderats a Barcelona i el seu entorn: una reflexió sobre les seves causes» en Oyón, J.L.; Gallardo, J.J. (eds.), *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona (1918-1939)*, Carena, Barcelona.
- (1987), *Anarquistas y sindicalistas durante la Segunda República. La CNT y los Sindicatos de Oposición en el País Valenciano*, Alfons el Magnànim, València.
- (1980), *El Trentisme a Catalunya, Divergències ideològiques en la CNT*, Curial, Barcelona.
- VICENTE VILLANUEVA, L. (2006), *Teresa Claramunt (1862-1931): pionera del feminismo obrerista anarquista*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid.
- VILANOVA, M. (1996), *Las mayorías invisibles. Explotación fabril, revolución y represión. 26 entrevistas*, Icaria, Barcelona.
- VILLAR, C. (2007), «Clase y género. Estrategias de exclusión en el sector del metal. Barcelona, 1900-1936», en Borderías, C. (ed.), *Gènere y políticas del trabajo en la España contemporánea, 1836-1936*, Icaria-Publicacions UB, Barcelona.
- VILLAR, M. (Ignotus) (1994), *El anarquismo en la insurrección de Asturias*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid.
- VILLARROYA, J. (2002), *Desterrats. L'exili català de 1939*, Museu d'Història de Catalunya-Generalitat de Catalunya, Barcelona.
- VINYES, R. (2002a), *Irridentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*, Temas de Hoy, Madrid.
- ; Armengou, M.; Belis, R. (2002b), *Els nens perduts del franquisme*, Proa, Barcelona.
- WILLEMSE, H. (2002), *Pasado compartido: memorias de anarcosindicalistas de Albalate de Cinca, 1928-1938*, Prensas Universitarias, Zaragoza.
- YUSTA RODRIGO, M. (2005), «Las mujeres en la resistencia anti-franquista, un estado de la cuestión», *Arenal*, n. 12, 1.
- VV AA (2002), *La CNT en la historia española del siglo XX. Homenaje a Ramón Álvarez Palomo*, Universidad, Oviedo.
- VV AA (1999), *Mujeres Libres. Luchadoras Libertarias*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid.
- VV AA (1995), *Chi c'era racconta. La rivoluzione libertaria nella Spagna del 1936*, Zero in Condotta, Milán.
- VV AA (1937), *De julio a julio. Un año de lucha*, Tierra y Libertad, Barcelona.